

Ángel Pestaña

**Setenta días
en Rusia**



Presentamos aquí los escritos de Ángel Pestaña referentes a su viaje a la Unión Soviética para asistir al 2º Congreso de la Tercera Internacional.

El primer libro, con el título *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*, narra las vicisitudes de ese viaje a Rusia y lo referente a su asistencia a dicho Congreso.

El segundo libro, con el título de *Setenta días en Rusia. Lo que yo pienso*, sirve a Pestaña para analizar lo entrevisto en el viaje, y realizar una primerísima crítica al sistema implantado en Rusia por los bolcheviques. Crítica que aunque ha sufrido cierto envejecimiento, ya que Pestaña aún tenía esperanzas de que la revolución pudiese vencer los impedimentos bolcheviques y llegaría a transformar a Rusia en una sociedad igualitaria, no está exenta de grandes aciertos a la hora de desentrañar y denunciar el gran engaño y aherrojamiento a que era sometido ya entonces el proletariado ruso por el Partido Comunista.

Se completa este e-book con el informe que realizó Pestaña al Comité Nacional de la CNT de España sobre su estancia en la URSS, y por último con un análisis sobre la Tercera Internacional, que complementa al anterior.

Ángel Pestaña

SETENTA DÍAS EN RUSIA

Compilación y Edición Digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho /biblioteca.html](http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

CONTENIDO

SETENTA DÍAS EN RUSIA

Libro I: *Lo que yo vi*

Libro II: *Lo que yo pienso*

MEMORIA AL COMITÉ DE LA C N T

CONSIDERACIONES Y JUICIOS ACERCA DE LA TERCERA INTERNACIONAL

(Segunda parte de la *Memoria al Comité de la C N T*)

El autor

SETENTA DÍAS EN RUSIA

LIBRO I

LO QUE YO VI

A SACHA KROPOTKINE

En prueba de amistad y compañerismo, le dedica este libro

Ángel Pestaña

1924

I

Camino de Rusia y primeras impresiones

Mientras la represión iniciada por el gobernador civil, conde de Salvatierra, hacía estragos en la organización obrera barcelonesa, llenando la cárcel de sindicalistas, el Comité de la Confederación Nacional del Trabajo, y más directamente el de la Confederación Regional de Cataluña, trataban de cumplimentar el acuerdo del Congreso Nacional, celebrado en Madrid, de enviar la adhesión del organismo confederal obrero a la Internacional Comunista de Moscú.

Como al acuerdo de adhesión iba anejo el deber de enviar, si era posible, uno o varios delegados a Rusia, a fin de que, a su regreso informaran de cuanto allí hubieran observado, la tarea del Comité resultaba bastante más difícil. La adhesión por escrito, era desde luego más fácil de hacerla llegar, a pesar del bloqueo, que una delegación cualquiera. Y el interés de la organización estaba en que llegara la delegación; pues más que a una adhesión platónica, que esto representaba el acuerdo del Congreso, se aspiraba a tener el conocimiento más exacto de la verdadera situación de Rusia.

La tarea, como se comprenderá, no era escasa. El bloqueo estrechaba a Rusia en un cinturón de hierro, y el interés de los

gobiernos comprometidos en este bloqueo era el de impedir que penetrara en Rusia nadie que pudiera llevar, no ya socorros materiales, sino una voz de aliento y de simpatía al pueblo que había hecho su revolución.

Las dificultades con que tropezaba el Comité, queriendo organizar el itinerario desde Barcelona, parecían siempre insuperables, y hemos de decir que, desde España, realmente lo eran.

Cuando se tuvo el convencimiento de que el éxito de la empresa no dependía del número de previsiones, se confió el viaje al azar, a las posibilidades de lo imprevisto; se arriesgaron, pues, unos cientos de pesetas y se envió a tres miembros de la organización obrera hacia el centro de Europa.

Siendo yo uno de los tres delegados, y por cierto el más afortunado en el viaje, después de numerosas peripecias y de haber logrado sortear grandes inconvenientes (alguno de ellos bastante pintoresco), el día 25 de junio de 1920, pisaba tierra rusa, entraba en el país del encanto revolucionario. Habían transcurrido casi tres meses desde el día que abandonara Barcelona.

¿Cuál fue la primera sensación recibida? De entusiasmo, de admiración, de alegría intensa. ¿Por qué? Sería demasiado complejo el explicarlo.

Una vez que se pasa de Narva (Estonia) –que es por donde yo llegué– la frontera rusa se encuentra al otro lado del río que lleva también el nombre de Narva y a poca distancia de la capital estoniana.

Desde Narva en adelante, el tren se compone del vagón único que nos lleva, uno de los vagones–camas confiscados por los Soviets a la Compañía Internacional de Wangons–lits. Es, además, el coche del correo diplomático, y en el que, a la sazón, van la valija del Emperador ruso en Estonia, camarada Gukosky y la de los delegados comerciales de Londres y de Berlín.

La frontera rusa nos la anuncia la presencia de un gran disco de madera pintada de blanco con una franja de rojo vivo, montado sobre un alto poste.

Un pelotón de soldados con su comandante al frente, que suben al coche a informarse de quién viaja y por qué viaja da efectividad de nuestra entrada en Rusia y de nuestro feliz arribo.

Tras breve inspección e interrogatorio del comandante, reanuda el tren su marcha y ya no se detiene hasta Hamburgo, primera estación rusa importante después de la frontera.

Para esperar la composición de un tren de mercancías que había de adicionarse al vagón que nos conducía, pasamos unas seis horas en la estación. Esta espera nos da ocasión de

mezclarnos con los verdaderos y auténticos campesinos, con los sufridos mujics y de observarlos en su trágico cotidiano.

Sobre el dintel de la puerta principal de la estación se ven los retratos de Marx, Lenin y Trotsky. Numerosas banderas rojas flamean al viento, con la hoz y el martillo en el centro, emblema de la República de los Soviets.

Como viaja con nosotros Abramovich, o Abbrecht, o "El Ojo de Moscú" –que con estos tres nombres se le conoce a este importante funcionario ruso, uno de los que gozan de mayor confianza del Partido Comunista por ser de los más prestigiosos representantes secretos del Gobierno–, se nos recibe con agasajos y deferencia en todas partes.

El jefe de la estación nos invita a que pasemos a su despacho, si no queremos esperar en la sala de viajeros. Declinamos la invitación y aguardamos con una treintena de viajeros a que se forme el tren de mercancías.

Un gramófono repetía uno de los discursos que Trotsky acababa de pronunciar en el frente de batalla. El desconocer el idioma ruso nos privó, por nuestra parte, de entender su indudablemente notable discurso. Los campesinos no prestaban atención a las voces del gramófono. Tal vez de tanto repetirlo no les producía impresión. Cualquier mediano observador habría notado en aquellos rostros la expresión inconfundible del aburrimiento.

Cansados de la espera y del gramófono, decidimos salir a los alrededores y acercarnos hacia el pueblo, que está algo distanciado de la estación.

Llegamos hasta las primeras isbas (casas.) de Hamburgo y antes de internarnos por sus calles –nombre caprichoso para designar vías tan poco urbanas como aquellas– vimos fijados sobre dos postes un gran tablero con dos ejemplares del "Izvestia" y otros dos de la "Pravda", órganos informativos del Gobierno de Moscú.

Preguntamos a un miembro del Soviet local, comunista probado, por conducto de Abramovich, que nos servía de intérprete, por qué fijaban los periódicos así y si se vendían o se repartían gratis.

Nos dijo que no se vendían ni se repartían porque la escasez de papel limitaba el número de los que se podían tirar. Y que para que todo el mundo pudiese leerlos, se fijaban en aquellos tableros. Esto se hacía en toda Rusia mientras la escasez de papel no permitiera hacer mayor tiraje.

–¿Se lee mucho? –preguntamos.

–Bastante –nos contestó–. No tanto, sin embargo, como quisiéramos; pues el campesino ruso, dominado por ideas pequeñoburguesas, se muestra bastante refractario al comunismo.

–En Europa –continuamos– se nos ha dicho que este último invierno han muerto muchas personas de frío. Ahora comprendemos que se trata de una patraña. Habiendo tantos bosques aquí, no es posible que la gente muera de frío.

–Aquí no ha muerto nadie de frío, pero en Moscú y Petrogrado, sí. Hemos pasado muchísimo frío. Miren ustedes

cómo tengo yo aún los dedos. ¿Ven estas señales? –Y nos mostró unas marcas como las que se hacen en casos de quemaduras de lesiones–. Son llagas que se me hicieron a consecuencia del frío.

–No me lo explico –objeté– disponiendo de sobrados medios de calefacción.

–Es que no se puede tolerar que cada cual haga lo que le convenga y tome la leña que quiera. Para eso está el servicio de reparto, que distribuye a cada cual la que necesita. Claro es que no ha podido hacerse este año; pero en lo sucesivo, cuando todo esté bien organizado y el servicio de reparto funcione normalmente, todo el mundo tendrá la leña que necesite. Entre tanto es preciso sufrir.

Como nos alejábamos de la estación, optamos por volver sobre nuestros pasos.

Cuando llegamos a la estación, el tren estaba ya casi formado; sólo faltaba acoplarle una o dos unidades.

Como no viera ningún vagón de viajeros, dije a Abramovich:

–Iremos ahora oprimidos en el vagón.

–¿Por qué?

–Si no calculo mal, somos unos cincuenta.

–En el coche que nosotros viajamos no viajará nadie más, –me respondió.

—Entonces ¿en dónde viajarán los demás si no hay más coches de viajeros que el que nos ha traído a nosotros?

—Todas esas gentes viajan en un vagón de mercancías.

—¿Y por qué no en éste? —le respondí, refiriéndome al coche-cama.

—Porque lo estropearían y lo ensuciarían.

En aquel momento vi que todo el grupo, como un rebaño de ovejas que se precipita en el redil, se dirigía hacia uno de los vagones cubiertos de mercancías, forcejeando por subir todos al mismo tiempo.

Mujeres, niños, ancianos, todos subieron y se acomodaron como pudieron. Sentados en el suelo o en los bultos que llevaban, hacinados, en montón, parecían satisfechos. Algunos, según me enteré, esperaban desde la noche anterior.

El jefe de la estación, que se acercó a nosotros mientras contemplábamos aquel cuadro, nos indicó muy cortésmente que el tren iba a partir, que podíamos subir ya al vagón.

Así lo hicimos, y cuando me hube sentado en el cómodo y blando asiento, la imaginación me devolvió al espectáculo que acababa de presenciar.

Casi un día tardamos en llegar a Petrogrado.

La distancia, en tiempo normal, la recorría el tren en unas horas; pero entonces no era posible tanta velocidad.

Ello nos valió, en cambio, que pudiéramos contemplar los daños que la guerra civil había causado.

De Narva es desde donde salió Yudenich con su ejército blanco para conquistar Petrogrado y derribar a los comunistas.

En su marcha todo había sido destruido. Desde la ventanilla del vagón podíamos contemplar los hoyos que hicieron las granadas al caer. Árboles completamente destrozados, cabañas derrumbadas, caminos intransitables destruidos por las granadas. Al llegar a las proximidades de Petrogrado pudimos ver las trincheras que los revolucionarios construyeron para defender la ciudad, ya que el Ejército rojo hubiera sido incapaz por sí solo de defenderla puesto que fue débil para contener el avance de Yudenich. Verdad es que el Ejército estaba entonces en organización. La ansiedad y el deseo de llegar a Petrogrado contrastaba fuertemente con la lentitud del tren. Ya en tiempo normal, antes de la guerra, raros eran los trenes en Rusia que marchaban a más de 40 kilómetros por hora. Si se exceptúan los grandes expresos Berlín–Varsovia–Moscú–Petrogrado, ninguno superaba esa velocidad, habiendo muchos que no la alcanzaban. Con el estado de las líneas después de tres años de guerra y casi cuatro de revolución, las pésimas condiciones del material y en un tren de mercancías, se comprenderá que marcháramos muy lentamente.

Las paradas en las estaciones se hacían interminables. Y el espectáculo que presenciamos en Hamburgo se renovaba constantemente. Cuando no fue bastante un vagón de ganado para albergar a los viajeros, se les permitió ocupar otro, lo que

no se hacía sin dificultad, pues era preciso consultar a la Comisión extraordinaria que viajaba en el tren.

Como el número de viajeros aumentaba y la discusión para colocarlos aumentaba aún más que los viajeros, todo contribuía a prolongar nuestra estancia en cada estación.

Verdad es que los tres retratos, los de Lenin, Marx y Trotsky, que viéramos colocados sobre el dintel de la estación de Hamburgo, los veíamos invariablemente, en todas las demás estaciones. Los tres retratos y las banderas rojas.

Ante la imposibilidad de hacer nada por nuestra parte para acelerar la marcha del tren que nos conducía, nos resignamos pacientemente a la espera y nos entregamos en brazos de lo fatal.

Todo el resto del día, la noche y parte de la mañana siguiente, hasta llegar a Petrogrado, lo pasamos haciendo conjeturas y cálculos acerca de lo que veíamos.

Desde las nueve de la mañana, hora en que llegamos a la estación de Petrogrado, hasta las doce, que vino a buscarnos un automóvil de la Tercera Internacional, hubimos de permanecer en el coche. El espectáculo que presenciamos durante aquellas tres horas, nos dio la sensación de lo que al pueblo ruso hacía padecer el bloqueo, del sacrificio que se había impuesto por la revolución y del estoicismo con que lo soportaba todo.

Más de media docena de trenes llegaron en aquel intervalo; trenes en los que apenas se veía un solo vagón para viajeros.

Todos eran vagones de los que se destinan comúnmente para el ganado.

De estos vagones, apenas paraba el tren, se desbordaba una multitud inmensa de personas de todas las edades, reflejando en sus rostros el inmenso martirio que soportaban. Casi todos venían cargados con bultos de más o menos volumen, en los que llevaban las provisiones.

Eran habitantes de Petrogrado que se desparramaban por la campiña en busca de elementos de vida. Llegaban a las más apartadas casas de campo comprando lo indispensable para la subsistencia, y que obtenían a cambio de ropa, calzado o muebles. El dinero lo rechazaban.

Muchas de estas personas, que así recorrían la provincia de Petrogrado en busca de alimentos, luego, en la capital, especulaban con ellos. Los vendían o cambiaban; y esto les permitía ir viviendo. La especulación en este aspecto alcanzaba proporciones enormes. Y cuantas medidas represivas se tomaron contra ella de nada valieron, a no ser para empeorar la situación. Cuantos más peligros corría el especulador, más se hacía pagar los artículos que conseguía introducir en la ciudad.

Llamaban la atención poderosamente los abigarrados y estrafalarios modos de vestir. Era como un bazar inmenso en el que se hubiesen ido amontonando prendas de vestir de todas clases y colores, usadas, medio usadas y nuevas.

No era raro ver a una joven tocada con una gorrita de lana nueva, o casi nueva, una blusa de seda bastante usada y una

saya de tela grosera más ordinaria, y hasta con remiendos de otro tejido diferente.

Veíanse otras con zapatos altos, casi nuevos y con calcetines en vez de medias. No era raro, tampoco, ver a una mujer vestida con chaqueta de hombre y zapatos sin medias ni calcetines.

La mayoría llevaba el pelo cortado a la romana. Inquirimos más tarde, durante nuestra estancia en Moscú, la razón de esta moda y nos dijeron que la necesidad había obligado a adoptarla.

Faltaban peines, horquillas, espejos, jabones, todo lo indispensable al tocado más elemental de la mujer. Por eso hubieron de sacrificar muchas sus trenzas de pelo.

En aquel primer contacto que tuvimos con la realidad revolucionaria, sin prismas que la decolorasen, ni velos que la cubriesen, comenzamos a vislumbrar la tragedia rusa.

Lo que más nos impresionó fue la seriedad, la tristeza que se reflejaba en todos los rostros.

Ni una sonrisa, ni un relámpago de alegría, ni la más imperceptible manifestación de contento. Nada. Un rictus de tristeza, de profunda tristeza, lo único que podíamos contemplar. Y un silencio impenetrable. Parecía que aquellas bocas no hubieran hablado ni reído nunca.

Veíamos el dolor y queríamos saber la razón que lo determinara; pero nos hallábamos ante lo desconocido, y lo

desconocido nunca deja penetrar sus misterios hasta que la razón ha penetrado en sus santuarios.

Alguien nos llama. Es el camarada encargado de la valija diplomática estoniana que nos avisa la llegada del auto que nos conducirá al "Hotel Internacional", lujosa y atrayente morada de los turistas antes de 1914, superada ya por el "Astoria", edificado a pocos pasos de distancia y que después de la revolución se ha convertido en el domicilio de todos los extranjeros que entran en Rusia, aunque con preferencia para los que llevamos a cumplir una misión oficial.

La estación a donde hemos ido a parar se halla al final de la famosa perspectiva Nevsky.

La estación de la Avenida Nevsky era una de las más concorridas y la principal y mejor acondicionada, antes de la guerra. De allí parten todos los trenes que se dirigen al interior de Rusia y por la que llegaba a Petrogrado el expreso de lujo de Varsovia–Berlín–París. A la sazón nos la encontramos en un estado lamentable.

Las puertas sin vidrios, muchas rotas y casi caídas, pues hasta les faltan los goznes; el suelo lleno de baches, con el piso de asfalto casi levantado; unas pasarelas que debieran servir para contener y guiar las aglomeraciones de viajeros hacia cada uno de los andenes, están rotas y volcadas las paredes, el suelo y las puertas del "hall" que da acceso a una gran plaza las cubre una suciedad y abandono que producen dolor y tristeza; y contrastando con aquel cuadro, como enmarcados en él, todos los soldados y empleados de la estación, sucios, rotos,

harapientos, circulan de un lado a otro sin apenas pronunciar una palabra, con aire de profundo abatimiento.

Al salir para tomar el auto, como el público sabe que es un auto al servicio de la Tercera Internacional, la multitud desocupada y hambrienta que deambula por los alrededores de la estación y la plaza, se acerca y forma corro. Pero ni una palabra, ni un gesto. Parecen estatuas o seres que hubiesen perdido el uso de la palabra. Era para los habitantes de Petrogrado un espectáculo del que hacía mucho tiempo se veían privados: presenciar la llegada de extranjeros.

Ya acomodados, el auto enfiló velozmente por la Avenida Newsky, pero antes de llegar al final torció hacia la izquierda y después de cruzar varias calles nos dejó ante la puerta del hotel.

En el zaguán montaban la guardia dos mujeres fusil al hombro, a las que fue preciso presentar una orden que traía un secretario de la Tercera Internacional, que nos acompañaba.

Conducidos al primer piso, se presentó la misma orden al comandante del hotel y, avisado el encargado del servicio, después de dilatada espera, se nos señaló las habitaciones que debíamos ocupar.

Lavados y desempolvados los trajes, esperábamos la llegada de un alto funcionario de la Tercera Internacional que había de revisar nuestras credenciales, cuando se presentó una de las mujeres del hotel preguntando por el camarada Pestaña.

Se comprenderá mi turbación y asombro, al escuchar de la servidora del hotel, que una persona de Petrogrado deseaba entrevistarse conmigo.

—Dígale que dentro de unos minutos me tendrá a su disposición.

Era tanta mi impaciencia por averiguar quién pudiera ser la persona que deseaba verme, que me lancé por pasillos y escaleras al piso superior.

Llamé en el cuarto que se me había indicado y, abierta la puerta, me encontré frente a frente con Víctor Serge (Kibalchiche), que desde su desaparición de Barcelona no había vuelto a saber nada de él. No tenía ni la más remota sospecha de que estuviera en Rusia.

Nos saludamos con un fuerte y fraternal apretón de manos y, en español, que con dificultad hablaba, me pidió noticias de todos los camaradas anarquistas de Barcelona, de la organización, del periódico "Tierra y Libertad", donde tan hermosos artículos había publicado y de una serie de cosas, de las que se hallaba privado de saber a causa del bloqueo.

Le expliqué rápidamente lo que había y, a mi vez, le pregunté qué era de su vida y cuál su opinión sobre la revolución.

—Ven a la noche —me dijo— al hotel "Astoria". Preguntas por el número de mi habitación, que ahora te apuntaré, y charlaremos más largamente de todo. De paso podrás ver a Berkman y a Emma Goldman, que ocupan una habitación contigua, y a quienes tendrás ocasión de conocer

personalmente. La conversación no dejará de ser interesante para ti y para nosotros.

—¿Y cómo has sabido mi llegada? —le pregunté.

—Ocupo un alto cargo en la Tercera Internacional. Por mi cargo me entero inmediatamente de quienes llegan de Europa y, al ver tu nombre, he corrido a saludarte.

Cuando acompañando a Kibalchiche descendimos al primer piso, ya nos esperaba el camarada Tom Rech, delegado de los comunistas norteamericanos en la Tercera Internacional desde el primer Congreso celebrado el año anterior, a quien entregamos nuestros mandamientos y nos dio instrucciones.

—Mañana —nos dijo— partiréis para Moscú a las dos de la tarde. Empezarán las sesiones del Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional para dar la contestación a Cachin y a Frossard sobre si debe o no admitirse el Partido Socialista francés en la Tercera Internacional. Podréis tomar parte en las deliberaciones. Ahora podéis comer, pues ya se ha dado la orden y luego podéis visitar alguna institución soviética.

Debo advertir que el viaje desde Berlín a Petrogrado y luego hasta Moscú, lo hicimos en compañía de Rosmer, delegado del Comité de la Tercera Internacional de París, de su compañera y de Abramovich, ya citado, aunque éste en Petrogrado se separó de nosotros, uniéndose, en cambio, Murphy y algún otro.

Comimos en un instante, pues ardíamos en deseos de recorrer la capital fundada por Pedro el Grande y poder

apreciar de cerca los estragos de la guerra, de la revolución y, sobre todo, de mezclarnos con el pueblo, ya que hablar resultaba imposible por no saber ruso ninguno de nosotros.

Lo primero que visitamos fue la Catedral de San Isaac, que está emplazada justamente delante del Hotel Internacional. Sus grandes puertas estaban abiertas de par en par.

En el interior había todo un andamiaje, montado para realizar obras, pero se adivinaba que estaban paralizadas desde largo tiempo. La declaración de guerra había interrumpido, como tantos otros, aquellos trabajos.

En el interior de la basílica, y alrededor de un pope y de un altar lleno de iconos, se hallaban congregadas hasta unas trescientas personas, en su mayoría mujeres. También notamos la presencia de algunos soldados del ejército rojo.

El pope les hablaba en tono profético y lastimoso; su plática, en ruso, era desaforada y expresada a voz en grito. Parecía recriminar a sus compungidos oyentes.

Salimos, no sin admirar antes la magnificencia del edificio. Nos dirigimos hacia el Neva, río que, como se sabe, divide a Petrogrado y lo une con la base naval de Krostandt.

Llegamos hasta el puente Trotsky, que desemboca entre el Palacio de Invierno, residencia habitual del Zar en Petrogrado y el Almirantazgo.

El panorama resultaba atrayente, A la derecha el Palacio de Invierno que los bolcheviques querían convertir en Museo y

entonces clausurado; a la izquierda el Almirantazgo. El puente Trotsky delante, y, al frente, pero al otro lado del Neva, la Bolsa, también clausurada. Un poco más lejos, amenazadora y sombría por las tragedias que evocaba, la famosa fortaleza de Pedro y Pablo.

Nos reclinamos sobre el puente, asomándonos al río sin intención de pasarlo. Íbamos a visitar el Palacio del Trabajo, pomposo título que se había dado al local donde se domiciliaban los trabajadores.

Visitamos las varias dependencias del Palacio del Trabajo, cuya organización no estaba aun totalmente terminada.

Las dificultades que diariamente se les interponían para el acopio de materiales y la lentitud en el trámite de expedientes a causa de la burocracia, era causa de que la organización total no se hubiera terminado.

Excusamos repetir que, en todas las dependencias oficiales y edificios del Estado, que eran numerosísimos, los bustos de Carlos Marx se prodigaban con una copiosidad fetichista. No se entraba en dependencia u oficina, ni se pasaba por delante de un edificio del Estado, sin que el busto del fundador del materialismo histórico no hiciera los silenciosos honores del recibimiento.

No obstante, puede decirse que no eran nada los bustos tan profusamente distribuidos si los comparamos con la cantidad de retratos del mismo Marx, Lenin, Trotsky y Zinoviev, que se veían por todos los sitios.

La colocación era en grupo de tres, advirtiendo que dos de ellos, el de Marx y el de Lenin, casi nunca faltaban y, en todo caso, si faltaba uno de los dos, era el de Marx. Para el de Lenin no hallamos ni una sola excepción. Los que variaban con frecuencia eran los de Trotsky y Zinoviev. Según la influencia que gozara cada uno de ellos en la organización o dependencia aludida, figuraba el retrato del predilecto.

De banderas rojas no hablemos. Las había a millares. En el interior y en el exterior, en todos los rincones, no se veía otra cosa que banderas rojas. Mientras las paredes estaban revestidas de tela roja los rusos paseaban por las calles semidesnudos.

Visitado en gran parte el Palacio del Trabajo, nos dirigimos hacia la Plaza de Ourizstky, entonces, antes de Invierno, a la que da la puerta principal del Palacio de este nombre. Es una plaza circular de regulares dimensiones, a la entrada de la cual, por el lado del Almirantazgo, tuvieron lugar los famosos sucesos del año 1905. Allí fue donde Gapone, el agente provocador a sueldo de la policía, condujo a las masas trabajadoras. Desde el Almirantazgo y desde el Palacio de Invierno, se ametralló impunemente a la multitud indefensa que sólo pedía pan al padrecito de todos los rusos.

Dimos un paseo sin rumbo fijo por varias calles a fin de darnos una idea de la población y de los desperfectos y perjuicio consiguiente que la guerra y la revolución habían producido.

El espectáculo no podía ser más lamentable.

Allí donde hubo elegantes y grandiosos comercios, cafés o restaurantes, no quedaba nada. Todo estaba cerrado y sellado por los Soviets de la villa. Los interiores se veían desde la calle, a través de brechas, ventanas desguarnecidas y puertas arrancadas, sucias y polvorrientas. Las anaquelerías y estantes de algunas tiendas amenazaban próximo derrumbamiento; los mostradores y enseres, cubiertos de una espesa capa de suciedad, estaban inutilizados para el uso.

¡Y aquellos tristes despojos que a nuestra consideración se ofrecían, era todo lo que quedaba del esplendor y el lujo, casi asiático, acumulado por la nobleza brutal y cruel de la Rusia zarista!

Las calles presentaban el mismo aspecto lamentable. Por algunas se hacía imposible la circulación.

En los tranvías era difícil viajar. La falta de material obligó a reducir el servicio. Por otra parte, el transporte era gratuito, o casi gratuito, y siempre circulaban abarrotados hasta los topes. Debido a esta aglomeración de pasajeros, los lances jocosos y divertidos se sucedían, como recuerdo haber presenciado en Madrid en los buenos tiempos de Romanones.

El aspecto general de las gentes ya hemos dicho cuál era. No obstante, cabe hacer una excepción. La de los marinos.

Los marinos eran la aristocracia del dinero y de los honores. A ellos deben los bolcheviques su exaltación al Poder, pues los de Króstandt fueron los que iniciaron y casi realizaron el golpe de Estado que expulsó a Kerensky y detuvo la ofensiva de Brousiloff, cuando desde el frente se dirigió a Petrogrado a

combatir a los bolcheviques. Los marinos de Króstandt y los de Petrogrado fueron la fuerza sobre la que se apoyaron los bolcheviques, y en justa compensación gozaban de todos los privilegios que la República Soviética podía conceder a sus beneméritos defensores.

Ya tarde, pasadas las nueve de la noche, rendidos y fatigados de tanto caminar, regresamos al hotel. Si no hubiera sido por el cansancio, no nos hubiéramos dado cuenta de lo tarde que era, pues, a pesar de la hora avanzada, era de día claro, una noche blanca, y no había el menor indicio de que fuera a obscurecer. Este fenómeno, que ya conocíamos, pues desde nuestra entrada en el golfo de Finlandia, lo veníamos observando, pero al que no estábamos acostumbrados, nos había hecho perder la noción del tiempo.

Después de cenar, y siendo aún de día, nos trasladamos al hotel "Astoria", donde nos esperaba Kibalchiche y demás amigos.

Entramos en el despacho de la Guardia y solicitamos se nos dejara pasar, pues deseábamos hablar con Kibalchiche. Acreditada nuestra personalidad se nos autoriza el paso.

Kibakhiche, como Berman y Emma Goldman, ocupaban unas habitaciones de los pisos superiores –cuarto o quinto piso– y como los ascensores estaban inutilizados, hubimos de subir por la escalera.

Tuvimos alguna dificultad para hallar la habitación, pues en el laberinto enorme de pasillos y de escaleras no sabíamos orientarnos con facilidad.

A la llegada nos comunicó Kibalchiche que Berman y Emma no estaban, que habían salido, no sabía si el mismo día o el anterior, con una misión oficial fuera de Petrogrado y no podíamos, por tanto, conversar con ellos. Lamentamos esta ausencia y abordamos el motivo de la visita.

Queríamos datos; pero datos fidedignos, datos que no tuvieran ese carácter equívoco y siempre engañoso de los datos oficiales. ¿Para qué deciros que a Kibalchiche debo los mejores informes y críticas más duras contra el centralismo y contra la dictadura del proletariado?

¡Cuando me acuerdo de las palabras y consejos de Kibalchiche para no dejarme engañar por las aparatosas y teatrales informaciones que pudieran ofrecernos los órganos oficiales, y los informes que personas ajenas al bolchevismo me proporcionaran por conducto o indicación suya, me hace reír esa batalla gigantesca que hoy está sosteniendo para sumar a los anarquistas y sindicalistas al carro y acompañamiento del vencedor!

No guía mi pluma el odio ni el sectarismo: pero cuando veo el papel que hoy desempeña el individuo que primeramente me impusiera en las tretas y engaños de los bolcheviques para hacer creer, que lo hecho, no han podido hacerlo de otra manera, y que es preciso imitarlos, si no se quiere ir al fracaso revolucionario, la verdad, pienso, o que Kibalchiche no es sincero ahora, o que ha perdido el espíritu crítico y razonador que le caracterizaba.

Figúrate –me decía– a qué extremos puede conducirnos, contando a donde nos ha conducido ya, el centralismo. Yo soy uno de los altos empleados del Gobierno. Ya lo ves; vivo en lugar preferente. Tengo ración de intelectual y gano uno de los salarios más altos. Además, mi situación de preferencia, por ser el mío un trabajo indispensable a la revolución y al partido, hace que seamos considerados y tengamos una serie de privilegios que no tienen empleados soviéticos de la misma categoría, pero que prestan servicio en otras dependencias. Pues bien; fíjate en lo que te voy a decir.

Cuando llegué aquí, procedente de Francia, traía un par de botas en buen estado. Con un poco de cuidado y algunas reparaciones fueron tirando hasta el invierno pasado. Pero llegó un día que ya no era posible ponerlas en los pies. Materialmente, era imposible. Hacía tres meses, a principio de invierno que solicité de Zinoviev unas botas; me prometió que me serían entregadas; y me hizo el vale para que el almacén las despachara. Corrí durante tres meses sin poder obtener las botas. Cansado y hastiado de tanto engorro, pensé: "Ya no doy un paso más. El día que no tenga calzado me quedo en casa o voy descalzo a la oficina".

Dejé pasar unos días. Pero el frío y la lluvia apretaban y yo sufría enormemente por la falta de calzado.

Hablé por segunda vez a Zinoviev, y le expongo el estado lastimoso en que me hallaba.

Me hizo un nuevo vale, y además una orden terminante para que me fueran entregadas las botas.

Tuve que pasar por siete despachos diferentes. En cada uno hubo que hacer una operación y registrar las botas que se me iban a dar. Tardé tres días en conseguir se me franqueara el almacén donde estaba el calzado. Y ¡figúrate mi asombro, amigo Ángel, cuando veo que no había más que veinticinco pares de botas en depósito! Y no sólo causa asombro que no hubiera más que veinticinco pares de botas en depósito, sino que para distribuirlas había tenido necesidad de pasar por siete oficinas diferentes servidas por más de cincuenta empleados. La burocracia que el centralismo ha obligado a crear paraliza y destruye toda acción de mejora y de renovación.

Generalizamos la charla sobre otras muchas cuestiones; algunas no las referiré ahora porque tienen lugar adecuado en otra parte; pero sí expondré las que procedan.

Nos enfrascamos en una conversación interesante, analizando la acción de los anarquistas en la revolución y me enteré de hechos que procuraré resumir lo más concretamente posible.

—La labor de los anarquistas en la revolución —comienza diciendo Kibalchiche— es interesantísima y merece que los anarquistas de Europa y del mundo entero le presten la mayor atención. Mira si lo merece, que pudiendo ser un factor decisivo en la marcha de la revolución, han quedado (fíjate que digo han quedado, y no hemos quedado, ya que pertenezco al Partido, y oficialmente soy comunista, por lo que no quiero considerarme ante ti como anarquista limpio de conciencia), han quedado reducidos a girar en torno al Poder bolchevique, y

aceptar la dictadura del proletariado o ser carne de presidio. Ya ves que la diferencia es notable.

Sabes bien que, en Rusia, antes de la revolución, la mayoría de los grupos anarquistas, a causa de la miseria del país, que no permitía destinar recursos para la propaganda, se había generalizado la lucha en asaltos a mano armada a bancos o a personas portadoras de grandes sumas, parte de las cuales se destinaban luego a la propaganda.

Este sistema, que tiene la ventaja de no obligar a realizar esfuerzos económicos muy considerables en favor de las ideas, es de resultados totalmente negativos y perjudiciales para la moral de los individuos. Sí es cierto que la función crea el órgano, y en este caso se confirma plenamente, la función de asaltar y atracar determinó en los individuos todos que la realizaban, hábitos de expropiador impenitente. Y si el riesgo que corre a cada momento el individuo dedicado a tales menesteres, desarrolla en él el valor hasta elevarlo a la última potencia, también es cierto que destruye en él todo sentimiento de organización y de cohesión para cualquier obra que no sea aquella que, poco a poco, ha ido modelando su temperamento.

Y así se vio en Rusia, en los primeros momentos de la Revolución, que los grupos anarquistas fueron los primeros en batirse y dar la cara al enemigo; que más tarde, en el golpe de Estado que derribó a Kerensky y dio el Poder a Lenin, de ellos partió la mayoría de las iniciativas, batiéndose siempre en los lugares de más peligro. En la defensa misma de Petrogrado, cuando Yudenich llegó con sus ejércitos a los arrabales de la

ciudad, cuyas trincheras has visto tú mismo desde el coche, ellos estuvieron en primera fila y ocuparon los puestos de más peligro y de más compromiso. Arrastraron al pueblo a las trincheras y en ellas estuvieron hasta el último instante, mientras Lenin, Trotsky, Zinoviev y compañía, tomaban prudentemente el camino de Moscú. Pero después de esto, después de la heroica defensa de las trincheras y de batirse valerosamente, ya no se les vio por parte alguna. Se encerraban en sus casas o en sus clubs, y vengan y vayan discursos, sin irrumpir enérgicamente en el prosaísmo de una realidad que era, en aquellos momentos, muy superior a toda concepción abstracta de las ideas.

Hubo algunas voces de compañeros, que aun hoy siguen repitiéndolas, que intentaron hacerles ver el peligro que corría la revolución; pero los más continuaron su camino y no quisieron, o no supieron escucharlas.

Y aun el hacer discursos y lanzar continuas sofismas, llenas de frases galanas y conceptuosas, no les hubiera hecho el daño que les hizo actuaciones, que fundamentalmente, los anarquistas deben rechazar si se emplean como sistema.

Te he dicho antes que las expropiaciones individuales; o de grupo, se practicaban constantemente entre los anarquistas rusos, aconsejadas y propagadas como una necesidad. Pues bien; esa práctica produjo efectos nefastos en la moral y en las costumbres.

Mientras en la primera revolución, sobre todo por la poca resistencia que la misma burguesía opuso al derrumbamiento

del régimen zarista, las expropiaciones colectivas y tumultuarias no tuvieron gran alcance, fueron numerosísimas en el segundo período.

Apenas lanzado el grito de ¡todo el Poder a los Soviets!, mejor dicho, apenas puesto en práctica, ya que lanzar se había lanzado el primer día de la revolución de marzo, las expropiaciones colectivas y tumultuarias fueron muchísimas, y entonces se vio a todos esos anarquistas que habían practicado la expropiación como sistema de propaganda, entrar en los bancos, dedicarse al saqueo, apoderarse de millones de rublos, o de alhajas y valores, dirigirse a las casas que les parecían más lujosas y confortables, expulsar a sus habitantes a la calle y acomodarse ellos, sin querer preocuparse de nada más.

El malhechor, en el sentido que los regímenes capitalistas y la literatura dan a esta palabra, se despertaba en aquellos individuos, eclipsando y destruyendo al idealista, al hombre de conciencia y de ética anarquista.

Cuantas intimaciones les fueron hechas para que no prosiguieran su nefasta labor fueron desoídas; cuantas advertencias, recomendaciones y llamadas les hicieron sus propios compañeros en ideas, para que no destruyeran con sus ejemplos el sentido transformador de la propiedad individual en colectiva, que la revolución iba imprimiendo a todo, se estrellaron contra el hábito adquirido después de algunos ensayos, la expropiación realizada en perjuicio de los capitalistas del zarismo.

Y aun esto no hubiera concitado contra ellos la animosidad colectiva si, por una paradoja incomprendible, no se hubieran negado, incluso, a convertirse en trabajadores y ocupar su puesto en la fábrica y en el taller. En nombre de la libertad, interpretada en el sentido de que cada cual hiciese lo que quisiera, no hubo medio de hacerlos entrar en razón.

La práctica de la expropiación en beneficio de la propaganda, durante el pasado, había elaborado en ellos un concepto antianarquista (hay que decirlo así) de sus propias ideas.

Por eso, cuando los bolcheviques les intimaron a que se sometieran a sus mandatos, el pueblo, que los había visto despreciar el peligro batiéndose valerosamente, pero que los vio después desentenderse de los problemas colectivos para encerrarse en una posición más cerca de la realidad destruida que de la gestación de realidades nuevas, no acudió en su ayuda, y los bolcheviques salieron victoriosos.

Si los grupos anarquistas, salvo algunas excepciones, no hubieran estado impregnados de ese sentimiento bastardo que nada de común tiene con la filosofía anarquista, pero que por una paradoja incomprendible, tan tolerado ha sido entre los anarquistas de casi todos los países, no lo dudes querido amigo, los bolcheviques no los hubieran vencido en Moscú; es más, ni siquiera se hubieran atrevido a hacerles frente. El pueblo, que los conocía bien por haberlos visto batirse heroicamente contra el zarismo, se hubiera puesto a su lado y los hubiera defendido.

Nunca como ahora, con el estudio comparativo de la práctica con la idea, me doy cuenta de la razón que tenéis los anarquistas españoles rechazando sistemáticamente la expropiación individual en vuestros grupos.

Perseverad en vuestra conducta y no dejéis que esa teoría de la expropiación individual, a pretexto de allegar recursos para la propaganda, se filtre en vuestros grupos... Si un día se infiltra los daños que recibáis de ello serán incalculables.

En aquel momento tenía razón Kibalchiche. ¿Podría decirse algo parecido ahora?

Por lo que a este aspecto se refiere, los bolcheviques rusos tienen sobrada razón, frente a las lamentaciones de los anarquistas.

Y como prueba de la influencia que los anarquistas hubieran ejercido en el desenvolvimiento posterior de la revolución, si no hubiera sido por lo que te acabo de exponer, puedes juzgar, considerando que muchísimos de los que lo éramos y de los que hoy aún siguen siéndolo, pero que entonces y después se pronunciaron contra sus propios compañeros, ocupan y ocupamos lugares y empleos de preferencia en el régimen soviético. Que muchas veces cuestiones importantísimas, está a nuestro arbitrio resolverlas en un sentido o en otro. De esto podrás convencerte a medida que pases tiempo entre nosotros.

La残酷 que a los bolcheviques se achacaba en Europa también fue motivo de nuestra conversación.

—Es cierto —me dijo—. No dudo que en muchísimos casos fuera innecesaria; pero no lo fue siempre. La Comisión extraordinaria, ese tribunal que preside Dzerzinsky, el Robespierre del bolchevismo, es una cosa espantosa. Se detiene, encarcela, juzga y fusila sin dar al reo tiempo para que se defienda; ni puede enterarse siquiera de las verdaderas razones que motivan su muerte. Hay casos verdaderamente monstruosos. Te relataré algunos.

Detenido un ingeniero y acusado de haber vendido trece libras de azúcar por valor de 36.000 rublos que, en realidad no tienen, como sabes, sino un valor relativo, fue presentado a la Comisión extraordinaria. La Comisión extraordinaria lo condenó a muerte. La razón de esta condena se fundó en que, antes de la revolución había pertenecido al partido menchevique.

Avisados algunos amigos del ingeniero por su señora, vinieron a verme, e iniciamos gestiones en su favor. Se nos prometió que se le indultaría, cuando a los tres días leemos en la "Izvestia" que había sido fusilado aquella mañana. Casos así podría citarte a centenares.

—Y de la especulación, ¿qué me dices?

—De eso no es posible ni siquiera dar un pálido reflejo de lo que ocurre. La especulación y el robo están a la orden del día. Con centinelas a la vista se desvalijan y saquean los almacenes del Estado.

Como caso típico escucha el siguiente:

Faltaba mantequilla en Petrogrado. El Soviet local no hallaba medio de poderse proporcionar ni un kilo. La penuria era tan grande que incluso los hospitales carecían ya de ese alimento. Los especuladores, temerosos de que les fuera impuesto un castigo grave, no se atrevían a hacer circular las existencias que tenían escondidas, ni que llegaran a Petrogrado las acaparadas en provincias. Pero era un buen momento para realizar pingües beneficios. ¿Qué hacer?

A una de las reuniones del Soviet, donde debía tratarse esta cuestión, se presenta un ciudadano y dice que él podía proporcionar un vagón de mantequilla en 100.000 rublos (que luego se supo había comprado en 8.000), pero que era preciso darle autorización para el transporte, pues el vagón de mantequilla estaba en una provincia.

Acepta el Soviet la oferta y autoriza el transporte. A los dos días el vagón de mantequilla llegaba a la capital. Se persona un delegado del Soviet para reconocer la mercancía, hacerse cargo de ella y efectuar el pago.

Cumplidos todos los requisitos, se precintó el vagón y se pusieron cuatro centinelas de vista, que se relevaban cada dos horas. Al día siguiente, llegan dos camiones militares a cargar la mantequilla. Qitan los precintos, abren las puertas, y... ¡en el vagón no había nada! ¡Estaba completamente vacío! No se pudo averiguar cuándo ni cómo se llevaron la mantequilla.

Se procesó a los soldados; pero cada grupo de cuatro echaba la culpa al que lo había relevado o precedido. Lo cierto es que la mantequilla no se encontró.

Habrás visto en la estación, esta mañana –continuó diciéndome– numerosas mujeres y hombres con bultos de todas clases; con botellas de diez o quince litros de cabida, llenas de leche, pues casi todos esos comestibles son para la especulación. Y no creas que quienes compran sean sólo los burgueses desposeídos u obreros; compramos todos, incluso nosotros, si no nos moriríamos de hambre. Las raciones que nos dan sólo representan un tanto por ciento muy reducido de lo que para vivir se necesita; el resto hay que buscarlo y comprarlo entre los especuladores.

En Moscú verás cosas curiosas respecto a esto. Date un paseo por la Sujareja y verás.

–Y eso, ¿qué es? –le dije.

–Es un mercado que el Soviet no ha querido prohibir porque era el mercado de las cosas viejas. Algo así como vuestros Encantes de Barcelona, o el Rastro de Madrid.

Era ya tarde. Acababan de sonar las dos de la madrugada. El interés de lo que se decía nos hubiera hecho estar allí hasta la hora de marchar para Moscú; pero el no querer abusar demasiado de la benevolencia del amigo, hizo que diéramos la conversación por terminada.

Nos despedimos, prometiendo vernos en Moscú y hablar de otras muchas cosas.

Nos dirigimos a nuestro hotel encantados de la hermosura de la noche; pero algo intranquilos por lo que acabábamos de escuchar.

La guardia del hotel, que como por la mañana a nuestra llegada, la montaban dos hermosas amazonas de rubias y brillantes guedejas, nos produjeron cierta admiración al verlas con su correspondiente cigarro en la boca.

El uniforme algo masculino, el fusil al hombro y el cigarro en la boca, nos hizo recordar ese otro feminismo que circula por España.

Revisaron minuciosamente el papelito que les mostramos, y con una seña nos indicaron que podíamos pasar.

Subimos. El vigilante de noche nos entrega las llaves de nuestras habitaciones y nos retiramos a descansar. La fatiga del día y las emociones sufridas, reclamaban un poco de descanso, así es que nos dormimos rápidamente, apenas acostados.

II

En camino. Dos días en Moscú

Nos despertamos algo tarde. Nuestros propósitos de levantarnos a las siete de la mañana con el objeto de dar un paseo antes de partir para Moscú, resultaron fallidos.

No conocíamos a nadie, no sabíamos hablar el idioma del país, pero nos interesaba ponernos en contacto con el pueblo. ¿Cómo? Se comprenderá que no era fácil faltándonos como nos faltaban los medios más indispensables para ello. Pero el afán que nos impulsaba era más poderoso, o al menos pretendía vencer todos los obstáculos.

Faltos del principal vehículo de inteligencia, el idioma, queríamos suplirlo lo más ventajosamente posible, y ningún medio mejor para conseguirlo que circular en todas direcciones y mezclarnos con el pueblo. Ver, sentir, recibir sensaciones.

Cuando nos despertamos y vimos que el cuarto estaba inundado de luz, nos dimos cuenta que habíamos dormido más de lo que deseábamos. Y así era, en efecto. Las nueve marcaban ya los relojes.

Nos levantamos decididos a aprovechar lo que pudiéramos, a fin de que el contratiempo ocasionado por el retardo en despertarnos, pudiera ser compensado con una mayor actividad. Arreglados, bajamos a tomar el desayuno, y cuando nos disponíamos a salir a la calle, llega un aviso del Comité de la Tercera Internacional para que esperemos una orden.

Un poco contrariados, nos resignamos a esperar. ¡Qué remedio! Podía tratarse de algo interesante, y lo primero es lo primero. "Aprovecharemos el tiempo que podamos", nos dijimos.

Aguardando, perdimos toda la mañana. Hasta las doce no vinieron a darnos la orden, que al fin y al cabo, no tenía ninguna importancia. Era para decírnos que al día siguiente se celebraría reunión del Comité Ejecutivo y que debíamos acudir a él, lo que por otra parte ya sabíamos.

Charlamos un rato con Tom Rech, que era el portador del recado, esperando la comida y la marcha, pues a las dos de la tarde partíamos para Moscú. Habíamos perdido la mañana tontamente.

La comida que se nos dio en el Hotel Internacional, como la que más tarde nos fue suministrada en el "Dielavoy Dvor", de Moscú, era ración excepcionalísima. Los delegados, en este aspecto, como en todos, éramos la verdadera aristocracia del país. La miseria y el hambre de las gentes contrastaba con el trato que a nosotros se nos daba. ¡Y cómo abusaron algunos delegados de esta ventaja!

A la una vinieron a decirnos que el auto nos esperaba para cuando quisiéramos marchar. A fin de no entretenerlo demasiado, optamos por dirigirnos a la estación, esperando allí la hora de salida del tren.

En la estación volvimos a presenciar el espectáculo de la mañana anterior, a raíz de nuestra llegada a Petrogrado. Todos los trenes, tanto a la llegada como a la salida, iban pletóricos de gentes andrajosas y miserables, que con sacos, pañuelos grandes, trozos de tela, cestas, botellas y otros utensilios, venían hacia Petrogrado o salían de él, en busca de los alimentos que en la villa no podían encontrar. La única diferencia era que, los que salían, no iban cargados con bultos tan grandes como los que entraban. Las ropas y calzados que utilizaban en sus transacciones con los campesinos, no tenían el volumen de los productos por los que cambiaban, y por eso los bultos eran más pequeños. Nos indicaron el tren que nos trasladaría a Moscú, y pudimos observar que todos sus coches eran de viajeros, en estado lamentable, es cierto, pero eran de viajeros.

El coche-cama que nos había llevado desde Reval ya estaba enganchado y dispuesto.

Nos paseamos un momento por los andenes, pero el calor, que ya empezaba a apretar a aquella hora, nos hizo recogernos en el coche. Téngase presente, que habiendo adelantado tres horas los relojes, por razón de economía en la luz, no eran más que las once de la mañana, hora de Europa; por eso decimos que empezaba a apretar el calor.

El paisaje ruso era una cosa monótona y triste. Bosques y más bosques; llanuras y más llanuras; siempre lo mismo. De trecho

en trecho algún lago, algún riachuelo y nada más. El abeto es el árbol que abunda por excelencia. A veces se recorren kilómetros y kilómetros de ferrocarril sin ver a un lado ni a otro nada más que las copas de los árboles. Nos dijeron que en verano los incendios son muy frecuentes en esos bosques que cruza el tren. Alimentadas las locomotoras con leña, aunque en lo alto de la chimenea lleven un emparrillado de fuertes barras de hierro, suelen salir numerosas chispas y trozos de leña encendidos que las pulsaciones arrancan violentamente del fogón de la máquina. El calor y los trozos de leña y hojas secas hacen lo demás.

Miles y miles de árboles se queman en estos casos, sin que nada pueda hacerse por evitarlo, pues precisa casi siempre cortar el fuego bastante distante del lugar donde se ha iniciado.

También vemos desde las ventanillas del tren tristes y miserables isbas de los campesinos rusos.

Las poblaciones grandes de Rusia son muy pocas, si se considera que cuenta con unos ciento treinta millones de habitantes.

De población superior a un millón, acaso no haya en Rusia más de dos capitales: Moscú y Petrogrado. De menos de un millón y más de cien mil habitantes, no pasarán de cuarenta. Y de veinte mil habitantes hasta cien mil, no serán muchas más.

Todo el resto, hasta los 130 millones de habitantes, se divide en pequeñas ciudades y aldeas. Desde el tren se contemplan continuamente agrupaciones de isbas formando poblados o aldeas.

En cada estación bandadas de niños se acercaban al tren solicitando una limosna, o bien ofreciéndonos mercancías; leche, manzanas y otras frutas, por las que no querían admitir dinero. Si se les daba rublos os decían que no los querían; se les había de dar, a cambio de lo que ofrecieran, un pañuelo, azúcar o sal. Sobre todo sal. La alegría de aquellos vendedores improvisados, cuando recibían sal a cambio de su mercancía, no tenía límites. Vimos también numerosas mujeres trabajando en la reparación del ferrocarril. Lo eran la mayoría. Sobre los vagones y descargando el balastro, veíanse muchas, desgreñadas y sucias.

En algunas estaciones pudimos observar la causa de las dificultades en las comunicaciones ferroviarias en Rusia. En las vías muertas de ciertas estaciones, veíanse centenares de vagones y docenas de locomotoras fuera de servicio, que por no poder ser reparadas, había necesidad de arrinconar. Es aquí donde se veía la obra criminal e inhumana del bloqueo.

Casi todo el material de reparación de los ferrocarriles rusos, venía del extranjero, antes de la revolución. Decretado el bloqueo, no fue posible improvisar ese material, y hubo que disminuir el servicio de comunicaciones ferroviarias por no disponer del material móvil necesario. Asimismo pudimos observar la influencia de las ideas religiosas sobre el pueblo ruso.

En muchas estaciones había altares o capillitas con iconos, y la mayoría de las gentes, se persignaban las tres veces de ritual al pasar delante del ícono. Esto tuvimos ocasión de presenciarlo con muchísima frecuencia, después en Moscú y en el interior de Rusia; pero como en Petrogrado apenas si lo habíamos visto, nos llamó mucho la atención.

Otra singularidad de las costumbres rusas, es la de que en cada estación por pequeña que sea, haya un caldero de agua caliente, casi hirviendo, que un empleado cuida con gran celo. De estas calderas toman los viajeros el agua para hacer su té.

El no ser montañosas las provincias centrales de Rusia, hace que las aguas no sean muy potables en verano, y en invierno, el frío las congela completamente; por eso el gran consumo de té que se hace. Y para que el viajero pueda cómodamente preparárselo, halla en cada estación el agua caliente, que toma a discreción.

A media tarde, nos avisó el camarada encargado del correo diplomático, que era el mismo con quien veníamos desde Reval, que Zinoviev quería hablar con nosotros. Quedamos sorprendidos. Ignorábamos que Zinoviev viajara en el mismo tren.

Sí que habíamos observado que a la cola del tren se había adicionado un vagón especial, al que nadie subía ni bajaba, salvo cuatro soldados que, bayoneta calada, se apostaban a un paso de distancia de las cuatro salidas del coche al parar el tren en cada estación y que no permitían acercarse a nadie. Pero,

supusimos que sería el servicio de escolta del tren. Luego vimos que era el coche especial de Zinoviev.

Deseosos de conocerle y de estrechar su mano, no nos hicimos rogar. Inmediatamente nos trasladamos a su coche, y quedamos maravillados al entrar. Más que un vagón de ferrocarril parecía aquello un salóncito lujoso de una persona acaudalada. Formaba tres departamentos: uno, que servía de recibidor y comedor, montado a todo lujo, con muebles sobrios, pero buenísimos; otro, que hacía las veces de despacho, con su mesa escritorio, su armario biblioteca y su cómoda cama; y un tercero que era la cocina.

—Es una de las confiscaciones hechas por el Gobierno soviético —nos dijo Zinoviev viendo que nos fijábamos atentamente en estos detalles—. En Rusia, en tiempos del zarismo, era corriente que los grandes duques, príncipes y grandes propietarios, viajaran en vagones de su propiedad. De iguales comodidades disfrutaban cuando hacían travesías por los ríos navegables. En el Volga, que me gustaría visitaran, se contaban a docenas los vaporcitos de lujo.

Este coche, ha sido puesto a mi disposición por el Gobierno, como presidente actual de la Tercera Internacional y miembro del Comité político del Partido Comunista. Perteneció a un Gran Duque, que lo ha reclamado varias veces inútilmente. Ni éste, ni ninguno otro, será devuelto. Son de propiedad del Estado y el Estado los utiliza para su servicio.

Y prosiguió, cambiando de tema:

—Les he llamado para conversar un rato y para invitarles a cenar conmigo. Ya se ha dado orden al cocinero de que prepare la cena para todos. Por el momento nos servirán el té.

Puesto que del cambio de ideas que tuvimos con Zinoviev, hemos de tratar ampliamente en otro lugar, nos limitaremos aquí a dar un ligero resumen nada más.

Zinoviev nos pidió informes del movimiento social y político de los respectivos países allí representados por las delegaciones. Expusimos lo que creíamos justo y pertinente, y él nos habló de Rusia, de su personal entusiasmo por la Revolución, de lo que el Partido había hecho por ella y de la obra que pretendía realizar. Y, finalmente, nos cantó las excelencias de la "dictadura del proletariado", sin la cual, la revolución sería imposible en cualquier país.

El comunismo, sobre todo el bolchevizante, según Zinoviev, era el mágico talismán, el sésamo, la panacea que ha de dar al hombre la felicidad.

Me atreví a objetarle que no comprendía qué clase de comunismo era el implantado en Rusia, ya que, según mi creencia, el comunismo era sólo posible en la fórmula de "a cada uno según sus necesidades, y de cada uno según sus fuerzas", y que, además, creía que en un régimen comunista, el salario, y menos el salario con categorías, no se avenía con lo que yo entendía comunismo.

—Que haya treinta y cuatro tarifas de salarios, y que los funcionarios del Estado trabajen seis horas, mientras la jornada

legal de las fábricas es de ocho, no me parecen prácticas de comunismo —añadí.

—Ya sé que sois anarquista —dijo sonriente—, y que por ello, estáis un poco impregnado de ideas pequeñoburguesas; pero veréis, veréis apenas os pongáis en contacto con nuestros medios, cómo os compenetráis con la práctica del verdadero comunismo.

Además, la práctica del comunismo —prosiguió— no puede hacerse en gran escala. Nada más que a favor del Estado, no a favor del individuo. El Estado lo confisca todo, se apodera de todo y dispone de todo en favor de la comunidad, que en este caso es el país entero. El país, o mejor dicho, cada individuo, debe colaborar ciega y disciplinadamente en favor del Estado y, en la forma y modo que el Estado le mande. Como todos los beneficios de esta colaboración revierten en favor del Estado, éste los reparte luego según el servicio o la importancia del servicio que cada uno le haya prestado. Este es el verdadero comunismo, y no el que propagáis los anarquistas.

—No lo comprendo —repliqué—. A mi parecer, eso no tiene nada de comunismo. A lo más, es el colectivismo que el socialista belga Vanderbelde defiende en una de sus obras. Aquí hay un patrono: el Estado; y un proletariado: el pueblo. Y si el obrero ha de trabajar mediante un estipendio cualquiera, y el suplex de lo que produzca no puede distribuirlo como a él le plazca, ni disponer de él según acuerdos que libremente pueda contraer, y sólo ha de aceptarlos en la forma que el Estado quiere entregárselos, no hay comunismo; no hay más que un colectivismo más o menos radical. Esto es todo. Mientras haya

clases, diferencias sociales o categorías, el comunismo no es posible. Y aquí hay, si no clases, por lo menos categorías, desde el momento que los salarios no son iguales y que cada obrero ocupa la categoría que el Comité de Fábrica le concede.

—Ya os convenceréis —me respondió— de que estáis equivocados. —Y la conversación tomó otro giro.

La tarde era muy avanzada y se nos sirvió la cena. Terminada ésta, conversamos aún algo más, aunque de cosas triviales, retirándonos luego a descansar a nuestro vagón.

Nos acostamos y dormimos hasta hallarnos cerca de Moscú. En la estación nos esperaban cuatro automóviles, en los que fuimos trasladados al hotel "Diclavoy Dvor", que acababa de ser restaurado para recibir a los delegados al segundo Congreso de la Tercera Internacional.

De allí, poco después, partimos hacia el local de la antigua Embajada alemana en Moscú, domicilio oficial de la Internacional Comunista, donde la reunión del Ejecutivo debía celebrarse.

No me ocuparé de las incidencias ni curso del Congreso, por haberlo expuesto ya en el folleto, que de mi gestión como delegado en el Congreso está publicado, ampliado más tarde en el titulado "Consideraciones y juicios acerca de la Tercera Internacional".

Pero antes, quiero dar el resumen de una entrevista que tuve con Drizzo, o Suzowsky, como se quiera que por los dos nombres es conocido.

Al día siguiente de nuestra llegada a Moscú, o sea el día 30 de Junio, por convenido así el día anterior, después de terminada la reunión del Ejecutivo de la Internacional Comunista, tuvimos una entrevista con Suzowsky y celebramos con él una especie de interview, que nos fue utilísima en toda nuestra gestión posterior.

Es un hecho, ya reconocido por la Historia, que la organización de Sindicatos en Rusia, surge después del movimiento de 1905. Ahogado en sangre aquel movimiento, que estuvo a punto de acabar con el régimen zarista, la misma nobleza y la burguesía vieron la necesidad de conceder un margen de libertad a las aspiraciones del pueblo, y al margen de esta libertad concedida, nacieron las primeras organizaciones sindicales.

Cuando decimos que se les concedió un margen de libertad, no queremos decir que pudieran desenvolverse, no ya con entera libertad, sino ni con mediana libertad siquiera; lo que pretendemos es sintetizar el comienzo de una concesión que la sangre vertida arrancara al zarismo, ya herido de muerte, y las ventajas que sacó el pueblo de la tregua represiva.

La reacción que siguió a los sangrientos sucesos de 1905 fue cruelísima; pero si quebrantados quedaron los partidos políticos que en el movimiento habían intervenido, por la represión que los diezmó, tanto o más quebrantado quedaba el régimen que la ejercía.

Convencida la burguesía y la nobleza, de que era muchísimo más práctico abrir una válvula de escape al creciente malestar

y protesta de la clase trabajadora, que oponerse por la violencia sistemática al descontento que, indiscutiblemente, existía en el pueblo, toleró que los trabajadores pudieran asociarse para reivindicaciones económicas de clase.

El incremento de los Sindicatos fue tan rápido y seguro, que el Gobierno, no atreviéndose ya a retirar lo concedido, sembró la organización de confidentes y agentes provocadores, que le permitían, al amparo de falsos movimientos y de delaciones siempre anónimas, realizar detenciones en masa, con lo que alcanzaba dos finalidades: deshacerse de los obreros más enérgicos y capacitados, enviándolos a Siberia o al patíbulo y desarticular la organización temporalmente, lo preciso para que la burguesía respirara y se repusiera.

Los partidos políticos rusos quisieron sumarse entonces y aprovecharse de la organización sindical para sus propagandas, en la creencia de que el Gobierno les facilitaría esta tarea; pero se convencieron en seguida que no era posible. Vieron que, no sólo no podían aprovecharse del margen de tolerancia sin grave riesgo para ellos, sino que los mejores de sus militantes, quedaban expuestos a las iras de aquel poder tan bárbaro como disoluto. Desde este momento, los partidos políticos continuaron su propio camino y los Sindicatos se vieron libres de ellos. Entre unos y otros siguieron manteniéndose relaciones; ahora bien, actuando en una esfera completamente distinta.

No obstante, esta separación que las circunstancias imprimían con fuerza irresistible, los Sindicatos no

desaparecieron, y aunque muy paulatinamente, extendieron su influencia y su radio de acción.

La declaración de la guerra europea puso a los Sindicatos rusos, al igual que a los de otros países que intervinieron en la contienda, en situación apuradísima; pero más tarde, al revés de lo que ocurrió en las demás naciones beligerantes, los Sindicatos rusos consiguieron reaccionar y crear una fuerza poderosa. La descomposición política y económica del país, que determinó la debilidad absoluta del zarismo hizo que los Sindicatos alcanzaran gran preponderancia. Y en esta situación de los Sindicatos, es cuando Suzowsky no habla de ellos.

No quisiéramos desnaturalizar el pensamiento del presidente de la Confederación General del Trabajo rusa, y vamos a seguir lo más exactamente posible las notas que conservamos de aquella conversación.

Hecha la revolución de marzo, la primera –nos dice–, los Sindicatos crecieron asombrosamente, y aunque desde un plano distinto, no cesaron de hostigar al gobierno de Kerensky para que éste diera plena satisfacción a las ansias populares.

Hubo un momento en que pareció que Kerensky iba a ceder ante el impulso creciente de las masas organizadas; pero arrollado por las embajadas extranjeras, en vez de inclinarse por el pueblo, se unió a la burguesía liberal y a los "cadetes", que la representaban. Entonces, los Sindicatos, por su propia iniciativa, produjeron un movimiento agresivo contra el gobierno y la burguesía, reclamando la terminación de la guerra y mejor acondicionamiento de los medios de vida.

En este movimiento, que se inició, seguidamente a la primera revolución y duró hasta principios de mayo, se produjo, a partir de esta fecha, un descenso, una reacción en sentido opuesto, y la burguesía, que deseaba tomar el desquite, inició una serie interminable de lockouts y arbitrarias disposiciones que producen por sí solas hacer reaccionar más violentamente que antes a la clase trabajadora.

Se presenciaron casos pintorescos en aquella lucha gigantesca. Los obreros, adelantándose a los acontecimientos que pocos meses después habían de generalizarse, empezaron a tomar posesión de las fábricas, poniendo en práctica un procedimiento que había costado muchos años de presidio y muchos destierros a Siberia en tiempos del zarismo.

Cuando los obreros de una fábrica no estaban contentos del encargado, director o patrono de la misma, y querían deshacerse de él, procedían de la manera siguiente que, lo repito, era ya una vieja costumbre en Rusia:

Cada obrero ocupaba su puesto de trabajo, como si nada hubiera de suceder, y sólo uno quedaba de vigilancia en la puerta. Apenas se divisaba la persona que se quería expulsar, se daba la voz de alerta, y todos se ponían en guardia, pero sin abandonar su trabajo ni moverse de su puesto.

Cuando la víctima había traspasado el umbral de la fábrica, a una señal convenida todos los obreros se dirigían hacia ella y la rodeaban, formando un círculo del que no podía salir. Entonces un obrero le manifestaba los propósitos de los trabajadores, y si voluntariamente accedía a ellos, nada ocurría; pero si hacía

resistencia, si no cumplía la intimación, uno de los presentes iba a buscar una carretilla de mano, en la que ponían a la persona, la sacaban fuera de la fábrica, y cuando estaban en medio de la calle volcaban la carretilla, y allá iba nuestro hombre rodando por el suelo, acompañado de las risas, chacotas y burlas de los circunstantes. Sucio, corrido y avergonzado, tenía que marcharse, porque si pretendía volver a la fábrica era peor. Podía ocurrirle algo más grave.

Escenas de estas se presenciaban a diario en las calles de Petrogrado y a las puertas de las fábricas.

La efervescencia crecía; las medidas de Kerensky contra el pueblo y las órdenes de prisión contra los obreros que expulsaban de las fábricas a los patronos, excitaron los ánimos y los Sindicatos de Petrogrado y Moscú, puede decirse que fueron los que más directamente alentaron el movimiento de la segunda revolución.

—Según esto, la participación de los Sindicatos en la segunda revolución fue muy visible —le objeté.

—Sin duda alguna. Y puedo afirmarle que los Sindicatos fueron el nervio de la revolución.

—Y después, ¿cómo se portaron?

—Generalmente bien, si hacemos las excepciones de rigor.

Los Sindicatos se pusieron a la obra para organizar el trabajo y la producción, aunque pronto se vio que no lo lograrían. El

espíritu corporativista pesaba más en sus decisiones que los intereses de la colectividad.

Así, por ejemplo, se dio el caso de que los obreros de la manufactura Provownik tuviesen nafta (carburo de hidrógeno) en abundancia. Y faltando nafta para hacer marchar los motores generadores de la fuerza para los tranvías, solicitó de los de la manufactura Provownik que cedieran una parte, y se negaron rotundamente.

—¿Y qué hizo el resto de los trabajadores ante esta negativa?
—pregunté.

—Llamaron a todos los obreros de la manufactura a una reunión en la Bolsa del Trabajo, y allí les dijeron que si no cedían una parte de nafta para que los tranvías circulasen, se les declararía el "boycot" y no se les dejaría viajar en los tranvías.

—¿Y cedieron?

—Qué remedio. ¿Quién resiste a una coacción de esa índole, a la amenaza de todo un pueblo?

—Así es que la coacción moral de los otros trabajadores les hizo ceder la nafta.

No había otro procedimiento para obligarlos. Hoy no hubiera sucedido así.

—Lo interesante —repuse— es la confirmación que me hacéis de que la intervención de los Sindicatos en el movimiento revolucionario fue relevante.

—De eso podéis estar seguro. Como de que ahora, después de la revolución, la armonía ante la Confederación General del Trabajo y el Partido Comunista es absoluta. Trabajamos de común acuerdo y siguiendo la plataforma del partido para la implantación del comunismo y el afianzamiento de la dictadura del proletariado. Marchamos en acuerdo absoluto en estos aspectos. La disciplina del Partido lo impone así, y a ella hay que someterse.

La conversación debía terminar, pues las innumerables ocupaciones de Lusowsky reclamaban de él el tiempo que nosotros le quitábamos.

—A propósito —me dijo—. ¿Queréis formar parte en una excursión que se organiza para los delegados por el río Volga? ¡Será muy interesante! Como el Congreso no empieza hasta el día 15 del mes que viene, tendremos tiempo de internarnos en el corazón de Rusia, donde podéis poneros más en contacto con la revolución. Son ya más de veinte las personas inscritas. Todos delegados.

Además, os invitamos también a tomar parte en un mitin que se celebrará mañana en uno de los campamentos de soldados de las afueras de Moscú. Esperamos que no faltéis.

—Contad conmigo.

Tomé parte en el mitin del campamento de soldados al día siguiente. No es que me entusiasmara a mí, antimilitarista impenitente, contribuir a una propaganda militarista, pero se me ofrecía ocasión de ver de cerca la organización de un campamento militar, y acepté.

—Fuimos recibidos con todos los honores.

Formaron las distintas divisiones que había en el campamento, y por entre filas de soldados fuimos al pabellón que ocupaba el camarada comandante.

Se nos sirvió el té y conversamos. La Comisión extraordinaria del campamento, compuesta por hombres afectos al Partido, y que tenía la misión de hacer propaganda comunista entre los soldados, se puso a nuestra disposición para cuantos informes quisiéramos adquirir.

Fuimos preguntando.

—¿....?

—La disciplina es muy rigurosa. Si no hubiera existido no hubiéramos podido organizar el Ejército. Ha sido preciso restablecer la pena de muerte y las más severas penas, para evitar las deserciones en masa. Y no sólo se castiga al soldado que deserta del ejército, sino que la aldea o pueblo donde se refugia y no lo denuncia, ha de pagar una fuerte contribución por ocultamiento.

—¿....?

—Se lee mucho en el Ejército. Hay libro que casi repugna, de manoseado que está, y, sin embargo, lo conserva el que lo tiene como si fuera una joya preciosa, un objeto de incalculable valor.

—¿....?

—Se prefiere la literatura. También la literatura comunista del Partido circula bastante; pero la literatura es la preferida.

—¿....?

—Entre las ciencias, la astronomía tiene, según nuestros cálculos, un cuarenta y cinco por ciento de los lectores, cifra que no alcanza ninguna otra rama de la ciencia.

—¿....?

—Entre el estudio de lenguas extranjeras no podríamos establecer comparación. El Esperanto tiene un sesenta por ciento de alumnos. Podemos decir que, hasta ahora, ésta es la preferida.

—¿....?.

—El número de analfabetos disminuye considerablemente, y aquí hacemos cuanto está a nuestro alcance para reducir a cero la cifra. Por lo pronto, cuando llega un soldado que no sabe leer ni escribir, lo primero que hacemos es enviarle a la escuela del campamento. Si muestra aplicación y deseos de aprender, se le pone en seguida en igualdad de condiciones; si no, se le dedica a los trabajos más penosos para despertar en él

el ansia de instruirse. No como castigo, sino como correctivo. Y este procedimiento da buenos resultados. Digamos también que no son numerosos los casos en que deban aplicarse.

-¿....?

-Continuamente damos conferencias. Por lo menos dos o tres por semana. Ahora, cuando nos dirijamos al lugar donde habéis de hablar veréis la tribuna desde la que comúnmente suele hablárseles. Hoy prescindimos de ella para que habléis vosotros.

El que parecía ser el "responsable", pues toda Comisión tiene un individuo responsable, nos invitó a que manifestásemos donde quiera que nos cupiese dirigir la palabra, que el Ejército rojo se organizaba y preparaba para llevar la revolución a todos los países. Que su deseo era poder abrazar un día en una población del centro de Europa a un delegado de cada uno de los Ejércitos rojos formados en cada país, ya que no fuera posible dar este abrazo a cada soldado.

Un oficial avisó al comandante y a la Comisión que las tropas estaban formadas esperando.

Nos dirigimos hacia el lugar donde debía celebrarse el mitin.

En el camino pasamos por delante de la tribuna ordinaria, desde la que los oradores hablaban a los soldados.

Era una plataforma de unos dos metros cuadrados, montada sobre cuatro postes, de unos tres metros de altura, con una escalera en un costado para el acceso. Los cuatro postes

estaban, a su vez, montados en un armazón de madera con cuatro ruedas, lo que permitía el traslado.

El lugar del mitin era una explanada espaciosa en la que, formando extensa circunferencia, se hallaban formadas todas las fuerzas del campamento. Nosotros ocupamos el centro. Y desde allí, les dirigimos la palabra, en francés, que luego traducía al ruso el camarada Lusowsky.

III

Una excursión por el Volga

El día primero del mes de julio salimos en tren especial para Nijni–Novgorod.

En la expedición iban veintisiete delegados extranjeros, más los rusos que el Comité de la Tercera Internacional agregó para que nos acompañaran y sirvieran de intérpretes e intermediarios. El jefe "responsable" era Luzowsky.

Entre los excursionistas figuraba toda la delegación italiana, con su venerable D'Aragona, el funambulista Serrati y el simpático y láguido Bombacci, más preocupado en hacer destacar su hermosura que en estudiar lo que en Rusia pasaba. También estaban Cachín, Frossard, Rosnier y su compañera, de Francia.

Llegamos a Nijni–Novgorod al siguiente día, a las once de la mañana, siendo recibidos en los andenes por el Comité Soviético local y todos los representantes oficiales del Gobierno.

Las tropas de la localidad, formadas en el interior y el exterior de la estación, nos rindieron honores militares. Al entrar el tren en agujas una banda de música atacó los primeros compases de "La Internacional", himno oficial del Gobierno.

Al detenerse el tren, cesó la música de tocar. Pero apenas pusimos pie en tierra y saludado a los representantes oficiales, la banda volvió a entonar el himno; y todos los presentes, excepto los delegados, se mantuvieron en rígida actitud militar y con la mano a la altura de la gorra.

La seriedad militar de aquellos hombres nos dejó estupefactos. Yo me había hecho la ilusión de que saldría a recibirnos el Soviet, pero sin aparatosidades de ninguna clase; lo que veía ni lo hubiera soñado siquiera; nunca me lo hubiese creído.

Entre tanto, el pueblo, la multitud, permanecía alejada y distanciada de nosotros, pues el cordón de tropas formado impedía que pudiera acercarse. Creo que aunque hubiera podido tampoco se hubiera acercado; pero abstengámonos de comentar; relatemos solamente.

Terminados los saludos, cambio ligerísimo de impresiones y lo que es de rigor, tomamos los autos que nos esperaban y partimos hacia el río Volga, al que un escritor llamó la "espina dorsal de Rusia".

El vapor estaba engalanado y empavesado con banderas rojas y letreros alusivos a la Tercera Internacional. Tampoco faltaba el conocido "Proletarios de todos los países, uníos",

Llegados al vaporcito, un ruido ensordecedor se elevó simultáneo de todas partes. Era que, por orden del Soviet, todas las sirenas de los barcos y las fábricas nos saludaban. Cinco minutos duró la serenata. Luego, la banda de música, que acababa de llegar, nos obsequió nuevamente con "La Internacional". Ahora alcanzaba majestuosidad, pues con los acordes de la música se elevaban las voces de la multitud cantando el himno.

Trasladados al salón comedor, nos sirvieron un espléndido banquete.

El vapor reunía todas las comodidades de confort que pueden exigirse. Como los vagones particulares que recorrían las líneas férreas rusas, en tiempos del zarismo, aquel era uno de los vaporcitos particulares que sus dueños utilizaban para excursiones y orgías escandalosas por el Volga. El que utilizábamos había pertenecido a un renombrado personaje de la nobleza.

Terminado el banquete, el auto nos llevó al teatro principal de la ciudad, donde había de celebrarse un mitin.

El teatro estaba atestado de gente. Ya no cabía nadie. Aparte la curiosidad que pudiera haber por oír a los delegados, el Soviet local decretó que el día de nuestra llegada sería día de fiesta, para que el pueblo saliera a recibirnos.

Terminado el mitin, volvimos al barco, y se convino que al día siguiente remontaríamos la corriente para visitar los grandes talleres metalúrgicos de Soromovo; que después de la visita a Soromovo retornaríamos hacia Nijni-Novgorod para,

definitivamente, seguir hacia Kazán, a la margen del río, descendiendo hasta Astrakan, adonde propuso Serrati que llegáramos, si teníamos tiempo para ir.

La visita a los talleres metalúrgicos de Soromovo que con los de Putilof, en Petrogrado, creo que son los más importantes de Rusia, nos puso en contacto, a través de los intérpretes oficiales y de los delegados que nos acompañaban, con trabajadores rusos.

Como es de suponer nuestra visita era siempre precedida de un aviso del Comité de la Tercera Internacional y del Soviet de la población que abandonábamos, así es que en cada población que visitamos no faltó recepción.

Como Soromovo no es una población, propiamente dicho, sino unos grandes talleres, algo distantes de las verdaderas ciudades, todos los que habitan allí viven únicamente para la fábrica.

Cuando no se trabaja hay que abandonar el lugar y las únicas autoridades suelen ser los directores.

Fuimos recibidos por el director de los talleres, un entusiasta comunista que había residido muchos años en París como emigrado, y que al estallar la revolución se reintegró a su país.

Visitamos todos los departamentos, la mayoría en estado lamentable, pues la falta de materias primas impedía trabajar intensamente y reparar los desperfectos que el tiempo y el desgaste ocasionaban.

Estos talleres, fueron creados para hacer competencia a los de Putilof, en la construcción de material de guerra, en la época zarista. No pudiendo lograr su objetivo, se dedicaron más tarde, y con preferencia, a la construcción locomotoras y de maquinaria agrícola.

Durante la guerra europea construían sólo material de guerra, igual que en el momento de nuestra visita.

Los departamentos eran imponentes. Los que mejor se conservaban eran los de fundición y laminación y los de torneado y acabado de cañones ligeros y ametralladoras. Por aquel entonces estaban construyendo el primer tanque de guerra. Para modelo les servía uno que los ingleses abandonaron cuando el Ejército Rojo entró en Bakú. Lo tenían a medio desmontar y al lado estaba el que construían.

Terminada la visita de los talleres, se celebró un mitin, que las sirenas de las fábricas anunciaron para que el trabajo cesara.

Como las casas y viviendas de los obreros están dentro del recinto que ocupan los talleres, acudió toda la gente a oír a los oradores.

El aspecto de la mayoría de los concurrentes era de completa indiferencia. Se hubiera creído, viéndolos, que sólo deseaban que se terminara cuanto antes para irse a comer, pues ya se acercaba la hora.

En la mayoría de los rostros de las mujeres que acudieron al mitin, se dibujaba una sonrisa burlona y de incredulidad por lo que se decía.

Pude observar que los fumadores no tenían papel de fumar; pero el ingenio lo suplía.

De un trozo de papel de periódico o de cualquiera otro –el de seda de las máquinas de escribir era muy buscado– hacían un cucuricho muy fino y elegante; luego, por la parte más ancha del cono doblaban, en forma de escuadra, un trozo como de uno o dos centímetros. De esta forma quedaba improvisada una pipa que llenaban de tabaco, o de algo que se le parecía. La parte puntiaguda del cucuricho, la cortaban un poco y ya tenían hecho el cigarrillo. Una cerilla, y a fumar. Por lo ingenioso del procedimiento, y porque revelaba cómo la necesidad aguza el ingenio, he querido descubrirlo.

De regreso a bordo, hicimos camino atrás hasta Nijni-Novgorod, donde hizo alto el barco y se nos sirvió la comida. Terminada ésta, tomó rumbo abajo, hacia Kazán, adonde debíamos llegar al día siguiente.

Cuando el vapor se disponía a partir, recomendó la serenata de silbidos y sirenas del día anterior, que duró hasta que perdimos de vista la población.

La navegación en el Volga, es algo de lo más sugestivo que he presenciado en mi vida, y si supiera hacerlo, si mi pluma tuviera la facilidad descriptiva de llevar al papel la belleza de una excursión por aquel grandioso río, la describiría para deleite del lector. No reuniendo esas facultades, permitidme

que no profane el encanto, limitándome sólo a la tarea que me he impuesto.

El recibimiento que se nos hizo en Kazán no fue tan importante ni tan aparatoso como el de Nijni-Novgorod, acaso por tratarse de una ciudad más secundaria.

En el desembarcadero del río se hallaba el Soviet de la villa y todos los representantes comunistas. Vuelta a la banda de música, a la "Internacional" y a las actitudes militares.

Se nos paseó por la población en autos oficiales, y por la tarde se celebró mitin. El tomar parte en estos actos públicos resultaba antipático a no poder más.

Apenas hacía irrupción en la tribuna el Soviet de la villa, precedido de los oradores que habían sido designados para tomar parte y de todos los delegados, pues todos concurríamos, la banda de música atacaba "La Internacional".

Cuando el presidente del Soviet local, que era quien presidía el mitin, daba por empezado el acto, y cuando después de la presentación obligada concedía el uso de la palabra al primer orador, más música y más "Internacional".

Mientras hablaban los oradores extranjeros, no había aplausos, porque no nos entendían; pero al traducir los discursos al ruso, lo mismo que al hablar un orador del país, cada párrafo era subrayado por el aplauso del público; la banda acometía "La Internacional", que todo el mundo había de escuchar de pie y los más acérrimos comunistas saludaban militarmente.

Era una verdadera obsesión. Terminó por causarnos tal disgusto que, el que más y el que menos, se escabullía en cuanto se percataba que había mitin o recepción oficial.

Aquella misma tarde, ya de noche, partimos para Simbirsk.

El recibimiento que se nos hizo en Simbirsk igualó al de Nijni-Novgorod.

Del lugar donde se halla el embarcadero del río a la población, mediará la distancia de un kilómetro, cuya carretera estaba intransitable.

Los autos apenas podían circular, pero el Soviet no tenía medios de ordenar su arreglo.

Se nos llevó, primero, al domicilio social del Soviet, donde se nos obsequió con un almuerzo. Terminado éste nos dirigimos a una gran plaza, situada en el centro de la población, en la que se hallaban formadas todas las tropas de la guarnición para asistir a otro mitin con música.

En el centro del cuadro que formaban las tropas se había erigido una tribuna en forma de catafalco, a unos cuatro metros de altura, para desde allí dirigir la palabra.

Después de presenciar el desfile de las tropas, unos nos dirigimos al teatro y otros a la Academia de oficiales del Ejército rojo, donde también se celebraba otro mitin.

Presenciamos el paso de un entierro que llamó nuestra atención por algo típico y propio del país. La caja, era llevada

en hombros y descubierta. La tapa la llevaban cuatro individuos que iban detrás. Es costumbre que no se cierre la caja del muerto hasta el momento de bajarlo a la fosa. No se quiere privar al difunto, al parecer, de que se sature de luz solar hasta el último momento.

Se comprenderá que, hallándonos en Simbirsk y en misión obligada y oficial, no faltaran alusiones a lo más importante. Y ¿qué otra cosa más importante para Simbirsk y para los comunistas que recordar nos hallábamos en el lugar del nacimiento de Lenin?

Vladimir Illich Ulianof Lenin, del que dice Zinoviev que su padre "era de origen campesino" y que "trabajaba en la región del Volga en calidad de director de las escuelas populares", era hijo de la capital donde nos hallábamos en aquel momento.

Todos los discursos que se pronunciaron aquel día en Simbirsk, fueron otros tantos panegíricos a la persona del jefe comunista, al "revolucionario sin precedentes, al hombre que supo conducir al proletariado a la más grande epopeya que la humanidad conoce".

Yo, como no estaba designado para tomar parte en ningún mitin de los dos que iban a celebrarse, por haber hablado en el de la Plaza, opté por ir a presenciar el del teatro y ponerme en contacto con el elemento civil.

La concurrencia era numerosa y se hacía difícil acercarse al teatro. Cuando ya estaba sentado en una de las sillas del escenario, vino a llamararme Lusowsky, para decirme si quería ir a tomar parte en el mitin de la Academia militar, pues a Serrati,

que con otro había sido designado, no se le encontraba por ninguna parte. Acepté, trasladándome allá enseguida. Se nos sirvió un té y un sandwich al estilo ruso, y luego hablamos Sadul y yo.

Ya tarde regresamos a bordo, a fin de partir aquella misma noche para Samara.

En unos tinglados del embarcadero, entre los montones de mercancías y de restos de todas cosas allí abandonadas, se hallaban un centenar de familias tiradas por el suelo y en el más completo abandono. La promiscuidad, la suciedad y la miseria, delataban un hondo sufrimiento. Pregunté por qué estaban allí, y me contestaron que eran familias que habían emigrado al interior de Rusia el año anterior, a causa de la invasión del general blanco Denikin, y que ahora volvían a su país.

Hacía días que esperaban un barco, y mientras llegaba habían de acampar a la intemperie y en medio de la suciedad, sin que nadie se preocupara de su tristísima situación.

La misma noche, partimos para Samara, donde se repitieron las recepciones oficiales, los mítines y "La Internacional".

Pasamos el día en Samara. De allí fuimos a Saratof habiéndonos detenido antes en Marx-Stad, (ciudad de Marx), que era una antigua colonia formada por alemanes, originarios de aquellos que la reina Catalina atrajo hacia su país concediéndoles privilegios respetados hasta el momento de estallar la revolución.

En Saratof abandonamos el río para regresar en tren hacia Moscú, pasando antes por Tula y por Ivanovo-Vosnosiensky.

Mas antes de dar por terminada la excursión por el Volga y retornar a Moscú, debemos decir algunas cosas, que seguramente, interesarán a quien nos lea.

Antes de llegar a Samara, visitamos unas minas que comenzaban entonces a ser explotadas.

Se trata de unas riquísimas minas de Gips, una piedra bituminosa que no tiene desperdicio alguno.

Puede ser usada como combustible en hornos donde se precise mucho calor; fundiciones de hierro y de metales, por ejemplo.

Si se la quiere someter a reacciones químicas, puede obtenerse del Gips sustitutivos de la bencina y del petróleo. Los residuos de la preparación química, pueden ser utilizados también como combustible en los hornos de fundir minerales. Las cenizas de este combustible son utilizables totalmente como sustitutivo del cemento, pues tienen las mismas propiedades que éste.

De los sondeos practicados hasta entonces, se tenía seguridad de que las minas poseían unos 24 millones de "pounds" de mineral. Si se tiene en cuenta que el "pound" ruso, equivale a unos 16 kilos de los nuestros, se comprenderá la inmensa riqueza de la mina.

En unos pueblos musulmanes, formados hace siglos por emigrados de Turquía, y que aún conservan su religión y costumbres, quisimos conocer el juicio que les merecía la Revolución.

Para aquellas gentes nada significaba la Revolución. Al contrario, estaban muy quejosos del Gobierno, porque no toleraba que los jóvenes aprendieran el corán en la escuela. Querían que sus hijos aprendieran a leer; pero solamente el corán, lo demás no les interesaba.

Les preguntamos si les había satisfecho el reparto de las tierras hecho por el Gobierno.

—Aquí —nos dijeron— la tierra está lo mismo que antes. Todo el mundo tiene lo que necesita y no ambiciona más.

La miseria de aquella gente, viviendo en el terreno más fértil de toda la Rusia central, pues están enclavados sus pueblos en los límites conocidos por "tierras negras", que son las productoras de la mayor parte del trigo que se consume en Rusia, era algo que laceraba el alma.

Miseria material y miseria espiritual.

El aspecto de sus casas, como el de las personas, era paupérrimo, primitivo, rudimentario. No tenían más deseo que saber leer el corán y vegetar en la miseria.

También visitamos unas escuelas jardines que había cerca de Samara, donde se nos recibió con la misma fastuosidad que se nos venía recibiendo en todas partes.

Se nos obsequió con un banquete y las niñas y niños dijeron discursos alusivos al acto.

Pregunté qué normas seguían para la admisión de los niños. En aquellas escuelas-jardines para todos, era lógico pensar que no se había hecho selección. Me dijeron que todos aquellos niños eran hijos de comunistas, pues siendo los comunistas quienes habían hecho la revolución, eran sus hijos los llamados a beneficiarse en primer lugar. Y que tanto en aquella como en las demás instituciones del Gobierno, no se ingresaba si no se era comunista activo, miembro del partido, mientras las plazas a cubrir eran justas. Cuando sobraban se aceptaban a quienes no fueran comunistas.

Visitamos también la República Chuvasky, una de las muchas Repúblicas comprendidas en la República Socialista Federativa de los Soviets Rusos.

Después de explicarnos las características del país, nos interesó saber en qué consistía la autonomía que gozaban dentro del régimen centralista ruso.

Nos lo explicaron ampliamente. Ellos eran autónomos, pero venían obligados a acatar todas las órdenes, leyes y decretos que los Soviets establecieran, sin poder modificarlos en lo más mínimo.

Ajustar a la característica de las leyes y decretos de Moscú las condiciones económicas, sociales y políticas del país; pagar los impuestos, igual y en las mismas condiciones que las demás provincias; dar al Ejército Rojo los hombres que éste pidiera y

acatar la disciplina del Partido Comunista y la dictadura del proletariado.

Como a través de todas estas manifestaciones, no viésemos la autonomía concedida y que ellos mismos decían gozar, insistimos en nuestras demandas y aclaraciones, llegando a la conclusión de que toda aquélla autonomía quedaba reducida a nombrar de entre los naturales del país sus propios funcionarios y autoridades, aun cuando el número de los mismos y sus atribuciones, era en Moscú en donde se determinaba. En resumen, que no había tal autonomía.

Nos interesó saber qué efectos había producido la Revolución, y más que la Revolución en su aspecto político, por ser una región eminentemente agrícola, nos interesaba saber cómo se había recibido el reparto de tierras.

Como hablábamos con hijos del país, nos contestaron que las decisiones del Gobierno de Moscú, respecto a la tierra, habían producido pésimo efecto y peores condiciones de vida que las que gozaban en tiempos del zarismo.

Aquí –nos dijeron– en este país, desde que nuestros antepasados lo ocuparon, existía la costumbre de un reparto periódico de todas las tierras cultivables. Cada tres años se realizaba, previa discusión en juntas y reuniones de vecinos, el reparto de las tierras, y para evitar que a quien le tocara una tierra mala o lejos del pueblo se hallase siempre en inferioridad con el que le tocara una tierra buena o cerca de la población, se procedía de manera que no correspondieran a nadie las tierras que había cultivado en el reparto anterior. Con el

procedimiento que aquí se seguía, cada labrador, alternativamente, trabajaba tierras buenas o malas, cercanas o lejanas de la ciudad, según las que le correspondieran en el reparto.

Ahora, todo esto, ha desaparecido. Al que le tocó o se apoderó de una tierra buena o cerca del pueblo en el reparto, vive mejor, trabaja menos y obtiene más beneficio que aquel a quien le cupo una tierra mala o lejos de la población.

Se está dando el caso, de que tierras antes cultivadas, quedan hoy incultas, pues por estar lejos de la población o ser de escaso rendimiento, y no teniendo esperanza quien la cultiva de mejorar su condición por un reparto ulterior, la abandona y se marcha. Esto sin contar los muchos agricultores disgustados por el sistema establecido.

—¿Por qué no reclamáis a Moscú? —les dijimos—. Amparaos en el derecho de autonomía. Tal vez consigáis que se os respete.

—Ya hemos reclamado —nos dijeron—; pero no hemos adelantado nada. Y luego, ¡cuesta tanto tiempo antes de que se obtiene la más breve contestación, que resulta preferible dejar las cosas como están. Además, la disciplina del partido y el evitar que la contrarrevolución alce la cabeza, obliga a transigir y callar en muchas cosas.

En Saratov visitamos un dominio comunista, lo que aquí llamamos una granja del Estado. Fuimos con la esperanza de ver algo constituido en comunismo verdadero.

He aquí lo que pudimos averiguar sobre su organización.

El "Dominio Comunista" era una antigua Granja de uno de los más ricos propietarios de la región. Hecha la revolución el Soviet de Saratov se incautó de la Granja, y nombró un director y un perito agrónomo para la explotación. Los obreros fijos ganaban un salario de dos mil rublos al mes y el "payot" (la ración). Los eventuales tenían la ración y 75 rublos diarios.

El director podía despedir a cualquier obrero cuando así lo creyera conveniente, sin darle satisfacción alguna, y con sólo ocho días de anticipación, y los obreros venían obligados a trabajar ocho horas diarias como en una empresa industrial cualquiera.

Asombrado ante estas explicaciones, dije a Lusowsky que aquello no tenía nada de comunista, que era igual que cuantas industrias habíamos visitado hasta entonces. Me contestó que aquello era un ensayo de comunismo. Me quedé perplejo ante la respuesta y ante el ensayo de organización comunista.

Y téngase en cuenta que para visitar el "Dominio Comunista" y conocer su organización, habíamos hecho un viaje de unos veinte kilómetros en un camión y por una carretera intransitable.

En Saratov, como centro industrial bastante importante, y por la razón de ser ciudad convergente de todos los productos de una región riquísima en cereales, lo que la clasifica de población de primer orden, las recepciones no tenían fin.

Visitas a centros oficiales; paradas y desfiles militares; visitas a fábricas e industrias, discursos, mítines y la consabida banda

de música que nunca nos abandonaba en llegando a cualquier ciudad con su Internacional a troche y moche.

Los dos días que pasamos en Saratov fueron animados y provechosos. Sólo una cosa les faltaba para llenar nuestra ambición. Que el pueblo, el verdadero pueblo, no aquél que nos servía de comparsa y de coro en nuestras visitas, recepciones y mítimes, hubiera también intervenido en los festejos y participado de las demostraciones de contento y algazara que nos parecían presidir con nuestra presencia.

En Saratov, como ya hemos dicho, dejamos el Volga, con harta tristeza por mi parte y tomamos el tren, el mismo que nos condujera de Moscú a Nijni-Novgorod, que había sido dirigido hacia Saratov con esta intención.

Partimos al segundo día de estancia, ya de noche, hacia Tula. Aún faltaban muchos días para que el Congreso diera comienzo a sus tareas. Por tanto no nos apremiaba llegar a Moscú y optamos por visitar Tula.

Tula es también un centro industrial de bastante importancia. Las industrias son de guerra y allí se fabrican los samovars. Visitamos las fábricas de cartuchos, cuyos obreros eran antibolcheviques acérrimos y convencidos. Tres meses antes de nuestra visita, habían sostenido una huelga que perdieron, por lo que los bolcheviques les impusieron condiciones leoninas al volver al trabajo, a más de haber sido condenados a penas que variaban, entre uno y ocho años de presidio, a treinta y cinco huelguistas, considerados como promotores del conflicto.

Bueno será advertir –siempre en honor a la imparcialidad más absoluta, y para que no extravíe el juicio de nuestros lectores– que no se tome en su crudeza, ni como arma para combatir a los bolcheviques, el caso de las condenas por la huelga de las fábricas de municiones de Tula.

Digamos, sin eufemismos, que nos pareció dura y desproporcionada la condena que el Soviet impuso; pero digamos, también, que la huelga no tenía justificación, además de ser de efectos contrarrevolucionarios en aquel momento.

Los obreros de las fábricas de municiones de Tula, ya en tiempos del zarismo, gozaban de privilegios y ventajas que no disfrutaban los obreros de otras fábricas. Estas ventajas fueron también respetadas por el Gobierno soviético, en la proporción adecuada y posible de los salarios y condiciones que para el resto de los trabajadores se mantenían.

Y gozando de estas ventajas, hallándose en condiciones de superioridad con relación al resto de los obreros de toda Rusia, ¿qué razón justificaba la declaración de esta huelga?

Pero hay otra condición que agrava aún más la terrible circunstancia que rodeó a aquella huelga.

Hemos dicho que las fábricas de municiones de Tula son las más importantes de toda Rusia, que equivale a tanto como a decir que son las únicas que existían en Rusia para la fabricación de cartuchos, bayonetas y armas cortas del Ejército, por lo que eran las solas proveedoras de estos materiales de guerra. En estas fábricas se acuerda declarar la huelga y plantear el conflicto cuando la provocación de guerra de

Polonia a Rusia era algo que todo el mundo preveía. ¿No era esto dejar al Ejército Rojo sin medios de defensa ante el enemigo?

Digamos siempre que aquella huelga no era posible ampararla en aquellos momentos.

No la justificaba la conquista de mejoras, pues la situación de aquellos obreros era mejor que la de todos los obreros de la Rusia Soviética. Y en cambio, con su declaración, podía darse lugar a la invasión de Rusia por los ejércitos reaccionarios.

Siempre podrá tacharse de excesiva la condena que se impuso a los treinta y cinco obreros considerados como promotores de la huelga; pero la conducta de éstos, como la de todos sus compañeros, no fue ni oportuna ni justa.

Como comandante en jefe del sector de las fuerzas del Ejército Rojo que vigilaban y prestaban servicio en las fábricas de municiones figuraba un anarquista, integrante de uno de los grupos anarquistas que existían en la actualidad.

Quisimos conversar con él; pero el que no supiera hablar francés, ni nosotros ruso o inglés, que eran los idiomas que hablaba, impidió poderle hacer preguntas acerca de la verdad de lo sucedido.

Sin embargo, no por él sino por una joven de la localidad, que hablaba el francés correctamente, pudimos cambiar impresiones acerca de la situación del país.

La forma de expresarse de esta joven, nos llevó en seguida a darnos cuenta de que nos hallábamos ante una persona nada favorable al bolchevismo y a la revolución misma, por lo que sus manifestaciones se resentían de la misma parcialidad que las oficiales y oficiosas, aunque en sentido totalmente opuesto.

Me confirmó la opinión que yo venía formando acerca de lo que el pueblo ruso, el de las poblaciones que visitábamos, tenía de nosotros. Decían que éramos unos cuantos individuos que los bolcheviques habían contratado en Europa, pagándoles espléndidamente, para que representáramos el papel de delegados de los socialistas y comunistas mundiales, y que por eso el pueblo se mantenía a distancia de nosotros y se reía, en su fuero interno, de la farsa que representábamos unos y otros. Esta afirmación me fue nuevamente confirmada por muchísimas personas a quienes visité en Moscú. No era, pues, una invención de mi interlocutora, era una verdad, que todo, o la mayoría del pueblo, creía de un modo absoluto. De Tula –y como aún nos quedara tiempo– fuimos a Ivanovo Vosnosiensky, famoso centro industrial textil, conocido por el Mánchester ruso.

Prescindo, por no cansar la atención con repeticiones, de la descripción de las recepciones oficiales, que también fueron brillantísimas.

En el domicilio del Soviet oficial de la villa, conversamos con todo el elemento oficial, al que hicimos preguntas acerca de la situación económica y política de la región.

—La economía —nos dijeron— es malísima. De los centenares de fábricas textiles que hay en la ciudad y en la provincia, apenas si trabajan dos decenas, y aún no muy intensamente. La mayoría de los obreros y obreras textiles, han tenido que emigrar, dedicarse a otros trabajos, si se encuentra colocación, o bien padecer mucha hambre y miseria por falta de recursos.

Políticamente, el Soviet se envanece de ser Ivanovo Vosnosiensky uno de los puntales más firmes del bolchevismo.

—Aquí, en nuestra población —nos afirmaron— se constituyó el primer Soviet ruso el año 1905, cuando aquel grandioso movimiento revolucionario. Aun no se había decidido ningún partido político a constituirlo, cuando nosotros lanzamos la iniciativa.

Ahora mismo, del Soviet de aquí, han sido designados varios camaradas para presidir los de algunas regiones importantes de Rusia, la de Saratov entre ellas. Es una prueba de confianza que el partido nos da; y nosotros, acatando sus órdenes, correspondemos con la misma lealtad.

A una pregunta nuestra, de si ya en 1905 el elemento bolchevique predominaba en Ivanovo, nos contestaron que no; entonces eran los mencheviques y los socialistas revolucionarios los que predominaban. "Aun ahora —afirmaron, en la revolución de marzo y de noviembre de 1917; eran aquí la mayoría; pero el partido comunista se ha librado de ellos.

Algunos se han hecho comunistas; otros se han marchado. Somos muy severos para estos contrarrevolucionarios.

Partimos aquella misma noche de Ivanovo Vosnosiensky, y al día siguiente, 14 de julio, a las once de la mañana, llegamos a Moscú.

En los 14 días que duró la excursión, recorrimos bastantes centenares de kilómetros, visitamos ciudades, pueblos y aldeas rusas, tomamos parte en más de treinta mitines y vimos algunos de los errores fundamentales del comunismo ruso y los tremendos defectos de la centralización comunista. Pero lo que más me impresionó fue la visita a las escuelas-jardín de Simbirsk.

Cuando allí se me aseguró que sólo los hijos de los comunistas tenían derecho a concurrir a las escuelas jardín, por haber sido sus padres los que hicieron la revolución, la silueta de una burguesía, tanto o más avara y cruel que la destruida, y siempre más interesada por ser nueva y necesitar afianzar su predominio, surgió en mi mente con la rapidez de esas visiones que no se borran jamás. ¡Cuánto quisiera haberme equivocado! ¡Cuánto hubiera deseado que aquello hubiera sido nada más que obra de la fantasía impresionada a causa de los prejuicios que la convivencia forzada en un régimen capitalista pudiera determinar en mí!

También haré mención de un mercado público, en donde se hacían toda clase de transacciones comerciales, en dinero y en especie, próximo al desembarcadero de Simbirks.

La mayoría de los comerciantes eran de origen musulmán, habitantes en la región. En el mercado había de todo. No en gran abundancia, pero había de todo.

Yo mismo me compré unas sandalias del país, por las que pagué ocho mil rublos, y eran de las más baratas.

Pan, harina, carne, legumbres secas, quincallería, mercería, de todo podía encontrarse en aquel mercado semanal, aunque lo más abundante era la ropa y, sobre todo, el calzado.

Repitamos de una vez para todas, que la suciedad y abandono observados en las calles de Petrogrado, y apenas entrevisto en Moscú, era la nota saliente en todas las poblaciones que visitábamos.

En Saratov era indescriptible. Los montones de basura y desechos de todas clases, eran continuos. Había calles por las cuales el tránsito, a causa de los hedores, se hacía poco menos que imposible.

Algunos grupos de delegados, apenas entraban en una calle, daban media vuelta y retrocedían apresurados. Tales eran el hedor y la fetidez que se respiraba.

Si las calles no hubieran sido muy anchas y las casas bajas (de uno o dos pisos las de mayor altura) la habitabilidad en aquellas viviendas hubiera sido imposible.

Muchas casas se hundían o amenazaban ruina, por no poderlas reparar a falta de materiales, y esta imposibilidad y el que muchas otras hubieran sido confiscadas por los Soviets locales, sin que pudieran ser habitadas a causa de la confiscación, hacía que numerosas familias vivieran amontonadas y en reducido espacio, pues de no conseguir el

permiso del Soviet local para habitar una casa, no había medio de tenerla; y este permiso costaba lo indecible lograrlo.

Nos interesó grandemente inquirir si las gentes se preocupaban por aprender a leer y a escribir; nos afirmaron que sí; aunque los resultados obtenidos no fueran tan brillantes como en Moscú y Petrogrado. La mayoría, atormentada por la escasez de alimentación e impelidas a procurarse el sustento cotidiano, relegaban la cultura a segundo término.

El deseo, muy humano, de conservar la propia existencia, restaba méritos a la obra cultural.

Una observación interesante en extremo: no vimos por las calles ningún borracho. Y sabido es que el alcoholismo ha producido en Rusia grandes estragos; el bolchevismo podía ufanarse de esta victoria.

IV

Nuevamente en Moscú

El poder abandonar la estación para dirigirnos al hotel, de vuelta en Moscú, resultó harto difícil Recados y avisos; autos que se anuncian pero que no llegan; imposibilidad de abandonar la estación sin que la orden sea dada. En fin, nos resignamos a esperar. Por último, a las cuatro horas de espera, se presentaron varios autos y tres camiones. Como no hubiera bastantes vehículos cómodos para todos, se desarrolló una escena grosera y repugnante. El asalto a los autos fue tan brutal, que incluso se quedaron en tierra tres de las seis mujeres que figuraban en la comitiva.

Alguien les hizo ver a los asaltantes su incorrección y grosería y algunos descendieron, protestando de aquella irrupción, impropia de hombres que se estimen en algo.

Los demás nos acomodamos como mejor pudimos en los camiones.

La vida en el hotel no había cambiado. Sólo hallamos más camaradas delegados; ingleses y franceses. Se anunciaba la

llegada de otros, entre los que se contaban los malogrados Vergeat, Lepetit y Lefevre, y algunos alemanes; incluso se hablaba de un delegado del Partido Comunista español.

Nuestra manutención fue espléndida. Éramos la aristocracia en este sentido.

Hacíamos cuatro comidas. El desayuno, que consistía en un trozo de queso, pan y té. La comida, a las doce, compuesta de una sopa de legumbres, un plato de cacha (harina de mijo), otro plato de carne, pato generalmente, pan y té.

A media tarde, otra ración de queso, pan y té. Tanto en la ración del desayuno, como en el de la tarde, el queso era con frecuencia reemplazado por el caviar, alimento hecho con huevas prensadas de esturión, muy apreciado en Rusia y en todos los países del Norte.

Por la noche, a las diez, cenábamos. La cena solía componerse de los mismos platos que la comida.

Diariamente se nos repartía un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas, sin hacer omisión de los no fumadores.

Disponíamos también de cuarto de baño, de barbero y de varios autos para cuando necesitásemos trasladarnos al Kremlin o a otra parte. Bien es verdad que el abuso que se hacía de los autos por parte de algunos delegados, privaba a otros de poderlos utilizar cuando les era preciso. Nosotros hemos de decir que preferimos siempre ir a pie. Era más cómodo y no se entretenían los autos en servicios, recreativos a veces. Así pensábamos alguno que otro delegado nada más.

La convivencia en el hotel nos hizo penetrar en la psicología de muchos de los que querían ser los futuros dictadores del proletariado de Europa.

Había quienes, diariamente, se hacían servir por el peluquero y si éste no les complacía con arreglo a sus gustos, lo trataban sin consideración, exponiéndole a ser expulsado del trabajo. Alguno hubo que fue a quejarse al Comandante, valiéndole al servidor severas repulsas del superior Jerárquico.

No faltaba, tampoco, quien cada noche sacara sus botas al pasillo, como es uso en los hoteles de Europa, para que los "camaradas" de servicio las lustrara y abrillantara, con el subsiguiente agradecimiento en reprimendas del "camarada comunista" delegado, cuando descubría en su calzado el más leve descuido.

Todavía quedaban otros más repugnantes. Explotando el hambre que sufrían las mujeres encargadas de la limpieza del hotel, las pedían favores especiales a cambio de una parte de la ración que a ellos les correspondía. ¡Cuántas miserias morales! ¡Y aquéllos eran, y siguen siéndolo algunos, los continuadores de Lenin en el apostolado de regeneración social!

Como hiciera mucho calor y casi todos lleváramos ropa de invierno, el Comité de la Tercera Internacional tuvo la atención de repartirnos unas "rubaskas" o blusas típicas del país; y algunos delegados que, por las dificultades que tuvieron para llegar a Rusia lo hicieron desprovistos de ropa de repuesto, se les entregó la necesaria. A todo el que lo deseó se le entregó también unas sandalias. Este reparto, que quitaba la

posibilidad de recibir algunas prendas –los que las necesitaban más que nosotros las gentes del país, pues nosotros, al regresar a Europa, podíamos proveernos de todo–, desató la avaricia de alguno, al extremo de pedir ropa para sus hijos, que estaban en Europa.

Otro hubo que, por habersele caído el reloj al suelo y habersele parado, asedió a Zinoviev durante ocho días para que se le concediera otro.

–He roto el mío –decía–, justo es que me den otro.

Y para terminar con estas miserias morales: nunca olvidaré que un delegado del Partido Socialista Independiente Alemán se quejara a Lenin de la comida que se nos daba, diciendo que aquello "era una porquería", cuando, debo repetirlo, nuestra alimentación representaba un esfuerzo enorme, dados los recursos con que contaba el país y el gobierno.

Quienes así obraban allí, molestando continuamente con quejas y reclamaciones al Comité de la Internacional, y quienes obraban con mentalidad de burgués cuando aún no eran nada, ¿qué harían y cómo obrarían mañana si una revolución les daba el Poder en el país que representaban? Y, además, es que todos ellos son los que decían entonces en Moscú, y aun repiten en Europa, que nosotros tenemos la mentalidad de pequeños burgueses. ¡Qué cinismo!

El aspecto de Moscú es el de una capital en continuo y agitado movimiento.

La estancia del Gobierno con los miles de burócratas que le rodean, hace que la vida se intensifique enormemente, lo que evita que Moscú dé igual sensación de miseria que daba la observación de las demás ciudades de Rusia. En Moscú esta sensación sólo era más débil.

Las calles sucias y abandonadas, llenas de baches, intransitables, dificultaba la circulación de los vehículos oficiales. Muchos edificios presagiaban ruina. El Gobierno los confiscó, los cerró; algunos con mercancías y géneros, y así permanecían aún. Los géneros que no han sido robados, se pudren y deterioran en el interior.

Era una nota saliente ver algunos escaparates de comercios de importancia antes de la revolución, conservando aún, aunque cubiertos de una espesa capa de polvo, los objetos que allí pusiera el comerciante para llamar la atención del comprador.

En algunos escaparates se ven objetos de utilidad indispensable, y que no se encuentran en los depósitos soviéticos; pero aquellos que están a la vista, como los que hay almacenados dentro, no se pueden tocar porque la estadística no está hecha, a pesar de que hacía cuatro años que la comenzaron. Hemos dicho "los que están dentro", cuando debiéramos decir mejor "los que debían estar", pues es frecuente que, cuando con arreglo a las estadísticas se vaya a

disponer de los géneros que hay almacenados en el local, se halla el sitio que ocupaban, mas no los géneros.

Y en medio de tanto edificio cerrado y sin utilidad alguna, se veían de noche racimos de personas durmiendo en el suelo y en los quicios de las puertas por no tener albergue.

Otro espectáculo deprimente y que representa una pérdida de tiempo considerable y enorme, era el que se daba con los repartos de víveres extraordinarios, ropas o billetes de ferrocarril. Sobre todo esto último era algo que llamaba la atención de quien no quisiera cerrar los ojos a la realidad.

En las estaciones, como en los despachos centrales de billetes y de permisos de viaje, las colas eran permanentes.

No era raro encontrarlas de quinientas y más personas.

Había quien tenía que pasar dos y tres días antes de poder obtener un billete. Y como no era posible abandonar la tanda sin perder el puesto, o bien habían de comer y dormir por el suelo, o bien relevarse por alguna otra persona. Esto era lo más frecuente.

Esta parsimonia burocrática en el reparto de víveres, ropas, demás efectos y billetes, dio ocasión a una industria bastante lucrativa: la de los eternos permanentes en las colas.

La persona que tenía algún vale con derecho a opción a ropas, víveres o billetes, y no pudiera o no quisiera formar cola, se convenía con un profesional y, mediante una prima, permanecía en el turno por el interesado. Como habían de

estar allí por uno, les era indiferente estarlo por cuatro o cinco y entre estos cuatro o cinco se aseguraba un jornal.

No se crea que esta lucrativa tarea –pues había quien ganaba mucho más en ella que hubiera ganado trabajando– o fuera penosa. Se necesitaba ser de un temperamento especial para ejercerla. Aparte lo que significa pasarse horas y horas en espera, la suciedad de los locales y la promiscuidad entre gente plagada de parásitos, la hacía más penosa y repugnante.

Por curiosidad, entramos un día en uno de los despachos de billetes, instalado en la Plaza de la Opera de Moscú, cerca del antiguo hotel Metropolitano, y aunque era un momento en que la fila no la formarían más de un centenar de personas, la atmósfera era poco menos que irrespirable.

El suelo, como las paredes, casi producía náuseas, y allí, y en actitud de espera, habían de pasar los profesionales de las colas, horas y horas para lograr un billete.

Estas correrías e investigaciones las hacíamos prescindiendo de todo informe oficial o de los guías e intérpretes que en el hotel se nos ofrecían.

*

Los preparativos para la apertura del Congreso seguían con inusitada actividad.

La llegada de delegados extranjeros, así como del interior de Rusia, daba animación y vida a la capital.

En el hotel Dislavoy Divor se oía hablar en todos los idiomas, y se veían rostros que marcaban diferencias raciales. Las reuniones previas que el Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional celebraba, eran cada día más interesantes y apasionadas. Se vislumbraba en ellas lo que más tarde dividiría a los obreros socialistas del mundo.

El criterio cerrado y dogmático de los comunistas autoritarios rusos, no cedía en nada. Amparados en la aureola de la revolución, imponían, no aconsejaban, su política.

La diatriba, el sarcasmo y, lo más antipático, la suficiencia que se atribuían de ser ellos solos los que habían hecho la revolución, iba poco a poco preparando el terreno para la escisión que en el campo socialista producirían las famosas veintiuna condiciones de Moscú.

Nosotros, mientras tanto, más atentos al deseo de conocer la realidad que a intervenir en querellas de partidos, no cesábamos de correr por las calles, visitar centros oficiales u oficiosos, preguntar, inquirir, desentrañar el misterio en que el desconocimiento del idioma nos encerraba, para acercarnos lo más posible a la realidad.

Por fin, el día diecisiete de julio, nos anuncian que dos días después partiríamos todos los delegados para Petrogrado, pues siendo Petrogrado la cuna de la revolución, querían rendirle un máximo homenaje de simpatía y admiración, celebrando en aquella capital la apertura del Congreso con una serie de

festejos y de manifestaciones artísticas que a tal fin habían sido preparadas. En Petrogrado sólo se celebraría la sesión de apertura, continuando luego el Congreso en Moscú, para donde regresaríamos el día veintiuno.

Los preparativos para el viaje de los delegados se realizaron con rapidez, no sin que al iniciarse surgiera una cuestión de competencia.

Zinoviev sostenía que, siendo delegados al tercer Congreso de la Internacional, era a ésta a quien competía organizar el viaje, mientras que Trotsky, alegando la inseguridad del país y la posibilidad de un atentado contra nuestras personas, por parte de los contrarrevolucionarios, sostenía que era al Comisariado de la Guerra a quien competía la organización del viaje y de nuestra seguridad personal.

Triunfó Trotsky y fue el Comisariado de la Guerra el organizador del viaje.

Se nos comunicó que la salida de Moscú se efectuaría el día diez y nueve de julio, a las dos de la tarde, en tren especial, a fin de llegar a Petrogrado a las diez de la mañana del día veinte, fecha de apertura del Congreso.

A las doce del mediodía del designado para la marcha comenzaron a llegar automóviles al hotel Dielawoy-Divot para recoger a los delegados.

En el trayecto, y a distancias prudenciales, patrullas de soldados ejercían una estrecha vigilancia.

En los alrededores de la estación las patrullas eran más numerosas e impedían al público acercarse a la puerta principal. Las órdenes eran terminantes.

En los andenes interiores no había nadie que no fuera delegado componente de la comitiva. Esta era numerosísima.

Los delegados extranjeros éramos unos sesenta. Y para la expedición había dos trenes especiales que se llenaron y aun hubo quien viajó incómodamente.

En el andén conocimos a Kamenev, Rikof, Rakoskyy otros caracterizados comunistas.

Todo el trayecto estaba guardado militarmente. De trecho en trecho dos centinelas, uno a cada lado de la vía y arma al brazo, vigilaban constantemente. En los puentes había dos centinelas a cada extremo.

En todas las estaciones algo importantes se detenía el tren y éramos recibidos a los acordes de "La Internacional", que sonaba matemáticamente apenas entraba el tren en agujas. En algunas estaciones se aprovecharon las paradas de los trenes para improvisar mítines.

Cuando llegó la noche, respiramos. Creíamos que todas aquellas manifestaciones espontáneas, preparadas por el Comisariado de la Guerra, no nos molestarían más. ¡Craso error! Ya de madrugada, y cuando los delegados dormíamos tranquilamente, las bandas de música y los Soviets locales irrumpían en las estaciones entonando "La Internacional" y dando estentóreos ¡hurras! a la Tercera Internacional.

Eran algo ridículas y grotescas aquellas intempestivas apoteosis. Pero la orden era tajante. El Estado soviético lo disponía así para que el Comisariado de Guerra pudiera acreditarse de perfecto organizador.

V

Recibimiento, apertura del Congreso, mítines y otros festejos

Ya estamos en Petrogrado.

Los andenes de la estación se hallaban abarrotados de gente. Todos los comunistas de Petrogrado, con el Soviet al frente, se hallaban allí.

Además, las precauciones y la manía de darle a todo aquello un matiz militar y de perfecta organización, hacía difícil la circulación.

Todas las colectividades oficiales y oficiosas habían enviado una delegación, lo que daba en conjunto unos cuantos centenares de personas encerradas en el estrecho límite de la estación.

Poco a poco fue organizándose la comitiva.

El Comité de la Tercera Internacional, en pleno, se puso a la cabeza. Luego, las distintas personalidades comunistas; a continuación, los delegados y, detrás, todos los estandartes de las organizaciones de la ciudad.

¡Ah! También teníamos allí la banda de música que, apenas organizada la comitiva, atacó "La Internacional".

Pero todo esto había de hacerse en los andenes descubiertos, mientras la sutil lluvia nos iba calando la ropa. La verdad es que resultaba poco cómodo e interesante tanto cúmulo de tonterías apoteósicas y ordenancistas.

Puesta en marcha la comitiva y llegada a la plaza que hay delante de la estación, el espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos fue por demás ridículo y grotesco.

En ambos lados de la estación, encuadrados en líneas formadas por "hombres y soldados" se hallaban todas las niñas y niños de las escuelas de Petrogrado, con ramitos de flores y hierbas en las manos, mojados hasta los huesos, pues hacía más de dos horas que habían sido llevados allí.

De tiempo en tiempo aquellas criaturas, y cuando sus profesores se lo indicaban, gritaban un ¡hurra! a la Tercera Internacional.

Tras de los niños se alineaban miles de obreros de las fábricas, paralizadas por órdenes superiores. A los obreros se les había conducido allí bajo la custodia de sus encargados y Comités de fábricas.

La fila que formaban aquellos párvulos y aquellos adultos, confundidos en un común denominador de inocencia y que durante dos horas estaban soportando la lluvia a pie firme por orden superior, llegaba desde la estación al palacio Smolny,

domicilio oficial del Comité de la Tercera Internacional de Petrogrado.

Compasión daba ver a los niños con las ropitas pegadas a sus esqueléticos cuerpos, escurriéndoseles el agua por las pálidas y enjutas mejillas y con los ramos pascuales en la mano y gritando los hurras reglamentarios y ordenados.

Los tranvías, como la mayoría de los edificios privados y públicos del trayecto, se hallaban engalanados y empavesados con banderas y trapos rojos, con inscripciones alusivas a la Tercera Internacional y a la unión de todos los proletarios del mundo.

Por entre las filas aquellas de criaturas menores y mayores y con la parsimonia y lentitud que caminan las comitivas numerosas, bajo la lluvia implacable y silenciosa, nos íbamos acercando a Smolny.

Los jardines que rodean el Palacio de Smolny se hallaban invadidos por el público.

Los gritos y ¡hurras! a la Tercera Internacional y al Partido Comunista, apenas cesaban un instante. Las bandas de música, tocando “La Internacional”, completaban el cuadro.

Aparte el criterio de rigor, los rostros de aquella multitud parecían máscaras impenetrables. Salvo a los comunistas entusiastas, que se les distinguía en seguida por la actividad y alegría de que daban pruebas apenas se oía alguna palabra o algún murmullo.

Se veía al momento la violencia moral que, para la inmensa mayoría, delataba su presencia en aquel lugar.

La entrada en Smolny y el acceso a la gran sala del primer piso, donde se nos había preparado el almuerzo, era difícil. Los centenares de personas que ocupaban los pasillos interrumpían el paso.

El aspecto de la gran sala era deslumbrador. Banderas y cortinajes rojos, artísticamente colocados, daban un tono de atractivo a la majestuosidad del local. Largas filas de mesas, cubiertas de blancos manteles y con numerosos servicios preparados, incitaban a todos a sentarse. En el fondo, y al centro de la sala, se alzaba una tribuna desde la que los oradores, ya designados, habían de dirigir la palabra.

Sentarse ante una mesa de aquellas resultaba empresa poco fácil. Los servicios puestos no pasarían de unos quinientos, mientras que el número de comensales se acercaría a dos mil. Por fin, tras algunos apretujones y molestias, pudimos acomodarnos.

Durante el almuerzo, que fue espléndido y abundante –si consideramos el hambre que pasaba la población, que ni pan encontraba–, se repartió a cada delegado un lazo de terciopelo rojo, insignia de los Soviets, y una medalla de plata, acuñada en relieve, con un dibujo alusivo al Congreso y la fecha del mismo.

A la hora de los discursos, Zinoviev empezó con el de tanda, siguiéndole luego Serratí, por Italia; Paul Levi, por Alemania, y así sucesivamente cada orador por el país que lo delegaba.

Cuando ya nos levantábamos todos para dirigirnos al palacio Tauride, antigua Duma zarista, donde debía celebrarse la sesión de apertura, una ovación estruendosa, prolongada, inenarrable, nos hizo fijar la mirada en la tribuna. Lenin acababa de aparecer. Era la segunda vez que lo veíamos desde nuestra visita en el Kremlin. Aquella aparición súbita, instantánea, casi mágica –mucho más teniendo en cuenta que no había viajado en ninguno de los dos trenes y que lo suponíamos en Moscú–, nos impresionó a todos los que no estábamos avezados a los trucos y genialidades en los que son verdaderos maestros los bolcheviques.

Terminada la ovación, que fue coronada con tres ¡hurras!, Lenin dirigió la palabra para decir brevemente que nos encamináramos hacia el Palacio Tauride, donde la sesión del Congreso daría comienzo en cuanto llegáramos los delegados.

El desfile hacia el Palacio Tauride fue tan penoso y tan impresionante como el que nos había precedido a Smolny.

La lluvia caía de nuevo y la carrera se hallaba cubierta por centenares de niños y de hombres que habían de aguantar a pie firme hasta el final para dar los ¡hurras! consabidos y obligados.

El conseguir el acceso al antiguo salón de sesiones de la Duma, constituía una hazaña de caracteres épicos. Centenares de personas se agrupaban en los pasillos y saloncillos deseando poder ocupar un sitio en la tribuna pública.

Los delegados, a quienes la insignia les abría el paso por todos los sitios, necesitaron del concurso de los soldados para poder llegar hasta el salón.

La atmósfera era poco menos que irrespirable. Aunque la mañana era lluviosa, el calor se dejaba sentir. Un calor impregnado de humedad, más mortificante en aquella ocasión por la exagerada concurrencia de personas.

En cada uno de los escaños destinado a los delegados, se hallaban colocados los diversos efectos que se le destinaban. Había una cartera con la inscripción del acto que se celebraba y la fecha del Congreso, bloques de papel para tomar notas, lápices y un tomo encuadrernado de la revista "La Internacional".

La mayoría de estos tomos estaban escritos en alemán y en inglés. En francés apenas había algún ejemplar.

Zinoviev dio por comenzado el Congreso con un discurso de salutación a los delegados, a todos los presos y perseguidos en el mundo por los gobiernos capitalistas y burgueses, deseando que el próximo tercer Congreso de la Tercera Internacional pudiera celebrarse en Berlín, Viena, Sofía, París o Londres, después de haber derribado el odioso régimen capitalista e implantado el comunismo y la dictadura del proletariado.

Sólo tomaron parte en esta sesión de apertura los delegados que el Comité había designado de antemano. Finalizó con un discurso en ruso de Lenin, que no se tradujo seguidamente a ningún idioma por lo avanzado de la hora.

En lo que había sido antigua repostería y salón-café de la Duma, se nos sirvió una comida propia de príncipes, si tenemos en cuenta la situación rusa del momento.

Terminada la comida, partimos hacia una explanada de uno de los barrios de la capital, sitio señalado para la inauguración, con nuestro concurso, de unos monumentos y una plaza alegóricos a la revolución.

Finalizada esta ceremonia, tornamos hacia el centro de la ciudad para dirigirnos a la plaza Ouritzky, antes plaza de Invierno, donde debía celebrarse un grandioso mitin internacional, para lo que se había levantado una tribuna delante de la puerta principal del Palacio de Invierno.

La multitud congregada en la plaza sumaba muchos miles de personas, y como la tribuna se había levantado junto a la fachada del Palacio mismo, vióse en seguida que la mayoría del público no oiría a los oradores.

Se obvió el inconveniente improvisando tribunas sobre autos que se colocaron en distintos extremos de la plaza.

Terminado el mitin nos dirigimos al Palacio del Trabajo, en una de cuyas salas se nos sirvió la cena, teniendo ocasión de visitar despacio el edificio y los diferentes organismos e instituciones en él establecidos.

Entre las nuevas instituciones visitadas se hallaba el Club Rítmico y Declamatorio. Se enseñaba a los alumnos y alumnas danzas rítmicas, plásticas y declamación.

"El número de alumnos fue considerable al principio –nos dijo una de las profesoras– pero disminuye cada día. No porque decaiga la afición, ni por falta de amor a las artes rítmicas y declamatorias; es la necesidad económica, el tener que procurarse elementos indispensables a la subsistencia, lo que disminuye los alumnos.

"Aquí en el círculo –continuó– se da una ración a cada alumna y alumno que concurre; pero una ración no basta a su sostenimiento, y menos aún para aquellos de nuestros educandos que tengan familia o alguien a quien atender, lo que es frecuente. Esperamos, no obstante, que esta situación mejorará y que nuestros alumnos vuelvan para crear una verdadera generación de artistas eminentes."

Al fondo de la sala había sido levantado un tablado, en el que una banda de música amenizó la cena con un escogido concierto, empezándolo y terminándolo por "La Internacional", que la mayoría de los delegados y presentes acompañó con la letra y que todos escuchamos en pie. Los comunistas probados la acogieron saludando militarmente.

En varios de los intermedios, una pareja de bailes típicos rusos nos dio a conocer muchos de los del país. Inútil decir que nos complació a todos por la novedad del espectáculo para algunos y el arte con que fueron ejecutados para todos.

Me dijeron que la pareja que había bailado, marido y mujer, oriundos de una de las provincias centrales de Rusia, era considerada como la mejor pareja de bailes típicos que había en todo el país.

Terminada la cena nos dirigimos hacia el lugar donde estaba emplazado el edificio de la antigua Bolsa, delante del cual iba a representarse, en plena noche, un espectáculo de gran vistosidad, alusivo a la lucha de los trabajadores contra el capitalismo.

El acceso al pórtico de la Bolsa, se hace por unos escalones de piedra, y en estos escalones y en el pórtico, que es muy amplio, tuvo lugar la representación.

La obra o espectáculo se componía de varios cuadros.

En los primeros se veía a la clase trabajadora hundida en la más abyecta esclavitud, mientras que los patricios y aristócratas se divertían y gozaban. Luego, al proletariado en revueltas contra los dominadores, para suprimir la esclavitud, siendo vencido y tratado duramente.

En otros, se presentó ya al proletariado semiindustrial, con sus gremios, en pugna abierta contra las ordenanzas de los reyes y señores feudales, llegando en los restantes a la organización de los partidos socialdemócratas, a las Organizaciones obreras, al Manifiesto Comunista de Marx y Engels, alcanzando, por último, el periodo anterior a la guerra europea.

Al momento de declararse ésta, aparecieron en la escena centenares de figurantes, que en la mímica –pues el espectáculo era mímico–, se dirigían a los intelectuales –en aquel caso los dirigentes de la Segunda Internacional– para que lanzaran el grito de ¡guerra a la guerra!, y contestaran a la guerra con la insurrección universal. Al no ser escuchados,

cunde entre ellos el desaliento, y se entregan en brazos del capitalismo que, ufano y vencedor, los convierte en carne de cañón. Entonces surgen los bolcheviques, quienes despertando al pueblo y llevándolo a la lucha, hacen la revolución triunfadora y comunista.

Terminó el espectáculo con una apoteosis, en la que tomaron parte centenares de comparsas. La estrella roja apareció en el espacio conducida en su descenso hasta el pueblo por los bolcheviques, cual signo auroral de redención.

Todo el espectáculo se desarrolló bajo torrentes de luz enviada por potentes reflectores.

Cerca de las dos de la madrugada terminó la representación, a la que habían acudido miles de personas.

En los autos, que ya nos esperaban, partimos para la estación, pues por la escasez de alojamientos en la villa, dormiríamos en las camas de los vagones.

Se nos dijo, antes de acostarnos, que probablemente se organizaría una excursión a Crostandt, pero no llegó a realizarse.

Casi toda la mañana del día siguiente la pasamos en la estación. A cada momento llegaban órdenes acerca de lo que había de hacerse. Cerca de las doce del mediodía se nos comunicó que, definitivamente, a las dos de la tarde, retornaríamos a Moscú.

El regreso fue más tranquilo. Nada de comisiones soviéticas; nada de discursos ni de mítines, y, sobre todo, ni una sola vez "La Internacional", ¡que ya era algo!

No terminaremos esta relación sin advertir que durante toda nuestra peregrinación del día 20 por Petrogrado, todas las banderas de los Sindicatos, Cooperativas, Clubs y organismos oficiales y oficiosos, con millares de personas, nos acompañaron continuamente; pero no por acto voluntario, sino por decreto especial del Soviet de la ciudad.

Todas las fábricas, talleres, obras, oficinas y demás dependencias cesaron en el trabajo y los obreros que en ellas tenían ocupación, como los niños de todas las escuelas, fueron conducidos, guiados por sus Comités de Fábricas y por sus profesores, a presenciar la llegada de los delegados extranjeros y a servirnos de acompañantes en nuestra peregrinación por la ciudad.

VI

Tarifas de salarios y organización sindical

Para el día 23 de julio, a las diez de la mañana, fue anunciada la segunda sesión del Congreso que, hasta su terminación, debía celebrarse en la sala del trono, llamada de San Andrés, en uno de los Palacios del Kremlin.

A pesar de ser las diez de la mañana cuando nos presentamos en la sala, se dio comienzo siendo más de las doce. Este retraso no fue sólo en el primer día; en los posteriores ocurrió lo mismo, cuando no algo peor. Un día, una sesión anunciada para las diez de la noche, comenzó a las dos de la madrugada.

Al margen del Congreso, y en las horas que éste dejaba libres, procurábamos completar las informaciones lo mejor posible.

El que Kibalchiche y otros empleados de la Tercera Internacional se hallaran en Moscú, favorecía bastante nuestro particular deseo. Una de las personas con quien primero me puse en comunicación, fue con Sacha Kropotkin, la hija de

Pedro Kropotkin, a la que indiqué la satisfacción que tendría en poder entrevistarme con su padre.

También visité el Club anarquista establecido en la Teverskaia, donde conocí, entre otros camaradas, a Askarof y a Gordin. Por conducto de Schápiro, conocí a Maximof y a otros.

En el Club anarquista, en una de mis visitas, se organizó una especie de conferencia que yo expliqué en francés y Askarof tradujo al ruso.

Hablando con los compañeros del Club, me di cuenta de que muchos de ellos estaban algo inclinados a aceptar el centralismo y la dictadura del proletariado.

Gordin, que era la cabeza más visible, el más culto, se denominaba "Universalista", y hacía poco que había salido de la cárcel de Butirki, donde pasó tres meses por el delito de haber sido elegido para el Soviet de Moscú por los obreros de la fábrica donde trabajaba.

El de Gordin es un caso curioso de cómo entienden la libertad los bolcheviques y de lo que significa el régimen de los Soviets en sus manos.

Obreros de una fábrica de municiones, al verificarse la elección de delegados para el Soviet de la barriada a que pertenecía la fábrica, a pesar de que los comunistas hicieron siempre lista cerrada para delegados de Soviet y no admitieron la supresión de ninguno de sus candidatos, los obreros de la fábrica en que trabajaba Gordin suprimieron un comunista y colocaron a aquél.

Cuando al hacer el escrutinio en la oficina del Soviet, se vio que había sido suprimido un comunista y elegido a Gordin, se le puso el veto y se anuló la elección, para él sólo, no para los comunistas que habían sido elegidos en la misma lista.

Como con arreglo al número de votantes y de votos que requería alcanzar un candidato, a la fábrica aquella correspondía un delegado, se verificó una nueva elección. El resultado, en la segunda, fue el mismo que en la primera. Gordin salió elegido.

Nueva anulación y nueva elección. Era ya la tercera. Pero tampoco esta vez se salieron con la suya los comunistas bolcheviques. El escrutinio dio una mayoría casi absoluta a Gordin. Entonces, los bolcheviques, respetuosos con la voluntad de los trabajadores y la dictadura del proletariado (?), anularon la elección, metiendo en la cárcel a Gordin y acordaron que, por el momento, quedara aquella fábrica sin representación en el Soviet de la barriada.

Debemos ratificar aquí lo que ya alguien, escribiendo de Rusia, ha manifestado: que toda elección para el Soviet, se hacía a presencia y bajo el más riguroso control de la Tcheka, lo que no era para inspirar ideas de independencia y respeto a la voluntad de los votantes.

Encerrado Gordin y anulada la elección, se propuso a los obreros nueva consulta electoral a lo que se negaron, y a Gordin se le propuso renunciara al cargo. Obstinado éste en su derecho, los bolcheviques no veían el medio de salirse con la suya.

Presentar un nuevo candidato no podían, pues mientras los obreros de la fábrica votasen por Gordin, saldría siempre derrotado el comunista.

Al fin, comprendiendo los compañeros de Gordin que persistir en la conducta adoptada era convertirse en los carceleros de su camarada, optaron, si el Soviet celebraba nueva elección, por abstenerse de tomar parte en la misma, por lo que el candidato oficial saldría elegido aunque lo fuera por una minoría de votos. Así ocurrió.

Sabedor el Soviet de la actitud en que se colocaban los obreros, convocó a nueva elección en la fábrica, y el candidato comunista salió elegido por una treintena de votos, de los dos mil y pico que a la fábrica correspondía.

Y eso que Gordin, como la mayoría de los componentes del Club anarquista de la Teverskaia, transigía y se acomodaba bastante con el centralismo y la dictadura del proletariado.

La actividad de los componentes del Club anarquista no era para inquietar a los bolcheviques y, sin embargo, y con mucha frecuencia, la Tcheka hacía su aparición por allí. Por lo demás, los casos como el ocurrido con Gordin, abundaban en Rusia.

Por estos camaradas tuve las primeras referencias de lo que fue la insurrección ucraniana y del papel que desempeñó la actuación de Makhno en la lucha contra la reacción. El Club vivía merced a un restaurante que éste había establecido, consiguiendo poder preparar comidas que, expedidas con un pequeño beneficio, permitía destinarle algunas cantidades.

Las reuniones eran muy frecuentes; pero era preciso ser parcios y comedidos en el juicio. De vez en cuando llegaba algún camarada del interior, que traía noticias de los compañeros y todos concordaban en afirmar la persecución que los bolcheviques ejercían contra los anarquistas que no se sometían del todo.

Me enseñaron números del "Izvestia" y de la "Pravda", en los que se daban cuenta del recrudescimiento de fusilamientos por la Tcheca. La opinión lo achacaba a que el Gobierno temía que pidíramos los delegados extranjeros una amnistía, y, por si esto llegaba, para no tener que libertar a los presos, los fusilaban. Los fusilados, si bien había alguno tratado de bandido o especulador por los periódicos, la mayoría figuraban como elementos contrarrevolucionarios...

Como indicara a Luzowsky nuestro vivo deseo de conocer lo más exactamente posible el funcionamiento de la Bolsa del Trabajo, el de los Sindicatos y de todo cuanto a la organización tuviera referencia, puso a disposición nuestra un intérprete y nos relacionó con todos los organismos superiores que pudieran orientarnos.

Confesamos de antemano, aunque de ello pretendan sacar algún partido nuestros adversarios, que no pudimos llegar a comprender claramente el funcionamiento de la organización Sindical en Rusia. En líneas generales, sí; pero en detalle, no. Confesamos asimismo, y no como descargo a la incapacidad e incomprendión que los bolchevizantes nos endosan, sino como una verdad, claramente revelada por la experiencia, que la mayoría, por no decir todos, de los mismos empleados y

encargados del funcionamiento de aquella pesadísima máquina sindical, fueron completamente inútiles para darnos las explicaciones y pormenores que pedíamos. Tampoco ellos conocían su funcionamiento.

Por la razón de unos y otros, no estaba en la forma de organización. Estaba en el continuo cambio y variabilidad de formas y movimientos de la organización sindical

El conocimiento exacto de cómo habían de funcionar los Sindicatos, llevaría a los obreros que los compusieran y a los numerosos burócratas que los dirigiesen, a poder fijar una norma de conducta en sus relaciones con el Estado, lo que había de redundar, a la larga, en beneficio de los obreros, ya que les aseguraría una cierta independencia frente a la tiranía del Partido Comunista; pero éste, previsor y astuto, procuraba impedirlo por todos los medios a su alcance y nada mejor que una renovación constante de los métodos de organización, apropiados o no al caso. Además, esto parecía dar cierto eclecticismo al pensamiento. Algo parecido al afán depurador de buscar lo mejor y más perfecto. Pero, en realidad, lo que se perseguía era realizar una maniobra para asegurar la dominación del partido, maniobra burda y deshonesta.

Deseando completar en lo posible las informaciones que precisábamos, quisimos saber primero cuáles eran los salarios de los obreros y en qué forma los percibían y quiénes los fijaban.

La tabla de categorías de salarios establecida, abarca treinta y seis, más cuatro extraordinarias, aplicables tan sólo a quien el

Comité de la Confederación General del Trabajo, el Comisariado del Trabajo y el Consejo de Economía Nacional lo creyeran pertinente. Y así como en las treinta y seis categorías de salarios, estaba limitada la cuantía de lo que había de pagarse, tanto en rublos como en el racionamiento, que no podían rebasarse de ningún modo, las cuatro extraordinarias no tenían límites, pudiendo atribuir la Comisión encargada de otorgarla, el salario y el racionamiento que estimara oportuno.

El punto de partida para otorgar una de estas cuatro tarifas extraordinarias era una de las treinta y seis tarifas establecidas; pero el límite, como ya hemos dicho, no estaba fijado. Se dejaba al arbitrio de la Comisión.

De este sistema arranca uno de los engaños más propagados en todo el mundo al principio de la revolución rusa y que nos presentó a los personajes más conspicuos de la misma rodeados de una aureola de austeridad y de sacrificio muy lejos de ser cierta.

Se nos dijo que Lenin, Trotsky, Radek y demás personajes dirigentes del Partido Comunista y de la revolución, dando pruebas de su amor al pueblo y de sacrificio por la revolución, se sometían a todas las privaciones y escaseces a que la falta de productos les obligaba y que, considerándose proletarios y obreros, se habían asignado un salario como los demás y un racionamiento como el de los obreros intelectuales.

En teoría así era. Pero la práctica era muy otra.

Fue una realidad que Lenin, Trotsky, Radek y demás comisarios y aspirantes a tales, fueron considerados y

catalogados como obreros intelectuales para los efectos del salario y de la ración que habían de percibir, y con este truco y por este procedimiento nos hicieron creer a todos en el desinterés y en el altruismo de los comisarios bolcheviques.

Pero sin duda, por no darle importancia o por creer que no interesaba a los demás el saberlo, dejaron de decir que se habían establecido las cuatro tarifas extraordinarias referidas, que eran aplicadas a los personajes políticos de la Revolución. Con arreglo a estas tarifas, no ya lo indispensable, tenían hasta lo superfluo. Esto debió decirse desde el primer momento y no lo contrario, que es lo que se puso en circulación.

Pero volviendo a las treinta y seis tarifas de salario establecidas en Rusia para catalogar a cada obrero en una de ellas, nos enteramos bien de los procedimientos que se seguían.

En las categorías más bajas, desde la primera a la sexta, se incluía todo el trabajo de peonaje en fábricas, talleres, obras, almacenes, etc., etc.

Como nos pareciera extraña tanta meticulosidad en establecer seis categorías para lo que era más que suficiente una sola, pretendieron convencernos del error, aduciendo razones que no queremos calificar de infantiles.

—Así, por ejemplo —nos decían—, cuando un peón entra a trabajar en una fábrica por primera vez, el Comité de la fábrica lo clasifica para el primer mes en la tarifa número uno, cuyo salario es de dos mil rublos mensuales, en razón de no ser perito en la faena.

–¿Qué conocimientos especiales o técnicos necesita –dijimos– un peón que entra a trabajar en una fábrica para llevar pesos o piezas de un lado a otro, ayudar a un oficial, barrer o ejecutar cosas parecidas? A los diez minutos, al segundo día lo más, ya está plenamente capacitado en su trabajo. No hay ninguna razón que justifique tan rigurosa cuarto arbitraria clasificación. –En parte hay motivos para argüir así –contestaron–, pero en absoluto, no. Es innegable que, después de trabajar varios días, se conocen mejor las costumbres de la fábrica y se está más impuesto en la obligación.

–Admitamos este criterio –reargumentamos–. En todo caso, bastarían dos categorías, primera y segunda, con un período de quince días para el tránsito de una a otra. ¡Pero seis parecen excesivas!

–¡Oh!, acaso estéis en lo cierto –replicaron, añadiendo por toda justificación–: Los que las han establecido su razón habrán tenido para ello.

Sobre estas minuciosidades como sobre otras relacionadas con la misma cuestión, hablamos más tarde con Luzowsky. Sólo obtuvimos las explicaciones reglamentarias que ya conocíamos por otros empleados de la Confederación. El principio fundamental era el de la práctica en un tiempo máximo prefijado y en una misma fábrica, pues el tiempo pasado en otra igual no era computado para demostrar la capacidad de un obrero, ya que lo corriente solía ser que cada nuevo obrero admitido en fábrica o taller fuera siempre clasificado en la tarifa más inferior.

Inquirimos para saber por quién y en qué condiciones fueron establecidas las treinta y seis categorías de salarios, a lo que se nos contestó que lo habían sido después de una minuciosa encuesta hecha en toda Rusia por una comisión compuesta de individuos de la Confederación General del Trabajo y del Comisariado del mismo ramo,

Los trabajos e investigaciones de esta comisión fueron improbos, tanto, que tardaron cerca de un año en terminarse.

El decreto creando la comisión se promulgó hacia los primeros meses del año 1918 y terminó sus tareas en enero de 1919. A primeros de febrero del mismo año, se hicieron obligatorias las categorías de salarios establecidas en el informe de la comisión, lo que fue un gran adelanto y un bien para todos.

—Y durante este tiempo, ¿cómo se regularon las relaciones de salarios entre el Estado y los obreros? —seguimos preguntando.

—Por convenciones y arreglos que se establecían en cada caso particular, o bien generalizándolo a toda la industria similar de una población.

—Y estas convenciones particulares ¿no daban lugar a conflictos?

—No. Pues se modificaban a medida que las necesidades lo exigían.

—¿De manera que ahora, una vez establecidas estas tarifas generales y obligatorias, el salario se regulará según ellas? Las infracciones no deben existir. No habrán sido modificadas.

—Estáis en un error. Esas tarifas, tan meticulosamente establecidas, que necesitaron un año de trabajo para confeccionarlas y ordenarlas; que necesitaron centenares de obreros y miles de informes para cumplirlas, hubieron de ser modificadas veintiún días más tarde, pues el desequilibrio entre el valor de la moneda y el precio que en el mercado alcanzaban las cosas, y hasta el valor nominal que en moneda se atribuía al racionamiento, demostraron la inutilidad de tanto esfuerzo y de tantas informaciones. Hubo que volver al antiguo juego de las convenciones particulares, aunque tomando por norma y como punto de partida las categorías establecidas.

—¡En este caso, el salario será equivalente e igual en todas las provincias rusas! Un mecánico en Tobolsk, en Ekaterinoslav, en Odessa, en Moscú o en Petrogrado, ganará un salario igual, seguramente.

—De ningún modo. El precio de las subsistencias en esas poblaciones varía en absoluto entre todas ellas, y esas variaciones repercuten fatalmente en los salarios.

Con tres mil rublos en Símbirsky o en Saratov se vive mejor que en Moscú o en Petrogrado y, en atención y con arreglo al coste más reducido de las subsistencias, se regulan los salarios.

—¿Podrás indicarme el alcance de esas diferencias?

—Fijamente, no; varía según la población o la provincia. Pero puede decirse que alcanza proporciones que oscilan entre un diez a un veinticinco por ciento en moneda. El equivalente a la razón que percibe cada obrero es, invariablemente, el mismo para todas las regiones o provincias, siempre dentro de la categoría que le corresponda.

—¿Podrías decirme también cómo están constituidos los Sindicatos? ¿Lo están por industria, por ramos, o por oficios, local, comarcal o regionalmente?

—Los Sindicatos están constituidos por industrias y provincialmente.

—¿Provincialmente?

—Sí, provincialmente. El Sindicato metalúrgico de Moscú, por ejemplo, es provincial, pues a él pertenecen todos los obreros de la industria metalúrgica de la provincia. Los Comités de Fábrica y los comarcales, mantienen la relación de cada obrero con el Comité Ejecutivo del Sindicato.

—Pero cuando han de reunirse para tratar una cuestión que interese al Sindicato en general, ¿cómo se arreglan?

—Lo hacen por separado en cada localidad, aunque lo más frecuente es que lo hagan en cada fábrica.

El Comité Ejecutivo del Sindicato elabora una orden del día que trasmite a cada Comité de Fábrica o Comarcal, y estos Comités la someten luego a los obreros de cada manufactura. Se reúnen éstos, discuten y acuerdan lo pertinente al caso.

Luego, las resoluciones, son remitidas al Comité Ejecutivo para que éste decida, según el acuerdo de la mayoría o según su criterio.

—De esta forma de organización, resulta que los obreros de un mismo Sindicato jamás se verán reunidos en una Asamblea general del mismo para discutir un problema cualquiera que les interese. Más que unidos, están divididos, ya que no tienen ninguna relación directa entre ellos, sino es por conducto de su Comité Ejecutivo y de Fábrica.

—¿Y para qué los necesitan? Desde el momento que ellos pueden discutir sobre todos los problemas y trasmitir su decisión al Comité Ejecutivo para que éste decida, no precisan más. Contando que, cuando se crea necesario, el Sindicato puede celebrar Congresos o Conferencias generales en los que se hallan presentes los delegados de cada taller, que para tomar parte en los mismos han sido nombrados.

—Todo lo que queráis; pero lo importante es que el obrero de cada fábrica no tiene ninguna relación con los obreros de fábricas similares ni con los del mismo Sindicato. Más que unido está separado. El Sindicato no es un organismo al cual el obrero aporte su iniciativa individual, sino que es el Comité Ejecutivo quien piensa y ordena en nombre del Sindicato. Es decir, que el impulso no viene de abajo arriba, como debiera ser, sino de arriba abajo, que es contrario a todo sentido de libertad y de organización voluntaria. Y este sistema de organización, ¿por quién ha sido acordado?

—Por los obreros mismos reunidos en Congreso y según plan elaborado con antelación al Congreso por el Comisariado del Trabajo.

—Sus delegados a este Congreso, ¿qué tendencias o qué ideario defendían?

—Todos eran comunistas del Partido, exceptuando un tanto por ciento reducido que no tenían partido; pero que aceptaron el punto de vista de la mayoría.

—Y además del Sindicato, ¿qué otros organismos existen?

—Existen las Federaciones Nacionales de Industrias, a las que pertenecen los Sindicatos provinciales de cada industria. Después, las Federaciones provinciales de Sindicatos y luego la Confederación General del Trabajo, formada a base de las Federaciones Nacionales de Industria y de las Federaciones Provinciales de Sindicato.

—Los delegados para los Congresos de la Confederación General del Trabajo y para los de las Federaciones nacionales de Industria y para componer los Comités de esos organismos, ¿cómo se nombran?

—Se convoca a los obreros de cada fábrica y nombran varios delegados para una Asamblea provincial del Sindicato; en esta Asamblea provincial del Sindicato se nombran delegados para una Conferencia o Asamblea provincial de todos los Sindicatos, y luego, en esta Asamblea provincial de Sindicatos, son designados los delegados que deben concurrir al Congreso, ya sea éste de la Confederación General del Trabajo o bien de la

Federación Nacional de Industria. Y en el Congreso se nombran los componentes de los Comités respectivos.

—Así, pues, el delegado o delegados a cada Congreso, ¿no es directo, no es el propio Sindicato quien lo envía?

—No; ya os hemos dicho cómo procede. A veces, cuando la celebración de un Congreso o Asamblea regional urge, entonces, en vez de reunirse los obreros de cada fábrica por separado, se reúnen todos los obreros de una barriada o de un número determinado de fábricas, sin distinción de profesión o de industria, y todos juntos nombran sus delegados.

—La elección, en estos casos, se hará muy difícil, pues si los obreros no se conocen, cada cual querrá que predomine quien él propone.

—Casi nunca ocurre eso, porque el Comité Comunista lleva ya la lista hecha de los que han de ser nombrados para la delegación.

—La elección de los representantes obreros a los Congresos no es, pues, directa: resulta ya en tercer lugar.

—Exacto. Ya que primero se nombran los delegados a la Asamblea provincial del Sindicato, éstos nombran a quienes han de representarlos en la reunión provincial de todos los Sindicatos provinciales, y éstos, a su vez, nombran los delegados al Congreso.

—Y los temas o tesis presentados al Congreso, ¿quién los elabora?

—El Comité Ejecutivo de la Confederación General del Trabajo cuando el Congreso es nacional y de toda la organización; y si el Congreso es de industria, el Comité de la Federación respectiva.

—Quiere eso decir que el obrero, el verdadero obrero, el componente del Sindicato, es un elemento pasivo en la mayor parte de los problemas que su Sindicato debe resolver. Sólo se le llama para que ratifique —ya que no le es posible rectificar— los acuerdos que los Comités toman.

—Según lo que entendáis por elemento pasivo. Es evidente que los obreros no son llamados directamente a discutir las cuestiones propias del Sindicato y que éste ha de plantear, pero habéis de tener en cuenta la falta de cultura del obrero ruso. Además está muy saturado de influencias mencheviques y contrarrevolucionarias.

—Los directores, ingenieros, encargados y contramaestres de las fábricas, ¿quién los nombra?

—Al comienzo de la revolución eran los obreros quienes los nombraban; ahora son los Soviets. Hubo casos en que los obreros nombraban a los antiguos patronos o directores, y hasta a los ingenieros y encargados, y esto era preciso evitarlo.

—Y esos nombramientos de los antiguos patronos o directores, ¿a qué obedecían? ¿Obedecían a capacidad o a presión sobre el proletariado?

–Ha de suponerse que obedecían a lo primero, a capacidad, ya que a presión no podía obedecer puesto que les era imposible ejercerla.

–Y ¿por qué no se respetaban si obedecían a capacidad?

–Porque la mayoría de los nombrados, por no decir todos, eran contrarrevolucionarios.

–Y el Comité de Fábrica, ¿quién lo nombra?

–Los obreros de cada fábrica.

–Y ¿quién propone la lista? ¿Es que los obreros son libres de nombrar a quien quieran?

–Nada de eso; la lista la propone siempre el Soviet local o los miembros del partido Comunista que trabajan en la fábrica. La lista es cerrada. No puede suprimirse ningún nombre de los que la compongan.

–De este modo, nadie, de no ser un comunista, puede figurar en los Comités de Fábrica.

–Sí; a veces se ponen en listas individuos sin partido.

–Y ¿qué funciones ejerce el Comité de Fábrica?

–Representativas del Sindicato y del Gobierno. Ejerce la vigilancia, para que los obreros trabajen y den el rendimiento necesario; fijan las tarifas de salarios; imponen correctivos y multas a los obreros que no cumplen con su deber; despiden a

los que no respetan lo convenido; solicita de la Bolsa del Trabajo los obreros que necesita la fábrica; clasifica la categoría que al obrero corresponde; vigila para que no se malgaste la materia prima; recoge todas las reclamaciones de los obreros; sirve de intermediario entre éstos y el director o encargado; prepara las elecciones en su fábrica y, en fin, se ocupa del orden, de la disciplina y de todo lo que a la buena marcha y a la producción de la fábrica haga referencia.

—¿Pueden los obreros destituir o pedir la destitución de su Comité de Fábrica o de uno o varios de sus miembros?

—Indudablemente. Todos los cargos son removibles y, por tanto, puede destituirse a quien los representa.

—¿Cómo pueden proceder los obreros para lograr esa destitución?

—Solicitan del Comité de Fábrica una reunión y cuando éste la ha concedido, se reúnen. En la reunión presentan sus quejas y el Comité de Fábrica las recoge y transmite al Comité del Sindicato, el cual pasa a examinarlas y procede según crea por conveniente.

—¡Pero eso es un contrasentido! Los obreros han de pedir permiso para reunirse a los mismos individuos a quienes han de destituir. Son ellos, los afectados por la censura, quienes han de recogerla y darle curso, sin la menor intervención de quienes lo han pedido. Por este procedimiento, las destituciones deben ser muy raras.

—Rarísimas. Apenas se registra alguna. Pero sabed que la disciplina del Partido exige que un Comité de Fábrica, a quien los obreros piden su destitución, viene obligado a dar conocimiento al Sindicato del deseo de los obreros a quienes representa.

—Bien; pero frente a la disciplina del Partido está la conveniencia personal. Lo prueba el que no se solicite nunca una destitución. Además, todos los trámites burocráticos que han de seguirse, el temor de una represalia, la presencia de la Tcheka en todas las reuniones, el que no haya periódicos en los cuales puedan denunciarse abusos y arbitrariedades, y el temor de ser tildado de contrarrevolucionario, ahogan toda protesta y todo conato de rebelión.

(... ...)

—Los Comités de Fábrica, ¿por cuánto tiempo son nombrados?

—Por seis meses.

—¿Pueden ser reelegidos?

—Sí. Pueden serlo.

—Una vez nombrado el Comité de Fábrica, para los efectos del salario y de la ración, ¿son considerados sus miembros como obreros o como empleados del Estado? ¿Vienen obligados a trabajar o están exentos de todo trabajo?

—Los componentes del Comité de Fábrica, una vez nombrado éste, dejan de ser considerados como obreros y pasan a la categoría de empleados. No tienen obligación de trabajar y si trabajan es voluntariamente. Su misión es de vigilancia, para que los demás trabajen.

—Será algo así como una especie de policía de taller.

—Duro es el calificativo. No tiene ningún carácter de policía. Su misión ya hemos dicho cuál es.

—Y cuando un obrero ha sido vejado moralmente por un Comité de Fábrica o bien adscrito a una tarifa inferior a la que se considera él merecedor, ¿qué trámites ha de seguir o cómo debe obrar para que el Sindicato le ampare en cualquiera de los dos casos? Porque es de presumir que los Sindicatos deben encargarse de la defensa de los obreros sindicados en casos parecidos.

—Ciertamente. El Sindicato atiende en estos casos al obrero y le defiende y ampara. Cuando ha sido atropellado o bien adscrito a una tarifa inferior a la que él se cree merecedor, se dirige al Comité de Fábrica, presentándole por escrito la relación.

El Comité de Fábrica la tramita, siguiendo siempre las vías jerárquicas, al Comité Local del Sindicato, quien a su vez la hace llegar al Comité Ejecutivo del Sindicato al que pertenece el reclamante.

Informada favorable o desfavorablemente por el Comité Ejecutivo del Sindicato, para que la queja o reclamación vuelva

a su puesto de partida, o sea a manos del obrero que la promovió, debe seguir los mismos trámites y pasar por los mismos organismos que cuando fue elevada a la Junta del Sindicato.

Como la elección de los Comités de Fábrica es por seis meses nada más, y aunque con muchísima frecuencia son reelegidos los anteriores, ocurre que llega a conocimiento de uno de ellos el resultado de una reclamación hecha a su antecesor.

—En este caso el nuevo Comité debe dar satisfacción al obrero si el resultado de su reclamación le es favorable, negándosela en caso contrario.

—Así suele ocurrir. Aunque no debéis olvidar lo difícil que es para un Comité de Fábrica resolver una diferencia iniciada cuando aún no había sido elegido. Las culpas o faltas de uno no deben pagarlas los demás.

—De acuerdo. Pero y al obrero molestado personalmente, o perjudicado en su salario adscribiéndolo a una tarifa inferior a la que le correspondía, ¿quién lo rehabilita o indemniza? Porque si respetables son los derechos del comité de Fábrica, no lo son menos los del obrero que el Comité ha lesionado. Dentro de un régimen comunista donde el Poder se ejerce en nombre de la clase trabajadora, justo es que a ésta se le haga justicia. No que se la concedan privilegios; pero sí que se le haga justicia.

—Así ocurre. Ni una sola reclamación hecha por un obrero deja de ser atendida.

—No lo negamos. Pero lo que sí negamos es que sea eficaz la atención. En primer lugar por los muchos trámites que debe seguir y no ser potestativo del obrero precipitarlos; en segundo lugar porque ha de ser resuelta sin que él sea oído, que es lo más importante. El Comité Ejecutivo del Sindicato, por mantener el prestigio del Comité de Fábrica y el del Partido Comunista, al cual representa en el taller, le dará siempre la razón. De ahí, las pocas destituciones de Comités y el que los obreros no se interesen por ellos.

—Al contrario. Los obreros se interesan muchísimo por el Comité de Fábrica.

—Los obreros comunistas no lo niego. Pero que se interesen los demás lo pongo en duda. Pero, en fin, dejemos esto.

Por el resumen de las cuestiones que en relación a lo que en Rusia representan los Sindicatos y que hemos procurado dar con la mayor claridad posible en el diálogo anterior, se habrá formado una idea aproximada el lector de lo que la organización sindical representa, el papel que juega en la economía bolchevique y la utilidad que tiene en la defensa de los intereses de los trabajadores frente al Estado bolchevique.

Nuestra peregrinación por las diferentes secretarías en busca de datos que nos orientaran acerca de lo que la organización sindical era no estaba exenta de dificultades, pues aparte de la división de funciones en cada secretaría, hacía muy difícil obtener detalles de conjunto el continuo cambio, la modificación constante que se introducía en todo y, más que nada, lo complicadísimo de un organismo que hasta sus

mismos creadores empezaban a no comprender. Eran obstáculos insuperables para quien, como nosotros, necesitaba ideas precisas y normas concretas.

Pero el resumen de todas estas dificultades se hallan condensadas en palabras de Luzowsky, que reflejan el verdadero papel de los Sindicatos en Rusia.

Decía Luzowsky, que el papel de los Sindicatos en Rusia era el de seguir las plataformas del Partido, las orientaciones económicas que éste le dictara y la defensa de la dictadura del proletariado. Todo lo que fuera salirse de este marco, era contrarrevolucionario y ni los Sindicatos podían hacerlo ni el Partido Comunista tolerarlo.

La enorme cantidad de empleados comunistas en los Sindicatos absorbía toda función de capacitación en las masas. Si quisiéramos tomar otro Sindicato como ejemplo y lo hiciéramos con el de ferroviarios, confesemos que los resultados serían idénticos. Contando nada más que los centenares de empleados en los cargos burocráticos ferroviarios superiores, en los principios y finales de línea, en los cruces y empalmes, en las oficinas de intervención y dirección, sumarían miles. Luego, en cada estación, por pequeña que fuera, existía la Comisión extraordinaria, compuesta por lo menos, de tres individuos, ejerciendo misión de vigilancia y de mando. Cada tren, tanto de mercancías como de viajeros, también llevaba su Comisión extraordinaria. Cuéntese que la mayor parte de los miembros de estas comisiones no prestaban servicio activo; su misión era única y exclusivamente la de vigilar. No creemos que en tiempos del

zarismo, cuando explotaban las líneas ferroviarias rusas compañías particulares, el número de empleados en la vigilancia, inspección y dirección de las mismas alcanzara ni con mucho el que tenían bajo el régimen bolchevique cuando estuvimos en Rusia.

Si de los ingresos por transporte hubiera que pagar a tanto empleado, lo probable es que las recaudaciones no alcanzaran a cubrir los salarios que recibían.

VII

Gran fiesta y banquete

Los bolcheviques se habían propuesto divertirnos en grande. Querían que nuestra estancia en Rusia fuera lo más grata posible. Entretenían nuestros ratos de ocio, tal vez con la intención de hacernos apartar la mirada de los cuadros de miseria que por toda Rusia se presenciaban.

A la alimentación que, como ya hemos dicho, era abundante y extraordinaria y a las excepcionales condiciones en que viajábamos, les rodeaba un sinnúmero de cuidados, atenciones y preferencias que se nos prodigaba por dondequiera que íbamos.

Disfrutábamos de toda clase de concesiones y distinciones pequeñoburguesas. Vimos cómo una noche en el teatro hacían levantar de su asiento a un espectador para que se sentara un delegado. Por todas partes las fiestas, banquetes y regocijos se multiplicaban en honor nuestro. Recibimientos aparatosamente montados, revistas militares, manifestaciones, banquetes y agasajos, no escasearon en

honor de las delegaciones extranjeras. Había para sentirse halagado y enternecido.

¿Necesitábamos los delegados todo aquel derroche de superfluidades y vanas pompas? ¿Habíamos ido a Rusia a ser agasajados y festejados, o habíamos ido a identificarnos con el pueblo que hizo la revolución, a sufrir con él, a recogernos en su corazón y fortificarnos con sus dolores y con sus miserias?

¿Éramos unos viajeros de paso que gozábamos de los esplendores y suntuosidades que podía ofrecernos un Gobierno revolucionario, o éramos los portavoces de un grito de simpatía brotado de pechos de millones de hombres que lanzaban sus imprecaciones contra la injusticia y tendían sus miradas hacia el país ardiendo en fuego inmenso de regeneración social?

¿Es que se quería amortiguar, con aquellos espejismos postrevolucionarios, cual nuevas bodas de Camacho el rico, el suspiro inmenso de tanto dolor, para que no llegara su eco hasta nosotros?

Lo ignoramos. Lo cierto es que, con tanto festejo, se pretendía apartarnos de la realidad vital.

Las fiestas, banquetes, desfiles, manifestaciones y otras algazaras con que fuimos recibidos en las poblaciones del Volga y la grandiosa e imponente manifestación del día 20 de julio, en Petrogrado, iban a quedar eclipsadas ante lo que se preparaba. ¿Querían los bolcheviques darnos la sensación de su poder y de la simpatía (?) que el pueblo de Moscú sentía hacia nosotros?

Había llegado el momento de "tirar la casa por la ventana" (como dicen y hacen los que apenas se llamaron Pedro y de pronto se encontraron con un Don), y, ciertamente, lo iban a conseguir.

Entre los preparativos de la gran fiesta que se organizaba, lo más "epatante" era la disposición teatral de la gran tribuna alzada en el centro de la Plaza Roja.

Casi adosada a la muralla del Kremlin, dejando sólo libre el espacio ocupado por las tumbas de los comunistas allí enterrados, levantaron una imitación de montaña de madera.

Al centro de esta montaña aparecía la tribuna, figurando una torre cuadrada y cubierta de un tejido artístico.

A los dos lados de esta tribuna central, construyeron dos tribunas más bajas y espaciosas, capaces para unos centenares de espectadores cada una. Los delegados ocuparían las dos filas de preferencia de estas tribunas y las demás las personas afectas al Gobierno.

La fiesta consistía en una Exposición de material de guerra, cañones, ametralladoras, tiendas de campaña, campamentos y residencias de Estados Mayores colocados en pabellones construidos exprofeso. Herramientas de trabajo y máquinas agrícolas no había ninguna...

Un gran desfile de toda la guarnición de Moscú y una manifestación y desfile de todos los trabajadores, completaban el programa.

La fiesta se celebró el martes, 27 de julio.

El punto de reunión y formación de las tropas, militares y obreras de Moscú, era el de la Plaza del Gran Teatro. Allí se iniciaría el desfile hacia la Plaza Roja, entrando en ésta por la calle que hay entre la famosa capilla de la virgen Ibérica y las murallas del Kremlin. Al partir de la Plaza del Gran Teatro, irían en formaciones de desfile, tanto los militares como los obreros.

La manifestación cruzaría por delante de las Tribunas para continuar hasta la llamada Puerta Santa del Kremlin, en donde comenzaría la dislocación.

Frente a las tribunas por nosotros ocupadas, había cuatro bandas de música que tocarían marchas y pasacalles sin interrupción y alternativamente. Al mismo tiempo se elevaría un globo cautivo por el lado de la Puerta Santa, mientras dos aeroplanos evolucionarían sobre la Plaza, arrojando literatura comunista.

Inútil decir que la Plaza Roja estaba tomada militarmente, y que nadie tenía acceso a ella ni podía estacionarse a no ser delegado o invitado especial.

El desfile comenzó a las once de la mañana, terminando a las cuatro de la tarde. Durante él hubimos de permanecer en las tribunas soportando el calor asfixiante que hacía.

Las bandas de música no cesaron un momento de tocar y el desfile se hizo seguido y matemático.

Primero las tropas en veinticinco grupos, comenzando por el Estado Mayor y terminando por el Regimiento de la Milicia a caballo. Luego pasaron los obreros de todos los distritos de Moscú. Por orden correlativo lo hicieron los distritos de Khamovnikí, Samoscrerechíe y Presnia Rojo, los del distrito Municipal de Sokolniki y Rogosjko-Simonovsky. Los últimos fueron los del de Baumanovski.

Se anunció el principio de la "procesión" –como textualmente decía el programa– por una salva de artillería.

Puede calcularse que desfilaron ante nosotros más de trescientas mil personas.

La concurrencia de los obreros de todas las fábricas, talleres y oficinas de Moscú a la manifestación, era obligatoria, pues así lo había decretado el Gobierno.

En la "Pravda" y en las "Izvestias" del día anterior, se había publicado un decreto que así lo ordenaba.

A las nueve de la mañana, todos los obreros de todas las fábricas, talleres y oficinas estaban obligados a presentarse en el lugar donde tenían habitualmente la ocupación.

Hecho el recuento y pasada revista, serían conducidos, bajo la vigilancia de los Comités de cada fábrica o taller, al punto de reunión.

Cada grupo de obreros se colocaba en el sitio destinado a su distrito, y allí esperaba a que le llegara el turno del desfile.

La falta de asistencia a la Manifestación sería castigada con la suspensión del racionamiento durante ocho días.

A más de esto, no estando seguros los organizadores de la fiesta en que el pueblo concurriera a pesar de la amenaza, adoptaron otro procedimiento: repartieron piezas de ropa.

A unos les dieron una blusa; a otros pantalones; a algunos zapatos, y no faltó quien tuvo la suerte de obtener dos piezas de ropa de las que se distribuían.

Ese procedimiento era más seguro para forzar la voluntad de los reacios que cualquier otro.

La falta de asistencia a la manifestación, además de privar del racionamiento a los obreros, acarreaba el que se quedaran sin la pieza de ropa que les correspondía. Contingencia grave en aquellas circunstancias.

A la manifestación y desfile concurrieron también batallones de la guarnición de Petrogrado. Llegaron la noche anterior en cuatro trenes especiales.

La organización del desfile resultó por demás laboriosa. La amplísima plaza y jardines de frente al Gran Teatro de Moscú y los alrededores del antiguo hotel Metropole, rebosaban de gente y de soldados.

Distribuidos todos según el orden concertado, cada grupo se dirigía, según llegaba de la fábrica o cuartel, al lugar que se le tenía destinado con sus compañeros de barriada o de cuerpo de ejército.

Los grupos empezaron a llegar muy de mañana. Como la curiosidad nos había llevado hasta el lugar destinado a la organización, preguntamos, valiéndonos de alguien que sabía hablar francés, desde qué hora estaban allí.

Algunos grupos –nos dijeron– sobre todo de soldados, que son los primeros que deben desfilar, están aquí desde las siete de la mañana.

El aspecto de aquella multitud de gente allí apiñada, era conmovedor, pues se veía que la gran mayoría estaba por la fuerza, obligados, contra su voluntad, violentando su conciencia.

Bastaba que nos vieran y se dieran cuenta que éramos extranjeros y además delegados, en cuyo honor se hacía la fiesta, para que nos contemplaran con cierto desprecio, no exento de curiosidad.

Pero pronto los gritos y llamadas de los presidentes de los Comités de Fábrica o de los jefes de columna, les hacía olvidarnos, y a nosotros inquirir de qué se trataba.

Como la mañana era espléndida, ofrecía un cuadro encantador el conjunto abigarrado de banderas y estandartes con el verde de los jardincillos por fondo y la fachada del Gran Teatro como frontispicio.

Las continuas e ininterrumpidas avalanchas de hombres que iban llegando, hacían que no pudiera fijarse demasiado la atención en los detalles si se quería abarcar el conjunto.

Sin embargo, y acaso por el hecho mismo de aglomerarse tantos miles de personas en la plaza, no dejaba de impresionar el aspecto exterior de la mayoría.

Quienes al lado de la blusa nueva que se les había dado el día anterior, mostraban sus calzones con remiendos de mil colores y todos deshilachados por debajo.

Otros, llevando el pantalón nuevo, iban casi descalzos y mostraban los codos por las roturas de las mangas.

No faltaban los que, más desgraciados en el reparto de las prendas de vestir, no les había correspondido ninguna o bien una que no debieron podérsela poner, si acaso no la destinaron a algún deudo o allegado que la precisaba más.

A medida que avanzaba la mañana y nuevos contingentes aumentaban los llegados en primer lugar, el tránsito por la plaza para los curiosos y mirones como nosotros se hacía imposible.

En nuestro afán de verlo todo, ya que preguntar no podíamos, íbamos continuamente de un lado para otro, llegando una vez a encontrarnos presos entre grupos, teniendo que abrirnos paso casi a la fuerza.

Cuando la aglomeración hizo imposible el que circuláramos libremente, optamos por marchar. Además, la hora del desfile se acercaba. Teníamos que ir a ocupar el lugar que como espectadores de honor, de primera clase, nos estaba reservado.

El desfile se hizo de diez en fila, a paso militar, marchando rígidamente, en formación perfecta y volviendo un poco la cabeza hacia las tribunas al pasar delante de ellas.

A lo monótono y antipático del desfile, venía a unirse el ruido ensordecedor de los aeroplanos y el chinchín de los platillos de las bandas de música que no cesaron un momento de tocar.

Cada partida de veinte filas de manifestantes que pasaban, las dos o tres primeras filas de la otra partida gritaban frente a la tribuna central: ¡Hurra a la Tercera Internacional! Nos cabía el convencimiento de que aquello era una superchería más, y de que no daban los hurras voluntariamente.

Por entre los artefactos de guerra que se exponían, llegamos hasta el punto en que terminaban los pabellones de la Exposición, y entonces se nos reveló todo claramente.

A la entrada misma de la Plaza Roja se hallaba un oficial del Ejército Rojo, que antes lo había sido del zarismo, encargado de dar la última ojeada al orden de formación. Estaba destinado a indicar al grupo de líneas los gritos y ¡hurras! reglamentarios que habían de lanzar.

Vimos aquello y nos invadió una gran tristeza. La farsa que allí se representaba no podía ser más indigna, ni más infame. ¡Pobres seres traídos allí por la fuerza, para dar la sensación de que el pueblo nos aclamaba! Y, por último, ordenando hasta los saludos que nos habían de dirigir.

Terminado el desfile, algunos delegados se dirigieron al campo de aviación, donde se celebraba una fiesta aérea también en nuestro honor.

Por cierto que fue desgraciada. A causa de haberse roto una pieza de gobierno a uno de los aeroplanos, hubo de aterrizar violentamente y de la manera que pudo, yendo a chocar contra una de las tribunas que habían sido levantadas para los delegados.

En primera fila hallábase sentada una delegada pocos días antes llegada a Moscú, representando con otros delegados a los obreros suecos. Una de las palas de la hélice del aeroplano le pegó en la cabeza y le rompió el cráneo. Aquella misma tarde murió en el hospital. A causa del accidente y en señal de duelo se suspendió la fiesta.

Aunque habíamos sido invitados a esta fiesta de aviación no quisimos asistir. Lo que habíamos visto por la tarde, nos quitó toda ilusión para hacer acto de presencia en ningún festejo.

Preferimos, en vez de ir al campo de aviación, recorrer Moscú, recogiendo impresiones de la jornada. Nos interesaba saber qué opinaba el pueblo del desfile y de nosotros.

Confesamos que nada podemos decir. No hablando el ruso, no podíamos inquirir noticias de primer origen; que son las verdaderas.

Preguntar era difícil, y más que difícil, era no enterarse de nada. En cuanto sabían que éramos extranjeros y además

delegados, las bocas se cerraban, escondiendo sus secretos como las tumbas de los faraones. Resignados volvimos al hotel.

Por la noche asistimos al banquete. Aun contrariandonos personalmente, asistimos a él.

Lo visto por el día nos puso de mal humor. Accedí a los insistentes ruegos de los malogrados camaradas Petit y Vergeat de París. Fuimos los tres, no porque nos entusiasmara concurrir al banquete, sino para tener algo más que decir.

Celebróse el banquete en el antiguo Palacio de la nobleza de Moscú. En la Sala Central, y sobre cuatro filas de mesas, que las ocupaban a lo largo, vimos colocados numerosos servicios.

Los delegados extranjeros, en honor de quienes se celebraba el banquete, éramos un centenar, contando los rusos, y la concurrencia en la Sala era de más de dos mil personas.

El banquete no podía ser más espléndido. Se nos sirvió sopa, pescado, carne y pan blanco, todo en abundancia. También se nos sirvió una bebida espirituosa de frutas, café y tabaco.

Durante el banquete, una banda de música interpretó diferentes piezas, sin olvidar tres o cuatro veces "La Internacional".

Cantó un Orfeón y el famoso Schaliapine, magistralmente. Mientras los delegados, que teníamos nuestra comida en el hotel, banqueteábamos opíparamente, los músicos y orfeonistas no habían comido, ni tenían esperanza de comer. El pueblo de Moscú, carecía de lo más indispensable.

Para hacer aquel alarde innecesario, se tuvo a todos los niños de Moscú cuatro días sin su ración ordinaria de pan. ¡Estábamos bajo la dictadura del proletariado! ¡Cómo olvidarlo!

Al día siguiente de la Manifestación y del banquete, Luzowsky, que no desconocía nuestro pensamiento, nos preguntó qué nos había parecido la jornada del día anterior.

—No se debió hacer —contestamos—. Y si queríais que el pueblo obrero de Moscú, rindiera homenaje de simpatía a los delegados extranjeros, hubiera sido preferible convocarlos para el domingo próximo, y con los que hubieran concurrido, organizar una manifestación.

—No hubiera venido nadie —contestó.

—Bueno —dijimos—. Así sabríamos la verdad de las cosas, y no como ahora, que al parecer, es grandioso lo ocurrido, cuando en el fondo todo ha sido una comedia, de la que hemos sido espectadores ridículos.

—¡Usted siempre igual! —dijo Luzowsky—. Tenéis, camarada Pestaña, ideas muy chocantes.

Y se alejó al pronunciar las últimas palabras.

VIII

El problema de la vivienda

Deseosos de saber cómo los bolcheviques habían resuelto los distintos problemas que la vida económica y social plantea al hombre, nos dedicamos a la ardua tarea de inquirir todo cuanto estuviese en relación con esos problemas, empezando por el de la vivienda. Acuciados por lo que en Europa y en nuestro propio país sucedía, quisimos saber cómo lo había resuelto la revolución.

Los informes oficiales que pudimos recoger, no eran lo suficientemente explícitos. Aunque hablaban de una distribución matemática y rigurosa de las viviendas, el pueblo, las personas a quienes habíamos insinuado nuestros propósitos, incluso a comunistas, dejaban entrever cierta animosidad contra las disposiciones oficiales.

Coincidían todos –informaciones oficiales y particulares– en que se había hecho una distribución equitativa y racional, a primera vista. Llevada la cuestión al análisis, se veía que mientras los informes oficiales arrojaban un resultado inmejorable, negábanlo los particulares, sosteniendo que la

intervención oficial no había podido ser más desdichada. ¿Quién tenía razón? He aquí lo que más interesaba averiguar.

La distribución oficial, partía del principio matemático de no conceder más de una habitación por persona, excepto a los médicos y a otros varios técnicos necesitados de una habitación más, para despacho o gabinete de consulta. La rigidez de las disposiciones oficiales, no rezaba para quienes gozaran del favor oficial. La influencia podía más que todas las disposiciones gubernativas. Los informes particulares hablaban muy expresamente de las numerosas excepciones a favor de personajes influyentes o de altos empleados bolcheviques. Así, pues, el problema de la vivienda, ya preocupaba por aquel entonces a los habitantes de Moscú. Unido a los demás problemas, venía a hacer más angustiosa la situación del pueblo que había hecho la revolución.

Dos causas contribuían a esta agravación: el temor a las disposiciones oficiales, que muchas veces tenían el carácter de despojo o de venganza partidista, y la escasez, cada día mayor, de viviendas. Sobre todo la última era más alarmante.

Las casas habitables disminuían de día en día, derrumbándose muchas de ellas por no repararse los desperfectos que el tiempo y las condiciones climatológicas del país iban causando. Además, la concentración de los servicios gubernamentales en Moscú, hacía más pavoroso el problema.

Los alquileres eran reducidos, pero escasa ventaja se obtenía con ello, ya que lo esencial estribaba en poder encontrar una vivienda, lo que no era factible. Para la distribución de las

habitaciones, lo mismo que para la distribución de los demás artículos, el Consejo de Comisarios del pueblo había creado una especie de Comisariado de la vivienda, en el que centralizaba todo cuanto al problema se refiere.

En cada calle o en cada grupo de calles, y, a veces para media calle o para un grupo de casas, había una comisión de vecinos. Esta comisión estaba presidida siempre por un comunista probado, por un hombre de confianza del partido, al que se consideraba como empleado del Estado, percibiendo un sueldo como si trabajara en un taller.

Su misión era la de llevar una estadística de las viviendas que estuvieran a cargo de la comisión que presidía. Cuidaba de los traslados de habitación que realizaran los vecinos; establecía porteros o conserjes en cada casa, y, por último, indagaba quiénes, cómo y cuándo visitaban a cada vecino de los que habitaban en su demarcación. Era algo así como el Argos policial de cada casa, de cada domicilio particular. Podía, incluso, arrestar al visitante que le parecía sospechoso. También era de su incumbencia cobrar los alquileres y ordenar las reparaciones.

La antipatía con que cada vecino miraba al camarada presidente de la comisión de la casa en que vivía, rayaba en la odiosidad.

Esto había hecho el Gobierno. Veamos lo que hizo el pueblo.

A Kibalchiche y a un ex presidente de una Comisión de vecinos de Petrogrado, debemos los preciosos datos que damos a continuación.

La revolución de noviembre, que aceleró los acontecimientos iniciados en la de marzo, permitió, con el predominio absoluto de las clases populares, realizar la total y completa expropiación de las clases nobiliarias y capitalistas.

A la expulsión de los grandes terratenientes de sus predios, siguió la de los industriales de sus fábricas, y a la de éstos, la de los propietarios de inmuebles.

Los trabajadores de los barrios obreros, los proletarios, que habían vivido hasta entonces en infectas zahurdas, cargaron con sus enseres y se alojaron en las mejores casas que hallaron disponibles.

Las injusticias y los atropellos, inevitables en tales casos, hicieron su aparición.

De algunas casas ricas, aunque no en muchos casos, se expulsó a sus moradores y se les puso en el arroyo, dejándolos sin albergue. Por regla general, se les obligó a que ocuparan un número limitado de habitaciones, instalándose las familias obreras en las restantes. Pero la distribución resultaba en muchos casos arbitraria.

Además, era necesario prever las consecuencias que origina un trastorno tan grande, y había que pensar en las reparaciones, en la luz, en el agua, etc., etc.

Pronto, con esa intuición profunda que tiene el pueblo y que sólo necesita el estímulo para manifestarse, se organizaron comisiones de vecinos que proveían a las necesidades de cada calle y de cada edificio.

Fijaron el precio del alquiler de cada habitación; levantaron estadísticas de los alojamientos disponibles; dispusieron y realizaron –cosa que después no se continuó– las reparaciones precisas; establecieron repartos más equitativos que los efectuados en el primer impulso y, por fin, ordenaron todo de la mejor manera posible, según los acuerdos y el parecer de la mayoría de los vecinos.

Las asambleas de estas comisiones eran frecuentes, y en ellas, se resolvían las cuestiones de la manera más sencilla y más armónica.

—La satisfacción era general— decía Kibalchiche y el ex presidente de la Comisión con quienes hablamos. Era muy raro, a pesar del hondo desconcierto que produjo el hecho revolucionario, el desacuerdo o los litigios entre vecinos.

Desinteresadamente, con un altruismo que no será nunca bastante alabado, resolvíanse las cuestiones, y todo marchaba perfectamente.

Mas la necesidad, que es casi siempre la madre de todas las innovaciones, hizo comprender que se estaba sólo a mitad de camino. Cada Comité de casas, o de calle, se dio cuenta de que el problema era más complejo, y de que se asfixiaba en su propia obra. La expansión se hacía imprescindible, si pena de perecer. Y surgió el acuerdo.

Los Comités de casas contiguas, o de calles adyacentes, se federaron entre sí disolviéronse unos, organizáronse otros; esto dio una mayor expansión a todos y aminoró las dificultades aparecidas al principio.

Pronto se llegó a la Federación de los Comités de toda la capital, y sin disposiciones oficiales, sin reales órdenes, ni ordenanzas municipales de ninguna clase, los vecinos de Petrogrado, por su propia iniciativa, tuvieron casi resuelto el problema de la vivienda.

Se fijaron los precios de los alquileres, que eran reducidísimos; se hicieron las reparaciones necesarias; se aconsejaron y realizaron permutas de habitaciones entre los obreros que tenían el domicilio muy alejado del lugar del trabajo y se distribuyeron las habitaciones con la más rigurosa equidad.

En todo este período, que duró cerca de año y medio, no se verificó ni un solo desahucio, ni se quedó sin albergue ninguna familia.

Pensando en el futuro, de cada alquiler se descontaba un tanto por ciento prudencial para proseguir las construcciones de nueva planta, y destinaban subvenciones para la conservación de edificios.

La higiene en las casas mejoró notablemente, y la limpieza era ejemplar. En cada casa, por turno riguroso, salvo caso de fuerza mayor, cada vecino venía obligado, semanalmente, a asegurar la limpieza de la escalera y atender las reclamaciones que se transmitían al Comité, para que éste resolviera o diera cuenta a la asamblea.

Todo el mundo podía entrar y salir libremente, recibir a quien le pareciera y recoger y dar alojamiento en sus habitaciones a las personas que fueran de su amistad o agrado.

Libertad; plena libertad de cada uno mientras no perjudicara a un tercero.

Por esto no convenía al Gobierno. La dictadura del proletariado, la centralización de todo, chocaban naturalmente con el espíritu de libertad de aquella institución creada por el pueblo.

Sin embargo, no convenía destruirla. La práctica demostraba su utilidad. Mejor que destruirla, convenía apoderarse de ella. Y lo consiguieron, aunque no sin esfuerzos y protestas. Se empezó por llevar a la presidencia de cada Comité o Comisión a un comunista. A los Comités o Comisiones adonde no se pudo lograr la presidencia para un adicto, se les intimó con la disolución a pretexto de manejos contrarrevolucionarios. Se limitó el número de Comités, y como golpe final, se asignó sueldo a los presidentes, se les equiparó a funcionarios del Estado y se les otorgó el derecho de penetrar en el domicilio de cualquier vecino y detener, como ya hemos dicho, a quien les pareciera sospechoso.

Los comunistas se avinieron muy bien a este papel policial; la disciplina del partido lo imponía. Los demás no lo aceptaron, y las dimisiones surgieron en masa, quedándoles el campo completamente libre.

—A partir de este momento —me afirmaban mis informadores— el Comité o Comisiones de Casas perdió su eficiencia y se convirtió en un rodaje más del pesado burocratismo comunista.

Los vecinos dejaron de interesarse por el problema de la vivienda; asomóse el favoritismo y los bolcheviques, dueños de la situación, destruyeron lo más hermoso de la actividad colectiva: la iniciativa individual.

Nadie quería ser presidente del Comité por no enemistarse con sus vecinos, ni tener la responsabilidad del cargo. Les repugnaba también convertirse en parásitos. Repudiaron la misión que les confería autoridad de confidentes, de policías y de allanadores de moradas. Desde entonces, los Comités o Comisiones que tantos y tan señalados servicios habían prestado, que tantas injusticias y arbitrariedades evitaron, que tan equitativa y humanamente habían encauzado un problema tan gravísimo, como era el de la vivienda, dejaron de existir, para dar paso a una caricatura de Comisión que sólo la acompañó el desprecio más olímpico de los ciudadanos. Había muerto una de las más simpáticas instituciones que el ardor y la fiebre revolucionaria engendrara.

El mastodonte estatal acababa de aplastar, con su pata informe, el brote más prometedor de la espontaneidad del pueblo.

IX

Instrucción pública

En la exposición o narración que venimos haciendo de cuanto vimos durante nuestro viaje a Rusia, no todo lo que digamos ha de ser duro, áspero y desolador. Algo hay que pueda compararse a los oasis que el viajero halla en el desierto.

¿Quiere o debe decirse, que todo lo que han hecho en instrucción pública, deba ser aceptado incondicionalmente? De ninguna manera. Los errores de organización sufridos por los bolcheviques en el ordenamiento de la vida social y económica de Rusia, no dejan de manifestarse también en lo que atañe a instrucción pública; pero en gracia a la intención que les ha guiado y a los resultados que puedan obtenerse, cabe hacer de ellos abstracción y considerar en su estricto valor lo hecho en beneficio de la cultura del pueblo.

Repetir aquí lo que acerca del analfabetismo ruso se había dicho antes de la guerra, y en los primeros tiempos de la revolución, sería monótono por demasiado conocido. Empero se nos permitirá que citemos unas cifras más elocuentes por sí solas que cualquier comentario.

Petrogrado, capital del imperio, con más de millón y medio de habitantes, en 1914 acusa, según estadísticas del propio régimen zarista, un sesenta por ciento de analfabetos.

En 1920, la población de Petrogrado quedaba reducida a ochocientos mil habitantes –disminución que se debe al traslado de todos los servicios a Moscú y a la desaparición de la burguesía– y según las estadísticas que nos mostraron los bolcheviques, confeccionadas entonces, sólo treinta mil de sus habitantes no sabían leer ni escribir.

Queremos admitir, en descargo de las exageraciones oficiales, que las cifras que se nos dieron fueron un tanto exageradas; queremos suponer, elevando al límite máximo nuestra suspicacia, que esas cifras estuvieran aumentadas en un veinticinco por ciento. Aún en este caso, el número de analfabetos se redujo considerablemente.

¿De qué medios se valieron los bolcheviques para conseguir esta rápida reducción? Dueños del Estado, sistemáticos en todos sus procedimientos, lo fueron también en la instrucción. Desde la obligación de concurrir a la escuela un número determinado de horas cada d[a, hasta negar el trabajo en la fábrica a quien no quisiese aprender a leer y escribir, todo fue ensayado. Puede decirse que emplearon todas las coacciones, las morales y las materiales, para logar la finalidad propuesta.

Quienes afirman que el pueblo no siente la necesidad de saber, se equivocan fundamentalmente. El pueblo tiene y siente el anhelo de saber. –En las escuelas rusas se han visto casos típicos.

Era muy común ver a un hombre de edad algo avanzada o encanecido por los años y agotado por el trabajo, poner empeño extraordinario en descifrar los jeroglíficos que a sus ojos presentaban los caracteres de la escritura y querer penetrar el misterio de aquellos signos. Comprendía que el amplio horizonte que a su mente se asomaba, después de la revolución, sólo le sería dable contemplarlo sabiendo leer y escribir, y por eso se afanaba en aprender.

Puesta a su alcance la escuela, a ella iba con la unción de quien espera el milagro de su dicha.

Pero no fue sólo para los adultos para quienes los bolcheviques impusieron la instrucción; lo fue también para los niños. Y si el acierto no ha presidido todas sus acciones, no puede culpárseles de haber descuidado la rectificación en los errores.

La organización de la instrucción pública bolchevique, como todas sus organizaciones, es centralista en absoluto. El maestro, sobre todo el maestro de primera enseñanza, viene a ser el último diente del engranaje que impulsa la educación.

No puede tener iniciativa alguna, y menos practicarla. Si alguna tiene podrá exponerla cuando la superioridad le consulte, y aplicarla si se lo autoriza el programa que anualmente se elabora; pero nada más. El maestro ha de ajustarse siempre a la norma que el programa aprobado en el Comisariado de Instrucción pública le marque.

Este programa, es la síntesis de una consulta general que se hace anualmente a todos los maestros de la Rusia soviética,

pero, por eso mismo, porque es una síntesis y no la diversidad de facetas que la enseñanza necesita, es por lo que resulta perjudicial.

Sería plausible su aplicación si se tornara como punto de partida, como esquema, como generalización para unificar los resultados de la enseñanza, dejando a cada profesor que lo bordara, que lo explanara como mejor lo entendiera, que sacara de él los mejores jugos, los elementos: guías de la labor encomendada. Pero no es así, y de aquí lo infructuoso de la obra emprendida.

Entrando en las formas de organización, diremos que el Comisariado de Instrucción pública está compuesto de un "college", especie de Comité, subdividido en varias secciones. Estas secciones, que son seis, y que tienen cada una su presidente, son: de Artes, de Organización, de Instrucción social, de Sector científico, de Trabajo extraescolar y de Comité de instrucción pública.

Los presidentes de cada una de estas secciones, presididos a su vez por el Comisariado de Instrucción pública, son los que forman el "College".

Todo cuanto se refiera a la enseñanza, desde la adquisición de material en la última escuela de un grupo de "isbas", hasta la concesión de título de doctor en cualquier ramo científico, todo ha de pasar por sus manos. Nada escapa a su inspección.

¿Precisa crearse una escuela en una de las más remotas aldeas de Rusia? Sin el visto bueno del "College" no puede ser.

¿Hay que adquirir material nuevo o reponer el viejo? No puede hacerse sin el consentimiento del "College".

Un profesor, a quien la práctica diaria enseña que puede introducirse alguna modificación en el programa anual que le ha sido remitido, toma notas, redacta una Memoria, la envía al Comité para la Instrucción pública más cercano, éste la transmite al superior, y así hasta que llega al "College". Si el "College" autoriza la modificación en el programa, puede aplicarse; si no, no.

Las secciones que presiden quienes componen el "College", se subdividen a su vez en cinco secciones, que son de economía, de finanzas, de asambleas, de oficina central de conexión y de material. Debemos advertir que algunas de estas secciones, como la de Arte y la de Trabajo extraescolar, están subdivididas en siete secciones, la primera, y en once, la segunda.

Pero no termina aquí la serie de subdivisiones ni las secciones que dependiendo, ya de una de las secciones superiores –llamamos así a las que dan sus presidentes al "College"–, ya de una de las subdivisiones de estas últimas, forman la complicadísima organización bolchevique.

Quedan secciones como la de Ediciones del Estado, Instrucción de pequeñas nacionalidades y la de la Dirección general de Archivos que forman zona aparte, es decir, que sin pertenecer a ninguna de las que dependen directamente del "College", no forman sección autónoma de éste; pero a él

están ligadas directamente, pues no dependen de ninguna de las secciones primeramente señaladas.

El programa de las escuelas es mixto, compuesto del sistema americano y del Montesori.

La falta de libros de texto no era debida a ningún método pedagógico, sino a que no se disponía de medios de confección.

La asistencia del niño a la escuela comenzaba (debemos hacer constar que todo esto eran propósitos que por la escasez de locales, de maestros y la miseria general, no tenían aplicación inmediata) cuando el párvulo andaba por sí solo. En esta oportunidad ingresaban en las Escuelas–Asilos, pasando, una vez cumplidos los tres años fijados para su permanencia, a la escuela jardín, donde permanecerían hasta los siete.

El tipo de esta escuela, o casa–jardín, no era único, pues tenían en proyecto crear dos tipos de escuela. Uno en las que el niño permanecería todo el día, durmiendo fuera, y otro, en las que estaría en calidad de interno. Tanto en unas como en otras, la manutención del niño correría a cargo del Estado.

El límite de edad en las escuelas–jardín era hasta los siete años. Después de esta edad, tendría que ingresar en la que ya podríamos llamar, propiamente, escuela primaria. Allí podrá estar hasta los dieciséis años.

Cuando cumplidos los siete años el niño abandone la escuela jardín, para ingresar en la escuela práctica (así nos dijeron que

la llamaban), es cuando verdaderamente puede decirse que impera la educación escolar.

Antes de este ingreso, se hace la clasificación de los enfermos y anormales, dirigiéndolos a las escuelas especiales establecidas para ellos. Ya en la escuela práctica, empieza para el niño la vida educativa. A la enseñanza de las letras se agrega la enseñanza práctica, en lo posible. Así, para darle al niño la sensación de la utilidad de la geometría se le inicia en ella empezando por enseñarle a medir el banco en donde se sienta, la capacidad del jardín de la escuela o la de la sala de la clase. Igual procedimiento se sigue para iniciarle en los conocimientos técnicos de la agricultura, o para el dibujo. En este aspecto, la iniciativa de los bolcheviques es muy notable y sus ensayos de educación deben ser aprovechados por nosotros sobreponiéndolos a toda concepción partidista. Hemos de reconocer la buena orientación de los bolcheviques en la instrucción escolar. Sus procedimientos, sin ser perfectos, señalan una gran superioridad sobre los burgueses.

Además, entre los maestros y pedagogos, existían tendencias opuestas acerca de las reformas que debían introducirse para obtener un mejor resultado del paso del niño por la escuela. La uniformidad, en este aspecto, como en todos los demás, no existía. Y aunque la centralización ahogara las voces de los no coincidentes con el criterio del "College", lo cierto es que la disconformidad se manifestaba.

Mientras un sector defendía la conveniencia de que fuera limitada por la edad la permanencia del niño en los diferentes tipos de escuela ya creados o que pudieran crearse, los

partidarios de la otra tendencia querían que la permanencia fuera fijada según el grado de capacidad del niño.

Afirman, no sin razón, que un niño, a los siete años, puede haber adquirido más conocimientos que otro a los diez. Y mientras el menor en edad, aunque más instruido, al pasar de la escuela-jardín a la práctica ha de ser adscrito a la clase primera, el otro, el de mayor edad y menor instrucción, ocupará la clase tercera o cuarta de la escuela práctica.

Este razonamiento resulta más sólido por el hecho de ser graduadas las escuelas.

La selección, dicen, ha de hacerse por capacidades, no por edades. Y este criterio, nos parece el más justo, aunque no sea el oficial en Rusia.

Las escuelas prácticas de que venimos hablando, se dividen en dos grados: el primero abarca de los siete a los doce años; y desde los doce a los dieciséis, el segundo.

Esta división es puramente técnica, es decir, no tiene otra finalidad que la de facilitar en la enseñanza la labor de los profesores.

Esta misma división, por grados o ciclos de materias a enseñar, subsiste en todas las instituciones públicas bolcheviques, desde la escuela primaria, hasta la Universidad o Alta Escuela.

Las estadísticas que se nos mostraron, con el número de escuelas existentes, eran bastante incompletas, pero no

dejaban de acusar un aumento constante y una superioridad aplastante sobre el régimen zarista. Dará una idea aproximada de la escasez, el saber que con una población escolar de unos ocho millones de niños, un tercio de ellos no podía concurrir a las escuelas por faltar éstas.

Anejos a la escuela, como prolongación y ampliación, existían clubs y bibliotecas escolares; aquellos que permitieron fundar los medios económicos de que disponían.

A los dieciséis años, cuando el niño había de abandonar la escuela práctica, podía realizar los estudios de su predilección.

El optar por el estudio de una carrera no exime, pasada cierta edad, de tener que trabajar en un oficio manual, si se exceptúan a los veinticinco mil estudiantes que el Estado tomará a su cargo. A éstos, que antes sólo eran quince mil, y que pocos días antes había sido elevada la cifra a veinticinco mil, el Estado les cubría sus necesidades. Los restantes, hasta 116.947, que estudiaban por aquella época, tenían que trabajar por lo menos cuatro horas en un oficio manual.

Los exámenes también fueron suprimidos al principio; pero entonces ya se hablaba de restablecerlos. Para algunas asignaturas ya lo habían sido.

El número de clubs, bibliotecas y salas de lectura para los estudiantes era muy considerable, aunque las materias para el estudio estuvieran muy restringidas. Lo único que abundaba era la literatura bolchevique. De ésta, sí que se hacía un verdadero consumo.

Nos afirmaron que pasarían de cien mil el número de bibliotecas establecidas, y de doce mil el de salas de lectura.

El número de Universidades Populares pasaba de un centenar.

El último decreto del Comisariado de Instrucción pública, durante nuestra estancia en Rusia., se refería a las bibliotecas particulares. Se decretaba que toda biblioteca de más de cinco mil ejemplares sería confiscada para entregar sus libros a las bibliotecas públicas. Se exceptuaban de la confiscación las de los hombres de ciencia, a quienes el Gobierno reconociera como tales, y que las precisaran para sus investigaciones o estudios científicos.

Dos visitas hicimos a instituciones de enseñanza durante nuestra estancia en Moscú. Una a la Universidad Popular y otra a una escuela-jardín de los arrabales.

En la Universidad Popular fuimos recibidos por todos los profesores con el director a la cabeza y una comisión de estudiantes comunistas.

Recorrimos todas las dependencias. Visitamos el salón de clases, la biblioteca, el refectorio, los jardines de recreo y los dormitorios, pues como casi todos los estudiantes, es decir, la gran mayoría, eran comunistas, que los Soviets provinciales enviaban a Moscú a petición del Partido para educarlos en las teorías marxistas, no tenían familia y de aquí el carácter de internado de la mayoría de ellos.

Preguntamos qué norma se adoptaba en la admisión de alumnos, contestándose nos que la señalada por el partido, dando siempre la preferencia a los comunistas.

La casi totalidad de los alumnos actuales, nos dijo el director, son comunistas llegados de provincias, que vienen a ampliar sus conocimientos del marxismo a fin de llegar a ser propagandistas y divulgadores del comunismo.

Aquí se les prepara, mediante ejercicios orales y escritos, para el conocimiento de la filosofía, aunque preferentemente la marxista.

Los cursos son diferentes y de más o menos duración. Hay cursos de seis meses nada más. Estos los siguen los camaradas que vienen a prepararse para la labor de organización del Partido y de las masas.

Los que siguen el curso de un año de duración, son, además de organizadores, divulgadores del marxismo: escritores, oradores, etc. Y los que siguen los cursos superiores, abarcan todos los aspectos de la filosofía en general.

Y las relaciones entre el profesor y el alumno, ¿cuáles son? –preguntamos.

–Las de franca camaradería –se nos contestó–. Cuando llega el alumno, ya viene destinado a una clase determinada. En el cuestionario que para la admisión de alumnos se dirige periódicamente a los Soviets provinciales, ya se indica que cada alumno debe escoger la clase de estudio que prefiere, consignándolo al momento de solicitar su inscripción.

–¿Y quién nombra los profesores?

–Los profesores son nombrados por el College del Comisariado de Instrucción Pública.

–Así ¿los alumnos de la Universidad Popular, no pueden nombrar o rechazar un profesor que no les guste o crean inepto?

–No podrían hacerlo. El poco tiempo que duran los cursos es insuficiente para que puedan los alumnos escoger los profesores.

–¿Y cómo se procede al terminar el alumno su curso para saber si reúne las condiciones de capacidad necesarias?

En otros países se sabe o presume saberse por los exámenes. Estando en Rusia suprimidos, no puede saberse por ese procedimiento.

–El profesor lleva un cuaderno de notas de cada alumno, y según sean estas favorables o desfavorables, se eleva un informe al Comisariado de Instrucción Pública.

–¿Y no creen ustedes –preguntamos, dirigiéndonos a todos los profesores– que esta vida de promiscuidad en las aulas, en los comedores, en el recreo y en los dormitorios no sea perjudicial a la moral del individuo? Ese comunismo en todo, incluso en los sentimientos íntimos individuales, nos parece rebaja la personalidad de cada uno, confundiéndola en un todo híbrido y confuso.

–No hemos tenido ocasión de observarlo. Y aunque así fuera, nada podríamos hacer por evitarlo. Estas Universidades están creadas según las normas trazadas por el Partido, y no está en nuestro poder modificarlas o transformarlas.

–¿Cuántos alumnos hay ahora en la Universidad?

–Pasan de doscientos. La falta de subsistencias obliga a restringir los ingresos.

–¿Qué ración se da al alumno?

–La ración B, que es la de profesión liberal.

Terminadas las preguntas y el recorrido de las dependencias, pasamos al salón de clase, donde ya estaban reunidos los alumnos para recibirnos.

Un delegado de los que íbamos en la comitiva les dirigió la palabra, y como buen marxista y disciplinado bolchevique, les habló del sovietismo, de la dictadura del proletariado, del triunfo del comunismo rojo y de la misión que el Partido Comunista debía desempeñar en la revolución mundial.

Un profesor nos dio la bienvenida agradeciéndonos la visita.

Luego un alumno, el hombre de confianza, el comunista probado que allí representaba al Partido Comunista, habló de las gestas del Partido Comunista, del valor incommensurable de sus hombres, de la grandiosa revolución que habían hecho para emancipar al pueblo; también nos habló del glorioso e inolvidable ejército rojo, sostén firmísimo de la República

Socialista y bravo ejecutor, en día venidero, de la revolución mundial. Estábamos en plena apoteosis mesiánica.

Terminados los discursos nos retiramos, siendo acompañados hasta la puerta por los alumnos y profesores.

La visita a la Escuela-Jardín fue un domingo por la tarde. Se daba una fiesta para los alumnos, y se quiso la presenciáramos. También se nos obsequió con merienda.

A esta escuela-jardín sólo concurrían niñas y niños menores de doce años, por lo que no había ningún profesor, salvo los de gimnasia.

El número de profesoras era crecidísimo. Muchas de ellas no habían estudiado para el Magisterio. Eran hijas de nobles o burgueses muertos o arruinados por la revolución, que al verse en la miseria, optaron por el profesorado para subvenir a sus necesidades.

Como nuestra visita les había sido anunciada, todo estaba dispuesto para el recibimiento.

Llegamos con algún retraso a causa de una avería de los autos que nos conducían.

Desde la entrada del jardín hasta el pabellón de clases y sala de fiestas, las niñas y niños estaban colocados en filas a los lados del camino. Las profesoras, con la directora, nos esperaban a la puerta.

Cambiados los saludos de rigor y acompañados de las profesoras, nos dirigimos al palco que se nos destinaba.

La fiesta comenzó leyendo poesías alusivas al acto y cantos infantiles.

La alegría de aquellos rostros infantiles era inmensa. Palmoteaban, reían, gritaban; se alzaban de los asientos e iban de un banco a otro; entonaban también los cantos que cantaban los del escenario, llenando el espacioso local con la sonoridad de sus voces.

Terminada la primera parte, y al anunciar desde el escenario un intermedio de diez minutos para preparar la segunda, se armó una de chillidos y de risas, una algarabía infernal, propia de la inocencia y el candor de la concurrencia.

En la segunda parte de la fiesta representaron una pieza teatral de argumento infantil.

Los diminutos actores, pues eran niñas y niños del mismo colegio, representaron su papel a maravilla y el auditorio, impresionado por el espectáculo, guardaba el más religioso silencio.

Los chillidos, gritería y murmullos de la primera parte, se habían tornado gravedad y seriedad en la segunda: Sólo cuando la pieza hubo terminado, se repitieron los aplausos y el bullicio.

En este intermedio se distribuyó la merienda a los niños y a los invitados.

Fue un intermedio de violencias morales.

Las profesoras, obligadas a hacer los honores a los visitantes, veíase cuán violento les era representar su papel. Las conversaciones, sobre todo en las mesas ocupadas por los delegados, eran monosílabas. A las preguntas que se les hacían, contestaban sí o no las profesoras. Empleaban pocas palabras. Únicamente la directora y dos o tres más que eran comunistas, que pertenecían al Partido, fueron algo más expansivas.

La tercera parte de la fiesta estaba dedicada a ejercicios gimnásticos y rítmicos.

Nos extrañó que los ejercicios gimnásticos, incluso los que hacían las niñas, tuvieran carácter militar. No supimos verles la eficacia y sí los inconvenientes. Más que a desarrollar las fuerzas físicas del niño o establecer armonía entre todas las partes del cuerpo, llegarían a deformarlo por exceso de rigidez y violencia en los ejercicios.

En un intermedio de esta parte del festival, hablaron a los niños algunos delegados.

El primero lo hizo en ruso. Después habló en francés la compañera de Rosmer. Era de ver el asombro de los niños ante aquel lenguaje que no entendían.

Traducidas al ruso las palabras que pronunciara la compañera de Rosmer, los niños aplaudían y la enviaban besos y sonrisas.

El tercero fue el delegado de los comunistas austriacos. Rígido como una estatua; haciendo más fuertes que de ordinario los sonidos guturales del alemán, y con un empaque impropio del lugar y de los circunstantes, espetó a los niños un discurso hablando de Lenin, del Comunismo, del sovietismo, de la dictadura del proletariado y otra serie de cosas por el estilo que daban grima o ganas de reír.

Los niños también permanecieron serios y callados, esperando la traducción. Cuando les tradujeron el discurso al ruso, quedaron aún más serios que cuando lo escuchaban en alemán.

Como es natural, no entendieron una palabra; no sabían de qué se les hablaba.

Dio fin aquella agradable fiesta con canciones populares, que los niños todos repetían a plena voz, dando un conjunto de solemnidad y armonía enternecedoras.

Partimos. Los autos que nos esperaban, nos condujeron al hotel. Habíamos pasado la tarde lejos del atareado discutir de cada día.

La inocencia y el candor de los rostros que habíamos contemplado, aligeraba un poco nuestro ánimo del monótono batallar en las sesiones del Congreso.

Al grito estridente de "sí la dictadura del proletariado", lo sustituía la sonoridad de los cantos infantiles.

X

En el Departamento de Agricultura

Siendo Rusia un país eminentemente agrícola, nos interesaba sobremanera conocer el funcionamiento de este departamento, y más que su funcionamiento, queríamos conocer el resultado de la revolución en el campo. Nuestros deseos sólo fueron satisfechos muy sumariamente.

Desconocedores del idioma y convencidos de que no siempre hallaríamos en cada Departamento gubernamental un fiel intérprete de francés, solicitamos uno del comandante del hotel. En esta ocasión no lo encontramos. Entonces, el compañero Borghi, de la "Unión Sindical Italiana", y yo, que éramos los que deseábamos hacer esta visita, recurrimos a un intérprete no oficial, y a esto atribuyó nuestra casi infructuosa visita a este departamento.

A pesar de los esfuerzos de Sacha Kropotkine, que era la intérprete, los informes que nos suministraron fueron muy incompletos. Notamos en seguida, apenas comenzamos las preguntas que llevábamos en un cuestionario, que el encargado de informarnos procuraba eludirlas o contestaba

con evasivas. Esta desconfianza nos disgustó mucho, pues nada la justificaba.

Sin embargo, entre los informes que obtuvimos y otros que facilitaron algunos delegados, pudimos formarnos un juicio de lo ocurrido.

Por otra parte, hemos de hacer constar, por la importancia que entraña, que en dicho Departamento ignoraban el setenta por ciento de las cosas surgidas en Rusia con el problema de la tierra.

Los datos eran escasos e incompletos. El problema más álgido de Rusia, el problema de la tierra, y el de las relaciones de los campesinos con el Gobierno, se desarrollaba al margen del Departamento encargado de su solución.

Quien haya leído algo sobre la situación del campesino en Rusia, durante el régimen zarista, opinará como nosotros acerca del interés que despertaba el conocimiento de lo ocurrido con la tierra.

En el antiguo régimen, las supervivencias de un comunismo primitivo eran ostensibles. Cuantos esfuerzos hicieron los terratenientes, los pequeños propietarios de tierras y las autoridades, para destruir esos gérmenes, fueron inútiles.

El Mir (organización del trabajo comunista) y el Artel (organización del trabajo colectivista), habían sobrevivido a todos los intentos de absorción contra ellos dirigidos. Y conocedores de esto, nos interesaba mucho saber qué había sido de tales organizaciones. Pero no se nos pudo decir.

Ya en nuestra excursión por el Volga, sacamos la conclusión de que el problema de la tierra en Rusia, en realidad no existía, por lo menos con las características que este problema suele presentar en el resto de Europa. En casi todos los países europeos, es de escasez; en Rusia no. En Rusia, era, y sigue siendo, más que otra cosa, un problema de medios de comunicación. Hay en el corazón mismo de Rusia regiones casi vírgenes. El hombre, por falta de vías de comunicación, casi no ha tenido ocasión de posar en ellas su planta.

Por eso, los datos que el Departamento de Agricultura pudiera proporcionarnos, tenían para nosotros una capitalísima importancia.

Ya dejamos sentado que, el Gobierno de los Soviets, declaró la tierra propiedad nacional y la repartió en lotes individuales y colectivos. Los colectivos vienen a representar la transformación del antiguo Mir en dominio comunista.

Pero con ser este aspecto muy interesante, no era el que más nos preocupaba.

Sabíamos, y los bolcheviques mismos nos lo habían confirmado, que el decreto declarando la tierra propiedad nacional siguió las huellas que le trazara el Congreso pan-ruso campesino celebrado a últimos de julio de 1917, estando todavía Kerensky en el poder.

De los informes recogidos en nuestras indagaciones, sacamos la conclusión de que el hecho real del reparto de tierras se había efectuado con anterioridad a la promulgación del decreto bolchevique.

Al preguntar a nuestro informante oficial si eran ciertas nuestras informaciones, las confirmó plenamente, objetando, no obstante, que el reparto, en muchas regiones, había sido una añagaza de los propietarios para sustraerse a los efectos de la disposición oficial.

Ocurría con mucha frecuencia, dijo, que los propietarios se ponían de acuerdo con sus antiguos obreros, declarando ante el Soviet local que las tierras de los primeros habían sido repartidas entre los segundos.

Los obreros, incautos y temerosos de por si volvía lo pasado, prestaban su aquiescencia a esta superchería, y el propietario seguía en el disfrute pleno, aunque oculto, de sus propiedades.

Descubierto el engaño, constituyéreronse los Comités de pobres, es decir, de aquellos que nunca habían tenido propiedad alguna y que, en avalanchas, abandonaron las ciudades dirigiéndose al campo a participar en el reparto de las tierras.

Los componentes de estos Comités, como no tenían compromiso alguno con los propietarios y, además, comprendían mejor que el campesino el alcance de la revolución, descubrieron los engaños y procedieron, de acuerdo con los Soviets locales, a un nuevo reparto de las tierras.

Resultado de la acción de estos Comités y del nuevo reparto de las tierras que propusieron, fueron las primeras luchas que ensangrentaron al país.

Los antiguos propietarios, al igual que los obreros a quienes se les había repartido tierras, opusieronse resueltamente a las divisiones de los Comités de pobres, teniendo que intervenir el Gobierno para zanjar diferencias.

Pero los conflictos arreciaban. Los desposeídos por los Comités de pobres organizaron la resistencia, adquiriendo caracteres de guerra civil. El Gobierno, sin embargo, no podía desamparar a los Comités de Pobres, puesto que les había dado vida y poderes casi omnímodos, hallándose ante un conflicto que ponía en peligro su propia seguridad y existencia.

Entonces, continuó nuestro informante, vino el decreto del año 1919 disolviendo los Comités de Pobres. Fue este decreto uno de los triunfos más resonantes de Lenin en el seno del Partido Comunista.

La oposición a que se dictara era fuertísima; pero Lenin hubo de hacerles ver los peligros que corría Rusia de encenderse en una verdadera guerra civil, mil veces más peligrosa que las intentonas de Yudenich, Denikine y demás lacayos de la burguesía mundial.

Fue precisa toda la autoridad del jefe para triunfar de la oposición.

A partir de este momento, las funciones desempeñadas por los Comités de Pobres pasan a los Soviets locales, zanjando así uno de los mayores peligros corridos por el Gobierno soviético.

—Y a los pequeños propietarios, a los que ya en el antiguo régimen lo eran de unas hectáreas de tierra que les permitían

justamente vivir a ellos y los suyos sin explotar el trabajo ajeno, a estos, ¿cómo los ha tratado la revolución? ¿Qué prevenciones ha tomado para desposeerlos el Gobierno?

—Ninguna. Estos han continuado como anteriormente. Únicamente, una vez hecha la recolección y retirada la parte que como racionamiento les corresponda según las estadísticas oficiales, deben entregar el resto a los empleados del Comisariado de Aprovisionamiento. En el régimen de propiedad de la tierra que poseían, nada ha variado; en lo demás están sujetos a las disposiciones que el Gobierno dictó.

—Sí —respondimos nosotros—. Algo así como lo que ocurre con los propietarios de una casa pequeña. Siguen siendo propietarios de la casa, pero no pueden disponer de ella. Es un derecho de propiedad intervenido; más bien imaginario que real; algo muy diferente de cómo entiende el derecho de propiedad la burguesía mundial y los Códigos de todas las naciones.

—Algo de eso viene a ser —contestó nuestro interlocutor.

—¿Es cierto —preguntamos— que en muchísimos casos, los campesinos abandonan las tierras que les han correspondido en el reparto y uniéndose en grupos se trasladan de lugar para labrar en común las tierras baldías prescindiendo de toda intervención oficial?

—Ciento —nos contestó el informante—. De esos casos pueden citarse muchos, sobre todo en los confines de la Rusia Central y de la Ucrania,

En estas regiones, obedeciendo los campesinos a impulsos naturales, mancomunan sus esfuerzos y se trasladan de un lado para otro y cultivan tierras que están abandonadas. Pero el Gobierno se ha opuesto siempre a esos procedimientos.

—¿Y a qué se cree obedece ese impulso del campesino?

—A sustraerse a las cargas oficiales e impuestos del Gobierno. Como no podemos pagarles sus productos en especies, ya sea en máquinas, ropas u otros utensilios, no quiere cedernos lo que les sobra. Al rublo soviético no le concede ningún valor. Hasta hace bien poco tiempo tenía más valor, entre los campesinos, el rublo zarista que no el soviético. Ahora ya va cambiando. La estabilidad del Gobierno contribuye a ello.

—¿No existe el temor —argüimos— de un posible retorno al régimen de propiedad privada de la tierra?

—Imposible mientras los comunistas estemos en el poder. Declarada la tierra patrimonio nacional, sin que al particular le sea dable venderla, legarla o enajenarla; perdiendo todo derecho al usufructo de la tierra que le haya correspondido en cuanto no la cultive, o muera; revertiendo al Estado el derecho a disponer del lote que se halle en esas últimas condiciones, no puede el particular adquirir derecho de propiedad alguno. Por lo tanto, el derecho privado de propiedad de la tierra no puede retornar.

—De acuerdo con lo que se nos dice. Pero entonces —insistimos— el pequeño propietario, éste que conserva el lote de tierra que poseía en el antiguo régimen sin que ninguna disposición oficial le afecte, salvo la de requisición de los

productos que le sobren después de la recolección, ¿puede o no puede vender, traspasar, legar o enajenar una tierra, de la que sigue siendo propietario con todos los fueros de la ley?

—Nada podernos decirle sobre el particular, pues nada se ha legislado. Aunque es de presumir que ese derecho de propiedad se mantiene a precario, ya que todo el territorio ruso se ha proclamado propiedad del Estado.

—Al parecer —objetamos— ese debiera ser el sentido y la interpretación oficial de lo legislado. Pero nosotros sabemos que actualmente se especula en grande sobre tierras y sobre esas propiedades; que se hacen contratos privados entre los actuales poseedores y los nuevos adquirentes; que se realizan transacciones de bastante cuantía sobre esos valores, con lo cual parecen no interpretarse en el sentido se nos afirma las disposiciones oficiales.

—Es posible que exista ese comercio privado, nuevo aspecto de la especulación; pero en nada influye en la política soviética, y no puede ser motivo de un retorno a lo pasado,

—Sin embargo —objetamos— la seguridad con que esa gente obra no es motivo que nos tranquilice para lo futuro.

—¿Podría darnos —preguntamos— algunos datos estadísticos de las organizaciones. Comunas o Dominios comunistas, que el Estado Soviético o los particulares cultivan y en qué condiciones de relación se mantienen unos y otros, y si disminuye o aumenta el cultivo de tierras?

–Con mucho gusto. Las cifras que le vamos a dar referentes a los Dominios y Comunas son oficiales. Fuera de ellas quedan aún muchas organizaciones, pero nosotros sólo podemos dar las que figuran en nuestras estadísticas como oficialmente reconocidas por el Gobierno. Las del cultivo de las tierras repartidas no se las podemos proporcionar, porque no han podido hacerse.

–¿Ni aproximadamente?

–No; sólo les daremos datos sueltos.

–En este caso, lo que nos interesaría saber es si aumenta o disminuye el cultivo de la tierra y a qué causas puede atribuirse.

–El cultivo de la tierra ha disminuido desde la revolución hasta ahora en casi un cuarenta por ciento, según los datos que en este Departamento obran. Las causas de esta disminución son muy complejas y variadas; obedecen a fenómenos diferentes.

Así, por ejemplo, hay regiones donde los campesinos no cultivan la tierra por falta de elementos para hacerlo. Escasean las semillas, que son consumidas a causa de la escasez de productos; y antes de pasar hambre las destinan a la alimentación del pueblo. Escasean también los animales para ayudar al campesino. El caballo, sin el cual el campesino ruso se halla impotente para el cultivo, disminuye considerablemente. Hay regiones donde está a punto de desaparecer.

De máquinas y otros utensilios mecánicos para la labranza, abonos inclusive, inútil decir que escasean en absoluto.

Antes de la guerra, Rusia era tributaria de los países de Europa en ese ramo; el bloqueo nos ha privado por completo de abastecernos y renovar y ampliar los que había.

Otra de las causas, y acaso la más grave, es la resistencia pasiva del campesino a cultivar la tierra. La trabaja, pero sólo en cantidad suficiente para el sostenimiento de los suyos.

Opuesto el campesino a la requisición forzosa, hace cuanto puede por sustraerse a ella. No es aislado, sino muy frecuente, el caso de campesinos que hacen silos en el monte, en lugares escondidos y apartados para ocultar los productos recolectados y sustraerlos a la requisición. Como cultivan lo justo para el sostenimiento de la familia, si no adoptaran estas precauciones les faltaría; pues al tomar el Gobierno la parte que le correspondiera, les faltaría a ellos para llegar de una cosecha a otra.

—¿Y cómo es que habiendo legalizado el Gobierno soviético la posesión que de la tierra hizo el campesino en el curso de la revolución, se niegan ahora a ayudarle?

—Es por egoísmo y especulación. El campesino quiere tener la libertad de vender sus productos a quien quiera y como quiera. Cambiarlos o tasarlos en valor según su propia voluntad. Lo que no quiere, lo que rechaza y detesta con toda energía es la intromisión gubernamental en sus asuntos. Es el criterio pequeño-burgués que se manifiesta.

—¿No será más bien el deseo de vivir en plena libertad, de arreglar las cosas según su criterio, de organizar la producción y consumo a base de un comunismo libre y no de un comunismo estatal como el que se le impone?

—No; lo que quiere es ganar dinero. Sacar el mayor provecho a su trabajo. Obtener el máximo beneficio de lo que produce, y no otra cosa. Olvidan ustedes que el campesino ruso es analfabeto y muy ignorante. La vida en él es casi una sensación instintiva, rudimentaria, animal, sin ningún destello de idealidad.

Sumido en la barbarie por muchos siglos de esclavitud y tiranía; viendo cómo sus explotadores gastaban en lujos desenfrenados y orgías escandalosas lo que él consideraba indispensable para vivir; envilecido, escarnecido y despreciado, el temor al hambre y a la miseria pasadas han despertado en él sentimientos de avaricia.

Ansía ganar mucho, mucho; cuanto más mejor para colocarse a salvo de las contingencias de la escasez.

Es comunista; pero lo es por instinto, no por ningún sentimiento superior. Sabe, por experiencia, que el trabajo en común rinde más que el individual, de aquí su comunismo. Ahora, cuando ha conseguido la libertad del trabajo, quiere también la de disponer de lo que produzca para obtener mayores beneficios.

—Ciento que es muy complejo todo esto.

El número de Comunas y el de Artels, que se nos dijo existían entonces en Rusia, era de quince mil, distribuidos entre las provincias centrales de Rusia.

En Nijni-Novgorod había diez y siete Comunas y ciento veintitrés Artels. En Astrakán diecinueve Comunas, quinientos noventa y un Artels, más quince grupos de afinidad.

En Saratoff, sesenta y seis Comunas y doscientos veintiséis Artels.

En el Gobierno de Smoliensky doscientos grupos de afinidad, noventa y ocho Artels y treinta y tres Comunas.

La superficie de hectáreas de tierra atribuida a cada Comuna o Artel, así como a los grupos, variaba considerablemente.

De los productos recolectados en los dominios comunistas y en los Artels se incautaba el Gobierno en su totalidad. El racionamiento y distribución de lo que correspondiera a cada componente de esas dos instituciones, se hacía por intermedio de los órganos oficiales apropiados y creados para ello.

Fue sorprendente observar, dado el criterio centralista y uniforme predominante en toda la organización bolchevique, que no todos los Dominios Comunistas y Artels dependieran del Departamento de Agricultura. De él dependían dos mil ochocientos, y el resto del Consejo de Economía Nacional.

Para coordinar la vida y desarrollo de los Dominios y Artels, además del Departamento de Agricultura de Moscú y de la sección establecida en el seno del Consejo de Economía

Nacional para los que de él dependen, hay comisiones en cada provincia, que inspeccionan y vigilan la marcha de los mismos.

La distribución de abonos, así como la de máquinas agrícolas, se distribuyen con marcada preferencia.

Las peticiones han de hacerse al Comité provincial Agrícola, que las ordena. Luego, cuando la distribución puede hacerse, se clasifican; en primer lugar los Dominios Comunistas, después las Comunas, en tercer lugar los Artels, y por último los grupos de afinidad.

Otro caso típico, demostrativo de la poca voluntad con que los campesinos acogían las disposiciones bolcheviques que les concernían, se presenta en el abandono constante en que dejaban las instituciones oficiales –Comunas, Dominios y Artels– y emigraban para trabajar libremente.

Quien nos proporcionó los datos que venimos citando, nos confirmó lo que por personas particulares sabíamos: que grupos de campesinos abandonaban las instituciones oficiales, o las tierras que les habían correspondido en el reparto, y se dedicaban al cultivo en común de terrenos yermos o que no pertenecían a nadie. Era el verdadero comunismo emergiendo por encima de todas las trabas oficiales.

De estos grupos, nacían y se iban formando los grupos de afinidad y que, en algunas provincias, como en el Gobierno de Smolensky, eran de unos doscientos, según las estadísticas citadas.

Y téngase en cuenta que la Siberia y la Ucrania, las dos regiones rusas más propensas al grupo de afinidad, como sistema de organización, no figuraban para nada en las estadísticas oficiales.

El caso de la República (?) de Chubasky es bien característico, y confirma plenamente cuanto decimos.

Las disposiciones del partido gobernante, más que a mejorar o desarrollar las instituciones y el espíritu comunista del campesino ruso, vinieron a ser una traba, un estorbo, un obstáculo que impedía su pleno desarrollo y desenvolvimiento.

No era un comunismo de cuartel o de convento, como el que imponían los bolcheviques desde el Poder, lo que quería y anhelaba el campesino ruso; era un comunismo libre, autónomo, independiente, salido de su propia voluntad y de su esfuerzo fecundo y creador, Y por haberle negado este derecho surgió la lucha, que costó miles de vidas y lagos de sangre.

Soldados y delegados comunistas encargados de la requisición, muertos y bárbaramente mutilados, aldeas totalmente incendiadas y niños, mujeres y ancianos, cazados como fieras y sirviendo de blanco a las mortíferas ametralladoras: este es el balance de la política bolchevique.

Cuando el campesino ruso se vio obligado a trabajar en condiciones onerosas, y vio todas sus instituciones propias, como los Artels y los Mires, modificados a capricho y antojo de un Gobierno que le confiscaba y arrebataba por la fuerza los productos que recolectaba, se sublevó y llevó la protesta y la resistencia al terreno de la violencia.

Los bolcheviques son muy amantes de las estadísticas y de los gráficos; sienten por esa manera de exposición una verdadera flaqueza; sin embargo, o mucho nos equivocamos, o creemos que jamás dará una estadística de todos los asesinatos cometidos, de las aldeas arrasadas y quemadas y de las víctimas que han sido sacrificadas a esa política de errores. Al tiempo ponemos por testigo.

XI

Política de abastecimientos

Las luchas feroces sostenidas entre el Gobierno ruso y los campesinos, a causa de las requisiciones de productos que aquél realizaba y que tan ampliamente describiera la Prensa burguesa europea deleitándose en la reproducción de los más insignificantes detalles y que nosotros, a fuer de sinceros, hemos de decir que, antes de estar en Rusia acogíamos con gran desconfianza, era cuestión que nos interesaba conocer en conjunto y en detalle, para, una vez de regreso, poderlas desmentir, o bien justificar, si de ello eran merecedoras.

Así pues, apenas cruzada la frontera y puestos en relación con los bolcheviques, procuramos muchas veces llevar la conversación a este terreno, y si bien en estas conversaciones no pudimos obtener aclaraciones explícitas, no por eso dejaron de tener cierta utilidad, ya que nos iniciaron en la cuestión.

Pero estas simples iniciaciones no bastaban. La misión que nos había llevado a Rusia no podía complacerse con simples sugerencias aisladas. Requería algo más; requería datos completos que pudieran servir de fundamento a juicios firmes.

La campaña que la Prensa hacía en todo el mundo contra el régimen soviético, alcanzaba la amplitud de un ataque a fondo.

La voz de la reacción se alzaba clamorosa, ensordecedora, estridente, y con pruebas más o menos ciertas, con gran acopio de datos y relación de hechos, insistentemente, se nos lanzaba al rostro de los defensores de la causa rusa acusaciones que ahogaban nuestras voces.

Contrarrestar estos efectos era una necesidad. Pero necesidad ineludible. El amor por la Revolución y la libertad del pueblo ruso, si bien eran elementos indispensables para lograr un equilibrio, no podían ser los únicos argumentos esgrimidos frente a las acusaciones para desvirtuarlas.

Y si habíamos roto el bloqueo en que a Rusia se tenía y pasado sus fronteras después de muchos contratiempos, se comprenderá que no habíamos soportado vicisitudes y vencido obstáculos por el sólo placer de decir: "ya hemos llegado a Rusia". Esto podía ser una satisfacción, pero no de vanidad personal.

La actuación social y la experiencia que de ella habíamos sacado, con el estudio de los hechos históricos, nos había llevado a una conclusión, en la que persistimos; que sin la libertad económica, la libertad política o social, es un mito.

Las frases rimbombantes, los enternecedores períodos oratorios de las arengas, más o menos democráticas, las exuberantes y declamatorias declaraciones del hombre, son fuegos de artificio, cohetes voladores, humo que se disipa si no van acompañados de un mejoramiento económico en el

pueblo. Cuando el hombre deje de estar sometido económicamente, no habrá dependencia política posible. Cuando la burguesía no tenga cogido al proletariado por el estómago, sus ideas y acciones estarán impregnadas de libertad.

Por ser este nuestro criterio, se comprenderá la atención que venimos obligados a fijar durante nuestra estancia en Rusia, para todo aquello que tuviera relación con la liberación económica del proletariado.

En el régimen capitalista, el obrero pasa hambre. A veces, pueblos y comarcas enteras desaparecen diezmadas por ese terrible azote; pero no es porque no se produzca lo suficiente para abastecer a todos. El fenómeno se produce porque la distribución de lo producido es arbitraria y cruel, porque lleva las características de una herodiada dirigida contra el pueblo. ¿Cómo procedieron en Rusia? ¿Acertaron? Vamos a decirlo concretamente.

La primera revolución, la de marzo, la que dio el poder a los cadetes primero, y después a Kerensky, no hizo nada para organizar la distribución según un sistema más humano que el que acababa de hundirse para siempre.

La situación económica de Rusia, en aquel momento, era ya muy difícil; el hambre y las privaciones más atroces se habían enseñoreado del pueblo; los años de guerra, unidos a las difíciles condiciones en que Rusia se había desenvuelto siempre, contribuyeron grandemente a la acumulación de dificultades.

Claro que en Rusia, como en todos los países capitalistas, quien sufrió primero y más intensamente las privaciones económicas que la guerra imponía, fue el trabajador; por lo mismo, los hombres que se colocaron a la cabeza de la primera revolución debieron tender a una distribución más equitativa y más humana en el abastecimiento del pueblo. No lo hicieron y así les fue.

El período que transcurre desde marzo a octubre, agrava la situación; la empeora en límites casi insospechados. No obstante esta gravedad, la situación favorecía a los bolcheviques, que les dejaba las manos libres para obrar. Su preocupación principal habría de ser la de producir.

Pero si la situación momentánea no ofrecía graves peligros, no cabe duda que los tendría para el porvenir.

La desorganización total del comercio, la supresión de todos los almacenes de productos –grandes y pequeños–, la confiscación que el Gobierno hiciera a su favor de todas las riquezas producidas y sin producir, le dejaban plena libertad de acción en el camino que se propusiera seguir. Y para crear cuantos órganos estimara necesarios a fin de organizar la distribución.

Estas ventajas, tan favorables, fueron aprovechadas por el Gobierno, y en seguida creó el Comisariado de Abastecimientos, llevando a él comunistas probados y hombres de confianza del partido.

Lo primero que hizo el Comisariado fue tasar el precio de los productos alimenticios, pues, aunque desorganizado y temeroso, el comercio libre aún existía.

Los resultados de esta disposición no pudieron ser más funestos. Como tasaron los artículos a un precio muy inferior al de venta en el mercado, y amenazaron con penas severísimas a quienes no se sometieran a la tasa, desaparecieron del mercado todos los productos y en pocos días se encarecieron en más de un trescientos por ciento.

Amenazas, requisiciones, encarcelamientos, hasta ejecuciones; todo se puso en práctica; pero siempre con resultados negativos. Los productos no aparecían, y los que se ofrecían alcanzaban precios fabulosos.

Entretanto, en el Comisariado de Abastecimientos se trabajaba activamente. Se acumulaban los informes. A una estadística seguía otra, y a éstas otras y otras; pero la situación alimenticia del pueblo no mejoraba. La especulación estaba a la orden del día. A precio de tasa no podía comprarse ni un alfiler; en cambio, al precio corriente podía obtenerse de todo.

Los Soviets de campesinos de la provincia de Moscú, pusieronse al habla con el Comisariado de Abastecimientos y pidieron que se pusiera un poco de orden y de actividad en normalizar las relaciones de compra y venta o de intercambio de productos, entre la campiña y la ciudad.

Entre los productos que más escaseaban estaba la leche. Ni para los enfermos se encontraba.

Llamaba más la atención la carencia de leche por ser Moscú una ciudad en la que siempre la había en abundancia, debido al espíritu emprendedor de un industrial del régimen capitalista.

Hombre de dinero y de iniciativas, unos años antes de la revolución, había organizado la compra de leche en los pueblos limítrofes.

Estableció convenios con los campesinos, por los que adquiría toda la leche que produjeran sus vacas, y luego de transportarla en vasijas de su propiedad, la expendía en numerosas sucursales que había establecido en Moscú.

Los Soviets de Campesinos pedían que se respetara esta organización, por sus buenos resultados, aunque se expropiara al industrial, como ya se había hecho.

Pedían también que el Comisariado de Abastecimientos pusiera uno o varios individuos al frente de la Empresa y con libertad para establecer con ellos el precio de pago.

Escuchó el Comisariado la petición, aceptó la iniciativa y prometió contestar rápidamente la demanda.

Los campesinos se retiraron satisfechos, pues creían que iba a solucionarse la cuestión.

Pasaron semanas y meses; medio año después se dignó el Comisariado dar la respuesta, manteniendo el criterio de la tasa.

El Comisariado de Abastecimientos se ratificaba en mantener el precio de treinta rublos para el litro de leche, cuando en el mercado libre ya se pagaba a doscientos cincuenta, y así, mientras el Gobierno no podía abastecer de leche a la población, el mercado de la especulación rebosaba de este producto.

Pues bien; este ejemplo, citado con cierta amplitud para que se comprenda cómo procedían los bolcheviques, es el mismo que pudiéramos citar para todos los demás productos.

El uniformismo, la unilateralidad y el cuadriculado que adoptaban en una cuestión regían en todas. De aquí la serie de rectificaciones, que llegan a lo inverosímil.

Formadas las estadísticas de los habitantes que tenía la Rusia soviética, era preciso esperar que hubiera productos que repartir. Los requisados por el Gobierno al principio, pronto fueron absorbidos, exceptuando los que se pudrieron en los almacenes, esperando la confección de estadísticas, mientras la gente pasaba hambre.

Convertido el Estado en único comprador de todo lo que se produjese, siguió practicando la requisita y estableciendo las tasas, que burlaban los campesinos, valiéndose de todos los medios: dejando los terrenos yermos o sembrando sólo lo indispensable para ellos; resistiendo con las armas en la mano; ajusticiando y lapidando a los comunistas y soldados encargados de la requisición.

La primera forma de acumulación y distribución de productos que el Comisariado de Abastecimientos estableció, fue de lo más pintoresco y absurdo que pueda concebirse.

He aquí cómo la establecieron. Conocedores por las estadísticas –conocimiento puramente aproximativo, no fundamental– de los productos, lo que cada provincia producía, establecieron en cada capitalidad provincial uno o varios grandes almacenes de productos. El Soviet de cada pueblo, aldea o grupo de “isbas”, formaba estadísticas de lo que cada agricultor había recolectado y el producto íntegro, sin retener el labrador ni la más mínima parte, era enviado por el Soviet a los almacenes de la provincia.

Una vez todos los productos de la provincia acumulados en el almacén provincial, los que correspondieran a cada pueblo o aldea, con arreglo al número de habitantes y a la cantidad que, según el racionamiento decretado en Moscú, correspondía por individuo, eran devueltos a la aldea o pueblo de donde antes salieran.

Por este novísimo y flamante procedimiento comunista, antes que un campesino pudiera comerse un kilo de legumbres recolectadas en su propio huerto, habían viajado centenares de kilómetros, con arreglo a las sabias disposiciones bolcheviques y leninistas.

Pero como el absurdo no puede prevalecer, pues la razón se resiste a mantenerlo, por la protesta de todos los rusos que no eran comisarios, ni jefes, ni dictadores, fueron advertidos de su error y rectificaron.

Los errores de la política económica bolchevique son numerosísimos. Cuando la historia los dé a conocer todos, la humanidad quedará asombrada. Si su finalidad hubiera sido el hacerlo mal, no lo hubieran logrado más cumplidamente.

La centralización de todos los servicios de distribución producía daños incalculables y pérdidas más incalculables todavía.

Los campesinos que veían las torpezas del Estado y sus errores, por las consecuencias y daños que les acarreaban, organizaron la resistencia violenta y se negaron a tratar con él.

Pedían, además, que se les pagaran los productos requisados con otros productos, ya que la moneda bolchevique, por el hecho de que la fabricaban sin limitación, estaba depreciada enormemente.

—No nos negamos —decían— a producir cuanto podamos, siempre que la entrega de los productos que nos sobren, después de retener aquellos que nos sean a nosotros necesarios, sea a cambio de lo que necesitemos para vivir. A lo que nos negamos es a entregar los productos por un papel moneda que nada vale y a mantener a los miles de zánganos que se esconden en las oficinas del Gobierno, y que son los que nos oprimen y los que nos someten, ya que por cada diputado que nosotros mandamos al Soviet, ellos tienen derecho a mandar cinco.

Las tasas, pues, no daban resultado alguno. La adquisición por el Gobierno de todo lo producido, las requisiciones y las amenazas, acompañadas con excesiva frecuencia de hechos,

no mejoraban la situación; al contrario, la agravaban de día en día.

Llegó el momento en que el racionamiento que el Gobierno daba al pueblo quedó reducido a una cuarta parte de lo que cada individuo necesitaba, según datos oficiales.

La situación era más apurada con la centralización de los métodos de distribución.

Centralizados en Moscú todos los censos de la población existente en Rusia, allí se hacía el racionamiento que a cada uno correspondiera. Por tanto, las estadísticas de la producción debían de ir a parar igualmente a Moscú.

Nos encontramos, pues, de esta manera. Primero: hecha la recolección por cada campesino, éste enviará todos los productos recolectados al almacén de la población –ya sea ciudad, pueblo, aldea o grupo de “isbas”–; segundo: una vez los productos en el almacén, el Soviet local hará un cuadro estadístico, exacto, de los mismos, que ha de trasmitir al Soviet de la provincia; tercero: el Soviet de la provincia remitirá a Moscú, al Comisariado de Abastecimientos, las estadísticas de todas las localidades a fin de que se hagan los debidos cómputos, se ordene el intercambio provincial y se asigne lo que corresponde a cada individuo; cuarto: retornarán las estadísticas a cada Soviet provincial; y quinto: distribuirá el Soviet provincial las estadísticas a cada Soviet local, para que éste proceda al reparto de los productos que a cada componente de la comunidad correspondan.

Luego quedan los productos sobrantes. El Soviet local los enviará al almacén acumulador provincial, que los irá distribuyendo según las órdenes que reciba del Comisariado de Abastecimientos de Moscú.

Todas estas operaciones requieren pérdida de tiempo y una bicoca; unos millares de empleados, que son, al decir de Lenin, “la plaga más nociva que haya atacado al bolchevismo”.

Las inconveniencias de esta centralización han sido el ariete más formidable esgrimido contra la política económica bolchevique, y la “nueva política económica” que más tarde, después de nuestro viaje a Rusia, preconizara el mismo Lenin, es la prueba más concluyente de cuanto afirmamos.

Queremos, no obstante, antes de dar por terminado este capítulo, relatar algunos hechos que son, por cierto, muy instructivos. Por ellos se verán los desastrosos resultados de esa política de centralización de que tanto y tan encomiásticamente se nos ha hablado y se nos viene hablando.

La provincia de Moscú produce con preferencia patatas. Las cosechas suelen ser regularmente abundantes. El hambre, que hizo su presa en los habitantes de Moscú, desde que el bloqueo los había dejado reducidos a sus propios medios, se mitigaba algo, durante un par de meses, con la cosecha de patatas.

Debido a que en Rusia los hielos no permiten hacer sementeras tempranas, la mayor parte de leguminosas y tubérculos son de las que aquí, en España, se llaman “tardanas”, o sea de las que se recolectan a final de verano.

La cosecha de patatas en la provincia de Moscú, en el año 1919, fue abundantísima. Los habitantes de la ciudad estaban contentos, pues conocedores de la abundante cosecha de patatas, por las noticias que los mismos campesinos traían a la ciudad, esperaban que el reparto llenara sus necesidades.

En la primera quincena de septiembre de aquel año corrió la voz de que los almacenes de provisiones de patatas de Moscú estaban abarrotados de aquel artículo.

Todo el mundo esperaba que comenzara en seguida el reparto de patatas. Pero el reparto no se hacía. Y no se hacía porque la misma abundancia de las cosechas obligaba a preparar o rectificar las listas de racionamiento.

Los días pasaban. El pueblo, acosado por el hambre, haciéndosele ésta más cruel por no ignorar la existencia de tan rica cosecha de patatas, se impacientaba, temiendo la catástrofe. En el ínterin, el Comisariado de Abastecimientos y el Consejo de Economía Nacional, con su burocratismo centralizado, seguía trabajando, haciendo listas y números, estableciendo informes y cómputos, como si quisiera hacerse cómplice de lo que iba a ocurrir.

Y lo temido llegó. El clima dio al traste con toda la matemática y todo el científicismo centralizador bolchevique, destruyendo en pocas horas las esperanzas que un millón de habitantes hambrientos pusiera en aquella abundantísima provisión de patatas.

Las heladas de finales de septiembre, que son persistentes en Rusia y anuncian las primeras nieves del invierno, inutilizó toda

la riquísima cosecha de patatas que en los almacenes se hallaban. Precisamente cuando, según los bolcheviques, estaba a punto de terminarse la estadística del racionamiento.

Y con el tristísimo dolor de quien tiene hambre y no la puede satisfacer, vieron los habitantes de Moscú cómo de los almacenes tiraban a la calle –porque en la calle se amontonaron– miles y miles de kilos de patatas heladas, inservibles para el consumo. Nada pudo repartirse entre el pueblo.

Las delicias y aciertos de la economía política centralista no pueden ser más consoladores.

Otro caso curioso, digno de no ser imitado, es el ocurrido con la pesca en Petrogrado, en el río Neva.

Helado este río algunos meses del año, cuando la temperatura permite dedicarse a la pesca y el crecimiento de los peces pequeños marca el período de abundancia, es tanta la cantidad de pescado que da el río Neva, que basta una caña y unas horas de permanencia en sus orillas para coger unas libras de peces.

Pero el Estado bolchevique, preocupado de que nadie en sus dominios tenga inquietudes por su aprovisionamiento, ideó el medio de que todos los petrogradenses tuvieran pescado del Neva en su mesa. ¿No hubo un rey que quería poner a sus súbditos un trozo de gallina cada día en el puchero? ¿Por qué un Gobierno bolchevique no podía poner un pescado frito para cada uno de los habitantes de Petrogrado? Nada más justo.

Obligó a sindicarse a todos los pescadores de Petrogrado, al mismo tiempo que les impuso la condición de vender todo el pescado cogido, al Soviet de la ciudad. Completó esta medida con la prohibición más absoluta de que nadie pudiera pescar en el río. Se amenazaba a los contraventores de esta última disposición con penas severísimas.

Los pescadores profesionales, que eran los integrantes del Sindicato y a quienes se había concedido el monopolio de la pesca en el Neva, estaban contentos, pues esperaban poderse ganar la vida.

Pero ocurrió lo que no se esperaba. Con la obligación que adquirieron al concedérseles el monopolio, iba aparejada la más absurda teoría comercial. El Soviet de Petrogrado tasó el pescado siguiendo las normas llevadas con la tasa de la leche. Fijó un precio muy inferior al que ya alcanzaba en el mercado libre y en las transacciones libremente ajustadas.

Protestaron los pescadores, quisieron hacer ver al Soviet local lo improcedente de tal acuerdo; pero el Soviet no aceptó sus razones, amenazándoles, en cambio, con penas severísimas, si no se sometían. ¿Resultado?

Los pescadores dejaron de pescar; lo abandonaron todo; sólo unos cuantos se sometieron. Pero como lo que estos pocos pescaban, después de retirar la parte que les correspondía, no llegaba a cubrir ni la cuarta parte de lo que necesitaba la población, y como la prohibición a los particulares, de dedicarse a la pesca, subsistía en virtud del monopolio concedido, los habitantes de Petrogrado habían de pasar

hambre sin poder lanzar siquiera una cuerda con un anzuelo al río.

Otro caso parecido al que acabamos de citar ocurrió con los pescadores del lago Ladoga.

También se les concedió el monopolio de la pesca en el lago, después de obligarles a sindicarse, comprándoles el Soviet de Moscú toda la pesca, al precio de tasa que el Soviet estableció.

Como este precio no les compensaba en la medida de sus necesidades, se negaron los pescadores del lago a pescar. Pero como el pescado de Ladoga se consumía todo en Moscú, y por negarse a pescar faltaba en esta ciudad, se decretó la movilización y se quiso obligarles a trabajar por la fuerza.

La medida no pudo resultar más inútil ni más contraproducente, Cuando se envió al lago Ladoga un comandante con tropas, para someter a los pescadores, éstos habían emigrado en masa, y de unos centenares de pescadores que formaban el Sindicato de la pesca, sólo quedaron una treintena.

Pero la acusación más formidable que pueda hacerse contra los errores de la política económica bolchevique y de las violencias y extorsiones a que dio lugar, nos la da lo ocurrido con un obrero ferroviario, en la provincia de Saratov.

Padre de numerosa familia, el racionamiento que se le concedía era insuficiente. El hambre, y con el hambre la desesperación, le indujo a tomar una resolución comprensible.

Cogió el único par de zapatos que tenía y se fue al campo y los cambió por unos kilos de harina.

De regreso al pueblo, descalzo, pero con un poco de harina que aplacara por unos días el hambre de los suyos, fue detenido y confiscada la harina.

Todas las súplicas, todas las imploraciones, todos los lamentos, se estrellaron contra la bárbara disposición oficial.

Desesperado, corrió a las afueras del pueblo y se colgó de un árbol.

Casos de estos pudieran citarse a miles. Si lo hemos citado no ha sido por hacer vibrar la cuerda sensible de quien nos lea; lo hemos hecho para dar idea de la profunda tragedia que aquel pueblo ha vivido por culpa de sus dirigentes.

Y no se nos venga con que la falta de productos ha sido la causa de tantos estragos; esta es una verdad a medias o media verdad. No negamos que haya habido escasez de productos en Rusia; pero afirmamos que a ello ha contribuido la torpe y a todas luces arbitraria política económica seguida por los bolcheviques.

Concluimos advirtiendo que casi todos estos datos nos los proporcionó Víctor Serge (a) Kibalchiche, ratificados por otros altos empleados del Gobierno de los Soviets. Decimos esto porque la facundia de nuestros bolchevizantes, que tan pródiga es en fantasear, pudiera muy bien acusarnos de verter especies calumniosas para desacreditar a los dictadores rojos.

*

Las requisiciones, con la existencia de la Tcheka, son las dos páginas negras de la política bolchevique.

Hemos insinuado en capítulos anteriores la resistencia, unas veces pasiva y otras violenta, que el campesino ruso opuso siempre a la política de requisiciones.

¿A cuántas ascienden las víctimas? No pudimos, aunque lo procuramos tenazmente, ni aproximadamente conocer su número. Vimos gráficos relacionados con la cuestión. Poseemos fotografías de aldeas y pueblos destruidos por negarse a entregar sus productos; pero nuestros informes no pasan de aquí.

Las requisiciones son la consecuencia lógica de la política de abastecimientos seguida por los bolcheviques.

¿Cuándo se establecieron las requisiciones? ¿Cómo se hacían?

En los primeros momentos de la revolución, las requisiciones no tenían razón de ser. El campesino, al igual que el obrero de la ciudad, cambiaban cuanto tenían y lo entregaban todo, a veces hasta lo indispensable para ellos. El instinto de solidaridad en el pueblo, en la gran mayoría, dio resultados

magníficos. Pero cuando la acción oficial intervino queriendo regularlo y ordenarlo todo, surgió la pugna consiguiente.

Al ordenar el Gobierno la clausura del Comercio y las requisiciones de los productos para hacer las estadísticas, paralizó toda transacción dando lugar a la penuria.

Como la prohibición oficial era absoluta, toda infracción fue castigada; pero las infracciones eran necesarias ante la escasez cada día en aumento.

Antes de ordenar el cierre del comercio, debió el Gobierno tener preparado el instrumento que lo suplantara, que cubriera la necesidad que el comercio cubre, ya que, a pesar de cuanto se diga contra el latrocinio comercial, se ha de reconocer que cumple una necesidad en la mecánica distributiva de productos en los pueblos modernos.

Pero no ocurrió así. El Gobierno bolchevique, inflado de teorías, pero sin ninguna noción de la realidad, suprimió el comercio sin tener en funcionamiento el órgano distributivo que lo reemplazara.

La consecuencia inmediata, perentoria, de esta medida, fue la paralización más absoluta en las transacciones diarias, siendo sus efectos más sentidos en la casa del obrero.

Verdad que el Gobierno acordó establecer grandes almacenes distribuidores de productos; pero la eficacia de estos almacenes no podía conocerse hasta después de requisicionados los productos, inventariados y llevados a los almacenes.

Esto había de tardar en realidad unos días, y como en el hogar proletario, tanto en Rusia como en los demás países, se vive al día, cerrados los comercios, no tuvieron donde proveerse.

La inmediata fue buscar en la especulación, en lo que los bolcheviques llamaron ya desde un principio la especulación, pero que era una necesidad imperiosa, lo que no podían encontrar en parte alguna.

Las Cooperativas jugaron en ese período de transición un gran papel; pero eran insuficientes. ¿Cómo podrían ellas, que apenas pasaban de ser unas decenas, abastecer a una población de casi un millón de habitantes?

El cambio de productos de mano a mano, clandestino y oneroso, adquirió formidable alcance, acostumbrándose los campesinos a la usura, pues la clandestinidad les favorecía.

Cuando pasadas unas semanas se abrieron los almacenes compradores y distribuidores que el Gobierno había organizado, el remedio resultó peor que la enfermedad, pues el campesino, engolosinado con las ganancias fabulosas de la venta clandestina, no quiso vender sus productos al Soviet y al precio que les señalaba.

Entonces se acuerdan las requisiciones. Se quiso curar un mal con otro mal mayor.

En tanto que las requisiciones no salieron de la ciudad, que se limitaban a la confiscación de todos los productos a ella traídos para la venta o almacenados y escondidos en depósitos,

la cosa no tuvo consecuencias lamentables. Estas vienen después.

Paralela a esta acción de Gobierno, de confiscación y requisición a toda fuerza, viene la de tasa de los productos a los precios que acuerda el Soviet de cada villa, siguiendo las instrucciones que se reciben de Moscú.

El campesino, por no someterse a unas ni a otras, organiza la resistencia pasiva. No entrega sus productos; los esconde primero. Entonces, los bolcheviques, organizan desde el Gobierno la ofensiva contra el campesino. Organizan grupos de individuos, otras veces de soldados, al mando de comunistas probados y pasan de pueblo en pueblo requisando y confiscándolo todo.

El campesino pasa de la resistencia pasiva a la resistencia activa. Hace frente a los grupos y soldados encargados de la requisición. Pero aun no surgen los choques sangrientos. La resistencia activa consiste en dejar una parte de la tierra sin cultivar, disminuyendo de esta manera, el acerbo común.

A esto contesta el Gobierno con medidas de rigor, llegando en muchos casos a la ejecución de los individuos más refractarios.

El resultado no pudo ser más lamentable, pues el campesino pasó de la resistencia activa sin violencias a la resistencia activa y violenta.

En otro lugar de este libro ya hablamos de los instrumentos contundentes con que el campesino se defendía, limitándonos ahora a señalar el caso solamente.

¿Qué hizo el Gobierno bolchevique? ¿Qué medios puso en práctica? ¿Cómo pretendió resolver una situación violentísima, llegada a tal extremo por sus errores?

Ordenó medidas más rigurosas y más violentas y trató al campesino en enemigo común. Dio amplias facultades a las comisiones encargadas de la requisición, ordenándolas que se apoderaran de todo sin contemplaciones.

Llegó a más: cuando se vio impotente ante la resistencia de los campesinos y que, además, las gentes encargadas de la requisición, retrocedían temerosas, les concedió el veinticinco por ciento de lo requisado, como prima.

El efecto fue mágico. El hambre hizo lo que acaso la conciencia rechazara. Las requisiciones se hacían ferozmente. Más que los mandatarios de un Gobierno que iban a cumplir una misión sagrada, caían aquellas hordas en los pueblos como bandas de conquistadores en rapiña, ansiosos de botín y de riquezas.

Lo confiscaban todo; se lo llevaban todo; se apoderaban de todo. Cuando ya no tenían nada más que llevarse, se llevaban incluso lo que como racionamiento correspondía a la misma familia de casa.

Cuando en nuestra excursión por el Volga preguntamos a los campesinos, huyendo del acompañamiento oficial, y les

pedíamos nos detallasen hechos de las requisiciones, no nos contestaban siquiera, pero la cólera asomaba a sus ojos y cerraban los puños en señal de amenaza.

Fue tan lucrativa la tarea de requisiciones, que hombres bien colocados y con emolumentos elevados en otras dependencias estatales, las abandonaban y solicitaban ser destinados a los grupos encargados de la requisición.

En uno de los viajes que hicimos, se cruzó el tren que nos llevaba con otro en el que viajaba uno de esos grupos. El jefe, el encargado del grupo, era un doctor en medicina que abandonó su clientela y clínica para aceptar aquella misión.

Como los dos trenes habían de esperar en aquella estación más de una hora, tuvimos interés en conocer detalladamente la misión del grupo, y nos trasladamos a su vagón para preguntar.

Fuimos recibidos por el jefe.

Contestó a nuestra pregunta que la requisición era una necesidad, porque el campesino, imbuido de ideas pequeñoburguesas, no quería entregar sus productos al Gobierno, y sí venderlos en el mercado libre o en la especulación para obtener grandes beneficios.

—Y a ustedes —le preguntamos—, ¿cómo les reciben los campesinos?

—Ya se lo pueden figurar. Nos reciben de mala manera. Imposibilitan cuanto pueden nuestro cometido. Se oponen a toda requisición de lo que poseen.

—¿Y cómo proceden ustedes al hacer las requisiciones? ¿A quién se dirigen primero?

—Nosotros ya tenemos asignado de antemano el lugar o lugares donde debemos obrar.

Llegados, reclamamos en seguida la presencia del Comité Soviético del lugar; inquirimos de él quiénes son los labradores refractarios a la entrega de los productos; dónde los guardan y en qué cantidad, aproximadamente.

Cuando tenemos una lista bien detallada de los campesinos incursos en esas faltas, acompañados de un piquete de soldados rojos, cuya compañía reclamamos del puesto más cercano al lugar donde debamos obrar, vamos de casa en casa reclamando la entrega de los géneros ocultados.

—¿Y si se niegan a entregarlos?

—Detenemos al recalcitrante; lo conducimos ante el Soviet local y lo encerramos en la cárcel.

—¿Y si resiste aun? Y si a pesar de la detención y encarcelamiento persiste en no entregar los productos, ¿qué hacen ustedes?

Registramos la casa, los lugares donde sospechamos y que se nos han indicado como lugar de la ocultación, hasta que los

encontramos. Se dan casos en los que el campesino, después de unas horas de detención, confiesa voluntariamente lo ocultado.

—¿Tienen ustedes algún derecho de comisión o de prima en la parte de los géneros que descubren?

—Si voluntariamente, al ser requerido por primera vez el campesino entrega los productos, no; pero si se niega y con nuestras pesquisas los descubrimos, entonces tenemos el veinticinco por ciento.

—¿En este caso tendrán ustedes gran interés en descubrir las ocultaciones?

—Es de suponer, aunque tengamos más interés por ser mandato y orden del Gobierno.

—¿Y cómo es —objetamos— que siendo usted doctor en medicina y faltando médicos en el frente de batalla para curar a los heridos ha preferido esta ingrata tarea y no la derivada de su profesión?

—Todas son necesarias al triunfo del comunismo y al combate de la contrarrevolución. Y para ésta precisan hombres inteligentes y afectos a la política comunista,

—De acuerdo. Pero hombres afectos a la política comunista hay muchos, y algunos muy inteligentes, que podrían a maravilla cumplir esta misión, sin que a ella vinieran los que son necesarios en el frente de batalla, como los doctores, por

ejemplo, y que no pueden ser sustituidos por la especialidad de su profesión.

—En todos lados se sirve al Partido —nos contestó.

—Y usted —seguimos—, ¿vino aquí mandado por el Gobierno, por algún Soviet de provincia, o solicitó usted el puesto?

—Lo solicité voluntariamente.

—¿Y por qué no solicitó ir al frente de batalla, a Polonia, donde se bate el Ejército Rojo en defensa de la Revolución?

—A ustedes nada les importa, nos contestó un tanto amoscado.

La llegada de un personaje comunista de nuestro séquito y su intervención cortó el diálogo, que se hacía por demás interesante, descubriendonos la razón y el porqué de muchas cosas.

A instancias de este personaje se nos mostraron las cantidades de productos requisadas, que no eran pocas, y se nos habló también de la cantidad que con arreglo al tanto por ciento concedido a los requisidores les correspondía. Que tampoco era despreciable.

Estos productos, que debían ser llevados a Moscú, y puestos a disposición del Comisariado de Abastecimientos, hacía ya muchos días que circulaban de un lugar para otro siguiendo las evoluciones y zig-zags que debía hacer el grupo requisidor. Antes de llegar a destino, era muy posible que la mitad se

quedaran en el camino. El hambre incitaría a ello; la corrupción haría lo demás.

XII

En el Departamento del Transporte Ferroviario

Habiéndosenos manifestado, por diversos conductos, que una de las mayores dificultades que impedían el normal encauzamiento de la vida económica estaba en la desorganización de los transportes, nos dirigimos al Departamento del Transporte Ferroviario.

—El Gobierno de Kerensky —se nos dijo en seguida— no hizo nada para vencer las dificultades que a diario se presentaban. El paso de este hombre por el Poder, lo mismo en este que en los demás problemas, no dejó huella de nada que merezca ser mencionado. Apresado en la red de compromisos que con las cancillerías europeas contrajera, no pudo desembarazarse de los diplomáticos y perdió el tiempo buscando arreglos y componendas, en vez de aprovecharlo en realizar la obra que exigía lo extraordinariamente difícil de las circunstancias.

El problema de los transportes en Rusia, país de distancias inmensas, databa de tiempo inmemorial. Era, por así decirlo; el problema de los problemas. Al secular de la tierra había que añadir, como genérico, el problema de los transportes.

Contando con este precedente y con el de la guerra, que acabó por desbaratar la menguada organización que existía y reducir a pésimas condiciones todo el material ferroviario, fácil será darse una idea de la gravísima situación de Rusia, país tributario del extranjero en este aspecto de la industria.

Pero aun faltaba el golpe final, que había de desorganizarlo todo, haciendo más precaria y más terrible la situación.

En los últimos meses del zarismo, el desbarajuste ferroviario era tal, que ni hombres ni municiones podían enviarse al frente con la regularidad requerida. A veces se obligaba a los soldados a hacer cientos de kilómetros a marchas forzadas, con el fin de descongestionar un tanto los ferrocarriles.

La primera revolución de marzo, con el desorden, la incertidumbre y las medidas provisionales que acarrea toda situación nueva, desorganizó lo poco que en los transportes ferroviarios había escapado al desconcierto inicial.

El Gobierno de Kerensky, que en vez de poner mano en los transportes se cruzó de brazos y sólo pensó en resolver su situación política, dio motivo a que tomara estado crónico el desconcierto de carácter transitorio.

Así las cosas, casi desorganizados del todo los transportes ferroviarios, en pésimas condiciones el material y sin medios de reemplazarlo, viene la revolución de octubre, la nuestra, que debía dar el golpe de gracia a lo poco que restaba de ordenación ferroviaria.

Uno de los primeros decretos del Consejo de Comisarios del pueblo, como ya sabréis, fue el de dar forma legal y jurídica, es decir, carácter definitivo, al proyecto que el Congreso Nacional Panruso de Soviets campesinos, celebrado a fines de julio de 1917, acababa de elaborar, disponiendo el reparto de las tierras.

Los efectos de este decreto fueron fulminantes en el frente de batalla. Los ejércitos, en masa, abandonaban las trincheras, tiraban los fusiles, se imponían a los jefes y oficiales que les reprochaban su conducta, y tomaban los trenes por asalto. Lo ocurrido en el frente fue indescriptible.

Todo se resolvía en medio de brutalidades, atropellos, violencias y disputas. Aquellas multitudes, desmandadas, espoleadas por la ansiedad de no llegar tarde al reparto y hallarse pronto en su aldea, no respetaban ningún derecho.

El derecho lo elaboraba la fuerza. Los más fuertes, los de puños más pronto a la pelea, o los más audaces, lo imponían.

Los casos de coger a los primeros ocupantes de un vagón y arrojarlos por la ventanilla, para ocupar los asientos, fueron muy frecuentes. Las tropas desmovilizadas tomaban los trenes por asalto, rompían las ventanillas y arrancaban las portezuelas de los coches para improvisar asientos. En los vagones se amontonaban unos sobre otros, hasta los techos. Se llegó a construir andamiajes en los lados laterales, en las plataformas, en las marquesinas y en los "tenders" de las máquinas, sobre los que viajaban hacinados.

Los vagones y muchas locomotoras quedaron en seguida fuera de servicio, teniéndose que abandonar alguna en el camino, echarla fuera de los raíles y continuar el viaje a pie hasta la estación próxima, en donde se reanudaba la marcha repitiéndose las mismas escenas de violencia.

Cuando los soldados que el zarismo enviara al frente de batalla hubieron regresado por este procedimiento, puede calcularse que una cuarta parte del material ferroviario quedó totalmente inservible, otra cuarta parte en mediano uso y el resto sólo en condiciones de ser utilizado después de costosas y difíciles reparaciones.

—En esta coyuntura —siguen informándonos— se constituye este Departamento y nos hacemos cargo de los transportes.

Nombrado Krassin presidente del Consejo de Administración Ferroviaria, los obreros se declaran en huelga, que dura mes y medio, digno remate a los trastornos que venían sucediéndose desde que comenzó la guerra. La huelga alcanzó a todo el personal, obreros, empleados y jefes sin excepción, agravándose el estado de cosas.

A principios de 1918 comenzó la organización ferroviaria, destituyendo a los altos empleados y jefes y nombrando las Comisiones extraordinarias encargadas de vigilar la labor de los directores y administradores de las diferentes redes ferroviarias.

El impulso dado a estas Comisiones extraordinarias fue enorme —sigue diciendo nuestro informador—. Al poco tiempo había una en cada estación y otra que viajaba en cada tren,

bajo cuya jurisdicción y mandato quedaban todos los empleados sin excepción ninguna.

En el período de tiempo que media desde la revolución de octubre hasta que se reorganizaron los transportes, ocurrieron cosas muy peregrinas. Por ejemplo, en cada estación no expendían billete más que hasta la próxima, y de ésta a la siguiente. El viajero tenía que sacar billete en cada estación si quería continuar el viaje. La recaudación obtenida por la venta de billetes se la repartían los empleados.

Con la reorganización terminó este estado de cosas y comenzó la normalidad en los servicios.

Se emprendió también, en la medida que las circunstancias lo permitían, la reparación del material susceptible de aprovechamiento. Claro que las reparaciones eran muy lentas; a ello contribuían muchas causas, siendo la falta de materias primas, de herramientas y de obreros capacitados, las más importantes.

Luego se introdujo la división en las funciones, llegándose a crear una escuela técnica, a la que todo aspirante ferroviario había de concurrir durante seis meses. También se creó la sección política, encargada de organizar las escuelas técnicas y hacer propaganda comunista entre los ferroviarios.

Se constituyó un Comité Central ferroviario, intermediario entre las diferentes secciones del Sindicato ferroviario y el Departamento del Transporte.

Se estableció un plan de trabajo para la reparación de locomotoras y vagones y para la construcción de otros que, según cálculos, permitiría normalizar el servicio y ponerlo en idéntica situación de antes de la guerra para el año 1925.

Se establecieron primas en los talleres de reparación, concediéndose cuatro raciones más al operario que rindiera doble trabajo del señalado. Si, por el contrario, realizaba una cantidad de trabajo menor a la exigida, quedaba autorizado el Comité de taller para disminuirle la ración a la mitad. También percibían primas los maquinistas por economías o exceso de trabajo.

El rendimiento de trabajo de cada obrero fue establecido según estadísticas de preguerra, y el servicio ferroviario se consideraba como servicio militarizado; los obreros movilizados quedaban bajo esta jurisdicción y eran juzgados por tribunales militares.

Se tenía en estudio el tipo único de locomotoras y vagones para viajeros.

—La sindicación era obligatoria —nos informaron finalmente— y a todo ferroviario se le descontaba el dos por ciento del salario mensual para cuota del Sindicato.

*

Los datos suministrados por el Departamento del Transporte Ferroviario fueron corroborados por datos particulares. Pero como la ampliación nos dará una nueva faceta del problema, conviene que volvamos sobre alguno de los puntos ya conocidos.

La huelga ferroviaria declarada al subir los bolcheviques al Poder, fue promovida por los socialistas revolucionarios, pues entre el personal ferroviario había muchos afiliados a este partido. Y si bien los bolcheviques dominaron la huelga, no pudieron ya evitar que se formara una fuerte oposición a sus métodos centralizadores y dictatoriales.

Surgió esta protesta a raíz de una disposición gubernamental que no podía ser más absurda.

Partidarios los bolcheviques más preponderantes del sistema capitalista, de la más absoluta división del trabajo, quisieron practicarla en la distribución del material ferroviario disponible.

Levantaron estadísticas, lo más completas posible y dividieron las materias transportables en dos grupos principales, subdivididos a su vez en tres. En el primer grupo se comprendían todos los transportes militares: hombres e impedimenta. En el segundo, que se subdividía en dos, iban comprendidos las mercancías de carácter general y los viajeros. Distribuyóse a cada grupo el material que se pudo, con la condición expresa de que ningún tren militar pudiera transportar mercancías ni viajeros civiles, y a la inversa, ningún tren civil, soldados o efectos militares.

El resultado de esta disposición fue desastroso. Sucedía que un tren militar que partía de Moscú para Odessa o para otro destino, por no tener efectos militares que transportar iba de vacío, mientras que en la estación de Moscú quedaban mercancías o viajeros civiles que no podían partir por falta de medios de transporte. Y a la inversa, que habiendo soldados o efectos militares en espera de la partida, por ser tren civil no podía transportar efectos de guerra ni soldados en espera de salida, porque lo prohibían las acertadísimas disposiciones bolcheviques.

Así dábase el caso de quedar en situación de espera mercancías o pasajeros, mientras los trenes corrían cientos y cientos de kilómetros sin carga alguna, pero haciendo el trayecto que hubieran recorrido las mercancías o viajeros que quedaban en las estaciones; todo ello porque el tren no estaba adscrito al grupo de mercancías o viajeros en la estación, sino a otro o a otros, que nadie sabía tampoco en qué estación estarían aguardando. Fue preciso que el Sindicato Ferroviario hiciera ver al Consejo de Comisarios del Pueblo, presidido por Lenin, lo descabellada que era aquella organización. Sólo entonces fue derogado el decreto.

Se manifestó nuevamente la oposición de los ferroviarios al crearse el Comité Central que había de ser intermediario entre el Sindicato y el Departamento de Transporte.

En principio creyeron los ferroviarios que la organización del Comité Central obedecía al deseo de suprimir el Departamento o Comisariado del Transporte; pero al ver que subsistían los dos, pidieron la supresión de los dos organismos, alegando que

el Sindicato por sí sólo bastaba para organizar el transporte, entendiéndose directamente con el Comisariado del Trabajo o con el Consejo de la Economía Nacional. Esto se acordó en un Congreso Nacional ferroviario. El Consejo de Comisarios del pueblo desechó la demanda de los ferroviarios. Pero éstos no se dieron por vencidos.

En el Congreso Nacional de obreros ferroviarios, celebrado el año de 1919, la oposición a todas las disposiciones oficiales era tan poderosa, que la supresión del Comité Central y del Departamento del Transporte fue tema discutido y aprobado por una mayoría aplastante de votos, lo cual, como era de esperar disgustó al Comité político del Partido Comunista.

Reunido este último con urgencia, llamó a cuantos comunistas eran delegados al Congreso y les obligó a presentar en el día siguiente una proposición pidiendo se revocara el acuerdo tomado. También coaccionó a los delegados sin partido, y el acuerdo fue revocado, no sin que los propios comunistas sintieran los efectos deprimentes del éxito impuesto a todo trance.

Convencidos los delegados ferroviarios de que cuantos acuerdos contrariasen al Comité del Partido serían anulados, dieron carpetazo a todos los temas y concluyó rápidamente el Congreso con el nombramiento del Comité Nacional del Sindicato.

Pero hasta este nombramiento llevaba un espíritu de protesta.

A propuesta del Partido Comunista debía componerse el Comité de veinte individuos, y a ser posible que éstos fueran comunistas probados.

Para no complacer al Partido, el nombramiento recayó sobre diez comunistas y diez que no lo eran. Así obstaculizaban los ferroviarios la dictadura bolchevique.

De esta composición mixta del Comité resultó lo que los ferroviarios se habían propuesto: que ninguna disposición fuera aplicable, porque se encallaba al llegar al Comité del Sindicato.

El resultado invariable de la votación era el empate.

Amenazas y suplicas, ruegos e insinuaciones, todo fue empleado por los bolcheviques para someter a los ferroviarios; pero nada se consiguió.

Visto su fracaso, recurrió a una polacada: disolvió el Comité Nacional del Sindicato Ferroviario y nombró, para sustituirle, una Comisión extraordinaria afecta al partido –comunistas probados–, que por disciplina quedaba obligada a someterse a todo.

Conviene hacer destacar que la oposición de los ferroviarios no iba, ni contra la ordenación del servicio de transporte, ni contra nada que sufriese menoscabo de los intereses colectivos y de la revolución.

A lo que se oponían, lo que querían y por lo que luchaban, era que no se anulara la personalidad colectiva del Sindicato

entre el Comité Central y el Departamento del Transporte. Querían que todo lo relacionado con el transporte ferroviario fuera encomendado al Sindicato y que se suprimieran organismos inútiles que, además de convertirse en plantel de burócratas y de zánganos, no servían más que para complicar el desenvolvimiento ferroviario.

En cuanto a las Comisiones extraordinarias, se les concedieron facultades omnímodas, y todo quedó bajo su férula. Era una especie de policía con poderes ejecutivos.

En las estaciones hacían y deshacían a su capricho. Como toda reclamación contra sus abusos había de pasar por sus manos antes de darle curso, inútil es decir que ninguna llegaba a su destino.

Detenían y encarcelaban a quien les parecía, y por sus denuncias se condenaba a meses de prisión a empleados y a viajeros.

Además, se hicieron tan numerosas, que ni en tiempos del zarismo, cuando los ferrocarriles eran explotados por compañías particulares, el número de empleados que cobraban y no prestaban servicio fue tan excesivo comparado con el de las Comisiones extraordinarias.

En las estaciones la Comisión extraordinaria tenía por misión vigilar, hacer acatar las disposiciones oficiales, velar por que el orden no se alterara y recoger las reclamaciones (?) del viajero.

Las Comisiones que viajaban en los trenes, como no se revisaban los billetes ni prestaban ningún otro servicio, su misión estaba limitada a viajar por acompañar al tren.

Eso sí, como los coches de viajeros escaseaban, se formaban trenes de viajeros con vagones de mercancías, excepción hecha del coche destinado a la Comisión extraordinaria, a la que nunca le faltaba el suyo, el único del tren. Y viajaba con comodidad. No importaba que el tren fuera abarrotado de viajeros, o que algunos se quedaran en tierra por falta de lugar. En el departamento de la Comisión extraordinaria del tren no podía subir nadie, de no ser un recomendado, un personaje influyente o un amigo de algún miembro de la Comisión. Sólo el favoritismo podía tomar asiento en el departamento de la Comisión extraordinaria.

Y hablamos por experiencia.

XIII

En el Comisariado del Trabajo

Lo habían instalado en el piso alto de unos grandes almacenes del barrio chino, confiscado, como otros muchos, por los bolcheviques.

Introducidos por nuestro "cicerone" e intérprete, a presencia del camarada comisario, impuesto por anticipado de nuestros deseos, nos recibió amablemente.

Comencemos por decir, para no defraudar a quienes lean este capítulo y de él esperen las grandes enseñanzas que de un régimen llamado comunista pudieran esperar, que los datos suministrados por el Comisariado del Trabajo no implican novedad alguna. Casi todos, por no decir todos, de algún interés, los conocíamos ya. En cuanto llevamos dicho van consignados.

Nuestra impresión sobre la utilidad o importancia del papel asignado al Comisariado del Trabajo fue dubitativa.

Creímos, y lo manifestamos sin eufemismos, que se trataba de un organismo de acción secundaria. Pronto pudimos adquirir la seguridad de esta impresión.

En las cuestiones fundamentales del trabajo, su intervención era limitada, por no decir nula.

La cuestión ferroviaria escapaba a la inspección del Comisariado. Otro tanto ocurría con la Agricultura. Sólo en el aspecto industrial tenía alguna intervención. Y aun aquí, su intervención, como elemento principal o único, quedaba muy restringida por la amplitud que alcanzaban las actividades o funciones del Consejo de Economía Nacional.

Diluida así y en diferentes organismos la misión que incumbía al Comisariado del Trabajo, todavía le restaba influencia la misma Confederación General del Trabajo y la Tercera Internacional.

Muchas de las cuestiones que afectaban a los Sindicatos y al trabajo, se planteaban, discutían y solucionaban en principio, sin que el Comisariado del Trabajo tuviera intervención alguna.

Es verdad que, luego, para darles la forma legal, precisaban su visto bueno y su aquiescencia; pero sólo se pedían cuando ya la cuestión estaba completamente prejuzgada.

Por eso, nuestra misión estuvo pronto cumplida; sólo se nos dio estadísticas, que no reproducimos por su interés puramente interno, transitorio o circunstancial.

En líneas generales, se hallaba en estas estadísticas el número de obreros parados en distintos períodos del año; su aumento o disminución; subsidios concedidos a los parados y ancianos; accidentes del trabajo y otros asuntos parecidos.

Entre la serie de datos que nos suministraron llamó nuestra atención el hecho de que, habiéndose fijado un límite a la edad de incapacitación para el trabajo, fuera preciso un informe facultativo y técnico que precisara la absoluta invalidez, sin el cual podía el Comisariado del Trabajo dedicar al anciano a otro trabajo compatible con el resultado del informe.

Aprovechando esta visita, nos propusimos aclarar una duda. En poder nuestro teníamos un ejemplar del Código del Trabajo –Código draconiano y brutal, que impone deberes a los obreros, pero no les concede ningún derecho– y quisimos saber qué aportaciones llevaron a él los Sindicatos y qué participación o colaboración tuvo el Comisariado.

Parecía increíble, y seguimos en la misma creencia, que un Comisariado obligado a defender los intereses de los trabajadores y que se dice y afirma estar regentado por obreros, suscribiera aquel Código.

Cuanto pudimos saber acerca del particular, nos llevó a la conclusión de lo que ya presumíamos: que el Código del Trabajo ruso era la obra del Partido Comunista y de sus hombres, entre los que también se encontraba el comisario.

Cuando se nos habla de la “dictadura del proletariado” para justificar lo injustificable y se tiene ante la vista el famoso Código del Trabajo ruso, se nos pone en el trance de tener que

preguntar si es que todos los proletarios rusos, o sus hombres representativos, estaban locos al suscribir aquel documento. En ningún país de régimen capitalista existe una legislación tan rígida y tan contraria al interés de la clase trabajadora.

Quien emprenda la tarea de traducción de este Código proporcionará a los trabajadores de habla española el mejor alegato contra el régimen bolchevique.

Ellos, tan cuidadosos de dar a conocer su literatura y política, callan y nada dicen de su literatura económica y de su legislación. Interpretan a Marx a su sabor.

Los guerreros del materialismo histórico, los cantores de la lucha de clases que reducen todas las aspiraciones del pueblo a resultados químicos estomacales, los que se dicen llamados a redimir al pueblo de toda dependencia económica, ejerciendo la dictadura proletaria (?) para lograrlo, es inexplicable que silencien la mayor parte de las disposiciones del trabajo obligatorio.

Nada dicen en sus propagandas del famoso Código del Trabajo; han silenciado, también, todo lo referente a la movilización de los trabajadores; parece, según ellos, que estas cosas no interesan al proletariado mundial. En cambio, a nosotros nos parece todo lo contrario. Es más, creemos que el nervio de la revolución está ahí, en las disposiciones que garanticen y aseguren la plena libertad de los trabajadores; en la forma de organizar el trabajo; en la estructura social que haga imposible la explotación del hombre por el hombre y la sumisión de una clase a otra clase.

Porque, ¿cuál es la verdadera situación del obrero ruso frente a la legislación bolchevique y, consecutivamente, a la movilización? La de un esclavo, la de un hombre a quien se imponen deberes sin concederle ningún derecho. Cierto que esos deberes se disfrazan con la paradoja de ser hechos en su beneficio y nombre; pero la realidad es más ingrata que las elucubraciones y fantasías bolcheviques, descubriendo el engaño y poniendo al desnudo la añagaza.

¿Dictadura del proletariado? Veamos.

Una vez inscrito el obrero en las secciones de su oficio, funcionando en la Bolsa del Trabajo, queda a la entera disposición del Ministerio del Trabajo.

Si por necesidades de la producción, reales o ficticias, pues a él no se le explican, el Ministerio acuerda que debe marchar a prestar sus servicios a Odessa, aunque habitualmente resida en Moscú, y allí tenga su familia, el obrero ha de partir sin poder oponerse a la orden que se le da.

Es un obrero movilizado en nombre de la dictadura del proletariado, por lo que ésta dispone de él a su antojo.

Si una vez en Odessa acuerda el Ministerio que el mismo individuo debe marchar a prestar sus servicios a Tobolsk, o cualquiera otra población siberiana, ha de partir inmediatamente, a la hora y día que el Ministerio le señala.

El obrero en estas condiciones, es un juguete mecanizado en manos del Partido Comunista. Puede disponer de él a su antojo y capricho, cuando quiera y como quiera.

Abordamos esta cuestión ampliamente al conversar con el camarada Comisario del Trabajo. Y cuando le decíamos que nos parecía absurda y arbitraria la movilización obrera, sin dejar de reconocer que, a veces, y acaso para un oficio, fuera necesaria, pero cruel como sistema, nos contestó que sin ella el triunfo de la revolución fuera imposible, pues muchos obreros se negaban a trabajar en una profesión, prefiriendo otra, lo que desequilibraba la economía nacional.

Reconocimos justo el alegato; pero rechazamos las premisas que él sentaba. Dijimos que nos parecía más racional convencer al obrero u obreros especializados en una profesión y precisos en otra localidad de aquella donde residieran habitualmente, que precisaba su concurso en otro lugar y, aunque temporalmente, fuera a prestarlo. Pero que tomar una medida general y tan rigurosa, no lo comprendíamos.

Así, el Gobierno, que debe ser el único autorizado a organizar la vida política y económica del país en nombre de la Revolución, tiene más libertad de disponer las cosas, evitándose dar explicaciones. En estos casos, afirmaba, precisa la más ciega, la más completa y absoluta obediencia de todos a las disposiciones del Estado obrero. Obrando como dice, no se lograría esa finalidad.

Cierto, objetamos; pero el obrero tendría más libertad, se sentiría más hombre en el conjunto de la lucha por el lanzamiento de la revolución, tomaría una parte más activa para identificarse con ella, ya que se reclamaba su concurso y no se le imponía, no se le obligaba a que lo prestara.

En situaciones graves, afirmábamos, raro será el individuo, más bien pudiera considerársele anormal, que se negara a cooperar a la obra de liberación del pueblo, que viene a ser, en suma, su propia liberación.

—¿Olvidan, acaso, se nos contestó, que la contrarrevolución no cesa en sus ataques; que la burguesía desposeída conspira a diario para retornar al pasado; que contra el Partido Comunista se concitan todas las fuerzas de oposición, y que el Partido ha de hacerles frente por todos los medios?

—Entonces, replicamos, la movilización, ¿más que una medida de orden económico para organizar la vida del país es una medida política dirigida contra los partidos políticos o sectores que no acepten los puntos de vista comunistas?

—¡Oh!, no; de ninguna manera. La movilización va contra todos, y todos deben someterse a ella. Los comunistas del partido como los demás. No existen excepciones.

Sonreímos ante esta afirmación y la dimos por buena.

—Nos interesaría saber —dijimos—, qué actitud adoptó el Comisariado del Trabajo frente al Proyecto presentado por Trotsky de organizar la Rusia productora sirviéndole del tipo de la organización militar.

Según nuestros informes, Trotsky proponía dividir a Rusia en diez regiones militares, dando la misma división al trabajo. De esta guisa, el soldado y el obrero quedarían sujetos a una misma organización, aunque prestando, como es natural, servicios diferentes.

–De completa conformidad si el Partido lo hubiese aceptado.

–Entonces el Comisariado del Trabajo, en sus múltiples y variadas actividades, sigue la trayectoria que le marca el Partido Comunista. Y como hace lo mismo la Confederación General del Trabajo, el obrero no puede, en el régimen de su dictadura, hacer su voluntad, sino la del Partido, algo paradójico nos parece todo esto.

–Porque no han vivido en Rusia, ignorando que aquí, la organización y el Partido Comunista, están de completo y común acuerdo. Yo mismo –dijo el comisario del Trabajo–, aunque soy miembro del Partido, no fui designado por él para este cargo, sino por la Confederación General del Trabajo,

Al crearse este Comisariado, el Partido pidió a la organización que designara ella misma el individuo que lo debía regentar, y en su nombre y representándola estoy yo aquí.

–Razón de más para que nos extrañen las disposiciones que referentes al trabajo se toman.

La movilización de los obreros, el Código del Trabajo y toda otra serie de medidas tomadas para organizar la producción, y que reputamos contrarias al interés colectivo de los trabajadores, no creemos las hubiera sancionado teniendo libertad de opción. Pero como esta libertad nos parece que le falta, suponemos lo demás.

–Atravesamos circunstancias difíciles y no puede concederse esa opción a que hacéis referencia.

—Sin embargo —objetamos—, violentando la voluntad de los trabajadores, no podrán armonizarse sus aspiraciones con la obra de Gobierno, y muchísimo menos con el espíritu de la revolución. Los efectos de esta política de violencias serán negativos.

A cada violencia, moral o física, del Gobierno contra el proletariado, imponiéndole normas en cuya preparación y adopción no participa, responderá con una mayor resistencia pasiva, cuando no violenta, y el divorcio entre el Poder Comunista y el obrero será más acentuado cada día.

—No; porque nuestra política se impondrá.

Partimos. Nuestra desilusión no tenía límites. Salíamos convencidos de la inutilidad del organismo que acabábamos de visitar.

XIV

Los “sábados comunistas”

En uno de los intermedios de las sesiones del Congreso, mientras traducían uno de los discursos de Zinoviev al alemán, nos permitimos, una tarde, hacer a Lusowsky alguna objeción acerca de la falta de entusiasmo que notábamos en el pueblo por el régimen comunista, y más aún que por el régimen, por la organización del Trabajo implantada.

Reforzábamos nuestra argumentación con los gráficos que allí mismo, en la sala del Congreso y en los pasillos que daban acceso a la misma, se nos mostraban. Había industrias en las cuales la producción había disminuido en un sesenta por ciento. Y esto nos desorientaba.

Es cierto que esta disminución se explicaba por la emigración de los obreros, que no querían permanecer en las fábricas. La vida en el campo era más fácil y menos misera; y al campo emigraron. Mas, aun reconociendo esta razón, por lo que al conjunto de la producción se refería, cuando se entraba en detalles gráficos a la vista siempre, se veía que la cantidad de

producción, el rendimiento por individuo, era menor. ¿A qué atribuirlo?

Nosotros no veíamos más que una causa: la falta de entusiasmo, de compenetración y de acuerdo entre el pueblo y sus gobernantes. Y era natural que esta opinión la expusiéramos.

Lusowsky, que ya conocía nuestra natural posición de reserva frente a todo matiz bolchevique, quiso desvanecerla completamente, y nos habló de los “sábados comunistas”.

La organización de los “sábados comunistas” era muy reciente. Y si bien el entusiasmo de los primeros momentos no había decaído, los mismos comunistas, por estadísticas que más tarde publicaremos, reconocían que no había progresado lo que ellos calcularon.

De la discusión habida con Lusowsky surgió la idea de ir una tarde los delegados a presenciar los resultados del “sábado comunista”.

“Sábado comunista” no era, en suma, otra cosa que la prestación del trabajo voluntario sin retribución reconocida.

Implantada en Rusia la semana inglesa, se pensó en aprovechar la tarde del sábado interesando al obrero en un trabajo voluntario.

Aceptada por nosotros la proposición, deseosos, además, de saber hasta qué punto los obreros, de una manera general, se interesaban por aumentar una producción que había de

beneficiarles directamente, fuimos a visitar algunos talleres y obras en donde se hacía el “sábado comunista”.

Un tanto suspicaces para todo lo que oficialmente se nos afirmaba, después de lo que habíamos visto, quisimos convencernos de sí el desinterés, el sacrificio y el entusiasmo de que se nos decía estaban poseídos todos los obreros por el “sábado comunista”, era cierto.

Acostumbrados ya a notar un divorcio bien marcado entre las disposiciones gubernamentales y el pueblo que las había de acatar, y como se nos dijera que la creación de los “sábados comunistas” no era una disposición oficial, sino una iniciativa popular, pensamos que por una vez íbamos, al fin, a encontrar un punto de concordia entre los que mandaban y los que habían de obedecer.

Así, pues, terminada la sesión del Congreso de un sábado por la mañana, en los autos previamente puestos a nuestra disposición, partimos a visitar unos talleres de metalurgia.

Visitamos varias dependencias del taller, y luego hicimos algunas preguntas.

El número de obreros que trabajaban normalmente en aquel taller era de doscientos cincuenta, y el de obreros que hacían el “sábado comunista”, de unos setenta y cinco solamente.

El rendimiento de trabajo en los “sábados comunistas”, comparativamente al realizado cada día, era de un veinticinco por ciento superior, como término medio. Se nos mostraban

los gráficos de esta producción, que, según el jefe de los talleres, demostraba más exactamente sus afirmaciones.

Al sábado siguiente se organizó otra visita a unos trabajos de descarga de madera de unas barcazas en las márgenes del río Moscova.

También aquí se nos habló con entusiasmo de los "sábados comunistas". Personas que en los demás días de la semana se ingeniaban para no trabajar, especulando o haciendo cosas parecidas, trabajaban con entusiasmo los "sábados comunistas". Como prueba, se nos mostró a cuatro o cinco personas que habían trabajado. Verdad es que estas personas estaban inscritas en las listas de la Bolsa del Trabajo como paradas, y siempre hallaban el medio de figurar como tales.

El entusiasmo de muchos de los delegados extranjeros al Congreso, después de estas visitas, no tenía límites. Los adjetivos más rimbombantes y más enfáticos, eran poco para calificar el entusiasmo de aquellos que, entusiasmados con las bellezas del régimen comunista y la dictadura del proletariado, no sólo aportaban esfuerzo durante las cuarenta y ocho horas de la semana, para que la producción aumentase, sino que daban hasta las cuatro horas que en la tarde del sábado les quedaban libres.

Cualquiera objeción a estos entusiasmos era considerada como una herejía, y ante el entusiasmo de los que no trabajaban y comían –váyase por los que comían mal y trabajaban–, no había más remedio que callar, si no quería uno

verse tratado de desafecto a la revolución, o bien de no penetrar en la profunda lección que aquellas cosas nos daban.

Era en vano que con datos a la vista se tratase de hacerles comprender lo mezquino de todo aquel entusiasmo, ya que no llegaba ni a un diez por ciento el número de obreros que hacían los “sábados comunistas”, lo que probaba la poca eficacia de aquellos procedimientos. Ellos, cabalgando sobre las nubes de sus entusiasmos, nada querían comprender.

Éramos nosotros, los que hacíamos objeciones, quienes no veíamos ni sabíamos nada. Y si bien se rendían al razonamiento de la insignificancia del número de obreros que aceptaban los “sábados comunistas”, argüían a su favor –concesión que nos veíamos obligados a hacerles– lo altamente simpático que resultaba.

Si el hacer el sábado comunista, si el hacer la prestación de trabajo durante cuatro horas hubiera sido el resultado de una iniciativa libremente aceptada y desinteresada en absoluto, ¿quién puede negar una demostración cumplida y satisfactoria de la compenetración existente entre el pueblo trabajador y el gobierno bolchevique? Porque no teníamos esta convicción, dudábamos siempre, y en las discusiones, alrededor de esta cuestión, exponíamos nuestras dudas.

Alejado el favor oficial, cuando ya las oficiosidades de los acompañantes que el Comité de la Tercera Internacional ponía siempre a nuestra disposición no podía impedir nuestras pesquisas particulares, inquirimos por nuestra cuenta y razón, sin testigos enojosos y sin preparaciones convenidas.

La iniciativa de hacer los “sábados comunistas” nació en una reunión del partido en Moscú y a propuesta de Lenin. Luego no era iniciativa popular. Mas para evitar que pareciera del Gobierno, se buscó a varios comunistas probados y oficiosamente se les indicó que, como si fuera iniciativa de ellos, acto espontáneo y voluntario, propusieran en la fábrica en que cada uno trabajaba el hacer los “sábados comunistas”.

Los Comités de Fábrica respectivos, que ya estaban prevenidos de la proposición, aunque fingieran no estarlo, la apoyaron calurosamente e invitaron a los obreros de sus fábricas u obras a que la aceptaran.

Los obreros que eran comunistas de verdad, los que sufrían todas las contrariedades del régimen sin aspirar a ser comisarios ni cosa parecida, los que no queriendo honores estaban siempre dispuestos al sacrificio por el partido y por la revolución, 1a aceptaron con entusiasmo, con alegría, con gozo, deseosos de ser útiles a la causa. Pero el resto de los trabajadores la rechazó y los pocos que se sumaron a ella lo hicieron por interés.

Deseando el Gobierno bolchevique interesar a los trabajadores y al pueblo en general en la iniciativa y dar impulso a la obra de los “sábados comunistas”, se deshizo en alabanzas, le dedicó artículos encomiásticos en los periódicos e hicieron largas disquisiciones sobre la materia. Gastaron mucha tinta, pero aumentaba muy poco la producción.

Ante el resultado negativo que la iniciativa había dado, puesto que sólo los comunistas, y no todos, se habían ofrecido

a estos sábados, se recurrió a otro procedimiento más práctico: al reparto de víveres, o prendas de ropa, a quienes hicieran el "sábado comunista". Y esto dio algún resultado; no mucho, tampoco.

Se repartía una libra de pan, o media, según la cantidad disponible; a veces harina, o bien un pescado seco, salado. Estas ofertas atrajeron a muchos trabajadores. Era natural. Una libra de pan equivalía, en rublos, al jornal que muchos ganaban en un mes.

Pero cuando vieron que las ofertas no se mantenían, y que algún sábado, después de trabajar, habían tenido que marcharse a casa sin lo prometido, comenzaron las deserciones, y el número de los obreros inscriptos disminuyó considerablemente.

He aquí, para nosotros, otra ilusión que se desvanecía; otro desencanto más que agregar a los que diariamente veníamos recibiendo.

Las afirmaciones de Lukowsky y sus acólitos eran de escasa consistencia, carecían de observación, porque o eran sostenidas por la cándida confianza de una absoluta fe en los procedimientos bolcheviques o había en ellas intenciones de hacernos comulgar con ruedas de molino.

XV

Trenes y buques de propaganda

Una de las organizaciones que más nos exaltaban los comunistas, hablando de ella con fervor de catecúmenos y atribuyéndose virtudes casi maravillosas, era la de la propaganda.

—Ésta —nos decían— será la que tarde o temprano (aunque nosotros esperamos que sea temprano), llevará al corazón de la masa, de esa masa amorfa y sin ideales, el hálito casi divino del Comunismo.

Por ella nuestro Partido será fuerte, indestructible; hará comprender al gran pueblo ruso el significado de la revolución; lo sustraerá a las influencias perniciosas del pasado, señalándole el amplio camino del porvenir.

—Hemos hecho mucho en la escuela —nos decían—, pero apenas si hemos comenzado. Además, la escuela es sólo la iniciación. Los niños siguen en ella para completar su educación y hacerse hombres; al adulto eso no lo es posible. Cuando conoce lo más elemental, ha de abandonarla.

La sociedad necesita su esfuerzo de productor y no puede, por tanto, permitirle que dedique sus horas exclusivamente al estudio.

Y si con la escuela hemos abierto al adulto los amplios horizontes que el antiguo régimen le cerraba sistemáticamente, manteniéndole en la ignorancia, no podemos abandonarle cuando hemos comenzado o enseñarle a caminar por la vida.

En esas organizaciones ciframos nuestras esperanzas. De ellas esperamos grandes resultados.

Desde que han entrado en Rusia habrán visto en alguna estación los trenes de propaganda, esos trenes dedicados a llevar al campo la voz del comunismo.

Son magníficos instrumentos de divulgación. La impresión que produce en el alma cándida y al mismo tiempo sedienta de saber del campesino, no es para explicada. Hace falta verlo, sentirlo; estar cerca del campesino cuando viene a admirar esos trenes, ¡Con qué admiración contempla el simbolismo de las figuras pintadas en las telas que adornan al tren! ¡Y cómo las comprende!

Sería necesario que ustedes visitaran uno de esos trenes; pero desgraciadamente no hay ahora ninguno en Moscú. Aunque a decir verdad: tampoco les sería fácil visitarlo aquí, pues casi nunca se detienen más de unas horas, las precisas para recoger la literatura comunista que han de distribuir en los lugares por donde pasan.

Sería interesante, muy interesante. Si visitan uno, les causará una agradable impresión.

*

El primer tren de propaganda lo vimos en la estación de Petrogrado el mismo día de nuestra llegada.

Al entrar el tren en que viajábamos en agujas, llamó nuestra atención otro parado en una vía muerta, en cuyos coches había pintadas figuras simbólicas acompañadas de leyendas en el idioma del país.

Por falta de tiempo no nos aproximamos al tren de referencia; pero preguntamos su significado. Es uno de los trenes de propaganda, nos dijeron.

Días después, ya en Moscú, pudimos contemplar otro desde más cerca, interesándonos el simbolismo de sus figuras y lo llamativo de los colores en que estaban pintadas.

Componíanse estos trenes de varios coches. Cuatro, cinco, y en algunos seis. El que contemplamos en Moscú se componía de seis coches. Era uno de los más grandes y mejor acondicionados.

El personal que viajaba en el mismo, tanto el de propaganda como el de servicio, hacía vida común dentro de los vagones.

Aprovisionados convenientemente; provistos también de una cantidad considerable de folletos y libros de propaganda comunista para la distribución, cruzaban la Rusia inmensa en todas direcciones.

Las figuras simbólicas pintadas en los coches, ocupaban los lados laterales en toda su extensión. En algunos, no en todos, las telas cubrían todo el lado del coche de larga en alto, rebasando a veces la altura del coche en más de un metro.

Las escenas pintadas eran varias y alusivas a diferentes motivos de la lucha de clases.

Veíanse grupos de obreros en actitud violenta y amenazadora para otros grupos representado a la burguesía.

No faltaban los que describían escenas en que triunfante la revolución, sobre los montones de escombros del mundo viejo, hallábase un obrero con la bandera roja y la insignia soviética, tremolándolas e invitando a los obreros del mundo a la revuelta.

En un grupo veíanse a los obreros industriales, dando la mano y abrazando a los mujiks, sellando la fraternidad de obreros y campesinos bajo la insignia y bandera soviéticas y el Poder Comunista.

Todo ello con fondos de colores vivos y llamativos, rodeados de simbolismo, cubismo e impresionismo.

Los métodos de propaganda eran tan sencillos como efectistas.

Llegado a un lugar, se invitaba a los campesinos a concurrir a las Conferencias y actos organizados por la Comisión de propaganda del tren.

A los concurrentes se les distribuía literatura comunista.

El Soviet local se encargaba de hacer el llamamiento y asegurar el concurso de los campesinos de la villa y el orden, en caso de alteración.

Más de cerca, pues lo visitamos interiormente y conversamos con los propagandistas, vimos uno de los vapores dedicados a la propaganda en las poblaciones ribereñas del Volga.

En una de las poblaciones que visitamos, hizo también escala uno de esos vapores y fuimos a visitarlo.

Lo que anteriormente eran bodegas habían sido convertidas: una en sala y refectorio de la tripulación y personal de propaganda, y la otra en sala de espectáculos y reuniones.

Dábanse conferencias, mítines, lecturas comentadas, cursos de marxismo científico y sesiones cinematográficas, todo ello, como es de suponer, dentro de la más pura ortodoxia marxista.

Hablamos con el jefe de la expedición, pidiéndole algunos detalles de la labor que realizaban.

Nos habló del entusiasmo con que los campesinos y obreros acogían la arribada del vapor propagandista.

Pero lo que más admiran, nos dijo, son las sesiones cinematográficas, pues les dan una más plástica sensación de realidad y de materialidad de las cosas que la literatura.

Son afanosos de saber y de indagar. Tienen la impertinencia del niño que todo lo pregunta. Inquieren constantemente sin descanso ni pereza, en incansable afán de enterarse de todo.

Aceptan contentos la literatura; ahora que no sabría decir si ponen en la lectura el entusiasmo que ponen en escuchar la palabra o en ver reproducidas las imágenes en la pantalla.

Para las sesiones que dedicamos al cine, siempre, sin excepción, resulta reducido el espacio de que disponemos. Y lo más interesante es que siguen el curso de los episodios con la candidez y atención que los seguiría un niño.

Se explica esta atención –nos afirmó–, porque durante el antiguo régimen raramente se ponían a su alcance espectáculos de esta naturaleza. Para el campesino ruso esto es la visión de un mundo nuevo, que ni siquiera había entrevisto en su ignorancia.

Las películas que exhibimos –añadió a demandas nuestras–, representan todos episodios de la lucha revolucionaria contra los blancos y los antiguos burgueses. Impresionamos así al campesino, y esto favorece la política comunista, mientras que debilita la de nuestros adversarios. Queremos llegar a lo más íntimo del alma campesina, sustraerla a sus prejuicios y errores conduciéndola hacia el comunismo marxista.

Estamos convencidos que es obra de mucho tiempo, de paciencia, de perseverancia; pero a ella hemos consagrado muchos esfuerzos y estamos dispuestos a consagrar muchos más. Todos los que sean precisos hasta lograr el triunfo definitivo de nuestras ideas.

Lamento, continuó, que el poco tiempo de que ustedes y nosotros disponemos, no permita que, de cerca, por sus ojos, vieran y comprobaran cuanto les vengo diciendo. Si pudiéramos organizar una velada cinematográfica para esta noche, verían la afluencia de espectadores y el interés y atención de los asistentes por los episodios representados.

Las películas pasan, antes de darlas al pueblo, por la censura del Partido –contestó a una pregunta nuestra–. Como la impresión de los films es por cuenta del Estado, se ha de suponer que sólo asuntos que él autorice pueden impresionarse.

Todos son de propaganda comunista. Impresionar asuntos de otra índole sería un gran error en estos momentos. La lucha que hemos de sostener contra los enemigos de la Rusia Soviética, no permite expansiones ni flaquezas. Hay que tener mano fuerte para imponer el comunismo, y severidad para evitar desviaciones.

Nos despedimos. Nuestra curiosidad quedaba satisfecha. Por última vez contemplamos los costados del buque cubiertos de telas simbólicas y leyendas alusivas a la lucha de clases.

El dogma marxista, más que por el estudio y por el cerebro, quería hacerse comprender del mujik por la vista y la

impresión. El método empleado para conseguirlo, no podía ser más apropiado, ¿Lo lograría? He aquí el enigma.

XVI

En la Oficina Central de Cooperativas

Nuestra visita a la Oficina Central de Cooperativas fue hecha de improviso.

Las notas y apuntes que sacamos, como resultado de la visita, no fueron tomados en los cuadernos de que habitualmente nos servíamos, sino en cuartillas; cuartillas que desde nuestra detención en Italia, al regreso de Rusia, no sabemos a dónde han ido a parar. Por esta causa sólo expondremos lo que conservamos en la memoria (y recordando bien), a fin de no caer en errores o inexactitudes.

Traspuestos los umbrales de la Oficina Central de Cooperativas, seguimos por un pasillo. Y subiendo escaleras, atravesamos salones silenciosos y llamamos como ya lo habíamos hecho en la puerta principal con igual resultado. La casa parecía deshabitada. Silencio por todas partes. Ni un portero, soldado o empleado que nos guiara.

Al fin, tras de repetidas llamadas, oímos una débil voz que desde una habitación cercana nos invitaba a entrar.

Nos recibió un anciano; y al expresarle nuestras pretensiones, nos contestó que poco podía decirnos ya.

—Las Cooperativas, verdaderamente, ya no existen —comenzó por decirnos—. El Gobierno bolchevique, añadiendo una más a las torpezas acumuladas, ha nacionalizado todas las Cooperativas. Con estas disposiciones se han convertido en simples almacenes de distribución de los productos, que los delegados bolcheviques requisan o compran, en provincias. Por eso digo que nada puedo decirles que sea de interés.

Como insistiéramos en nuestra petición, alegando la condición de extranjeros y de delegados al Congreso, y haciéndole ver el interés que tendría para los cooperativistas de los países que representábamos el conocer el alcance y amplitud del movimiento cooperativista ruso, accedió por fin a darnos los detalles que solicitábamos.

—La cooperación en Rusia —nos dijo— puede decirse que data, como organización de clase y con cierta tendencia social y política, de 1905. Antes de esta fecha, el cooperativismo ya existía en nuestro país, pero sin tendencia determinada alguna. La finalidad de ese cooperativismo que llamaremos primitivo, era pura y exclusivamente económico y abarcaba matices muy variados.

El "Mir" y el "Artel" son las variaciones más conocidas. El primero de tendencia manifiestamente comunista, y de tendencias colectivistas el segundo.

En la mayor parte de los "Mirs" el trabajo, como la distribución de productos que se obtenían del mismo, era

común, mientras que en el “Artel” cada componente percibía lo correspondiente según el trabajo que se realizaba. A tantas horas de trabajo corresponde tanta cantidad de producto. Este es su principio.

Por lo común, la zona de influencia en que se desenvuelve el “Mir” y el “Artel” no es la misma, pues así como el “Artel” se constituye con preferencia para los efectos manufacturados, es en las labores del campo, cultivo de la tierra y demás derivados donde el “Mir” influye.

Esta diferenciación se explica perfectamente.

En nuestro país, a causa de la larga duración del invierno, durante el cual el campesino se halla imposibilitado de practicar ningún laboreo en la tierra, dedícarse generalmente a confeccionar objetos de madera que luego vende en los mercados de la población.

La competencia que en los mercados se hacían entre sí al vender esos objetos, fue lo que determinó la creación de los “Artels”.

Como el trabajo no podía hacerse en común por lo dispersa que se halla la población campesina en las interminables llanuras rusas, de aquí que se impusiera el sistema colectivista, o sea el de que cada uno percibiera el beneficio equivalente a la cantidad de objetos aportados para la venta.

Esta misma razón, la de los interminables inviernos y lo corto de la primavera y otoño –pues apenas duran unas semanas cada una de las estaciones–, hace que el trabajo de cultivo de

la tierra, siembras y cuidados que luego necesita, hasta la recolección, requieran una mayor actividad y, por lo tanto, una más intensa acumulación de esfuerzos. De aquí que se prefiera el trabajo en común.

Pero, lo repito, todas estas instituciones “Mirs” o “Artels”, obraban según los intereses particulares de cada uno, sin relación ni conexión con los demás, salvo excepciones.

A partir de 1905, la situación empieza a derivarse por otros cauces.

La influencia de las ideas sociales, que a causa del movimiento habido aquel año tomaron algún impulso en Rusia, no dejaron de hacerse sentir en el seno de los “Mirs” y de los “Artels*”.

Poco a poco, esta influencia determinó la fundación de Cooperativas de producción y de consumo.

Muchas de las últimas se abastecían casi exclusivamente de productos elaborados por los “Mirs” y “Artels”, y lo mismo ocurría con las primeras.

Tan poderoso llegó a ser este impulso que, aquí, en Moscú, en el momento de declararse la guerra, había una Cooperativa de Consumo, que estaba encargada de la venta de más de cien cooperativas de producción, o sea de “Mirs” y de “Artels”.

Y no era esta sola. Cito este ejemplo como pudiera citar otros. El número de cooperadores era bastante considerable.

En 1914, se contaban unos cuatro millones de cooperadores en toda Rusia. Y desde esta fecha, hasta el reciente decreto Sovietista, que acaba de incorporar a las cooperativas en la nacionalización por ellos perseguida, el número de cooperativas había crecido enormemente. Se calculaba en once millones.

Pero no es por el número de cooperadores por lo que puede señalarse la influencia y la extensión que el cooperativismo había alcanzado en Rusia; sería un error juzgar así. Su influencia debe señalarse por los servicios que a sus componentes y al Estado mismo prestaba. Creemos que esto último, los servicios prestados al Gobierno, son los que determinaron la decisión que contra las Cooperativas acaba de tomarse.

Más de una vez, ante apuros de aprovisionamiento para sus propias instituciones –Ejército y otras–, el Consejo de Comisarios del pueblo pidió ayuda a las Cooperativas, y éstas se lo prestaron cumplidamente.

La impotencia del Gobierno y de las instituciones soviéticas para cumplir sus fines, contrastaban con la diligencia, actividad y competencia demostradas por las Cooperativas, que ningún beneficio obtenían, y abandonadas a su propia iniciativa, resolvían apremios que ni la confiscación, ni la incautación, ni los fusilamientos, habían logrado resolver.

Estimulado el Gobierno por estas realidades, muy superiores a sus concepciones económicas y a sus organizaciones centralizadoras y autoritarias, pensó que, para salir de apuros y

dar solvencia a las instituciones económicas bolcheviques, lo más rápido y hacedero era agregar las Cooperativas a su política económica, hacer de esos organismos, que antes eran autónomos e independientes, organismos de Gobierno y de Partido, pues con su experiencia y capacidad les sacarían del atolladero. El error no ha podido ser más evidente.

Las Cooperativas, florecientes ayer, se han marchitado como si una ráfaga invernal hubiera pasado sobre ellas.

Pocos meses han bastado para consumar esa labor destructora.

Hoy, puede decirse que las Cooperativas ya no existen. Apartados de ellas todos cuantos nos habíamos consagrado a su desarrollo y engrandecimiento; colocada, cada Cooperativa, bajo la dirección de un comunista probado, de un hombre afecto al partido, aunque sea incompetente para el cargo; inspeccionadas y sometidas al tutelaje del Consejo de Economía nacional; imposibilitados de hacer operaciones de compra y venta a los particulares o a sus mismos socios; obligados a proveerse en los almacenes del Estado y perdido por el componente de la Cooperativa todo derecho de intervención en el funcionamiento de la misma... de la idea motriz que una Cooperativa representa, nada queda en las Cooperativas rusas, pues no son, y lo repito, sino prolongaciones de los almacenes de productores del Estado Soviético.

Reducidos, pues, a la impotencia, los cooperativistas, no por eso hemos abandonado el ideal de toda nuestra vida. Día

vendrá, y no lo suponemos lejano, en que todo esto cambie. Y si no son las mismas cooperativas, pues acaso no puedan ya utilizarse, fundando otras nuevas podremos seguir nuestro ideario de redención y apoyo mutuo entre el pueblo. De los momentos amargos de ahora, sólo nos quedará entonces un doloroso recuerdo que nos servirá –podéis estar seguros– para perseverar con más entusiasmo en nuestra obra.

Había tal dejo de dolor en sus palabras, que nos retiramos sin preguntar nada más. No quisimos aumentarlo con recuerdos que lo avivase.

XVII

Otras visitas

El deseo de acoplar la mayor cantidad de informes que nos permitieran formar un juicio lo más justo posible de la verdadera situación de Rusia, nos impulsaba constantemente, activamente, a visitar aquellos lugares en los que podía lograrse esa finalidad.

Una persona muy querida, a la que debemos reconocimiento por sus preciosos informes y que más de una vez nos acompañó en nuestras visitas, nos habló de la Sujarefka.

Algunos días después hicimos la visita. Como no habíamos de inquirir, ni preguntar nada, sino ver; como eran los ojos los que habían de informar, preferimos ir solos para no perder detalle.

La Sujarefka de Moscú, es una especie de Avenida, sin arbolado, y muy ancha.

Ya en tiempos del zarismo, se celebraba en la Sujarefka, diariamente, un mercado como el de los Encantes de Barcelona

o Rastro de Madrid. Era el mercado de lo viejo y de lo pintoresco.

Dado el carácter de este mercado, los bolcheviques lo respetaron, y ninguna providencia adoptaron contra él.

Perseguido el Comercio en grande y en pequeño; cerradas las tiendas y castigadas con penas severísimas cuantas personas se dedicaran a transacciones comerciales, sólo quedó un sitio donde todo negocio era, sino lícito, tolerado: la Sujarefka.

La importancia que adquirió este mercado, fue considerable. La transformación fue rápida, y las prendas y objetos que allí se pignoraban, no tenían punto de comparación con otros tiempos.

Al lado del par de zapatos usados se exhibía el diamante o la perla valorados en millones de rublos, valor multiplicado.

El mismo que os ofrecía un pantalón roto por las rodillas, ponía a vuestra disposición un gabán de pieles por el que os pedía cantidades fabulosas.

En el montón de suelas viejas, de zapatos usados, podríais admirar unos elegantes chapines Luis XV.

Allí se vendía y compraba de todo. Tan numerosos eran los que iban a vender» como los que iban a comprar.

Puestos de mercería, de utensilios para cocina y de comidas» donde por unos centenares de rublos os proporcionaban una

tajada de carne, o un trozo de pescado y una rebanada de pan, Y las peticiones eran numerosas. Apenas se podía dar abasto.

También vendían leche, a 75 rublos el vaso. El precio variaba según la cantidad.

Se vendía carne fresca y carne podrida. El pasar cerca de algún individuo de los que vendían carne, era a veces un verdadero tormento.

Pan blanco y pan negro. Manzanas, peras; legumbres de todas clases; esencias y jabones más o menos odorantes. En fin, se vendía de todo y se comerciaba con todo.

Las violencias y brutalidades de la Tcheka, nada podían contra la imperiosa necesidad de vivir.

Las irrupciones que la odiosa policía hacía en el mercado, eran muy frecuentes, aunque la causa de ellas fuera más por quedarse con el producto de lo elegido sin pagar, que por hacer respetar las disposiciones oficiales. Al día siguiente, y muchas veces horas después, el mercado de la Sujarefka, reanudaba sus transacciones como si nada hubiera sucedido.

Y no se crea que la circulación fuera fácil. Por momentos, y en algunos sitios, se hacía difícilísima. El número de concurrentes se contaba por miles.

La vista de algunos de los objetos expuestos a la venta, nos hacía recordar la incapacidad oficial y gubernativa, con su centralización y sus confiscaciones.

Así, por ejemplo, en una visita que días antes habíamos hecho a la Maternidad, oímos cómo la directora y mujeres encargadas de los niños, se quejaban de la falta de biberones para darles la leche, mientras que allí, en el mercado de la Sujarefka, vimos los biberones a montones.

Agujas, alfileres, hilo y botones, raramente distribuía el Gobierno, pues no tenía; sin embargo, en la Sujarefka abundaban. Y así todo.

Las disposiciones oficiales contra el comercio, podían ser duras y crueles; pero más dura y cruel era la necesidad de vivir. Allí quedaba bien demostrado.

Alguna vez, los detenidos por la Tcheka, en la Sujarefka, fueron fusilados por especuladores. Había para suponer que estos fusilamientos sembrarían el terror y el pánico y que se interrumpiría aquel mercado extraoficial. Nada de eso. Los acuciados por el hambre o por el lucro, volvían a su puesto. Suponían que les podría pasar lo que al compañero fusilado; pero el hambre, terrible, negra, amenazadora, los lanzaba nuevamente al mercado. Para vivir, había que hacer aquello; y se hacía por encima de la Tcheka y de los fusilamientos.

*

También visitamos la Tcheka. Se nos había hablado del Museo que la famosa y temida policía creara, y quisimos verlo.

Dispuestos a enterarnos de todo, ¿por qué no enterarnos de las grandes acciones que se atribuían al famoso organismo de seguridad revolucionaria?

Porque la Tcheka era esto: la policía del Partido Comunista y la órbita en donde se movían los verdugos al servicio de la Comisión extraordinaria que presidía el actual Comisario del Interior, camarada (?) Djerzinsky.

Para la vigilancia de las calles y represión de los hechos delictivos, vulgares, había patrullas de soldados. La Tcheka tenía por misión perseguir a los contrarrevolucionarios, custodiar las personas de los Comisarios y ejecutar las sentencias de muerte que el Tribunal revolucionario dictaba. La misión, era bien triste y odiosa; pero los bolcheviques no supieron prescindir de ella.

La admiración por la Tcheka era tal, que más de una vez fuimos nosotros los admiradores de esas alabanzas.

A creer a algunos comunistas, sin la Tcheka, la revolución hubiera sido vencida, y Rusia, entregada a la voracidad insaciable de las hordas contrarrevolucionarias.

¿Cómo perder la ocasión de una visita al Museo de tan útil como revolucionaria institución?

Al llegar al domicilio de la Tcheka, una mujer, con aire de persona importante y cierto empaque de superioridad, nos sometió a un Interrogatorio.

Reconocida nuestra personalidad de delegado a la Tercera Internacional, algo equivalente a los Embajadores diplomáticos en los países capitalistas, se nos dieron excusas y se nos franqueó la entrada.

Al intérprete oficial que nos acompañaba, unióse un empleado tchequista, de alta categoría en el mismo Museo.

Una vez en el primer piso, penetramos en el Salón donde se encontraban los objetos expuestos.

El Salón no era grande, ni los objetos expuestos muchos. Revelaban, sin embargo, lo cruel de la lucha entablada entre las distintas fracciones antibolcheviques y las bolcheviques.

Lo primero que se ofreció a nuestra vista, fue una bandera negra, quemada, rasgada y perforada por las balas. En una vitrina, había piezas de revólveres, cascós de bombas y armas blancas requemadas por el fuego.

Preguntamos por el origen de aquellos restos.

—Son —nos dijeron— las armas encontradas junto a los cadáveres incinerados de la casa de los anarquistas, después del atentado por ellos cometido contra los bolcheviques en la calle Leontyesky.

Cuando se supo quiénes fueron los autores del lanzamiento de la bomba, en la calle Leontyesky, que costó la vida a catorce comunistas, y ocasionó más de treinta heridos, se sitió la casa donde se habían refugiado, y como a las intimaciones de que se rindieran, respondieran siempre disparando contra los

agentes de la Tcheka, incendiaron la casa para reducirlos por este procedimiento. La bandera negra, enseña del grupo que cometió el atentado y que flameaba al viento en el balcón, es esa que veis ahí.

Se nos mostró la guerrera que llevaba el almirante Kolchak al ser fusilado, después de su derrota en Siberia.

Vimos banderas y estandartes tomados a los Ejércitos contrarrevolucionarios y a entidades o grupos políticos que en algún momento, hicieron armas contra el Gobierno.

Nos llamó la atención una serie de instrumentos contundentes de forma primitiva, entre los que se encontraba una especie de pistola construida con los restos de un fusil Mauser.

Había bastones toscos, palos largos con una o dos arandelas de hierro al extremo inferior y en forma de contera. Otros, más cortos, que en lugar de las arandelas llevaban una cadena y sujetaba a ella una bola de hierro de forma hexagonal. El golpe con uno de estos bastones había de ser mortal o de un daño incalculable. Armas blancas de toda forma y de todos los tamaños, y una serie de instrumentos cuya única finalidad era la de herir o producir la muerte.

A preguntas nuestras, nos dijeron que todas aquellas armas habían sido recogidas en las refriegas habidas con los destacamentos de soldados rojos encargados de las requisiciones violentas dirigidas contra los campesinos.

Desarmado el pueblo por disposición gubernamental, afrontó a las patrullas como pudo, improvisando armas y defensas.

Luego se nos mostraron fotografías. Aquí pudimos comprobar los horrores de la política económica bolchevique.

Grupos de cadáveres de soldados rojos mutilados por los mujiks. A veces, después de lapidados y mutilados, los quemaban. La venganza y el odio dictaban el exterminio.

Junto a las fotografías de estos grupos de soldados rojos, se veían otras de aldeas arrasadas por los soldados enviados para ejercer represalias después de haber ametrallado a todos sus habitantes. Hombres, mujeres, niños y ancianos; todos habían sucumbido. El procedimiento era expeditivo y... práctico.

Llegaban. Un grupo de ametralladoras rodeaba el pueblo; abrían fuego y continuaban hasta que el incendio lo consumía todo.

¿Sentencia? ¿Sumaria contra los posibles autores de la muerte de los soldados? ¿Para qué? Eran contrarrevolucionarios. Había que exterminarlos a todos. Gengis-kan debía sonreír en su tumba.

Una nota de crueldad inútil, de un refinamiento de tártaro primitivo, se nos dio al mostrarnos un guante fabricado con la piel de la mano de un soldado rojo prisionero de Kolchack. La barbarie de este almirante nada la revela como aquella piel arrugada con las uñas adheridas; daba calofríos de horror.

Si otras cruidades y violencias no fueran suficiente para execrar la memoria del almirante Kolchack, el protegido de los ingleses, tan ponderados, y de los norteamericanos, tan amantes de la “Libertad”, bastaría a cubrirle de oprobio y de vergüenza la piel arrancada en vida de la mano de un soldado rojo caído prisionero.

Horrorizados por esta visión abandonamos el Museo tchekista; y el recuerdo de lo que dejábamos al abandonar el Museo nos persiguió durante varios días.

Todo el horror de la guerra civil, con sus cruidades y violencias, con sus odios y venganzas, con su afán de triunfar unos sobre otros, se hallaba encerrado en aquel recinto.

Avergonzado sin duda de su propia obra, el terror partidista se escondía en la penumbra del salón que acabamos de visitar. Era su lugar más apropiado.

*

Se han dicho, propagado y escrito verdaderas atrocidades, feroces diatribas contra la Tcheka rusa. Contra esta institución se ha alzado la más vehemente protesta del pueblo ruso. De ninguno de los cuerpos policíacos de Europa y del mundo entero, podría decirse nada parecido en punto al sistema terrorista desarrollado.

Ostenta poderes omnímodos. Por encima de la voluntad de Lenin y del Consejo de Comisarios del pueblo ha imperado siempre la voluntad prepotente de la Tcheka.

Irresponsable en sus actuaciones, dependiendo sólo de la Comisión extraordinaria, y fuera ésta de toda inspección del Partido comunista; confiada su acción a la voluntad de un solo hombre, con plenos poderes y absoluta irresponsabilidad, puede deducirse fácilmente lo que la Tcheka representa en Rusia.

La Tcheka ha sido nutrida de casi todos los elementos de la policía de seguridad zarista; ha venido actuando a pretexto de supuestas o reales acciones contrarrevolucionarias; sus componentes son remunerados con larguezas, gozando de emolumentos y de privilegios a veces superiores a los del mismo jefe del Gobierno. La misma Tcheka, a pretexto de su seguridad personal, negaba en determinados momentos al jefe de Gobierno peticiones que éste le hacía. La Tcheka lo podía todo, lo era todo.

Como prueba de los privilegios que gozaban sus miembros» citaremos lo siguiente.

De regreso al Hotel, el día que visitamos el mercado de Sujarefka, tuvimos sed y no encontrábamos modo de saciarla.

Caminando, dimos con una tienda de comestibles, en la que se vendía una bebida espirituosa de frutas. Entramos, pedimos aquella bebida y se nos sirvió; pagamos por ella setecientos rublos y nos marchamos.

Inquirimos después la razón de que no se hubiera cerrado aquella tienda. Era de uno de los jefes de la Tcheka de Moscú.

La prohibición de todo comercio no rezaba para aquel alto personaje. Allí se compraba y se vendía, a despecho de todas las dictaduras habidas y por haber.

No queremos hacernos eco de los muchos abusos que se nos delataron, imputados a la Tcheka. Bastarían ellos solos para llenar muchas páginas; no faltará quien lo haga seguramente.

Pero mientras eso llega, afirmemos que los abusos que se le achacan, han sido reconocidos hasta por los bolcheviques.

Sabido es la afición que éstos tienen por las estadísticas y gráficos propagadores de su obra. La Tcheka, por no ser menos que los demás organismos, también tiene su libro estadístico y sus gráficos. Cuáles y cuántos no serán los horrores que narra, que al mes de publicarse, el Consejo de Comisarios del Pueblo ordenó se retirara de la circulación, conminando con severas penas a quienes tuvieran un ejemplar y no lo devolvieran.

Este hecho dice más en contra de la Tcheka que cualquier otro argumento.

XVIII

Una visita a Kropotkin

El pensamiento de Kropotkin, acerca de la revolución rusa, se desconocía en Europa por entonces.

Al silencio que el maestro guardaba, dábale variadas interpretaciones. Para unos, era señal de conformidad y adhesión al régimen bolchevique; para otros, su actitud frente a los acontecimientos desarrollados en Rusia, era la única procedente y lógica. ¿No era natural que intentásemos, ya que la ocasión nos era propicia, conocer su pensamiento?

Aparte de esta circunstancia, muy tentadora por cierto, quedaba la satisfacción íntima, personal y particularísima de conocerle, de tratarle, de conversar con él unos momentos. Íbamos a escuchar la palabra de una de las más recias y respetadas mentalidades de Europa y del mundo.

Facilitó nuestro deseo el amigo y camarada Souchy, Delegado de los sindicalistas alemanes, que se encontraba allí en viaje de estudio y de información. Él fue quien nos presentó a Sacha Kropotkin, la hija de Pedro, que vivía en la calle Leontyesky.

De acuerdo con Souchy y Sacha, hicimos una visita a ésta y quedamos de acuerdo para ver a Kropotkin en Dimitrof.

No recordamos bien si fue un domingo de fines del mes de julio o de principios de agosto cuando partimos temprano.

La estación estaba lejos; llevábamos algunos paquetes de provisiones que los camaradas del Club anarquista nos habían dado para Kropotkin y el tiempo era justo. Buscamos, pues, un vehículo y por cinco mil rublos se nos condujo a la estación.

En la estación hubimos de guardar fila para tomar billete. Algunas personas, las que ocupaban los primeros puestos, esperaban turno desde el día anterior. Se habían pasado la noche en la estación. Si formábamos nosotros en la fila era más que probable que no saldríamos hasta la tarde.

Sacha nos dijo entonces que hiciéramos valer nuestra personalidad de delegados ante la Comisión extraordinaria de la estación, con lo cual lograríamos partir en aquel tren.

Siempre nos han repugnado esas preferencias y sólo hemos acudido a ellas en casos verdaderamente excepcionales.

Vimos, pues, al presidente de la Comisión. Todo esto pudo haberse evitado pidiendo en el Hotel un pase de viaje a Dimitrof, pero quisimos prescindir de la concesión oficial para obrar con más libertad. La cuenta, como se ve, nos salió al revés, aunque al final el resultado fuera el mismo.

Presentada al presidente de la Comisión extraordinaria nuestra carta de delegado, al instante se nos entregaron los

billetes. Además se nos acomodó en el coche de la Comisión extraordinaria.

En marcha el tren, entablamos conversación con algunos de los viajeros, valiéndonos de Sacha como intérprete.

Nuestro principal interlocutor era un soldado, que nos hablaba con entusiasmo de la misión casi mesiánica que había de realizar el Ejército rojo. Según él, se completarían los cuadros del Ejército lo más fuertemente posible; se les proveería del mejor y más perfeccionado armamento, y así equipado, por enseña la estrella roja y por lema “muerte a la burguesía” el Ejército Rojo ayudaría a implantar el comunismo en todo el mundo. Era el poseído, el místico, el fanático de una idea que no conoce ni comprende, pero que está sugestionado por razonamientos ajenos, puramente subjetivos y sin valor.

Producía tristeza aquella dialéctica de boletín del Ejército rojo que así influía y desviaba mentes vírgenes y sin ideario de ninguna clase.

Sus profecías, sus afirmaciones sobre la inminente marcha irresistible del Ejército rojo a través del mundo, saludado y recibido por los aplausos y vítores de los pueblos conquistados, y las apoteosis con que los pueblos lo recibirían, parecían más los del Apocalipsis que razonamientos de persona con un adarme de sentido común.

La conversación decayó pronto. No quisimos seguir al neófito comunista en su marcha triunfal a través del mundo, y menos viajando en un tren que apenas si marchaba a veinte kilómetros por hora.

Observando a los demás viajeros, nos fijamos en un soldado que llevaba al cuello un “pendentif” de señora. La cadena que lo sostenía era de oro, y el “pendentif” de perlas, con un diamante en el centro. Aquella alhaja era, indudablemente, producto del saqueo.

El soldado era hijo de unos humildes aldeanos, cerca de Dimitrof a donde se dirigía a pasar una temporada.

El mismo desenfado con que lo llevaba probaba que no conocía ni el uso ni el valor del adorno.

Las sesenta verstas que separan a Moscú de Dimitrof, parecían multiplicarse fantásticamente, pues ya llevábamos más de tres horas de tren y aun no se acercaba el momento de echar pie a tierra.

El tráfico de viajeros de unos coches a otros era continuo. Todos buscaban, en vano, mejor acomodo.

Como Dimitrof era estación límite del tren que nos conducía, los numerosos viajeros se extendieron rápidamente por los andenes apenas paró.

Siempre guiados por Sacha, tomamos un camino o calle que conduce al centro del pueblo; más antes de llegar a él, dejándolo a la izquierda, continuamos recto y tomamos por una pendiente.

Habíamos andado unos cuarenta pasos, cuando torcimos a la izquierda y nos metimos por una calle que se extendía entre

jardines, en el centro de los cuales se alzaban chalets a estilo de los que existen en algunos cantones suizos.

Al promedio de la calle, Sacha se dirigió a una puerta diciendo: "Ya hemos llegado. Como no sabe papá qué día vendríamos a verle, no ha salido a recibirnos. Pero es igual. Le cogeremos de sorpresa y estará más contento." Así fue.

Avanzamos por un espacioso jardín, todo abandonado, hacia un palacete que se veía al centro, y cuando ya estábamos a pocos pasos, la madre de Sacha nos recibió. Madre e hija se abrazaron cariñosamente. Después de la presentación de rigor, la inseparable compañera de Kropotkin, que se había convertido en horticultora para subvenir a las necesidades de la vida, estrechó nuestra mano fuertemente, mostrando su viva satisfacción por la visita.

Mientras cambiábamos la compañera de Pedro y yo algunas palabras, Sacha entró en la casa a saludar a su padre y anunciarle nuestra llegada.

Pronto apareció, encuadrada en el marco de la puerta, la figura grandiosa del maestro. Estaba algo demacrado, reflejándose en su rostro ese rictus irónico que imprimen los sufrimientos morales.

Ante la aparición de aquella figura de renombre universal, a la que daba aspecto de apóstol la barba blanca que cubría su rostro, sentimos una profunda emoción.

Mientras la compañera de Kropotkin nos preparaba sillas en un amplio mirador que servía de acceso a la vivienda, Pedro se nos acercó y abrazó estrechamente. La emoción nos invadía.

Nos hallábamos ante una de las más recias mentalidades del pensamiento europeo, y el exacto conocimiento de nuestra insignificancia nos sobre cogía como unos niños.

Kropotkin, que conocía bastante bien el movimiento anarquista y sindicalista español, solicitó que ampliáramos sus últimas noticias. Hablamos largo, explicándole detalladamente la intensidad del movimiento anarquista durante los últimos cinco años, más soslayando toda alusión respecto a la actitud suya frente a la guerra.

Sacha nos lo había encargado sobremanera. Los ataques cardíacos a que era propenso se producían en cuanto se acaloraba en una discusión. Y como al discutir sobre la actitud suya en la guerra habríamos de entrar en una discusión acalorada, lo mejor era obviarla. Y aunque Pedro insinuó la cuestión, procuramos desviarla diciendo que habíamos adoptado una posición opuesta por creerla más en concordancia con nuestro criterio anarquista.

Pasamos todo el día en compañía de aquella familia, que sólo atenciones y miramientos tuvo para nosotros. Regresamos a Moscú por la tarde.

Dos veces más vimos a Kropotkin; una en Dimitrof, adonde fuimos a visitarle, y la otra en Moscú, en casa de Sacha.

Había venido a Moscú, a pesar de las dificultades y molestias del viaje, para visitar a Lenin y hablar con él. Pero Lenin no le quiso recibir. A pretexto de ocupaciones perentorias, no quiso distraer unos minutos en escucharle. Verdad es que envió a su secretario particular para que se informase de lo que Pedro quería, pero fue una desatención de ensorberbecido no recibir a aquel hombre que iba a pedir no se consumara un crimen horrendo. Digamos que no se consumó gracias a la intervención de Kropotkin. Se trataba de la pena de muerte que el tribunal soviético quería aplicar a diez cooperativistas denunciados por un agente de la Tcheka como conspiradores contrarrevolucionarios.

La fantasía de aquel agente había imaginado un terrorífico complot, en donde sólo había la sorda protesta de unos descontentos.

Por lo que Kropotkin mismo nos dijo, pudimos saber que los procesados, para quienes se pedía pena de muerte, se hallaban un día en su local social conversando amigablemente. De derivación en derivación, llevaron la conversación al terreno político y alguno aventuró la idea, que los demás confirmaron, de que sería precisa una conspiración de todos los descontentos con el régimen bolchevique para destruirlo.

Estas palabras llegaron a oídos del tchequista y las trasmitió a la Comisión extraordinaria, la que ordenó el arresto y procesamiento de los diez individuos.

Conocedor Pedro de cómo habían pasado las cosas, al saber que iban a ser juzgados y de que el acusador soviético pedía

pena de muerte, quiso hablar con Lenin para decirle que “el fusilamiento de aquellos diez hombres sería la vergüenza mayor, la mancha más negra que el bolchevismo se echaría encima”.

Y consiguió su intento. Los libró de la muerte; aunque no de los diez años de presidio a que cada uno de ellos fueron condenados.

De lo que hablamos durante nuestras conversaciones con Kropotkin, omito todo en atención a la calidad de estas páginas, pero quiero hacer constar que fue muy interesante.

El concepto que a Kropotkin merecía la revolución era muy rico en matices y en enseñanzas para todos, aunque más particularmente para nosotros los anarquistas.

La complejidad del movimiento revolucionario ruso hallaba en su privilegiada mentalidad el intérprete más sincero y más verídico. ¡Lástima que Kropotkin no haya vivido unos años más, para que su pensamiento hubiera sido concretado en algunas páginas!

De los bolcheviques no decía gran cosa. Los consideraba como a babeufistas consumados. Para él Lenin y sus teorías, como el comunismo de Carlos Marx y de todos los marxistas, no era otra cosa que las teorías de Babeuf barnizadas con algunos modismos de actualidad. Un día nos preguntó si de regreso a España escribiríamos algo sobre Rusia.

—Si escribís un libro hablando de Rusia, tituladlo “Comment on fait pas une revolution” (“Cómo no se hace una

revolución"). Porque toda la crítica que se haga de los bolcheviques y de su modo de interpretar la revolución debe tender justamente a demostrar cómo no es posible hacer una revolución adoptando sus sistemas y premisas.

Acuciado por el deseo de conocer cuáles fueran las cuestiones de su predilección en aquel momento, nos dijo contestando a preguntas nuestras:

—Temeroso de que los bolcheviques inutilicen lo que pueda escribir de la revolución, nada escribo sobre ella; tomo apuntes nada más. Estamos también demasiado cerca de los acontecimientos y de sus hombres para que el pensador no sea influenciado excesivamente por los unos y por los otros. Esta es la principal razón de mi abstención.

Pero para no perder el tiempo, escribo sobre ética, pues leyendo una página de Bakounin me sugirió la idea de hacerlo, y a ello consagro mis horas y mis días; mas el trabajo me resulta penoso.

La falta de relaciones con el mundo intelectual exterior y las dificultades que el régimen establecido y mi salud acumulan, hace que no pueda avanzar con la rapidez debida, y que sólo tras inauditos esfuerzos pueda lograr lo que me propongo.

Inquirimos acerca de su situación económica, que no resultó ser muy desahogada. Vivía, más que de la ración que le tenía asignada el Comisariado de Abastecimientos (ración de sabio), de lo enviado por los camaradas de todos los confines de Rusia.

—Vivo mal —nos dijo— pero aun puedo considerarme dichoso. Millones de rusos viven muchísimo peor que yo.

—¿No desearíais volver a Inglaterra o a cualquier otro país?

—Ardientemente —contestó.

—¿Por qué no lo solicitáis del Consejo de Comisarios del Pueblo?

—Porque no quiero recibir una respuesta negativa de la Tcheka, de esa vergüenza que deshonrará al régimen bolchevique, que es la dueña y señora de las acciones de todos los rusos.

Sólo las personas gratas a la Tcheka, aunque fueran miserables bandidos en el régimen zarista, pueden obtener el permiso de salida al extranjero.

Prefiero morir en Rusia, consumirme en esta inacción, soportar el hambre y el frío, antes que someterme a los mandatos de esa institución.

Debíamos marcharnos. El samovar, que con su forma panzuda se erguía sobre la mesa lanzando hacia el techo los vapores del agua hirviente, proyectaba una pequeña sombra entre los dos.

Declinaba el día. El crepúsculo ponía una nota de tristeza en sus palabras. ¿Presagiaba su próximo fin?

El invierno pasado había sido muy cruel para Kropotkin. Sin leña, casi sin luz y sin alimentos, las privaciones habían quebrantado su organismo, minado también por los años. El que se acercaba sería aún más cruel.

La situación económica de Rusia se hacía más grave y difícil cada día. ¡Bien lo notaba Kropotkin!

La generosidad de los compañeros, la solidaridad y apoyo que éstos le prestaban enviándole lo que podían, era el barómetro que señalaba un notable descenso.

Los envíos se espaciaban, se hacían más intermitentes. A veces, una carta de disculpa los acompañaba. “Hubiéramos querido enviarte antes estos pequeños obsequios –le decían–, pero no hemos podido. ¡Si supieras Pedro, las dificultades que tenemos para aprovisionarnos en este pequeño rincón!...”

Con estas palabras disculpaban aquellos generosos compañeros, perdidos en alguna aldea de la inmensidad rusa, el no poder ayudarle más eficazmente, y ellas acusaban las privaciones a que se habían sometido para cumplir un sencillísimo deber de solidaridad.

Al despedirnos del Maestro, estrechamos fuertemente su mano; nos abrazamos y recibimos su beso fraternal.

—Saludad en mi nombre —nos dijo— a todos los anarquistas de España, de quienes conservo afectuosos recuerdos. Mirad —añadió mostrando un hermoso reloj de oro—. No sé si recordaréis...

—Sí, sí nos acordamos —interrumpimos.

—Decidles que aún lo conservo. Que no olvidaré nunca este hermoso rasgo de los anarquistas españoles, debido a la iniciativa de los camaradas de La Coruña.

La inscripción que lleva en el interior de su tapa: ("A iniciativa de los anarquistas de La Coruña, a Pedro Kropotkin, en sus bodas de plata") será siempre para mí un grato recuerdo de los camaradas españoles.

XIX

Hablando con Lenin

El segundo Congreso de la Tercera Internacional finalizaba. La posición ideológica de los diferentes delegados que a él concurríamos, se despejaba un tanto. Había casos irreductibles; otros, en cambio, se habían doblegado poquito a poco. Pero –fenómeno curioso–, cuando el Congreso terminaba, se desató la actividad de la mayoría de los delegados.

Había algunos, entre ellos Bombacci, componente de la delegación italiana que durante el Congreso, concurría a una sesión para faltar a tres, y entonces, terminado, se le veía ir y venir, incansable, atareado, inquieto. No cesaba de visitar al Comité de la Internacional y celebrar conciliábulos con él.

Al revés que Serrati. Hasta mediadas las tareas del Congreso, Serrati era un hombre indispensable, el orador obligado en todos los mítines de alguna importancia, el hombre a quien se consultaba para todo, sobre todo y en todo. ¿Qué había pasado? Los hechos lo han manifestado después, y no es aquí

donde debemos recogerlo. Algo idéntico pasaba con otras delegaciones.

Pero nuestro asombro no tenía límites al ver cómo delegados intransigentes antes, ponían cara de satisfacción y aconsejaban transacción y acuerdo.

Los requerimientos a los delegados para que visitaran al Comité, se hacían continuamente. Hemos de advertir que a nosotros y a algún otro delegado, no se nos hizo ningún requerimiento. Y los delegados concurrían. No sabemos de qué se trataba; pero las defeciones en el campo de los intransigentes se notaban en cada sucesiva sesión. A la penúltima concurrió Lenin. Como las cuestiones a discutir carecían de interés y, además, ya todo se arreglaba entre bastidores, y deseando, por nuestra parte, volver a España cuanto antes, aprovechamos aquella ocasión para saludar a Lenin y despedirnos de él.

En tanto que traducían su discurso al inglés, como le viéramos en disposición de irse, nos dirigimos hacia él y le alcanzamos al llegar a la puerta del bufet.

—¿Cuándo pensáis marcharos? —nos dijo,

—A la mayor brevedad. Sólo nos resta realizar algunas informaciones; terminadas, partiremos.

—Quedaos algún tiempo más.

—No —le dijimos—. No podríamos ampliar mucho más, sin estar mucho tiempo, los informes que tenemos. Nuestra

permanencia aquí algunas semanas más no tendría ya ningún interés. Y, en cambio, los compañeros de España, podrían reprocharnos el retraso.

—Como aún estaréis algunos días en Moscú —dijo— ¿no os sería grato que habláramos un rato a solas?

—Con mucho placer. No habíamos hecho ninguna indicación en ese sentido por temor a ser molestos.

—De ninguna manera —respondió Lenin—. Pero como yo tengo muchas ocupaciones y pudiera ser que me olvidara de avisaros, ¿queréis recordármelo el martes próximo por teléfono? El martes podré deciros el día y la hora para hablar.

Al día siguiente, viernes, celebróse la última sesión oficial del Congreso, acordando en ella, que se fijara para el próximo domingo la sesión de clausura, y como hora para celebrarla la de las tres de la tarde, en el gran teatro de la Opera, de Moscú.

Sábado y domingo los pasamos ordenando nuestras notas. Fijamos también el orden de los trabajos de investigación que pensábamos realizar.

La mañana del lunes la destinamos a ordenar los apuntes de las últimas sesiones del Congreso, y permanecimos sin salir del hotel. A las once de la mañana, aproximadamente, el comandante nos llamó urgentemente a su despacho. Por conducto del intérprete nos hizo saber que Lenin había preguntado por nosotros y había ordenado que se pusiera un auto a nuestra disposición.

Este no se hizo esperar. Apenas acabábamos de recoger los cuadernos y las cuartillas esparcidas sobre la mesa de trabajo, el intérprete vino a avisarnos que el coche esperaba. Acompañado de un comandante militar partimos al instante. Entramos en el Kremlin por la puerta por la que, habitualmente, entraban los delegados.

Al descender del auto, el cabo que mandaba la patrulla de guardia nos pidió el nombre, y después de cotejarlo con el que figuraba en el orden que llevaba mi acompañante, habló con éste en ruso y nos permitió el acceso. Al llegar al primer piso, otra pareja de soldados repitió la operación. Continuamos subiendo.

En el rellano de la escalera y de acceso al segundo piso, el cabo que mandaba la patrulla, compuesta de cuatro soldados, volvió a comprobar nuestra identidad. Pero, fuere que la pronunciación de mi nombre no le satisficiera, o que esa fuere la consigna, lo cierto es que se dirigió a un aparato telefónico consultando.

Recibida la respuesta, nos dejó continuar por el pasillo en dirección al despacho de Lenin. Pero antes de llegar a la entrada había una mesa, con un libro registrador. Mi acompañante se dirigió al comandante, le entregó la orden que llevaba y se retiró. Su misión había terminado. El comandante nos preguntó nuevamente el nombre y lo cotejó con el de la orden y lo anotó en el libro que tenía delante.

¡Al fin!, terminada la operación, se levantó, nos acompañó hasta la puerta, abrió y nos invitó a pasar a un descachó, en

donde, en el mayor silencio y actividad, trabajaban seis mecanógrafas.

A los pocos momentos de antesala se nos condujo al gabinete de trabajo de Lenin.

El despacho de Lenin estaba amueblado con sobriedad. Todo lo superfluo había sido descartado.

Un grandioso mapa de Rusia; alguno más pequeño de otros países: una mesa de trabajo abarrotada de documentos y papeles; algunas sillas; unas butacas y sillones. Este era todo el mobiliario. Apareció Lenin. Sonriente nos tendió la mano que apretamos con verdadera efusión y nos sentamos frente a frente. Estaba contento, alegre, satisfecho.

—¿Estáis contento del trato que os hemos dado los comunistas? —preguntó,

—Mucho —contestamos—. Habéis tenido en todo momento atenciones y respetos que nosotros hemos sabido apreciar en su valor. Si así no fuera, si nuestra discreción hubiera sobrepasado en algún punto el límite de lo debido, os rogaríamos nos exculpaseis.

—Nada de eso. Desde el primer momento, hemos recibido las mejores impresiones. No importa que no participéis de nuestro pensamiento, ni que no seáis uno de los nuestros. Sabemos que vuestra discrepancia de criterio os ha mantenido en todo momento alejado de ligerezas impropias de la seriedad requerida.

Haciendo una breve transición, añadió luego:

—Pasando a lo interesante. ¿Podrás ampliarme algunos detalles del informe que habéis presentado a la Tercera Internacional, sobre la situación de las diferentes fuerzas políticas y sociales de España?

Le di los detalles que solicitaba y continuó:

—Es decir, que seguís rechazando la dictadura del proletariado, la centralización y la necesidad de formar en España el Partido Comunista para hacer la revolución.

—Nosotros seguimos firmes en nuestro criterio, en nuestras afirmaciones y principios.

—¿No os ha convencido la obra de Rusia?

—Lo visto en Rusia, lo observado en Rusia, y las conclusiones que sacamos del conjunto aquilatan nuestro criterio.

No hemos de ocultaros que, cuando nos dirigíamos desde París aquí, una duda nos asaltaba de continuo. Ante lo desconocido, sugerido y vacilante, nos hicimos muchas veces esta pregunta: “¿Estaremos equivocados los anarquistas en los aspectos fundamentales de nuestra doctrina?” Y no he de ocultaros el temor con que veíamos acercarse el momento de tener, acaso, que suscribir la negación de aquellas ideas defendidas por nosotros con tanto ardor y que formaron el pequeño bagaje intelectual de nuestra vida. No se renuncia sin dolor, cuando se piensa honradamente, a las ideas que nos han sido caras. Es una página que hemos de arrancar a la historia

de nuestra vida. Y esas amputaciones son siempre dolorosas. Pero lo visto y observado en Rusia han confirmado y fortificado nuestras convicciones.

—Entonces, ¿seguís creyendo que no es necesaria la dictadura del proletariado? ¿Cómo pensáis que pueda destruirse la burguesía? ¡No creeréis que pueda hacerse sin una revolución!

—De ninguna manera, La burguesía no se dejará expropiar pacíficamente. Opondrá a las acometidas del pueblo que tal intente la más feroz resistencia, y una revolución se hace inevitable. Será más o menos violenta; esto depende de la resistencia que la burguesía oponga; pero es inevitable la revolución cruenta. Ahora bien; la diferencia entre el pensamiento bolchevique y el nuestro se manifiesta a partir de este instante.

La revolución es un acto de fuerza. Esto es indiscutible. Pero la revolución no es la dictadura del proletariado.

Dictadura es imposición de gobierno, de autoridad, de unos, pocos o muchos, que dispongan de todo a su arbitrio en nombre propio o colectivo, frente a otros, que deben obedecer sin replicar, so pena de sanciones y de violencias, ejecutadas por personas autorizadas para ello con mandato, con autoridad indiscutible.

Revolución no es eso. La revolución es el pueblo en armas, que cansado de soportar injusticias, de ser privado de sus derechos, de una explotación que le niega el derecho a la vida, protesta de ellas; toma las armas, sale a la calle e impone por la fuerza del número la organización social que cree más justa. En

esto hay violencia; cierto; pero no hay dictadura. Claro que por una deducción arbitraria y capciosa se podría, con cierta sutileza de ingenio, llegar a unir estos dos extremos: revolución y dictadura. Pero la verdad y la realidad, que se esconde tras el valor y contenido de cada uno de esos dos conceptos, nos demostraría al instante lo artificioso de tal razonamiento y lo endeble de la argumentación.

Para mejor concretar nuestro pensamiento, es decir, para ser más explícitos, podemos sintetizar así: la Revolución es causa; la dictadura puede ser el efecto de esta causa. Confundir lo uno con lo otro, no me parece cosa fácil, cuando no se atraviesa la premeditación de una imposición directriz.

—Pero, la revolución, ¿no es imposición? ¿No se obliga a la burguesía a que abandone sus privilegios de clase?

—Cierto, que la revolución es imposición; pero la acción revolucionaria del pueblo no es dictadura. Y si se quiere utilizar el valor intrínseco de cada palabra y de cada concepto, para sacar conclusiones favorables a una tesis cualquiera, os diré que no se la "obliga al abandono de sus privilegios", sino que se la "desposee", cosa que no es lo mismo.

Cuando se "obliga", es que ha habido acuerdo previo, que existe un mandato, por el cual se ordena, y cuando se ordena, se dicta; mientras que cuando el pueblo, "desposee"» no existe ni mandato, ni orden, ni acuerdo previo. Esto último, tiene valor revolucionario neto. Lo demás, no. Pero creo que es inútil utilizar sobre conceptos.

Hablando, pues, de conceptos generales, ahora más que nunca, creemos, que la dictadura del proletariado, la organización o constitución de un Gobierno de clase –asalto al Poder–, para dictar leyes a quienes las dictaban ayer, no es indispensable en una revolución de carácter social, como la que demandan los tiempos que vivimos. Basta desposeer a la burguesía y armar al pueblo, para que esa finalidad se logre.

En cuanto a la defensa de la Revolución y sus conquistas, los mismos hechos acaecidos en Rusia, demuestran cómo el pueblo sabe defenderse, llegando al sacrificio de su propia vida.

El sometimiento del pueblo subsiste por la preponderancia económica de la burguesía. Quítesele el medio de ejercer esa preponderancia, y la sumisión habrá terminado. Entréguese a los Sindicatos la organización del trabajo y la distribución de lo producido y se verá cómo la burguesía no vuelve a levantar la cabeza. Tal es nuestro criterio personal nacido de lo observado aquí, en Moscú, en Rusia.

—Veo que no hay medio de convenceros. Entonces, ¿tampoco aceptáis la centralización y la disciplina?

—Los resultados de vuestra centralización, proclaman bien claramente su fracaso en el orden político y económico. Por los informes acopiados en los diferentes Comisariados las conclusiones que sacamos de la centralización política y administrativa, son completamente opuestos a los que saca vuestro partido. El bolchevismo afirma –así lo deducirnos de los discursos pronunciados en el Congreso– que las dificultades

políticas y económicas que en Rusia se producen, obedecen a falta de centralización y disciplina, y piden más disciplina y más centralización.

Nosotros opinamos lo contrario.

Cuanta más centralización y disciplina impongáis, mayores serán las dificultades y más difíciles de vencer.

—Error; estáis en un error, Pestaña.

—Es posible, aunque no lo creemos. Sólo el tiempo podrá demostrarlo cumplidamente. ¡Claro que en momentos como los que vivimos, es dolorosa esta conclusión! Mas no hay otra. De todos modos, y sin entretenernos más que lo indispensable en estas cuestiones teóricas, hemos de pensar que vivimos para subvertir el régimen capitalista, y esto no se logrará si no es haciendo la revolución.

—Eso es lo fundamental. Y aunque en todos los países no tenga los mismos matices, y evitando o corrigiendo los errores en que nosotros hayamos caído, lo esencial ahora es hacer la revolución en los otros países. Emancipar al proletariado de la dictadura burguesa. Y a propósito: ¿qué concepto, como revolucionarios, os merecen los delegados que han concurrido al Congreso?

—¿Queréis que os sea franco?

—Para eso os lo pregunto.

—Pues bien, aunque el saberlo os cause alguna decepción, o penséis que no sé conocer el valor de los hombres, el concepto que tengo de la mayoría de los delegados concurrentes al Congreso, es deplorable. Salvando raras excepciones, todos tienen mentalidad de burgués. Unos por arribistas y otros porque tal es su temperamento y su educación.

—¿Y en qué os fundáis para emitir juicio tan desfavorable? ¡No será por lo que han dicho en el Congreso!

—Por eso exclusivamente, no; pero me fundo en la contradicción entre los discursos que pronunciaban en el Congreso y la vida ordinaria que hacían en el hotel. Las pequeñas acciones de cada día, enseñan a conocer mejor a los hombres que todas sus palabras y discursos. Es por lo que se hace y no por lo que se dice, por lo que puede conocerse a cada uno.

Muchos granos de arena acumulados hacen el montón. No el montón a los granos. La infinita serie de pequeñas cosas que hemos de realizar día tras día, demuestran mejor que ningún otro medio, el fondo verdadero de cada uno de nosotros.

¿Cómo queréis, Lenin, que creamos en los sentimientos revolucionarios, altruistas y emancipadores de muchos de esos delegados que en la vida de relación diaria, obran, ni más ni menos, como el más perfecto burgués? Murmuran y maldicen de que la comida sea poca y mediana, olvidando que somos los delegados extranjeros los privilegiados en la alimentación, olvidando lo más esencial: que millones de hombres, mujeres,

niños y ancianos, carecen, no ya de lo superfluo, sino de lo estrictamente indispensable.

¿Cómo se ha de creer en el altruismo de esos delegados, que llevan a comer al hotel a infelices muchachas hambrientas a cambio de que se acuesten con ellos, o hacen regalos a las mujeres que nos sirven para abusar de ellas?

¿Con qué derecho hablan de fraternidad esos delegados, que apostrofan, insultan e injurian a los hombres de servicio en el hotel, porque no están siempre a punto para satisfacer sus más insignificantes caprichos? A hombres y mujeres del pueblo los consideran servidores, criados, lacayos, olvidando que acaso alguno de ellos se haya batido y expuesto su vida en defensa de la revolución. ¿De qué les ha servido?

Cada noche, igual que si viajaran por países capitalistas, ponen sus zapatos en la puerta del cuarto para que el “camarada” servidor del hotel se los limpie y embetune. ¡Hay para reventar de risa con la mentalidad “revolucionaria” de esos delegados!

Y el empaque y altivez y desprecio con que tratan a quien no sea algo influyente en el seno del Gobierno o en el Comité de la Tercera Internacional irrita, desespera. Hace pensar en cómo procederían esos individuos si mañana se hiciera la revolución en sus países de origen y fueran ellos los encargados de dirigirnos desde el Poder,

¡Poco importan los discursos que hagan en el Congreso! Que hablen de fraternidad, de compañerismo, de camaradería, para

obrar luego en amos, es sencillamente ridículo, cuando no infame y detestable.

Y, por último, esas lucrativas componendas que presenciamos los que estamos asqueados de tantas defeciones; ese continuo ir y venir tendiendo la mano y poniendo precio a su adhesión, reviste todos los caracteres de la más infame canallada, de la más indigna granujería. Eso es tan bajo, ruin y miserable, como lo sería una madre que vendiera su hija para satisfacer un capricho de los más abominables e inmundos.

¿Cómo vamos a creer en el espíritu revolucionario y en la seriedad de esas gentes?

¿Que desean la revolución en sus respectivos países? Eso sí; pero quieren que se haga sin peligro para sus olímpicas personas y en beneficio exclusivo de sus concupiscencias.

Naturalmente que esto no quiere decir que en el seno de los partidos comunistas y de las multitudes, por esos delegados representadas, no haya centenares de individuos de buena fe, dispuestos al sacrificio y dignos de todo respeto y consideración. Estos quedan aparte. Estas censuras no tienen más alcance que el puramente personal y en relación a los delegados concurrentes al Congreso.

Esta es nuestra opinión, sinceramente expuesta.

—De acuerdo, Pestaña, de acuerdo... aunque haya alguna exageración en vuestros juicios.

Al decir estas palabras, Lenin se puso en pie. La entrevista terminaba. Acaso abusamos de la benevolencia concedida; pero hubiera sido indiscreto por nuestra parte terminar una conversación que no sabíamos qué alcance se le quería dar.

Antes de despedirnos de Lenin nos preguntó si volveríamos a Rusia al próximo Congreso,

—Procurad venir, y que os acompañen varios de vuestros amigos. Venid y estudiad sobre el terreno nuestra obra. Para entonces la situación habrá mejorado, y acaso podamos llegar a conclusiones que nos aproximen más que lo estamos hoy. ¿Escribiréis algo acerca de lo que habéis visto y el concepto que os merece?

—Es muy posible —contestamos.

—Si lo hacéis, no dejéis de enviármelo. Tendré mucho gusto en recibirla y leerla,

Nos estrechamos cordialmente la mano y salimos.

Una profunda simpatía y un respeto sin límites nos quedó hacia Lenin después de esta conversación. No compartíamos sus ideas, no las compartimos hoy; pero saben todos aquellos amigos con quienes hablamos de él que, al referirnos personalmente a Lenin, guardamos para él las consideraciones y miramientos a que creemos es merecedor.

Pocos días después de esta conversación con Lenin fuimos a casa de Sacha, la hija de Kropotkin, y por casualidad se hallaba allí su padre. Era el día que vino a Moscú para entrevistarse con

Lenin, interesándose por los cooperativistas para los que se pedía la pena de muerte.

El objeto de esta visita era decir a Sacha el resultado obtenido de una petición, que en favor suyo hicimos a Lenin.

Por las relaciones que en Londres tenía Sacha, y por ser además perita en la materia, Lunatscharky, el Comisario de ademá s perita en la materia, Lunatscharky, el comisario de Pueblo se la delegara para ir a la capital inglesa a comprar material de enseñanza para las escuelas de Rusia.

Aprobada por el Consejo de Comisarios del Pueblo la propuesta, se solicitó de la Tcheka los correspondientes pasaportes, y la Tcheka se negó a concederlos.

Cuantas gestiones se hicieron para que los concedieran, fueron inútiles. No hubo medio de vencer esta oposición.

Unos días antes de nuestra visita a Lenin, acababa de recibirse por tercera vez la negativa de la Tcheka. Sacha, que sabía que teníamos que entrevistarnos con Lenin, nos propuso que insistiéramos en la petición. La respuesta de Lenin no pudo ser más favorable; me afirmó que el pasaporte de Sacha sería despachado. Tanto Kropotkin, como su compañera, y su hija, nos preguntaron qué impresión habíamos sacado de la entrevista y cuál creímos que era el pensamiento de Lenin respecto al curso de los acontecimientos.

—La impresión, juzgando personalmente, es buena —les dijimos—. En cuanto al pensamiento de Lenin, respecto al curso de los acontecimientos, es el de un hombre que se ha

equivocado y busca con interés el camino que lo saque del atolladero. Si acierta, bien; sí no acierta, la revolución retrocederá en su avance.

Tal es lo que sustancialmente pudimos colegir del fondo de amargura de alguna de sus manifestaciones.

XX

El regreso a España

El Congreso de la Tercera Internacional había terminado. La actividad del Comité la absorbía la organización del Congreso de raza amarilla, que la Tercera Internacional preparaba para el día 13 de septiembre en Bakú, y las órdenes a los delegados que hacia los restantes países de Europa y América partían ya. La desbandada era casi general.

Las veintiuna condiciones que imponía Moscú a los partidos socialistas que quisieran ingresar en la Tercera Internacional y a los comunistas que no se habían sometido incondicionalmente, a los dudosos, obligaban a una labor interna que vino a reemplazar lo externo, hasta entonces predominante.

Un grupo de delegados al Congreso, del que formaba parte toda la delegación italiana y los malogrados compañeros franceses Vergeat y Lepetit y el comunista Lefebvre, entre otros, habían partido en viaje de excursión hacia Ucrania –a la que no fuimos por tener más tiempo para completar nuestras informaciones– y esperábamos que regresaran.

Habíamos convenido con Vergeat y Lepetit que me proporcionarían datos e informes de su viaje y que nosotros les daríamos los datos e informes que recogíramos en Moscú.

Los días transcurrían un poco monótonos y aburridos. Como cada cual iba a lo suyo, y la espera para conseguir un intérprete o un permiso cualquiera se hacía a veces interminable, transcurrían las horas muy lentamente, sin saber en qué emplearlas.

Solicitamos los pasaportes, y a los dos días se nos avisó que podíamos recogerlos. Antes tuvimos que ir a las oficinas de la Tcheka, para que la policía tchequista nos retratara. Era condición indispensable esta fotografía para no sufrir interrupciones en el viaje.

Nos sentimos humillados. La repugnancia instintiva contra la Tcheka, se acrecentó desde este momento. Pero más sensación de indignidad fue la que nos produjeron los delegados bolcheviques que, además de encontrar justa la disposición, la elogiaban. La contextura moral de estos entes producía náuseas.

La aparición en la escena de un nuevo personaje vino a sustraernos de estas preocupaciones y hacernos olvidar el incidente de la ficha antropométrica. Estábamos trabajando en la habitación del hotel cuando llamaron fuertemente en la puerta.

Dimos la venia para que pasara y apareció en el marco de la puerta un ser desconocido para nosotros.

Sin preámbulos, sin decir quién fuera, ni dar su nombre o condición, y usando un tono ridículo de arrogancia, preguntó en correcto castellano.

–Qué, ¿no has cambiado de ideas?

Quedamos perplejos ante aquel intruso. ¿Quién podía ser aquel personajillo que a bocajarro, en tono imperioso y autoritario, tenía el desparpajo de interrogarnos?

Más correctos que él, aunque menos bolchevique, contestamos sin darnos por enterados de sus groseros modales.

–¡Cómo! –dijo con asombro al escuchar nuestra contestación–. Después de lo que has visto en Rusia, del grandioso espectáculo de la revolución, de la obra imponderable de los comunistas y de la dictadura del proletariado, ¿sigues pensando como antes?

–Igualmente que antes –replicamos sin asombro de nosotros mismos–. Justamente, después de ver todo eso y por haberlo visto, sigo pensando como antes; me afirmo más en mis ideas de siempre.

–Entonces, ¿es que no has visto nada de la revolución?

–Seguramente he visto la obra de la revolución mejor que tú, –contesté.

–Antes de que te marches quisiera tener una entrevista contigo, a presencia del Comité de la Tercera Internacional,

porque yo soy Merino Gracia, el delegado del Partido Comunista español.

—¡Ah! —respondimos—. ¿Tú eres Merino Gracia?

—Sí, —contestó—. ¿Yo soy Merino Gracia!

—No hay ningún inconveniente en concurrir a esa reunión; lo único que deseo es que se celebre cuanto antes. A tu cargo lo dejo.

La reunión no pudo celebrarse, pues Merino Gracia partió al día siguiente para el Congreso de Bakú. Y así terminó el pintoresco incidente.

Por aquellos días volvimos a reanudar con ardor las tareas para llegar a un acuerdo en la organización de la Internacional Sindical Roja.

La llegada a Moscú del camarada Borghi, delegado de la “Unione Sindacale Italiana”, que iba a ponernos en frente de D’Aragona, el representante de la “Confederatione Generale del Lavoro”, y la partida de Luzowsky para Londres, siendo reemplazado por Tomsky, más transigente y más ponderado, hizo que nos ocupáramos nuevamente de organización, olvidando todos los pequeños sinsabores de los inesperados encuentros y de la monotonía del tiempo.

Estas reuniones llegaron a ser borrascosas. Ahora que eran borrascosas sin grandes agitaciones. Algo así como tempestades en un vaso de agua. Borghí, que como ya hemos dicho, acababa de llegar, reclamó la solidaridad de la

Confederación Nacional del Trabajo, por ser la organización más afín de la por él representada, para que se admitiera a la Unione Sindicale, excluyendo a la Confederatione Generale del Lavoro, representada por D'Aragona, organización eminentemente reformista, pues incluso su secretario, D'Aragona, formaba parte de un organismo nacional en favor de los inválidos italianos de guerra del que también era miembro el rey de Italia. Extremo que los bolcheviques no ignoraban.

La petición de Borghi vino a entorpecer algún tanto los acontecimientos y a agitar las pasiones. Por nuestra parte, aceptamos su demanda, y en una de las sesiones de la Comisión organizadora, la planteamos.

La sorpresa de Tomsky no tuvo límites. Y todas sus habilidades fueron dirigidas a hacernos desistir de nuestro propósito.

La negativa le exasperó. Contestó que de ninguna manera. Que la Confederatione Generale del Lavoro no podía ser excluida.

Cuando le demostramos documentalmente que dicha organización, a más de formar parte su secretario de un organismo del que era presidente el rey de Italia, seguía, aunque D'Aragona hubiera dicho lo contrario, adherida a la Internacional Sindical de Ámsterdam, duplicidad inadmisible, propuso aplazar la discusión para el día siguiente, a fin de consultar al Comité de la organización central rusa.

Aceptada su proposición, seguimos discutiendo el orden del día. Al comenzar la sesión del día siguiente, reprodujimos la proposición, pero Tomsky la combatió ardientemente, y cuantas razones aportamos demostrando lo incongruente de la posición en que se colocaba, fueron rechazadas sistemáticamente por él y otros delegados.

Llegó un momento en que creímos acabaría allí nuestra labor para constituir la Internacional Sindical Roja, pues siendo iguales las fuerzas que sostenían uno y otro criterio, y las dos irreductibles, no había medio de ponernos de acuerdo.

Entonces pedimos aplazar la discusión para ponernos de acuerdo con Borghi y ver si había algún medio de salvar la situación. Suspendida la sesión, consultamos con Borghi, De resultas de la consulta, acordamos retirar la proposición excluyendo a la Confederacione Generale del Lavoro italiana y proponer que la Unione Sindicale fuera admitida en igualdad de condiciones en las deliberaciones del Comité y en el futuro Congreso Internacional que se preparaba, adicionada esta proposición con una declaración que, en síntesis, venía a decir lo siguiente: "La Comisión organizadora de la Internacional Sindical Roja ve con simpatía la actitud francamente revolucionaria y el espíritu de lucha de clases que la Unione Sindicale Italiana ha desarrollado entre los trabajadores italianos."

Contestó Tomsky que aceptaba la primera parte de la proposición, no así la segunda, pues, aunque veladamente, encerraba un voto de censura para la Confederatione Generale del Lavoro.

Le hicimos ver que no había tal propósito en lo propuesto; sino más bien el de estimular al proletariado italiano adherido a la Confederatione a que imitara al de la Unione Sindacale. Pero no se convenció.

Firmes en nuestra propuesta, pues la creíamos lógica, rechazamos cuantas se nos hicieron para que la retiráramos.

Vuelta a empantanarse la labor que realizábamos y a discutir interminablemente. Pidió Tomsky un nuevo aplazamiento en las deliberaciones para ponerse de acuerdo con los representantes de la organización obrera rusa, por lo que suspendimos la sesión hasta el día siguiente, a fin de que Tomsky consultara.

Reunidos de nuevo, Tomsky manifestó que en nombre de la revolución y de la dictadura del proletariado, el Partido Comunista ruso no podía aceptar nuestra proposición, invitándonos, por tanto, a que la retiráramos.

Quedamos perplejos ante las declaraciones de Tomsky, pues no sabíamos qué tendría que ver la revolución ni la dictadura del proletariado con una proposición sin más alcance que el de demostrar simpatía hacia una organización, sin despreciar ni censurar a las demás.

Tratamos de discutir la actitud en que Tomsky se había colocado, pero fue inútil. Se nos dijo claramente que, o retirábamos la proposición o se daban por terminadas las tareas de la Comisión organizadora.

Ahora fuimos nosotros quienes, ante el ultimátum, pedimos suspender la deliberación por unos minutos para decidir. Con Borghi, que asistía, como es de suponer, a todas las deliberaciones de la Comisión, nos retiramos al pasillo y cambiamos impresiones, pues la situación era por demás crítica. El dilema para nosotros era: o ceder o llegar al rompimiento. ¿Por cuál de las dos proposiciones debíamos decidirnos? Nos decidimos por la primera. Cedimos. Nos pareció la más lógica.

Al reanudar la discusión hicimos uso de la palabra, retirando la proposición, no sin antes lamentar la intromisión del Partido Comunista ruso en las deliberaciones de la Comisión. Dijimos que se había coaccionado la voluntad de los delegados imponiéndonos un criterio equivocado, y que si nosotros, los representantes de la organización española e italiana, cedíamos, no era por esa coacción, que rechazábamos, sino por no hacer infecundas las tareas de la Comisión y mantener la unidad del proletariado, aunque preveíamos para lo futuro, si esas intromisiones continuaban, graves dificultades para mantenerla. Terminado este incidente, proseguimos discutiendo las demás cuestiones.

Otra de las que levantó polvareda, dando lugar a discusiones enconadas, fue la del texto de la convocatoria para el Congreso Internacional de la Sindical Roja. Proponían los comunistas que se excluyera a todas las Federaciones y organismos centrales afectos a la Internacional de Ámsterdam, admitiendo, en cambio, a los Sindicatos que perteneciesen a esas Federaciones y quisieran asistir. Pero la exclusión de esas Federaciones era condicionada. Nos pareció demasiado complicado aquello y lo

rechazamos. Propusimos que se convocara lisa y llanamente a todas las organizaciones sindicales locales, regionales o bien nacionales, ya fuesen de industrias o abarcando a todos los oficios o industrias de una localidad que quisiesen asistir, restringiendo solamente, para evitar cualquier sorpresa, el derecho de voto, ya limitando el número o bien negándoselo a las que pertenesesen, de hecho, a la sindical de Ámsterdam.

En principio no quería aceptarse esta proposición. Se auguraban males sin cuenta y la posible invasión y predominio de los elementos reformistas. También se nos proponía que en la invitación constase que todas las organizaciones concurrentes al Congreso aceptasen por adelantado la dictadura del proletariado. Lo rechazamos también, y propusimos se suprimiese tal obligación. Sosteníamos que para atraer al futuro Congreso la mayor cantidad de organizaciones obreras, para que fuera en realidad un Congreso universal de organismos sindicales era preciso rechazar todo dogmatismo y toda obligación a priori.

Por fin, tras largas deliberaciones, se convino en no mencionar lo de la dictadura del proletariado, convocando a cuantas organizaciones sindicales revolucionarias y que practicasen la lucha de clases quisiesen asistir,

Las discusiones habían sido por demás laboriosas; y aunque materialmente salíamos unidos de ellas, la unidad moral quedaba bastante quebrantada, más de lo que hubiese sido menester.

Toda objeción a la dictadura del proletariado y a la sumisión de los Sindicatos al Partido Comunista, sacaba de quicio a los bolcheviques y daba lugar a discusiones apasionadas e interminables. Sin embargo, a vuelta de rodeos y de arreglos, de concesiones y de componendas, llegamos a concretar las líneas generales para la convocatoria de una próxima Conferencia Internacional Sindical Roja, que debía celebrarse en Holanda o en Italia, y que sólo se celebraría en Rusia de no conceder autorización ninguno de los gobiernos de esos dos países. Resuelto este extremo, nos separamos definitivamente.

Lo más interesante de esta última etapa se concentraba en la vida de hotel. Cada día producíanse vacíos. En los pasillos ya no se notaba la animación de quince días antes. Algunas caras nuevas venían a ocupar las vacantes que se producían; pero no servían para darle la agitación ni el movimiento pasados. Se notaba que la situación económica de Rusia empeoraba rápidamente. No sólo habían disminuido la ración que se nos daba en el hotel, suprimiendo una comida y reduciendo la cantidad y calidad en las restantes, sino que cada día venían órdenes nuevas.

Se nos dieron primero unos vales que habíamos de entregar a cada comida que hicéramos. Se quería con ello ejercer una inspección rigurosa del número de raciones que se distribuían, pero no dio buen resultado.

Después, nos dieron unas cartas con cupones. A cada comida había de cortarse uno de aquellos cupones y entregarlo al jefe del reparto de provisiones del hotel. Tampoco esto debió dar resultado, porque nos las quitaron, y nos dieron otras que

venían a ser lo mismo, pues sólo habían de tacharse unos números impresos.

El pan blanco había desaparecido totalmente de la mesa. Y el negro que vino a reemplazarlo, era de pésima calidad y escaso.

También suprimieron el azúcar para el té. Nos daban unos caramelos para azucararlo.

El reparto de tabaco y de cerillas, que antes era diario y regular, hízose alterno. Los fumadores estaban rabiosos y descontentos.

De todos modos, aún era envidiable nuestra situación. Creo que aparte los comisarios y algún otro personaje, éramos los mejor alimentados de toda Rusia.

Inútil decir que los automóviles habían desaparecido completamente, con gran contento de algunos de nosotros, que se nos hacían insopportables los abusos que presenciábamos.

De acuerdo con Vergeat y Lepetit, vista la falta material de tiempo, pues ellos también querían regresar a Francia cuanto antes, acordamos que el intercambio de informes y datos lo haríamos en París. La trágica muerte de estos camaradas en los mares del Norte hizo que el intercambio no se efectuase.

En nuestro poder los pasaportes, el día 5 de septiembre salimos de Moscú, el 6 llegamos a Petrogrado, y el mismo día, por la noche, en compañía de Borghi, partíamos de Petrogrado para Reval. Después de haber pasado setenta días en Rusia, en

el país de la revolución, volvíamos a ponernos en contacto con el mundo capitalista.

En las pocas horas que pasamos en Petrogrado, por azar, dimos con dos españoles: catalán el uno, valenciano, el otro. El catalán era cocinero: lo había sido de Zinóviev, del jefe de la Tercera Internacional, al principio de la revolución. El valenciano, era repostero y confitero. Los dos, en tiempos del zarismo, habían ocupado plazas importantes en los mejores hoteles de Petrogrado, Moscú y otras poblaciones rusas. Habían ahorrado unos miles de rublos y que para más seguridad los colocaron en un Banco. Al confiscar los Bancos y sus existencias la revolución, quedaron, cocinero y repostero, sin un céntimo, lo que les hizo maldecir de la revolución y de todos los revolucionarios. Pero cuando les preguntamos si querían volver a España, contestaron que no.

—Esto cambiará —decían—, y como cuando cambie faltarán obreros de nuestro oficio y nosotros conocemos bien el país y sus costumbres, lograremos recuperar lo que nos ha confiscado la revolución. Además —agregaron— hemos pasado ya lo peor y queremos ver en qué para todo esto.

Nos despedimos de ellos hasta que regresaran a España hechos unos “capitalistas”.

Por fin, el día 7 de septiembre y a media mañana, cruzábamos nuevamente la frontera que separa a Rusia de Estonia.

Tras nosotros quedaban, a despecho de la “dictadura del proletariado”, de la Tcheka y de las persecuciones y

arbitrariedades bolcheviques, los gérmenes de un mundo nuevo, los fulgores de una resplandeciente aurora social. El gesto más grande que por su liberación hiciera ningún pueblo.

No importaba que el insano fanatismo de un partido hiciera malograr ese gesto; el pueblo lo había hecho, y esto era lo más interesante para quienes siempre hemos tenido fe en el pueblo.

XXI

Conclusión

Muchas, muchísimas cosas de las que vimos nos quedan aún por decir. Hemos procurado, no obstante, decir las que juzgamos de más interés para el conocimiento de la Rusia soviética y del Partido que la gobierna.

Para decir todas las demás, tratándolas en términos generales y no en detalle, se hubiesen necesitado muchas más páginas. Para detallarlas, acaso otro volumen. Sólo la desorganización resultante de la organización bolchevique, exigiría capítulos enteros. El tener un intérprete cuando precisábamos sus servicios exigiese consultar incluso al Comité de la Tercera Internacional, o bien intervenir tres o cuatro departamentos, da una idea de la complicadísima organización bolchevique.

Pero hay más: la separación de funciones se practicaba tan meticulosamente, que incluso, personas trabajando en un mismo departamento y ejerciendo funciones completamente dependientes una de la otra, no sabían explicarlos la razón de la

función que realizaban ni sus posibles y necesarias derivaciones.

La misma organización del Congreso de la Tercera Internacional, al que en total asistíamos menos de un centenar de delegados extranjeros, exigió el trabajo y la constante atención de decenas de empleados durante casi tres meses, para llegar el día de su comienzo y tener que improvisarlo todo o casi todo. Con decir que sólo teníamos, siendo los bolcheviques los detentadores del Poder y los dueños absolutos de todo, un intérprete para traducir a todos los idiomas, puede tenerse una idea de lo que es la organización bolchevique.

Gente que iba y venía de aquí para allá, empleados en constante ajetreo y recibiendo órdenes de cualquier personaje; movimiento, sí, mucho; pero nada más que movimiento. Lo práctico, lo positivo, lo real, que hubiera sido el dar cima rápidamente a los trabajos del Congreso, a las deliberaciones y resoluciones, esto ya era otro cuento.

Un mes justo de sesiones. Treinta días de deliberaciones; reuniéndonos tres veces algunos de ellos, dan idea de las cosas que pueden hacerse. Sin embargo, apenas si pudimos concretar media docena de ellas.

Y así, por el estilo, en todos los órdenes. Si las instituciones soviéticas hubiesen sido organizadas para perder el tiempo, difícilmente lo habrían logrado más cumplidamente. Ahora que, en este caso, como en todos los casos análogos, la intuición popular y las necesidades superaban esas deficiencias

y entorpecimientos, encontrando siempre la solución más rápida y ajustada, Nunca como en el caso de lo por nosotros visto en Rusia, puede compararse la vitalidad y actividad del pueblo, individual y colectivamente considerado, con la lentitud y torpeza de las instituciones gubernamentales. El caso de las Cooperativas ya citado y otros muchos que pudiéramos citar, testimonian cuanto decimos y afirmamos.

Las mismas declaraciones oficiales vienen a corroborarlo. En los pasillos de acceso a la Sala, del Trono, donde se celebraban las sesiones del Congreso, exponíanse gráficos comparativos de la alimentación que cada persona necesitaba y la que se le daba oficialmente. La equivalencia no podía ser más lamentable. El racionamiento oficial era equivalente al veinticinco por ciento de lo necesario por el individuo. Lo que faltaba hasta el total, o sea el setenta y cinco restante, había de procurárselo a través de los obstáculos, estorbos y trabas oficiales. ¿Lo conseguía? En totalidad, no; pero sí en gran parte.

Estos mismos gráficos nos hablaban de un cincuenta por ciento de lo que faltaba al individuo, pero que se lo procuraba, valiéndose de sus medios. El otro veinticinco por ciento se consideraba imposible lo hallase, y era lo que hundía al pueblo en la miseria y en el pauperismo.

La realidad, pues, era bien desfavorable para el Estado bolchevique. Si dueño y amo absoluto de todo; único comprador y vendedor; en sus manos cuantos medios de circulación y cambio de productos puede poseer un país, no era capaz de entregar a cada individuo sino el veinticinco por ciento de lo que necesitaba, mientras que a través de todos los

obstáculos que el Estado ponía al individuo, lograba éste procurarse con sus recursos el doble de lo que aquél le entregaba, ¿no nos enseña esto y nos dice claramente sobre la incapacidad del Estado muchísimo más que todas las fantasías de la literatura bolchevique defendiéndolo? ¡Pero para qué seguir por este camino!

Y téngase en cuenta que no se nos ocurre, para demostrar una vez más el fracaso del Estado en la organización de la vida social, hacer argumento de los cuadros de horror y miseria que presenciamos, ni de la degradación a que el pueblo iba descendiendo por efecto de la miseria.

Advertimos, de paso, que en esta ligerísima apreciación de incapacidad estatal, no sólo incluimos al Estado bolchevique; los incluimos a todos, porque todos han dado pruebas evidentísimas de incapacidad. Nosotros hemos visto en la Plaza Roja, de Moscú, a las puertas mismas del Kremlin, decenas de personas, mujeres y niños entre ellas, durmiendo sobre el duro suelo, cuando terminadas las tareas del Congreso nos retirábamos a descansar.

Nosotros hemos visto también, un domingo por la tarde pasearse un hombre vestido con un traje en bastante buen estado, pero sin nada en los pies, completamente descalzo, sin camisa y sin nada en la cabeza. Eran, sin duda, los restos de ropa que le quedaban, y se los ponía el domingo para pasear.

¿Y para qué mencionar las mujeres calzadas, pero sin medias, o pierna limpia, pues la que llevaba calcetines dábase por

dichosa, como las que se habían cortado el pelo por no poderlo peinar, faltas de lo más elemental para ello?

¿Y las que se prostituían por una comida, después de pasar días y días, de una dependencia a otra, en busca de una colocación que se la proporcionara, pero sin hallarla?

¿Y de los hombres a medio vestir? ¿O bien de los que vestían trajes hechos de restos de otras prendas, denunciando la miseria y la escasez con todas sus crueles consecuencias?

¿Para qué hablar de los niños de ocho, diez, doce o quince años, que buscaban en la especulación y en el comercio lo que las instituciones oficiales no podían darles?

Ahora bien; ¿son únicos responsables de estas miserias los bolcheviques, los gobernantes rusos, los hombres que detentan el Poder en nombre de la clase trabajadora, del pueblo que sufre? Con la misma franqueza que recusamos y combatimos sus procedimientos políticos, sus argucias para triunfar y mantenerse en el Poder, rechazamos se les haga responsables de todo el mal. Sí de una parte, la más mínima, digámoslo por adelantado.

La responsabilidad material de todas las miserias que presenciamos en los setenta días pasados en Rusia, caen como una afrenta, como un estigma y terrible acusación sobre la burguesía y los Gobiernos europeos. Estos son los responsables, los más grandemente responsables.

Sin el bloqueo, sin el cordón sanitario, sin el gendarme que la Entente puso a las puertas de los países fronterizos con Rusia,

esas miserias lo hubiesen sido en escala muchísimo más reducida; el pueblo ruso se hubiese defendido de ellas muchísimo mejor y sin llegar al extremo que llegó.

A los bolcheviques hay que absolverlos de ese pecado. Ya tienen sobre su conciencia de socialistas, de actores en el drama alumbrador de un mundo nuevo, bastantes faltas, sin que se les carguen las que no cometieron, aquellas de las que no pueden hacerles responsables.

Si a cada cual sólo deben imputársele las faltas por él cometidas, en este caso, carguemos, porque a ellos debe cargársele, sobre los gobiernos europeos la responsabilidad de ese inmenso crimen de lesa humanidad cometido con Rusia.

En este caso concreto, los bolcheviques pueden erigirse en acusadores, no en acusados, en jueces, no en delincuentes, en víctimas, no en verdugos. Por una sola vez debemos concederles nosotros esta beligerancia. Buena falta les hace.

El propósito que nos guiaba ya lo hemos cumplido.

Sin apasionamientos, sin sarcasmos ni injurias, hemos relatado lo que vimos durante nuestra estancia en Rusia,

Quien nos lea sin prejuicios y sin prevención alguna, con deseo de saber cosas más que de juzgarlas, nos hará justicia reconociendo que, en nuestra exposición de hechos hemos puesto la menor cantidad posible de parcialidad y nos hemos ajustado a lo que indicábamos al principio: no criticaremos ni censuraremos; relataremos solamente. Y creemos haberlo cumplido. Por eso, al terminar, hacemos una promesa; si el

favor del público nos acompaña, escribiremos una segunda parte que titularemos: "Setenta días en Rusia. Lo que yo pienso".

Así como en la primera parte sólo narramos, criticaremos y analizaremos los hechos según nuestro pensamiento en la segunda. A la labor de exposición seguirá la de crítica.

Así, pues, si logramos dar cima a nuestra obra, nos sentiremos satisfechos; si no, lo lamentaremos, pero nada más.

Ángel Pestaña

Agosto de 1924.

SETENTA DÍAS EN RUSIA

LIBRO II

LO QUE YO PIENSO

I

A modo de prefacio

En las páginas que el lector tiene ante su vista, dedicadas a estudiar objetivamente la revolución rusa, hemos procurado observar la más rigurosa imparcialidad, pues aparte de que nada hay definitivo en la evolución político-social de los pueblos, el que un hecho determinado haya de servir como punto de partida para llegar a formas de organización superior, obliga a mantenerse en un terreno de severa ponderación.

Uno de los deberes más arduos de cumplir, al par que inaplazables, es el de exponer las enseñanzas que de la observación del hecho ruso se hayan recogido.

No se nos escapa lo difícil que es vencer apasionamientos y parcialidades partidistas, hallándonos tan próximos al acontecimiento, a la conmoción. Sin embargo, hemos de serenar nuestro propio estado anímico para conseguirlo. Las deducciones que hagamos de cuanto vimos, de sus posibles y probables derivaciones, del alcance y trascendencia que puedan tener, han de ajustarse a la imparcialidad más rigurosa. De no ser así, de no mantenernos dentro del círculo de independencia que la exposición de esas observaciones reclama, cometeríamos un error sectario. Que luego cada cual

saque las conclusiones que más convengan a sus fines de partido, nada importa a nuestro propósito de acercarnos a la verdad, interpretarla y difundirla. La severa exactitud al enjuiciar los hechos quedará recompensada con el deber cumplido, primero, y después con la contribución aportada en beneficio de multitud de personas que buscan una directriz para sus ideas sobre la revolución rusa.

Establecemos, pues, desde este momento, una separación entre las ideas que defendemos como propias y la objetividad del estudio crítico que emprendemos. Porque ¿qué adelantaríamos tergiversando o escamoteando la verdad, si después los acontecimientos vinieran a desmentimos? Si ocurre algo de esto, no será por falta de sinceridad.

Sabido es que en la mayoría de los escritores y polemistas que se ocupan de los problemas creados por la revolución rusa, existe una desviación de pro y contra. Para nosotros sería estúpido acrecentar esa desviación.

Hoy mismo, mucho de lo escrito sobre la revolución rusa, está fuera de circulación. Nadie lo acepta como veraz y menos como imparcial. ¿Imitaríamos a sabiendas, a quienes propalaron versiones amañadas? ¿Querríamos ser sus continuadores? De ninguna manera. Antes romperíamos la pluma. Verdad es que por ello las cosas quedarían como están; pero no aumentaríamos la confusión existente, no exacerbaríamos las pasiones, ventajas no despreciables en estos tiempos en que tantos escriben con miras poco honestas.

No dejarse arrastrar por la vorágine, por el torrente de impetuosas pasiones, por el halago del aplauso de los bienquistas o de los disconformes absolutos, y mantenerse equidistante de unos y otros, es labor ardua, hasta un poco peligrosa; pero siempre la más acertada para crear un ambiente favorable a la causa revolucionaria.

La revolución rusa, con sus defectos y virtudes, sus aciertos y errores, sus violencias y crueidades, es uno de los acontecimientos más trascendentales ocurridos en lo que llevamos de siglo. No puede hablarse de ella por capricho, ni dejarse al arbitrio de la imaginación. Hay que constreñirse al hecho y al objeto.

A medida que el tiempo pasa, que los días en su inescrutable devenir nos separan de aquel acto, de su iniciación y culminación revolucionaria; a medida que, acompañadamente, nos remontamos en el tiempo y la perspectiva se hace más precisa, nos vamos convenciendo todos de la importancia del sacrificio del pueblo ruso. A través del cendal que los días le tejen, vemos dibujarse ya la silueta del porvenir, aunque algo borrosa aún en las brumas que restan del pasado.

El miedo y el temor en unos, y en otros la confianza y el deseo, desfiguraron en parte aquel acontecimiento. Y mientras que los actores todos del gran drama se debatían en luchas cruentas para forjar un ideal que los guiara, los que no intervinimos ni aun como comparsas, los que, más gráficamente dicho, fuimos curiosos apasionados, nos entretuvimos en forjar una revolución a nuestro gusto, a nuestra medida y tamaño, como si estas grandes commociones

de los pueblos pudieran hacerse a gusto de cada uno y no fueran como en realidad son. Por eso, las gentes de orden, los bien avenidos con una organización social inhumana, hecha a "troquel", donde las pasiones y la personalidad del individuo han de grabarse según la figura troquelada y no como ella sea en sí misma, han hecho de la revolución el espantajo, el "coco", el amedrentabobos, y al igual que los cristianos se entretienen en cargar sobre las espaldas del diablo todos los contratiempos que al hombre ocurren, así ellos cargan a la revolución todas las tonterías y ridiculeces imaginables.

Asimismo los que atribuyen a la revolución rusa todas las buenaventuranzas y se empeñan en que los demás aceptemos como artículo de fe, como cosa intangible e indiscutible hasta las más graves equivocaciones, caen en parecido error. A pretexto de "la necesidad revolucionaria" que viene a ser algo, según se usa, como la maquiavélica "razón de Estado", nos invitan a aceptar sin discutir, a propagar sin examinar, a dar por bueno sin discernir, todo lo que en Rusia se ha hecho, como si los pueblos existieran para las revoluciones y no las revoluciones para los pueblos.

Tanto lo que dicen los unos como lo que dicen los otros es el producto de parcialidad manifiesta, el criterio de quienes cierran los ojos para no ver, o el de los que los abren demasiado para deslumbrarse. Es decir: criterio de ciegos y ofuscados, o de interesados en mantener sus mutuos convencionalismos, que son los que más abundan.

Colocarse por encima de este nivel es nuestra aspiración al redactar estas páginas, pues sólo así podremos apreciar el

alcance de la revolución, cómo prender su significado y, lo más importante, verla tal cual es, en sí misma, y no como nosotros querríamos que fuese.

II

Apreciación y contraste de las revoluciones

Cuando un pueblo está descontento del régimen de gobierno a que le someten sus instituciones, descontento que puede provenir de infinitas causas: exacciones intolerables, impuestos excesivos, abusos de los poderes moderador, legislativo y judicial, tropelías autoritarias, triunfo de camarillas cortesanas y políticas que impiden se manifieste la voluntad del país, corrupción en la administración de la hacienda nacional; cuando, en fin, el favor pospone a la justicia, la arbitrariedad a la ley, la influencia a la razón, la tiranía, a la libertad: si este pueblo se subleva, toma las armas y derroca el régimen que le opprime y esclaviza, ha hecho una revolución o, por lo menos, ha intentado un cambio de las instituciones políticas que le gobernaban.

Es indiscutible que la permutación de un régimen por otro que subvierta las normas seguidas hasta entonces, así como la sustitución de las instituciones o de unas personas por otras, es lo que corrientemente se suele llamar una revolución.

Lo que deja de ser corriente y común, por romper el marco convencional donde esas revoluciones acaecen, es realizar una revolución tipo, una revolución fundamental y de tendencias universales.

Si tomamos como ejemplo lo ocurrido en el terreno religioso con el cristianismo, nos hallaremos con muchos cismas, pero con una sola revolución religiosa: la Reforma.

Algo parecido ocurre en el terreno político: los "cismas" son muchos, pocas las revoluciones. El hecho de suplantar una república a una monarquía, más que una revolución, en el estricto sentido de la frase, y que una transformación profunda, completa y radical; más que anulación de valores viejos y creación de valores nuevos, es un cambio de rotulaciones en el régimen social, con alteración y mudanza de altos funcionarios del Estado; hechos que se suceden dentro de esos moldes y estructuras que sólo rompen las grandes revoluciones, los verdaderos cataclismos sociales ocurridos en determinados períodos de la Historia.

"Cismas" políticos, pues, revoluciones parciales, ocurren muy a menudo, sin que hagan vacilar siquiera los puntales de la sociedad actual.

En pocos años han cambiado de régimen, para transformarse en repúblicas, Portugal, China, Turquía, Grecia, Alemania, Austria-Hungría y algún otro país de menor entidad. Pero las revoluciones intraterritoriales de estos países, los triunfos de esos "cismas" nacionales, no han traspuesto sus fronteras, no han creado nada nuevo, no han aportado nada, susceptible de

operar una modificación sustancial de las normas políticas ya conocidas.

Esas revoluciones se han vaciado todas en el molde, grandioso un día, que para la humanidad conformó el pueblo francés.

Aquel campesino que tan magistralmente nos describió La Bruyere al condenar el régimen feudal imperante; que se mantenía de raíces, que arrastraba su miseria por caminos y carreteras, que no se distinguía de las bestias por su suciedad y abandono; aquel campesino, al tomar las armas, hizo una revolución para él, pero hizo, también, una revolución para los demás.

La revolución francesa, la gran revolución del año 1793, más que francesa fue humana, más que de un pueblo fue de todos los pueblos, más que de una nación fue de todas las naciones. El descamisado que cantaba "La Marsellesa", el "sans-culotte", que paseaba su gorro frigio y su banda tricolor a través de todo el mundo y en todas las latitudes, transformó lo que las leyes llaman el régimen jurídico de la tierra; proclamó unos derechos que han sido adaptados a todas las constituciones de los pueblos; dio humano sentido al pacto de las clases sociales con su ansia de libertad, que ha sido el norte político de los pueblos durante más de un siglo.

Y porque transformó y subvirtió sustancialmente todas las normas de relación y de convivencia social entre los hombres, es por lo que la revolución francesa es una revolución verdadera, es una revolución universal. Al modificar el régimen

jurídico de la tierra y las relaciones sociales entre los hombres, da lugar a un nuevo aspecto de la civilización.

Abriendo ancho cauce al pueblo; acaba con las razas privilegiadas y con la aristocracia de nacimiento y de las armas, dando paso al del dinero y, en parte, al de la inteligencia, que es el llamado a triunfar definitivamente.

¿Han hecho algo parecido la revolución turca, la revolución china, la alemana, la griega, etc., etc.? No. Por el contrario, todas estas revoluciones se han vaciado en el molde de la revolución francesa, aceptando sus principios, sus normas, sus métodos y sus enseñanzas. Pero los moldes de esta revolución, en los que todos los pueblos vaciaron sus constituciones políticas posteriormente, habrían de resultar pequeños con el tiempo. Era de esperar, pues, que en un pueblo cualquiera, en una latitud indeterminada e independientemente de las revoluciones nacionales, surgiera otro tipo de revolución, como corolario de la evolución del pueblo.

No puede negarse la necesidad de una honda transformación político-social. Si así no fuera, habría que negar toda evolución, desesperar de todo progreso, declarar que la humanidad camina fatalmente hacia su desaparición definitiva, pues todo lo que se estaciona –y esto sería un estacionamiento– desaparece para dar paso a nuevas formas elaboradas en el eterno renovarse de las cosas.

El esfuerzo gigantesco de la revolución francesa, no podía dilatarse eternamente en la vida de los pueblos, pues realizado en un momento de la historia, responde y hasta supera las

necesidades que Francia y los demás pueblos sentían entonces; pero al progresar estos pueblos al adquirir nueva conciencia de sus destinos, adviene una resistencia a conformarse con principios que ya han sido largamente superados.

A nuevos progresos económicos, responden mayores audacias políticas o viceversa, y en la asociación y equilibrio de los ensayos de unos y otras, hallan los pueblos la incógnita di su porvenir.

Superada económicaamente la revolución francesa; elaborado por los pueblos todo un sistema económico que da lugar a que se proclame el "materialismo histórico", los hombres habían de pensar en transformaciones políticas importantes, dando una organización tipo, una organización matriz a las inquietudes espirituales y materiales del día.

Agotada la herencia que la revolución francesa nos legara, la necesidad impulsa a buscar formas orgánicas superiores. Y los pueblos, una vez encontradas, las adaptarán prescindiendo de los obstáculos que los intereses creados opongan. Se progresá por y contra la voluntad de los pueblos. Cuando hay oposición, se camina más despacio; a favor de su voluntad, más aprisa. Entre el pro y contra hay una diferencia de velocidad, de impulso, de dinamismo; pero nada más.

Y esta revolución tipo, esta revolución creadora de nuevas formas de convivencia social, ha comenzado ya en el ex imperio de los zares: en Rusia.

Actualmente, en el apasionamiento polémico de las luchas partidistas, toda la bibliografía sobre Rusia gira alrededor de los

bolcheviques, de los gobernantes rusos, olvidando o queriendo olvidar que los bolcheviques son sólo un accidente más en la multiplicidad de facetas que tiene el hecho ruso. Claro es que son un accidente de los más considerables; pero no llenan toda la amplitud extensísima que la revolución abarca.

Los incidentes acaecidos en el discurso del histórico acontecimiento revolucionario del 93 francés: aquella escena patética del Juego de Pelota; aquel despedir al guarda-sellos del rey, diciéndole: "estamos aquí por la voluntad del pueblo..."; aquellas luchas entre montañeses y girondinos; entre éstos y los robespierristas; la de los partidarios de Robespierre contra los termidorianos, para caer en el Directorio y más tarde en el imperialismo napoleónico, cautivan y subyugan. Pero, ¿son de por sí la revolución misma? No. Son episodios de la revolución. Estudiados por separado hoy día, nos revelan estados psicológicos del pueblo francés; estudiados en conjunto, en el orden y prelación correspondiente, nos muestran el alma y la mentalidad de un pueblo.

Dígase, propáguese, combátase cuanto se quiera a los bolcheviques; tendrá una gran importancia ahora que, comparada con la revolución misma, será de una importancia secundaria.

Que los bolcheviques gobiernan; que son dueños absolutos de el Poder y del Estado y de ellos hacen mangas y capirotes; que llegan, aunque por diferente camino y acaso con diferente intención, a hacer buena la frase de Luis XIV: "El Estado soy

yo"; es muy posible; pero esto no es toda la revolución ni debe creerse que limita sus inmensos horizontes.

Con intención poco piadosa, con la intención malévolasalvar del naufragio una nave que hace agua "por todas partes", querrá hacerse creer que el bolchevismo es la revolución. Aceptada esta creencia, el fracaso bolchevique sería el fracaso de la revolución: y no es verídico, por cierto.

Mas, volviendo a la revolución francesa, que es el hecho de donde pueden extraerse materiales comparativos. Nadie podrá afirmar, estudiándola imparcialmente, que el fracaso de Sieyes, de Mirabeau, de Robespierre, de Tallien, del Directorio, e incluso más tarde el de Napoleón, fuera el fracaso de la revolución francesa. De ser cierta esta afirmación, no nos explicaríamos como aún hoy siguen los pueblos las normas políticas y jurídicas que aquella revolución les trazara.

Al proclamarse Napoleón, Emperador, pudo creerse que los principios de la revolución francesa habían fracasado, cuando en puridad de verdad comenzaban a ser la aspiración ideal de todos los pueblos, por dejarlo de ser de uno solo, pues su declaración de los Derechos del Hombre, su abolición del feudalismo y su igualdad política, irrumpían en la vida de las multitudes, despertándolas del letargo en que siglos de esclavitud las tenían sumidas.

Algo parecido, teniendo en cuenta las circunstancias de lugar y de tiempo, ocurrirá con la revolución rusa, con sus principios y sus normas.

La revolución francesa nos dio al ciudadano emancipando al esclavo de la gleba. La rusa nos dará al hombre, porque coloca al ciudadano en camino de sacudir las tutelas económicas que aún le someten.

Proclamó aquélla la igualdad ante la ley y la igualdad política que no se han realizado todavía.

Se pondrá la humanidad en camino de llegar a la igualdad política y social, realizando antes la igualdad económica, cuyos primeros jalones ha plantado la revolución rusa.

Aquella fue el punto de partida para una transformación política; ésta lo será para una transformación social. Aquélla fue idea; ésta es acción. Polaricemos estos dos grandes acontecimientos y tendremos una síntesis; de la transformación que va a operarse.

Gritarán contra ella los pusilánimes, los pobres de espíritu, los que sólo ven la tierra como un valle de lágrimas, o los bien avenidos con la suerte, los privilegiados y satisfechos. No importa. ¿Qué innovación no ha sido combatida hasta el crimen y ladrada hasta desgañitarse?

Dijo un pensador Que la religión, mejor que combatirla es olvidarla. No podría decir otro tanto de la revolución rusa.

En el campo de la acción humana, que parecía yermo, se ha abierto un surco tan profundo, que en él cabrán todas las instituciones del pasado, todas aquellas organizaciones que parecían eternas e inmutables, todas las normas que reglan las relaciones humanas y añadimos: La revolución rusa es una

verdadera revolución, no nacional, sino humana; profundamente universal, pues a su influjo se transformarán las condiciones de vida en la sociedad presente.

III

Caída del zarismo

El proceso revolucionario ruso que había de abatir definitivamente al zarismo se inicia a raíz de terminada la guerra ruso-japonesa de 1905.

A partir de este momento el espíritu de rebelión se intensifica, expoliado por los procedimientos represivos, de execrable tiranía, que los grandes terratenientes, la nobleza y los burgueses de consumo imponían a la masa laboriosa del país.

Perdida la guerra, surge el descontento en las clases populares, lo que da lugar a la famosa revuelta conocida con el nombre de "jornadas sangrientas de 1905".

El pueblo, que había soportado con resignación estoica, humillante, las vejaciones de un régimen cruel y sin par en el mundo y las bravatas de una oficialidad policíaca, de un militarismo y una nobleza groseros y encanallados, tuvo una visión exacta del poder que los tiranizaba, y viendo claro en su propia tragedia, intentó abatir ese poder.

La intentona fracasó. El Zar, sus cortesanos y servidores, ahogaron en sangre aquel movimiento de protesta. Pero el régimen, a pesar de sus feroces persecuciones, no tuvo ya un minuto de reposo.

En gentes menos ciegas, menos pagadas de su endiosamiento y menos influidas por prejuicios de casta y de clase que los dirigentes y nobles rusos, los acontecimientos de 1905 les habrían hecho recelar de los procedimientos empleados para sofocar el espíritu de rebelión. Puestas a tono con la Europa liberal, se habría humanizado un poco el sistema de gobierno y abierto cauces a una evolución que todas las necesidades de consumo reclamaban. Mas no fue así. Ciegos y sordos al clamor de las muchedumbres expoliadas, no sólo no hicieron nada por mejorar su suerte, sino que, hipócritas, fingieron abrir la mano; pero fue para mejor estrangular a la víctima.

Convencido el pueblo de que nada podía esperar de la magnanimidad de sus gobernantes, pues las ofertas de un trato más justo y más humano que le hicieran, se tornaron siempre contra él y empeoraban su situación, se decidió por las resoluciones extremas y no concibió su libertad sino con la desaparición del zarismo.

Esta convicción prendió en el seno de los partidos de oposición, motivando luchas feroces entre el pueblo y el Poder, en las que el exterminio y la muerte se practicaban por ambas partes.

Durante un periodo de más de diez años –no el único, ni acaso el más sobresaliente en las historia de las luchas políticas de Rusia, aunque sí uno de los más admirables por el tesón y energía con que el pueblo se preparó para la gesta definitiva– los partidos de oposición no cesaron de hostilizar al régimen, de atacarlo y herirlo, puesta su esperanza en un acontecimiento imprevisto que los llevase a intentar un golpe definitivo.

El acontecimiento llegó. La guerra europea que arrastró a Rusia en virtud de sus alianzas y compromisos diplomáticos, fue para el zarismo doblemente funesta. Obligado a una lucha exterior, donde se ventilaban intereses impopulares, y a la interior, por la noción cada vez más precisa que el pueblo tenía de su fuerza y razón, quedó a merced de un golpe de audacia revolucionario. Favorecía su advenimiento la paralización de la industria y del comercio, agravada por falta de transportes y el hambre y miseria generales, y la desorganización y abandono en que se deja al soldado y la traición de los jefes que lo mandan. Es ésta una de las páginas más negras y aborrecibles de la funesta tiranía de los Romanoff. No basta a su capricho y compromisos lanzar millones de hombres a una muerte cierta. Para hacer más terrible, más inhumana y cruel La situación, añadiéronse intrigas de la Corte y del Estado Mayor del Ejército, obediente a sugerencias extrañas, a compromisos de bandería y a intereses bastardos, preparando la derrota del ejército. Y en los primeros días de marzo de 1917, se organiza en Petrogrado una manifestación denunciando tales intrigas.

Los partidos de oposición al régimen, desde el "cadete" hasta el anarquista, haciéndose intérpretes del sentir del pueblo y de

los soldados del frente, que ven la trágica farsa, dan el primer grito de protesta, levantan bandera de rebelión, excitan a la revuelta, a la indisciplina del ejército y se lanzan audaces contra el régimen, consiguiendo su desaparición en pocos días y con escasa efusión de sangre.

El régimen zarista, hay que decirlo claramente, no tuvo apenas defensores cuando se vio atacado, hecho en el que concuerdan desde los liberales más conservadores, hasta los bolcheviques. Sólo unos cuantos elementos de la nobleza quisieron oponerse al avance del pueblo, pero pronto hubieron de batirse en retirada. Era demasiado odioso, demasiado cruel y bárbaro lo que se atacaba, para que nadie tomara su defensa. Sus errores, sus vicios y sus crímenes le habían enajenado toda simpatía, y hasta los que por conveniencia lo defendían, lo abandonaron. En la tiranía, en las violencias cometidas contra el pueblo, en los abusos de las clases nobles y dirigentes, llevaba los gérmenes de su propia corrupción y muerte. La ausencia de crítica, de discusión y de examen, por débiles que sean, hacen caer en la tiranía al régimen que los prohíba. Y esto pasó al zarismo. Sin fuerzas ni opiniones de contraste, se encenagó en su podredumbre. ¿Cómo defenderlo?

Los regímenes asentados en la tiranía y en la violencia, se quedan sin defensores para sostenerlos, cuando, después de dar satisfacción a los apetitos y ambiciones privadas, más los necesitan.

¿Quién se atrevía a defenderlos? ¿Quién osaría arrostrar las iras populares por instituciones y sistemas asentados en la tiranía, en la abyección y en la arbitrariedad? Nadie. Por mucha

convicción que se tenga, por muchos favores que se deban, por mucho que se aprecie y respete a las personas o sistemas que lo representan, nadie se atreve a defender un régimen que caiga en los vicios y cruelezas que había caído el régimen zarista ruso. Es la consecuencia natural del odio y maledicencia que sembraron a su paso. Por eso, cuando caen, no se tiende ninguna mano amiga para sostenerlos.

IV

La obra fundamental de la revolución

Derribado el gobierno del Zar, rotos los diques que mantuvieron al pueblo ruso en un régimen despótico, sumido en la abyección, nada se oponía a satisfacer sus refrenados anhelos de libertad. Así, pues, avanza presuroso hacia la gran perspectiva que le ofrece la Revolución.

País de inmensas riquezas, de poderosos terratenientes, de señores poseedores de miles de hectáreas de tierra, el agricultor vivía como en el más sombrío infierno. En nombre del Zar y de Dios, se le explotaba y oprimía, y cuando, encolerizado, se revolvía contra sus verdugos, aparecían en escena los cosacos, hordas que se entregaban al pillaje, al incendio y al asesinato hasta por sádico placer.

El orgullo de gobernantes y propietarios era infinito. No admitían se discutieran sus actos. Desacatarlos equivalía a firmar la sentencia de muerte o el destierro perpetuo a las frías y esteparias tierras siberianas. Para que estas rebeliones no se dieran, las clases directoras cultivaban con esmero la

ignorancia del pueblo, medio infalible de prolongar y mantener sus privilegios.

En el ejercicio de la autoridad, hay siempre cierto interés privado, de casta o de clase. Puede observarse cuando el desposeído o el inferior jerárquico recurre ante las autoridades contra los abusos y desafueros del que goza de una posición ventajosa por su riqueza, su poderío económico o categoría social.

Por eso, las riquezas enormes de aquel país, más que en ningún otro del mundo, estaba en manos de muy pocos. El resto, hasta los ciento treinta millones de habitantes de aquel vasto imperio, vivía en la más abyecta miseria, dependiendo siempre del capricho, de la voluntad y arbitrio de los propietarios y de la nobleza.

Que Rusia es un país eminentemente agrícola lo demuestra a quien desconozca su historia y economía, el saber que ha figurado en sus censos de población con el 85 % de campesinos.

Quien posee la tierra, pues, posee todo: almas y bienes, razón y fuerza.

Si la tierra se halla concentrada en pocas manos, en unos cuantos miles de familias; si pertenece a unos cientos de propietarios solamente, éstos serán los verdaderos amos del país, y quien no se someta a sus caprichos y mandatos, ya sabe lo que le espera: la emigración o el presidio, cuando no la muerte.

Esta monstruosa absorción de privilegios, en virtud de la posesión de la tierra en pocas manos, dio lugar a que el odio del campesino hacia el terrateniente fuera de día en día en aumento. A nadie extrañará, por tanto, que el pueblo ruso, una vez derribado el zarismo, desposeyera a los propietarios de la tierra como medida fundamental de la revolución.

Cuando el pueblo ha dominado la situación, y con el dominio, adquirido el derecho de hacer y obrar por su cuenta, pues, aunque sonrían los tratadistas de derecho, ésta es la verdad: –no hay más derecho, hoy por hoy, que el creado por el triunfo de la violencia–, expulsa a los propietarios de sus tierras y procede al reparto, después de proclamar el derecho de todos los rusos sin distinción a su justo y equitativo disfrute.

Y el campesino procede rápida y sumariamente. No espera que otros le hagan una legislación justificando antes "su derecho". El derecho, piensa, está en él.

En los grandes dominios, en las granjas, tipo de propiedad muy corriente en la Rusia zarista, los trabajadores expulsan al propietario y toman a su cargo y dirección la explotación del establecimiento. En los centros agrícolas, el reparto varía hasta lo infinito, pues el instinto guía al pueblo mejor que ningún gobernante.

Sin embargo, en el primer período –hablamos de la primera revolución, de la de marzo, de la que llevó al Poder primero a los liberales y por último a Kerensky– hubo vacilaciones y dudas acerca de cómo se haría la expropiación de las tierras. Los más exaltados pedían la expropiación absoluta y el reparto

entre los que hasta entonces no habían poseído tierras, mientras otros querían un reparto que dejara al propietario en posesión de una gran parte de su antigua propiedad. Los titubeos dieron lugar a que interviera un espíritu de avenencia reformador, para burlar mejor los propietarios las aspiraciones de los campesinos.

Pero cuando los propietarios se dieron cuenta que se iba a la entraña del problema y de que toda dilación podía acarrear males peores, aceptaron el reparto y se sometieron a los acuerdos de los Soviets de campesinos constituidos en todo el territorio.

Empezaron por aplicar sistemáticamente y sin vacilaciones las resoluciones que tomaban, adquiriendo entonces la expropiación de las tierras caracteres de profunda y visible gravedad. Pero el pueblo estaba decidido a llegar a los límites más extremos y nada lo detenía ya en su camino.

Las medidas tomadas por el Gobierno provisional primero, y por Kerensky después, retardaron el reparto y exacerbaron las pasiones, pues al encontrar el campesino una resistencia que no esperaba, temió perderlo todo si no precipitaba los acontecimientos, decidiéndose entonces por una acción energética contra los propietarios recalcitrantes y convocando un Congreso pan-ruso de los Soviets de campesinos, a fin de obtener del gobierno la legalización del reparto que de las tierras se había hecho.

La luz que arroja en el hecho ruso esta decisión de los campesinos, esclarece uno de los puntos más oscuros de la

política seguida después; lo ilumina claramente, negando el absurdo circulado de una posible vuelta al pasado. Él suponía la devolución de las tierras expropiadas y esto no se quería. Lo que se quería era dar forma legal y jurídica a los derechos conquistados por la revolución.

Con el reparto de la tierra debió surgir en la mente del campesino la duda de la utilidad de apropiación y dominio absoluto del pedazo de tierra que en el reparto le correspondiera.

Las costumbres inveteradas de la Rusia campesina y la tendencia en ella hacia un comunismo más o menos restringido del que todos los escritores que se ocuparon de los problemas sociales en aquel país nos han hablado, hizo vacilar la fe del campesino en el derecho de propiedad absoluta de la tierra y buscó, ya que no se encontraba preparado para lanzarse abiertamente a un ensayo de comunismo no autoritario, el medio de conciliar sus aspiraciones con la realidad inmediata. Temió ir demasiado lejos; pero era bien visible su manifiesta voluntad de no volver atrás tampoco.

La conciliación de estos dos firmes propósitos: no volver al derecho de propiedad privada y garantizar el usufructo del trozo de tierra que en el reparto le había correspondido, la realizó totalmente, declarando el territorio ruso propiedad colectiva, perteneciente a todos los rusos y no a unas cuantas familias o individuos privilegiados.

Quiso el campesino ruso asegurarse la conquista más importante de la revolución, y estableció un nuevo principio

que, de cristalizar y arraigar en las costumbres, y esto dependía justamente de su voluntad, haría totalmente imposible que el peligro se reprodujese.

La acción de expropiar y la de solicitar del Poder interino constituido, la garantía para lo hecho, fueron simultáneas, confundiéndose y completándose, lo que prueba la armonía y concordancia entre el pensamiento y la acción. El campesino presiente el alcance de su acción y quiere, sin duda, que no resulte incompleta. La trascendencia del momento no escapaba a la consideración del pueblo, pues se daba cuenta de que en ella estaban los gérmenes de una nueva estructura de la sociedad.

El derecho de propiedad privada de la tierra, lo que jurídicamente se llama Derecho romano y que ha dado su fisonomía a la sociedad actual, pues en él se basan las organizaciones políticas, la estructura de los Estados que nos gobiernan, las instituciones familiares y las leyes todas que rigen la convivencia y relación social entre los hombres, de uno a otro confín del mundo, queda sustancial y fundamentalmente modificado, transformado; podríamos decir que suprimido.

El campesino ruso, al tomar las armas y desposeer a los antiguos propietarios de aquellas tierras que se transmitían de padres a hijos, no se contenta con un simple cambio de régimen de gobierno; va mas allá que a implantar una República donde había un Imperio, y a poner un jefe de Estado electivo en sustitución del hereditario. Hace algo más positivo, más esencial, de mayor transcendencia histórica: establecer un

principio que sirva de punto de partida para un nuevo orden social; echar las bases de una nueva forma de convivencia entre los hombres.

No se ha conformado, pues, con un cambio de régimen o de personas. Esto, que también lo llevó a cabo, no es lo entrañable de su obra revolucionaria. Lo que reviste verdadera importancia, es haber transformado la propiedad privada e individual en propiedad comunal, o mejor dicho, colectiva. Esto es lo interesante.

Suprime un derecho que reputaba odioso, tiránico e injusto por dividir a los hombres en clases, en castas, en enemigos de sí mismos, sustituyéndolo por otro que, si no es perfecto, como es de suponer, cumple las aspiraciones populares intensamente sentidas,

La implantación de este "nuevo orden", ya directamente contra el sistema social presente. Y en el fragor del momento que vive el pueblo ruso, no olvida, porque no puede olvidarlas de repente, las vejaciones que se le han inferido invocando las leyes y privilegios depuestos. Saltando por encima de todo, ese pueblo hace lo que su voluntad le dicta.

Los derechos adquiridos y vinculados en la ley, resultan letra muerta desde este instante. Rechaza de plano sus disposiciones, para volver, aunque por otro camino y con diferente finalidad, al derecho del "primer ocupante". No es que el campesino ruso pretenda practicar este derecho de ocupación declarándose propietario único de lo que la revolución haya podido concederle. Decimos que suprime de

una vez los derechos que tenían adquiridos otros sobre la tierra, repartiéndola entre todos.

¿Que se cometieron algunas injusticias? Es posible.

Pero por encima de los clamores que puedan alzarse, el pueblo va recto a su propósito, pues no quiere perder tiempo, ni escuchar quejas que lo distraigan de su objetivo final.

Pudiera creerse, al saber como el campesino ama la tierra, que procedió sin reconocer ningún otro derecho que el de la fuerza... Lo que no es cierto.

El campesino, expropió al antiguo propietario y terrateniente y procedió a un nuevo reparto de la tierra, proclamando el usufructo que caduca en cuanto deje de cultivarla o la abandona.

Este nuevo concepto del derecho del individuo sobre la tierra, modifica sustancialmente el Derecho romano. Así como en éste se asienta el principio de que el propietario de la tierra puede hacer de ella lo que quiera y venderla, traspasarla o enajenarla, en el derecho que la revolución rusa sienta, nada de esto puede hacerse.

La tierra no es propiedad individual, sino colectiva. Y aunque cada ciudadano proclame sus derechos de tenencia, este derecho no es absoluto ni puede convertirse en abusivo, pues en cuanto no responde a satisfacer una necesidad social, queda automáticamente anulado.

Nos hallamos, pues, ante un caso nuevo, ante una concepción jurídica y social diferente.

En los regímenes capitalistas, el derecho de propiedad individual de la tierra puede convertirse en derecho abusivo. Por el solo hecho de haber comprado un individuo una gran extensión de terreno, puede expulsar de él a quienes allí hayan nacido, condenándolos a la emigración y al hambre. Tales casos no pueden darse en Rusia. Al expropiar la tierra, al declarar la propiedad colectiva, nadie puede apoderarse de terrenos que otros habiten y expulsarlos. Ciento es que puede hacerlo el Estado, pero el Estado, para expulsarlos, tendrá que demostrar una necesidad colectiva y en ningún caso los dejará desamparados, o sea sin poner a su disposición otros medios de subsistencia.

Ahora bien: ¿cuáles serán las consecuencias de este reparto? ¿Qué nuevas normas de derecho elaborará? ¿Pueden preverse las contingencias?

La primera contingencia de la obra revolucionaria del pueblo ruso y, por lo tanto, la más esencial, la de más alcance y transcendencia, será modificar el sentido jurídico del derecho de propiedad privada de la tierra, lo que ha de repercutir fatalmente en todos los demás aspectos de la vida. ¿En qué dirección se orientará después de destruir lo que se creía inmutable, perenne, eterno, el Derecho romano?

En virtud del viejo derecho anulado, lo que debía ser de usufructo común y servir al bienestar de todos, se convierte en privilegio de minorías rapaces, sólo atentas a sus intereses y

prerrogativas, anteponiéndolos a los de la colectividad, llegando, incluso, a poder negar a ésta el medio de satisfacer el derecho a la vida, inherente a todo ser humano.

El propietario de la tierra puede trabajarla o dejarla inculta, dedicarla a pastos, en coto de caza, arrendarla o hipotecarla; puede hacer de ella lo que quiera, aunque a otros hombres, que nada poseen y podrían aprovecharla, los condene al hambre, a la miseria o a la emigración resignada del paria. El derecho de propiedad, intangible, invulnerable, sagrado le autoriza a todo. Derecho bárbaro, nacido de una cultura que rendía fervoroso culto a la fuerza, depurado en plena civilización de abogados y tribunos y que se mantiene fundamentalmente inalterable a pesar de cuantos esfuerzos se hicieron a través de los siglos por extinguirlo.

El Derecho romano triunfó del Cristianismo y de la Reforma. La Revolución francesa lo dejó en pie, lo justificó y glorificó. Y si bien la legislación moderna admite la expropiación forzosa, sólo es en casos excepcionales bien concretos e indemnizando con creces al propietario en sus perjuicios.

Toda la legislación moderna, los miles y miles de miles de escritos para justificar ese derecho de propiedad, que confiere a un ciudadano el privilegio de disponer de grandes extensiones de terreno, aunque esa posesión implique la depauperación de un pueblo; toda esa legislación y sabiduría jurídica, ha prescrito en Rusia desde que el Congreso pan-ruso de los Soviets campesinos, celebrado en el promedio del año 1917, procedió al reparto de toda la tierra rusa, dejando al individuo y a sus descendientes directos el usufructo de la

parte correspondiente, impidiéndole, a la vez, venderla o transferirla.

El derecho que crea la revolución rusa, subvierte el romano, considerando la tierra propiedad colectiva. El individuo se beneficia del fruto de su trabajo. Si abandona la tierra, si la deja improductiva, por ley natural caduca el derecho de tenencia y revierte al Estado.

Las consecuencias de esta distribución, que si hoy no se notan por lo lentamente que se transforman las costumbres de los pueblos, han de notarse a medida que pase el tiempo. Son incalculables, pues nos llevaran, como nos llevaron las derivadas de la revolución francesa a la estructura capitalista, a una nueva estructura social afianzada en la emancipación económica.

No obstante, a la fina percepción de los defensores del Derecho romano, no escapa el alcance que para el concepto de propiedad privada tiene lo hecho en Rusia, y desde ahora, con el firme propósito de mantener en pie lo que se tambalea, se prestan a la defensa del sacratísimo principio.

No dejan de reconocer, empero, el derecho de los pueblos de manumitirse de todas las tutelas, de todas las expoliaciones y tiranías –que tampoco podrían ya negar–, pero hacen cuanto pueden para retardarlo, obscureciendo, por cuantos medios tienen a mano, las proyecciones que transformación tan importante refleja sobre los actos de la vida social.

Se han vivido siglos de un derecho que generó y glorificó la espada tinta en sangre de millones de víctimas; en él se

asentaron y de su esencia vivieron instituciones elevadas a la categoría de divinas. Murió una religión y nació otra, y la confluencia de ese acontecimiento, que debió ser fatal al derecho que nacía, sirvió para robustecerlo y vigorizarlo, y la religión que prevaleció, a pesar de haber nacido entre los humildes, desposeídos incluso de su condición de hombres, cuando conquistó las más elevadas y supremas jerarquías con un eufemismo, olímpico y absurdo al mismo tiempo: –"nuestro reino no es de este mundo"–, acabó por bendecir y respetar, en nombre de la religión de los iguales, la monstruosa expoliación que contra el hombre se hacía. Y todo esto, que es la esencia del régimen en que vivimos, amenaza ruina al impulso de ese admirable pueblo ruso.

El instinto de conservación aconseja prevenirse del contagio o del peligro; pero cuando no pueden evitarse, más que la prevención vale la expectación, y ante lo inevitable, si no la conformación, lo más positivo es acomodarse a lo porvenir, pues ello evitará choques sangrientos y dolorosos, y la revolución rusa es eso: lo que incuba y lo que ha de venir, indefectiblemente.

¿Qué su llegada destruye ese derecho de propiedad tan caro a quienes a su amparo viven espléndidamente olvidando la miseria y el dolor ajenos? Y antes de que él existiera, pues no nació con el hombre, ya que el derecho de conquista vinculado en la fuerza y en la astucia le precedió, ¿no existía únicamente el derecho del mas fuerte? ¿Por qué no lo respetaron nuestros antepasados?

Lo que fue ayer no está obligado a seguir siéndolo hoy. Si así fuera, y lleváramos sus consecuencias a los límites extremos, no ya volver a vivir como en los tiempos medievales, aspiración de unos cuantos señores nacidos con indudable retraso, sino al trogloditismo y aún más atrás habríamos de retroceder.

Por eso, si un avance en el camino de la ascensión humana nos lleva a destruir o modificar aquello que fue patrimonio de nuestros padres y abuelos, o les fue grato, dejémosle irse. Respetemos, si se quiere, la "melancolía" de los bien avenidos, pero nada más.

Así como evolucionó el primer concepto del derecho de propiedad privada de la tierra, cuyo primer fundamento es el derecho del más fuerte, proclamándose el único ocupante, así evolucionará el concepto jurídico más tarde elaborado por la Historia. Es más, ni uno ni otro han esperado el empuje revolucionario para hacerlo. Hasta dentro de los mismos moldes del régimen capitalista existe la evolución, lo que demuestra que nada es intangible ni eterno, y que el hombre procura adaptar a su concepción ideal, aquellas instituciones y aquellos principios heredados de sus antepasados. Las revoluciones sólo son fases violentas de esa evolución.

A despecho de cuantas previsiones se tomen contra la revolución rusa, su influencia, filtrándose a través del pensamiento contemporáneo, lo modificará sensiblemente, contribuyendo a una estructuración más igualitaria de la sociedad y a hacer del ciudadano, hombre, en toda la extensión de la palabra.

Las diferentes matizaciones de esta estructuración podemos observarlas si examinamos la influencia del acto más trascendente de la revolución: la supresión del derecho de propiedad privada de la tierra en algunas de las instituciones que la sociedad actual tiene por consustanciales con su propia razón de ser.

V

En la familia

¿Cuál es la organización en la familia actual y cuál será mañana, o mejor dicho, cuál empieza a ser ya a los tenues resplandores de la revolución rusa?

No intentaremos una diatriba contra la institución familiar actual, aunque bien la merece. Mucho se ha dicho acerca de sus defectos, de sus taras y morbosidad!! Si ligada, como se sabe, a las oscilaciones que ha sufrido el derecho de propiedad privada de la tierra, justo es pensar que seguirá las oscilaciones que ésta siga.

La familia como entidad jurídica, que es su verdadero significado actual, diga lo que quiera esa literatura morbosa y ramplona que pretende hacernos creer en sentimentalismos lacrimoso, nace a tiempo de que, el imperio romano, no muy seguro ya del poder de sus legiones, crea un estado jurídico que dé fuerza legal a sus rapiñas.

Cuando se legitima y legaliza lo que hasta entonces sólo fueran despojos regularizados por las armas, y se vincula en el

cabeza de familia el derecho a poseer tierras cuya propiedad nadie puede disputarle, como tampoco el derecho a transmitirlas a sus hijos, surge lo que se llama la familia actual, alternada y combinada hipócritamente con el concubinato, que es su mejor sostén.

Incidentalmente, nos detendremos a señalar, como elemento de juicio para nuestro propósito, el punto de partida de algunas modalidades adaptadas por el derecho de transmisión.

La Historia está pletórica de casos en que reyes, magnates privados y grandes personajes tuvieron hijos naturales –así lo considera la ley– postergados para la sucesión ante los hijos legítimos, únicos a quienes corresponde ese derecho. Y si bien hoy existen corrientes de opinión favorables al reconocimiento de algunos derechos al hijo natural, sólo son sugerencias. La realidad es que sólo el hijo legítimo puede heredar a su padre, es decir, a quien como a tal reconocen las leyes.

Es por esto que reputamos la familia como entidad jurídica, más que como agrupación apoyada en el amor.

Cuantas objeciones pueden hacérsenos, no invalidan nuestras afirmaciones. Podrá argumentarse que al lado de los intereses de la familia están los vínculos que por sí misma inspira.

No negamos en absoluto que pueda haber amores, cariño o ternura entre padres e hijos; mas, lo innegable, lo que nadie puede desmentir, es que del concepto emergido del derecho de propiedad privada nace la familia, por lo que su base actual es jurídica, exclusivamente. Quedan bien demostradas en la

multiplicidad de manifestaciones que en el derecho de testar existen, diferencias que se reflejan en la familia.

El sentido jurídico que preside a la herencia, es el mismo que establece la jerarquía en la familia, siguiendo, por tanto, un paralelismo que no puede negarse.

Sentada, y suponemos que aceptada esta premisa, se comprende que toda alteración sensible en el derecho de propiedad privada de la tierra, ha de repercutir forzosamente en la constitución de la familia. Es un fenómeno inevitable.

Ahora bien: declarada la tierra propiedad colectiva, ¿cuál será el rumbo que seguirá la constitución de la familia en Rusia, como consecuencia de aquella declaración? ¿Qué suerte le está reservada? ¿Se reorganizará? ¿De qué forma?

Incluso en los países eminentemente capitalistas, se nota ya una evolución muy acentuada tendente a modificar la constitución de la familia, resultado de las restricciones jurídicas que el progreso y la cultura van imponiendo. Ciento que la evolución es lenta; pero no debe olvidarse, para comprender esa lentitud, que toda la organización social está ordenada para conservar ese estado de cosas.

Los primeros ataques se han dirigido a la herencia. El derecho absoluto que antes tenía el cabeza de familia para disponer a su antojo de lo considerado suyo, va cercenándose poco a poco en las legislaciones modernas. Estas, algo irreverentes con el pasado y dispuestas a congraciarse con las corrientes del pensamiento moderno, de vez en cuando dirigen sus tiros a la fortaleza, consiguiendo abrir algún boquete. Las naciones que

se dicen avanzadas, reaccionan contra la herencia, el vínculo más fuerte de la familia, queriendo limitar ese derecho. ¿Por qué se dice el legislador un pariente lejano, en cuarto o quinto grado, que a veces ni conoció al poseedor, ha de heredar una riqueza a la que ni de lejos ni de cerca contribuyó? Bien que hereden los hijos de los padres, y éstos de los hijos, y hasta de hermanos a hermanos; pero –repiten–, ¿Por qué los parientes lejanos, los que en nada contribuyeron a crear aquella fortuna, han de heredar al faltar los parientes próximos? ¿No tiene el mismo derecho el Estado, la colectividad, acaso más derecho que el lejano pariente?, y la justicia que encierra este enunciado la hace positiva y supera la revolución rusa.

Derecho de testar, de herencia no; derecho de usufructo nada más. Derecho a cultivar, a mejorar y trabajar la tierra; esto sí; pero ningún otro derecho.

La reja de la revolución ha penetrado profundo, ha descuajado raíces arraigadas, por más que no haya llegado al límite que debió llegar. La obra de la revolución rusa es imperfecta. Era excesivamente pesado el fardo del pasado para descargarlo de golpe.

Si no ha señalado normas absolutas a establecer, tampoco podía hacerlo.

¡Cuántos gritos se alzarán, no obstante, contra esa obra redentora! ¡Cuán patéticamente se hablará de este presente, continuación del triste pasado, invocando sus excelencias y blasfemando y maldiciendo al porvenir! Pero, ¿qué hacer? Ya no hay remedio, y debemos alegrarnos.

La vida, alejada de las exclamaciones patéticas, nos habla de un porvenir más humano en lucha, y victorioso del pasado.

A los resplandores de esta nueva luz, vemos iluminarse el camino que nos conduzca a la nueva familia, a la familia del amor, a la familia infratricida.

"¡Desaparecerá la familia, institución sagrada y base de toda sociedad!" gritarán los que todo progreso les asusta, los agoreros y pobres de espíritu, grito que si se refiere a la familia cimentada en el interés y la herencia, será justificado; no si se refiere a lo que la familia deba ser.

La unión legal pasará a ser unión natural y libremente aceptada y consentida. Se llegará a establecer la igualdad jurídica, política y social de la mujer y el hombre, ideal acariciado por muchos pensadores y filósofos; pero impracticable dentro de un régimen económico como el basado en la propiedad privada.

Libre la mujer por no hallarse sometida a la tutela económica de nadie, será dueña de su persona, desenvolviéndose según sus gustos y capacidades, según sus inclinaciones y temperamento.

Cuando crea llegada la hora de constituir un hogar, buscará y elegirá su compañero, sin las trabas ni coacciones que hoy se lo impiden. Económicamente emancipada, no es en la posición social, intereses, rango, donde su voluntad y elección quede cohibida al elegir al hombre con quien constituya el hogar.

Siglos hace que se habla de la total emancipación de la mujer; pero la realidad nos ha demostrado que nada positivo se hizo en la práctica.

Siempre se ha mantenido a la mujer en estado de dependencia absoluta. Y desde la inflexible sanción que establece el Código en los casos de adulterio, hasta el desheredarla en otros casos, pasando por el estado en que se le negaba el derecho a la cultura, todo ha concurrido a mantener a la mujer en una inferioridad que abochorna. Solo ha faltado que la Iglesia, gran conservadora de prerrogativas y jerarquías a favor del hombre, hubiese proclamado que allá, en el "reino de Dios" la mujer sería inferior al hombre.

Por eso, al leer la Constitución rusa y ver que se declaraba implícita y explícitamente la igualdad del hombre y de la mujer, y al ver que en la vida de relación social, salvo algunas limitaciones, hijas más bien de la rutina y de la costumbre que autorizadas por la ley, se tendía a practicar lo legislado, no pudimos por menos que reconocer la gran importancia de la conquista revolucionaria.

La mujer en Rusia goza de las mismas prerrogativas que el hombre. Es libre de obrar –dentro de la relatividad de un régimen "autoritario"– como le acomode, y ocupar su actividad en el oficio y profesión que prefiera.

Ha contribuido a ello, como ya lo hemos hecho notar, la transformación en colectivo del derecho de propiedad de la tierra. Cuando el pueblo en armas, pasando por encima de todos los derechos que consideró prescritos y como no

existentes, proclamó la transformación del derecho de propiedad de la tierra, consciente o inconscientemente, sabiéndolo o sin saberlo, plantó los jalones que habían de servir para lograr esa igualdad tan necesaria.

La mujer que une a un hombre su destino, unión que se vincula en los intereses que tiene al amor por máscara de un contrato de bienes, ha de seguir forzosamente las cláusulas de ese contrato matrimonial. Y contra esto, que es la costumbre, y además de la costumbre la necesidad, muy poco puede el sentimiento o la rebeldía que se manifieste al truncarse todo ideal humano.

Subvertida y transformada la base que permitía y hasta en ocasiones hacía necesario ese sacrificio, queda más libre la mujer para unir su vida a la del hombre preferido y, al mismo tiempo, adquiere también plena libertad en todos los aspectos que la convivencia social crea.

Basta con que a la materia legislada se añada el espíritu, el hábito, lo que se llama "el hecho consuetudinario".

El acceso de la mujer a las profesiones manuales e intelectuales sin exclusión específica su derecho a intervenir como electora y elegible en los cargos políticos y de participar con el hombre del acierto o del fracaso en la marcha de la colectividad, la evitará ser como hasta hoy ha sido la víctima de los caprichos del hombre, la que obligada a sufrir las consecuencias de las cosas bien o mal hechas, jamás era consultada. Compañera del hombre en todo lo íntimo, lo será

también en lo externo, en lo que se llama la vida pública de aquel país.

El obstáculo de los hijos, que ha sido siempre el más difícil de vencer, no lo será en el avenir.

La tutela del Estado no es el ideal a que aspiramos; hay algo superior a esa organización estatal; pero la realidad rusa es un Estado en el que se apunta esta acción tutelar de la infancia.

Además, ante el hecho consumado, no hay opción posible. Es. Hay que aceptarlo. Nos queda, eso sí, el deber de mejorarlo, de transformarlo, de superarlo incluso, sin que podamos desentendernos de la cuestión que su existencia nos plantea.

Si interviniéramos en una revolución donde nuestro pensamiento fuera reconocido, rechazaríamos de plano la fundación de un Estado cualquiera e invitaríamos a los hombres a organizarse libremente, estableciendo colectividades libres, federadas luego entre sí. Pero ahora no se trata de una revolución por hacer, sino de una que ya está hecha. Y al juzgarla y estudiarla, hemos de colocarnos en un plano de realidades innegables.

Hemos adoptado una posición crítica, objetiva, al escribir estas líneas, sin olvidar por ello la posición ideal.

VI

Relaciones entre el individuo y el estado

En los países capitalistas, las relaciones entre el individuo y el Estado tienen por base jurídica la propiedad privada, en particular la de la tierra. Transformada ésta, ¿cuáles serán las obligaciones del Estado para con el individuo y de éste para con el Estado en la Rusia de los Soviets? Porque también la estructura del Estado sufrirá la influencia de transformar en colectiva la propiedad privada de la tierra.

No creemos en la plasmación de ese ente, imaginario, sabiamente descrito por Lenin y sus continuadores, llamado "Estado Proletario". Aunque la adjetivación pretenda darnos la idea de una cosa completamente diferente a la conocida, lo cierto es que no modifica sustancialmente la idea del Estado.

¡Estado proletario! ¿Qué es eso de Estado proletario? Lo mismo podríamos decir Estado azul, blanco o encarnado, sin que para la definición de lo que es el Estado adelantásemos gran cosa.

Conocemos formas variables, pero una sola denominación autoritaria: teocrática, absolutista, constitucional, monárquica, republicana y hasta "socialista". Pero a través de toda esta nomenclatura, de estas adjetivaciones y calificaciones, no hallamos sino al Estado, definido por muchísimos pensadores "como algo salido del pueblo, pero dominándolo después hasta convertirse en su tirano".

El Estado, según dicen sus más acérrimos defensores, es la forma de organización superior que se han dado los pueblos a medida que progresan, para mejor regular sus relaciones, garantizando los derechos de todos, los del débil contra los del fuerte, los del bueno contra los del malo, y, en última instancia, los derechos adquiridos por el primer ocupante contra la usurpación, siempre posible, del supuesto rezagado.

De creer a los panegiristas, el Estado –y teóricamente hemos de confesar que parece aceptable la manera de pintar su utilidad– viene a regular las relaciones entre los hombres, evitando el despojo de los débiles, obligando al respeto de la costumbre y transformándola en obligatoria e igual para todos. ¡Bella pintura!

Pero, jah!, la realidad, muy otra, enseña cada día cuán engañosa es esa imagen del Estado paternal, previsor, justo e igualitario.

El Estado, ni hoy, ni ayer, ni nunca, dejó de ser todo lo contrario.

El Estado, como atributo del principio autoritario, surgió del temor de los fuertes a la unión de los débiles. Evitar que éstos

pudieran por la fuerza numérica aplastar su dominación, fue el genial ardid empleado por los detentadores contra los desposeídos.

¡Dar forma legal a lo ilícito, a todo lo procedente del despojo! ¡Inventar el concepto de legalidad! ¡Hacer creer que leyes divinas y humanas autorizaban esta "legalidad" ¿Hay nada más malicioso?

Legalizada la usurpación, ella ha servido después, para regular las relaciones entre el individuo y las instituciones del Estado. La vida individual queda de esta manera prefijada, y cuando alguien se resista, será coaccionado en una u otra forma, pues lo primero que se organizó fue un cuerpo represivo.

Por conducto de sus representantes el Estado ordena y regula, sin que ninguna violencia escape a sus previsiones. Como en todo lo demás, penetra asimismo en las relaciones entre padres e hijos, y a un idiota non nato lo considerará en la plenitud de sus derechos igual que a un hombre genial, sólo al llegar a una edad determinada en el Código civil. El carácter jurídico de tales relaciones es determinado por los derechos inherentes a la propiedad privada de la tierra. Al transformarse, pues, en colectiva, se transformarán, indefectiblemente, las normas jurídicas.

A una diferente estructuración del Estado, corresponde un nuevo concepto de la legislación y de las leyes y métodos de aplicarlas. Su misión principal, hasta ahora, era la de acomodar cuanto se legislase a garantir el derecho de propiedad de la

tierra, abarcando desde los siete palmos que dicen son precisos para una sepultura, hasta los grandes latifundios.

Pero este derecho lo ha transformado la revolución, ha cambiado en Rusia. ¿Cuál será la orientación futura del Estado ruso, del que salió de la revolución, en sus relaciones con el individuo? Es este un interrogante a merced de los acontecimientos, al vaivén de las circunstancias.

A su debido tiempo hablaremos de lo que el Estado bolchevique ha hecho: pero esto no es lo definitivo, fundamental y firme. El Estado bolchevique no se ha consolidado todavía; le falta para lograrlo que acepte la crítica y la discusión libre de sus procedimientos. Cuando esta libertad sea concedida, y en el choque con otras concepciones del Estado se afiance, podrá conjeturarse fundamentalmente acerca de lo que serán sus relaciones con el individuo. Afirmemos, no obstante esta interinidad, que habrán de ser muy otras que las existentes en los Estados de organización capitalista, salvo en el caso de que la Rusia soviética retroceda y se adapte al principio de propiedad privada de la tierra, para lo que habría de anularse toda la obra de la revolución. De no ser así, y nos resistimos a creer que tal cosa ocurra, es indudable que el Estado y el individuo en Rusia habrán de establecer normas imposibles de practicar en los Estados de tipo capitalista.

Cuando dice hoy el Estado que vela por el individuo, que le ampara y protege, se sirve de un concepto capcioso, de una incongruencia bien adobada para ocultar el verdadero significado de esta protección. Es uno de los tantos trucos bien

presentados para gentes crédulas o taimadas y un estimulante de la servidumbre.

El Estado dice al individuo: "Yo, ente soberano, y al que has de acatar, represento los intereses más sagrados de la sociedad. Velo por la integridad de la patria, por tu religión, por las costumbres de tus antepasados, por conservar la tradición y los intereses personales. A cambio, reclamo de tí, individuo, fe ciega y absoluta a mis mandatos y leyes, a mis disposiciones y reglas; que todo lo que haga será para tu bien y felicidad". Así se expresa poco más o menos el Estado. ¿No se trasluce a través de ese lenguaje la situación de servidumbre y mansedumbre en que el individuo se halla colocado? Necio, torpe o malvado será quien lo niegue... ¿En virtud de Qué principio –decimos–, esas relaciones Se regulan?

El Estado ha hecho de sus relaciones para con el individuo una cuestión de orden casi exclusivamente jurídico, y por esta razón, que es la más fundamental de todas, hay que buscar el origen de ese especioso contrato tácito en las entrañas mismas del derecho de propiedad privada de la tierra, esencia y espíritu de todos los demás.

Todas las disposiciones del Estado, hasta las que parecen más alejadas de esa finalidad, si se las estudia atentamente se ve como son la consecuencia fatal de ese derecho. Cuantas modificaciones en él se hagan, repercutirán en las relaciones entre el Estado y el individuo.

Señalar ahora la pauta de esas relaciones o, por lo menos, lo que aproximadamente serán, es cosa que no puede hacerse. El

giro que tomen depende de variadas circunstancias que la menor causa, la menos aparentemente sensible, puede modificar totalmente.

Lo incuestionable, y sobre esto no deben hacerse ilusiones los partidarios del Estado actual, enemigos encarnizados de la Rusia revolucionaria es la modificación sustancial y profunda que sufrirán las relaciones entre el individuo y el Estado en la Rusia de los Soviets, sentando precedente.

¿Serán relaciones de superior a inferior, de quien manda de quien obedece, de quien dispone a quien acata?

Existe un principio jurídico en los países de propiedad privada que es el regulador de las relaciones entre el individuo y el Estado. Cabe pensar, a menos que se crea en lo absurdo. Que transformado ese principio se transformarán también las derivaciones que le son propias.

A reforzar esta afirmación concurren las distintas modalidades que se adoptaron para las relaciones entre el Estado y el individuo después que la burguesía desposeyó de sus inmensas propiedades a los feudales al iniciarse la Revolución francesa. Basta considerar este hecho, en su conjunto, para comprenderlo. Y eso que la Revolución francesa no modificó el derecho de propiedad privada de la tierra. Sólo lo amplió acabando con el privilegio de los reyes y grandes señores en las concesiones de tierras y de comarcas enteras que podían nacer a sus súbditos y favoritos. Si dio lugar esta reforma a grandes transformaciones, ¿quién negará que la transformación en colectivo del derecho de propiedad privada

de la tierra, no abarque aspectos casi insospechados en las relaciones del Estado para con el individuo?

No se hagan, pues, ilusiones quienes afirman que lo acaecido en Rusia es simplemente uno de tantos acontecimientos en la vida de un pueblo. Sufrirán amargo desencanto. El concepto que tienen de lo que debe ser el Estado y de cómo ha de entenderse con el individuo, ha sufrido un golpe mortal y no volverá a ser lo que ha sido; es decir: no será como ellos están acostumbrados a comprenderlo.

A otros muchos aspectos de la vida colectiva podríamos extender nuestro examen de la obra revolucionaria.

Un estudio más amplio nos llevaría a tratar de la transformación en la industria y en el comercio que, ejercidos hasta el momento de la revolución por particulares, habían de ajustarse en su desarrollo a inconveniencias de quienes los explotaban.

Hartos estamos de ver que muchas industrias particulares viven a expensas de los intereses colectivos y nacionales, y aunque los gobiernos, representantes genuinos del Estado y, por tanto, de la nación, tienen el deber, según las leyes hechas por ellos, de evitar esas anomalías, por compromisos de partido, de familia o de intereses propios lesionados, al tomar

una determinación contra esas industrias se ponen, resueltamente, al lado del interés particular y en contra del colectivo.

Es frecuente el caso de una municipalidad o región en pleito y contienda contra un particular; como lo es también que el particular, por favoritismo del gobierno, salga triunfante en el litigio.

Y cuanto decimos de la industria y del comercio, podríamos hacerlo extensivo a la cultura, a la beneficencia, a las artes y las letras; en fin, a todas las actividades y necesidades humanas, materiales, morales e intelectuales.

Nada escapa a la intervención, tutela y vigilancia del Estado. En ellas reside, de todos modos, la razón de ser de su existencia. Llamado a regular todas las actividades y necesidades humanas, lógicamente ha de pensarse que lo hará según la estructura que le sea propia.

En la tutela de la cultura sólo al Estado le es lícito decir cuándo un individuo está capacitado para ejercer una profesión y cuándo no lo está. El Estado le entrega un título, y este título lo capacita.

Puede un ciudadano cualquiera ser pedagogo eminente, hombre de excepcionales condiciones para ejercer la enseñanza: si el Estado no le ha autorizado para ejercerla, si no le ha dado un título que lo acredite, no puede enseñar ni abrir una escuela. Sus condiciones y aptitudes, para nada o muy poco sirven. No las ha reconocido el Estado, son nulas. ¿Lo reconoce? Puede ejercer.

Esta intromisión del Estado en la cultura produce efectos contraproducentes y negativos, pues impone la mediocridad como regla.

Y así todo. El Estado interviene la vida del individuo, y cuantas organizaciones éste funda, siempre quedan reguladas según el carácter del Estado.

El interrogante vuelve otra vez a los puntos de la pluma: ¿cuáles serán las normas del Estado en sus relaciones para con el individuo en la Rusia revolucionaria y en los demás países a que extienda su radio de influencia?

VII

Derechos y deberes

Las leyes porque se rige la moral social han establecido, indistintamente para todos, derechos y deberes. Es un principio humano, bien armonizado con las corrientes civilizadoras modernas.

Pero sentando el principio, surge al momento la dificultad de aplicarlo.

La cuestión de interpretación es también algo difícil. Cada cual entiende los derechos y deberes a su manera, o algo así; como la distinción entre lo bueno y lo malo, dada por el salvaje: "es bueno cuando yo quito la mujer al vecino, es malo cuando él me la quita a mí".

Creemos, por tanto, que la vaguedad y ambigüedad resultantes de la interpretación de deberes y derechos inducen a amparar actos que doctrinalmente se condenan. ¿Cuáles son los deberes? ¿Cuáles son los derechos?

Todo ser humano tiene derecho a satisfacer perentorias necesidades, como la inevitable de alimentarse. Reconocido ese derecho, ¿de dónde emana? Del deber que todos tenemos de ganar el pan con el sudor de nuestros miembros en actividad productora. Y aquí empieza lo incomprensible.

Si el derecho de alimentarse, no se puede separar del deber de producir, quien no produzca pierde ese derecho. ¿Lo entiende así la moral corriente? No En la actual organización social, hay muchos individuos que no producen. Parásitos empecinados, se nutren de lo producido por los demás. Burlan, pues, el deber.

Se dice y se sostiene, que el derecho a la vida es intangible y que, cualquier atentado contra ese derecho es un crimen de lesa humanidad, Un acto contra natura. Nada más exacto. Pero ese derecho está en todos, debe ser intangible para todos, pues no se hace exclusión de este o del otro individuo, sino que se refiere al derecho de una ética para todos los seres humanos.

Planteado en tales términos, se desprende, en justicia, que el alimentarse es un derecho que crea el deber de producir. Y más claro y llano: "quien quiera comer ha de trabajar".

El no alternar deberes y derechos, escinde al conglomerado humano en dos partes: en una están los que viven a expensas de los que trabajan; en la otra, la más numerosa, los desposeídos de los frutos de su trabajo. Estos laboran y solo consumen lo necesario para su subsistencia, mientras aquéllos, los parásitos, amontonan para sí en exceso. Rigen pues unos

los derechos y para otros los deberes. El desequilibrio del principio sancionado por la ética es bien patente. Sobre él está montado el régimen capitalista.

Las revoluciones políticas hechas hasta la fecha, incluso la francesa, proclamaron obligatorios para todo ciudadano los derechos y deberes. Mas, con esta proclamación, ocurrió lo que con otras muchas, que no pasaron de ser una aspiración lírica, entusiasta, pero sin efectividad alguna.

Mientras exista un procedimiento cualquiera que permita acumular riqueza y además transmitirla en herencia, habrá muchas personas para quienes el deber de producir no tendrá significado, ya que podrán obviarlo sin ningún inconveniente,

Tendrán el derecho a participar de la riqueza producida por los demás, pero no el deber de contribuir a crear esa riqueza. Y esto es notoriamente injusto.

¿La posesión de la riqueza es una necesidad, y su manejo por determinados individuos un principio intangible, ya que ha de considerársela como compensación a la gran energía derrochada?

Pudiera admitirse para quienes, empezando con sólo su trabajo, llegaron a reunir una fortuna ya que si bien es verdad que explotaron el trabajo ajeno para enriquecerse los comienzos fueron penosos y rodeados de dificultades. Pero una vez la fortuna reunida, quienes heredan, ¿cuándo y cómo cumplen sus deberes de productores?

El razonamiento de que sus progenitores trabajaron para ellos es profundamente inmoral, pues nadie, ni los mismos padres, deben trabajar para enriquecer a sus hijos cuando éstos estén en condiciones de producir. Solo por una absurda interpretación del deber, puede considerárseles exonerados de la obligación de trabajar.

¡Todos, sin distinción, tenemos derechos; pero todos, también, deberes! Y si el tener bienes de fortuna y centuplicar su valor mediante la explotación del trabajo ajeno, considérase un deber a su modo, con mayor riesgo personal, el que nos desvalija en un camino, asalta nuestro hogar o nos vacía los bolsillos por medio de hábiles manipulaciones, también se halla en el ejercicio de un "deber" respetable. El ansia del lucro los coloca al mismo nivel moral.

¿Qué la actual distribución de la riqueza permite, con su absurda organización, eximirse del trabajo?

Pues, la conclusión es lógica: la organización de la sociedad es injusta, ya que hay quien tiene derechos mermados y deberes ásperos que cumplir, mientras existen quienes sólo tienen derechos plenos a gozar y conservar y deberes poco penosos que pueden eludir fácilmente.

Mas, si la organización política y económica ha venido padeciendo hasta hoy defectos y vicios de origen, convengamos en que no deben seguir imperando por más tiempo.

Con el lema: "!Todo el Poder a los Soviets!", la revolución rusa dio el primer paso en el sentido de transformar la propiedad, reivindicando el derecho de los trabajadores.

El pueblo ruso quiso acabar con las minorías que se creen llamadas a gobernar y no lo consiguió, aunque anduvo cerca de lograrlo. Como las concepciones puramente idealistas sólo son aplicables a las artes y a las ciencias, la revolución se detuvo en los derechos políticos, por más que las masas gritaran justamente: "quien quiera comer que trabaje".

Esta es la cuestión: "quien quiera comer que trabaje". ¿Qué se pretende con esta fórmula? ¿Obligar a todos a cavar la tierra? No. Imponer a todos, únicamente, el deber de ser verdaderamente útiles a la sociedad. ¡Extraña exigencia! ¿verdad?

Nadie ignora hoy que trabajar no es solo manejar el azadón, colocar ladrillos, aserrar madera, tejer, coser, o clavetear zapatos. Existen innumerables variedades de trabajo, que son tan útiles a la sociedad como el carpintero, albañil, etc., sin ser ensencialmente manuales.

Paralela a esta convicción ha nacido otra: que el ser rentista, popietario, acaparador, comerciante, político, es no ser nada, si no es como en calidad de parásito.

Por eso, la revolución rusa al fijar la fórmula de derechos y deberes en el trabajo, no dijo nada metafísico, ni propuso problemas. Declaró sencillamente que el derecho de consumir iba precedido del deber de producir. Derechos, si; pero deberes también.

Del terreno de las concepciones vagas y un tanto difusas en que hasta ahora se había vivido con respecto al deber, hemos pasado ya al de las reales y positivas. "Quiero tener derechos" –dice el individuo. "Muy bien –se le contesta–, trabaja". Ningún título es capaz de sustraerte a esta obligación. La sociedad necesita del esfuerzo de todos; pero el esfuerzo de los que hacen producir a los demás no le es necesario. "Eres joven, estás útil, gozas de perfecta salud; trabaja, sé útil, no vivas del esfuerzo ajeno". Así habla y procede la revolución.

¿Qué razón hay para que el individuo no sea útil a la colectividad? Ninguna. La fuerza de la costumbre nos ha hecho admitir como cosa natural esa vida de parásito que muchos llevan; pero la razón, que está por encima de la costumbre, iluminó el pensamiento revolucionario, y le dio un contenido.

A las gentes que toda innovación escandaliza, capaces de horrorizarse por la más insignificante transgresión a la rutina, parecerá una blasfemia abominable esa conclusión. Viven de lo pretérito, de las ideas hechas, de ese sentido conservador que las envuelve, más parecido a la muerte que a otra cosa. Pero el que ellas lo consideren un mal no es una razón para que desoigamos los llamamientos de la justicia.

Derechos, sí; deberes, también. La sociedad en que vivimos y de la que formamos parte, ha de ayudarnos a servirnos de los primeros: mas, en justa reciprocidad, sin la cual la vida de relación no es posible, nos dice que ese goce va acompañado de la obligación de no ser una carga para los demás. Así lo entendió la revolución rusa y lo practicó inmediatamente.

Hasta ahora, hay que hacerlo notar, jamás se había precisado tan claramente la noción del deber. El derecho, venía a ser para la mayoría una especie de entelequia. A partir de este momento ya entra en la categoría de los enunciados que tienen fisionomía propia. Un gran acontecimiento lo ha elevado a la más alta jerarquía, lo ha sentado como principio fundamental.

Cuando alguien en adelante nos hable de sus derechos, preguntémosle si cumple sus deberes, y la contestación que nos dé, servirá para que sepamos lo que es y hasta qué extremo es digno de la consideración social, es decir: si contribuye con su esfuerzo a enriquecer el acervo común.

¿Producés? He aquí la enunciación de todo un fundamento moral. Reducido a esta síntesis, que a más de precisa tiene la ventaja de ser clara escandalizará a los partidarios de lo ampuloso, ya que para ellos, todo lo que no es complicado merece su desdén. Pero ved las cosas: el ignaro campesino ruso ha recordado a la humanidad el más principal de sus fundamentos. Lo ha recordado y aplicado, que es lo más importante.

Se ve, pues, cómo progresan los pueblos. Hace veinte siglos se dijo al hombre: "ganarás el pan con el sudor de tu frente", que podemos traducir por: el derecho a consumir va unido al deber de trabajar.

Una moral acomodaticia y tortuosa ha dejado que la sentencia evangélica sea arbitrariamente interpretada. A todo se ha llamado "trabajo". Los negocios más sucios y las combinaciones más infames han sido tenidas como fruto del trabajo, hasta que hombres sencillos, sin más filosofía ni metafísica que el instinto, han recordado a todos lo que no debieron olvidar.

Esas actividades lucrativas no pueden ser consideradas como el cumplimiento de un deber, ya que su finalidad tiende a hacer más penoso el deber de los demás.

No hay, pues, nada más que un principio lógico: el derecho implica el deber; el que quiera gozar de los beneficios de la vida, ha de sujetarse a los límites que ésta le imponga para el bien común. Todo otro concepto es, a nuestro juicio, arbitrario.

¿Quieres beneficiarte del esfuerzo colectivo? Pon también el tuyo para que el acervo sea mayor. Así pensaba el campesino ruso y así lo ha proclamado.

¿Derechos adquiridos? Aquí no hay derechos adquiridos –dijo–. Aquí hay derechos y deberes. Aquí el que quiera comer ha de trabajar".

Simplificando el problema de la vida, cohonestó los dos polos que la rigen: el positivo y el negativo; como si dijéramos: el de los derechos y el de los deberes.

No; no cumple sus deberes quien no es útil a la sociedad, quien no emplea su esfuerzo en algo. Quien permanece inactivo mientras los demás se extenuan y agotan. ¡Casta de parásitos, de zánganos y de aprovechados, ha sonado la hora de vuestro fin!

Valle de lágrimas o jardín de flores, lugar de sufrimiento o de placer, instante de alegrías o de tristezas, el paso del hombre por la tierra, el tiempo que la vida dure, ha de emplearlo, por lo menos, en algo de utilidad general, pues de no ser así, fatalmente ha de convertirse en carga para los demás. Y si una moral elástica, demasiado complaciente y dispuesta a justificar al poderoso, nada más que por hecho de serlo, mostrábase transigente, habría de llegar un momento que se la declarase en quiebra y se llamara al hombre a cumplir sus deberes.

Todo hombre puede ser útil a la sociedad. Su esfuerzo siempre puede ser empleado. ¿Por qué, pues, no lo ha de prestar? ¿Por qué es rico? ¿Por qué es poderoso? ¿Por Qué nació en "dorada cuna"? ¿Por qué sus padres acumularon dinero? Ninguna de estas causas es eximente de derechos.

¿Por Qué, pues, ha de serlo de deberes? Así lo comprendió el pueblo ruso y así lo proclamó bien alto.

Por primera vez en la Historia vemos consagrado como intangible el deber de producir. Por primera vez también se ha dicho a todos los hombres de un país que quien no produzca

no es útil a sí mismo ni a los demás, sino más bien un estorbo y una dificultad.

Agradecemos al pueblo ruso la afirmación de este principio, afirmemos que obró con justicia, que su revolución ha dado firmeza al enunciado moral del deber y digamos luego: quien quiera tener derechos, cumpla sus deberes, y quien quiera comer, que trabaje.

VIII

Frente a una realidad

A la vez que las enseñanzas que puedan sacarse del hecho de la revolución rusa, quien a Rusia llegue en viaje de estudio se encontrará ante una realidad que no puede negarse: los bolcheviques. ¿Quiénes son y por qué triunfaron? Ya se ha dicho muchas veces quiénes son; nadie, en cambio, o muy pocos, han dicho por qué triunfaron. A creer lo que ellos mismos dicen, deben su triunfo, principalmente, a ser los autores de la revolución.

Expliquemos por qué entendemos que esta afirmación es una gran impostura.

Las revoluciones las hace "el pueblo". Luego, cuando las luchas violentas en la calle culminan en la destrucción del régimen que existía, se impone la colectividad que mejor interpreta el sentir general y los anhelos que impulsaron la revolución, aun cuando más tarde se desvirtúe la causa del pueblo como hizo el bolchevismo procurándose la prosperidad del partido.

Al declararse la revolución existen en Rusia varios partidos políticos más numerosos, más arraigados en la opinión y mejor organizados que el llamado después Partido Comunista. Sin embargo y aun contando con ventajas, no despreciables por cierto, no son los partidos mejor organizados, ni los más numerosos, los que triunfan, sino los bolcheviques. ¿Por qué?

La razón es obvia. Porque interpretaron en aquel momento más acertadamente que ningún otro partido, las aspiraciones populares.

La trayectoria que siguen estos partidos y la fugaz y rápida preponderancia que alcanzan algunos en los comienzos de la primera revolución, confirman sobradamente nuestras aseveraciones.¹

Declarada la Duma (Parlamento), única soberana, los cadetes, mezcla de liberales y reformistas, y bastante más numerosos y mejor organizados que los bolcheviques, forman gobierno y tienen en sus manos los destinos de Rusia. Pero dura un momento. Unas semanas apenas.

Impregnados del espíritu liberal y demócrata burgués, no quieren ir más allá de una simple reforma constitucional; acceden, lo más, a destronar al Zar, reemplazándolo por un rey constitucional.

De las reformas anheladas por el pueblo se desentienden por completo. Para ellos la revolución no debía aspirar más que a

1 Llamémosle "primera" por seguir la costumbre, aunque no haya primera y segunda revolución. No hay más que fases de una misma revolución.

una reforma constitucional y algunas otras legislativas, y que después, vueltas las cosas a su cauce, pudiera el pueblo ver lo que se podía conceder y hasta qué límite.

Poco tiempo duró su popularidad. Abandonaron el Poder sin que su paso pueda señalarse por algo importante. No fue mejor la suerte que cupo a los socialistas revolucionarios de cuyo partido era jefe Kerensky.

Empujado por la multitud, elevado sobre ella, que demandaba medidas radicales y la terminación de la guerra, llega al Poder, y si bien en el primer momento; alienta las esperanzas del pueblo, pronto lo abandona, pues los compromisos contraídos con la burguesía nacional y los diplomáticos extranjeros le hicieron abandonar su programa y caer sin gloria ni provecho.

Reclama el pueblo el reparto de la tierra, la socialización de las industrias, el reconocimiento de los Soviets de soldados y campesinos y la terminación de las hostilidades. Del cambio de régimen no hay necesidad de hablar. La subida de Kerensky al Poder determina ya la proclamación de la República.

Kerensky se opone al reparto de las tierras y amenaza con duras represalias a los campesinos si no devuelven a sus dueños las expropiadas por ellos espontáneamente. Nacionaliza algunas industrias y reconoce a los Soviets, imponiendo condiciones; pero se niega terminantemente a cesar en las hostilidades en el frente de guerra, contrariando los deseos del pueblo ruso. La guerra fue la causa más eficiente de la revolución, y bastó que Kerensky ordenara una ofensiva

contra los ejércitos alemanes para que se conquistara la impopularidad y arrastrase en su caída el prestigio y la confianza depositados por el pueblo en el partido de que era jefe. Es tal su impopularidad, que muchos de sus partidarios, no queriendo ligar su suerte a la de Kerensky, lo abandonan y se constituyen en partido disidente, fundando el llamado Partido Socialista Revolucionario de izquierda.

Quedaba otro sector político que podía disputar a los bolcheviques el Poder: los socialdemócratas, o socialistas, como decimos nosotros. Pero sus concomitancias con Kerensky y su escaso espíritu revolucionario, tan necesario para triunfar en momentos como aquellos, hicieron improbable su acceso al Poder; por lo que, en puridad, después de siete meses de revolución, desde marzo a octubre, de haberse derrocado el régimen zarista y gastado dos partidos políticos importantes, sólo los bolcheviques quedaban en condiciones de gobernar, contando con la tolerancia y ayuda de los anarquistas y de los revolucionarios verdaderos.

Como el grito de "¡Todo el Poder a los Soviets!" y el de "¡Abajo la guerra!", tenía eco de simpatía en la actuación de los anarquistas, unieron éstos su esfuerzo al esfuerzo de los bolcheviques, y de común acuerdo, ayudados por la fracción de los socialistas revolucionarios de izquierda, derribaron a Kerensky del Poder y en él instalaron a Lenin y sus correligionarios.

No estarían los bolcheviques muy seguros de su fuerza ni de ser ellos los propulsores y aun los autores materiales de la revolución como afirman constantemente, cuando el primer

periodo de su gobierno, o sea, desde su acceso al Poder hasta la firma del Tratado de Paz de Brest–Litovsk comparten el gobierno con los socialistas revolucionarios de izquierda, que desempeñaron en el Consejo de Comisarios del Pueblo, tres importantes Comisariados: Bellas Artes, Justicia y Hacienda.

Y la mediatización que sufren los bolcheviques en la dirección suprema del Gobierno al compartirlo con los socialistas disidentes de Kerensky, alcanzan también a la obra revolucionaria que el pueblo realiza día por día, donde el predominio de los anarquistas es concluyente, pues trabajan para que los Soviets se incorporen definitivamente a la vida social y política del país, ocupando el puesto que por razón natural les corresponde.

Persiguen los anarquistas el conseguir que el Soviet reemplace en absoluto al Estado o mejor, hacerlo innecesario, tendencia que combaten los bolcheviques y los socialistas revolucionarios. Sospechan que el afianzamiento del Soviet es la soberanía real y efectiva del pueblo, no esa soberanía tan defendida por los demócratas burgueses y representada en un trozo de papel que de vez en cuando deposita el ciudadano en la urna de cristal.

Pero los bolcheviques son hábiles y dúctiles en la aplicación de sus procedimientos. Y hay que reconocer que obraron sin escrúpulos.

Poco les costó poner fuera de combate a los anarquistas. Torpes, errores y, sobre todo, quisquillósidades y minucias doctrinales elevadas a la categoría de principios, sobre los que

toda transgresión, aun en momentos como aquellos en que la acción era más precisa que la discusión, se consideraron transgresión gravísima, los puso al margen de la actividad desplegada. El pueblo, viéndolos entretenidos en discutir si debían o no hacer lo que él estimaba indispensable en aquella hora única, pasó de largo y continuó su camino.

Lo cierto es, sin embargo, que los anarquistas querían hacer de! Soviet el nervio de la acción futura, pues se dieron cuenta al instante de que el Soviet era una entidad natural, nacida al calor de la revolución, como lo fueron nuestros municipios cuando el pueblo, para sacudir la tiranía de los señores de horca y cuchillo, se alió a los reyes en contra del feudalismo.

Y mientras los anarquistas discutían si debían aceptar o no cargos en los Soviets, para los que en muchos casos y en numerosas regiones eran elegidos, como no se decidían a aceptados, los bolcheviques los ocupaban, adquiriendo de este modo una preponderancia que estaban muy lejos de tener basta entonces.

Advertimos que en los comienzos de la Segunda fase de la revolución, cuando los marinos de Cronstadt se alzaron contra Kerensky y el pueblo en armas y algunos Soviets de soldados de Petrogrado detuvieron la ofensiva del general Brusiloff contra los bolcheviques, éstos no habían pronunciado siquiera la palabra "dictadura del proletariado". De haberlo hecho entonces, de no haber engañado al pueblo hablándole de libertad cuando pensaban negársela, es más que seguro que Lenin y sus amigos no hubieran llegado al Poder. Pero supieron ocultar sus intenciones y se hicieron los amos de la situación.

Descartados momentáneamente los anarquistas, disminuida su influencia por no llegar a un acuerdo, en si debían o no intervenir en la actuación orgánica del nuevo estado de cosas, los bolcheviques se situaron ventajosamente, pues con la separación de los anarquistas desaparecía la única fracción que pudiera hacerles sombra. Quedaban aún los socialistas revolucionarios de izquierda; pero el ser los restos de un gran partido desmembrado como el que acaudillaba Kerensky les quitaba influencia sobre el pueblo, que estaba acostumbrado a verlos unidos.

La habilidad política de los bolcheviques apenas había comenzado a mostrarse. Apuntaba solamente. No ignoraban que entre los socialistas revolucionarios de izquierda, que compartían con ellos el gobierno, había una fuerza corriente de opinión a legalizar el reparto de las tierras, hecho mediante la aprobación de los acuerdos del Congreso pan-ruso de Soviets de campesinos. Temerosos de que si esta corriente de opinión se imponía, llegase a cristalizar en un partido homogéneo, fuerte y bien nutrido, lo primero que hilo el Consejo de Comisarios del Pueblo, presidido por Lenin y reunido en Smolny, fue dar estado legal al reparto de las tierras.

Desde este momento los bolcheviques se colocan en situación muy superior a la de colaboradores y amigos. El golpe era hábil y certero, no hay que negarlo. Con él se apuntaba a dos finalidades: la de atraerse las masas campesinas al Partido Comunista y de no lograrlo, evitar, por lo menos, que engrosaran el partido contrario.

Y aún así la posición de los bolcheviques no quedaba afirmada del todo. La influencia de los socialistas revolucionarios de izquierda que tenían al frente la gloriosa figura de Maria Spiridonova, crece como la espuma y compromete la de los bolcheviques. Otro segundo golpe hábil –el Tratado de Paz con Alemania–, aunque funesto para la revolución, les deja el campo libre y dueños absolutos del poder. Ya han conseguido lo que se proponían. Hacer triunfar su política, la del partido que llamarán Comunista, aunque sea contraria a los intereses del país y de la revolución, apoyándose en las espaldas del pueblo.

Se ha dicho por todos los biógrafos de Lenin, y más directamente por Zinoviev, su íntimo amigo y uno de sus hombres de confianza, que el Tratado de Pat de Brest–Litovsk, a causa del cual los tres comisarios que representaban al Partido Socialista Revolucionario abandonaron el Gobierno, es el triunfo más señalado de Lenin, el jefe comunista, y uno de sus mejores aciertos políticos. Según como Se considere el acierto, y como triunfo político partidista están en lo cierto, si bien examinando, sin prejuicio ni prevención alguna, debe considerarse el Tratado de Paz de Brest–Litovsk, como una de las calamidades que ha soportado la revolución y como uno de los más tremendos errores cometidos por los dirigentes comunistas.

Desde el punto de vista del interés de la revolución, de lo que convenía a la Rusia revolucionaria y en lucha con numerosos enemigos, el Tratado de Brest–Litovsk es de efectos desastrosos. Lenin vio el afianzamiento de su partido, su triunfo definitivo, y a ello sacrificó todo lo demás.

Con la firma de la paz, daba satisfacción a una de las aspiraciones más claramente manifestadas por el pueblo, cierto es, pero no lo es menos que sacrificaba también a la revolución. El pueblo, en su noble pasión antiguerrera, no vio claro en lo porvenir y sólo quiso obtener la paz a cualquier precio.

La opinión de Lenin no era compartida por algunos de sus amigos y colaboradores. El mismo Trotsky, firmante de aquel Tratado en nombre del Consejo de Comisarios del Pueblo ruso, se negaba a que la paz se concertara, y sólo por disciplina al Partido puso la firma en las negociaciones de paz.

¿Qué se proponía Lenin con la firma del Tratado? Ganar tiempo y afianzar el Partido Comunista. Y lo consiguió. Sus mismos adversarios, los anarquistas en lo social y los socialistas revolucionarios en lo político, con sus vehemencias e impetuosidades, iban a darle hecha la mitad de la tarea.

Las persecuciones contra los anarquistas hablan comenzado ya a pretexto de futilidades, de cosas sin importancia, de apreciaciones inverosímiles. Y los bolcheviques, que habían conseguido armar a sus adictos y a los que en todo momento se suman a la compañía del vencedor, y le sirven –fauna que se da en todos los países–, y hecho creer a una gran parte del pueblo que los anarquistas se volvían contra la revolución, sacando partido de las indelicadezas y exageraciones ideológicas de alguno de ellos, obligaronles a someterse o los exterminaron metódicamente.

Los socialistas revolucionarios abandonaron el campo menos hostilizados. No quisieron hacerse solidarios de la firma del Tratado de Paz con Alemania, pues lo consideraban leonino y perjudicial para la revolución, y dejaron a los bolcheviques dueños absolutos del Poder. Si fue ésta la finalidad del jefe bolchevique, la consiguió; acaso más plenamente de lo que él mismo lo deseara. No sólo había ganado tiempo, sino que, unos y otros, con sus discrepancias y falta de sentido de la realidad, le dejaban el campo libre.

Los socialistas revolucionarios no quisieron compartir la responsabilidad y, altivos, tuvieron un gesto de desdén y se apartaron. ¡Cara les iba a costar esta actitud! La残酷 represiva en el exterminio de los anarquistas, iba a repetirse con ellos, pero aumentada. 145 víctimas, por ser más numerosos los socialistas revolucionarios, lo serían en mayor proporción.

Solos los bolcheviques en el Poder, no ignoran que lo ejercen a precario, y que para continuar en él ha de halagarse a la multitud, prometiendo y mintiendo si es preciso.

En sus manos todos los recursos y resortes de gobierno, usan de ellos con rara habilidad. Lo primero que hacen es imponer la censura a la prensa de oposición, y aprovechando esta medida despótica, acusan a los demás partidos políticos de contrarrevolucionarios, pregonando que la revolución sólo puede salvarse por la práctica de "la dictadura del proletariado".

El pueblo no sabe a ciencia cierta, ni se le explica qué es "la dictadura del proletariado", pero la prensa afecta a los bolcheviques, que es la única que se publica, le hace creer que la "dictadura del proletariado" es triunfo definitivo del Pueblo trabajador, la destrucción y aniquilamiento completo de las clases privilegiadas, la desaparición total de los nobles, militares, ricachos y terratenientes, suprimiéndolos a todos y proclamando el comunismo.²

Y el pueblo, deslumbrado por estas propagandas, da rienda suelta a sus odios, a esos odios acumulados contra el zarismo y la nobleza durante siglos de esclavitud, miseria y tiranía. Se entrega confiado a los bolcheviques, viendo en ellos el único partido que puede salvarlo y evitar el retorno del pasado. Y como todas las demás voces se han callado sin que sepa claramente por qué, acepta las razones que se le dan, que son muchas menos que las imposiciones y violencias.

Poco a poco, subrepticiamente, sonriendo o amenazando, los bolcheviques logran apoderarse de la voluntad popular, y hoy unos, mañana otros, eliminan a quienes puedan resistirles, evitando la crítica y la oposición.

Hablan más a menudo de la dictadura del proletariado; señalan sus ventajas y conveniencias. Cada día anuncian que para el siguiente, los trabajadores, el pueblo todo, se convencerá de las maravillas de la dictadura. Mientras tanto, hacen "su política". Desarman al adversario; arman a los

2 La oposición va desapareciendo a medida que la nacionalización de todas las industrias va poniendo en mano del Consejo de Comisarios del Pueblo los recursos que la prensa necesita para subsistir.

adictos, comprometen cada vez a más individuos para que no puedan desligarse del Partido. Siguen una política útil, suave, serpenteante; pero eficaz a su propósito.

Como el mujik se muestra reacio al bolchevismo y se mantiene fiel al partido socialista revolucionario, que era el más popular entre los campesinos, el Gobierno acuerda que el voto del obrero de la ciudad, el del obrero industrial, represente cinco votos el del campesino, y que por cada miembro campesino elegido para el Soviet, elijan cinco los obreros industriales. He aquí un privilegio aristocrático, tan odioso como cualquiera de los Estados burgueses.

Para los cargos de confianza, presidentes de Soviets regionales o provinciales, comisariados industriales o de otros servicios cualesquiera; jefes o directores de empresas industriales, colectividades o instituciones de cualquier naturaleza, son nombrados los hombres más fieles del partido, apoderándose por este sistema de todas las posiciones ventajosas.

Se atiende a las ambiciones; se rehacen virginidades con tal de someterse incondicionalmente a las "directivas" del partido; y así, por este ingenioso procedimiento se coloca el pie en el cuello del adversario revolucionario: socialista y anarquista.

La dictadura del partido se hace más ostensible cada día. Ya no oculta sus vergüenzas como al principio, menos púdica, más desenvuelta, se lanza a la calle y desafía con la Tcheka a quien pretenda discutir su genealogía.

Y juzga y condena a muerte, y ejecuta a algunos duques y príncipes; no salen mejor librados algunos bandidos y desgraciados; pero el mayor contingente lo dan aquellos que no quieren someterse a la tutela del partido bolchevique, que rechazan esa misma dictadura, que combaten la tiranía ejercida en nombre y provecho de quienes la implantaron.

Sistématicamente, se elimina por la muerte a todo adversario un poco peligroso. Se le acusa de contrarrevolucionario, de entenderse y comunicar con los jefes reaccionarios que en los Estados limítrofes conspiran y preparan movimientos para restaurar el antiguo régimen, y antes de poderse defender de la infame acusación, la Tcheka ya ha hecho su obra.

Los sacrificados suman centenares y miles. Sobre sus cadáveres, va asentando su poder el partido comunista. Todo esto, según los cánones bolcheviques, se ejecuta para el triunfo de "la dictadura del proletariado", sin que el proletariado –¡cuántos crímenes se cometan en su nombre!– se entere ni se mezcle en nada...

La dictadura no se contenta con suprimir hombres. Limitada a esta función, pronto se hubiese declarado en quiebra. Tiene tentáculos más largos y poderosos y de ellos va a servirse el Partido para su triunfo.

Invade todas las esferas de la actividad social, y en cada una de ellas por separado y en todas a la vez, deja la huella de su acción, marcando las directrices que convengan al Partido y a los hombres que gobiernan.

Se prohíbe al pueblo el derecho de reunión, de emisión del pensamiento, de manifestación y de protesta contra todas las extralimitaciones del Poder, no alcanzando a ver, por nuestra parte, dónde está la dictadura ejercida por el proletariado.

En nombre de este principio. Con su forzada aquiescencia, se impone la movilización de los trabajadores. Se les aherroja a su profesión y oficio y no pueden abandonarlo hasta que el gobierno así lo considera oportuno. La situación de este proletariado ejerciendo una dictadura, es muy semejante a la del galeote de los tiempos pasados, que atado al banco en que se sentaba para remar, su suerte estaba siempre ligada a la que siguiere la embarcación de la que era un simple instrumento. Ni aun en caso de irse a pique podía librarse de la muerte. El grillete lo arrastraba al fondo del mar con los restos de la nave en la que remaba, encadenado por disposición de la justicia.

¿Cómo ejercerá, pues, una dictadura aquel a quien se le prohíbe hablar, escribir, proponer, vivir, en suma? Si no tiene libertad para manifestar cuál es su voluntad y ha de acatar la voluntad de otros, si no puede expresar su pensamiento y ha de aceptar a "priori" lo que otros ordenen: ¿en qué, cómo y cuándo ejerce esa famosa dictadura? ¿De qué es dictador?

Ya lo dice el propio Lenin, el "descubridor" de este nuevo concepto, en su libro tan citado, "La enfermedad infantil del izquierdismo", cuando afirma, si no con éstas, con parecidas palabras:

"Creer que d proletariado, todo el proletariado ha de ejercer la dictadura, es una ingenuidad sólo posible en los espíritus

simplistas. La dictadura del proletariado la ejerce en su nombre la parte más consciente y capacitada de la clase trabajadora. y como ésta parte ha de pertenecer forzosamente al Partido Comunista, es éste quien ejerce la dictadura en nombre del proletariado."

El truco no puede estar mejor explicado. Esa interpretación de la dictadura del proletariado, encierra una falacia con la que se disfraza el verdadero carácter de la política bolchevique. Descubierta la trampa, el juego pierde la atracción de aquello que cautiva por sus apariencias de verosimilitud.

Esa dictadura proletaria es la dictadura de un partido ejercida contra todos los demás partidos y contra el proletariado mismo.

El Partido, bajo la amenaza de penas severísimas, prohíbe toda crítica, observación o protesta contra el "Poder constituido. ¿Y a quién se prohíbe ejercer esa función soberana de crítica al Poder constituido? Al mismo proletariado, que es, dicen, quien la ejerce. El obrero en la fábrica, queda sometido a la autoridad de un Comité que el mismo obrero debe nombrar; pero antes de que lo nombre, ya se le ha dicho quienes son los individuos gratos al Gobierno y los que éste ha elegido para que lo representen. Aquí, a la burla, se une la vileza de obligar al trabajador a que nombre sus verdugos. La tiranía capitalista, en los tiempos que vivimos, ya no se atreve a tanto. Respeta algo más la dignidad de los trabajadores, aunque su suerte material sea la misma.

Cuando de la fábrica pasa al Soviet local, al que pudiéramos llamar órgano regulador de las relaciones entre ciudadanos y síntesis de todos los demás organismos en la vida colectiva, ocurre algo parecido a lo que ocurre en la fábrica. El ciudadano o, mejor, el individuo, es llamado a designar a quienes deben representarle, tanto por la confianza que le merezcan como por la capacidad de que los crea poseedores. Pero, ¡oh, paradoja! los individuos designados para ejercer la dictadura que al Soviet corresponda, han de pertenecer al Partido, al único legal, han de ser bolcheviques probados.

¿Dictadura del proletariado? Dictadura de los que han tomado al proletariado por sufrido asno sobre el que poder cabalgar confiadamente.

En todos los aspectos y actividades de la vida social, la voluntad del proletariado, en nombre del cual se gobierna en Rusia, es siempre y en todo momento suplantada por la voluntad de quienes gobiernan, pues ellos son quiénes imponen al pueblo los hombres que han de representarlo.

Cuanto más se busca la realidad de que el proletariado sea el dictador, menos se la encuentra y descubre. Ser dictador y no poder dictar, teniendo que aceptar en cambio lo que otros dicten; tener opción a mandar y soportar que otros manden; tener potestad para dirigir y ser dirigidos. No comprendemos como puede compaginarse una cosa con otra. El que manda, no es el que obedece. El que dicta, no es el dictado. Podría objetarse que se dicta en favor del dictado, cosa bien extraña y que también en los países capitalistas suelen alegar los gobernantes, so pretexto de que laboran en beneficio del

pueblo, al que sacrifican. Lo cierto es que quienes mandan se enriquecen, prosperan y son libres de hacer cuanto quieran, mientras el pueblo vive en la miseria, envilecido y vilipendiado por sus redentores desde el Poder. Todo lo hacen en favor del pueblo, pero este ha de entregar hasta la raída capa que cubre su esquelético cuerpo en pago de tantos favores. Lo mejor sería, pues, que no le favorecieran tanto, que no se sacrificaran por él, que no se condolieran de su desgraciada suerte.

De la dictadura, tanto de la del proletariado como de la burguesía, pudiéramos decir lo que dijimos del Estado. Como no admitimos lo de Estado proletario tampoco podemos admitir eso de dictadura del proletariado. La dictadura es siempre violencia contra alguien. Y ese "alguien" es siempre el trabajador.

Además, no creemos en la felicidad impuesta.

No creemos en la libertad que otorgue el Estado, porque el Estado no puede otorgada. Y si no creemos en la libertad del Estado, ¿creeríamos en la libertad de la dictadura? ¿Pero puede una dictadura dar libertad? Sí. La dictadura derrama a manos llenas los inmensos beneficios de la libertad: la libertad de oprimir.

Con la dictadura, unos mandan y otros obedecen. Si somos de los que mandamos, seremos opresores, y oprimidos si hemos de obedecer.

La dictadura que se proponga seriamente hacer libres a los hombres, será tan pueril en sus principios como aquellos

patriotas que en la Constitución de Cádiz votaron porque todos los españoles fueran buenos y honrados.

No creemos en la eficacia de las leyes. Tampoco en la de la dictadura. La ley no es buena ni mala. Es, sencillamente, la Ley. Una monstruosidad. En cuanto a su dureza o benignidad, son los hombres quienes la hacen más o menos aceptable. La dictadura es igual. Ejercida por los blancos o por los rojos, será siempre dictadura: el derecho que unos tienen a mandar y la obligación de los demás a obedecer; unos a disponer de todo y otros a acatar.

En estas condiciones –y bajo otras no puede considerarse la dictadura– hay que rechazarla de plano, sin atenuaciones ni distingos.

¿Que se invocan los intereses del proletariado para justificarla, diciendo que si no la ejerce cuantos esfuerzos haga para manumitirse serán estériles, pues la situación privilegiada de la burguesía hará infecunda la capacitación de las masas laboriosas? Contestemos que no es cierto.

Hemos estado en Rusia; hemos visto como se ejerce la dictadura del proletariado, es decir, lo que como tal se considera, y hemos visto al pueblo gemir bajo la más atroz tiranía, soportar las más horrorosas persecuciones, someterlo a la más inicua explotación. ¿Y quién vejaba, escarnecía y vilipendiaba al pueblo? ¿La burguesía? No. Un partido político surgido de la revolución y que aun hoy dice gobernar en nombre de la clase más atrocemente oprimida.

Si las revoluciones han de servir para cambiar de amo nada más, y no para abatir la tiranía, para conquistar más libertad, para dar un paso adelante en el camino de la cultura, del progreso y de la justicia, ¿para qué las revoluciones? ¿para qué derramar sangre? ¿para qué batirse? ¿para qué matar y morir? La revolución, pasado el primer momento, el de las multitudes desbordadas, ha de orientarse en sentido de libertad y justicia, de fraternidad y equidad entre los hombres. Esta es la verdad eterna. La de la libertad. La revolución rusa no ha desmentido este principio, ni lo abandonó siquiera. Fueron los bolcheviques, al adueñarse del Poder, quienes desviaron la revolución del curso normal; quienes hablaron de dictadura y comenzaron a ejercerla ¿en favor del proletariado? ¡No! En favor de ellos mismos, de su partido, al que se sacrificaron la revolución.

Hoy ya no caben engaños acerca de los medios al alcance del pueblo para que manifieste su opinión o sus ideas: la tribuna, la Prensa, el libro, la organización y la manifestación.

Cuando estos medios están prohibidos y el pueblo imposibilitado de ejercerlos, no hay más que supercherías. La opinión sólo puede vivir en un ambiente de libertad.

Cuando a un pueblo se le obliga a aceptar cuanto favorezca determinada tendencia o partido, impidiéndole la crítica y no dejándole exponer su pensamiento, es que se le tiraiza, que no es libre, que se le opprime. Decirle al pueblo que hay un Partido y que debe, a la fuerza, formar parte de él, pues no se tolerará la constitución de ningún otro, es obligarle a la rebelión.

Y este es el caso de Rusia bajo el gobierno de los bolcheviques, de los comunistas autoritarios o de Estado. Gobierna el Partido Comunista, que pretende ejercer la dictadura en nombre del proletariado; pero éste no puede discutir la actuación del Poder constituido. Luego, si hay dictadura, si una dictadura se ejerce en aquel país, no puede serlo en nombre del proletariado, ya que le está prohibida toda manifestación que tienda a ese fin, mientras que los bolcheviques son los que se toman la libertad de hacerlo y ordenarlo todo.

No analizamos ahora si era o no necesaria la dictadura inmediata del proletariado en Rusia, después de la revolución de octubre; pretendemos sólo demostrar que es un retruécano o algo peor calificar el régimen imperante en Rusia de una dictadura ejercida por el proletariado, por el pueblo que trabaja y produce. ¡Es falso!

Debiera ser consustancial a toda organización, como a todo hombre representativo de una colectividad, asumir responsabilidades con todas sus consecuencias; pero, desgraciadamente, cuando los actos son buenos, de esos que dan fama y nombradía, todos los patrocinan, y cuando son seguidos de censuras o vilipendio, nadie los legitima. Esto ha ocurrido en Rusia.

El partido bolchevique debió tener el valor de reclamar para sí toda la responsabilidad a que pudiera dar lugar "la dictadura del proletariado"; pero prefirió decir que era el proletariado quien la deseaba, aunque fuera el partido quien la ejercía ¿Para qué ese subterfugio?

Hubiese sido más honorable, por parte de los bolcheviques, confesar que ejercían la dictadura porque así convenía a los intereses del partido, a sus aspiraciones y tendencias. "La ejercemos porque nos creemos bastante fuertes para ejercerla, y mientras nuestra posición no se consolide, mientras nuestro partido no sea el más fuerte, mientras no nos consideremos seguros, la practicaremos". Una declaración de esta naturaleza hubiese parecido un tanto cínica, pero siendo la verdad, lo demás, ¿qué podía importar?

Les ha faltado a los bolcheviques el valor de la sinceridad. No se han atrevido a decir nunca que la dictadura era a ellos a quienes convenía, y que por eso la practicaban. Ciento que no han negado nunca que la practiquen. Al contrario, se alaban y forma parte de su programa el propagar sus procedimientos. Ayer como hoy, en Rusia y fuera de ella, repiten siempre la misma consigna: "para que el proletariado triunfe como clase, para que llegue a clase dominante, ha de conquistar el Poder por medio de la revolución, crear el Estado proletario e imponer la dictadura. Como el proletariado no está capacitado para ejercerla, somos nosotros, los comunistas, quienes debemos hacerlo en su nombre".

Hay que reconocer, por tanto, que les falta valor para decir la verdad, pura y sencilla. Ellos debieran hablar así:

"Cuando una revolución estalle en un país cualquiera, nosotros, partidarios del bolchevismo –hoy leninismo–, tenemos el deber de impulsar al proletariado a la conquista del Poder y del Estado, y un vez conquistados, debemos ir a ellos y ejercer una dictadura que nos afiance en el Poder contra quien

sea, incluso contra nuestros amigos de la víspera. Dictatorialmente, impondremos nuestro programa y nuestras ideas y a quien no las acate o las infrinja, lo declararemos al margen de la ley, llegando con él a las penas más afflictivas". Este habría sido el lenguaje de la sinceridad.

IX

Errores políticos

Durante nuestra estancia en la Rusia Soviética, cada hecho presenciado o cada institución visitada, nos mereció un juicio que, hoy, a través del tiempo transcurrido, se ha tamizado lo suficiente para exponerlo con sencillez, respondiendo al natural deseo de contribuir a la rebusca y esclarecimiento de la verdad.

Nada más lejos de nosotros cualquier otro motivo de crítica. En la discrepancia de opiniones con las teorías bolcheviques, no usamos de esas censuras que, por lo que tienen de dogmáticas, desvirtúan la serenidad del razonamiento. No deben atribuírseños intenciones que no están en nuestro ánimo; que no lo estuvieron nunca.

Estamos examinando un acontecimiento de enorme trascendencia, en el cual, los bolcheviques juegan preponderante papel. Si a nuestro modo de interpretar los sucesos históricos, observamos en su obra algo loable, no han de dolernos prendas para ensalzarlo, y la condenación se volverá en alabanza –como lo hemos hecho ya–, sin fijarnos en

otra circunstancia que la del respeto a la probidad de nuestro juicio.

La revolución rusa, no nos cansaremos de repetirlo, es un acontecimiento que remonta la corriente de lo vulgar y cotidiano, y si ha de servir, como lo suponemos, para señalar un punto de partida, una fecha memorable en el progreso y evolución de la humanidad, hemos de querer todos que a partir de ella marchen los pueblos con la máxima seguridad en el camino que ante ellos se abre.

Pero la revolución rusa ha incurrido en muchos errores de importancia extraordinaria. La impetuosidad con que el pueblo ruso quiso salir de la esclavitud, lanzándose en el camino de la libertad, habían de producirlos. Y al lado de los que pudo cometer la misma revolución, están los que cometieron los bolcheviques, el Partido que se adueñó del Poder y gobierna; menos justificables porque fueron engendrados por el deseo de triunfar y de imponerse a cualquier precio. Los errores más graves, los que más han contribuido a desviar la revolución de su camino, son estos. El deber que nos hemos impuesto es el de denunciarlos y que cada cual piense como mejor le parezca.

En el estudio de la política seguida por los bolcheviques, nos interesaba conocer en conjunto las ideas generales, y sobre todo su aplicación en la vida diaria.

La prensa europea nos había hablado del comunismo, y en su exageración interesada por desacreditar a los bolcheviques, se dijo, incluso, que habían decretado la socialización de las mujeres. Claro que tamaña estupidez rebasaba los límites de la

credulidad humana, que es inmensa, y produjo un efecto contrario al que guiaba a la prensa burguesa.

De la lectura de la Constitución Soviética, índice político del Partido Comunista, dedujimos la trayectoria que los bolcheviques seguirían mientras estuviesen en el Poder, pues en ella, y consignadas como fundamento, se cuidaron de especificar algunas de las normas que debían asegurarles el más absoluto predominio sobre el pueblo.

Bien es verdad que al lado de estas normas había algunas dignas de consideración y respeto, como la promulgación de la libertad sexual de la mujer e igualdad de condiciones jurídicas y políticas con el hombre, y de las cuales hemos hablado ya.

Ahora bien; frente a este acierto político bolchevique, que por otra parte proviene, como ya lo hemos hecho notar, de instituir la propiedad privada en colectiva, opondremos otro caso que produce dolor en todo corazón revolucionario.

Nuestro concepto de las revoluciones es el de que tienden a destruir las jerarquías y las diferencias políticas y sociales dejando sólo aquéllas connaturales al ser humano: las de la inteligencia.

Nos sorprendió que al obrero industrial se le concediese en toda elección cinco votos, mientras que al obrero del campo, al agricultor, sólo se le concedía uno. Anomalía tan extraordinaria, que aparte su aspecto moral, pues es deprimente para la mayoría de los rusos, entraña un privilegio indiscutible, el sometimiento de la gran mayoría a una minoría y una de las cuestiones más discutidas en todos los países, ya

que ella ha servido para demostrar que el régimen parlamentario adolece del defecto de no representar a la mayoría de ciudadanos de un país, debía tener una razón eficiente, única, característica y especial del pueblo a quien se le imponía. No queríamos creer fuese el resultado arbitrario, caprichoso o antojadizo de los elaboradores de la Constitución soviética. Rara vez, actos de tal naturaleza, obedecen a causas superficiales o pasajeras; tienen siempre razones fundamentales que deben aclararse y conocerse.

La Revolución tipo más conocida de nosotros, la mejor estudiada y la que ha servido para que todos los pueblos adoptaran las instituciones políticas actuales, la revolución francesa y los hombres que la dirigieron obraron de modo diametralmente opuesto a como obraron en la revolución rusa los bolcheviques, que es en sentido político regresivo, según nuestro criterio. Sentaron aquellos el principio de que todos los hombres eran libres e iguales ante la ley. Y si puede discutirse la posibilidad otorgada al hombre para realizar esta igualdad, no puede serlo el que la proclamaran como el más fundamental de sus principios.

Educados en estas ideas y considerándolas de orden superior y más humanas, justas y equitativas, en medio de sus imperfecciones, que lo habido antes de aquella revolución, había de intrigarnos y espolear nuestra atención este salto atrás, este retorno a un semi-estado de lo anterior a la revolución de 1793. Este nuevo sistema de catalogar a los hombres en valores diferentes, no moral y psicológicamente, sino política y gubernativamente, viniendo a señalar un retroceso de lo generalmente admitido, o acaso una faceta

nueva, desconocida en el arte de gobernar, en todos los demás países.

Si los hombres nacen libres e iguales; si las corrientes políticas de todos los pueblos tienden a hacer efectiva esa igualdad; si hasta las escuelas socialistas, en sus variados matices, socialismo, anarquismo, individualismo y demás, concurren también a esa finalidad, ¿qué razón pudo impulsar a los bolcheviques a obrar en sentido opuesto y proclamar consustancial a su credo político diferencia tan notoria?

¿Por qué mil votos de campesinos podían tener derecho a un miembro en el Soviet y al mismo número de votos de obreros industriales se le otorgaban cinco miembros? Hay en ello una arbitrariedad tan destacada, que nos impresionó desde el primer momento.

Inquirimos, como es natural, la razón que pudieron tener los bolcheviques para establecer tal diferencia, pues no podíamos conformarnos con la que oficialmente se nos daba, ya que ella venía a aumentar la confusión en torno al valor del voto.

Decían los bolcheviques haber establecido esa diferencia porque los campesinos, ignorantes e incultos, más asequibles a las palabras de la reacción que el obrero industrial, al concedérseles igualdad de voto llevarían a los Soviets a los elementos contrarrevolucionarios lo que habría de evitarse a toda costa.

Pronto nos dimos cuenta de lo falaz de este razonamiento. Cierto que el mujik ruso era ignorante; ¿pero es que el obrero industrial no lo era igualmente? Además, un ruso que había

votado para elegir un miembro del Soviet local mientras trabajaba en el campo, al abandonarlo y votar el año siguiente en el Soviet de la villa como obrero industrial, se hallaba con que su voto tenía en la segunda votación, cinco veces el valor de la primera. ¿Es que su cultura se había mejorado al extremo de hacerse acreedor a este privilegio? Y a la inversa. El obrero industrial que un día votó para el Soviet de la villa y su voto valió por cinco del de su conciudadano el campesino, al trasladarse desde la villa a la aldea y tomar, estando en ésta, parte en unas elecciones, se hallaba con que su voto valía cinco veces menos que antes. ¿Es que su cultura, si la tuvo, había desaparecido? Cuestión espinosa y ardua a dilucidar.

La cultura o incultura del pueblo ruso no pudo ser la razón de la desigualdad en el valor del voto. Si hubiera obedecido a razón del nivel de cultura en el pueblo, la fórmula estaba mal planteada, pues la diferencia no debió establecerse entre campesinos u obreros industriales, sino entre cultos o incultos, entre los que supiesen algo y los que no supiesen nada; más claro, entre los que supiesen por lo menos leer y escribir y los analfabetos. Planteada en estos términos, entonces sí hubiéramos creído que la desigualdad en el valor del voto obedecía a una razón de cultura, mas en la forma que lo fue, no nos pareció lógica ni aceptable.

Inútil repetir aquí lo tantas veces dicho en la Prensa acerca del valor ético del ciudadano que emite el voto en los países parlamentarios, así como de la instrucción que pueda tener. El argumento tantas veces repetido de que un individuo analfabeto puede tener un sentido más lógico y más razonado de lo que es la vida y de lo que debe ser la cosa pública, que

otro sabiendo leer y escribir, lo hacemos nuestro y lo aplicamos en el caso concreto de ahora. Por esto mismo, lo hecho por los bolcheviques nos chocó doblemente.

Poco a poco, a medida que nuestra estancia en Rusia se prolongaba y entrábamos en relación con todos los sectores sociales –pues nunca quisimos conformarnos con los informes exclusivamente oficiales– vimos claro en el problema, desciframos lo que oficialmente se nos escondía. Se concedió derecho a cinco delegados industriales por cada uno de los campesinos en los Soviets, porque los bolcheviques, sin ningún arraigo, o con muy poco –lo demostró bien la elección a las Cortes Constituyentes– entre los campesinos, no hallaron medio mejor que ese para asegurar la hegemonía de su partido, para obtener mayoría de mandatos en todos los Soviets, para asegurarse el triunfo. No se trataba, pues, de una cuestión de cultura, de la menor o mayor ignorancia de los elementos llamados a emitir su voto; se trataba, sencillamente, de obtener las mayorías, de asegurarse la victoria, de triunfar, aunque los principios socialistas, estos principios que dicen defender los bolcheviques, quedasen maltrechos y desbaratados en tal contienda.

Peregrina es la teoría y no por eso menos cierta.

La incultura del pueblo; el que fueran los campesinos los más propensos a escuchar la voz de la contrarrevolución, no deja de tener atisbos de verdad, y así lo creyeron muchos; pero lo cierto es, como ya dejamos anotado, que la realidad se presentaba de otra manera; guiaba sus pasos por diferente camino y tendía a alcanzar otra finalidad.

Que el mujik era y sigue siendo, desgraciadamente más asequible que el obrero industrial a dejarse seducir por el silbo de sirena de la reacción no puede negarse; pero con otra política, con otra actuación, con diferentes procedimientos por parte de los bolcheviques, se hubiesen atraído a la gran masa campesina rusa sin necesidad de llegar a las violencias y a las crueidades a que llegaron más tarde.

Los bolcheviques, al aceptar y reconocer como de "derecho", el reparto que de las tierras hiciera el pueblo, ¿no tenían ya, por este mismo acierto ganada la confianza de la mayoría del país? En absoluto. De no haber ocurrido así, de no haberse hecho merecedores de esta confianza en el primer momento, no se habrían sostenido en el Poder ni un solo día. La misma negativa a conceder ese derecho, que fue la que desacreditó a Kerensky y lo barrió del Poder, los hubiese barrido a ellos.

¡Ah! ¡El triunfo del Partido! ¡La necesidad de hacer su política! En todo momento nos encontraremos con estas exigencias. Toda la obra de los bolcheviques está calcada en esta idea fija. La Revolución, los intereses del país, ¡todo mentira! El triunfo del Partido: he aquí la única verdad, la única finalidad, la única preocupación.

Este error político, pues error fue y mayúsculo, enajenó bien pronto las simpatías que los campesinos comenzaron a sentir por los bolcheviques. Sin él es muy posible que muchos hubiesen seguido aceptando de buen grado la política comunista. Se les dijo que aquello no tenía importancia, que únicamente se trataba de tomar medidas para evitar el retorno al pasado y que sus antiguos dominadores no los engañaran. Y

mientras escuchaban tales cantos de sirena, dejáronse engañar por los bolcheviques. Más cuando vieron el alcance verdadero de aquellas medidas; cuando vieron que todos los no clasificados como comunistas eran sistemáticamente excluidos de todos los organismos; cuando se dieron cuenta de que el procedimiento adoptado no tenía sino a asegurar la hegemonía de los bolcheviques, quiso protestar. Ya era tarde: los bolcheviques los habían desarmado y comenzado a crear un ejército, organizado la Tcheka; movilizado y puesto en pie de guerra todas las fuerzas de que el Estado puede disponer. Fue como una política de habilidad, de la que el pueblo, como siempre ha ocurrido, salió traicionado.

Les hubiera fallado, empero, este subterfugio sin la adhesión que indirectamente les valió la actividad franca de los propulsores de la contrarrevolución. Todas las querellas de los comunistas con el pueblo, el que hubiera terminado por imponerse, las acallaba o relegaba el estruendo de los ejércitos blancos: Kolchak, Denikin, Judenik, tan mimados por los gobiernos de los países burgueses, fueron quienes, inconscientemente, apuntalaron y afianzaron el régimen bolchevique

¡Ah! está bien –decían los bolcheviques–. ¿No queréis nuestra política? Pues, temblad. Tendréis la del antiguo régimen, la del zarismo. Judenik, Denikin, Kolchak os esperan con sus hordas, con los ejércitos de verdugos y de contrarrevolucionarios; tras ellos, triunfalmente vendrán los antiguos propietarios y entrarán nuevamente en posesión de todo, de la tierra inclusive. Escoged entre ellos y nosotros...

Por lo pronto ya tenían la tierra. Se la habían repartido y podían usufructuarla. Y la vuelta a lo pasado, sería tanto como perderla. Además, el terror por los antiguos procedimientos de la nobleza abyecta y de la burguesía avara Y egoísta, lanzaba a los campesinos en brazos del bolchevismo, pues cualquier régimen era preferible a un posible retorno del zarismo o algo que se le pareciese.

Mientras tanto los bolcheviques seguían su obra de dominio y sojuzgación.

A la diferencia de valor del voto emitido por n campesino o por un obrero industrial, agregóse el mandato de que el presidente del Soviet en la capital de provincia o región fuera, invariablemente, afecto al Partido, incondicionado. Casi siempre, salvando excepciones, como la de Petrogrado o Moscú, éstos presidentes eran nombrados por el Consejo de Comisarios del Pueblo, y de ordinario el nombramiento recaía en extraños a la región. Este trasiego de personas servía perfectamente la política del partido; pero entretanto se desvirtuaba la verdadera finalidad y eficacia del Soviet. Esa institución popular nacida al calor de la revolución y tan amada por el pueblo.

Esta constatación nos produjo un efecto doloroso. Maquinalmente nuestra mente nos transportó al país nativo, a España, y nos recordó el éxodo de los gobernadores de provincia a cada cambio de gobierno, y según las conveniencias del partido.

Estas costumbres, que reputamos desdichadas, pues conocemos sus perniciosos y maléficos efectos, nos fueron justificadas so pretexto de evitar mayores males, aunque este no fuera el pensamiento del Partido. Lo que pretendía era llevar hombres de su confianza a la presidencia del Soviet provincial, para asegurarse un riguroso "control" en su beneficio. No puede negarse la virtualidad del procedimiento considerado el fin; pero las directrices de la revolución habían sido otras. Un presidente de Soviet provincial, conocedor de las necesidades locales o provinciales no hubiese obedecido tan ciegamente las instrucciones del Poder central, y hubiera procurado ajustar el espíritu de la ley a las necesidades de la provincia que gobernaba.

Y esto, como la tolerancia de sus delegados, no convenía al Partido Comunista; necesitaba gobernar con mano dura, con mano de hierro; hacer sentir el peso de su autoridad, y de "su dictadura", y un hombre con vínculo, en la provincia no era el más a propósito. Los hacían venir de otras provincias, los importaban, asegurándose así fieles servidores y hombres dispuestos a cometer toda especie de vejaciones y arbitrariedades. No se olvide tampoco la organización interna del Partido. Cada Comunista viene obligado a informar al Comité político central de la actividad que desarrollan sus mismos compañeros. En estas condiciones, sin saber de quienes se halla rodeado, el presidente del Soviet provincial venido de otra provincia lejana y por mandato del Partido, ha de vivir siempre en guardia, pues cuando menos se lo suponga y por lo más nimio, se le impondrá un castigo disciplinario contra el cual no cabe apelación.

La inflexibilidad de estos presidentes queda, por consiguiente, explicada. Endurecidos, seguirán ciegamente las órdenes y disposiciones de Moscú, en cuanto sea o crea conveniente a dar fuerza y eficacia a su mandato.

Mientras se asegura por este procedimiento la hegemonía del Partido se va divorciando cada vez más del pueblo. Ve como sus instituciones son mixtificadas por el Poder central. Las abandona, pues, y se reconcentra en sí mismo. La separación moral comienza; después, el tiempo la irá agrandando, hasta hacerla definitiva.

Se ha de suponer, sin embargo, que suficientemente perspicaces, los dirigentes del bolchevismo, para darse cuenta de la situación no contribuirían a que se agravase. Así hubiese ocurrido si el afán de la hegemonía del Partido no lo hubiese ocupado por Completo. Era ésta, tarea muy delicada y meritoria para que pensasen en los problemas planteados por la revolución y que el pueblo consideraba apremiantes.

El partido comunista hizo lo que hacen los demás partidos cuando afirman que van al Poder a sacrificarse por el pueblo. Es el pueblo el sacrificado a las necesidades, ambiciones o conveniencias del partido, o mejor dicho, de los dirigentes del partido.

La política actual, tanto la de los gobiernos republicanos como la de los monárquicos –ya que éstos, desde que se llaman constitucionales, gobiernan según la voluntad del pueblo–, es la que más beneficia a los componentes del partido, y el paso de éste por los ministerios se aprovecha para

afianzar esta política, lo que han imitado perfecta y acabadamente los bolcheviques rusos.

Hay alguna diferencia, no obstante, entre lo hecho por los bolcheviques y lo que acostumbran a hacer los partidos políticos en otros países, en el nuestro, por ejemplo. Y si esta diferencia existe, se debe a causas esencialmente ajenas a la voluntad de los dirigentes del bolchevismo.

Un partido que llega al Poder después de una revolución tan profundamente renovadora en principio como ha sido la rusa, no podía hacer otra cosa, había de llegar a extremos, en otro caso imposibles de abordar.

El trastorno, la desvinculación que la revolución lleva a todas las instituciones gubernamentales y políticas rusas son completas, absolutas; nada de lo pasado queda en pie; todo ha sufrido una enorme sacudida. Al reconstruir, al reedificar, al pretender levantar nuevamente el edificio, no puede ajustarse a su antigua forma arquitectural, pues no sólo se han cambiado los arquitectos que han de hacer el plano, sino que los materiales también son de otra calidad.

Sólo la distribución interna puede decirse que ha obedecido a las mismas leyes: a que el Partido Comunista ocupara una posición de privilegio.

En los países más ponderados por su seriedad política, Inglaterra en especial, hemos visto siempre que cuando han gobernado los liberales se ha seguido casi la misma política que cuando han gobernado los conservadores. Y no nos referimos a problemas de libertad y de justicia, exclusivamente. Nos

referimos a la ética de estas dos matizaciones de la vida social y a todas las demás.

En cada país los partidos se nutren más por convergencia de intereses que por coincidencias ideológicas. Es esta una observación a la que se llega analizando la posición social de las mayorías que integran cada partido. Es más, a despecho de todas las propagandas doctrinales, frecuentemente lo primero que une a los individuos, lo que los aproxima y acerca más es una necesidad material, de interés o de índole parecida, y después, el trato, la relación y la amistad despiertan la simpatía ideológica. Esto será ciertamente, muy lamentable, pero generalizando, así es.

Este principio, es el que induce a cada partido al subir al Poder a realizar determinada política, no en beneficio de los intereses del pueblo, ni siquiera de la riqueza nacional, sino en particular de los afiliados al partido. A esta ley no escapó el Partido Comunista ruso una vez en el Poder y cuando se sintió firme y afianzado. A partir de este momento, toda su política, todas sus disposiciones y orientaciones obedecen al mismo principio: al de que no es el Partido quien debe servir a la Rusia revolucionaria y convulsa, sino ésta la que ha de servir de campo de experimentación para la política que convenga hacer al Partido Comunista.

Bien es verdad que el Partido Comunista, con arreglo a su Programa, improvisado al subir al Poder, había de hacer una política propia, determinada, característica; podían y debían hacerla siempre que encajara en el marco que la revolución acababa de construir. De no ser así, de no ajustarse a estas

líneas, la política bolchevique estaba en pugna con el espíritu de la revolución que pretendía representar y del pueblo que la había hecho, y consecuentemente, al querer imponer su política, la del Partido, habían de chocar más tarde o más temprano.³

Cuando el pueblo ruso vio las tretas, violencias y subterfugios que los bolcheviques ponían en acción para captar la voluntad del país y someterlo a sus conveniencias, quiso protestar y rebelarse; pero los otros ya habían tomado sus precauciones y dominaron la situación. Los bolcheviques se impusieron y su política no tuvo ya otra finalidad que sostenerse en el Poder a todo evento.

Todo individuo que no daba pruebas de su comunismo ferviente y de sumisión absoluta al Partido era reemplazado al instante en la representación que tuviera y la vacante había de ser, como se supone, para Un comunista probado, para el individuo a quien el partido designara.

Se suprime por la violencia, que no se detiene hasta la ejecución, toda crítica de la política del Partido Comunista, toda discusión a sus métodos, toda crítica a sus disposiciones. La política comunista es soberana; no se sabe lo que piensa, lo que quiere o lo que anhela el pueblo; sólo se sabe lo que

3 El Programa que circula como tal programa, fue escrito después de la revolución de 1917. En cuanto la palabra bolchevismo, diremos sobre ella lo que dice el mismo Lenin: Pasemos sobre el vocablo absurdo y bárbaro de "bolchevismo" que no quiere decir absolutamente nada, sino esta circunstancia puramente contingente de que en el congreso de Bruselas-Londres en 1905, tuvimos la mayoría (bolchintsvo)... (El Estado y la revolución)

anhelan, quieren o piensan los bolcheviques. El pueblo es como una esfinge amordazada y sumisa, a la que se azota.

Injusto y todo, hubiera sido hasta disculpable que los bolcheviques impusieran silencio al pueblo mientras practicaban y experimentaban su política. Mas, cuando se persuadieron del fracaso, cuando hubieron de retroceder ante la magnitud de la obra iniciada por la revolución y reconocieron la inutilidad de su política, ¿por qué se abandonaron en manos de la burguesía mundial? ¿por qué han caído en las concesiones al capital privado y extranjero? ¿Por qué antes de reorganizar el país bajo el patrón del capitalismo no han consultado al pueblo, o por lo menos invitado a manifestarse?⁴

*

¿Por qué no autorizaron ni autorizan, periódicos de oposición, conferencias, mítines, actos públicos y en suma, cuantos medios hay para pulsar la opinión y saber cómo piensa?

Antes de recurrir a conocer la opinión de sus gobernados, que era lo lógico y natural, se han entregado al capitalismo europeo, en brazos de aquellos mismos a quienes han insultado, vilipendiado y llamado vampiros. Entre tanto, sigue amordazado, maniatado y ligado el único que tiene derecho a ser consultado: el pueblo. Y es que el partido bolchevique tuvo miedo a ser arrojado del Poder, y esto no convenía a sus intereses. Por eso, antes de consultar al pueblo, de dejar

4 Pestaña se refiere aquí a la NEP, Nueva Política Económica de la que hablará más adelante. (N. del C.)

incluso expedito el camino a otra organización que se creyese en poder de ser capaz de organizar la vida social y política de Rusia, han preferido entregarla a los aventureros sin fortuna, a los capitalistas, a los traficantes con la desgracia, que con ella se enriquecen y de ella viven; para que se esquilme al pueblo ruso, lo exploten y sometan a la tiranía financiera.

Hemos demostrado suficientemente que la revolución no fue obra de los bolcheviques. No queremos, ni pretendemos tampoco, negar que contribuyeran a ella. La revolución fue hecha por la gran mayoría del pueblo ruso, y este pueblo, ni antes, ni después, ni durante la revolución, ha estado representado sólo por el Partido Comunista. Cuando éste se vio impotente para resolver la situación interior del país, ¿por qué en vez de llamar a los agiotistas y financieros internacionales, no consultó a la opinión del país, cuya intervención se hacía imprescindible? ¿Por qué disponer a capricho de millones de seres, de sus vidas y de sus intereses y sentimientos? ¿En nombre de una felicidad y bienestar que no saben proporcionarse? Y aunque se supiera, al igual que si el pueblo corriera a su ruina, no hay derecho a imponer determinados procedimientos cuando ni siquiera ha sido explorada su voluntad.

Se habla en nombre de la libertad y de la soberanía del pueblo: ¿pero qué libertad y soberanía son éstas que se le quieren proporcionar sin que se entere, sin preguntarle si son de su agrado?

Los errores políticos cometidos por los bolcheviques son muchos. Pero este que señalamos se destaca por encima de todos.

Ya sabemos que los bolcheviques contestarán a nuestras palabras: Que propugnamos por la contrarrevolución o por un régimen de democracia burguesa. Son sus dos expresiones favoritas. Lo de la democracia es algo que nos deja perplejos. Se invoca actualmente en tantos altares, y tantos y tan variados y de distinto color son sus sacerdotes que, la verdad, empezamos a dudar qué cosa sea democracia. Pero si por democracia aceptamos "el gobierno del pueblo por el pueblo", como forma de Estado nos parece más aceptable que la dictadura bolchevique, aunque personalmente rechacemos todas las formas de gobierno.

La acusación de contrarrevolucionarios ya es otra cosa. El leerla en sus publicaciones o el escucharla, siempre nos proporciona algún regocijo.

Nuestra ininterrumpida actuación contra los regímenes capitalistas parece que debiera ponernos a salvo de tales acusaciones, pero los bolcheviques, grandes inventores de supercherías, no lo creen así.

Defendemos el punto de vista de que los bolcheviques debieron consultar al pueblo al ver que su política centralista y dictatorial fracasaba, e incluso, si se nos apura, decir que debieron dejar expedito el camino a otro partido que se creyese capaz de salvarlo de la situación a que llegó.

Nos parece llegada la hora de que quienes se erigen en gobernantes no consideren al pueblo menor de edad; de que se le deje obrar; de que los arbitristas, que tan pronto le hablan en nombre de una institución como de otra, se aparten y le permitan resolver sus propios problemas. ¿Que lo hará mal? ¿Pero es que acaso lo hacen bien los gobernantes? Por las confesiones de los prohombres que la han representado, podríamos decir que la política es una tesis en continuo desarrollo, presentando nuevas facetas a cada nuevo experimento.

Si los arbitristas y todos cuantos se creen con fórmulas perfectas para gobernar, resultan tan ayunos o poco menos, de todas las cosas, cómo el más infeliz de los mortales, ¿para qué necesitamos sus servicios?

Y el caso de ayer, de hoy y de siempre; es que quienes se ofrecen para gobernarnos, estudian cada día, y sobre los acontecimientos cómo han de hacer para lograrlo y nunca quieren confesarse vencidos. En cambio, al pueblo, que ha de ser el gobernado, por no saberse gobernar, según ellos, no le dejan capacitarse. ¿No es esto paradójico?

Nuestra sana dialéctica, aplicable a los gobiernos de los países capitalistas, tenemos que aplicarla también, en conjunto, al gobierno ruso llegado tras la revolución.

También afirma que si gobierna es porque el pueblo no sabría gobernarse a sí propio, y cuando ha fracasado y apurado hasta la última gota el cáliz de los desengaños, entonces, en vez de dirigirse a sus gobernados, de hablarles y confesar el

error, prescinde de ellos y recurre al auxilio de aquellos mismos a quienes escarneció.

Tenemos confianza en los destinos del pueblo, en su instinto, y creyéndole firmemente, sólo al pueblo confiaríamos el porvenir.

Con toda su ignorancia, el pueblo sabe mucho mejor lo que le conviene que aquellos que se erigen en sus redentores. Por tanto habríamos encontrado más razonable que antes de pedir auxilio al extranjero, el partido bolchevique hubiese consultado al pueblo, exponiéndole la gravedad de la situación para que él determinase.

¿Qué han conseguido los bolcheviques contrariándole con su política? Verse repudiados por el capitalismo mundial y por la gran mayoría de sus coterráneos. ¡Menguado triunfo, por cierto! Para unos no se han humillado lo suficiente; han abusado de la confianza que se les concedió, para otros. Y si con los primeros no han llegado a la solución de las diferencias pendientes, han hecho imposible toda fusión, todo compromiso con los segundos.

Y todo, ¿por qué? Por salvar al Partido de la ruina, del fracaso, comprendido y confesado; por no abandonar el Poder que una circunstancia fortuita puso en sus manos.

Si los bolcheviques hubiesen colocado en el plano que correspondía los intereses de la revolución y en otro inferior los del Partido, cuando llegaron las horas inquietantes e inciertas, hubiesen apelado al pueblo. Pero esto es pedir demasiado. Los dogmas del partido ruso único, rechazaban

toda intervención del pueblo. Nunca pasarían los dirigentes y cabecillas por tener que recibir lecciones de eso que, despectivamente, llaman la "masa", aunque por lo común la masa siempre se muestra superior a los caudillos cuando obra por impulso espontáneo. Si les fuera dable conocer minuciosamente algunas hazañas que la Historia atribuye a los héroes teatrales, veríamos que fueron elementos pasivos en la gesta que los ensalza y diviniza, debiéndose la acción más importante a un anónimo y oscuro mortal. Algo por el estilo ocurre en la política.

Los políticos se vanaglorian de las leyes civilizadoras que no son sino confirmación, generalmente retardada, de las costumbres; y las costumbres, ya se sabe, se generan entre lo considerado como "masa".

Quienes gobiernan hacen y deshacen a su antojo, disponen de todo como mejor les parece, y luego, cuando el fracaso apunta, culpan al pueblo, tratándole de obtuso, incapaz, ignorante e ingobernable. A una ignominia, se agrega otra; a la imposición y tiranía, añádese la injuria, que es en definitiva, lo que han hecho los bolcheviques en Rusia.

Se apoyaron en el pueblo para llegar al Poder; reclamaron su confianza y el pueblo se la concedió, y más tarde, ante la ineeficacia de la política bolchevique, los dirigentes del partido prefieren apelar al concurso de los capitalistas extranjeros, restablecer actividades y privilegios que la revolución había suprimido y decir que todo esto lo hacen en nombre del pueblo y para mejorar su situación.

Pero, ¿en qué medida representan la voluntad del pueblo? He aquí algo que sería interesante conocer.

Al encargarse del gobierno los bolcheviques disuelven la Asamblea Constituyente, cuyas elecciones se habían hecho cuando gobernaba Kerensky. Fundamentan la disolución, en la más absoluta incompatibilidad de su política con la política democrática de los socialistas revolucionarios. ¿Hasta qué punto es cierta la incompatibilidad?

Ellos no quieren un gobierno democrático. Lo combaten y anatematizan por ser gobierno de clase. En cambio fundan, defienden, sostienen e imponen un gobierno "de clase". Claro que es, al decir, de la clase proletaria: pero de clase.

Los gobiernos democráticos se inspiran, mejor o peor –peor de ordinario– en el pueblo. La mitad de los ciudadanos no tienen voto; los que han votado por un candidato en minoría, quedan sin representación. No es la mayoría del pueblo, en conclusión la que está representada en el Parlamento, sino la minoría.

¿Qué intereses, qué tendencias políticas, qué principios defienden estas minorías en todos los países? Haciendo excepciones circunstanciales, los de la clase capitalista. No puede ser de otra manera.

En Rusia, el Consejo de Comisarios del Pueblo lo nombra el Congreso pan-ruso de Soviets. Los delegados a este Congreso los nombra el pueblo, pero los bolcheviques no los aceptan si no son afectos a su política. Es cierto que no puede ser elector ni elegible d individuo que no trabaje, que no desempeñe una

función útil a la colectividad. El caso es que a fuerza de intrigas, a vuelta de arbitrariedades, el Consejo de Comisarios del Pueblo representa la voluntad de una minoría, de la minoría del Partido comunista, convertida en casta y en clase privilegiada, por lo que, al final de cuentas, llegamos a no poder establecer distingos entre el Consejo de Comisarios del Pueblo ruso y Jo que es el gobierno democrático. Los bolcheviques se esfuerzan en establecerla. Quien no se pague de palabras, ni de conceptos más o menos sonoros y busque la efectividad de las cosas, se 'hallará perplejo cuando le inviten a establecer la distinción. ¿Para qué, pues, disolver la Constituyente?

Si los bolcheviques hubiesen tenido la intención de orientarse hacia el anarquismo, hacia la ausencia de todo gobierno estableciendo el pacto y la libre federación entre todos los pueblos, la disolución de la Asamblea Constituyente hubiese equivalido a una justificación de principios, dado que la supresión del Estado, hacía inútiles y contraproducentes las deliberaciones de la Asamblea. No siendo así, sólo hay una explicación lógica Que nos aclare la antipatía de los bolcheviques por la Constituyente, y que ellos mismos, por fortuna, se han encargado de difundir: que estaban en minoría. En las estadísticas bolcheviques queda comprobada esta aserción. Establecido el cómputo de diputados a la Constituyente, los bolcheviques aparecen como una ínfima minoría. ¡Hay quien aparenta, renunciar a la mano de Doña Leonor, pero después de recibir "calabazas". La literatura bolchevique al confirmarlo, hablando de la disolución de la Constituyente, trata de justificar esta postura aludiendo al carácter contrarrevolucionario y pequeño-burgués de la

mayoría de los elegidos. Se barajan estadísticas, se dan números, se citan ejemplos de las ideas de muchos de los que la componían. Pero si la mayoría hubiese sido bolchevique, Lenin y los suyos, ¿la hubiesen disuelto?

¿Era por principio, por enemiga del parlamentarismo o por conveniencias por lo que se disolvió? Los bolcheviques no lo dicen. Es una incógnita que pertenece a las ideas inéditas del bolchevismo pero todo hace suponer que fue por conveniencia.

Puede justificar el que se trataba de una cuestión de principios el que después no hayan intentado convocarla jamás. Esto parece deducirse de la realidad, sin embargo, no es raro a veces que, tanto los individuos como los partidos, por no confesar un error o por conveniencias particularísimas, sean contumaces en cuestión determinada, y aun sin estar convencidos del valor ético de una orientación cualquiera, por necesidad intrínseca vayan hasta el fin, la empujen a sus últimas consecuencias. La política, lo que se entiende como "arte de gobernar" a los pueblos, tiene a veces, en sus "razones de Estado", la justificación de numerosas anomalías.

Si bien las elecciones para la Constituyente, y la fecha probable de la convocatoria, fueran hechas gobernando aún Kerensky, en el interregno del término de las elecciones y la fecha de convocatoria subieron al Poder los bolcheviques, quienes pudieron aplazar la fecha de la celebración, pretextando cualquier inconveniente. No lo hicieron, y, por el contrario, la convocaron. Es que no sabían, a ciencia cierta, el número de sus partidarios elegidos, ni si muchos de los hasta

entonces elegidos podían serlo. Hicieron doble juego. Convocaron la Constituyente con la intención de saber si la mayoría les era favorable. No les fue, y por eso la disolvieron. No es, pues, por cuestión de principios, ni de opuesta concepción política del Estado por lo que la disolvieron; fue, sencillamente, conveniencia, oportunismo.

Si la mayoría de la Asamblea hubiese ratificado el golpe de Estado bolchevique y su posesión del Poder, los bolcheviques no habrían disuelto la Constituyente. Pero al hallarse ante una mayoría indócil, poco plegable a sus miras partidistas –aunque es muy posible que tuviese otras– la disolvieron, pretextando incompatibilidad de principios, pero esto, repetimos, no se ha demostrado aún, y nos parece que nunca se demostrará.

Convocar por segunda vez la Constituyente, tampoco les convenía. Batidos en la primera, lo serían igualmente en la segunda. Y el experimento, además, podía resultar bastante peligroso.

Lo arbitrario de esta situación, la de los bolcheviques después de disolver la Constituyente, es que tienen que elevar a principio –contradicidiendo las doctrinas del maestro–, establecer como dogma y justificar en sus teorías un principio contradictorio con los que hasta entonces habían seguido. Porque Marx, el "Supremo Hacedor" del dogma marxista, ha dicho que el fin de toda revolución debe ser convertir a la clase trabajadora en "clase dominante" y que, "el sufragio universal debe servir al pueblo organizado. Verdad que él combatía el sufragio universal, pero lo combatía como arma en manos de la burguesía. Cuando dice que el sufragio universal debe servir al

pueblo organizado, le da un alcance muchísimo mayor que el que le da la burguesía. Marx pretende que la clase trabajadora se valga del sufragio para organizarse en "clase dominante" y llegue a reclutar incluso los obreros que han de dirigir las industrias, recluta que hoy, como es natural, pertenece en exclusiva al patrono, sea éste particular o sea el mismo Estado.

Para remachar el clavo, Lenin dice: " El medio más seguro de salir del parlamentarismo, no es el de "anular" las instituciones representativas, sino de "transformar los molinos de palabras", que son las instituciones representativas en instituciones "trabajadoras ". Y de Marx, en la obra citada, Lenin reproduce lo siguiente: "La Comuna debió ser una institución no parlamentaria (se refiere al parlamentarismo burgués), pero sí obrera y a la vez ejecutiva y legislativa".⁵

Este concepto marxista del parlamentarismo, que permite contradictorias interpretaciones, es el que justificó a Lenin y a los suyos para disolver la Constituyente, como les hubiera justificado para mantenerla de haberles sido favorable la mayoría.

Sin embargo, y dígase lo que se quiera, los bolcheviques son profundamente demócratas, aunque se empeñen en hacernos creer lo contrario.

Además, cuando Se persigue como doctrina de partido la formación de un Estado, sea éste teocrático democrático o proletario (?) se persigue el gobernar: el dictar leyes, el hacerlas cumplir recurriendo a la fuerza por lo que no nos

⁵ *El Estado y la Revolución*, página 35. Edición de la III Internacional. Moscú.

explicamos esa concepción leninista de antidemócrata con el que el bolchevismo se nos quiere presentar.

Cuando se gobierna, se va por o contra la voluntad del pueblo. No hay otro dilema. Ahora bien; si se gobierna con la voluntad del pueblo, se le consulta y entonces sí es democrática. Cuando se prescinde en absoluto de esta voluntad, se llega a la dictadura, a la tiranía, al gobierno absolutista. ¿Por qué procedimiento se deciden, entonces, los bolcheviques? Si por el primero, han de ser forzosamente parlamentarios, amantes del sufragio universal –aunque éste pueda adoptar modalidades diferentes de las generalmente admitidas– y, por tanto, son democráticos. Absolutos y tiranos, si se dividen por el opuesto.

A juzgarlos por su manera actual de gobernar, diríamos que son absolutistas, tiranos y dictadores, pero ya ellos dicen que esto es transitorio, circunstancial y pasajero. Puede ocurrir también que, imaginativos como lo son, inventarán algún vocablo nuevo para designar lo indesignable, con ayuda del cual pretenderían convencernos de lo que en realidad no existe. De todos modos, para ellos esto no es difícil.

Así, pues, ha de reconocerse que la disolución de la Constituyente fue, más que un error político, una conveniencia partidista; la confirmación de que para salvar al partido hubo que sacrificar matices del dogma doctrinal. No pudo hacerse de otra forma. Y si nosotros incluimos como error político la disolución de aquella asamblea, es porque sus derivaciones fueron eminentemente políticas, como política era ella en su esencia.

Otro error de gravísimas consecuencias para la política rusa y más aún para la revolución, fue el Tratado de Paz con Alemania, firmado a los pocos meses de subir los bolcheviques al Poder.

La hora emocionante que vivía entonces Europa, a causa de la defeción rusa, vino a hacer más emocionante la firma de la paz entre rusos y alemanes en Brest-Litovsk.

No creemos pueda hacerse jamás un balance exacto de las consecuencias que para Europa tuvo aquel Tratado. Para la Rusia revolucionaria, fueron también incalculables.

Lenin se equivocó al imponer a su partido aquella paz. Si alguna vez sus amigos y admiradores quieren recoger las ideas por él expuestas acerca del particular, veremos cuán grande fue su error.

Porque, ¿qué ganaban la revolución, la Rusia agitada y convulsa ardiendo en el fuego sagrado de la idea, la acción hechas carne y sufrimiento con la firma del Tratado de paz? ¿La paz que deseaban? No. Y esto debió ser previsto por Lenin.

Las condiciones del Tratado fueron onerosas para Rusia, por la serie de conflictos que la han acarreado después y por las guerras invasoras que ha debido sofocar en sangre; y leoninas porque la encerraron en un cordón que aún hoy sirve para estrangularla. ¡Aún hoy, después de tantas concesiones hechas al capitalismo!

Al firmar la paz, Alemania impuso a Rusia el abandono de sus antiguas provincias de Finlandia, Estonia, Lituania, Letonia,

Polonia y Ucrania, formando con ellas Estados artificiosos, algunos de los cuales han servido para espolear a Rusia y molestarla constantemente. Lo más doloroso de estas condiciones, es que en algunas de estas antiguas provincias rusas que el Tratado le quitaba, para transformarlas en Estados-tapón, la revolución imperaba triunfante. Los soviets se desenvolvían y funcionaban admirablemente, y los bolcheviques las abandonaron y sacrificaron sin escrúpulos.

Firmada la paz, los enemigos de la revolución, todas las fuerzas reaccionarias y antibolcheviques de esas provincias, pidieron en seguida protección a Alemania para expulsar a los revolucionarios del Poder y encargarse ellos del gobierno. Alemania, en virtud del Tratado, prestó esa ayuda y la sangre de generosos y abnegados revolucionarios vertióse para que el Tratado entrase en vigor.

Constituidos ya estos Estados y encerrada Rusia en un "cinturón de hierro", utilizó Alemania del Tratado de Paz con Rusia como antes hiciera con el de la neutralidad belga, que considerándolo un "papel mojado, comenzó su avance hacia el corazón de Rusia, apoderándose de toda Polonia y de gran parte de Ucrania.

Ante esta interpretación de las cláusulas del Tratado, el Consejo de Comisarios de Moscú protesta; pero Alemania, entonces victoriosa en todos los frentes, hizo tanto caso de las protestas de Moscú, como el elefante del mosquito.

Era de suponer tal conducta por parte de Alemania. Vencedora en todos los frentes: en el occidental y en el

oriental, y éste, no sólo no le oponía la resistencia de un ejército mejor o peor organizado, más o menos numeroso, sino que le abría un país, inmenso, de riquezas incalculables y devorado por las luchas intestinas de una revolución que no tiene precedentes en la Historia.

A los ejércitos compactos, bien disciplinados equipados y alimentados de Alemania, no podía oponerle Rusia sino bandas de hombres desarrapados, hambrientos y con armamentos casi inservibles. No queremos decir con esto que Alemania debiese triunfar por necesidad; decimos solamente que para quien como el kaiser y los junquers alemanes cifran el derecho indiscutible en sojuzgar y esclavizar pueblos a su prepotencia, la ocasión era tentadora por demás, halagaba todos sus caprichos y les invitaba a probar fortuna. Y no la desperdiciaron.

¿De qué valió, entonces, a Rusia el firmar la paz? De nada. Es decir, sí; le valió desencadenar la guerra civil entre los mismos que hasta aquel momento habían marchado unidos, dando asentimiento al sacrificio de valerosos y entusiastas revolucionarios.

Contribuyó también con esta paz a hacer posible lo que más tarde ocurrió: el rodear a la Rusia revolucionaria de un cordón de Estados reaccionarios formados con provincias que habían sido fieles al movimiento revolucionario desde el primer día, y que entregada al brazo secular de la tiranía capitalista y contrarrevolucionaria, se volverían contra ella en cuanto hallasen una coyuntura favorable.

Claro es que la idea fundamental de Lenin era otra. Personalmente se la hemos oído exponer. Pensó siempre el jefe comunista que la revolución en Alemania, una revolución de tipo bolchevique, era posible, y a esta idea sacrificó todo lo demás. Sin embargo, a poco que se conozca la idiosincrasia del pueblo germano, a poco que se le haya estudiado, se comprenderá el error sicológico de Lenin, en el que han reincidido sus secuaces. Que Alemania –como Francia, Bélgica o Inglaterra vencidas– estaba abocada a un movimiento revolucionario de no triunfar en los campos de batalla, podía suponerlo cualquiera medianamente enterado en hechos históricos; pero que el movimiento revolucionario alemán se orientara hacia el bolchevismo, sólo lo creían Lenin y sus colaboradores, y éste fue, como decimos, el error capital de Lenin, que le llevó a imponer a su partido y a la Rusia revolucionaria la firma del Tratado de Paz de Brest-Litovsk, en la esperanza de provocar, mediante una activa propaganda, la sublevación en el ejército alemán y el triunfo del socialismo, llevándolo después a todos los países. Acarició Lenin tanto tiempo esta idea, estaba tan enamorado de ella, que en el momento de nuestro viaje a Rusia –julio y agosto de 1920– aún la exponía con optimismo, aunque, ciertamente, con alguna amargura.

Y esta idea obsesionante fue, sin duda, la que guió a Lenin y le indujo a someterse a todas las vejaciones y desprecios que los plenipotenciarios alemanes impusieron a Trotsky.

Como en muchos otros gestos de Lenin, en éste se hace bien ostensible la duplicidad de intenciones y de pensamientos del jefe comunista, ese maquiavelismo tan característico en él y

que lo retrata en uno de sus libros: *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, cuando viene a afirmar que las intenciones del Partido Comunista no deben ser nunca conocidas por sus adversarios, ni aun por sus mejores amigos y aliados, pues incluso a estos debe engañarlos cuando así convenga a los internos del partido.

La intención de Lenin al imponer el Tratado de Paz la vemos hoy bien clara: ceder para vencer. Ceder todo lo que Alemania pidiera. Someterse a sus condiciones, pero con la intención de burlar lo convenido o retractarse a la primera ocasión.

"Firmemos la paz –pensó– y minemos la potencia militar política y económica de Alemania, y la revolución comunista y soviética estallará". Lenin se equivocó, y sus errores siguen siendo norma del partido.

Rusia no debió aceptar la paz, si bien tampoco hacer la guerra. El estado de ánimo del pueblo ruso, su propensión natural a causa de los sufrimientos físicos y morales que la guerra le habla impuesto, era ceder, no proseguir las hostilidades, darlas por terminadas, y esto debió hacerse, pero sin firmar ningún Tratado, sin sancionar ningún acuerdo, sin aprobar ninguna mutilación. Si Alemania invadía Rusia, lo que era probable, retirarse sin combatir, mientras se mostraba al pueblo la obra de los invasores. Es más que seguro que el pueblo, al ver peligrar su revolución, se hubiese opuesto, habría arrollado a los ejércitos imperiales. Entonces hubiera sido el momento de firmar la Paz. Rusia hubiese podido imponer condiciones y no aceptarlas, como le ocurrió.

Alemania vencedora no hubiese respetado el Tratado. Vencida, Rusia podía parlamentar en mejores condiciones. ¿Qué perdía, pues, con esperar, con no hacer la guerra, pero tampoco firmar una paz onerosa y leonina?

La Rusia revolucionaria no perdía nada. Quien perdía era el Partido Comunista. Sin aquel golpe de efecto su ascensión no hubiese sido tan rápida, su preponderancia tan acentuada y nunca hubiese podido hablar de la "dictadura del proletariado", de esa odiosa forma de tiranía disfrazada con el ropaje de la emancipación.

Lenin triunfaba, y el Partido Comunista triunfaba. Mas, a partir de este momento, la revolución iba a ser la merienda de un partido y el objeto de sus ambiciones y encumbramiento.

Hemos constatado ya la escasa influencia política del bolchevismo en el período último de prerrevolución y destacado alguno de los errores en que incurrió al aferrarse al Poder. Vamos a señalar ahora el que consideramos entre todos su más grave error político. Fracción socialista, el llamado partido bolchevique, de tendencia revolucionaria, pocos años antes separado del partido socialdemócrata, sus elementos se reclutaban, preferentemente, entre los obreros industriales. Reducida la industria rusa al mínimo de lo que debiera ser para tan extenso país, sin grandes masas de asalariados concentrados en las urbes industriales, había de ser muy limitada la influencia de los comunistas antes de la revolución.

Partido, por tanto, de oposición frente al zarismo, conservó sus características peculiares en el primer período revolucionario.

Al mezclarse con el pueblo en la revolución, empujándolo a los más extremos radicalismos, adquirió pronto cierta preponderancia que utilizó para llegar al Poder. Y comienza su gran error.

Los bolcheviques debieron permanecer en la oposición, haciendo labor crítica, pero sin la responsabilidad de gobierno, posición ventajosísima para el que sabe aprovecharla.

En la oposición, hubiesen logrado una doble finalidad: impulsar la revolución y hacerse el partido más numeroso, más nutrido y mejor preparado para recoger la herencia cuando todos los demás partidos se hubiesen agotado.

La observación ininterrumpida de los fenómenos sociales, y aun de la misma Naturaleza, nos ha enseñado que la evolución humana no se hace a saltos, sino continuadamente. Lo que ocurre es que, en momentos dados, en fases determinadas, recorre en breve tiempo, por medios extraordinarios lo que a su curso normal duraría acaso una centuria. La humanidad no interrumpe su historia en ese momento dado para continuarla acto seguido, no; lo que hace es acortar los períodos evolutivos precipitando su floración.

La revolución rusa es un ejemplo. Al desaparecer el zarismo ocupan el Poder los liberales; pero la revolución, que hace más camino en un día que la evolución en cincuenta años, los superó al instante. Incapaces de evolucionar con la celeridad

necesaria, quedan rezagados y fueron como buque a la deriva. O si se quiere: envejecieron al punto de nacer.

A los liberales sucede Kerensky, aliado con los cadetes, y viene a ocurrirles poco más o menos lo mismo.

El pueblo ruso quiere destruir todas las instituciones del pasado, para abrir nuevos cauces a sus anhelos. Quiere modificarlo y transformarlo todo, pues en este remozamiento de su vida social buscará los métodos que le pongan a cubierto de retrocesos perniciosos, y si realiza un avance tan atrevido como es el de proclamar la tierra propiedad colectiva en vez del sistema en vigencia hasta entonces, lo hace porque responde al resultado natural de un deseo intensamente sentido como es el de buscar una estructura superior a la sociedad.

Kerensky, y con él los cadetes, no recogen para estructurarlas en una organización superior las inquietudes y tendencias populares, por lo que el pueblo los abandona y se aleja de ellos en busca de otro partido o colectividad que quiera recogerles. No acepta ya teorías que considera superadas y quiere organizarse por sí y con arreglo a las normas que en su pensamiento se va trazando.

La situación se agrava y los acontecimientos se precipitan. En pocos meses se agotan reservas políticas que de otro modo hubieran durado unos cuantos años. Los acontecimientos favorecen el acercamiento de los bolcheviques al Poder.

Así y todo, a pesar de estas favorables circunstancias, hemos de reconocer que la estructura de la organización política y

social que anhelaba el pueblo no concuerda con la que los bolcheviques querían seguir. Hay un desnivel acentuadísimo entre lo que el pueblo quería y lo que querían los bolcheviques.

De haber dejado a los socialistas revolucionarios encargarse del Poder, manteniéndose en una oposición sistemáticamente organizada, su situación habría mejorado bastante, pues sin gastarse, como les ha sucedido, hubiesen logrado preparar un ambiente favorable a su política. Los bolcheviques podrán alegar que esta actitud les hubiese llevado a colaborar en la instauración de una República Democrática. ¿Pero no es hacia la instauración de una República Democrática hacia lo que camina actualmente Rusia? No vivamos de apariencias. Después del fracaso del ensayo más o menos intenso de comunismo de Estado, intentado por los bolcheviques, en Rusia no hay otra cosa que una República que tienda a un régimen democrático.

No es, pues, el país, quien ha avanzado hasta los linderos de un comunismo estatal; son los bolcheviques quienes han retrocedido, con la agravante de que ahora son una política gastada y aniquilada, en cuanto a poder implantar en su integridad el comunismo de Estado, como intentaron al principio. ¡Cuánto más firme sería la posición actual de los bolcheviques de no haber tenido tanta prisa por alcanzar el Poder; de haber dejado, aunque contribuyendo con su esfuerzo, a que los acontecimientos les hubiesen hecho dueños de la situación.

Porque la verdad es que, a pesar de cuanto hayan dicho, los bolcheviques no han podido realizar su política, y de concesión

en concesión, de claudicación en claudicación, han tenido que hacer la política que encuadraba mucho mejor que en ellos, en el programa de los socialistas revolucionarios de izquierda o bien de los mencheviques.

No es de hoy ni privativo de Rusia este fenómeno. En otras épocas y en diversos países ha ocurrido otro tanto. Partidos políticos que en la oposición desempeñaban papel brillantísimo, que eran una promesa halagadora y una confianza para quienes no conciben la vida sin que un partido cualquiera gobierne, el ansia de llegar al Poder, el temor de que otros les tomasen la delantera, les empujó demasiado aprisa hacia los cargos representativos, malogrando las cualidades que los hacían simpáticos a una parte de la opinión.

¿Es difícil saber cuándo ha llegado la hora en que un partido deba gobernar? Tal vez, pero entonces, ¿a qué queda reducida la perspicacia política de los hombres que ostentan la jefatura de los partidos y la de algunas minorías de esos partidos?

Y si se tomara como disculpa la imprevisión de esos políticos el que los pueblos se lanzan a veces a movimientos revolucionarios sin finalidad determinada, al menos en apariencia, pronto y fácil se les puede convencer de lo contrario. Si fuera dable reflejar en un estudio comparativo el nivel cultural de los pueblos cada vez que se lanzan a un movimiento de tal naturaleza, veríamos que no obran tan ciegamente como se supone. Se vería cómo el impulso del pueblo en su conjunto, en su equilibrio social, no va más allá de lo que se siente con actitudes para realizar. Ocurre que los partidos políticos o algunas colectividades, o bien

individualidades que han logrado simpatías populares, arrastran al pueblo y lanzan a las masas a extremos a que voluntariamente no llegarían. Sólo van por la sugestión a que previamente han sido sometidas.

Pasado el período de entusiasmo o de exaltación, el pueblo abandona a sus caudillos, el impulso cesa, y de la revolución queda únicamente lo que el pueblo ha podido asimilar y comprender, es decir: lo que formaba su aspiración mínima, verdadero motor revolucionario.

En toda revolución, por otra parte, hay un impulso creador que no es posible saber como acabará, aunque conozcamos sus circunstancias iniciales. Este es el aspecto más interesante de una revolución si los elementos que en él actúan se colocan en el lugar que a cada uno corresponde.

Abierto el paréntesis revolucionario, las fuerzas de la revolución se impulsan unas a otras, y mientras que unas se gastan y ceden, otras ocupan su lugar.

Y no sólo desaparecen consumidas en la vorágine revolucionaria las fuerzas políticas organizadas, defensoras de privilegios o normas ya en desuso; también les ocurre otro tanto a las que aun siendo favorables a la revolución, no se incorporan o asimilan el contenido ideológico del pueblo, su aspiración máxima, su deseo sentido, aunque con frecuencia no expresado.

Y es de ver cómo instituciones u organismos con los que el pueblo se conformaba antes de la revolución, después, cuando está en la calle, cuando las armas le han dado la sensación de la

fuerza, no las acepta y quiere superarlas, buscando siempre en su ansia de libertad y de progreso, formas nuevas que llenen sus anhelos.

Ahora bien: si no se quiere hacer infecunda esa labor, malograr el ideal popular de la revolución, desorientar al pueblo y que un pesimismo castrador lo anestesie, cada partido, cada colectividad, colocándose en el plano que por su pasado y por su ideario le corresponda, debe hacer el esfuerzo máximo y contribuir a que el impulso popular no se estanque. No importa que algunos partidos o colectividades tan solo brillen un momento, pasando como una exhalación. En este momento, en este instante de su actuación, alcanzan la plenitud y llenan cumplidamente su misión. ¿Qué más se les puede pedir? Han dado lo que podían dar; han contribuido con lo que podían contribuir a la obra de la revolución. Su existencia, aunque breve, nunca es estéril.

Pero lo más interesante de este emplazamiento de fuerzas revolucionarias, es que contribuyen de manera eficaz, sin entorpecimientos, a que el período revolucionario no se acorte o se malogre, a que no sea infecundo. Enfocar los problemas hacia soluciones rápidas y tentar las bases de una nueva estructura social ha de ser su tendencia.

Todo este trabajo debe realizarse sin que las fuerzas representadas en los partidos políticos se malogren, y para ello, han de entrar en acción cuando les corresponda y las precedentes estén gastadas. Tan perjudicial para la revolución como para las fuerzas mismas puestas en juego, es llegar demasiado tarde como demasiado pronto. En cualquiera de los

dos casos, habrán de recurrir a soluciones que no se armonizan con la misión que les incumbe.

Y este es el caso de los bolcheviques. Sintieron ambición de poder y quisieron hacer una política que el pueblo no estaba dispuesto a sancionar. Un período para los bolcheviques de sistemática oposición y para el pueblo de iniciación política, acaso hubiese evitado el fracaso y el descrédito, ahorrando al mismo tiempo muchas víctimas y muchos horrores. Y a la vez que ganaban en arraigo y en doctrina, hubieran contribuido a mantener abierto mis tiempo el paréntesis revolucionario.

Porque, hay que decirlo claramente, los bolcheviques se han pasado más de tres años ensayando modalidades de la política que habían de seguir. Y han hecho esos ensayos sobre un pueblo agotado por el hambre a causa de más de tres años de guerra y de una revolución que en solo siete meses abarca dos aspectos distintos.

En cuanto al resultado del ensayo, inútil es repetir aquí lo que los bolcheviques han confesado públicamente, aunque a la confesión se la disfraze con ropajes de literatura efectista. Ello no ha evitado que el mundo se haya enterado del fracaso.

La "N. E. P.", o Nueva Política Económica, por ejemplo, como otras tantas cosas que lo, bolcheviques nos han contado y cuentan cada día, son saltos hacia atrás, retrocesos en el camino tan raudamente recorrido en los primeros tiempos.

La política del comunismo de Estado autoritario fue rechazada por el pueblo, y contra ella, aun ahora que parece definitivamente consolidado el bolchevismo, la realidad de la

vida rusa nos muestra cómo el pueblo está desinteresado de la acción política ejercida desde el Poder. La fuerza de inercia del pueblo es la resistencia pasiva más condenatoria de esa política. Con el fracaso del ensayo de comunismo autoritario se cierra el período progresivo revolucionario para retornar casi al punto de partida. Se va entronizando el capitalismo disfrazado, aun cuando se ha pretendido hacer creer, que a ello les obligaban las condiciones de atraso del país. En el aspecto político las concesiones van más despacio. Pero es indudable que han de producirse.

La transición del régimen, la etapa revolucionaria debió prolongarse más; debió acelerarse estando los bolcheviques en la oposición.

El sano instinto del pueblo es de oposición al Estado, hacia todas las formas de gobierno; si no las suprime y se deja dominar por la rutina, no debe interpretarse como identificación, como aquiescencia con el régimen, sino, simplemente, como tolerancia. Por eso los pueblos aceptan mejor y se compenetran más con la política de un partido mientras está en la oposición que no cuando gobierna. La política bolchevique hubiera sido menos inepta fuera del gobierno que en él.

Al gobernar se desplazaron; impidieron que se hiciera otra política, pero la de ellos también ha quedado por hacer.

Poco a poco, negando sus principios, mejor dicho, abandonándolos, han vuelto al punto de partida; pero han vuelto cuando el paréntesis revolucionario, cerrado, no les

permitía retornar a la política que informa su programa. De hecho han invadido el terreno que a otras agrupaciones políticas hubiese sido favorable, por lo que han malogrado sus esfuerzos y los de los demás.

Ahora es ya tarde para rectificar.

Cuando se han cometido errores de esta naturaleza no pueden ya corregirse, y menos por el mismo partido que los cometió. Los bolcheviques se hallan ahora encadenados a la situación que ellos se crearon, y quieran o no, a ella han de ligar su suerte. La rectificación no es posible, y menos cuando se ha ido tan lejos.

Queda una solución. La confesión franca y sincera del error. Tener el valor, sacrificando los intereses de partido, de decirlo. Pero esto no entra en los cálculos de ninguna doctrina de partido. Ellos gobiernan porque se creen con derecho a gobernar. Imponen la dictadura porque afirman hacer así la felicidad del pueblo. Y, en último caso, alegan el mismo derecho a gobernar que los burgueses.

La felicidad hay que dejársela buscar al pueblo mismo. Que él se afane por ella. Que la busque y la encuentre. Es lo importante. Lo menos que puede pedírseles a los partidos políticos, o a todas las colectividades que siguen derroteros hacia esa finalidad, es que no tiranicen al pueblo. A quien no sienta íntimamente la necesidad de ser libre, es inútil que se la impongan a la fuerza, pues él, por el procedimiento que sea, buscará de quién hacerse esclavo, y si no puede serlo de algún

semejante suyo, te creara una ficción, un símbolo, un ente imaginario cualquiera y le rendirá acatamiento.

"La libertad no se da, se conquista", se ha dicho, y esto es cierto hoy, como lo será mañana y siempre.

Que los bolcheviques quieran hacer la felicidad del pueblo ruso a da fuerza, es un capricho como otro cualquiera, y nosotros sólo hemos de censurarlo por las víctimas que causa. Mientras tanto dejémosles la responsabilidad de su obra.

X

Errores económicos

¿Tenían, en efecto, en su programa o en algo equivalente en tácticas de gobernantes, una verdadera y novísima política económica Los bolcheviques? Ellos han afirmado siempre que sí, y lo han dicho y dicen empleando un tono tal de suficiencia que algunos han llegado a creérselo. Pero es el caso que ¡cuántos tildes merece la afirmación!

En la propaganda, los bolcheviques no han cesado de repetir que su capacidad económica era maravillosa; y así como hay quien a fuerza de leerlo en reiterados anuncios, llega a creer en la bondad de un específico curalotodo, también hay quien, sugestionado por la publicidad propagandista, ha creído la capacidad económica bolchevique.

Bien que ineficaces para el pueblo, el régimen capitalista posee organizaciones económicas de innegable valor para su sostenimiento. Y si por convicción revolucionaria, por espíritu de clase aherrojada, combatimos esas organizaciones y a las minorías que las montaron para privilegiarse en perjuicio de los productores, no es menos cierto que rinden utilidad y por eso

han perdurado a pesar de los ataques del pueblo para destruirlas.

¿Qué habrá de hacer, pues, de esas organizaciones la revolución? ¿Destruirlas o bien transferirlas solamente de las manos de la burguesía a las del pueblo? Creemos que no puede sentarse un principio unilateral. Deberán desaparecer unas; transferirse otras; no faltarán las que, en algunos aspectos, deban ser transformadas, y otras mantenidas como hoy lo están, suponiendo, claro está, que éstas serán las menos. Tanto las que estén en iniciación como las plenamente desarrolladas, el pueblo las utilizará como mejor lo crea oportuno. La dificultad surge en las que deban transformarse. ¿Cómo se procederá? ¿Cómo procedieron, por ejemplo, los bolcheviques al suprimir el comercio?

La necesidad de organismos que organicen la distribución u indiscutible. El comercio, con sus latrocinos y sus lacras está subsumido por la estructura capitalista. Pero llega un movimiento revolucionario como el ruso y los gobernantes suprimen de repente el comercio. ¿Obraron bien? ¿Obraron mal? ¿Acertaron? ¿Se equivocaron? Digamos que acertaron, que obraron bien. El comercio es el robo autorizado, la sofisticación elevada a principio, la adulteración legalizada, y cuanto se haga por suprimirlo habrá de parecernos poco mientras no se extirpe de raíz. Pero el comercio es útil, tiene una finalidad, la cumple.

¿Qué hacer, pues? Hacemos un trabajo de crítica a objetiva. Si fuera de exposición de ideas, de principios o cosa análoga; si se nos preguntara cómo haríamos la revolución y que normas

seguiríamos en ella, la condenación sería adecuada a la pregunta. Por el momento solo debemos sacar conclusiones de lo ya hecho.

En consecuencia, creemos que los bolcheviques cometieron un error suprimiendo el Comercio en pequeña escala, antes de tener organizado el reparto de la producción.

Es innegable la utilidad del comercio para realizar este reparto en los países de tipo capitalista; aunque no pueda decirse tanto para la Rusia postrevolucionaria, que quiere organizar su vida económica con nuevos cánones e ideas.

Ahora bien; suprimir el comercio teóricamente es cosa facilísima. Cuando se dispone de la fuerza y de los medios coercitivos que facilita el Poder, suprimir cuesta poco. La dificultad surge al crear el organismo sustitutivo, si es de ineludible necesidad, como en el caso del comercio.

Les bolcheviques lo suprinen para borrar toda reminiscencia capitalista, aparte de implicar un medio de vida que ninguna sociedad bien organizada puede tolerar. El comerciante es el parásito que más directamente nos hace sentir su dañina intervención.

Mas si sobran los comerciantes, no sobra la función que realizan; y si bien ésta ha de transformarse –en un régimen sedicente socialista en el amplio espíritu de esta palabra no puede hacerse otra mente– de ninguna manera puede suprimirse.

Los bolcheviques suprimen, prohíben el comercio; pero como el pueblo ha de comer, como ha de alimentarse, la función distributiva de productos ha de seguir prestándose. ¿Cómo?

Lo primero que se les ocurrió a los bolcheviques fue confiscar todos los productos, almacenarlos, catalogarlos y concentrarlos en grandes almacenes para recomenzar la distribución. El desbarajuste momentáneo que ocasionan estas medidas es inevitable. Concentrados los productos, comienza la distribución, y comienza también a verse lo inútil del procedimiento.

La centralización de productos en grandes almacenes para organizar la distribución, ocasiona trastornos incalculables, pues como la cantidad de productos a repartir es poca y la parte a entregar a cada persona reducidísima se ha de invertir mucho tiempo esperando turno. Podría evitarse parte de esta pérdida de tiempo si la cantidad de productos a entregar fuese mayor y el racionamiento para varios días, supongamos, en los productos de fácil conservación.

Algunos frutos, legumbres frescas, el pescado y otros productos que no pueden conservarse, que han de ser consumidos en el día, necesitan una distribución constante, diaria y profusa. La concentración de estos productos es un error, pues aun cuando los encargados de la distribución fueran numerosos, la pérdida de tiempo es considerable.

La distribución de los elementos indispensables a la vida, a la nutrición y alimento de las gentes de las ciudades y de los pueblos, ha de ser rápida, fácil y profusamente hecha.

Si por cada grupo de cuatro o cinco casas en las calles de las ciudades de tipo capitalista hay un comerciante, no está y vive allí porque a él le haya parecido bien abrir una tienda. Vive y está porque llena una necesidad: la de facilitar rápidamente lo preciso para el consumo diario. El establecer un comercio no responde, pues, a un capricho; es una necesidad social que se satisface. Es más; cuando se abre una tienda, que no responde a una necesidad sentida o incompletamente satisfecha hasta entonces para el vecindario de los alrededores, el comerciante quiebra o cesa en su comercio.

Los bolcheviques se equivocaron al no organizar la distribución antes de suprimir el comercio al por menor. Establecieron los grandes almacenes colectores y distribuidores de productos al mismo tiempo; pero el fracaso de estos almacenes era descontado para quien se haya preocupado un poco de estas cuestiones.

La centralización en grandes almacenes, más que facilitar, entorpeció la distribución, como lo aprendieron en la experiencia.

La dificultad en el reparto llegó a ser tan evidente que a veces los productos se pudrían antes de llegar a manos de quien los necesitaba.

Suprimido el comercio al por mayor y al por menor y convertido el Estado en el comprador y vendedor único de todos los productos en la Rusia soviética, no halla mejor procedimiento para regular los precios de venta en el mercado que la tasa. Tasar el precio, tanto de compra como de venta, dejando un margen prudencial de ganancia: he aquí lo que pareció acertado.

Razonar acerca de la inutilidad de ese sistema después de lo ocurrido en todos los países a causa de la guerra, nos parece obvio, ya que en todos se ha reconocido lo rotundo del fracaso.

La tasa no sirve para regular los precios en los mercados, produciendo, en cambio, trastornos incalculables. Hemos visto repetido el caso muy frecuentemente y siempre con resultados negativos, que no se nos alcanza pueda nadie creer en su utilidad y eficacia.

Impuesta ya la tasa por los bolcheviques, les resultó todo lo contrario de lo que pretendían, pues además de no ser ellos quienes regulaban el precio en la mayoría de los productos, disminuían éstos cada día, y la escasez ocasionó una especulación sin precedentes. Era natural. Mientras el Estado tasaba en treinta rublos un litro de leche, el campesino podía venderlo a doscientos rublos a la especulación. ¿Hay probabilidad alguna de que lo venda al Estado? No; porque como el campesino a su vez había de pagar, casi siempre por un producto un precio varias veces superior al fijado por el Estado, era natural que buscarse vender los productos suyos al mayor precio posible. Luego la tasa no originó más que desastres.

Teniendo como tenían en su poder la fabricación de la moneda, no debieron establecer tasas en el precio de los productos, sino pagarlos al mínimo de la especulación, o excederlo. ¿Que este procedimiento arruinaría en un país de tipo capitalista al Estado que lo practicase? Ciento. Pero a los bolcheviques no debía importarles nada tal consideración, ya que su política tendía a prescindir de la moneda.

Los bolcheviques, hombres de concepciones distintas a todos los demás, según dicen, marxistas impenitentes, que, a quien no hable con respeto de la dictadura del proletariado o no la ensalce, lo tratan de pequeño burgués, no supieron sino imitar a los países de tipo capitalista, que cuando quieren hacer bajar el precio de un producto que escasea en el mercado, lo tasan, logrando siempre efectos contrarios: el encarecimiento. Y si alguna vez el producto tasado bajó de precio, ha sido pagando el Estado la diferencia con el dinero del Tesoro nacional.

Las tasas para obtener reducción en el precio de los productos que se encarecen súbitamente, es un procedimiento anticuado, pero al que recurren los gobiernos en cada ocasión. Y esto que pudiera parecer garantía de éxito, es lo que mejor demuestra su fracaso, pues viene a decirnos que es únicamente un procedimiento para salir del paso. Apenas se acalla la protesta popular, lo derogan, porque el abaratamiento, si se consigue, es siempre, como ya hemos dicho, cargando la diferencia al peculio del país.

Además, ocurre que las relaciones comerciales o de intercambio de productos se burocratizan y nuevas complicaciones agobian al erario público y a los mismos

consumidores. No se concibe cómo puede subsistir el procedimiento de la tasa sino es por esta tendencia tan grata a todos los gobiernos, de plagiarse unos a otros.

Y no sólo complica las relaciones de intercambio, sino que sustrae a la libre concurrencia del mercado los productos y al amparo de la ficticia escasez, provoca la especulación y total encarecimiento. Es ésta, cosa tan sabida, que nos asombró verla amparada por los bolcheviques, partidarios, según ellos, de las más audaces experiencias.

Pretendía el Consejo de Comisarios del Pueblo establecer un principio uniforme para todos los artículos, a fin de que los salarios y el racionamiento no fuesen algo aleatorio. Siendo el Estado el único adquirente de los productos, pensaron poder regular fácilmente los precios que debían alcanzar e "inventaron" la tasa.

Quisieron también, no sólo regular los precios, sino herir de muerte al comercio en todas sus manifestaciones, obligándole, en la clandestinidad donde se desenvolvía, a percibir beneficios tan reducidos, que lo hiciesen imposible.

Como era de esperar, el resultado apetecido no llegó. El comercio clandestino siguió desarrollándose y él era quien regulaba los precios, y no el Estado que se veía en la necesidad de alterar cada día los de tasa, siguiendo las fluctuaciones del mercado clandestino.

Al propio tiempo, pretendían los bolcheviques alterar el valor de la moneda como elemento de cambio, desvalorizarla, sin

fijarse que, con ello, introducían una perturbación en la tasa y en el cambio, sin otro resultado positivo.

Desde el momento que se tenía a depreciar la moneda, debieron renunciar a la tasa. Fácilmente, hubiesen logrado que el mujik, en vez de negarse a vender al Estado, lo prefiriese a todo otro comprador, pagando los mismos o superiores precios que en el mercado libre. Este habría sido acierto verdadero, importante, pues a la par, se granjearían las simpatías del campesino y se convertirían en el único comprador de sus productos.

Puesto que no tenían la preocupación del valor de la moneda del país en el mercado mundial ni el temor de una quiebra en los valores del Estado o de las empresas particulares, no debió preocuparles el precio que los productos alcanzaren, y que debieron igualar cuando no superar a todo otro comprador que pudiera presentarse.

La moneda-papel rusa no tenía valor extraterritorial, y se hallaba limitada a ser una ficción en el área del país. ¿Por qué, pues, por un lado sometían la moneda a alzas y a bajas, y por el otro tasaban los artículos de consumo?

¿Qué les podía importar el precio de los productos pudiendo lanzar a la circulación cantidades fabulosas con la emisión continua de papel-moneda? y si querían convertirse en los únicos adquirentes de toda la producción nacional y acabar definitivamente con el comercio clandestino, objetivo de la política económica que se habían propuesto seguir, ¿para qué la tasa?

El Estado no podía temer la bancarrota, la baja en los valores públicos que no existían; les bastaba pagar, para absorber todos los productos que se presentasen en el mercado. Pretender valorizar el precio de pago con la tasa, que seguía las oscilaciones del comercio clandestino, equivalía a derivar las relaciones de productor a consumidor por vías tortuosas e indefinidas. Por éstas y por otras causas, la absorción del comercio por el Estado era imposible.

Las dificultades para conseguirlo son variadas e invaden, no sólo el aspecto prosaico de la vida, sino también el moral. Los más sobresalientes son: la costumbre de comerciar heredada del régimen pasado en un país donde viven millones de judíos reducidos de antiguo a este único medio de subsistencia y el trastorno inherente al hecho revolucionario. Únasele también la desconfianza en el afianzamiento del régimen y se verá cuán desdichados habían de ser los resultados de la tasa relacionándolos con la situación general del país, pues no se consiguió regular el precio de los productos y sí un encarecimiento general y una especulación sin precedentes.

Pero los bolcheviques han de resolver todas cuantas dificultades les ocasione la supresión del comercio y la aplicación de la tasa. A falta de un órgano idóneo para tal menester, de alguna institución que, aunque no directamente,

pudiese ocuparse de la cuestión crean el Comisariado de Abastecimiento.

Es indudable que la complejidad de la vida moderna, las necesidades que el pueblo le crea y una más equitativa distribución de la riqueza, obligan a los gobiernos a pensar en la creación de instituciones que vengan a ser como el sistema circulatorio de la colectividad.

La intervención siempre creciente del pueblo en todos los problemas vitales y su constante descontento, han persuadido a la clase burguesa y a los gobiernos a no fingir desconocer necesidades y lógicas pretensiones. Así han podido crearse instituciones encargadas de recoger y encauzar desde el punto de vista del Estado, las ansias populares, aunque implique un contrasentido. El Estado bolchevique no podía ser menos que los gobiernos capitalistas.

La creación, pues, del Comisariado de Abastecimientos, obedece a ineludibles y apremiantes compromisos, a obligaciones que no es posible aplazar.

La misión que le confían, como su mismo nombre indica, es distribuir la producción, regularla, repartir por todo el país lo que se produzca y verificar el intercambio entre unos pueblos y otros. Su misión es de las más importantes.

Ha de extender su acción sobre una población que excede de un centenar de millones de habitantes y en un país donde escasean las vías de comunicación y que ha sufrido durante tres años el azote de la guerra y de otros tres largos, el de la revolución. No se olvide, por último, que hasta los hombres

puestos al frente de la institución, son nuevos en esas lides y no tienen, para empezar, ningún elemento que les sirva de base ni guía.

Todas estas realidades, que no pretendemos escamotear ni ocultar, y parecen encaminadas, a atenuar el fracaso de la institución creada, deben computarse, no en la línea de guarismos de lo que se hizo, sino en la de lo que se debió hacer. Quien no crea pertinente hacer este cómputo por no apreciar, como nosotros, que hay cosas indisculpables, suspenda todo análisis y renuncie a seguir leyendo.

Lo primero que se le ocurrió hacer al Comisariado de Abastecimientos fue ordenar la confiscación y almacenamiento en los depósitos colectores de todos los productos que había en el país.

La medida no pudo ser más improcedente, por no decir descabellada.

La escasez de productos hacía la vida ya de por sí bastante difícil, y la medida acordada, o sea la confiscación, venía, indiscutiblemente, a empeorarla. ¿Cómo pudo ocurrírseles a los dirigentes del Comisariado, tamaño atentado al sentido común? El Obrero vive al día. Tanto por la escasez de los salarios que percibe, como por las condiciones generales de la vida. La confiscación venía a interrumpir ese ritmo normal, pues al ordenar la confiscación de productos en los almacenes generales y su retención hasta que las estadísticas fueran confeccionadas, dejaba al obrero sin poder alimentarse cada día.

Pero esta arbitrariedad, con serlo mucho, apenas si iba más allá de producir trastornos que el sacrificio y el buen sentido del pueblo obvian y resuelven momentáneamente.

La disposición de centralizar todos los productos disponibles, almacenarlos y guardarlos hasta terminar las estadísticas del racionamiento, para luego proceder al reparto, es completamente irracional. Pero lo grave, lo que nos pone en antecedentes de lo que significaría la política bolchevique, son las ideas fundamentales que presidieron a su iniciación; es el procedimiento, la entronización de un sistema que la razón y el sentido común rechazan de consumo.

El Comisariado de Abastecimientos entendió que sus funciones en el reparto de la producción quedaban suficientemente garantidas con resoluciones dictatoriales. Emprendió una amplia labor preliminar de estadística, en la que figuraban, tanto el número de consumidores específicos como de la producción, en su variabilidad, contingencias y otros factores amigos, pero olvidó las necesidades más perentorias de cada región, sacando de los centros donde abundan, determinados artículos y trasportándolos a otras regiones carentes de ellos, o por lo menos estableciendo relaciones de intercambio, aunque el Comisariado se reservara la misión de armonizar y hasta de intervenir cuando surgieran dificultades.

No habiendo efectuado nada de esto último, la creación del Comisariado de Abastecimientos, sólo sirvió para entorpecer los movimientos de la distribución y cambio.

Centralizar, ¿para qué? Esta es la pregunta que puede hacerse a los bolcheviques ante la desorganización de todos los servicios públicos que trataron de transformar.

Todas las centralizaciones han sido funestas a los pueblos, tanto las políticas como las culturales. El precedente debió servir a los bolcheviques para no reincidir en el error de centralizar un aspecto tan importante de la economía del país, como es la distribución de los productos.

Hasta ahora, en los países de tipo capitalista, la distribución de la riqueza no había sido objeto de trabas ni de obstáculos, pues aparte las leyes tributarias, en lo demás había gozado de una independencia casi absoluta, y cuando algún gobierno se atrevió a querer regular su funcionamiento, en nombre de la libertad del comercio hubo de abandonar tal idea.

Pero en Rusia cambia de aspecto. No lo olvidemos. Suprimido el comercio y recabando el Estado para él todo el derecho a comprar y vender la producción nacional, es obligada la modificación en el procedimiento del reparto.

Desde el momento que el Estado suprime toda libertad de transacción entre individuos o intercambio de productos, a él compete el realizar esa función. Obligado a ello por consecuencia doctrinal no es censurable.

¡El procedimiento! He aquí el motivo de censura.

Los bolcheviques no supieron o no quisieron ver que la centralización de productos era perniciosa. Lo aprendieron

después de cometer infinitas vejaciones y ocasionar enormes e incontables sufrimientos.

Teóricamente, la centralización parece rendir enormes ventajas sobre todo procedimiento federativo; en la práctica, su inutilidad es inconcusa.

Frente a la casi inutilidad del Comisariado de Abastecimientos para satisfacer las necesidades de la población, se alza la iniciativa popular, que por todas partes mina el terreno y aventaja en utilidad a la organización gubernamental. Y ésta, para ocultar su ineptitud, obstaculiza el desarrollo de la iniciativa individual, pero no con una organización superior y más apta, no; sino con disposiciones cada cual más absurdas y contradictorias entre sí.

Después de esto, el fracaso del comisariado de Abastecimientos con sus procedimientos centralizadores, es ya un hecho definitivo que nadie se atreve a poner en duda.

La situación económica en Rusia, al producirse el golpe de Estado que dio el Poder a los bolcheviques, era bastante mediana. La guerra, que ya por entonces preocupaba en el aspecto económico, a los países de poderosa organización industrial, como Alemania, Francia e Inglaterra, comenzaba a ser el ahogo para Rusia.

Después de la guerra, contribuyó a agravar la economía rusa, la revolución.

Los períodos de transición son siempre los más difíciles de atravesar para los pueblos. Cuando estos períodos son los comprendidos en el interregno en que una revolución se produce, las dificultades se acrecentarán en la medida que la revolución desarticule la vida del país. Por eso, en Rusia, el ahogo económico se había de sentir más, pues a los estragos de la guerra uniéronse los de la revolución, dejando aparte –lo hemos mencionado intencionadamente– su atraso industrial característico.

La guerra paraliza y desequilibra determinadas ramas de la producción, intensificando y desarrollando excesivamente otras.

La revolución trastorna y desvincula todo. No se desarrollan, como en la guerra, unas ramas de la producción en perjuicio de otras; se desorganiza y desarticulan todas, por lo que sus perjuicios son considerables.

Pero no es sólo la desarticulación en la producción, lo que hace más sensibles los trastornos en la economía, pues pronto el instinto popular y la necesidad restablecerían el equilibrio. Lo que más la daña en el período revolucionario, lo que la desplaza y descompone, no es que el proletariado abandone las fábricas y los campos, que produzca menos y mal, que emplee más tiempo en disponer que en hacer. Esto, con ser mucho el trastorno que ocasiona, no es la causa principal de la escasez inherente a toda revolución. Al daño que todas estas

causas reunidas puedan ocasionar a la economía productiva, han de unirse la desconfianza y la depreciación de la moneda.

La moneda es un valor convencional. Su poder adquisitivo está regulado por la confianza que el país ofrezca en el exterior y las instituciones que lo rigen en el interior. Cuando esta confianza se quebranta, la moneda pierde el valor convencional que tenía y las relaciones de intercambio de productos buscan otras equivalentes que la suplan con ventaja.

Rusia, como se comprenderá, hubo de llegar al máximo de esta desconfianza. La guerra, primero, la revolución, después, convergían a dar la sensación de hundimiento total.

La repercusión de este fenómeno habría de colarse hondamente en las relaciones que entablara el Estado con el individuo. Regulada esta relación económica por el valor nominal de la moneda, al perderlo y depreciarse hasta lo inverosímil, como ocurrió en Rusia, sus efectos habían de repercutir en las transacciones que el Estado hiciese con el ciudadano. Pronto éste no quiso entregar sus productos a cambio de dinero y exigió el pago en otros productos, con tal que fueran equivalentes según cálculos que él hacía, a los que entregaba.

Dada la significación que a sí mismo se daba el gobierno bolchevique y su tendencia a desvalorizar la moneda, hasta anularla como signo de cambio, parece como si la negativa del campesino a entregar sus productos a cambio de dinero, facilitase esta tendencia, lo que no es cierto.

Si los bolcheviques hubiesen tenido productos manufacturados para entregarlos a cambio de los que producía el agricultor, su teoría de desvalorizar la moneda hubiese pasado; pero como carecían de ellos, teniendo, en cambio, abundante el dinero, pues fabricaban cuanto querían, la teoría de su principio le vuelve contra ellos y obra como revulsivo sobre la opinión del pueblo.

Al querer desvalorizar la moneda, debieron pensar en el elemento que la substituiría, ya fuese éste intercambio de productos o la creación de otro signo con un valor determinado y garantizado de alguna manera. Pero no lo buscan ni lo establecen y entonces nace el conflicto.

Obligan a que el campesino les entregue el producto de su trabajo; mas, a cambio, ¿qué le dan? La misma moneda, el mismo signo de cambio que desvalorizan y anulan fabricándolo sin limitación. La sustitución efectiva y real del dinero, sólo podría hacerse estableciendo el libre intercambio de los productos, ya sea entre el Estado y el individuo, o libremente. Pero los bolcheviques no tienen productos para dar a cambio de los que recogen y de aquí lo incomprendible de su proceder. Los bolcheviques se resisten a confesar el fracaso. No quieren, no pueden, no les conviene confesarlo, y no encuentran cosa mejor para evitar esta confesión que forzar la voluntad del campesino. A este fin organizan las requisas.

Causaron éstas un daño incalculable a la obra de la revolución. Momentos hubo en que el campesino casi deseó lo pasado por no soportarlas. El odio es capaz de impulsar al

hombre a las mayores aberraciones, y las requisas sólo despertaban odio en el pecho del mujik ruso.

La tasa, la centralización del Comisario de Abastecimientos y las requisas, pero sobre todo las requisas, son las que impulsan al mujik a la guerra civil, a la caza de soldados rojos, a odiar y maldecir el régimen bolchevique, a no querer oír hablar de comunismo y, lo peor de todo, a abandonar las tierras, dejándolas incultas, condenando al hambre a toda la población rusa: hombres, mujeres, niños, ancianos, en suma, a todos sin excepción.

La tragedia rusa la "escribió" el régimen de requisiciones. El abandono de la tierra, la miseria y el hambre en Rusia, a ellas se deben en gran parte.

Cuando se interroga a los bolcheviques acerca de su draconiana medida, se disculpan y la justifican diciendo que la provocó el campesino al negarse a vender sus productos al gobierno.

No negaremos que, juzgándolos con cierta benevolencia, tengan algún átomo de razón; pero en lo primero que debieron pensar, fue en la inutilidad de lo que proyectaban. Si como dice el precepto jurídico "el desconocimiento de la ley, no exime de responsabilidad", digamos que tampoco a los bolcheviques les exime de responsabilidad el ignorar las consecuencias que habrían de aportar las requisiciones.

Toda causa produce sus efectos. Así la tasa produjo la requisa. Los hechos se encadenan; unos sirven para enlazar a

otros; y las deducciones que se saquen, han de seguir la línea que los acontecimientos tracen.

Cuando el campesino ve al fin que la tasa le obligaba a vender un producto a más bajo precio que especulando en el mercado clandestino, se resiste y procura burlar las disposiciones oficiales. Cuando éstas son excesivamente rigurosas y no se atreve a afrontarlas, emplea otro procedimientos: la inercia, la mala voluntad, la resistencia pasiva, mucho más terribles, porque contra ellas no hay fuerza posible a emplear.

Pero los bolcheviques no se conforman. Quieren vencer la resistencia del mujik, sea como sea. Y no hallan medio mejor que forzar su voluntad estableciendo las requisas.

Al principio, un poco perplejo el campesino por la medida adoptada, cede y entrega cuanto tiene.

Pero después, cuando lo comprende, se opone haciendo frente a todas las consecuencias. ¿Qué me das a cambio de lo que me quitas? dice al Gobierno. –Rublos en papel. ¡Muchos rublos! –No los quiero –responde el campesino–. Nos es igual –se le replica– nos apoderaremos de tus productos, quieras o no. Tenemos la fuerza y a ella recurriremos.

Planteada la cuestión en estos términos, la lucha es inevitable, y desde entonces la inmensa estepa y las dilatadas llanuras rusas, comienzan a cubrirse de cadáveres y de ruinas.

El mujik organiza la defensa, y la violencia contra las personas; recurre al arma más terrible que la astucia pone en

sus manos: cultiva sólo lo preciso para mantenerse él y los suyos. ¿Se comprende ahora la tragedia? Es el hambre, el hambre que amenaza a la Rusia revolucionaria, cuando más necesita producir para salvarse de la miseria. A la actitud, unas veces de resistencia pasiva, adoptada por el campesino, y violenta otras, responde el Consejo de Comisarios intensificando las requisas, violentando más a los campesinos, ordenando que por la fuerza se le arranque hasta el último grano que le quede. Ya hemos hablado en otro lugar de las luchas feroces y sangrientas que originó el sistema de la requisiciones, luchas en las que al fin, después de dar generosamente su sangre, triunfó el pueblo, ya que en último análisis la llamada "nueva política económica" de Lenin, iniciada poco antes de su muerte, no es otra cosa que el triunfo del pueblo en su lucha con los bolcheviques.⁶

No nos alegramos de esta victoria. La admitimos como hecho consumado y con ciertas reservas mentales, ya que significa el retorno a normas de capitalismo vergonzante; pero la verdad es que el pueblo triunfó de los bolcheviques, y que éstos sólo supieron atenuar su error yendo más allá, retrocediendo muchísimo más que lo que el pueblo suponía. Las requisiciones fueron una medida odiosa, arbitraria, cruel y vituperable, pues sin beneficiar en nada al Gobierno, consiguió ahondar más que lo estaban los antagonismos entre el pueblo y el Estado.

Durante nuestra estancia en Rusia nos preguntábamos frecuentemente el por qué de todas esas medidas, sin que

6 *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi.*

pudiéramos explicarnos nunca cómo podían ser adoptadas por un sedicente Gobierno comunista.

Todavía entrañaban otro peligro: que el pueblo, o por lo menos una gran minoría, se echase en brazos de la contrarrevolución, de los enemigos de la libertad tan heroicamente conquistada.

Negamos que las requisiciones fueran un recurso obligado por necesidades ineludibles, como pretenden hacer creer los bolcheviques. Si se participa de la argumentación por ellos esgrimida, claro es que habrá que darles la razón. Pero todos sus argumentos o son falsos o son amañados al respecto. Los campesinos se negaron a entregarles los productos porque no se les daba nada a cambio. Y el campesino se consideró expoliado y robado. Recibía papel a cambio de lo que entregaba; pero luego, con este papel, nada podía comprar. Y cuando protestó, se le llamó contrarrevolucionario y pequeño-burgués, dos adjetivos que para los bolcheviques resuelven las más arduas cuestiones económicas.

El campesino, repetimos, se niega a entregar los productos que recolecta, porque no recibe nada a cambio de ellos; (suponemos que nadie concederá valor al rublo que los mismos bolcheviques querían desmonetizar), porque el Gobierno le agobia con el peso de una burocracia avasalladora, porque presiente el entronizamiento de una nueva burguesía; porque en el mercado clandestino se le paga un precio superior al ofrecido por los organismos oficiales; porque, en fin, ha salido de una tiranía, y sin tiempo para respirar aires de libertad, se ha dado cuenta de que ha caído en otra.

Y estas razones, que si no tienen otra virtud, tienen al menos la de ver la realidad en toda su crudeza, son las que impulsan lentamente al campesino a la resistencia y las que el Consejo de Comisarios del Pueblo no sabe contestar más que con la requisa brutal, hecha a sangre y fuego a la menor resistencia,

En nombre de la revolución se pide al campesino que entregue cuanto ha producido; pero él ve que quienes se lo piden se erigen en sus dominadores y se niega a entregarlo. La requisa no es, pues, el resultado de su mala voluntad, sino más bien el resultado de la incapacidad de quienes no supieron captarse sus simpatías, elevarlo a la categoría correspondiente, hablarle el lenguaje de la razón y de la verdad. Es, por consiguiente, manantial inagotable de conflictos entre el mujik y los bolcheviques, sin ningún provecho para éstos, sino el de enajenarse la simpatía y la adhesión de la gran mayoría de los rusos.

La producción disminuye rápidamente, reduciéndose en un tanto por ciento muy considerable. El campesino cultiva lo indispensable para él y para los suyos, y como hasta esto se le confisca, lo esconde donde y como puede, lo oculta celoso a la mirada inquisitiva del requisidor. Este, a veces, da con un escondrijo y arrambla con todo, hasta con la simiente, colocando al campesino en la imposibilidad más absoluta de seguir cultivando la tierra.

Esta lucha, sostenida durante algunos años, ha sido desastrosa para la obra constructiva que la revolución estaba llamada a realizar, pues los esfuerzos y la y atención por ello reclamados, eran absorbidos por esta labor de policía.

El aspecto más odioso, sin embargo, de la requisita no es ella misma en sí, sino las primas ofrecidas a los encargados de la requisición.

Los abusos y arbitrariedades a que daba lugar, son incontables. Y se explican.

La situación económica del país es precaria; todo escasea; y el racionamiento oficial, además de disminuir casi diariamente, algunas veces no se entregaba. El grupo encargado de la requisita, en cambio, aparte del racionamiento que le corresponde, y él mismo se hace, tiene una prima, y obra sin responsabilidad directa alguna. No se le pide sino que traiga grandes cantidades de productos, pues así será mayor el servicio prestado al gobierno.

Llega a ser tan ventajosa la posición del jefe y componentes del grupo, que individuos desempeñando otras funciones solicitan ser admitidos en la requisición. La necesidad es imperiosa, manda y obliga, y en este caso, como tienen un principio de satisfacción al ocupar un puesto de los más lucrativos, los candidatos abundan y se multiplican.

Hombres dedicados a otras actividades necesarias al país y más útiles por su finalidad, las abandonan para formar en la requisición. Y es que el heroísmo del sacrificio cuando ha de ser

prolongado, cuando aparece como una perspectiva sin fin, cuando sus límites se extienden más allá de lo que concibe la mente humana, no es manjar apetitoso a todos los paladares, y ante una espera prolongada los hombres se agarran a lo primero que tienen a mano.

Claro que el mal, la inmoralidad, está en el principio, en el sistema, en el procedimiento, pero es doloroso reconocer cómo nunca faltan desaprensivos que se arrojen sobre el primer mendrugo que se les tire. Es una constatación dolorosa, deprimente, pero es cierta y hemos de confesar nuestra impotencia ante su existencia.

Así vemos a obreros calificados, especializados en trabajos industriales, abandonar sus puestos a pesar de que su ausencia producirá trastornos en la fábrica. Y solicitar su ingreso en los grupos encargados de la requisita, pues piensan satisfacer más cumplidamente sus necesidades, que es lo único que les interesa. Los bolcheviques no pueden responder del egoísmo humano, pero señalamos el hecho, que bien pudieron aminorar, para que se comprenda su alcance y trascendencia, y para que se vean las derivaciones a que un acto de tal naturaleza puede dar lugar.

La requisita es el filón que más produce en la Rusia soviética, y todos están dispuestos a explotarlo.

El médico abandona a sus enfermos; si le piden que vaya al frente de batalla a curar heridos, busca una disculpa cualquiera para eludir la demanda; el burócrata quiere sacrificarse por la

revolución y no encuentra medio mejor que sentar plaza en el vasto ejército de perseguidores de productos.

Otro tanto hace el obrero especializado o el artesano, que abandonan el taller, la fábrica, la ocupación diaria.

Todos hablan de sacrificio; lo hacen en nombre de los sagrados intereses de la revolución y para combatir el espíritu pequeño-burgués y contrarrevolucionario del campesino. Lo cierto, no obstante es que mientras los "redentores" de la requisa viven espléndidamente, a veces mejor que los mismos Comisarios del Pueblo, el agricultor se hunde en la miseria, en el hambre y en la depauperación. Esto lo innegable.

En este caso, malo es el principio, pero no eran mejores quienes de él hicieron el objeto de sus ambiciones. Unos y otros habrían de acarrear a la Rusia soviética días de dolor y de amargura, de crímenes y crueidades, de violencias y de asesinatos.

La organización del trabajo en Rusia es bastante rudimentaria. La industria, incipiente al comenzar la guerra, se estaciona mientras duran ésta y el primer período de la revolución. Otro tanto ocurre con la agricultura. Al visitar nosotros la provincia de Saratov, donde empiezan las famosas "tierras negras" fértiles para el trigo, y preguntar cuales eran

los métodos de labranza y si la maquinaria agrícola y los abonos artificiales eran conocidos, se nos contestó negativamente. Encontramos tanta semejanza en los métodos allí empleados en el cultivo de la tierra y los que se emplean en algunas provincias centrales españolas, que no precisamos grandes explicaciones para darnos cuenta de la realidad, y eso que Saratov está relativamente próxima a Moscú, influenciada, por tanto, de las modernas corrientes del cultivo.

Pero donde se notaba más el atraso era en la industria.

La vida de preguerra en Rusia, era, generalmente la de un pueblo que desconoce la civilización occidental.

Las comodidades, esas relativas comodidades que ya hoy están al alcance incluso del trabajador –con harto desagrado, por cierto, de quienes siempre invocan el pasado– no eran tan profusamente conocidas como lo son en otros países.

Sólo la nobleza y los grandes terratenientes, extranjerizados, llevaban una vida ostentosa y de lujo europeo, como quizá en ningún otro país se haya visto. El hogar ruso, generalmente considerado, era poco confortable, y así en todos los demás aspectos. Consecuencia de ello era la falta de industria nacional, pues la nobleza y la burguesía, más por presunción que por gusto, quería cosas de Londres, de París o de Berlín. Desde el mueble más importante hasta las chucherías más banales, todo procedía del extranjero. Lo ruso era considerado como grosero y de aquí que tanto en la industria como en el comercio, al igual que los productos nacionales, fuera todo rudimentario, incipiente, apenas comenzado.

¿Cuál es, pues, la situación industrial de la Rusia postrevolucionaria? Caótica, desesperada, insostenible.

Era preciso, no obstante, hacer frente a la situación. El bloqueo impide el aprovisionamiento de Rusia; queda encerrada y condenada a bastarse a sí misma con los elementos propios.

A todos estos inconvenientes uníase la emigración de los obreros cualificados hacia el campo. La probabilidad de encontrar más medios de vida en las aldeas que en las poblaciones favoreció y alentó el éxodo.

Así las cosas, los bolcheviques ponen manos a la obra e intentan organizar la industria. También aquí les vemos desorientarse y aplicar procedimientos ya fracasados en los países capitalistas.

Pretenden primero, movilizar a los obreros cualificados y obligarles a volver a sus antiguas ocupaciones. Fuese porque el procedimiento es un poco antipático, fuese porque no lo creyeron oportuno, prescindieron de él y lo abandonaron.

Establecen luego las primas a la producción, procedimiento eminentemente capitalista y de resultados negativos.

La prima a la producción es desventajosa para todos los países y para todas las industrias, si exceptuamos las dedicadas a la exportación, a los mercados de competencia, donde ni la calidad ni la resistencia cuentan para nada.

La prima a la producción es desventajosa para el patrono y para el obrero, excluyendo, ya lo hemos dicho, lo que se llama "trabajo de batalla ", donde sólo cuenta el número de piezas, la cantidad de lo producido, el rendimiento en más. Para el patrono, porque el operario, atento sólo a una mayor producción no economiza la materia prima, con lo que el beneficio de un mayor rendimiento queda desventajosamente cancelado con un coste más elevado de material. Para el obrero, porque atento sólo a producir mucho, aunque sea mal, pierde todo gusto, y la calidad empeora al extremo de que un buen oficial retrocede a ser casi un mal aprendiz.

Al obrero bueno se le hacen adquirir malos hábitos de trabajo, y ya sabemos que en todas las profesiones, sin excepción, hay una parte muy importante de hábito, rutina y mecanicismo que nada tiene de común con la parte cerebral, y cuando el obrero bueno ha adquirido los hábitos malos, es un artista malogrado, un trabajador que ha perdido el gusto al trabajo y que raramente se reeduca para conquistar lo que perdió. Las primas contribuyen a que se adquieran esos vicios.

Este sistema, absurdo y contraproducente, lo establecieron los bolcheviques para estimular al obrero y aumentar la producción. Demostrado ya que sus ventajas son nulas en los países de tipo capitalista, para la Rusia revolucionaria habían de ser detestables, pues aparte de que la producción aumentó muy poca cosa, la materia prima malgastada y la inferior calidad en la producción, no compensan el aumento por ésta experimentado.

Y para los bolcheviques, malgastar la materia prima y producir género de inferior calidad era tanto como ayudar inconscientemente a los enemigos de la revolución. Y la concesión de primas a la superproducción fue el aglutinante de esa labor.

Podían justificar los bolcheviques la concesión de la prima por la escasez en los productos elaborados, ya que una mayor producción cubriría más rápidamente las necesidades de la demanda. Este razonamiento sería válido en el caso de disponer de materia prima abundante y sacrificar ésta a la apremiante necesidad, constantemente manifestada. Pero no es así.

Carecen de materia prima y el tiempo y los brazos le sobran, por ende la concesión de primas por superproducción tenía que ser perjudicial y nociva.

El aprovechar las primeras materias en trabajos sólidos y bien hechos, hubiese beneficiado a todos por igual sin alterar el trabajo ni ti método.

Pero los bolcheviques no lo comprendieron así quién sabe por qué, aunque es de suponer, que lo fue por incomprendición del problema que hablan de resolver.

La tendencia bolchevique en la organización del trabajo es la de grandes centros industriales, algo así como los "trust" de tipo americano más o menos ensayados en todos los países de estructura económica capitalista.

Condenar en absoluto este sistema de organización sería un error, pues si bien tiene la desventaja de absorber todas las actividades industriales que rodean a la que pudiéramos considerar como industria preeminente, formando un todo amalgamado que impone esfuerzos sobrehumanos para hacerlo funcionar regularmente, no deja de producir economías respetables, y como la tendencia del hombre es la de obtener el máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo, para algunas industrias es conveniente este sistema de organización del trabajo.

En cuanto a su implantación en Rusia, lo reputamos de error lamentable. Para llegar a la formación de los grandes "trusts" de la producción ha de haber una industria floreciente, en pleno desarrollo, pues sabido es que el "trust" no crea. Es un "poder" y como tal absorbe, centraliza, domina o impone, y Rusia no se hallaba en ese caso.

Ese sistema de organización del trabajo lo reputamos doblemente equivocado, porque sin poder llegar el trust a satisfacer las necesidades del país, por imposibilidad de absorber una industria que no existía, impidió una organización más rudimentaria y en concordancia con las necesidades de la población.

Casi todos los dirigentes bolcheviques, los más influyentes y escuchados, venían de pasar largos años en la emigración: en Francia, Inglaterra, Alemania, y organizar el trabajo en grandes organismos industriales practicando en ellos la más rigurosa división, como se hacía en los países donde habían vivido tanto tiempo les pareció lo más positivo y lo más práctico.

Olvidaban muchas cosas, pero sobre todas, la más esencial el país donde operaban. La organización del trabajo en industrias colosales no se adapta a la psicología de todos los pueblos, y Rusia es uno de ellos. La idiosincrasia del individuo, su natural indolencia y la parsimonia que son características en el ruso, resultan difícilmente aplicables a una organización industrial a base de trusts y de una división del trabajo rigurosa y meticulosamente practicada. Exige ésta puntualidad y precisión, extremos justamente impracticables para un pueblo como el ruso.

Pierden, pues, el tiempo los bolcheviques. Gastan en organizar este sistema de producción energías precisas en otras cuestiones e imposibilitan ellos mismos el desarrollo normal de las actividades productoras. Para que éstas sean fecundas han de ajustarse a las características naturales del país, si no el fracaso más rotundo coronará todo esfuerzo que se intente.

Rusia no reúne ninguna de las condiciones requeridas para un ensayo de industrialización a la americana o de otro país cualquiera.

No hay una industria rudimentaria que pueda servir de base a una industrialización en gran escala y además de faltar esa base, muy importante por cierto, el temperamento del individuo no se adapta a las necesidades que la "trustificación" exige.

El empeño de los bolcheviques de hacer de Rusa un gran país industrial, es un empeño de origen marxista que daría mejores resultados en Inglaterra a en Alemania, pero en Rusia nunca les dará el resultado apetecido.

Las riquezas naturales de Rusia son incalculables. País virgen hasta ahora y poco propicio por las condiciones climatológicas para que los capitanes o caballeros de la industria se decidiesen a invadirlo, permite poder ensayar los procedimientos de explotación que se crean más apropiados. Pero ninguno da derecho a violentar las condiciones naturales del país y de sus habitantes. Mucho y útil enseñan la filosofía y la sociología, pero no han enseñado aún a violentar la naturaleza de las cosas y de los hombres. La industrialización de Rusia la creemos, hoy por hoy, una equivocación de las más lamentables. En la industrialización –nos referimos a lo que actualmente se conoce por industrializar– vemos más un procedimiento arbitrario, hijo de una organización social a todas luces defectuosa, que no una producción científica y racional. Realícese hoy, o realícese mañana.

En el terreno de la economía, preocupa a los bolcheviques la falta de producción. No atinan a organizarla debidamente. Tocan uno y otro resorte y no consiguen nunca poner su mano sobre el que ha de hacer marchar la máquina. Ellos tienen la convicción de que mejor alimentado, el pueblo aceptaría de buen grado las orientaciones políticas de su programa. Lo piensan, lo creen, pero no se deciden a hacer la prueba y la convicción no pasa de una fantasía más.

Procedimiento tras procedimiento, recurren a renovarlo y a revolverlo todo, como si fiaran al azar el éxito de la empresa.

Cansados ya de verse burlados en sus disposiciones tan repetidamente condenadas al fracaso, adoptan la medida extrema: militarizar a los trabajadores. Tan bochornosa misión ante la Historia estaba reservada a un gobierno socialista salido de una revolución profundamente renovadora en principio.

Se pretende reorganizar el trabajo con arreglo, procedimientos científicos no comunes, privativos, al parecer, de quienes disfrutan por la fuerza el derecho de hacer y deshacer a su antojo, y como no hay tales procedimientos científicos y sí una incapacidad a todas luces manifiesta, lo que no se supo hacer, lo que se fue incapaz de organizar, se carga sobre la espalda del pueblo, y luego se le violenta para culparle de errores de los que no es responsable.

¿Qué razón pudo aconsejar e impulsar a los bolcheviques a militarizar al proletariado? La dictadura se atreve a todo cuando no encuentra solución a nada. Ya sabemos que para ellos, esto de la dignidad y de la libertad del pueblo y hasta el

sentido común, son logomaquias, antigüallas sin valor, expresiones vacías de sentido; conocemos ese lenguaje que, aunque parezca nuevo, es, dicho de otro modo el mismo que han usado hasta ayer aristocracias, castas y clases dominadoras al ocuparse del pueblo. Pero tengan el concepto que quieran los bolcheviques, nosotros preguntamos: ¿Por qué y para qué militarizar a los trabajadores. No debían saberlo ellos mismos cuando prescindieron de tal absurdo aunque no tan completamente que no se quedaran con algo en las uñas.

Cuando abandonaron la idea de militarizar a los trabajadores, decretaron la movilización obligatoria que, en el fondo, viene a ser igual. Y volvemos a preguntar: ¿para qué la movilización?

¡No se produce! He aquí la razón que alegan. El obrero no muestra buena disposición hacia ellos; permanece en resistencia pasiva y hay que resolver el enigma de la mala voluntad que manifiesta. No les queda otro remedio que someterlo por la fuerza, coaccionarlo, constreñirlo, obligarlo. Si no quiere producir hay que obligarle a que produzca.

Si su trabajo no rinde lo calculado hay que ejercer sobre él una presión moral y material que le obligue. No obraría de otro modo el gobierno el más despótico país en nombre del orden, de la patria y de la ley. Aquellos lo hacen en nombre de la revolución en peligro.

¿Pero, es que el pueblo no siente la necesidad de identificarse, de fundirse con esas epopeyas en las cuales comienza por ser el actor más destacado? Sí; pero ocurre que alguien se interpone siempre en su camino. A título de

proporcionarle la dicha, todos se convierten en arbitristas, desviándole de su camino, y quieren imponerle un bienestar que él sólo conquistará el día que le dejen libertad para hacerlo y que los otros no pueden proporcionarle aunque lo deseen con la mejor intención.

La movilización del trabajo, medida arbitraria, que se presta a las mayores enormidades, no es el medio más a propósito para interesar al obrero en mejorar la producción. Era preciso explicarle antes que la falta de producción es el hambre, la miseria, el posible retorno de lo pasado... Dejándole en plena libertad para que obrase, el día que le hubiera faltado lo más indispensable, prácticamente, se habría convencido de la necesidad de producir. Contra este criterio de plena libertad se alzarán muchas objeciones, no lo dudamos; pero hay un hecho cierto y que se ha repetido constantemente en la historia: que siempre ha terminado el pueblo por salvar con su iniciativa y su esfuerzo los períodos de penuria que ha atravesado.

¿Qué concurso moral y material ha de prestar el proletariado ruso en la mejora de la producción, si se le prohíbe toda intervención en las orientaciones a seguir y además se le moviliza, es decir, se le obliga a que trabaje en condiciones prefijadas y determinadas sin su concurso?

El recurso sentimental de que labora por el futuro no basta a compensarle del sacrificio que se le impone. Para que el hombre –generalizando– se sacrifique por el futuro, hace falta que empiece por vislumbrar algo de ese futuro.

Aceptando la movilización –le dicen–, laboras para el mañana". Y como sólo ve el sacrificio que se le impone, y sabe, además, que ha hecho una revolución para ser libre y no lo es, su razón vacila y empieza a desconfiar de quien por hacerle libre, primero lo esclaviza.

No le interesa ya si se produce más o menos, mejor o peor; con ver su poca halagüeña situación le basta.

Por nuestra parte, estamos identificados con esa mantra de ver las cosas. Y una vez más queda demostrado que sólo el máximo de libertad puede curar los males que la libertad acarrea.

¿El obrero movilizado, a disposición del gobierno, que puede emplearlo cuándo, cómo y dónde desee sin previas explicaciones de ninguna clase, bastando un mandato inapelable que ha de acatar, abandonando si se le ordena, familia y hogar? No creemos que sea ese el modo más apropiado para interesarle en la producción y menos hacerle comprender el futuro. El pueblo tiene el sentido de la realidad, y como de ella deduce lo porvenir, si esta realidad no corresponde al concepto que él se ha forjado, desconfía, y en cuanto desconfía se convierte en elemento negativo. Esto ocurre con la movilización de los trabajadores en Rusia.

No basta, empero, enajenarse la voluntad del trabajador, violentándolo moral y materialmente, mediante la

movilización. Siempre dispuestos a imponer sus ideas, y que prevaleciesen, la voluntad, las aspiraciones del pueblo, obligado a soportar el ensayo de política bolchevique, no contaban para nada. ¿No se trataba de la felicidad del pueblo? ¿Sí? Pues, a imponerla, fuese como fuese.

Cuando el pueblo consigue dominar la situación una vez la revolución ha sido hecha, toma posición de la riqueza, y dispuesto a realizar su propia felicidad quiere una intervención directa en la dirección de los trabajos, que hasta entonces hacía imposible el derecho de propiedad de los patronos.

Este ensayo de coparticipación de los obreros en la dirección de la industria, fue una cosa desdichada. Hay que reconocerlo y confesarlo. Pero, ¿por qué fue desdichado el ensayo?

Es natural que el obrero ruso cometiese torpezas al intervenir en la dirección de las fábricas y talleres. Nunca había intervenido como entonces y la mayoría de las veces le faltaba la simpatía y la sincera colaboración de los técnicos.

Los bolcheviques se equivocaron constantemente en la gobernación del Estado y jamás pensaron en abandonar el Poder.

En cambio, cuando vieron que el obrero cometía torpezas y equivocaciones en la coparticipación que tenía, en la dirección de las fábricas, no supieron proceder de otro modo que arrebatarlo al proletariado esta conquista de la revolución. Instruirlos para evitar los errores, no; habría sido poco científico; lo mejor era quitarles esa mejora y confiar la

dirección a técnicos nombrados por el gobierno, sin la menor intervención de los obreros.

La medida fue absurda y por demás arbitraria. Sobre todo por lo que tuvo de injusta y de inadecuada. ¡Por qué sustraer la dirección de las fábricas a los obreros? Dirigiendo hubiesen aprendido a dirigir, y la práctica los habría enseñado a no cometer torpezas, o a cometer las menos posibles.

Las censuras dirigidas a los gobernantes rusos por este hecho, las han contestado con evasivas o subterfugios. Han dicho que sustraían la dirección de la fábrica a los obreros porque muchas veces éstos llamaban a coparticipar, en calidad de técnicos, a los antiguos patronos, pretendiendo así hacerlos entrar otra vez en posesión de las propiedades y que lo hacían porque eran contrarrevolucionarios.

Es realmente peregrina la teoría que quiere inculcar la idea de que los trabajadores que habían realizado las expropiaciones colectivas se arrepintieran, llamaran a los patronos.

Lo que ocurría es que el obrero se daba perfecta cuenta de la capacidad técnica del antiguo patrono y por eso solicitaba, en determinados casos, su concurso. La verdad es esta y la razón estaba de parte de los obreros. Los bolcheviques les reprocharon que en bastantes casos llamaran al antiguo patrono a participar en la dirección de la fábrica que le había pertenecido, y por este solo hecho quitaron al obrero el derecho de coparticipación en la dirección; pero, y después, cuando los mismos bolcheviques llevaron a la dirección de las

fábricas a los antiguos propietarios y directores. ¿Por qué hicieron lo que condenaron? ¿Es que entonces, cuando los nombraba el gobierno, habían dejado de ser contrarrevolucionarios los ex burgueses y ex directores?

No podemos, no debemos admitir como lógico el razonamiento que pretende justificar el despojo. Sólo justifica una conducta poco escrupulosa. El obrero necesitaba aprender prácticamente a dirigir las fábricas. Sin práctica no se aprende nada; por eso en los países de cultura superior se han establecido en sus escuelas los métodos teórico-prácticos, convencidos de que sólo así, practicando al par que se teoriza, se consiguen resultados provechosos. Y esta teoría elocuente en su misma sencillez, la olvidaron quienes se consideran los únicos científicos entre todas las demás escuelas sociales.

La negaron, sin embargo. Y la negaron con grave daño de la economía del país y de las relaciones que obligatoriamente habían de existir entre el gobierno y la clase trabajadora. Esta pierde el interés natural que por la producción había de tener como conquista de la revolución, y es indiscutible que cuando la pierda, las consecuencias repercutirán en todas las industrias y oficios, quebrantando el ritmo que la economía debe mantener. Este es el resultado de la arbitrariedad.

El obrero se desinteresa por la marcha de la fábrica donde trabaja, y al recordar el despojo de que se le ha hecho víctima, sigue en ella, porque no puede hacer otra cosa, pero como el forzado, amarrado a la cadena, por necesidad y a la fuerza. Ya no la considera como algo suyo, como algo por lo que deba interesarse y a lo que ha de consagrarse alguna atención; todo

esto ha desaparecido para él y solo piensa en pasar lo mejor que pueda las ocho horas de trabajo, considerándose extraño y ajeno a la prosperidad de la industria. No le interesa se produzca bien o mal; se desentiende de todo lo que no sea el salario.

Con esta forma de proceder, el obrero contrae una grave responsabilidad moral, es cierto; ¿pero, quién negará que es mucho mayor la de quienes abusando de la autoridad que el gobernar les confiere, lanzan al obrero por ese camino?

Que el obrero trabaje de mala gana, con poca intensidad, en período tan difícil como lo es para la economía de un pueblo el que sigue a una revolución, merece censuras; mas, cuando se sabe que ha llegado a ese estado por impulso ajeno, por el de quienes tenían la obligación de evitarlo, entonces la responsabilidad de la clase trabajadora, disminuye en la misma proporción que aumenta la de quienes le impulsan a tomar tal resolución. ¿Cómo iban a ser los mismos trabajadores de la revolución quienes la desvirtuaran?

¿Por qué separar al obrero de la coparticipación de la dirección en las fábricas, talleres y demás lugares de producción? ¿Por qué arrebatarte un derecho que legítimamente, con su esfuerzo y su sangre había conquistado? ¿En nombre de qué principio puede hacerse? ¿Porque producía poco?

¿Qué ventajas tangibles alcanzó el pueblo ruso en la economía cuando tal arbitrariedad se hubo consumado?

Pasemos, pasemos de largo sobre estos extremos que nadie puede aclarar sin que la responsabilidad caiga con todo su peso sobre la política bolchevique.

La senda seguida en la política económica está sembrada de espinas que se clavan profundamente en las carnes laceradas del pueblo.

Intentan reorganizar el trabajo, y cada disposición se significa por el desacuerdo. Y es que quienes habían pasado toda su vida en elucubraciones de metafísica política, carecían de la más elemental preparación para reorganizar la vida económica de un pueblo tan numeroso como Rusia, y mucho menos después de los trastornos a que la guerra y la revolución dieron lugar. No basta haber estudiado mucho. Son precisas, además, otras condiciones que faltaban a los dirigentes del bolchevismo. Su vida de refugiados en Suiza y otros países, consagrada única y exclusivamente a combatir la tiranía zarista, no les permitió observar realidades que les hubiesen sido provechosas. Viviendo un ambiente un tanto irreal y obsesionados por las incidencias de las luchas de cada día, la verdad de las cosas vulgares, de eso que despectivamente llaman muchos "prosaísmo", pasaba a su lado sin percibirlo, y lo que aprendieron teóricamente no lo contrastaron jamás en la práctica,

¿Cómo extrañarse, pues, de sus desaciertos? Extrañarnos, no; ahora que, el no extrañamos no puede ser una disculpa.

Casi todas sus disposiciones en la organización del trabajo y en todos los demás aspectos de la economía política son la reproducción de lo que hacen los "malditos burgueses",

Hemos hablado de las tasas, del Comisariado de Abastecimientos con su organización centralizadora; pero no habíamos hablado aún de la especulación.

¡Ah!, la especulación. Lacra pestilente que infecta toda Rusia. Cuando se habla de la especulación; cuando se han visto sus efectos como nosotros los vimos; cuando se ha presenciado cómo extendía sus tentáculos por todo el país sin sustraerse a su acción ni los mismos dirigentes de la Rusia soviética; cuando las emanaciones deletéreas de esa corrupción emponzoñaban incluso a las criaturas, a pequeñuelos de ocho y nueve años que en la especulación buscaban es suplemento alimenticio a la ración que les daba el Estado, el ánimo se conturba y la razón, vacilante, no atina, rehúye el análisis de sus terribles consecuencias.

La especulación llega a ser institución invulnerable en Rusia. Nada, ni nadie, puede contra ella. Las disposiciones más rigurosas, más crueles y más sanguinarias no consiguen amedrentarla. Serpiente de innumerables cabezas, cuantas más se le cercenan, más y más le brotan.

Especulan los niños y los viejos; especulan los trabajadores y los burgueses; comerciantes arruinados y elementos con cargos oficiales y de responsabilidad. Puede decirse, sin

hipérbole, que el noventa por ciento de los ciudadanos rusos especulan, es decir, compran y venden productos que al pasar de mano en mano alteran su precio, con cuyo beneficio el último vendedor ha de lucrarse.

Y la especulación en Rusia llega a convertirse en una necesidad imprescindible de la vida.

El Estado raciona al individuo a razón de un veinticinco por ciento nada más de lo considerado imprescindible para el sostenimiento de una persona. No es posible creer que con una cuarta parte de lo necesario para vivir, pueda resistir el organismo humano. La miseria fisiológica acabaría por consunción con el pueblo. Este, para no perecer, ha de procurarse el resto, hasta completar una nutrición mínima para subsistir. Las estadísticas oficiales confiesan que el ciudadano se procura en la especulación un cincuenta por ciento de lo que necesita para su sostenimiento, que unido al veinticinco por ciento que el Estado le entrega, hacen un setenta y cinco por ciento de lo imprescindiblemente necesario para la conservación del decaído organismo humano.

Así tenemos que las mismas estadísticas oficiales confiesan que la especulación es fabulosa, pues ella retiene dos terceras partes de la totalidad de la producción, distribuyéndola por conductos clandestinos.

Al prohibir el comercio no se abrió un cauce normal, no se tenía preparado el organismo que fácil y prontamente hiciese llegar al pueblo los productos indispensables al consumo diario. La especulación no es una causa, es un efecto.

Al hablar de las tasas hicimos ver cómo implantarlas sustrajo a la circulación normal cantidades considerables de productos; pero como el estancamiento de esos productos no podía ser sino eventual, ya que la necesidad había de solicitarlos y obtenerlos fuese por el conducto que fuese, surge la especulación satisfaciendo a este menester.

Las necesidades fisiológicas, estas necesidades que imperiosamente hemos de satisfacer, obligan a saltar por encima de todas las disposiciones oficiales restrictivas. Es condición de vida o muerte.

Al faltar en el mercado los productos indispensables a la subsistencia, cada cual ha de procurárselos de la manera que pueda, por lo que las disposiciones oficiales que lo prohíban, no lograrán sino aguzar el ingenio para burlarlas.

Los almacenes distribuidores del Estado obran con una parsimonia que exaspera, y para colmo de pasividad entregan una cantidad tan irrisoria que más parece cosa de burla que no el cumplimiento de obligaciones por el Estado contraídas.

¿Qué hay disposiciones rigurosas contra el especulador, contra el comerciante clandestino, contra el burlador de las disposiciones gubernativas? Que le espera la persecución, la cárcel, acaso la muerte? ¡Qué importa todo ello! También el hambre atormenta y mata. Y la disposición oficial que retira de la circulación, en un momento dado, los productos necesarios a la subsistencia del individuo, condena a todo un pueblo al hambre, precursora espantosa de la muerte.

Porque ¿cómo realizan los bolcheviques el reparto de productos, en Moscú, por ejemplo? Establecen diez grandes almacenes, formando cada uno de por sí un centro, al que han de concurrir para aprovisionarse los vecinos comprendidos en el radio asignado a cada almacén.

La aglomeración de gente y la pérdida de tiempo es la característica general del procedimiento, y personas que han de aprovisionarse, han de parar horas y horas hasta que les llegue el turno. Esto da lugar a una industria lucrativa y, además, se manifiestan los primeros síntomas de la especulación.

Quien entra en posesión de un vale para obtener un producto y no dispone de tiempo o no quiere sufrir la molestia de la espera, se combina con alguien y le cede el vale –que por lo general va extendido al portador– para que recoja el género mediante una prima estipulada.

Como este procedimiento lo utilizan casi el cincuenta por ciento de las personas a quienes directamente corresponde percibir lo que en el vale se especifica, los demás acaparan cantidad considerable de productos, que luego utilizan para sus lucrativas combinaciones.

En el sesenta por ciento de los casos, estas combinaciones se hacen preferentemente con los productos que no son de consumo inmediato.

Una vez en posesión de los artículos: pañuelos, calcetines, medias, hilo de coser, zapatos, sábanas, almohadas, azúcar, café, sal, lo que fuere, el especulador abandona la ciudad y se

dirige al campo a realizar sus operaciones, siempre peligrosas; pero al especulador nada le detiene.

El campesino, al principio, se muestra desconfiado y dice al especulador que aceptará gustoso el negocio que le propone; pero que no teniendo ningún producto para cambiar se ve obligado a rechazar la oferta. La verdad es que, su natural desconfiado teme habérselas con un agente del gobierno.

Insiste el especulador hasta ganarse la confianza del mujik, estableciéndose entre los dos una relación que explotarán cuanto puedan y en cada coyuntura favorable.

El campesino entrega los productos que ocultaba a cambio de lo que más necesite y a veces hasta por cosas superfluas.⁷

Establecido ya el contacto entre el campesino y el especulador, hay que establecerlo también entre éste y el público, lo que no es difícil. La necesidad hace que se encuentren inmediatamente.

Pero hay que burlar las leyes, y para lograrlo con fortuna y sin percances que pueden ser gravísimos, ha de procederse con cierta precaución.

Entonces surge el intermediario del especulador, y así, poco a poco y con la intervención de nuevos personajes, se extiende

7 En una cabaña (Isba) de mujik, afirmó persona de mi entero crédito haber visto un piano de cola sirviendo de pesebre a la vaca y el caballo y de lugar en donde ejercitar sus músculos a los chiquillos. En otra Isba, unas butacas forradas de raso servían a los niños de deyectorio.

hasta lo infinito, hasta invadir este tráfico a la casi totalidad de la Rusia revolucionaria.

Una vez "montado" el negocio se especializan los especuladores. La mayoría limitan su actividad –sin despreciar, claro está, la ocasión que se les presente de realizar algún beneficio– a determinados artículos, ya que así se aseguran un mercado más fijo y con menos riesgos. Sabiendo de antemano donde hallarán más facilidad, tanto para la adquisición como para la venta de los productos que tengan, los riesgos disminuyen considerablemente.

Los daños materiales que la especulación ocasiona son incalculables. Nada hay seguro. Las estadísticas, formadas en los Comisariados han de rectificarse cada día. Donde se habían anotado mil kilos de un artículo, aparecen, cuando llega el instante de utilizarlo, quinientos solamente. Donde había mil pares de zapatos quedan reducidos a la mitad o a una tercera parte. Todo desaparece, como si tuviera alas.

Hay artículo o prenda de vestir que circulando de mano en mano ha centuplicado su valor.

La especulación reviste variadas formas y aspectos e invade toda la vida social. Cualquier prenda u objeto que se posea y no sea de una utilidad inmediata e imprescindible, se utiliza para procurarse un trozo de pan negro o unas patatas.

Un alto empleado oficial, ganando cuatro mil rublos mensuales y la ración, pero que se encuentra con que su mujer, aparte otros gastos, paga cada mes doce mil rublos al

peluquero, ha de buscar en la especulación la manera de nivelar su presupuesto.

En las fábricas que no funcionan por falta de materia prima o por otra causa, se conserva una parte de obreros para la limpieza y cuidado de las máquinas y las herramientas. Estos obreros, que tienen casi todos los días de la semana libres, especulan en gran escala, sobre todo si viven en pueblecitos cercanos a poblaciones de alguna importancia. La posición de estos obreros es ventajosa. Tienen la ración y el sueldo asegurado; además tienen facilidades para viajar, y todo lo aprovechan en su negocio.

A hombros de las personas que no quieren o no saben especular, van a parar todos los cargos. Sobre ellos caen una nube de parásitos, de inútiles intermediarios, que viven sobre el trabajo y el dolor de los demás.

Las trabas y obstáculos que el gobierno bolchevique opuso a la circulación normal de los productos, suprimiendo el comercio, estableciendo las tasas y no organizando automáticamente el instrumento que rápida y profusamente realizase la distribución de cuanto para alimentarse es preciso, derivaron naturalmente hacia la especulación, único cauce abierto a su curso.

El sistema desconcertante de distribución establecido, así como la lucrativa industria a que dio lugar, son la consecuencia de los desaciertos gubernamentales, confesados al declarar que el Estado sólo proporcionaba al individuo el veinticinco por ciento del racionamiento necesario. Y si hubiese podido do-

repartir el ochenta o noventa por ciento, hubiese ocurrido otro tanto, ya que la especulación es el efecto natural del estancamiento producido por las disposiciones oficiales.

Pero las consecuencias materiales, con ser gravísimas, como se comprenderá por lo dicho, no son las peores, puesto que una producción más intensa las aminora considerablemente. Además, sus efectos son pasajeros y no dejan apenas huella una vez han sido superadas. Hasta un cambio en las disposiciones oficiales puede herirlos de muerte.

El mal mayor del estancamiento en la circulación de productos y su desbordamiento por la especulación no reside, sin embargo, en la dificultad de circulación y en que la que alcancen sea más o menos regular: el mal mayor está en la depravación de las costumbres, en los vicios y corrupción moral que traen consigo. Porque la especulación es esto: la corrupción de la moral. Los primeros en especular son los antiguos comerciantes, los ex burgueses, nobles y demás familia por el estilo. Verdad es que la especulación no desmoralizará a estos apreciables elementos más que lo están. En el antiguo régimen no se distinguían ya por sus virtudes.

Donde los efectos de la especulación se dejan sentir más profundamente es entre los niños. El niño especula por necesidad. No se da, el caso entre ellos, como puede darse entre los adultos, de especular por pasión morbosa, por deseo ilícito de ganancia, por explotar las necesidades ajenas y satisfacer caprichos pueriles o pasiones inconfesables. En los niños no se da este caso. Pero por lo mismo que no se da y de que especula por necesidad física, la influencia que en su

mentalidad ejerce el engaño, la mentira y demás supercherías a que ha de recurrir, es terriblemente deplorable.

Figuraos a una criatura, que se levanta por la mañana y sale de su casa obsesionada por la idea de la mentira de que, obligadamente, ha de valerse; que no piense otra cosa que en obtener una ganancia fácil, a veces importante, pero rodeada de peligros. Estas condiciones de vida, durante dos o tres años, han de desarrollar en el niño hábitos de disimulo, hipocresía y fingimiento, necesarios y compatibles con la vida que lleva. Teniendo en cuenta lo profundamente que se reflejan en el adulto los hábitos y costumbres adquiridos en el niño, puede fácilmente colegirse lo que llegarán a ser esos niños, hombres y mujeres de mañana.

¿Que las condiciones de vida cambiarán y la especulación no podrá ejercerse? Aceptado. Pero sus efectos corruptores no podrán borrarse jamás. Esas mentes juveniles educadas en una simulación de la que depende su existencia, que la sobrellevan como una disciplina impuesta por las condiciones de una vida fértil en azares, no podrán dar otros frutos que los del fraude. Durante muchos años el pueblo ruso habrá de soportar las consecuencias de esta desdichada política económica, generadora de la especulación y comercio clandestino.

Así, pues, la falta de visión de un problema para nosotros tan sencillo, habrá producido daños incalculables a Rusia; pero no sólo daños materiales, fáciles de conjurar, sino daños de ética social, que dejan tras de sí una estela interminable de dolores.

A consecuencia de esa política imprevisora –ya que debió preverse más razonablemente la rápida distribución de los productos, antes o a la vez que se decretaba la supresión del comercio–, Rusia arrastrará el peso muerto y siempre inquietante para los pueblos, de una juventud depravada por hábitos del más refinado fingimiento, para la que la mentira, el engaño, la superchería y la defraudación, serán cosas corrientes y admisibles, pues formarán parte de su propia existencia y a ella deberá el conservar la vida.

Así, por un lado, tendremos que la especulación ha dado lugar a una fauna especialísima; la del parásito que explota aun más que el comerciante las necesidades humanas; y por otro lado la corrupción e inmoralidad de las costumbres. El ambiente de engaño y superchería en que se educa la juventud a quien la necesidad obliga a buscar en la especulación un suplemento al racionamiento del Gobierno, ha de ser fatal más tarde, cuando estos niños hechos hombres, entren en la vida y en la plenitud de sus derechos. Los vicios adquiridos se manifestarán más o menos claramente en sus acciones, y la bajeza moral que es su característica predominante, se manifestara, velada unas veces, crudamente otras pero se manifestará recordándonos las trágicas y angustiosas horas que vivió el heroico y sufrido pueblo ruso por la incapacidad de quienes se erigieron en sus gobernantes.

Unas palabras sobre el Código del Trabajo ruso.

Recuerdo haber leído en alguna parte, que reprochando un escritor a otro la defensa que hacía de las leyes, por entender que la legislación copiosa solo sirve a entubar la libertad del individuo, el aludido, por toda justificación mencionaba la profusa legislación creada por los hombres de la Revolución francesa. Alegaba que entonces las leyes se decretaron a miles, con lo que pretendía disculpar que actualmente se legislase con exceso.

No diremos que los bolcheviques hayan hecho a miles las leyes; pero han legislado sin tregua ni descanso. No extrañará a nadie, pues, que también redactaran un código que, indebidamente, a nuestro parecer, adjetivaron del Trabajo. Hablemos, pues, del Código del Trabajo. Nos hicimos con él durante nuestra estancia en Moscú. Fue una verdadera casualidad. Estaba agotada la edición francesa que hiciera la III Internacional, pero en la exposición de libros presentada en honor de los delegados, había un sólo ejemplar que tuvimos la suerte de conservar en nuestro poder.

Hojeándolo durante nuestra estancia en Moscú, pudimos cerciorarnos de lo arbitrario y tiránico del tal Código del Trabajo. Nos causó una impresión tan desfavorable su lectura, que hablando con un comunista de alta jerarquía no pudimos ocultarle nuestras prevenciones, y llegamos a decirle que en muchos países capitalistas el obrero trabajaba en mejores condiciones, con más garantías y respetos que a los rusos concedía el Código elaborado por los bolcheviques.

Desde el primer artículo hasta el último no se habla casi nunca de los derechos del obrero; pero sí siempre de los deberes. El obrero "debe" hacer, "debe" cumplir, "debe" acatar, el Código del Trabajo lo dispone muy prolijamente. Si en algún artículo se insinúan los derechos, lo hace tan veladamente, que sus efectos se diluyen y desaparecen en el mar inmenso de los deberes a cumplir.

Se ha Querido regular, ordenar y codificar todo. Desde la situación que el obrero ocupa el día de su ingreso en el taller, para realizar el aprendizaje, hasta la obligación de cada día al acudir al trabajo. Todo ha quedado meticulosamente previsto. Sin prever, empero, lo más importante: la imposibilidad de ejecutar cuanto se ordena en el citado Código.

Generalizando menos y ciñéndonos al articulado, pasaremos revista a alguna de sus draconianas disposiciones, verdaderamente incomprensibles, y más que incomprensibles, absurdas.

Dice el Código en uno de sus artículos, que se impondrán sanciones al obrero cuando sea probada su "mala voluntad" para producir. Se parte del supuesto de que, debiendo producir el obrero una cantidad diaria determinada, un día deje de producir lo acostumbrado. ¿Hay nada más absurdo que una disposición de esa naturaleza?

¿Cómo evitar que por causas accidentales o puramente fisiológicas en las que no figura para nada la voluntad del trabajador, llegue un día al taller y no dé el rendimiento estipulado? ¿Quién puede negar de que, periódicamente, no

pueden ocurrir casos parecidos? El que deba probarse la "mala voluntad" –puesto que no puede considerarse como mala voluntad el caso citado– parece poner al obrero a cubierto de cualquier arbitrariedad; mas, quedan otros muchísimos casos frente a los cuales está en el mayor desamparo y a merced y capricho de quienes interpreten el Código. No negaremos que en muchos casos la prueba de mala voluntad sea garantía contra lo arbitrario, pero no en todos los demás, que son muchísimos.

La generalidad de los hombres, por educación, por costumbre, por atavismo o por todo ello junto, tienen predisposición a mandar, a ordenar, a imponer, sea como sea y contra quien sea. Es una desgracia, pero es una verdad ante la que no vale hacerse ilusiones.

Basta examinar la cara de asombro que ponen las gentes cuando se les habla de una organización social sin autoridad, es decir sin más autoridad que la propia conciencia y la coacción moral resultante de las propias obras.

Primero lo miran a uno asombrados; luego se sonríen beatíficamente, y después, cuando no por loco, lo toman a uno por simple, le compadecen le conceden indulgencia.

El mismo léxico está plagado de locuciones tendenciosas en ese sentido. Así se habla de la autoridad paternal, de la autoridad que da cierta moralidad en la conducta o de la autoridad del más culto, etcétera, etcétera.

Cómo extrañarse entonces que acojamos con reservas y consideremos peligroso dejar al encargado del taller, o a la

comisión de "control", el probar la buena voluntad del obrero el día que por haber producido menos de lo acostumbrado quieran aplicarle las sanciones que el Código del Trabajo señala? Es dejar la puerta abierta a lo arbitrario.

Siempre que se pueda ha de evitarse conceder autoridad a nadie, pues quien lo evita, aleja y conjura un peligro. Dad autoridad a un hombre, y por bueno que sea cometerá injusticias.

Si las queréis evitar, o, cuando menos, reducirlas, no le concedáis autoridad. (No se confunda el respeto que toda persona merece con la autoridad como medio de mando, imposición o mandato de uno sobre muchos). Y en el caso del Código del Trabajo ruso, la autoridad que se concede para especificar si hubo o no "mala voluntad" por parte del obrero, ha de conducir frecuentemente a la injusticia.

Por el Código del Trabajo se autoriza a un encargado o director de una fábrica para despedir a un obrero sin aviso previo ni explicarle las razones. Tamaño abuso de autoridad no lo hay en los Códigos capitalistas. No lo han consignado porque la clase trabajadora organizada se ha opuesto a ello; pero es incomprendible que haya sido un gobierno comunista y proletario el primero en legislar tan duramente contra el obrero. Tal proceder es inadmisible en un gobierno burgués pero deja de serlo para uno sedicente socialista.

Los dos ejemplos citados nos parecen suficientes a ilustrar la opinión acerca de lo que es el Código del Trabajo ruso. Fue obra de un momento pasional, acaso difícil, y de aquí sus

defectos que si no disculpables, puede hallárseles explicación. De no ser así resulta detestable, y, además, infame, pues obra infame es toda la que tienda a aherrojar, a esclavizar y someter al proletariado a la burguesía o al Estado.

Ningún lugar mejor que en la exposición y crítica de los errores económicos bolcheviques, para hablar de las cooperativas rusas, organismos florecientes y exuberantes antes de ser confiscados por el Consejo de Comisarios del Pueblo; mustios y lánguidos después de la confiscación.

El cooperativismo era por demás mezquino en la Rusia zarista, antes de la revolución. Unos centenares de cooperativas, reuniendo a cuatro millones aproximadamente de cooperativistas, sobre una población de ciento treinta millones de habitantes era lo que como tal se conocía. Verdaderamente, cuatro millones de cooperativistas habría sido un comienzo no despreciable en cualquier otro país, pero insignificante en un imperio tan vasto y de población tan numerosa como el ruso.

El primer periodo revolucionario, que va desde marzo a octubre, se distingue por un desarrollo sorprendente de la cooperación. Se multiplican las cooperativas Y los cooperativistas, triplicándose casi la cifra de los que había antes de marzo.

Impulsada por los acontecimientos, la cooperación se extiende por todo el país, cubriendolo de una red de entidades que prestan servicios muy necesarios en aquellos momentos de escasez y de penuria.

Pero cuando la cooperativa alcanza su máximo esplendor y demuestra su gran utilidad, es al suprimirse el comercio, una vez los bolcheviques alcanzaron el Poder. Es entonces cuando se ven claramente los servicios que a la causa de la revolución puede prestar el cooperativismo y cómo suple ventajosamente al comercio suprimido.

La obligación que tienen todos los agricultores y fabricantes, de vender cuanto produzcan al Estado, en virtud de haberse nacionalizado la producción y distribución, pone en grave aprieto a las cooperativas, y más desde el momento que se empeñan en mantener su fiera independencia y no sujetarse a lo dispuesto oficialmente en relación con la compra y venta de productos.

Desde este momento se hace sospechosa de contrarrevolucionaria para los bolcheviques, y día tras otro, constantemente, van sitiándola, hasta terminar por confiscarla.

Pero antes de que este caso llegue, hubo el gobierno de recurrir a ella en trances de apuro, y gracias a su concurso y disponibilidades salvó la situación, que no dejaba de ser grave. Varios de estos casos ocurrieron durante las luchas contra los ejércitos contrarrevolucionarios de Judenick, Wrangel y demás. Y mientras la burocracia del Estado no fue capaz de organizar una distribución regular entre el pueblo, las cooperativas lo

consiguen en parte, y aún extienden su ayuda al ejército, que toda la organización estatal no es capaz de aprovisionar.

Una vez más la iniciativa popular, esta vez vinculada en las cooperativas, se muestra superior, más hábil y emprendedora que la de quienes gobiernan a pesar de la ventajosa posición de estos últimos.

No somos cooperativistas incondicionales. Más bien hemos tenido siempre para estos organismos prevenciones bastante justificadas. Y esta prevención, no se crea que ha desaparecido del todo. Sin embargo, hemos de confesar la utilidad de la cooperativa en el periodo de transición entre el régimen capitalista y un régimen eminentemente socialista, en el más amplio sentido de esta palabra. Rusia es el más vivo ejemplo de ello.

Todos los escrúpulos que a este efecto pudiéramos tener, los desvanece el papel que, como ya hemos dicho, desempeñaron las cooperativas en la reconstrucción postrevolucionaria, hasta que los bolcheviques cometieron la torpeza de "burocratizarlas", de convertirlas en apéndice del Estado, haciendo de ellas un organismo más, aunque ya inútil y sin eficacia para la misión que les estaba reservada.

Lo que interesa, sin embargo, no es lo que el Consejo de Comisarios del Pueblo hiciese o dejase de hacer con las cooperativas, sino el vigoroso impulso que alcanzaron por la saturación de la voluntad popular que tan calurosamente las acogió desde el primer momento. Es esta tendencia del pueblo a resolver los problemas por sí mismo, lo que interesa, ya que

nos descubre una de las facetas más interesantes de eso que llamamos voluntad colectiva. Porque la cooperación es el resultado de muchas voliciones individuales concordantes a determinada finalidad.

El instinto gregario que atribuyen muchos a la multitud, desmiéntese también, y aunque la implantación de la dictadura del proletariado parece darles la razón, el rápido crecimiento de las cooperativas, su magnífico desarrollo, descubren el verdadero sentir del pueblo.

Aun luchando con enormes desventajas, alguna tan considerable como la de la educación, el numero de cooperadores en Rusia, que era de unos cuatro millones al estallar la revolución en marzo de 1917, alcanza la cifra de cerca de once millones en un periodo de tres años, a pesar de las dificultades, obstáculos e inconvenientes que han de vencer para no sucumbir a tantas contrariedades.

La acción tutelar primero, e impositiva después, del Estado, es la que detiene el impulso inicial e impide que cristalice en una organización perfecta, prometedora de magníficos resultados. Es éste un hecho muy significativo, tanto por su orientación como por sus consecuencias, y digno de que fijen en él su atención las personas especializadas en el estudio de estas cuestiones.

La cooperación en Rusia, aun estudiada a través de los defectos que lógicamente han de suponérsele, señala con visible trazo su actuación y enseña cosas, que no han de olvidarse.

De hoy en adelante, cuantas revoluciones se intenten, tendrán un matiz social más pronunciado a medida que el tiempo pase, y las audacias de la revolución rusa suprimiendo el comercio, se repetirán allí donde una revolución se haga. Entonces se verá el papel que las cooperativas juegan como órgano supletorio llamado a reemplazar el comercio suprimido.

Al nacionalizarse la industria y suprimir el comercio, el Estado se convierte en monopolizador de toda la producción, haciendo imposible las adquisiciones y ventas sin entenderse directamente con él. Es un monopolio que lo garantizan todas las disposiciones oficiales. Todos los medios coercitivos de que el Estado dispone, cooperan a sostenerlo. Sin embargo, las cooperativas rusas consiguen desenvolverse, ampliarse y desarrollarse con el margen reducido que el Estado les concede. Y su obra es tan superior a la que el Estado mismo realiza, que frecuentemente las requiere para que le presten sus servicios.

Tan superiores se muestran, que el Estado bolchevique, temeroso de su influencia, las confisca o interviene, matando en ellas todo crecimiento. Suprime la intervención que cada cooperador prestaba a la entidad de que formaba parte, suplantándola por la de un comunista probado, un hombre de confianza; y desde aquel momento detiene su desarrollo y declinan hasta perder la virtualidad que las hizo pujantes y prósperas. Pero lo interesante de esta cuestión, su fondo, que es la capacidad organizadora y constructiva del pueblo, queda más que cumplidamente demostrada. Y esto es lo suficiente.

El Estado manda, propone, dispone y ordena; obliga en última instancia. Las resistencias las vence por la violencia. Sin embargo no logra reemplazar al comercio acertadamente suprimido. Pero vienen las cooperativas, y sin disponer, ni mandar, ni ordenar en virtud de un acuerdo tácito, mutua y libremente aceptado entre ellas y el resto de los ciudadanos, consiguen llenar esa misión y suplir ventajosamente las deficiencias que el estado muestra constantemente. ¿De parte de quién está la superioridad y capacidad constructiva?

Porque hay que decirlo alguna vez, sobre todo para que se convenzan quienes hablan cada día de revolución: lo difícil en una revolución no es derribar, sino construir. La obra más seria de la revolución y la más provechosa al mismo tiempo, es la que comienza al día siguiente de lo que se llama la victoria sobre el régimen caído. Entonces empieza la verdadera revolución. Rusia es un ejemplo.

Lo que los bolcheviques puedan decir en contra no tiene gran importancia. Lo que la tiene, y por eso hay que dársela, es ese espíritu organizador, de que da muestras palmarias el pueblo, vinculado en las cooperativas.

No es el beneficio material, obtener mercancías iguales a las del comercio individual, pero a mejor precio, ni tampoco el reparto probable de un dividendo al hacer la liquidación anual, lo que le atraen.

Estas dos ventajas, casi las únicas que hasta declararse la revolución impulsaban al cooperativista ruso, han desaparecido, y si pudo temerse que con ellas desapareciese el

interés del cooperativista por la cooperativa, la realidad demostró que no, y que el instinto socializador dormitando en el fondo de cada individuo por no haberlo despertado jamás la necesidad, adquirió un vuelo insospechado al presentársele una ocasión favorable. Los hechos están ahí para demostrarlo.

Esa avalancha del pueblo hacia el cooperativismo es prometedora y halagüeña, pues a través del cendal que los obstáculos interponen, se nota un interés vivísimo por cuanto signifique reconstruir una nueva estructura social basada en la iniciativa popular, libre de las injerencias del Estado y de la tutela oficiosa y oficial. El dilema que esa cuestión plantea es interesante, invita a la reflexión y al estudio; pero una solución definitiva no se hallará más que en la transformación radical del régimen capitalista, y aunque en Rusia no se haya resuelto por la intervención estatal, es indiscutible que se ha planteado con caracteres agudos y más acusados contornos que en cualquiera otro país hasta la fecha.

Por eso, nacionalizar las cooperativas, convertirlas en vivero de burócratas y en un apéndice más de la organización estatal, fue uno de tantos errores bolcheviques, ya que no tenían ninguna necesidad de obrar de tal manera. ¿Para qué y por qué confiscarlas y convertirlas en una organización oficial?

Cuando el Estado solicitó su concurso se lo prestaron sin ningún regateo. Y si alguna vez lo condicionaron, fue por culpa del mismo Estado, que tendía a absorberlas, restringiendo su campo de acción. Al darse cuenta de la maniobra quisieron aprovechar cuantas oportunidades se les presentaban para

defender su libertad y prerrogativas, y ésta les parecía oportuna.

Por lo demás, sólo el interés de partido, el reconocimiento de incapacidad o el deseo de ahogar toda iniciativa que no fuese obra del Poder pudo aconsejar la confiscación de las cooperativas. Una vez más, el interés económico del pueblo lo ponían en la balanza para hacer de él granjería, motivo de comercio, disputa entre chalanes.

El error fue lamentable. Aparte los daños materiales causados a la población, sirvió para desacreditar la política económica bolchevique, ensalzada hasta la hipérbole por sus adictos, pero nociva, contraproducente y maldita por quienes conservaron un resto lúcido de independencia personal y de amor sin tasa a la revolución.

Ahora, al dar por terminado el capítulo dedicado a señalar los errores económicos, volvemos a preguntar ¿tenían una política económica los bolcheviques en su programa prerrevolucionario? Hemos estudiado algunas de sus disposiciones gubernamentales relacionadas con esa política. La contestación a si tenían o no una política económica ha de ser negativa. No la tenían.

Todo cuanto dispusieron en economía tiene el sello inconfundible de las cosas hechas al azar, fiando a la casualidad y no al raciocinio. Un continuo tejer y destejer. Disponer hoy una cosa y anularla al día siguiente. Decretar por la mañana lo que a la noche ha de ser derogado. Más grave aún: seguir los pasos a la burguesía. Empezar por donde ella termina.

La tasa es un procedimiento tan desacreditado, que ni la misma burguesía que lo creó lo utiliza, si no es en los casos en que no sabe cómo salir del atolladero. Más que una solución definitiva al encarecimiento de los artículos y a la especulación sobre ellos, es un medio expeditivo para ganar tiempo, hacer que se hace y esperar que lo imprevisto aporte una solución. ¿Que un gobierno burgués lo practica? Aunque totalmente inútil, siempre será para él una solución transitoria. Pero para un gobierno socialista es inadmisible.

¿La centralización? ¿Hay nada más absurdo que la centralización como sistema y aplicada a todas las actividades humanas? La centralización ha de rechazarse, además por los resabios autoritarios que contiene. La centralización no puede sostenerse si no es sobre una disciplina de hierro, una obediencia ciega y con la anulación completa del individuo. ¿Puede aplicarse, entonces, como lo hicieron los bolcheviques, para regularizar la distribución de los productos?

En país tan extenso como Rusia, sin vías de comunicación, desorganizado todo, donde la iniciativa individual fue la única que pudo llevar un poco de orden a tanto desbarajuste, ¿habrá quien crea en la utilidad del Comisariado de Abastecimientos organizado para centralizar el aprovisionamiento del país?

Muchas veces, la eficacia o ineeficacia de una medida no está en la relación que guarde con el caso al que ha de ser aplicada, sino en la oportunidad con que se aplique. Y este es el de lo ocurrido en Rusia con el Comisariado de Abastecimientos.

Organizado en otro momento, en circunstancias no tan difíciles como aquellas, su inutilidad siempre habría sido manifiesta, aunque la hubiesen atenuado bastantes condiciones más favorables. Es malo y detestable el procedimiento; pero resulta más perjudicial en consideración al estado del país sobre el que había de obrar.

En cuanto al origen de la centralización, lamentamos disentir del criterio bolchevique, pero no podemos por menos que reconocer su filiación burguesa. La centralización tiene su origen en el afán inmoderado de dominio, y este es una reminiscencia nacida con el sentimiento de sojuzgación política de los pueblos por sus clases dirigentes, que si ayer fueron las teocráticas, hoy, habiendo pasado a otras manos el Poder, está en las de la burguesía.

Y así, al recoger ahora en una síntesis global las disposiciones económicas bolcheviques, las tasas, la centralización, la supresión del comercio, las primas a la producción, la confiscación de las cooperativas y demás, nos hallamos imposibilitados de citar un caso nuevo, no conocido ya y ensayado por la burguesía. Es desesperante esta constatación, y lo es aún más porque parece negar el valor constructivo y orgánico del socialismo sobre el régimen capitalista. Y sin embargo este valor existe.

Si otras pruebas no tuviéramos para poderlo demostrar, bastaría señalar a la misma revolución rusa. Sin definirlos teóricamente, pero sintiéndolos intuitivamente, el ignorante campesino ruso ha sentado principios nuevos, normas que modificarán la estructura de la sociedad. Su instinto creador ha superado, por tanto, al de esa burguesía que se enorgullece del valor orgánico del régimen presente y a los gobernantes rusos, que sólo han sabido seguir las huellas de la burguesía.

Porque la verdad es esta. Mientras los bolcheviques se han pasado la vida gritando, gesticulando y amenazando a la burguesía, llamándola explotadora, idiota e incapaz, no han sabido hacer nada mejor que seguir sus huellas, adoptar los procedimientos en ella comunes, proceder como ella procede, en suma, caer en los vicios, errores y equivocaciones en que la burguesía ha vivido hasta ahora. Esto es lo doloroso para nosotros.

Todos los errores económicos de la burguesía vienen a parar en la formación de potentes compañías o a facilitar a un individuo el medio de acaparar todo un mercado. El acaparador, ya sea individuo o colectividad, es el resultante de la defectuosa organización económica capitalista. Buscando combinaciones ingeniosas y a veces, complicadas, se erige en árbitro de la existencia de miles y miles de personas. Su influencia llega a imponer respetos a la ley.

Los errores económicos bolcheviques condujeron a la especulación. Esta fue su síntesis y resultado. Pero, ¿es que podían ser otros? Repetimos que, a veces, la utilidad de un

acto está en realizarlo en momento oportuno. La oportunidad es ya la mitad del éxito.

Sin embargo, no siempre es cierta esta teoría. Sistematizada es engañosa. Hay actos que casi nunca son oportunos, ya que su fracaso es consecuencia de vicios de conformación, congénitos a su naturaleza misma. El de centralizar, no importa qué actividad humana, es uno de ellos.

El error de la política económica bolchevique no es de oportunidad ni de tiempo, es vicio de origen, de conformación. Llevada a la práctica en cualquier otra condición, en nada habría cambiado el resultado. Las dificultades que provocó no hubieran podido aumentarlas o disminuirlas la oportunidad. Aplicada antes o después está política económica, su resultado fatal, inexorable, indiscutible, era el fracaso.

Se ha ensayado muchas veces, y a pesar de la buena voluntad puesta a su servicio en bastantes ensayos, nunca ha salido airosa. Este convencimiento, adquirido por la práctica, no deja lugar a duda.

Las complicaciones de la vida moderna y el afán insaciable de una parte de las gentes hacen infecunda toda disposición que no nazca en un ambiente de plena libertad, de contratación o de cambio. Es tan conocido este hecho, que la misma burguesía, apenas le dejan un momento de respiro los intereses económicos en pugna, apela a esa libertad de contratación, y cuando la cohíbe es casi siempre obedeciendo a intereses determinados y en perjuicio de otros.

Y lo que es innegable para los estados capitalistas, no podía dejar de serlo para el ruso, mucho más al decidirse éste a seguir el camino de aquellos. El valor intrínseco de un hecho no cambia con el nombre. Siempre que el hecho sea el mismo, no dejará tampoco de serlo el valor que se le atribuya. Es, pues, un error, creer que tal o cual cosa tiene una diferencia en su valorización según esté en una o en otra mano.

Para la Rusia soviética y revolucionaria la política económica bolchevique había de ser perjudicial. El Estado imponiendo normas equivale a subvertir el orden natural y lógico de las cosas. El dinamismo de la vida no es centrífugo, sino centrípeto. No va del centro a la periferia, sino que ha de ir para ser normal, de la periferia al centro.

Que el Estado bolchevique, recogiendo las palpitaciones del pueblo las encauzase en un sentido de más responsabilidad o estabilidad, no habría tenido nada, de particular, aunque al hacerlo hubiese seguido la dirección que los estados capitalistas y burgueses siguen en sus respectivos países en beneficio de los poderosos; pero obrar distintamente, como lo hizo, no podía conducir más que a la perturbación.

Erigirse en legislador de normas económicas que no estaban en concordancia ni con lo que habían de ser sus principios ni con las condiciones del país habían de llevarlo a un callejón sin salida, a reconocer como útiles procedimientos que antes calificó de infames y fracasados.

La infecunda experiencia de tres años de esa política y su abandono casi definitivo al término de ese tiempo, son razones

más que suficientes para aleccionarnos de lo que fue la política económica bolchevique.

Murió y bien muerta está. Que sirva de experiencia.

XI

Crueldades y violencias

¿Hasta qué extremo son ciertas las violencias, que conjuntamente se atribuyen a los bolcheviques y a la revolución? Caso de haberse cometido ¿son justificables?

La violencia sistemática organizada es la característica general de la política que siguen todos los pueblos para dirimir las contiendas que surjan entre pueblo y Estado, entre libertad y autoridad. Las clases dominantes en todos los países, la emplean frecuentemente y la han erigido en sistema de gobierno; y unos países a consecuencia de las dificultades que les creó la guerra, y otros por razones de orden interior, es lo cierto que las medidas coercitivas están a la orden del día, y las violencias contra las personas, hacía muchos decenios que no alentaban la extensión que alcanzan actualmente.

Aunque todos explican a su manera el motivo que les induce a recurrir a la violencia para forzar la voluntad y la conciencia de los demás, una confesión franca de culpabilidad, más o menos directa, nadie la ha hecho hasta ahora, y con la mayor tranquilidad cada cual la carga en el haber de su contrincante.

El pueblo recurre a la violencia para defenderse de la actitud agresiva del que tiene enfrente o al lado. Y aquél porque su vecino le provoca.

Para la burguesía obedece a las exigencias cada día más apremiantes de los trabajadores. Y para ellos, porque han de defenderse de la tiranía capitalista. Así, cuando las tendencias humanas parecen inclinarse a favor de métodos conciliadores y al abandono de la fuerza para ventilar sus disensiones, ya sean entre pueblos o entre las mismas clases sociales, las clases gobernantes y dirigentes recurren a la violencia como único remedio al mal que su existencia crea.

El caso de Rusia, empero, no encuadra en las consideraciones generales que dejamos hechas. Tiene más amplios horizontes y más dilatadas perspectivas.

En Rusia ha habido violencias, crujedades y todos los horrores inherentes a una revolución, al desbordamiento de pasiones y odios sólo contenidos por la tiranía. La revolución, como se sabe, es siempre violencia y coacción; fuerza que inexorablemente va a su destino; crueldad que a veces sacrifica víctimas inocentes.

Aparte, pues, las víctimas sacrificadas a la serie de prejuicios de que la multitud está imbuida, y que son consustanciales a la

degradación en que viven las clases populares, no puede negarse que si hubo cruelezas y violencias imputables exclusivamente a la revolución.

Son esos momentos en que toda autoridad coercitiva queda anulada, sin eficacia y sin que nadie la respete, en que las venganzas personales y los odios por cuestiones a veces baladíes, ciegan al individuo y le impulsan a cometer cruelezas de las que más tarde acaso se arrepiente.

No existe entonces nada para evitarla. Ni aún la coacción moral, que si no en todo tiempo, muy frecuentemente suple a la autoridad representada en la ley. Sin ella, sin la coacción moral o sin la vinculada en los códigos, los individuos de concepción moral inferior, los ciegos por la pasión y el odio, propenden a satisfacer bajos instintos.

No deben confundirse, sin embargo, los actos revolucionarios, consecuencia de una lucha en la que lo pretérito y el futuro están en juego, con las venganzas a que un individuo o una colectividad pueden librarse. Estas caen de lleno en lo que pudiéramos llamar cruelezas y violencias inútiles, infecundas para la causa de la revolución y, además condenables.

Cuando la multitud se desborda y arrollando todos los obstáculos que se le interpongan consigue derrocar el régimen que la oprimía, no es bastante clarividente para mostrarse generosa y humana perdonando a quienes considere como a más responsables de su desgracia. Es entonces, en esas horas aciagas, pero inevitables, cuando sucumben bajo los golpes

ciegos de la pasión revolucionaria incluso quienes defendieron y ampararon al pueblo cuando gemía bajo el yugo de la opresión ya abatida.

La multitud no razona, y menos en actos de esa naturaleza. Se guía del instinto. Por lo mismo, cuando enfurecida y ciega por el recuerdo de antiguos sufrimientos puados, desahoga su rencor sobre el primero que se le pone por delante, aun cuando sean sus defensores de la víspera, es disculpable, y lo es porque obra impulsada por las fuerzas de determinismos pasionales nacidos de la ignorancia en que se la mantuvo. Los peores sedimentos acumulados en el fondo del alma del pueblo por la vida de humillación que ha llevado, emergen entonces, cubren la superficie con sus virulencias, y de las víctimas que la multitud enfurecida cause, hemos de considerarla irresponsable.

El brazo que en aquellos momentos se agita amenazador no lo armó ninguna colectividad política o social, sino la fermentación de las pasiones que el odio y la tiranía acumularan en los individuos. Si antes no desahogaron su furor, fue porque la fuerza colectiva del Poder contenía ese instante de brutal clarividencia.

Pero estalla la revolución, y entonces el individuo quiere cobrarse de todos los agravios que durante años soportara.

Al referirnos a un país como Rusia, donde la ignorancia del pueblo estaba tan extendida, donde el odio y la venganza habían sido bien alimentados por la tiranía del zarismo y de las clases dominantes, cabe preguntarse si eran evitables las

crueldades, las violencias de quienes no habían encontrado en su camino otro trato que el de torturas y arbitrariedades físicas y morales.

No hay que contar con la sinceridad de esas exhortaciones a la paz y al orden de que retóricamente tan pródigas se muestran las clases capitalistas cuando sus privilegios están amenazados por las reivindicaciones populares, se defienden como pueden. Nos hablan sí, del respeto que todos debemos tener a la persona del prójimo y a sus intereses; pero se olvidan decirnos que ellos lo pierden cuando sospechan que sus prerrogativas están amenazadas. Y si esto ocurre con las clases "modelo", con las clases que se dicen cultas y ponderadas, ¿cómo extrañarse que el pueblo ruso, ignorante, inculto, embrutecido, no se aprovechara un momento de su fuerza y diera rienda suelta a sus odios?

Predicar es cosa relativamente fácil. Exhortar a los demás no exige otro esfuerzo que el de un poco de sentido común. Ajustar los propios actos a las palabras, obrar como se aconseja, enseñar practicando, es algo ya más difícil. Y éste es el caso de que se trata al hablar de las violencias y cruelezas que pudieron cometerse en nombre de la revolución rusa.

Pidamos ponderación, ecuanimidad, nobleza y olvido al pueblo ruso. Pidámosle olvide sus ofensas y agravios. Pero, ¿puede ser? Si quienes por su educación y superioridad de condiciones no saben olvidar, y si cuando la amenaza que han sentido es pasada, descienden hasta el crimen más repugnante con pretexto de dar ejemplo que recuerde a los demás los respetos que se les deben, sería cándido e infantil pedir a un

pueblo en armas, a una multitud victoriosa y apasionada por el triunfo, que algún acto reprobable por ella cometido no venga a empequeñecer la magnitud de su gesta.

Ese desbordamiento de pasiones a que una revolución victoriosa da lugar; ese deseo de libertad que de las multitudes se apodera; ese afán insaciable de hacer sentir a los poderosos de ayer el peso de sus injusticias, ¿quién es capaz de contenerlo en su justo límite?

Equivalentaría a pedir que los hombres fuesen autómatas razonadores sin sangre en las venas, sin nervios, sin músculos, sin corazón.

El ciudadano que se había visto vejado, maltratado, tiranizado, como el mujik, por sus dominadores, que vio siempre a los representantes de la justicia humillarse ante el privilegiado, que sintió la afrenta del latigazo con que el poseedor le cruzaba la cara y la ofensa y mofa de que sus gobernantes le hicieron víctima, no pudo contenerse, ni sentir generosidad, ni olvidar todos sus agravios a la hora en que la fuerza lo colocó en el plano de dominador y la venganza había de surgir, inexorablemente.

Había también el temor, el justificado temor de un retorno del pasado. Cada vez que una agitación popular había conmovido a los dominadores rusos, la sangre corrió a torrentes, las víctimas cayeron incontables, la venganza no tuvo más límite que el cansancio o el hastío de tanto crimen, y el pueblo, aleccionado por esa experiencia, comprendió lo que le esperaba si no era duro. Más aún que al espíritu de

venganza, obedeció el pueblo a la sospecha muy fundada de que si llegaba a ser vencido pagaría con creces el miedo que hizo pasar a sus expliadores.

Las víctimas que sacrificó, las crueidades que pudo cometer, las disculpa un pasado cuyos precedentes hay que buscarlos en las violencias y arbitrariedades cometidas contra el pueblo.

Los avances en el camino del progreso político y social de los pueblos han tenido siempre impugnadores, unos por convicción y otros por interés. Los más peligrosos son los primeros, pues, aparte el sacrificio voluntario que hacen, siempre de admirar queda la constancia y firmeza que ponen en su empeño. Suponer, pues, que un acontecimiento como el ruso no tuvo adversarios de esta naturaleza, sería suponer una cosa irrazonable.

Las revoluciones van siempre seguidas de una más o menos intensa y profunda reacción. Es un fenómeno natural. En Rusia la reacción fue bastante intensa. Las condiciones geográficas del país y las sicológicas de los habitantes la favorecían. La inmensidad de las estepas y la ignorancia de casi el noventa y cinco por ciento de sus habitantes, eran terreno abonado para un movimiento contrarrevolucionario.

Cuando ésta se produce, el contenido espiritual y progresivo de la revolución peligra, pues quienes la provocan son los defensores del pasado, más odioso entonces, porque ya el pueblo se atrevía a mirar las cosas cara a cara.

Las víctimas, pues, que la contrarrevolución ocasionara, las violencias y crueidades a que diera lugar, estaban en el seno de

factores previstos. Cuando el pueblo ve peligrar su revolución y a hermanos suyos, obcecados o egoístas, pugna por ahogar el movimiento libertador, se pone enfrente de ellos y la guerra civil se produce. Al estado de inquietud que surge de las incertidumbres de la lucha, se une la cólera y el enojo de verse combatidos por sus propios hermanos en esclavitud y sufrimiento. Al lugar de la lucha se reavivan las pequeñas diferencias políticas o de intereses habidas entre los habitantes del lugar, y se agrandan de repente envueltas en fanatismos.

Quedan, empero, otras víctimas. Otras crueidades y violencias que son imputables a los bolcheviques.

Son los adversarios sacrificados a la venganza política, a la doctrina de partido, y que víctimas del interés partidista, sucumbieron innecesariamente.

El procedimiento para escogerlas no puede ser más torpemente primitivo. Hay una Comisión Extraordinaria constituida; esta Comisión funciona sin intervenciones ajenas; detiene, o hace detener; interroga, procesa, juzga y condena sin derecho de apelación. Después, para dejar taxativamente justificada su obra, urde a su sabor una trama de falsedades contra su víctima, acusándola de figurar entre los elementos contrarrevolucionarios. Todos los partidos y colectividades desafectos al bolchevismo, pagan a la Comisión el sangriento tributo. De los anarquistas á los liberales no hay una sola organización política o social que no cuente numerosas víctimas inmoladas por decreto de esta Comisión Extraordinaria.

Excluyendo algunas, las menos, que por actos de violencia que cometieran pudieron caer bajo la ley del Talión, las demás, que son muchas, pagaron con su vida el querer mantener la libertad de su persona y de sus ideas.

Las detenciones se efectuaban casi siempre de noche, hacia la madrugada, aprovechando la hora de menos publicidad.

El detenido es presentado a la Comisión Extraordinaria, y a los dos o tres días se le juzga. Entonces se le da a conocer el motivo de su detención. La sentencia permanece secreta hasta el momento de aplicarla, que casi siempre lo es antes de transcurridas las veinticuatro horas después del fallo.

Nadie se entera siquiera de que ha sido juzgado.

Sólo al día siguiente de la ejecución –pues casi todas las condenas de la Comisión Extraordinaria son a muerte– se da la noticia en el diario oficial

El epitafio que a todos se pone es invariablemente el mismo: "fusilado por contrarrevolucionario". Alguna vez para romper la monotonía de la nota oficial suele cambiarse la oración, y entonces se le acusa de "bandido".

El terror es tan intenso, que nadie vive tranquilo ni seguro. Una delación, cualquier incidente, una sospecha no más, bastan. Si en los antecedentes del detenido, figura el haber pertenecido durante el zarismo a un partido político cualquiera: socialista revolucionado, social demócrata, maximalista, cadete o anarquista y se le condena sólo a varios años de trabajos forzados, puede darse por feliz. Así han

impuesto el terror los bolcheviques y diezmado cruelmente a los partidos políticos de Rusia.

Cohonestar la conducta que han seguido para con los demás partidos y la razón en que la fundaban no ha podido hacerse; ha sido demasiado sangrienta e injustificada, demasiado cruel y parcial. Es al adentrarnos en el examen de las violencias y cruezares bolcheviques para con los demás partidos, cuando vemos la obra nefasta de la dictadura del proletariado, el fin para que ha servido y el engaño con que la han sabido adornar.

Las revoluciones no se hacen sin violencias. Desgraciadamente es cierto. El choque entre las fuerzas que pugnan para emerger a la vida y las que se oponen es inevitable. Pero es humano limitarlas, no ir más allá de lo que las necesidades exijan. Ya sabemos que la burguesía no es generosa, como no lo es ninguna clase ni casta dominadora. Lo está probando actualmente en todo el mundo. Pero, si nosotros, partidarios decididos de la justicia y de la equidad social, flageladores y acusadores de la burguesía por sus vicios, cruezares y torturas, no somos capaces de colocarnos en un plano de superioridad, de aventajarla en generosidad y humanismo, de superarla en el respeto a los hombres, aunque combatamos sus ideas, ¿para qué acusarla y hostigarla?, ¿para qué la lucha? Si ella no es generosa y nosotros tampoco lo somos ¿dónde está nuestra superioridad?

Se vive de hechos, de actos y no de palabras. La superioridad moral ha de demostrarse al plasmarla en realidades. Si no es así, no merece la pena de hablar de ella ni levantar el dedo acusador.

Si la burguesía rusa hubiese dominado el primer intento de revolución, se hubiese encenagado en el crimen y en la tortura. Es indudable. Los precedentes sobran para creerlo, y 1905 es uno de ellos. Pero ésta no es razón que justifique lo que los bolcheviques han hecho, como se pretende. En tal caso, habríamos de decir que obraba legítimamente esclavizando, tiranizando y asesinando al pueblo. Así se cobraba de lo que había de pagar.

Si los probados actos de unos, han de justificar los de otros, el absurdo triunfa y la razón se obscurece.

Hay un hecho: la Revolución; y una consecuencia: las crueidades y violencias, en su nombre cometidas.

¿Violenta la revolución las conciencias y los individuos?; ¿causa víctimas? Nadie lo pone en duda; nadie lo discute, ni niega. La revolución es un parto doloroso. Mas, no es lo mismo disculpar las víctimas que produce un cataclismo social que disculpar las víctimas que causa un partido político, sólo por el deseo de apoderarse de la revolución y sojuzgar desde el Poder. Aquí ya no es el interés de la revolución quien sacrifica; es el del partido. No deben, pues, confundirse.

Hemos querido, por apurar todos los razonamientos de descargo, buscar a estas violencias de partido una disculpa. Nos hemos resistido a creer que la metódica y fría manera con que en Rusia se sacrificaba a los adversarios políticos, la personificara exclusivamente el frío interés de partido. Y a vuelta de razonamientos, sólo les hemos hallado justificación en la crueldad que a nuestro ver subsiste en el fondo de

algunos pueblos de raza asiática. Los bolcheviques rechazan este punto de vista con groseros epítetos, pero desgraciadamente se olvidan de refutarlo con razones convincentes.

La cultura europea u occidental, si ha llegado a influenciar a los pueblos de origen asiático, no ha sido lo suficiente para destruir en ella las reminiscencias que aún le restan de su origen.

El concepto que del respeto a la vida del individuo se tiene generalmente en Rusia, es muy distinto del que tenemos nosotros. Lo que en nosotros es pasajero, en ellos es permanente. Con más o menos intensidad, pero es permanente. Existe, pues, la diferencia.

No haremos de esto una doctrina justificativa en absoluto, porque no debe hacerse; pero con ella se comprenden hechos que de otro modo resultarían incomprensibles, si no los atribuyésemos a morbosidades educativas y raciales.

La Tcheka, esa institución famosa en el mundo por sus crujías, ¿quién puede afirmar que sirve a la revolución y no a los bolcheviques? Esta famosa policía en nada se diferencia ya, si exceptuamos su mayor crujía, de las policías que en todos los países sirven los intereses del Estado.

Se desfigura su misión aduciendo servicios en interés del país, pero lo cierto es que sirve los intereses de quien gobierna, porque es quien manda, quien paga.

Las crueidades que la Tcheka ha cometido en Rusia, no habrá nadie que pretenda cargarlas en el haber de la revolución, ya que sería tanto como falsear los hechos en beneficio de los bolcheviques. Ellos la fundaron, ellos la dieron vida, ellos la invistieron de poderes extraordinarios, casi indiscutibles y ellos, en suma, la han utilizado para exterminar a quien les estorbase. De las violencias y crueidades que haya cometido, ¿quién es responsable?

El interés del partido, es el de la revolución, y al servirnos a nosotros, se la sirve a ella –alegarán los bolcheviques–. Esto es lo que falta demostrar. Bastantes más pruebas se han dado que demuestran todo lo contrario. Quien leyere sin prejuicios, sin prevenciones, sin la preocupación del dogma de partido o de clase, cuanto sobre la revolución se ha escrito, convendrá que la demostración es clara e incuestionable.

Los intereses del partido bolchevique ruso son unos, y otros los del pueblo. Los de éste se sinterizan en la revolución, de los que la Tcheka se convierte en enemiga. Esta sirve la política del partido, y cuantas crueidades cometa sobre las personas o las cosas, las comete en beneficio del partido y no en el de la revolución. Dar otro giro a esta cuestión, buscarle justificantes que la lógica rechaza, no es incumbencia de la crítica imparcial y recta.

Nosotros fuimos testigos de la angustia de una familia, uno de cuyos miembros acababa de caer en manos de la Tcheka. Reflejar la zozobra y la inquietud de aquellas gentes ante la inesperada noticia, sería tanto como escribir una página torturadora. La preocupación de aquella familia era saber la

hora del entierro. A ésta institución a quien el pueblo tanto teme y aborrece, ¿le confiará la salvaguardia de sus intereses? En cambio, un partido político cualquiera, puede hacerlo, ya que, modelándola a su antojo, hará de ella un colaborador apreciado en la obra de sojuzgar y tiranizar al pueblo.

Las instituciones policiacas han tenido siempre la misma misión. Es algo congénito a su naturaleza, su misma razón de ser. Sirvieron ayer a los reyes absolutos contra el pueblo, como sirven a la burguesía y a los bolcheviques. El velar por las instituciones y por el Estado, es su función concreta. Si para ello es preciso llegar al crimen, el crimen se comete; si hay que mentir, se miente; si hay que deshonrar al adversario, se le deshonra.

El terror es el arma que los dominadores han esgrimido siempre contra el pueblo. Dolorosamente hemos de constatar que los bolcheviques rusos no han sabido escapar a esa regla. Y todo, ¿para qué? Para imponer silencio a sus adversarios. Lo impusieron también los bolcheviques a los que no lo eran, salvo considerar adversarios a quienes deseaban más amplias perspectivas a la Revolución. Después de imponer ese silencio de muerte, los bolcheviques no han sabido dar al pueblo, no ya la libertad apetecida puesto que se mostraron en todo momento contrarios a ella, sino la satisfacción de las necesidades más perentorias en nombre de las cuales se impuso la política de las violencias.

Su criterio cerrado y anguloso, tanto en las cuestiones morales como en las materiales, condujo a los bolcheviques a un callejón sin salida. Y no sólo se enajenaron las simpatías y el

respeto de la gran mayoría no comunista o propia a ceder, sino que provocaron la resistencia pasiva del pueblo a cuantas disposiciones tomaron o quisieron tomar. La violencia comunista surge entonces más encarnizada. La han querido atenuar haciendo creer que el terror fue nada más una consecuencia de esa resistencia, provocada, como es lo cierto, con la centralización, con sus medidas disciplinarias y draconianas, y sobre todo con sus tendencias liberticidas.

No sirve alegar en disculpa de las violencias la miseria a que la revolución dio lugar. Aun cuando hubiesen logrado satisfacer las necesidades más inaplazables del pueblo, habría éste rechazado el ensayo de un comunismo de Estado en oposición a la tendencia de libertad instintiva que sentía. Por eso, la lucha era inevitable.

El ensayo de una política en pugna con las corrientes étnicas, psicológicas y temperamentales de un pueblo, no pueden conducir sino a una situación de fuerza, de violencias incontrolables, de dominio tiránico, caso del bolchevismo al asumir el Poder en Rusia.

Violentaron las conciencias primero, y como bubo resistencia, violentaron después a los individuos y exterminaron a los que no quisieron doblegarse.

Y si para lograr este objetivo se invocaba la revolución, la invocación era falsa, pues lo único que perseguían era el triunfo definitivo del partido, al que se sacrificó todo: personas, colectividades y hasta la revolución, de cuyo seno salieron los mismos victimarios.

XII

¿Marxistas?

¿Son, efectivamente, marxistas los bolcheviques? Esta pregunta, a la que no podemos contestar categóricamente, interesa, al posar la mirada en la revolución rusa, por la intervención que los bolcheviques han tenido en ella.

Ellos dicen y repiten que lo son, queriendo acallar las voces que se han dejado oír, negándolo. Tan marxistas se presentan, que se denominan marxistas puros; los únicos defensores de la pura ortodoxia marxista.

Ahora bien; si los bolcheviques no son marxistas como públicamente se viene repitiendo, ¿qué son?

No puede negarse que pertenecen a la gran familia del socialismo, que representan una de sus ramas y uno de sus matices. En la política por ellos seguida en Rusia hay orientaciones marxistas, y si no puede considerárseles como tales, habrá de buscarse una nueva clasificación que los distinga. Aparte la cuestión de averiguar si son o no son marxistas ortodoxos, los bolcheviques han seguido en Rusia

una política de acuerdo con las directrices que señala el marxismo a todos sus partidarios.

Sin embargo, cabe hacer una salvedad muy importante: los bolcheviques comienzan a crearse una adjetivación propia, a querer establecer escuela, a separarse de la de origen. Hasta ahora no han dejado de llamarse marxistas; pero simultáneamente a esta calificación comienzan a aplicarse la de leninistas. ¿Por qué? Si son marxistas, no tienen por qué llamarse leninistas, y si son leninistas, es porque quieren dejar de ser marxistas. Sería pueril querer ser las dos cosas a la vez.

No pretendemos descubrir nada extraordinario al señalar esta desviación, que muy bien pudiera ser el principio de una evolución poco en concordancia con la política seguida por los bolcheviques hasta el presente.

De todos modos y en previsión de lo que pueda darnos el futuro, debemos preguntarnos: ¿qué es el leninismo? ¿En qué puede diferenciarse del marxismo?

Sinceramente hablando no sabríamos apreciar diferencias fundamentales entre el marxismo y el leninismo, y creemos que en la novísima calificación que a sí mismos se dan los bolcheviques, hay más afán de singularizarse que ninguna otra cosa.

Si hemos de estudiar el leninismo a través de la política que han seguido en Rusia los bolcheviques, la diferencia que lo separa del marxismo no es apreciable, casi no puede establecerse. En la organización económica y política del país han adoptado los principios que preconizara Marx en sus

obras. Las únicas diferencias son acerca de la dictadura y del parlamentarismo. En la apreciación que generalmente se ha hecho de la obra de Marx, la coincidencia de que el marxismo es una doctrina democrática ha quedado categóricamente establecida. Y si los bolcheviques han negado esta coincidencia, se debe más a la necesidad política circunstancial que a un principio teórico y doctrinal. Al tratar de los errores políticos de los bolcheviques ya apuntábamos esta cuestión. Más por necesidad que por convicción se declararon antiparlamentarios, y después, fuera por lo que fuese, siguieron demostrando su aversión al parlamentarismo.

En cuanto a la dictadura del proletariado, caballo de batalla y origen de la escisión en el marxismo, los bolcheviques afirman que Marx la preconizó como una necesidad para que el proletariado se afirmara como clase dominante. Los demás marxistas lo niegan y sostienen que Marx habló de la dictadura del proletariado circunstancialmente y como acción muy secundaria en la obra a realizar por el socialismo de Estado, una vez hubiese llegado al Poder.

En cuanto al resto programático e ideológico del marxismo y del leninismo no sabemos apreciar la diferencia. Ambas tendencias aspiran a la conquista del Estado en nombre del proletariado para erigir a éste en "clase dominante"; ambas tendencias quieren llegar al Poder para realizar desde él su política, que llaman política de clase trabajadora, y ambas quieren gobernar para hacer la felicidad del pueblo.

Las normas políticas que unos y otros preconizan bien poco se diferencian. Centralización y disciplina. Unidad absoluta en

los procedimientos y obediencia ciega al Poder. El Poder vigilará, incansable, por el individuo, al cual no deben preocuparle el cómo y el por qué de las cosas, sino obedecer dócil y ciegamente. En lo económico también coinciden. La nacionalización de todas las riquezas, tanto las naturales como las debidas al esfuerzo creador del hombre, figuran en los respectivos programas.

Los marxistas, como los leninistas, afirman que sus principios económicos tienden a la socialización de la riqueza, aun cuando el concepto que sostienen de la socialización, sea un concepto erróneo.

Socializar la riqueza es ponerla en manos de todos para que dispongan de ella como sus necesidades lo aconsejen. Socializar es dejar a la iniciativa del individuo o de la colectividad, que libremente organicen y distribuyan la producción.

Pero si esta iniciativa y esta libertad no existen y, en cambio, existe un Estado que regula tanto la producción como la distribución, y a las normas que el Estado establezca ha de someterse el individuo, no sabemos ver la socialización de que se nos habla, y sí la nacionalización, que no es lo mismo.

Para quien no tenga interés en establecer las diferencias, no pequeñas, por cierto, que hay entre un sistema y el otro, parecerá nuestra meticulosa prevención más bien un juego de palabras que no la existencia de una cuestión interesantísima. Sin embargo, no es así. Es tan notoria la diferencia, que mientras con la socialización un pueblo de esclavos se hace

libre, con la nacionalización un pueblo de hombres libres se hace esclavo. La socialización contiene en potencia los gérmenes de la fraternidad humana, la nacionalización, presta arraigo al mantenimiento de las clases.

Las diferencias que hay entre unos y otros marxistas son secundarias, no de principios: son más de forma que de fondo, extrínsecas que intrínsecas.

Su ideal es estatificar todas las actividades humanas; desde la más sencilla a la más compleja, desde la que sirve a satisfacer necesidades materiales a la que satisface las morales; desde la que tiene un valor secundario hasta la que lo tenga más apreciable. Este es su ideal.

La política que los bolcheviques han seguido en Rusia está de acuerdo con los principios marxistas. Se les puede reprochar haber establecido la dictadura sobre el proletariado; pero nada más. En cuanto a los Soviets, son una organización eminentemente democrática, siempre que como democracia aceptemos el gobierno del pueblo por el pueblo, en la acepción política de este concepto. El que los bolcheviques hayan corrompido y desnaturalizado la institución mediante las intrigas y el terror, no desmiente su origen esencialmente popular y la intervención directa que sirviéndose de ellos tendrá el pueblo en la resolución de los problemas que se le planteen.

También podríamos hablar de cómo conciben unos y otros la conquista del Poder. Los primeros dicen que no conseguirán las clases proletarias la conquista del Estado si no es

revolucionariamente; con el voto, mediante leyes y obteniendo la mayoría en los Parlamentos, municipios y demás instituciones políticas, los segundos. Pero ésta es una diferencia de procedimientos, no de principios. Una vez en el Poder, ya lleguen por la revolución o por el voto, unos y otros harán una política de acuerdo con sus teorías sobre el Estado.

Sin embargo, tomando al marxismo como la vía que aspira a la conquista del Poder para que la clase trabajadora se erija en clase dominante e imponga sus ideas, tan marxistas son los que quieren Conquistar el Poder con el voto, como los que quieren hacerlo por medio de la revolución. Lo fundamental es que, unos y otros, van a la conquista de! Estado para gobernar y legislar.

Efectivamente: ¿qué diferencia existe entre el criterio de Kautsky y el de Lenin? Fundamental, ninguno, aun cuando Lenin se haya empeñado en verla.

¿Qué finalidad persigue el teórico del marxismo alemán, Kautsky? Conquistar el Estado. ¿Qué finalidad persigue el teorizante del marxismo ruso, Lenin? Conquistar el Estado. Así, pues, la dialéctica bolchevique, ¿qué pretende?

Conocidos son los insultos que Lenin ha lanzado sobre Kautsky. Pero estos sarcasmos e insultos, más que a una diferencia fundamentalmente teórica entre ellos, débese a la apreciación que cada uno tiene de cómo han de realizar la consecución del Poder.

Para Kautsky ha de hacerse evolucionando los pueblos; mediante una preparación política que los partidos socialistas

deben realizar. Revolucionariamente, por el asalto de las masas; estableciendo la dictadura del proletariado cuando éste sea triunfante, para Lenin.

La importancia de esta diferente concepción actuante de los jefes socialistas es apreciable hasta cierto punto, pero conviene no exagerarla demasiado extraviando a la opinión. Que sea revolucionaria o pacífica la manera de conquistar el Poder, lo cierto es que a eso aspiran, para luego imponer al pueblo su política.

Es indudable que el criterio de Lenin de cómo debe conquistarse el Estado es más realista que el de Kautsky; pero esto nada tiene que ver con la política a seguir una vez conquistado, y si no, veamos.

El criterio de Lenin triunfa. Llega al poder y gobierna. ¿Cómo lo ha hecho? Si exceptuamos la dictadura, lo mismo que Kautsky preconiza. Y aún no estamos del todo de acuerdo con la excepción que establecemos. En condiciones bastante más ventajosas que los bolcheviques en Rusia, han gobernado los socialistas demócratas en Alemania, y en ciertos períodos la política represiva alemana se ha diferenciado muy poco de la rusa.

La dictadura del proletariado y el que los bolcheviques hayan forzosamente aceptado una postura antiparlamentaria, no son diferencias suficientes a mantener la división entre kautskistas y leninistas, pues aun cuando los bolcheviques han querido presentarlas como tales, obedeció más a necesidad política que a convicción. Cuando el amargor de las pasionales y enconadas

discusiones haya desaparecido y la evolución política que los bolcheviques están realizando alcance la plenitud, se verá cómo, aparte las innovaciones que la revolución haya introducido en la estructura del Estado, a la que los bolcheviques han debido plegarse, como se plegaron también los socialistas, los aparentemente adversarios, hoy, se tornarán correligionarios mañana, ya que los une una misma finalidad ideológica: la conquista del Estado.

Así, pues, la filiación marxista de los bolcheviques no puede ponerse en duda. Que den al concepto de la dictadura del proletariado un valor que los otros marxistas no le dan y acaso una interpretación en la que nunca soñara el mismo Marx, no es suficiente a negarles el derecho a llamarse marxistas. Inversamente, ellos podrían considerar como no marxistas a quienes de la lucha de clases que preconizara el maestro, han hecho colaboración de clases.

Y si ateniéndonos a la interpretación parcial que de algunos extremos de la teoría de Marx ha hecho cada tendencia se negara el derecho a llamarse marxistas a quienes no coincidan en absoluto, entonces nos encontraremos con que no hay marxistas. Los bolcheviques no lo serían; pero los otros tampoco.

Los mismos bolcheviques, que ahora pretenden llamarse leninistas, para olvidar su verdadera facción, obran mas bajo el poder idolátrico al jefe desaparecido, que a una cuestión doctrinal. Por lo tanto, al hablar de las diferencias que separan a socialistas y leninistas, a través de ellas no creemos pueda encontrarse un fundamento doctrinal que permita establecer

una separación de principios. Al contrario, lo que de éstas hay en unos y en otros, los une indefectiblemente y los clasifica en una común denominación.

Los bolcheviques, por mucho que ellos lo nieguen, son demócratas, como demócratas son los socialistas. El tiempo, que es el Juez Supremo de las acciones humanas confirmará la democracia de los bolcheviques, a pesar de sus negativas actuales. En la literatura bolchevique, al igual que en la política por ellos seguida en Rusia, hállanse atisbos de lo que afirmamos. La mejor dialéctica es la de los hechos, y a ésta dejamos el que nos desmienta.

El ruido, el criterio y las aclamaciones actuales de los bolcheviques contra la democracia, son cháchara pura, retórica de circunstancias y ganas de sorprender la buena fe de las gentes.

¡Abajo el mundo burgués! –gritan los bolcheviques–. ¡Abajo la democracia, que es invención suya! y toda esa clase media que vela cerca del banquete de la vida', se asusta con tales gritos, y más cuando han visto levantarse despavoridos a los que tuvieron la fortuna de llegar, masticando a dos carrillos. El pavor de éstos infundió pánico en aquéllos, y todos juntos temblaron por sus privilegios.

Pero ahora, cuando el tiempo ha demostrado que revolucionariamente no es tan fiero el bolchevique como así mismo se pinta, ni como el capitalismo lo presentaba, un poco tranquilizados ya, comprenden que se asustaron sin motivos.

Nuestra convicción está, pues, arraigadísima. Para nosotros los bolcheviques son marxistas, en la interpretación más recta que pueda darse al marxismo y si Marx no teorizó sobre la dictadura del proletariado, mencionándola únicamente en una de sus obras como medida secundaria muy lejos de la rígida interpretación bolchevique, es lo cierto que Marx aspiraba a la conquista del Estado. En cuanto a implantar la dictadura, de haberse encontrado Marx en plena revolución, nada hace suponer que la sistematizara hasta el extremo que lo han hecho sus discípulos. De todos modos, Marx preconizaba la conquista del Estado, y éste, para sostenerse, necesita el recurso de la fuerza.

Insistimos, no obstante, en que los bolcheviques propenden a la democracia, y que la dictadura del proletariado fue para ellos una necesidad circunstancial, en la que persisten por un eslabonamiento de errores.

Además, coloquémonos en un plano objetivo y veremos que los socialistas del resto del mundo, pero sobre todo los alemanes, que fueron los primeros en atacar a los bolcheviques, olvidaron las circunstancias de lugar en que éstos actuaban.

Alemania, en su mínima revolución, pudo tratar con la burguesía. No sólo trató, sino que fue la misma burguesía quien entregó el Poder a los socialistas por ver en ellos la única fuerza capaz de contener a las masas desbordadas. El partido socialista alemán gozaba de una beligerancia política en la que los rusos no podían ni soñar. Y si por éstas y otras causas pudieron contener al pueblo y augurar rápidamente después

de la revolución el funcionamiento del Estado sin recurrir a la dictadura del partido, no pueden hacer un ejemplo de su conducta, ya que la favorecían las condiciones ambientales.

Otra circunstancia que les favoreció fue que el pueblo no intentara entrar en posesión de la riqueza, en subvertir ningún principio fundamental. Se contentó con una revolución superficial, con cambiar las personas que representaban al Estado, conservando casi totalmente la estructura que en el régimen anterior tenía. La misma tendencia nacionalizadora de la riqueza que podía haber contribuido a estructurar un nuevo estado, se acusó tan débilmente en el pueblo alemán, que bastó la promesa de llegar a ella por etapas para que se contentara.

Los socialistas alemanes no tuvieron necesidad de recurrir a la dictadura para imponerse, y no fue en ellos ninguna virtud doctrinal, porque no hubo que reprimir la acción del pueblo. Ninguna circunstancia les obligó a emplearla.

El caso para los bolcheviques no es el mismo. Cuando llegan al Poder se hallan ante un pueblo que, no sólo ha nacionalizado las riquezas, sino que ha hecho mucho más: las ha socializado. Ha repartido la tierra, ha entregado las fábricas a los obreros que en ellas trabajan, ha desposeído a todos los propietarios y se prepara a avanzar más todavía.

Los bolcheviques, al igual que todos los demás partidos políticos en Rusia, no habían sido jamás tolerados por el zarismo, y hubieron de perseguir la destrucción de este régimen, hasta el fin.

Otra cuestión muy interesante se les planteaba: no eran el partido más numeroso ni el mejor organizado; ni siquiera el mejor definido en ideas. Separados de los mencheviques, marxistas como ellos, pero reformistas, que querían llegar al Poder por el triunfo de las mayorías en las luchas electorales, aun cuando no desdeñaran del todo los métodos revolucionarios, los bolcheviques defendían el principio de la conquista del Estado por la revolución. Llegados al Gobierno, a quien primero encontraron frente a ellos fue a sus propios compañeros, que menos audaces en las horas decisivas dejaron escapar la ocasión. Entonces se les plantea la situación en toda su crudeza: vencer, aunque para ello deba recurrirse a las mayores abominaciones.

Si hubieran tenido la posibilidad de vencer en las urnas, es muy probable que los bolcheviques habrían acudido a ellas; pero estaban convencidos anticipadamente de la ineficacia de este procedimiento. A partir de este momento, necesitan justificar su actitud, y esto es lo que no supieron o no quisieron disculpar a los bolcheviques los socialistas alemanes.

Faltó la comprensión del primer momento. Después, ya se sabe; cuando se ha soltado la piedra de la honda hay que preparar la segunda y atenerse a los resultados de la situación determinada.

Los bolcheviques no podían orientar la revolución en el sentido que lo hicieron los alemanes. Ni la sicología de las masas, ni las condiciones étnicas del país, ni las aspiraciones del pueblo se prestaban a ello. Y para triunfar habían de adaptarse a estos determinismos.

También creemos que en la cruzada de unos marxistas contra otros, juegan preponderante papel las antipatías personales. Lenin y Kautsky se odiaban. La tendencia marcadamente colaboracionista de éste chocaba con el temperamento dogmático de aquél. En diversos congresos internacionales se habían encontrado y combatido encarnizadamente.

Más que a cuestiones doctrinales debíanse sus divergencias a una intransigencia de temperamentos repelentes. El marxismo de los corifeos efervescía en este ambiente.

Lo innegable, en fin, es que en Rusia se ha ensayado por los bolcheviques la instauración de un Estado, en concordancia con las teorías del autor de "El Capital".

Marxistas o no, los bolcheviques han intentado un ensayo de marxismo. Y esto es lo interesante para el estudio de la evolución política y social de la Rusia revolucionaria.

XIII

¿Comunistas?

Comenzábamos el capítulo anterior preguntando si los bolcheviques eran marxistas. La pregunta brota espontánea de la pluma ante las manifestaciones contradictorias en que se les ha cogido.

No, hemos hallado, al comenzar éste, en el mismo caso que al comenzar el anterior. Los bolcheviques se han llamado y siguen llamándose comunistas. ¿Lo son? He aquí la cuestión que se plantea.

Si el que un partido o una colectividad se autoclasifique detuviera la crítica, no cabe duda que los bolcheviques podrían llamarse comunistas, como otra cosa cualquiera. Pero si a la calificación han de unirse las acciones que la acrediten, entonces la crítica que se estime ha de poner en tela de juicio el comunismo bolchevique.

El concepto que del comunismo se tiene hoy día, ha superado ya las fórmulas cuartelarias o convencionales, cuando

no utópicas, o bien ancestrales, en que hasta ahora se le había encerrado.

El comunismo es ya una teoría bastante bien definida, un cuerpo de doctrina que exige condiciones ambientales determinadas para su realización y empieza a ser el ideal futuro de las clases trabajadoras en el camino de ascensión y de progreso que ellas mismas se han trazado.

Hablar, pues, de comunismo a estas alturas, llamarse comunista como lo han hecho los bolcheviques; decir que van a realizar el comunismo y que son comunistas, entraña una responsabilidad y un compromiso del que seguramente no midieron el alcance ni la trascendencia.

Los bolcheviques, para llamarse comunistas, se han atenido, sin duda, al título que dieron al "Manifiesto Comunista" Marx y Engels; pero aparte de que en aquel documento no se define concretamente lo que entendían por comunismo quienes lo escribieron, nadie ignora ya que el concepto que del comunismo se tenía entonces, ha variado considerablemente.

El comunismo no es hoy un concepto vago, abstracto, casi metafísico, como lo era entonces; es algo definido, concreto, real, formando cuerpo de doctrina y metodizado en fórmulas que se creen factibles y realizables. Es la síntesis de concreciones doctrinales económicas, que después de haber pasado por todas las escuelas político-sociales y por todos los tamices ideológicos, ha venido a condensarse en una fórmula orgánica de convivencia social.

Entiéndese por comunismo una organización económica basada en la más amplia y plena libertad individual, sin más restricciones que las que la sociabilidad imponga. Donde las reglas que para el trabajo se acuerden obedezcan al mismo principio de libertad y de las que pueda separarse el individuo cuando quiera y no le acomoden. (No se interprete esta libertad en el sentido de que el individuo pueda convertirse en parásito de los demás; es libre de separarse de un grupo cuando así lo crea pertinente; pero sólo, o en otro grupo, como mejor le acomode, está obligado a producir lo que para subsistir necesite).

A cambio de la ineludible obligación de producir o de prestar un servicio útil a la colectividad, el individuo tendrá derecho al usufructo de todo cuanto la cultura, el progreso y la civilización ponga al alcance del hombre.

Libres de toda autoridad exterior, de toda disciplina externa, pero no de la propia, de la que nace de la conciencia del mismo individuo y del respeto que todos debemos a la persona del próximo, los hombres instaurarán el comunismo como consecuencia ineludible de la evolución política y social de los pueblos, federados libremente entre sí.

La fórmula que mejor sintetiza el comunismo, es la que debemos a Saint Simón, cuando dijo: "De cada uno según sus fuerzas; y a cada uno según sus necesidades". Esto es el comunismo, y así lo interpretan actualmente las clases trabajadoras.

La misma simplicidad de la fórmula sansimoniana y de que se considere contrario a una posible realización comunista la existencia del Estado o de cualquiera otra forma de autoridad codificada, ha hecho que se tilde al comunismo de utopía, de algo irrealizable; más bien como el retorno a un estado de vida primitivo, muy próximo al trogloditismo.

Sin embargo, a través de las censuras más o menos bien intencionadas; de los sarcasmos o mofas con que la persistente propaganda del comunismo ha sido acogida, hasta los más reacios a comprenderlo y aceptarlo, empiezan por hacer concesiones y declarar que en un estado de cultura superior, sería posible su implantación.

Ahora bien; analizando y sintetizando la obra política y económica de los bolcheviques, pero sobre todo la económica, ¿puede considerársela comunista? ¿Qué hay en ellos que pueda inducirnos a considerarlos como comunistas?

Hemos dicho ya que el comunismo precisa condiciones ambientales que no se dan en todo momento y que no es compatible con determinadas organizaciones políticas. El régimen instaurado en Rusia por los bolcheviques, ¿es compatible con el comunismo? ¿Son, pueden ser comunistas, juzgando por lo que han hecho?

Dentro de una organización social donde el Estado lo es todo y el individuo no es nada; donde la libertad y la iniciativa individual quedan cohibidas, combatidas, anuladas; donde la superestructura del Estado lo abarca todo y cuya voluntad se

impone soberana, ¿es realizable el comunismo, la fórmula sansimoniana? ¿Es hacedera, practicable, posible?

Es lastimoso que tengamos que contribuir a la desilusión de algunas mentes animadas de generosos impulsos; pero como la verdad es antes que todo, a la verdad hemos de rendir culto llamando a las cosas por su nombre. Y a lo que se ha hecho en Rusia nosotros no podemos llamarlo comunismo.

No solo no existe en la Rusia soviética el comunismo, sino que con la política seguida por los bolcheviques, con sus desplazadas tendencias económicas, con la estructura que han dado al Estado y a las relaciones de este para con el individuo, no hay comunismo posible. En vez de aproximarse a su realización, se alejan de él más y más cada día. La fórmula sansimoniana ha sido preterida y se ha propagado: "De cada uno según su esfuerzo personal para el Partido; a cada uno según el trabajo valorado por el Partido".

Cuando no trabaje, cuando la escasez de la demanda lo expulse de la fábrica, habrá de mendigar, al igual que en los países de tipo capitalista, el socorro del Estado, amargo siempre porque no representa la retribución a un esfuerzo, sino la limosna o el favor. ¿Dónde está, pues, el comunismo?

Una organización social donde el individuo no sea el único determinante de sus actos, donde la coacción moral de la convivencia social no lo influya y esté más bien determinado e influído por el Estado, por una autoridad que no nace del individuo en sí, no tiene, en absoluto, nada de comunista. Y este es el caso de Rusia.

En la fábrica el obrero está sometido a una reglamentación confeccionada sin su consentimiento. Y aun contra su voluntad. Hay una dirección que ordena, manda y dispone el trabajo sin que al obrero le quede el recurso de oponer objeciones; el salario no es tampoco el obrero quien lo establece. ¿Dónde está, pues, repetimos, el comunismo? El hecho mismo de que se perciba un salario, de que se estipule una remuneración determinada por la jornada, niega rotundamente el comunismo.

No lo niega menos lo que se ha hecho en el campo, las condiciones en que la tierra se trabaja.

Donde no ha sido parcelada y repartida –procedimiento anticomunista–, concediendo a cada individuo el derecho a cultivar en usufructo una extensión determinada, que es casi la totalidad, más del noventa y nueve por ciento de la tierra cultivable en Rusia, en la demás, que son los llamados "Dominios comunistas" que pertenecen al Estado, cualquier nombre puede dársele, menos el de comunistas.

La organización y funcionamiento lo demuestran. El Dominio pertenece en propiedad al Estado. La ordenación interior la hace el Estado. Nombra los directores y peritos agrónomos que han de dirigirlo, y el obrero es admitido a trabajar a cambio de la ración y de una retribución mensual. Hay obreros permanentes y temporeros. Unos y otros pueden ser despedidos cuando la dirección crea que no cumplen o no los necesita. ¿Es esto comunismo? Esto no es comunismo ni nada que se le parezca.

El agricultor que trabaja por su cuenta, al que le tocó la tierra en el reparto, tampoco obra en comunismo. Trabaja la tierra y el Estado le compra toda la producción. Luego, el Estado, en su calidad de monopolizador de todas las riquezas y actividades transaccionales, vende al campesino los abonos, las semillas, el herramiental y hasta los animales o útiles de labranza que necesite, a un precio que el Estado fija, sin que el campesino tenga más intervención que la de adquirente forzoso de los productos que el Estado le vende, o la de vendedor obligado para los que le compra.

Y así en todas las demás actividades humanas. Algunas, cierto es, han sufrido modificación. La asistencia médica que en los países de tipo capitalista es a expensas del enfermo, –si exceptuamos los mezquinos Dispensarios y Hospitales en algunas urbes, en Rusia está establecida a cargo del Estado. Raciona y remunera a los médicos con una cantidad determinada y mensualmente. Pero en esto tampoco vemos el comunismo. A lo más hay cambio en las personas que los han de remunerar; pero nada más. Lo dicho de los médicos puede hacerse extensivo a Las profesiones liberales. En realidad, lo que se ha llamado comunismo en Rusia, no es otra cosa que el monopolio de servicios por el Estado.

Creemos, por tanto, que el denominarse "comunistas" los bolcheviques, obedece a una interpretación arbitraria, forzada e inaceptable del concepto comunista. Son comunistas, según ellos, por haber nacionalizado una gran parte de las riquezas, tanto las naturales como las manufacturadas. Intitular a esto comunismo, alegando que el Estado, entidad suprema,

sintetiza toda la vida colectiva del país, es trastocar el valor real de los conceptos.

Estado comunista, o comunismo de Estado, es igual, pues no hay diferencia entre uno y otro, sería si se obligase a todos los componentes de un país, a realizar un trabajo cualquiera y en relación con sus fuerzas físicas o sus conocimientos, y que luego, a cambio, se le proporcionase lo necesario para vivir, tanto en el orden fisiológico como en el intelectual; lo sería si se suprimiese toda diferencia de clase o de tratamiento remunerador, considerando que, por el hecho de ser útil a la colectividad, adquiere ya el individuo el derecho a una parte equitativa y justa de lo que para su sostenimiento necesite. Un Estado que obrase así, sería un Estado comunista, practicando un comunismo de Estado o un comunismo autoritario, que es como mejor lo comprenden Las gentes, ya que viene impuesto por la autoridad de quien gobierna.

Pero en Rusia ni esto se ha hecho. ¿Cómo considerar, pues, comunistas a los bolcheviques? ¿En qué, cómo y cuándo demuestran serlo?

Y si no son comunistas los bolcheviques, ¿qué son? A lo sumo puede considerárseles colectivistas, aceptando como colectivismo la definición que Vandervelde da en su libro: "El colectivismo". Si los bolcheviques la rechazan, entonces no sabremos cual será la más apropiada, ya que la de comunistas no puede aplicárseles.

Dice el socialista belga que el Estado socialista entrará en posesión de todas las riquezas del país allí donde el socialismo

sea proclamado. En posesión de ellas, correrán a cargo del Estado todas las atenciones generales del país: beneficencia, hospitales, asilos, casas de maternidad, al igual que el ejército, tribunales e instituciones complementarias; se encargará de la instrucción de los niños y demás atenciones a ella anejas; organizará la producción y cada obrero "percibirá el producto íntegro de su trabajo", exceptuando una parte que se reservará el Estado para las atenciones que están a su cargo.

La tierra y las fábricas, los campos y los talleres; la explotación de los bosques y los ríos, de las minas y los ferrocarriles todo pertenecerá al Estado, que fijará las condiciones en que el obrero habrá de trabajar. Otro tanto ocurrirá en las profesiones llamadas liberales. Todos los individuos tendrán derecho a la enseñanza superior en academias y universidades y el más inteligente será el preferido. La remuneración que cada uno percibirá estará relacionada con la profesión u oficio que tenga. Según el definidor del colectivismo, un ingeniero, por el solo hecho de serlo, ha de estar mejor retribuido que un minero.

Se le considerará –contra la fórmula comunista que afirma ser tan necesario el uno como el otro– de categoría superior, y como a tal se le retribuye.

Las clases o jerarquías, como se quiera, no están determinadas por el nacimiento, ni por la herencia, ni por el dinero. La jerarquía, dentro del colectivismo, se dará únicamente la inteligencia, la capacidad y la energía. Quien se suponga que presta mejores servicios a la colectividad, será

remunerado más largamente. Esta es, sintetizada, la definición del colectivismo.

Comparada con la política que los bolcheviques han seguido en Rusia, ¿no vemos su similitud? ¿No comprende, en su "jurisdicción", a la totalidad de la obra bolchevique?

Empieza por haber en Rusia distintas categorías de salarios. Durante nuestra estancia en Rusia eran treinta y seis esas categorías, que oscilaban de dos mil a cuatro mil rublos mensuales. El racionamiento también era diferente. Había las categorías A. B. y C. y además, las extraordinarias, que se adjudicaban a quienes desempeñaban profesiones especiales. ¡No es este un principio de jerarquías! Según la calidad del trabajo, así la retribución. A quien se cree que desempeña una función más útil, se le remunera más espléndidamente, principio en perfecto acuerdo con la teoría colectivista.

¿Qué otra cosa que entrar en posesión de todas las riquezas del país, al nacionalizarlas, ha hecho el Estado bolchevique? También aquí hallamos la más completa concordancia entre la doctrina de Vandervelde y la política bolchevique.

El Estado bolchevique ha declarado que la instrucción era cosa privativa suya; que el niño quedaba bajo su tutela desde la escuela al cuartel. También se ha encargado de la beneficencia, de los hospitales de los asilos. Las universidades y escuelas sin excepción, del Estado dependen. Las fábricas, suyas son. El Estado hace la ley y paga a jueces y magistrados encargados de aplicarla. En resumen, todas las atenciones del país están a su cargo. Vende y compra, quedándose con un margen de

ganancia. ¿No es esto puro colectivismo? ¿Puede negarse la similitud, la relación, la concordancia que hay entre el colectivismo de que nos habla Vandervelde y la política que los bolcheviques han seguido en Rusia?

No son comunistas los bolcheviques, son colectivistas. No han aceptado el principio que considera, ECONÓMICAMENTE, a todos los hombres en el mismo plano y con el mismo derecho a satisfacer todas sus necesidades. Para ellos hay jerarquías determinadas por la inteligencia, a las que deben considerarse ECONÓMICAMENTE, superiores al resto de la colectividad.

El comunismo tiende a colocar a todos los hombres en igualdad de condiciones para subvenir a todas las necesidades de la vida. La diferencia con que las satisfagan unos y otros, no estará más que en la fuerza intensiva de las condiciones personales de cada uno. El acceso a ellas es libre.

Cada cual sólo tomará lo que necesite. Esto es el comunismo.

El colectivismo ya hemos visto que no es así. Los fuertes por la inteligencia, triunfarán; los fuertes por los músculos, triunfarán también. Y como hay un Estado que otorga preeminencias sociales, habrá jerarquías. Los últimos, los que estén más abajo, sufrirán las humillaciones correspondientes a su inferioridad. Esto es el colectivismo y esto es lo que los bolcheviques han instaurado, aun concediendo que les guiaran otros propósitos más justicieros.

Digamos, por último, que el colectivismo está dentro de la más pura ortodoxia marxista. A pesar de que el documento que sirvió de punto de partida para el nacimiento del marxismo se

titulase: "Manifiesto Comunista ", ni en él, ni en cuanto escribió Marx después, hallamos una definición ni una afirmación precisa de comunismo. En la obra de Marx, como en la de sus continuadores, se ve siempre el principio de las categorías; unos están arriba, otros en medio y otros abajo. De lo que se colige que no son comunistas.

La propaganda marxista o socialista se ha distinguido siempre por sus alegorías. En ella hemos visto, y Rusia lo confirma plenamente en cuantos medios utilizó para la propaganda, que el obrero intelectual guía al manual.

Empleada esta alegoría en el sentido de que el más culto fuera el maestro del más ignorante, representaría la verdadera utilidad de la cultura y la obligación que al hombre culto le impone el serlo; pero ellos la emplean en el sentido de clase, y de clase superior dominadora, por lo que nada puede haber en ella de comunista.

Afirmamos concluyentemente que los bolcheviques no son comunistas. Son colectivistas. ¿Puede inferirse de ello que en la revolución rusa no hubo tendencias comunistas?

Una preocupación que nos acompaña siempre que hablamos de Rusia es la de separar la obra de la revolución de la del partido bolchevique. Es una necesidad tan imprescindible

hacer esta separación que, a pesar de las dificultades que ofrece, no debe abandonarse. Sólo por medio de esta directriz crítica llegamos a apreciar lo que de bueno y de malo hay en cada una de las partes y la relación que entre La revolución y los bolcheviques haya habido. La revolución fue la obra del pueblo, de todo el pueblo, donde el matiz político de cada individuo se confundía en la obra total, y la política bolchevique es la obra de un partido que, aun confundiéndose con todos los demás en la obra revolucionaria, en el aspecto episódico de la lucha, cuando ésta hubo terminado caminó por su cuenta y razón y obró con arreglo al criterio de las ideas de sus componentes. La revolución es el resultado de todos los esfuerzos combinados, de todas las voluntades dirigidas a un mismo fin. La política bolchevique es sólo el esfuerzo y la ideología de un grupo, de una minoría. La diferencia como se ve, es bien notable: la que va desde lo real a lo ficticio, desde lo constatado a lo supuesto.

Negar la existencia de una tendencia comunista en la gran mayoría del pueblo ruso, sería negar la verdad. Por condiciones especiales del país, o por atavismo histórico; por reminiscencias primitivas superviviendo a través del barniz de la civilización que Rusia se iba dando o por falta de centros industriales; por inclinaciones naturales en el pueblo, más cerca del plano de la tribu que de una ciudad moderna; por apego natural del campesino hacia la tierra, o por lo que fuere, lo cierto es que en el pueblo ruso la tendencia comunista no había podido desarraigar jamás, manteniéndose firme a través de cuanto hicieron por borrarla del alma eslava.

Se presenta en una forma u otra. Tan pronto avanza retadora como retrocede atemorizada; espléndida a ratos y a ratos raquítica. Nadie puede, sin embargo, negar el sentimiento comunista de la masa rusa. Lo hallamos esbozado en su literatura, en las descripciones de los viajeros que han cruzado Rusia, en los relatos de sus costumbres, en todo cuanto va impregnado del espíritu del pueblo. El comunismo, en Rusia es algo congénito a la psicología de los habitantes del país.

¿Qué es el "Mir" y qué el "Artel"? Dos manifestaciones clarísimas de esa tendencia.

El "Mir" y el "Artel" son verdaderas instituciones populares, nacidas en el seno del pueblo y desarrolladas al calor y al amparo que él les prestó. Sus orígenes se pierden en los comienzos de la historia, siempre recogiendo la misma tendencia hacia una organización del trabajo donde el esfuerzo en común fuese el común denominador.

La autocracia dominante en Rusia antes de la revolución hizo cuanto pudo por ahogar ese anhelo, por extinguirlo definitivamente; pero no lo consiguió.

Superior a la fuerza de los poderosos, retoñaba siempre.

Por conveniencias políticas, las clases dominantes no fomentaron la cultura popular. Beneficiándose, por no despertar en el pueblo ansias de mejoramiento, se perjudicaron por otro lado, pues persistiendo en el pensamiento colectivo las primitivas condiciones de trabajo, dejaron latente el deseo de retorno a una vida más en armonía con el esfuerzo del hombre. No quisieron darle la sensación de

un pueblo con derechos; pero tampoco pudieron ahogar sus instintos. Con la horca apagaron el resplandor político; más no pudieron, a pesar de todos los esfuerzos, extinguir las refulgencias justicieras. Aniquilaron todo esfuerzo de libertad, y no pudieron hacer otro tanto con las ansias económicas. La burguesía rusa, menos hábil o más orgullosa que la de otros países, no quiso descender hasta el pueblo y darle siquiera una caricatura de libertad y de democracia a bajo precio; pero al dejar en el pueblo latentes sus instintos, este le recordaba vagamente cada día que trabajando todos y en común, la vida sería más fácil y más llevadera. Y por eso, a cada ocasión que se presentaba, emergía arrogante el instinto popular y se manifestaba en la forma más adecuada a las circunstancias del momento.

La tendencia comunista rusa nace de esa misma esclavitud a que se sometió al pueblo. Limitado el campo de sus ideas a no ocuparse sino del trabajo, el campesino ruso tenía siempre presente los métodos primitivos de sus antepasados, que luego él adaptaba a las condiciones presentes cuando una disyuntiva cualquiera le deparaba la ocasión propicia.

Por eso, el "Mir" y el "Artel" no son arrastrados en la corriente de violencias y arbitrariedades de las clases dominantes rusas contra las multitudes esclavizadas.

Algo apartado culturalmente de la civilización occidental, que con sus espejismos y oropeles embaуa a las multitudes haciéndoles creer en un bienestar económico que no gozan y en una libertad que no disfrutan, el campesino ruso conservó las ideas de su tradición respecto al trabajo en común.

Aferrado a ellas, procuró instaurarlas cuando al hacer la revolución se creyó victorioso y dueño absoluto de su destino.

El comunismo del pueblo después de la revolución, fue una realidad innegable que ni los mismos bolcheviques pueden olvidar, pues allí donde las disposiciones oficiales, no se interpusieron, tuvo un principio práctico de aplicación.

En las fábricas, los trabajadores, después que hubieron expulsado al patrón, nombraron una comisión que administrara y dirigiera la producción de la fábrica, estableciendo el racionamiento por las necesidades y no según las categorías. Los salarios, en cambio, siguieron igual que antes. De acuerdo los obreros, tanto los técnicos como los manuales, fijaban los salarios que cada uno debía percibir, regulándolos por la capacidad y no por las necesidades.

El sistema es imperfecto, adolece de bastantes vicios es cierto; ¿pero no es superior, se le juzgue desde el punto de vista que se quiera, al sistema capitalista y no tiene, además, una marcada tendencia comunista? Hemos dicho ya que el comunismo no es esa teoría de la igualdad absoluta con que se ha querido alucinar a las gentes crédulas y confiadas. El creer que todos dispondrán de una igual cantidad de productos y de ropa, sin tener en cuenta la mayor o menor apetencia de los estómagos ni la talla de los individuos, es soñar con un comunismo de cretinos. El verdadero concepto comunista, el concepto científico, filosófico y libertario, "es el colocar a todos los seres humanos en igualdad de condiciones para satisfacer todas sus necesidades". La igualdad no estriba en que todos tengan un pan y un kilo de carne, sino en que quien necesite un

kilo de carne y un pan los tenga, lo mismo que el que necesite dos o más. El verdadero concepto de igualdad es el que a cada cual no le falte lo necesario. Lo hecho en las fábricas por los obreros se ajusta, sin duda, a este ideal del comunismo.

Instintivamente comprenden que la producción de todos, acumulada, cubrirá aproximadamente las necesidades de los componentes del grupo, y a partir de entonces no se preocupan ya de lo que a cada cual corresponda en equivalencia de su trabajo, sino en las necesidades que tenga, con arreglo a las cuales se le remunera. El racionamiento se calcula por el número de personas menores o mayores imposibilitadas éstas para el trabajo que el obrero tenga a su cargo. Principio eminentemente comunista. Los salarios no se calculan así. Se calculan por la capacidad técnica o productiva del individuo. Pero el salario no tiene un valor efectivo y apreciable. El poder adquisitivo de la moneda oscila cada día, a cada hora diríamos mejor, y no puede fijarse sobre su valor ningún cálculo serio. En cambio, el valor efectivo del racionamiento es incontestable. ¿Quién puede negar que esto sea una iniciación comunista?

De su arraigo entre las multitudes asalariadas testimonia el que ni aun después de pasar las fábricas a ser propiedad nacional, después de pertenecer al Estado, pudo modificarse de principio. Lo que los obreros iniciaron de mutuo acuerdo, sin presiones externas de ninguna naturaleza, impulsados sólo por su propia voluntad, persistió y hubo de ser respetado y mantenido por quienes se encargaron del Poder. Racionó el Gobierno con arreglo a las necesidades, imponiendo algunas restricciones; estableció tarifas fijas de salario, alterándolas

sólo en los casos verdaderamente excepcionales o para quienes prestaran sus servicios sin compromiso de ninguna clase. A un ingeniero, pongamos por ejemplo, se le dan doscientos mil rublos cada día mientras trabaja en unos planos que se le han encargado. Terminado el trabajo, terminado el salario. El Estado recobra su libertad de acción, y el ingeniero la suya. y así en varios otros muchos casos. La regla general, es el racionamiento con arreglo a las necesidades.

En el campo hallamos un más acentuado matiz comunista. La vida industrial, aun en un país tan poco industrializado como lo era Rusia antes de la revolución, y después de ella, en los primeros tiempos, ofrece innumerables obstáculos para la implantación del comunismo, si antes no se transforman en absoluto las condiciones de vida de la ciudad industrial. Y esto no se logra tan rápidamente como se supone. En el campo es diferente.

El campesino ruso conserva muchos hábitos comunistas. Con frecuencia forma parte del "Mir" o del "Artel". ¿Por qué? Por su tendencia comunista. No forma parte de estos organismos en virtud de las ventajas utilitarias o lucrativas que pueden reportarle; pertenece a ellas porque representan un principio instintivamente arraigado en él, al que obedece y respeta, pues lo considera como el ideal supremo y la aspiración más elevada.

Sus clases gobernantes y poseedoras obstaculizan el desenvolvimiento de estas instituciones eminentemente populares. Como éstas están saturadas de la savia popular,

resisten todos los ataques y se mantienen vigorosas a pesar de las dificultades sembradas en su camino.

El instinto comunista del campesino ruso no se muestra sólo por su adhesión incondicional al "Mir" y al "Artel". En las relaciones sociales, en las condiciones de vida, en la revolución misma hay pruebas más fehacientes, más vigorosas y más palmarias de su existencia. En todas las manifestaciones de la vida campesina puede buscársele, en todas se hallará. Se destaca por encima de todo.

Las condiciones climatológicas concurren también a robustecerlo. En casi toda Rusia el invierno dura cinco o seis meses. La primavera y el otoño duran apenas unas semanas. Entre la terminación de los deshielos y las nuevas heladas precursoras del invierno apenas si hay un periodo de tiempo superior a cuatro meses. Si se quieren evitar sorpresas dolorosas, durante estos cuatro meses han de realizarse todas las faenas del campo. El menor retraso puede acarrear la pérdida de una gran parte de la cosecha. Son, pues, cuatro meses de trabajo intensivo, durante los cuales el agricultor ha de aprovechar hasta los minutos. La intensidad del esfuerzo a rendir y la penuria del tiempo de que dispone, ya que es limitadísimo, le obligan a requerir la ayuda del vecino, y por el resultado que de ella obtiene comprende perfectamente la utilidad productiva del trabajo en común. Este comunismo, los labriegos de algunas regiones españolas que lo practican, lo llaman "prestación de trabajo".

Durante los primeros meses de la revolución este comunismo primitivo alcanzó límites insospechados, mejorándose y

adoptando procedimientos y formas superiores a medida que los días iban transcurriendo.

Al realizarse las expropiaciones territoriales, el campesino no procedió, en absoluto, al reparto de la tierra, ni la parceló para dar a cada uno una extensión determinada. Hubo de todo. Sin embargo, la generalidad no procedió así. Lo corriente era reunirse grupos de campesinos, ya fuese por afinidad o por vínculos familiares, y juntos emprender el cultivo de la tierra.

Pusieron en común sus útiles de labranza, sus semillas, su ganado y cuanto poseían, y en común comenzaron el cultivo de la tierra.

La tendencia, empero, no era uniforme. Matizábase más bien, y se diferenciaba en cuestiones de detalle.

Había grupos de tendencia francamente comunista, que además de haber puesto en común cuanto poseían, aspiraban a que el producto de su trabajo fuera repartido con arreglo a las necesidades de cada uno y no con arreglo al esfuerzo prestado.

Otros grupos, en cambio, pusieron todo cuanto podían en común, repartiéndose luego el producto con arreglo al esfuerzo de cada uno. Quien a juicio de los demás hubiese hecho más trabajo, más le correspondería en el reparto.

Los bolcheviques desviaron esta corriente. Al nacionalizar la tierra y declararla propiedad del Estado, procedieron a la parcelación y al reparto, destruyendo de un solo golpe la fecunda floración comunista que en el pueblo manifestara.

Además, los campesinos querían que la extensión de territorio que comprendía cada aldea o pueblo fuese propiedad suya, mejor dicho, que solo los habitantes del pueblo o aldea pudiesen disponer de él, tanto para proceder al reparto, en caso de que así lo creyeran pertinente, como para trabajarla en común.

Los campesinos tendían a la socialización de la tierra y sus productos, a dar vida propia, personalidad bien definida a cada pueblo, por pequeño que fuese, mientras que los bolcheviques perseguían una finalidad contraria, ya que iban a destruir la personalidad de cada agrupación humana para fundirla en el Estado.

En el pensamiento del campesino ruso hallamos el comunismo en potencia, que someten y por fin ahogan los bolcheviques.

Pero cuando se demostraron mejor las tendencias comunistas populares y las anticomunistas de los bolcheviques, fue al llegar la distribución y parcelación de la tierra, según las disposiciones del Consejo de Comisarios del Pueblo. Los campesinos la abandonan para realizar prácticas de comunismo libre.

El problema de la tierra en Rusia no tiene, a nuestro parecer, las características que suele tener en otros países europeos. En éstos es de escasez por la densidad de población, o bien por pertenecer a terratenientes que impiden cultivarla. El que no se pueda dar un paso sin que alguien declare que aquella tierra

le pertenece, cohíbe al agricultor y le obliga a un sedentarismo que termina por confundirlo con el agro.

En Rusia era frecuente el caso de hallar inmensas extensiones de territorio que no se les conocía propietario, hasta que alguien las cultivaba y valoraba. Se daban casos, por lo mismo, de grupos de campesinos que, trasladándose de un punto a otro pusiesen en cultivo terrenos que hasta entonces habían estado en barbecho. Sucedía a veces que después, cuando por el cultivo había adquirido algún valor el terreno, aparecía un propietario que imponía exacciones, haciendo valer viejos derechos. Sin embargo, estos casos iban desapareciendo, hasta el punto de que en los últimos tiempos del zarismo apenas si se daba alguno.

Había regiones en donde por costumbre, se procedía periódicamente al reparto de la tierra, Y el campesino que en un reparto le había correspondido una parcela mala o mediana, se veía compensada en el lote siguiente.

En la multiplicidad de formas que adopta la propiedad territorial en Rusia, vemos siempre que el campesino, a deshecho de lo que ordenan las leyes y los propietarios, no abandona nunca la idea fija de llegar al cultivo en común.

Se explica, pues, que al subir los bolcheviques al Poder y decretar la parcelación y reparto de las tierras contra el pensamiento general que al expropiarlas quería trabajarlas en común, surjan los primeros chispazos de la rebeldía. Sin que sea nuestro propósito hablar de Ucrania y otras regiones donde se constituyeron verdaderas comunas libres, o sea pueblos que

ensayaron el comunismo libertario, hemos de recordar el caso de los campesinos que abandonando la tierra que en el reparto les correspondiera, roturaron las tierras incultas en prácticas de comunismo. El movimiento llegó a inquietar a los soviets de algunas localidades hasta que la intervención del gobierno obligó a los campesinos a retornar al pueblo que abandonaron.

¿Estos campesinos que dejan la tierra que legalmente les corresponde obran exclusivamente por odio a las disposiciones oficiales, o bien obedecen a impulsos de algún vago idealismo? No puede dudarse que influye mucho en ellos el odio a lo dispuesto autoritariamente. El ruso, como el español, es refractario a la ley más que cualquier otro pueblo. Es el natural impulso de una convicción sin elaborar. Se unen en íntimo consorcio, el desprecio a lo obligado y el deseo de realizar la propia idea.

Nos hallamos, pues, ante una decidida tendencia comunista. Alguien la tachará de utópica, de primitiva, de atávica; pero superior por sí misma a los calificativos y vigorizada por el impulso y voluntad populares, deja huella de su paso y marea con indeleble trazo la suprema aspiración del pueblo que la alimenta.

Los bolcheviques, "comunistas" desconocen el comunismo o fingen desconocerlo. El pueblo ruso, sin llamarlos, ha hecho ensayos de verdadero comunismo. Parco en palabras y fecundo en hechos, ha obrado siguiendo la trayectoria que le trazaban sus convicciones.

En Rusia, al igual que en todos los demás países, las corrientes idealistas del pueblo chocan violentamente con las de los gobernantes. El gobierno dice ser comunista, el pueblo lo es. ¡Rara coincidencia! Pero mientras el Estado bolchevique aspira a una estructura estatal, donde el comunismo no tiene cabida, el pueblo, firme en su propósito de modelar su ideal, intenta realizarlo.

Las ideas no son vana palabrería o lucubración mental que puede, incluso, servir de pasatiempo. El campesino las tiene y quiere afirmarlas. Acaso estén menos definidas que en la mente del pensador o del "snob"; pero al sentirlas como normas indeclinables pone en ellas el ahínco y la ilusión de que es capaz.

No entiende, colectivamente considerado, de esa duplicidad de propósitos, característica destacada de las otras clases sociales. La clase trabajadora, que es la específicamente considerada pueblo en este caso concreto, no sabe imitar a la burguesía, quien hablando siempre de libertad –ejemplo vivo–, no hace sino esclavizar a las multitudes, sobre las que medra.

Las clases dominantes al explotar la ignorancia y la buena fe de las clases trabajadoras, están en su papel y defienden privilegios y prerrogativas injustas. La peor es que sean elementos salidos de las mismas clases trabajadoras, o de sedicentes defensores de ellas, como es el caso de Rusia, quienes les ayudan en su explotación.

Siente el pueblo ruso la tendencia comunista. Quiere, además, instaurarla. Ha hecho la revolución y cree que es el momento más favorable para lograrlo.

¿Quién se lo impide? Los bolcheviques. Los mismos que se han declarado depositarios fervientes de la voluntad popular.

Una vez más, ha visto el pueblo como su ideal de redención ha servido de trampolín para elevarse un partido que se presentó como el intérprete más fiel de los principios de manumisión humana, y una vez más ha visto desflorarse el ideal acariciado.

De que el comunismo bolchevique es una añagaza más, sólo quedan por convencer unos cuantos papanatas que andan por d mundo hablando de lo que no saben ni entienden, que quieren ser más papistas que el papa, capaces de enmendarle la plana al mismo Lenin, si Lenin pudiera venir a contrariarles.

Convencer a estas gentes de que eso del comunismo en Rusia no pasó de ser una intención, si la hubo alguna vez, es perder el tiempo, machacar el hierro frío y tirar piedras a la Luna. La estupidez tiene muchas facetas. La más perjudicial, sin embargo, es la que convierte al individuo en creyente de su propia estupidez. A éste no hay manera de convencerle; vive poseído de ser el depositario de la verdad. Si ha creído que en Rusia existió o existe el comunismo, ¿cómo sacarle del error en que vive? Únicamente podría intentarse llevándolo allá; pero se corre el peligro de que desplace el sentido natural de las cosas y las vea al revés.

En Rusia no hubo más intento de comunismo que el del pueblo, desviado al punto por los bolcheviques, que no permitieron su cristalización. De no haberse interpuesto tantas contrariedades, es muy posible que hubieran llegado tarde para impedir lo que tuvo una acertada iniciación.

El alcance y la tendencia comunista del pueblo es difícil precisarla desde el momento que desapareció apenas comenzado. No obstante, podemos decir que su tendencia fue libertaria y federalista.

Aspiraban a que el pueblo, aldea o agrupación de vecinos tuviese personalidad propia y definida, uniéndose a los demás en pacto libremente contraído.

La tierra y todos los productos en común, con amplia libertad del individuo para moverse en la esfera de actividad propia. Todo ello rudimentario y apenas esbozado, claro está. No podía ser al principio de otra manera, dada la incultura, el atraso y la ignorancia del pueblo ruso. El instinto se adelantaba al razonamiento una vez más en la corta vida de los pueblo libres. El tiempo hubiese hecho la obra más acabada, más armónica, más perfecta.

XIV

La revolución tiende a la libertad

La implantación de la dictadura del proletariado en Rusia fue una sorpresa para todos. ¡Cómo! –decíase– ¿Se ha hecho una revolución en Rusia, en el país europeo más reaccionario, para volver a caer en otra tiranía? ¿Se combate a muerte el régimen zarista, se le ataca con todas las armas y en todos los terrenos, y cuando se logra destruirlo se instaura otro igual, o peor?

Quienes así razonan solo se fijan en lo externo de las cosas, en el tinglado de la farsa política. Ni la revolución rusa, ni revolución alguna, fueron realizadas para instaurar tiranías.

La revolución tiende siempre hacia la libertad, y cuando se detiene o se desvía, no es por impulso propio, sino por influencias de doctrina política, de habilidad de partido, de ambiciones de dominio anidadas en temperamentos audaces.

La dictadura del proletariado, la tendencia autoritaria que imprimen al hecho revolucionario los bolcheviques para empuñar las riendas del Poder, es ajena por completo a la revolución. No sintetiza ni representa ninguno de sus matices.

El régimen zarista oprime bárbaramente al campesino ruso. Un país de más de un centenar de millones de habitantes cruje bajo una cruel opresión. Lo sojuzga un régimen enemigo del más pequeño conato de libertad, siempre abortada en ríos de sangre.

Cuantas voces se levantaron dentro y fuera de Rusia solicitando y aconsejando un liberalismo tolerante en materias políticas fueron desoídas, ahogándose en sangre las del interior del país.

Años y años de luchas sangrientas y feroces, no consiguieron abrir el más pequeño intersticio por donde penetrarse un rayo de esperanza.

A cada demanda del pueblo se le respondía con la prisión, la metralla y el patíbulo. Toda esperanza de libertad bajo el zarismo quedaba desvanecida.

Pero los pueblos no renuncian jamás a ser libres; no se resignan a permanecer de rodillas; no soportan sin lucha el grillete que degrada. El pueblo ruso, no desmintió la ley general que la Historia, con sus numerosos recuerdos, nos señala.

Inútil hablar del nihilismo. El sólo llena una época heroica, gloriosa, sublime; una época en la cual iban los hombres al sacrificio con la sonrisa en los labios.

Los ataques se dirigen a herir el corazón de la tiranía; alcanzan y destruyen a sus hombres más representativos. El

régimen resiste. Sin embargo, comienzan a resquebrajarlo, a ponerlo en peligro de muerte.

Con un ardor que admira y subyuga se prosigue la obra, cuyo broche ha de ser la revolución. A cada nuevo golpe, acierten o fracasen, sálvense o perezcan, parecen recobrar ánimos y sentirse más seguros de la victoria. Son hombres consagrados a una obra de redención, deudores a su compromiso hasta la muerte.

Una aureola de leyenda y de misterio los envuelve.

Caminan hacia la libertad. Ellos desbrozan, con sacrificio, el espinoso camino que el pueblo ha de recorrer.

¿Puede creerse que estos hombres que tan prodigamente daban su vida y su libertad, que lo sacrificaban todo: amor, familia, bienestar, lo hicieron para implantar una dictadura, se le dé la denominación que se quiera? Combatían la tiranía objetiva: seguirían combatiéndola hoy y siempre, a fin de suprimirla de raíz.

Enamorados de este ideal, voluptuosamente, se daban a él por entero. No les hagamos la injuria de confundirlos con quienes, aunque quieran aparecer como sus herederos, los deshonran y envilecen.

El ideal de todos los hombres que lucharon en Rusia contra el zarismo, de quienes levantaran el pedestal en que hoy aparecen colocados los sojuzgadores del pueblo ruso, fue un ideal de libertad, y de sus auras está saturada la revolución.

El periodo que la precede, intenso, henchido de acciones, relevante por el heroísmo de los hombres que lo prepararon con entereza, nos muestra una cantera de copioso y abundante material que cimenta nuestras afirmaciones.

La perseverancia del pueblo en ayudar a los nihilistas; la resistencia pasiva a obedecer las disposiciones oficiales; la tenacidad en reconstruir las organizaciones que solapadamente autorizan los dictadores para caer sobre ellas al primer gesto de independencia; el estoicismo con que los soldados se dejaban diezmar durante la guerra ruso-japonesa; la negativa a presentarse al llamamiento del gobierno y las deserciones en masa; la famosa revuelta de 1905, aviso trágico para los gobernantes, gesto que, aunque abogado en sangre, descorrió el velo del descontento popular; la constancia con que el pueblo, incansable, elegía sus diputados a la Duma, como última prenda de lucha pacífica; en suma: la admirable tenacidad demostrada en combatir al zarismo opresor, ¿no es la mejor y la más fehaciente prueba del ansia de libertad sentida por el pueblo?

¿Pudieron ser vividos tales hechos para instaurar otra tiranía? ¿Qué hay en ello que lo demuestre?

La revolución hecha por un pueblo que puede exhibir tales ejecutorias, sólo puede tener una meta: la libertad.

La dictadura del proletariado no es de progenie revolucionaria. Se ha de inscribir en el haber de un partido que la realiza para su prosperidad. Confundir la tendencia intrínsecamente liberal de la revolución, con los actos de un

partido cualquiera, es lo más desconcertante que ha podido decirse del hecho histórico de Rusia.

La revolución rusa es liberal, marcadamente liberal, acaso desbordantemente liberal. Si de algún vicio pecó, tal vez fue de haber corrido demasiado. Los precedentes, el ambiente, el pensamiento de sus hombres representativos, es siempre liberal. Si aun así, puede sostenerse que se inclinaba a la tiranía, habrá que creer en la ineficacia de probar la arbitrariedad de la propaganda bolchevique y en las excelencias del capitalismo.

Examíñese, si no, la obra de la revolución. Expropia al poseedor de la tierra; pero acto seguido considera que es hombre, y le dice: "serás igual a los demás, vivirás de tu trabajo".

Destruye privilegios, borra prerrogativas, suprime clases confundiendo a todos en un denominador común: hombres; y después de hacer tabla rasa, de arrancar de cuajo todas las diferencias, exclama: Quien quiera tener derechos ha de cumplir sus deberes; no hay más diferencias que las establecidas por la Naturaleza, sin que tampoco impliquen dominio sobre los demás.

Arguye que la libertad es un bien para todos, y excesivamente generosa en aquel momento, concede plena libertad a los detentadores del día anterior.

Suprime la autoridad, manantial inagotable de arbitrariedades; pero no la suprime sólo para los triunfadores, sino también para los vencidos. Hay en ella caudal tan

considerable de generosidad y justicia, que perdona a la casi totalidad de sus verdugos de la víspera, contentándose con arrojarlos del pedestal.

No se han reservado los vencedores el abusivo derecho que la victoria da sobre los vencidos. Olvida y sólo quiere ver tendidos brazos fraternales.

Al propietario de la tierra o de la fábrica a quien desposee, le concede el derecho de rehacer su vida más noblemente que transcurriera hasta entonces.

Una busca minuciosa y detallada de la generosidad revolucionaria, nos llevaría a conclusiones sorprendentes.

El pueblo, cuando comete injusticias, lo hace impulsado por determinismos pasionales y no por un bajo espíritu de venganza. La nobleza con que el pueblo ruso procedió para con sus tiranos, lo prueba elocuentemente.

Al desposeer de sus bienes al privilegiado, salvo circunstancias de fuerza mayor, respetó siempre su vida. El pueblo atacó bravamente mientras hubo resistencia pero después, cuando el adversario depuso las armas, fue escrupulosamente respetado.

La tendencia liberadora de la revolución queda sólidamente afirmada por estos hechos: ellos dicen en su favor muchísimo más que lo que nosotros podamos decir.

En su obra constructiva, sin embargo es donde más claramente puede verse cómo la revolución tiende a la libertad.

Socializa a la tierra, y aunque imbuida de prejuicios y resabios atávicos, pretende legalizar una situación que de "hecho" ya lo está. No es menos cierto que por ese acto confirma sus aspiraciones.

El hecho mismo de que cada individuo tenga en usufructo perpetuo del terreno que le ha correspondido, sin poder en ningún caso enajenar, vender o traspasarlo, habla bien claramente de los principios liberadores que informan a la revolución.

La libertad humana no puede lograrse mientras exista la dependencia económica, y a suprimir esta dependencia tiende la socialización de la tierra. Hacer al hombre económicamente libre, es hacerle libre política y socialmente.

La revolución va también contra el espíritu unitario, centralizador y absorbente del Estado ruso, y acordándose de que hay pueblos oprimidos en el idioma, hábitos y costumbres, los libera de la centralización, considerándolos hermanos. En su virtud, los que antes eran sometidos, pasan a ser libremente iguales. Se han borrado las diferencias, esas diferencias políticas y sociales que se alimentan del odio y de la injusticia.

El federalismo se afirma en Rusia después de la revolución tan firmemente, que nada podrá ya desarraigárselo. Considerar a los hombres y a los pueblos iguales y no inferiores, es obra de libertad. Y si más tarde necesidades políticas han desvirtuado la

obra de la revolución, el mal que se haya causado no es imputable a la revolución, sino a quienes han hecho que se perdiera su fuerza moral.

Es tan compleja, sin embargo, la obra de la revolución en este aspecto, que va mucho más allá de ese cierto federalismo a la moda defendido y patrocinado por gentes poco escrupulosas.

Considera la revolución que la libertad reside en el individuo, base de la familia, de los pueblos y de la sociedad. Pensándolo así, no se contenta con proclamar la libertad del pueblo o de la nación, los cuales, aun cuando la consigan, prescinden generalmente de hacerla extensiva al individuo, que sigue tan tiranizado como antes. Va sin titubeos a la entraña del problema y proclama la libertad del individuo, dándole además, los medios de hacerla factible. Considerándole factor básico para alcanzar la plena libertad colectiva, quiere colocarle en un plano donde pueda obtenerla, concediéndole el usufructo de la tierra y los derechos de su libertad política y social.

Los tribunales populares que se organizaron a raíz de la revolución, ofrecen otra prueba de tu tendencia liberadora.

Se suprimieron los trámites engorrosos y lentos que en vez de aclarar oscurecían las cuestiones en litigio. Se suprimió también al profesional de la justicia y se declaró abolido el Código. Los tribunales los constituyen ciudadanos elegidos al efecto entre los más capacitados y de probada honorabilidad. No existiendo un Código que defina cada delito, dejan a la

conciencia de los jueces el castigo que el inculpado pueda merecer. Esta justicia, que nos distancia tan enormemente de la que estamos acostumbrados a ver en los tribunales atiborrados de ciencia jurídica hasta la congestión, tiene algo de sencillo, primitivo, pero es profundamente liberal.

En todos los países, el enviar un hombre a presidio por toda la vida, destruir una existencia y deshonrar a un semejante, se considera como un triunfo personal del encargado de incoar el sumario y del acusador que la sociedad remunera con tal fin. Esa sistematización del delito, que es la gloria de nuestros jueces y togados, no puede darse en tribunales no profesionales, como fueron los que instauró la revolución, ya que por el hecho de su constitución misma, conceden al inculpado el máximo de garantías, que es también el máximo de libertades.

No sabemos si el modo de juzgar que la revolución rusa estableció, será el ideal de mañana, ¿Quién puede adelantar con certeza el futuro?, ni tan siquiera si es un ideal. Y, sin embargo, no puede negarse su superioridad y tendencia liberal sobre los procedimientos complicados y efectistas de los demás países.

¡El ideal! ¿Cuál será el ideal, en la justicia, entre los hombres del futuro? Imposible adivinarlo; pero indiscutiblemente, no el actual. Hay en él mucho de artificio, de convencional y engañoso. Si en elvenir subsisten tribunales que juzguen y en ellos predomina la simplificación de formas y trámites, estarán más cerca de los que creó la revolución rusa, por su sencillez y garantías de imparcialidad, que no de los existentes en los

demás países, Seguramente que los jueces de los tribunales no disputarán por si es más elegante juzgar con birrete o con peluca. Les interesaría más el espíritu de libertad en ellos vinculado.

Aquel principio sentado por la revolución de que el procesado podía defenderse a sí mismo, como lo podía hacer un miembro de su familia, un amigo, un conocido o un ciudadano cualquiera, indica el grado de saturación de libertad que hubo en la revolución. ¡Cómo pensar, entonces, en dictaduras, en violencias, en coacciones, en nada que niegue el fundamento libertario de la revolución?

Ella vino a romper las ligaduras que sujetaban al pueblo a un pasado liberticida y tiránico. Ha de creerse, pues que su aspiración era la libertad.

A lo dicho sobre la tierra, sobre el federalismo y sobre la justicia, podríamos añadir lo referente a la cooperación: pero ya hay suficientes hechos acumulados aportando pruebas que demuestran cómo la obra de la revolución fue de libertad.

La revolución rompe violentamente con el pasado; se pone de espaldas a la historia de la Rusia que fue; lanza al individuo en el torbellino de la libertad y le deja que instintivamente se guíe. En este modo de proceder no hallamos el menor asomo de dictadura, y sí la expresión más ampliamente liberadora, a que puede aspirarse.

¡Cuánta grandeza en ese gesto! Si nosotros, acostumbrados a vivir bajo la mirada inquisitiva del gorila, lo comprendiéramos; si un resto atávico y hereditario no despertase a veces el deseo

de mandar, y no tuviéramos inclinada predilección por imponer una autoridad que nace del deseo malsano de hacer sentir a un semejante el peso de nuestra inconsciencia; si una educación que desarrolla todos esos instintos y unas condiciones de vida que nos empujan a mandar o a ser mandados, no destruyesen el sentido de la responsabilidad que se adquiere cuando se pierde la consideración y el respeto a los demás y nos hiciese comprender la magnificencia del gesto, veríamos claro en nuestra propia vida, tan atormentada por miserias del corazón como falta de clarividencia para las grandes acciones.

Apegados a los prejuicios, a las conveniencias, a la rutina, cubiertos débilmente por el barniz progresivo de la época, apenas si podemos comprender, entrever solamente, lo que la revolución rusa significa cuando rompe con el pasado lanzándose apasionada en el incierto porvenir.

Fue un rayo de luz rasgando las tinieblas del presente. Su obra no ha desaparecido del todo, y el sentido de bien definida libertad que la impulsó, resurgirá de las cenizas como nuevo Fénix de anunciación.

El actual eclipse de la libertad en Rusia, la "dictadura del proletariado" (?) es algo pasajero, fuego de virutas en el que, de todos modos, se quemarán las manos muchos que lo atizan. Estos, liberticidas por el dogmatismo, por conveniencia política y por interés de partido, caerán vencidos por el contenido libertario que la revolución fecundó con la sangre derramada.

XV

¿Qué es el soviet?

Pregunta complicada y sencilla a la vez. Sencilla, porque el Soviet viene a ser con las naturales diferencias de composición, lo que es entre nosotros el Municipio. No viene el Soviet a resolver problemas como los que tuvo el Municipio en los tiempos medievales, cuando al lado de los principes de la sangre luchaban contra la tiranía del feudalismo, o bien, cuando predominando las germanías y los pequeños Estados ducales, eran más administrativos que políticos, ya que la política quedaba reservada al príncipe o a los dignatarios de la Iglesia. Complicada, porque abarcando todas las actividades sociales, interviene en ellas, las regula y modela a su antojo, o al de quien manda.

La curiosidad general ha girado sin descanso en torno a la palabra "Soviet", pronunciada por unos con unción, y con terror por otros, introduciéndose rápidamente en la literatura a título de exotismo. Basta conocer su equivalencia castellana de Junta o Comisión, para evitar torcidas interpretaciones.

La significación del Soviet queda, por tanto, encuadrada en lo que es un Municipio corriente. La equivale en todos los conceptos y en algunos la rebasa. Representa el Municipio la unión del individuo en lucha contra los señores de horca y cuchillo, incluso contra los primates de la Iglesia.

Si es verdad que éstos sirvieron de dique al feudalismo al agrupar a los ciudadanos en torno a la catedral primera manifestación de la lucha del pueblo bajo contra los señores, se unieron luego, y al verse el pueblo desamparado por la Iglesia, evolucionó hacia el Municipio, institución que él creara para defenderse. El Soviet no es otra cosa que una fase superior de esta evolución.

El progreso de los pueblos, la evolución política a que dio lugar al sufragio universal, terminó por despojar a los municipios de su misión esencialmente administrativa y tutelar, para convertirlos en antecesas políticas, en gimnasios de la palabrería, donde los aspirantes a redentores oficiales, sin riesgo, pero con provecho, hacen sus primeras armas.

Desvirtuada así su finalidad, se malogró la misión cotidiana a él confiada. Quedó desplazado por completo y contra él ha dirigido el pueblo muchas veces sus iras y sus mofas. El Soviet, en el estado rudimentario que nos fue permitido observar, nos pareció la iniciación de la estructura del futuro Municipio.

El ensayo de esta superestructura municipal no podía hacerse en ningún otro país tan ventajosamente como en Rusia. No existiendo el Municipio en tiempos del zarismo, se inicia el experimento en un país libre de las corruptelas

municipales a que tan acostumbrados nos tienen esos organismos. Los inconvenientes de la inexperiencia quedan, pues, compensados, con las ventajas del ensayo en terreno virgen.

Porque lo gesta el pueblo, goza hoy el Soviet de simpatías, como ayer las gozó el Municipio: y también porque es el pueblo quien le da calor y vida..

Ya en el movimiento revolucionario de 1905, intentaron algunas localidades rusas proclamar el Soviet, mejor dicho: lo proclamaron; pero ahogado en sangre el movimiento, de los Soviets constituidos, no quedó sino el amable y sugestivo recuerdo.

Más afortunada la revolución de 1917, constituyense rápidamente los Soviets en toda Rusia, y a la vez que propagan y extienden el movimiento revolucionario, impulsan las profundas transformaciones orgánicas obradas por la voluntad del pueblo. Representado el campesino en sus Soviets, prepara las condiciones del reparto de la tierra e impulsa y vigoriza a los pueblos que quieren trabajarla en común. Exento de dogmatismos partidistas o de escuela, el Soviet se adapta en todo momento al sentir general.

Constituyen también su Soviet los obreros de las fábricas; los vecinos de cada barriada; a veces los de una sola calle, y en casos especialísimos los de una sola casa.

La acción de los Soviets se entrelaza de tal modo, se complementan tan libre y espontáneamente, que vienen a ser el soporte de la revolución.

En cada localidad asume el Soviet todas las funciones que la convivencia social establece: administra justicia, calcula y reparte la tierra, atiende a los servicios públicos; está encargado de los registros civiles y fiscales; de formar los censos de población para regularizar el racionamiento y otras prestaciones; de ponerse en contacto con los de otras localidades y establecer el intercambio de productos; de atender a los hospitales y demás establecimientos públicos o de utilidad social. El Soviet, en fin, suple al poder legislativo y ejecutivo en cada localidad. Por su conducto, el ruso de la más escondida aldea se relaciona con todos los habitantes del país, y por él también, se considera obligado a intervenir a fiscalizar la cosa pública.

La tendencia que anima al Soviet de cada localidad es la de convertirse en entidad independiente, libre, autónoma, federándose con los demás. Se orienta hacia la formación de núcleos de población libres, bien definidos, dejándolos en condición de que luego puedan federarse entre sí para todas las necesidades humanas.

Todo esto en los primeros tiempos de la revolución, y más como aspiración futura que como cosa practicada.⁸

Es el Soviet el renacimiento de las entidades naturales que el pueblo crea en todos los movimientos revolucionarios, ya que

8 Parece innecesario que llamemos la atención del lector, sobre la imposibilidad de que los Soviets practicasen en el preciso momento de su constitución, los principios que les dieron nacimiento. En la obra que realizaron todo estaba en germen y pronto llegó la floración. Si se malograron, debe culparse a quienes los desviaron del camino netamente revolucionario.

ellas sirven a sus fines y libertad, para ponerlas en frente de las artificiales, que lo esclavizan y someten.

En torno al Soviet se agruparon todos los amantes de la revolución, todos los amigos de la libertad, todos los combatientes que el progreso tenía a su servicio, como antes en torno al Municipio se agruparon quienes querían abatir la tiranía feudal y de casta.

Como el espíritu vivo y fecundo de la revolución vivía en el Soviet, para dominar a Rusia y someterla, era preciso someter y dominar antes al Soviet.

Lenin y sus amigos fueron contrarios a los Soviets, y combatieron su constitución mientras pudieron.

Después, cuando vieron que era imposible amoldar a sus pretensiones el impulso de la masa, cambiaron de procedimiento. Oportunistas como siempre, no sólo cesaron de combatirlo, aino que lo utilizaron para sus fines. Sin embargo, nunca mejor demostrado que las entidades a las que el pueblo da su asenso sobreviven a todas las coacciones y arbitrariedades, vengan estas de donde vinieren.

Los bolcheviques no quieren el Soviet. Lo combaten encarnizadamente, y la consigna del Partido es impedir su organización. Y la oposición bolchevique a que se constituya el Soviet está plenamente justificada, puesto que aspiran a centralizar las funciones legislativa y ejecutiva y dominar desde el Poder. El Estado que desean implantar, siguiendo la línea trazada por Marx, es unitario e indivisible en sus funciones, organismo en abierta oposición con el Soviet. El Soviet es el

impulso organizador de la voluntad dispersa del pueblo, que va de la periferia al centro, de lo simple a lo configurado; mientras que el de los bolcheviques sigue la dirección opuesta, pues va de lo vario estructurado a lo homogéneo invariable, del centro a la periferia.

Esa oposición es de fondo, de principios, fundamental y como decimos, queda plenamente justificada.

Mas a los bolcheviques no les conviene de momento manifestarse contra la formidable tendencia del pueblo. Comprenden la utilidad del Soviet, y comienzan el medio para dominarlo. Antes de ponerse delante para ser arrollados por la corriente, prefieren colocarle al lado, y hábiles desviarla de su camino.

La tendencia federalista del Soviet es el principal obstáculo a vencer por los bolcheviques. Impregnado de ella como está, por la enérgica aportación de las masas, ponerse enfrente supone un peligro que no puede arrostrarse sin cierta inquietud. Tampoco pueden ellos hacérsela suya; lo impiden entre otras muchas cosas: el dogmatismo de partido, la tendencia unitaria del marxismo, el deseo de triunfar e imponerse, la rigidez de su disciplina característica, el temor de la contrarrevolución y el de perder algunas provincias del antiguo imperio.

La divergencia era irreductible, y sólo desaparecería cuando unos dominaran a los otros. Aunada la fuerza y la habilidad política, dio el triunfo a los astutos.

Convencidos los bolcheviques de que el Soviet se mantendría a pesar de cuanto se hiciese para destruirlo, de que toda propaganda o acción encaminada a mermarle prestigio hallaría la más fiera resistencia en las multitudes, se acercaron a él, decididos a hacerlo caer en sus manos.

Poco a poco, sin ruido, ni alharacas, ni desplantes, ni prisas, van haciendo su camino. Así se introdujeron suavemente en los Soviets, y cuando éstos lo advirtieron lo desafiaron con decisión.

Los bolcheviques no quisieron dar la batalla. Presintieron la derrota y variaron de táctica.

Recatadamente primero, descaradamente después, forman sus listas de candidatos a todos los Soviets de campesinos y soldados, y allí donde el número no les da la fuerza o el adversario no deja el terreno libre, recurren a la dádiva o a la violencia, según los casos y las personas.

Ante las maniobras del presentido usurpador, el Soviet se reconcentra en sí mismo para resistir; pero como aquél tiene ya la fuerza coactiva que el Estado representa, la resistencia se quebranta poco a poco, y más cuando el terror duro e implacable amenaza a quienes no doblen la cerviz.

No siempre –forzoso es reconocerlo– recurrieron los bolcheviques al terror para triunfar, ya que la fecunda imaginación que los caracteriza, les prestó recursos que evitaran lo cruento.

Las listas de candidatos bolcheviques al Soviet, eran listas cerradas; no podía suprimirse o suplantarse ningún nombre de los que en ella figuraran, y ha de suponerse que todos los candidatos eran adictos al Partido.

Manifiesta el pueblo su descontento por la imposibilidad y quiere que los demás partidos se hallen representados en los Soviets. Como esto equivale a una fiscalización de la política bolchevique y no quieren tolerarla, inventan un candidato que, según ellos, representará al pueblo, y no a otra organización política cualquiera. El "candidato sin partido", hongo peculiar de la flora bolchevique, aunque sin más clasificación que la que ellos le han dado en la fauna política mundial, sirve para engatusar, para atraer, para cazar con cimbel.

¿Qué papel jugará en la farsa el candidato "sin partido"? El de los lacayos adictos y serviles. A todo cuanto digan los bolcheviques, responderá el candidato "sin partido" que sí; se hará cómplice de todas las vilezas y las calumnias forjadas por el amo, simulando enojarse si se duda de que él obre con entereza, libertad y amplitud de miras en la defensa de los intereses del pueblo, mejor que un candidato adscrito a un partido cualquiera.

El candidato "sin partido" es en la mayoría de los casos el adicto vergonzante o el canalla dispuesto a venderse por un cocido de coles, ya que no por el bíblico plato de lentejas.

Se presta a la comedia por interés, por conveniencia, por temor, a veces por pedantería, y excepcionalmente por candor.

No obstante la añagaza, el pueblo no cae en la trampa, y de día en día manifiesta más abiertamente su despegó por la institución tan amada en un principio. Ya no concurre a las elecciones del Soviet; ha perdido todo interés por conocer los nombres de los "agraciados"; tanto le da que sean honrados como que sean unos perfectos bribones. ¿Para qué interesarnos?... ¿Para qué votar en el Soviet, si sólo han de ser elegidos los candidatos gratos a los señores que posan en el Kremlin? Clara es la ofensa al arrebatarle por el engaño y por la fuerza su más preciada conquista revolucionaria. ¿No sería ridículo y vergonzoso servir de comparsa?

A caso haya en esta actitud del pueblo ruso más altivez que sentido práctico del momento; pero así son los hechos y a juzgarlos en sus derivaciones hemos de limitarnos.

La sutil política bolchevique va triunfando cada día de los generosos y francos impulsos del pueblo, y solapadamente ocupa los puestos estratégicos que le permitan dominar mejor la situación. Hoy se apodera de este Soviet; mañana del otro. Cuando a pesar de sus previsiones ha sido elegido un candidato no adicto, aprovecha el menor pretexto para anular la elección. A los recalcitrantes los castiga. Si escudándose en el equívoco es elegido un candidato de cualquier partido de oposición y se descubre el engaño, da con sus huesos en la cárcel para que otra vez no se meta en dibujos. Así obra la "dictadura del proletariado" (?) y así respeta la voluntad popular.

Las elecciones para el Soviet se verifican bajo la mirada inquisitiva de la Tcheka. Siempre celando por los intereses de

quien paga, no permite alteración alguna al plan que previamente se le ha ordenado desarrollar.

Antes de cada elección, sea de un Soviet de fábrica, de barriada o de pueblo; ya deba encargarse de los intereses de un solo núcleo profesional, de todo un oficio o bien de una población entera, es obligado el orador oficial que ensalce la bondad, las ventajas y la utilidad del régimen bolchevique. No se olvida tampoco de declarar que los electores pueden votar a quien deseen, aun cuando como ya se sabe, de la lista oficial no pueda excluirse ningún nombre, o presentar candidatura propia si tal es el deseo; pero como no ignoran la oculta amenaza hecha, rara vez aparece una candidatura de oposición o se cambia un nombre de la lista oficial por otro del agrado de los votantes.

No se olvida el orador oficial de recomendar al candidato "sin partido", pues siguiendo las directrices que le han dado ha de manifestarlo así, añadiendo que con ello demuestra al Consejo de Comisarios el interés que tiene por escuchar la voz del pueblo en las discusiones que surjan en el seno del Soviet.

La proporción de candidatos "sin partido" en cada Soviet es reducidísima, lo suficiente para que en la comedia no falte el aspecto cómico, y aun cuando no se conozcan estadísticas oficiales, puede asegurarse que no exceden del tres o cuatro por ciento como máximo.

Con estos procedimientos se falsea el espíritu del Soviet, y lo que debió ser escuela de educación social y política del pueblo, Instituto donde le perfeccionara para gobernarse a sí mismo

prescindiendo de la tutela de la autoridad y de los servicios de una casta social especializada en tal menester, queda reducido a un engranaje más de la máquina del Estado, sin otro objeto que el de dar la sensación de una realidad que no existe, hábil y solapadamente escamoteada.

Surge el Soviet bajo los más halagüeños auspicios. Lo organiza el pueblo porque lo estima como una necesidad imprescindible para ordenar el nuevo estado de cosas creado por la revolución. En estas condiciones, el Soviet es el alma, el espíritu, la médula de la revolución. Por eso el pueblo le ama y hacia él convergen todas sus inquietudes, todos sus anhelos, todas sus aspiraciones, pues espera que de esa acumulación de inquietudes y deseos comunes, brote la síntesis de las soluciones justas y fraternales. Lo considera el punto de apoyo en el cual apoyará la palanca de la nueva estructuración social.

Antes de la dictadura bolchevique, cuando ésta no se había impuesto y el pueblo en masa concurría a la elección del Soviet y elegía a quienes consideraba más aptos, el Soviet tenía un alto valor moral, cumplía una misión delicada, satisfacía una de las más intensas necesidades colectivas. Convertido en receptor de las aspiraciones populares, las fundía unas en otras, y purificadas por el sano ambiente que allí se respiraba, se traducían en realidades bienhechoras capaces de trasformar en todos sus detalles el conjunto de la vida social.

Así, cuando ve que se lo arrebatan, que cada día le cercenan un derecho y lo sustraen a su influencia, comienza a desentenderse de él, hasta que cae definitivamente en poder de los bolcheviques. El Soviet queda convertido en su propia

caricatura. Para llegar a este final los bolcheviques no han escatimado ningún medio, todos fueron puestos en juego.

En los momentos aquellos en que el Soviet opone la mayor resistencia a dejarse absorber y desata las iras de los bolcheviques, el terror y la dádiva muestran su repugnante mueca. Hay que dominar por encima de todo. Esto es lo positivo de la política del Partido.

Para desalojar al pueblo del Soviet, se le imponen candidatos que no sean de su agrado, hasta disgustarle de la función electiva que ha de desempeñar, y cuando eso se ha alcanzado, ya no hay más que mantener la ficción para cubrir las apariencias externas.

Pero el pueblo sigue creyendo en la eficacia del Soviet. Comprende que se le ha vencido por la astucia, pero que no ha fracasado el principio que lo generó. Este se arraiga, penetra más en la entraña del pueblo. No en vano ha puesto en él toda su fe.

El Soviet es una institución de gran utilidad en el comienzo del período postrevolucionario. Para los demás países, adaptándolo a las condiciones sociales del pueblo; para Rusia tal como fue concebido y organizado.

El que, como en Rusia, no puedan ser electores ni elegibles quienes no justifiquen trabajar o desempeñen una función cualquiera, hace de él una institución transitoria para el periodo más o menos largo, aunque necesario, que ha de mediar entre la supresión del capitalismo y una sociedad ampliamente socialista, o más exacto: comunista libertaria.

Negando al desocupado la facultad de gobernar y dirigir la cosa pública, confírese únicamente este derecho a quien preste algún servicio útil a la colectividad. Políticamente, en el régimen soviético no hay más que productores, intelectuales o manuales, ya se dediquen a labrar la tierra o a producir obras de arte, ya estudien o trabajen, mientras que en los regímenes capitalistas la calidad de ciudadano confiere obligatoriamente ese derecho.

En el régimen de ciudadanía hay aún reminiscencias políticas del aristocratismo de la sangre, en el soviético estas reminiscencias se borran completamente. El derecho político –viene a decir el sovietismo–, no debe ser consustancial al nacimiento, ha de vincularse en cualquiera de las dos actividades humanas: la intelectual o la manual. ¿Con qué utilidad se beneficia el acerbo común siendo rentista, casero, clase pasiva, o viviendo del trabajo de los demás? ¿Cómo puede dar derecho a intervenir en la cosa pública el haber nacido conde, marqués, terrateniente, gran propietario o cuentacorrentista de un Banco? Por esto el Soviet declara que sólo tienen derecho a gobernar en su nombre, el del Soviet, quienes contribuyan a aumentar las riquezas colectivas.

Para sustraer al Estado o a cualquiera institución similar con que pretendan suplantarla, la regulación de la cosa pública, nada tan adecuado como el Soviet.⁹

9 Conviene que hagamos una aclaración para los no muy enterados, ya que suelen leerse cosas con frecuencia bastante confusas al hablar de la significación del Soviet. Hay Soviets de fábricas, de campesinos, de talleres, de despachos, de funcionarios; los hay de una industria, de un oficio, de barriada, de aldea, de pueblo y de ciudad. Como esta profusión de Soviets pudiera desorientar al lector acerca de lo que escribimos al hablar del Soviet llamado a sustituir al Estado para la ordenación de la vida social en una urbe,

Es indiscutible que la tendencia política predominante es la federalista. El centralismo, los Estados monstruos de recia disciplina, de administración Centralista, de rígido unitarismo político y administrativo, nacieron bajo la influencia religiosa, pues así como todas las religiones tienden a la universalidad por el dominio, y confían a un Papa o a un Profeta derecho absoluto sobre todos los demás mortales, nunca han faltado ambiciosos dispuestos a emular, imitar y practicar en provecho propio el principio unitario que las religiones representan. De este principio nacen estas alucinaciones que arrastran a los hombres a empresas guerreras formidables para organizar las monarquías absolutas y unitarias.

Roto este ideal, cada región quiere constituirse aparte, gobernarse a sí misma, regirse según sus usos y costumbres; en una palabra, autodirigirse.

A medida que estas aspiraciones se afirmen, veremos dislocarse los grandes Estados, los que sólo podrán conservar su unidad aparente en la práctica de una autonomía cada vez más amplia para cada región o comarca. Un paso más y ya nos hallamos con que la población recaba también una autonomía para desarrollarse según sus propios medios.

Así como la base de la familia, de la sociedad y de la humanidad es el individuo, la base de todas las instituciones que sirvan a enlazar los pueblos, las comarcas y las regiones,

población o aldea cualquiera, nos referimos al que desempeña las funciones equivalentes a nuestros ayuntamientos. Todos los demás cumplen misiones especialísimas y necesarias. Pero por lo mismo que se especializan y solo se ocupan de un aspecto determinado, no pueden ser los que sustituyan al Estado, ordenando y regulando la cosa pública.

entre sí, será el núcleo que forma la población, sea éste más o menas numeroso. Deducción lógica: si los individuos han de ser libres, es en ellos donde debe residir el principio de libertad, y si han de serlo los pueblos, es el núcleo de población al primero que la libertad ha de concederse. El Soviet, hoy, entidad natural, como lo fue ayer nuestro Municipio, antes de que se corrompiera y envileciese es el señalado para conservar encendida la antorcha de la libertad

La revolución rusa con el Soviet, nos ha mostrado un camino y dado una pauta que no debemos desdeñar.

Cada núcleo de población, por reducido que sea, necesita un órgano que ordene, regule y administre la vida de relación del grupo, principio que sentó la revolución. En consecuencia, quiso crear el órgano y fundó el Soviet. Lo que más tarde se ha hecho de él es otra cosa; lo que nos interesa es el principio. Fundado ya el Soviet, tiende a adquirir personalidad propia, definida, arrebatoando al Estado y a los gobernantes todas las prerrogativas. La utilidad revolucionaria del Soviet, como su valor constructivo de un estado de cosas nuevo es innegable, ya que retornan a él funciones que la fuerza y el afán de dominio de reyes y tiranos arrebato a los primeros núcleos de población que intentaron una ordenación en su convivencia social.

Si la realidad de los hechos ha de ser piedra de toque para las ideas, crisol donde se fundan y purifiquen, miremos desapasionadamente hacia el Oriente. Aprenderemos muchas cosas, y sobre todo, a conocer al Soviet, la institución más fecunda de la Rusia revolucionaria.

En manos del pueblo, por él dirigida y orientada, socavará los fundamentos de los Estados, transformará la convivencia social, dará un sentido más humano a las relaciones sociales, ayudará a educar al hombre y lo condicionará y hará apto para una vida superior a la que todos los pueblos se encaminan. Esta es su misión si, como es de esperar, y después del eclipse que las necesidades le han impuesto en Rusia, vuelve a ocupar el lugar que naturalmente le corresponde.

XVI

La tragedia de la revolución

El sentimiento trágico de la revolución no está, como puede suponerse, en las violencias colectivas e individuales que la lucha origina, ni en las consecuencias que trae consigo la desorganización del antiguo régimen, con ser espantoso el hambre, miseria y privaciones.

La tragedia es un conflicto de orden moral, o si se quiere de naturaleza sicológica y pertenece a las cosas del espíritu.

La revolución rusa ha vivido su tragedia porque en ella se ha planteado el más grande conflicto espiritual que sea dable producirse en un hombre que arrastra a todo un pueblo en su

tragedia. Se han encontrado frente a frente el concepto materialista y formulario de la vida con la realidad sicológica y temperamental de un pueblo. Y del choque de estas dos corrientes dramatizado por determinismos circunstanciales, surgió el conflicto cuyo desenlace no ha llegado aún; pero hemos visto ya lo suficiente para saturarnos de sus emociones.

Se ha dicho que el alma de la revolución fue Lenin. En esta afirmación hay un craso error, hijo de la incomprensión y de una tendencia general a simbolizar en la figura más destacada y poderosa, los gestos y acciones colectivos, cuyo significado, alcance y trascendencia se creen comprender así mejor.

Lenin no pudo ser el alma de la revolución. Fue uno de sus impulsores más activos; uno de los más decididos y enérgicos. Pudo infundir a su acción un ardor y un entusiasmo o energía individual superior a la de cualquier otro revolucionario; pero de eso, posible y hacedero, a que se le endosse la obra acrisolada de la revolución, que fue anónima por ser del pueblo, media una distancia hasta las antípodas.

La confusión parte, sin duda, del hecho de ser Lenin el jefe del Partido bolchevique. Triunfante este Partido y a su cargo una responsabilidad muy visible –alma, eso sí, del Partido–, ha confundido todo el mundo el triunfo de la revolución con el triunfo del bolchevismo. Una leyenda más para la Historia.

Descartado el supuesto que la generalidad acepta, ha de orientarse el pensamiento hacia la demostración de una verdad que refleje bien los hechos.

Lenin fue un temperamento autoritario y absorbente, fundó y sostuvo un partido a su "imagen y semejanza", donde tan sólo sus ideas y opiniones debían ser aceptadas.

Lenin, digan cuantos quieran sus admiradores y amigos, no toleró jamás que sus ideas, en cuestiones fundamentales, fuesen rechazadas. Transigía a veces en cuestiones de detalle; en las que él consideraba fundamentales, jamás.

Examinada su obra, cuanto ha dicho y escrito, veremos siempre que las resoluciones del Partido no se apartan nunca de la tesis que él sostuviera.

La interpretación que da Lenin al marxismo, que es la adoptada por el partido bolchevique, ¿no prueba ya su poder absorbente? Frente a este criterio, ¿qué vale el criterio de Trotsky, de Zinoviev, de Bujarin, de Kamenev, de Radek, de Rikof y de tantos otros componentes del Partido?

La organización interna del Partido, con sus normas de férrea disciplina, de obediencia ciega al jefe, de sumisión absoluta del individuo a cuanto se le ordene, ¿no es la confirmación plena de una individualidad imponiéndose?

Lenin, por un extraño contraste entre lo que son sus ideas y la idiosincrasia de su raza, todo lo reduce a principios autoritarios, a normas rápidas, a cuestiones uniformes.

De raza tártara, de temperamento eslavo, se acusan en él las características de su origen, y por eso no es raro verle proceder con arreglo a estas condiciones, aun cuando su ideología siga opuestos derroteros.

Lo sorprendente es ver injertado en un temperamento eslavo el uniformismo, la unilateralidad germana.

Disciplinada su mentalidad a lo tudesco, asimila perfectamente el metodismo que caracteriza a todo lo proveniente de ese país, que luego quiere trasplantar a un pueblo que siente de modo contrario.

El contraste es insuperable. El ruso es apático, lento en proceder y de una indolencia inconcebible aun para los latinos. Su idiosincrásica indolencia lo lleva frecuentemente a olvidarse de aquello que le rodea y a veces de sí mismo.

Enemigo del método, de la fórmula de ordenamiento, todo lo deja al azar, a lo casual, a lo accidental. Para él, según nuestro modo de apreciar, el futuro es siempre un supuesto con el que nunca se cuenta, más bien obra de algo sobrenatural que no de voliciones. Todo en él: pensamiento y acción está saturado de misticismo, de dinamismo espiritual, por así decirlo, predominando el atavismo.

Si algunos individuos de condiciones excepcionales superan debido a la cultura europea las características de su raza, como sucede en otro sentido con las individualidades de otros pueblos y otras razas, la victoria no es siempre completa, pues la idiosincrasia, a la corta o a la larga, se manifiesta y revela lo

que la educación y hasta el haberse asimilado una cultura y una civilización repelente cubría.

Lo irracional, sin embargo, es que esa poderosa individualidad, intente adaptar por la violencia una modalidad de pensamiento y de sentimiento a una raza de opuestas condiciones sicológicas por su temperamento.

Lenin estudia a Marx, a Engels y a Lassalle.¹⁰

Del socialismo de Estado a que la síntesis de la teoría de los tres dio lugar, conocido con el nombre de marxismo, ¿Qué conclusiones saca Lenin?

En su obra capital: "El Estado y la Revolución" es donde mejor puede analizarse, aparte de sus trabajos de prensa escritos antes de la revolución de 1917, desconocidos en su mayor parte por nosotros. En esta obra se perfila su temperamento, y se abre ancho cauce al curso de sus ideas.

Su interpretación marxista difiere en absoluto de la de Kautsky, Bernstein y otros teorizantes del marxismo, pero se adapta por completo a su manera de ser. Y él, que niega "eso" del carácter y del temperamento, que reduce la vida a fórmulas, a ecuaciones, casi a una cuestión algebraica, ha interpretado a Marx adaptando las teorías del maestro a su temperamento y carácter. Le ha ocurrido a Lenin lo que a esas

10 Sabido es que Lassalle, aunque posterior a Marx, resulta ser un precursor del socialismo de Estado. De Engels, individualmente no se habla casi nunca. Por lo que fuere se convirtió en una especie alter ego de Marx, su mejor colaborador, confidente de sus ideas y compañero de muchas de sus andanzas. La Historia ha cometido la injusticia de relegarlo a lugar secundario esfumado en la popularidad alcanzada por Carlos Marx.

almas virtuosas que se pasan la vida flagelándose, maldiciendo de las pasiones, haciendo profesión de fe y que cuando a fuerza de ayunos, de abstinencias, de maceraciones y de cilicios creen haberse salvado de ceder a la tentación, se asoman al mundo, y al primer contacto con los goces terrenales, la virtud cae, débil como un soplo. Y es que la vida se guía por instintos y pasiones, y no por fórmulas o métodos.

Lenin interpretó el marxismo a través de la rigidez alemana, en la que se formó culturalmente.

Después quiso hermanar esa rigidez con su temperamento autoritario. De aquí su discrepancia con casi todos los demás teóricos marxistas del mundo, incluso con la mayoría de su propio país. Y aun cuando entre los demás teorizantes marxistas los haya deseosos de mandar y gobernar un país, difícilmente se hubiese hallado un contemporáneo de Lenin con la fuerza dominante y sojuzgadora que éste tenía. De aquí su aversión para todos ellos y la commiseración sarcástica con los que los trataba generalmente.

Cristalizada en su pensamiento la rectilínea interpretación marxista con voluntad activa y energética, modela el Partido siguiendo, la misma trayectoria, a la que él, como cuantos le rodeen, han de ajustar sus actos. Establece una jerarquía inamovible para los hombres y para las cosas. Sus relaciones, a partir de este momento, tanto para con los individuos, como para con los partidos que se digan afines, no pueden ser las de la confraternidad a que un pensamiento común induce, sino las de sumisión o de pugna. Discrepar de su criterio es lucha. No queda otra alternativa: luchar o acatar.

Hasta aquí la dualidad latente en Lenin y que repercute en sus relaciones para con los demás, no va más lejos de provocar conflictos y discrepancias de orden interno, cuyas consecuencias, por graves que sean, se reducen al círculo donde él desarrolla sus actividades. Lo grave será cuando rebasado este círculo se ensanche y abarque amplios horizontes.

La revolución, con el acceso al Poder de los bolcheviques orientados por Lenin, señala el límite de esta dualidad.

Hemos expuesto ya, breve y concretamente, los rasgos que mejor caracterizan al pueblo ruso. La educación, que bien orientada pudo contribuir a desarrollar y a dirigir las raras cualidades de los eslavos, congénitas a su propia naturaleza, estaba completamente descuidada, por lo que el ruso, tanto el de las clases altas como el de las clases bajas se guiaba por sus instintos y pasiones.

Ahora bien: el conflicto estalla desde el momento en que los bolcheviques, secundando el pensamiento de su jefe, quieren imponer al pueblo normas y métodos que en nada se ajustan a su manera de ser.

Lenin sueña para Rusia con una organización metódica, regular, uniforme, que lo prevea y ordene todo, que nada deje al azar de la circunstancia, a la iniciativa fecunda y espontánea. Cada ciudadano ha de saber, hora por hora, día por día, qué es lo qué debe hacer, cómo ha de pensar, cuáles han de ser sus diversiones y cuáles sus ocupaciones. Cómo ha de comer y cómo ha de vestir. Qué debe hacer y qué no debe hacer. Todo

está previsto. En política le dan las ideas confeccionadas. En cultura también. El Estado, previsor y benévolos formará equipos de especialistas en cada materia y en cada actividad, que pensarán por el individuo, se lo darán todo hecho y a mano, y de donde se tomará, no lo que se quiera y desee, sino lo que esos especialistas crean de necesidad. La uniformidad del procedimiento hará que todo se haga en serie y el país será un inmenso Bazar, un sistema Taylor, donde todos los movimientos, gestos y acciones estarán previstos de antemano.

Pero el sueño de Lenin no es realizable. Ni en Rusia ni en ningún otro país; pero en Rusia muchísimo menos. Los hechos lo patentizan.

Su criterio de un Estado centralista, absorbente y unitario, ha podido realizarse por la fuerza de las armas, por la violencia y la coacción. Sobre ellas habrá de sostenerse el Estado mientras pueda, pues el día que le falte esa fuerza se hundirá definitivamente. El zarismo, que tendió a formar un vasto imperio de lo que eran pueblos nómadas y errantes en la inmensidad esteparia, hubo de hacer concesiones, en su propósito unitario, para no verse envuelto en guerras civiles y conflictos que lo hubieran debilitado progresivamente hasta minar su soberanía.

La organización que del trabajo ideara Lenin, ha sido tan desdichada como la del Estado. Con unanimidad raramente alcanzada, cuanto dispuso el Consejo de Comisarios del Pueblo, fue sistemáticamente saboteado. Por fin, ante la invencible

resistencia pasiva de las clases trabajadoras, llamó en su auxilio a la burguesía.

El momento del choque, formidable, vibrante hasta producir la tragedia, se produce cuando se trata de imponer las normas políticas que establecen las relaciones del Estado para con el individuo. A las discrepancias materiales, se unen las morales; el Estado quiere someter al individuo, despojarlo de su personalidad. Convertirlo en accesorio mecánico; pero el individuo se opone y el conflicto se agudiza teniendo por escenario la inmensidad del país.

Los instintos –no nos cansaremos de repetirlo– que son los que guían al individuo, oponen tenaz resistencia a las fórmulas estatales. Es una lucha entre lo real, lo dinámico y lo vivo contra lo ficticio, lo estático y lo yerto. Es la vida exuberante, en todo su vigor, oponiéndose a normas que tienden a destruirla.

Todas las teorías del mago de la dictadura del proletariado, del Estado proletario y de la bolchevización de las masas, se estrellan indefectiblemente contra esa realidad que nadie puede negar: el instinto.

Disposiciones, leyes, mandatos, órdenes, fórmulas, normas, métodos, centralismo, militarismo, disciplina: nada; todo queda reducido a humareda, a negaciones, a entelequias. Antes, cierto es, provocan formidables conflictos. La lucha adquiere impensadas proporciones; los sacrificios se multiplican; mas, al final, triunfa la vida, y es ella la que dicta sus leyes. La tragedia ha pasado, empero, y ha causado

víctimas innumerables. La aberración de Lenin no podría producir otros resultados. Cada pueblo tiene características propias que es insano atacar por la violencia, sean o no perjudiciales para la civilización. Verdad es que para los bolcheviques, y más particularmente para Lenin, esto del carácter son reminiscencias pequeñoburguesas, resabios y atavismos burgueses. La realidad, sin embargo, ha debido convencerles, si lo creían de buena fe, cuán equivocados estaban al juzgar trivialmente lo que es congénito a la naturaleza humana por ser su propia esencia.

El resultado infecundo a que ha sido condenada la política bolchevique formulada para todos los países idénticamente como lo hicieran para Rusia, ha hecho que la tragedia, nacida de la dualidad de querer aplicar una cultura en oposición flagrante con la idiosincrasia de un país, después de asolar a éste, de sumirle en el sufrimiento y en el dolor, haya traspasado las fronteras y se haya extendido al mundo entero. Idénticas causas suelen producir idénticos efectos. Si excepcionalmente no es así, confírmase la regla. Los daños que esta política causó a Rusia, se multiplicaron proporcionalmente cuando prevaliéndose de la influencia que la revolución ejerciera sobre las clases trabajadoras del mundo entero, tratase de hacerla extensiva a todos los países. Hungría, Baviera, Finlandia y Estonia, por no citar más que los casos más destacados, han tenido su papel en el drama.

Esta política nace del dualismo que se establece entre el temperamento del jefe comunista y la interpretación autoritaria que da al socialismo. El partido bolchevique sirvió

de vehículo a ese dualismo y a esa interpretación; y la revolución, de campo experimental.

Por eso, entre la idiosincrasia del pueblo ruso y los dirigentes comunistas guiados por Lenin, hay una oposición tan enorme que no puede soñarse en una posible aproximación.

Modelar un partido según las concepciones propias no es cosa fácil, pero un carácter dominante y energético puede conseguirlo. Hay en cada individuo una tendencia natural a unirse por afinidad de temperamento. Las ideas, no atraen tan fuertemente como estas afinidades. Pero modelar todo un pueblo, imponerle normas que repugna por motivos de constitución étnica, no está al alcance de nadie, y el intentarlo solamente es emprender una aventura desdichada.

Rusia ha debido pasar por esa prueba. El concepto que Lenin se formara de la organización a dar al Partido, como de la organización política, económica y social del pueblo, adquiridas en el estudio del metódico científicismo germano, quiso implantarla a rajatabla en su país, apenas se vio a la cabeza del gobierno, olvidando –cosa imperdonable en él– las condiciones naturales del pueblo ruso.

Es sorprendente y casi no se comprende que un hombre de las excepcionales condiciones de Lenin cayera en error tan grave. Sólo dos explicaciones caben: o bien incurrió en él por incomprendición –hipótesis inadmisible– o bien por fanatismo –mucho más probable.

Lenin vivía subyugado por el concepto materialista de la Historia que de sus estudios obtuviera Marx.

No encontró otra solución al problema social que la de encuadrarlo en una serie de fórmulas y de pragmatismos. Nada de pensamientos, de voluntades, de iniciativas concordantes. Esto tiene sabor burgués y demócrata. Nada de caracteres y de temperamentos. En la sociedad no ha de haber más que un temperamento, un carácter, una voluntad, una iniciativa y un pensamiento. A la mayoría de los hombres, les sobra, pues, el cerebro y el corazón. De esta reducción del hombre, de querer destruir lo que en él hay de más elevado e íntimo es de donde surge el conflicto moral, el choque que había de conmover profundamente a la Rusia revolucionaria, la tragedia de la revolución.

XVII

Concreciones finales

Por no dar excesiva extensión a estas páginas abreviaremos en lo posible cuanto de más interesante nos queda por decir. Lo exigen causas que el lector sabrá comprender; no porque no haya nada más que agregar a lo expuesto por todos los que han escrito acerca de Rusia y de su revolución. Se ha dicho tan poco en comparación con lo que todavía puede decirse, que no nos hacemos la ilusión de haber agotado el tema. Convencidos estamos de que apenas se ha desflorado. Sin embargo, por nuestra parte, y por ahora, poco más agregaremos.

Sospechamos que algunos de nuestros juicios acerca de la política bolchevique, van a ser triunfalmente esgrimidos para combatir con más saña quienes se apropián indebidamente el substantivo de comunistas. No faltará quien armándose de

esos trofeos entre en campaña y arremeta contra los partidarios de la política de Moscú, echándoles en cara su proceder.

¿Serán justos al reprochar sus procedimientos? Según quienes hagan estos reproches.

Nuestras observaciones de la política bolchevique rusa, están hechas desde un punto de vista tan ajeno a las parcialidades partidistas, que quien no se coloque en la misma posición no se hallará en condiciones de juzgarla como lo hacemos.

Situados a igual nivel que los demás, nuestros juicios serían muy otros, pues si bien hemos combatido y seguiremos combatiendo la política bolchevique, es en razón de que, habiendo podido desenvolverse en condiciones de superioridad en relación a la política de los demás Estados, apenas si han hecho otra con que imitada, ya que han caído en casi todos los errores, en todos los vicios y en todas las equivocaciones que venían a destruir; caída imperdonable por reclamarse de una escuela que, aplicadas sus enseñanzas a la vida social de los pueblos con espíritu amplio y comprensivo, habría superado indefectiblemente cuanto hasta el momento se ha hecho en política.

No es, pues, volviendo la vista al pasado, mirando hacia atrás, ni aún al presente, como juzgamos la política y la obra bolchevique en Rusia; es mirando hacia el porvenir, dirigiendo nuestro pensamiento al futuro, invocando el mañana venturoso y justiciero. De otro modo, ha de reconocerse que en el orden evolutivo de la política de los Estados actuales, la

seguida en Rusia por los bolcheviques representa una fase superior de esa política aun a través de las imperfecciones e incongruencias que la caracterizan. Curad a los bolcheviques de su manía dictatorial –porque se llama dictadura del proletariado, no es aceptada por la burguesía– y no encontrareis un solo hombre de gobierno, uno de tanto a quienes ha dado en llamarse estadista que no aspire a emularlos

Es más: sin la oposición constante del pueblo, sin la resistencia, pasiva o violenta que éste ha mostrado a dejarse absorber por el Estado, ¿quién duda de que hace ya mucho tiempo que todos los pueblos habrían caldo en el ensayo de estatificación en que ha caído Rusia bajo los bolcheviques?

La revolución francesa, con la destrucción del feudalismo y la entronización de la burguesía en su lugar, abre el comienzo de esa era de estatificación, pues al sentar el principio de la unidad nacional, de la igualdad ante la ley, de la soberanía del ciudadano ejercida por conducto de sus mandatarios en el Parlamento echa los cimientos del Estado democrático futuro, que tendrá como ideal ordenar la vida del individuo, tan metódica y escrupulosamente que este se hallará encerrado en la legislación como lo está el pájaro en la jaula.

Contra esta metodización de la vida, es contra la que el individuo se alza. Se siente cohibido, encerrado, coaccionado. Cada disposición gubernativa estrecha más el círculo en que se ha de desenvolver, y comprendiendo que a medida que más se legisle menos espacio libre le quedará, se revuelve contra la autoridad y el Estado cede, con lo que el individuo consigue

gozar de más libertad en sus movimientos y acciones. La libertad de que el individuo goza no es, por tanto, el don generoso y magnánimo de Quienes gobiernan, sino la recompensa al esfuerzo de no dejarse absorber.

Por esta razón, a la política rusa no le faltarían imitadores, de lo que se infiere que nuestro criterio al juzgarla sólo puede ser compartido por quienes se coloquen de espaldas al pasado, frente a la estatificación y mirando a un futuro de plena libertad individual. Los demás no pueden compartirlo; se hallan más cerca del concepto político bolchevique que del nuestro.

La revolución rusa ha planteado de nuevo con más calor y mejores elementos de juicio una discusión bastante olvidada en los últimos años: la necesidad o la no necesidad del Estado. Es viejo ya el litigio entre los que afirman y los que niegan. Sin embargo, la discusión no ha terminado ni terminará fácilmente, pues más que entre individuos o partidos políticos, está entablada entre el espíritu de libertad cada día más consciente en el pueblo y la tiranía, fuerza de opresión que se sostiene en los prejuicios arraigados en la mente humana. Es el ayer en lucha con el hoy; el pasado que quiere imponer sus leyes al futuro.

Las dos tendencias, que comienzan la una, negadora del Estado, en el liberalismo clásico para terminar en el

anarquismo, y la otra, en el Poder absoluto, en la autocracia, para llegar hasta el socialismo de estado –marxismo–: aprovechan cuantas ocasiones se presentan para hostilizarse, y tienen en los momentos actuales ancho campo de discusión. Marxista o no, el Estado que los bolcheviques establecieron en Rusia, es el que más se asemeja por sus propiedades a ese Estado superior de que nos habla Hegel, a esa organización en la que el hombre desaparece totalmente confundido y eclipsado ante el Poder majestuoso que se eleva sobre todo y sobre todos.

La posición de quienes combaten al Estado y afirman, no sólo la posibilidad de prescindir de él, sino la necesidad de intentarlo, se afianza y robustece a cada paso, pues el ejemplo ruso viene a ser definitivo en la materia.

Los leninistas afirman que de no haberse producido la contrarrevolución interior y la exterior, apoyadas las dos por una parte de la opinión rusa, la concepción del Estado de Lenin hubiese llegado a ser una realidad conveniente en Rusia. No negamos que las influencias proyectadas sobre la vida de aquel país por la contrarrevolución, fueran un impedimento para realizar una obra perfecta: pero ni Lenin, ni los continuadores de su obra, desaparecido el fundador del bolchevismo, pueden demostrar la exactitud de sus afirmaciones.

La certidumbre de que la contrarrevolución fue un impedimento para la completa realización política que soñara Lenin, todos la tenemos. Lo que hace falta demostrar es que sin el obstáculo de la contrarrevolución hubiese realizado el jefe bolchevique su ideal. La perfección de una obra no se

percibe totalmente hasta terminada: sin embargo, en la seguridad de los primeros trazos se dibujan ya las armonías del conjunto, y en la obra comenzada por Lenin, ningún perfil, ningún rasgo deja entrever que su concepto del Estado sea el ideal de organización social superior acariciado por los pueblos.

Y si no puede negarse que la contrarrevolución y las dificultades económicas inherentes a todo estado de subversión contribuyeran a crear dificultades, no es menos cierto también que en otros aspectos, pudieron desenvolverse con desembarazo. ¿Por qué no aprovecharon esta compensación que se les ofrecía a su actividad?

El crédito y la libertad de movimientos de la revolución les creaba una situación ventajosa. No había que contrarrestar en muchos aspectos obstáculos de oposiciones organizadas, ni la resistencia de internos creados. ¿Qué mejores condiciones pueden pedirse, sin crítica ni censuras que afrontar? Todo les era favorable, si exceptuamos, vencida, la contrarrevolución. La misma penuria económica, se convertía en elemento dócil a una mano creadora.

No obstante, el fracaso del Estado como organización superior, es rotundo. Bien claramente se ha visto en Rusia. Cuando al llegar los bolcheviques al Poder se vieron en la necesidad de organizar el funcionamiento del Estado, lo intentaron con el entusiasmo y la energía de todas las fuerzas jóvenes y en plena posesión de sus facultades. A pesar de estas condiciones tan favorables, bien se ha visto que nadie es capaz de hacer milagros. Fracasaron. Y no fracasaron por los atrevimientos de que la reacción mundial les acusa, sino

porque el error de un principio lleva en sí los gérmenes de su esterilidad. Por eso, la utilidad o inutilidad de una institución política, no depende exclusivamente y en todos los casos, de la ética de los hombres que la representan. Cuando la institución es inútil en su esencia, la condición de sus hombres representativos, no puede evitar el fracaso. La inutilidad del Estado ha quedado bien patente después de la revolución rusa.

Los pueblos, en su lenta y trabajosa ascensión hacia estructuras sociales superiores, han de den de prescindir del factor Estado, si quieren con toda potencia alcanzar un ideal de justicia y de convivencia fraternal. Si como hasta el presente no saben vencer errores seculares, irán de Escilas a Caribdis, saldrán de una tiranía para caer en otra, se sacrificarán inútilmente. Hacer revoluciones para reemplazar un Estado por otro, es la mayor locura que aqueja a la humanidad.

Digamos, no obstante, que el esfuerzo del pueblo ruso no ha sido infructuoso; nunca lo es por completo. Sería negar la virtualidad a la evolución. Poco a poco y merced a su esfuerzo, las cosas de Rusia irán cambiando, se debilitará el Poder en la justa proporción que se fortifique el pueblo, y éste entrará entonces en la plenitud de sus derechos. Pudo evitarse esta dilación y las inquietudes a ella inherentes si, desde el principio, hubiese desarrollado por sí mismo y no confiándose a una institución cualquiera, la acción constructiva propia de! ideal que le llevó a la revolución.

Entre los que niegan y los que afirman la necesidad del Estado, están los que se colocan en el término medio, que no son los menos, por cierto. Si provienen del campo burgués, patrocinan la idea de un Estado paternal que ponga cara de vieja regañona, pero bondadoso con los que quedan bajo su tutela. A estos hombres de buena fe, se les unen los socialistas demócratas. Si provienen del socialismo de izquierda –como los bolcheviques–, se inclinan por un Estado autoritario, fuerte, poderoso, denominador e impositivo a cuyos mandatos no ha de replicarse y cuyas órdenes han de obedecerse. Quienes así piensan, se confunden fácilmente con los partidarios del Estado absoluto y tiránico, casi con los del poder personal. Se diferencian de ellos en que los bolcheviques, por ejemplo afirman que su finalidad es educar al hombre, hacerlo, por la instrucción, apto para vivir en la nueva sociedad, sin leyes coercitivas ni fórmulas que le obliguen, llegando finalmente, a la desaparición del Estado; en tanto que los partidarios del Estado absoluto, quieren mantenerlo incólume en sus formas conservándolo a perpetuidad.

La idea de quienes se colocan en el término medio, de los partidarios de un Estado paternal, ¿es posible?, ¿es hacedera? ¿Y la de quienes como los bolcheviques sustituyen un Estado por otro, afirmando que lo hacen para preparar su desaparición, lo es?

Si la Historia y la vida, con el recuerdo del pasado y la complejidad de los hechos diarios, han de aleccionar acerca de cómo hemos de componernos para vivir entre nuestros semejantes, de cómo los pueblos han de organizarse para vivir mejor y más libremente, la idea de un Estado paternal, previsor

y justo, ha de rechazarse en absoluto. ¡Cuán engañosa es la creencia que la mayoría de las gentes acarician acerca del particular!

Los pueblos han corrido tras el mito del Estado con la misma alucinación que corrieron tras el de Dios, y tan nefastos han sido los tronos que elevaron en las alturas, como los de la tierra, ocupados por hombres a quienes la ignorancia y la superstición rendían pleitesía. El considerar al Estado como eje de la vida social de los pueblos, es una idea tan equivocada como la de nuestros antepasados, que creían que la Tierra era el centro del Universo.

Bien quisiéramos admitir esa idea de un Estado paternal o la del otro, del bolchevique, suprimiéndose a sí mismo. Pero ni la una ni la otra son realizables. Por su misma naturaleza el Estado tiende a la absorción de todas las actividades humanas, y cuando ha conseguido encerrarlas en el círculo de su actividad las modela de forma que logre ser invulnerable. Toda idea de desaparición lenta o de aminoramiento en sus facultades, es entonces imposible. Los pueblos se han habituado a vivir en el círculo vicioso que el Estado trazó para ellos, y sólo una revolución lo destruirá... ¿para volver a empezar?

El hombre desea perpetuarse en la especie. La tendencia de todas las instituciones que crea es también la de perpetuarse: que prevalezcan a través del tiempo y de las generaciones, que den fe de una existencia y de una voluntad desaparecidas. Este es su deseo, pues con la idea que les dio vida les trasmittió el ansia de hacerlas imperecederas.

¿Cómo pensar, entonces, en que el Estado, la institución más altamente representativa de cuantas ha ideado el genio creador del hombre, tienda a desaparecer por la voluntad fríamente razonadora de éste? Y aun cuando este caso se diera, los intereses creados, los privilegios y prerrogativas que a su amparo se desarrollan ¿consentirían en ello?

No. Nada de pueriles quimeras. Ni el Estado paternal, ni el Estado condenándose voluntaria y premeditadamente a una desaparición, son posibles. Cualquier cosa puede creerse menos que un Estado se elimine voluntariamente o prescinda de la fuerza como autoridad.

Quédense esas creencias para nuestras clases mesocráticas, entre quienes abundan los partidarios del Estado paternal, o bien para los bolcheviques que nos hablan del Estado como de un régimen provisional nacido de circunstancias históricas especiales, y que no aspira sino a desaparecer dejando paso a una sociedad productora autónoma. Ilusión, que la triste realidad está encargando de desvanecer.

¿Cuál es el futuro, entonces, de la revolución rusa? ¿Hacia dónde dirige sus pasos? ¿Habrá sido infecundo el esfuerzo revolucionario de varios años? No. Sólo suponerlo sería ya un absurdo.

La revolución rusa se debate entre las incongruencias del régimen bolchevique. Contra ellas lucha y por dominarlas se esfuerza. Es ley ineludible. Todo avance, toda transformación, todo cambio radical y rápidamente realizado en las condiciones de un pueblo, conduce a incertidumbres y vacilaciones que sólo el tiempo elimina lentamente. No se subvierte el estado de cosas en un país sin gran quebranto, cuando ya ocurre en el individuo. Alterad de súbito los usos y costumbres de cualquier persona, el ritmo de su vida externa, puesto que nada puede lograrse contra la vida interna del pensamiento, y le veréis vacilante, descontento y desconfiado hasta lograr adaptarse al medio o modificarlo a sus necesidades.

Rusia, que sale de un pasado abominable y cruel y entra sin transición alguna en un presente cuyas consecuencias es imposible prever, vacila y desconfía.

Ha hecho una revolución. Ha plantado un jalón divisorio entre el pasado y el futuro de su historia. Le alumbría la luz incierta de un nuevo día ¿Cómo será su mañana? Nadie puede penetrar en las inquietudes que levanta el amanecer de un pueblo henchido de promesas.

Sin embargo, hay un hecho evidente que nadie puede negar: una revolución que ha subvertido todo; que de un salto, pasa a realizar ensayos de organización socialista, para los cuales, ni aun los países de mayor tradición política se creen preparados.

¿Qué fracasan estos ensayos? ¿Qué han fracasado ya? Esta es otra evidencia. Pero así como el usurero no presta sin quedarse con la mayor parte entre las uñas, la revolución rusa,

al caer en la usura bolchevique, nos habrá aleccionado rudamente y desbrozado el camino.

Por lo pronto, no ha de soñarse para Rusia con el retorno de un Poder absoluto y personal como el desaparecido. Ni siquiera algo que se iguale a las formas retardatarias que existen en los demás países. El régimen político ruso de mañana, para cuando las pasiones se hayan aquietado y el periodo excepcional en que vive aquel país llegue a su término, será una República Federal democrática, muy democrática, con tendencias socialistas tan profundamente acusadas, que harán imposible una completa restauración capitalista. Y así como hemos reprochado a los bolcheviques sus errores, hemos de hacerles la justicia de reconocer que por otra parte, contribuyen al advenimiento de la estructura orgánica que la Rusia revolucionaria adoptará como definitiva al salir del período postrevolucionario. Detenido el impulso del pueblo y desviado de la trayectoria que en el primer momento se trazara y que había de conducirla al comunismo libertario, lo menos que puede pedirse es que se mantenga bastante próximo a él, que no le aleje demasiado.

Lo que cayó, lo que aplastó la revolución no hay poder humano ni "preces al Altísimo", capaces de restaurarlo.

Se han trasformado muchas cosas y muy profundamente, para que ello sea posible. Las multitudes oponen siempre resistencia a abandonar lo estatuido, pero vencida la resistencia y lanzadas al futuro, a él se aferran debido precisamente a la misma resistencia que oponen a cualquier

cambio de situación. Parece como si el esfuerzo las dejara impotentes.

Cuando un régimen ha sido suplantado, su restauración no se consigue si no es inmediatamente. Transcurrida esa oportunidad ha de perderse toda esperanza en la restauración,

Que la situación actual de Rusia sea mala y que el régimen bolchevique sea combatido, no debe interpretarse como indicio de una posibilidad restauradora, en la que el pueblo, ni piensa ni quiere. Querrá, si, salir del círculo vicioso en que hace ocho años se debate, pero de esto, sentimiento bien hondo del alma colectiva, a un posible retorno al pasado, hay una diferencia bastante considerable.

Ya nadie habla del zarismo. Se ha descartado como posibilidad contrarrevolucionaria. Ahora se cuenta con la posibilidad de una reorganización de tipo capitalista corriente, de algo que se asemeje a una monarquía constitucional o bien a una república burguesa.

A esta restauración es a la que nos referimos en los párrafos anteriores, considerándola también imposible.

Por mucho que retrocedan los bolcheviques o cualquier otro partido que les suceda en el Poder, una organización capitalista idéntica a la de cualquier otro país, no es ya posible. No se trata sólo de afirmar que el zarismo no retornará jamás, sino de añadir que tampoco un Estado de tipo capitalista igual a los de Francia e Inglaterra, por ejemplo.

Ante las dificultades económicas volverá Rusia a conceder cierta beligerancia al capitalismo, pero limitando su acción y su presión. Hará, ha hecho ya, concesiones, pero, paralelamente a las concesiones hechas al capitalismo, existe una corriente socialista tan poderosa en el seno de las clases trabajadoras que no le dejará apoderarse totalmente del país ni convertirse en árbitro de sus destinos.

El ensayo de socialización realizado por el pueblo en los primeros tiempos de la revolución, que los bolcheviques transforman en nacionalización al tomar el Poder, no ha podido ser absolutamente infecundo, y la semilla socialista, cubierta por el limo de la revolución, fructificará indefectiblemente. Que la parva no sea tan abundante como deseáramos, no quiere decir que se malogre todo lo sembrado.

Rusia camina resueltamente hacia un futuro no bien definido todavía. Del caos a que fue lanzada saldrá por la fuerza inexorable de la necesidad vinculada en la voluntad popular. Y saldrá remozada en sus costumbres, superada en sus instituciones, mejorada en sus condiciones de vida. La austeridad del deber que el pueblo ruso siente es combustible que acelera la marcha.

El hombre, si es hijo de sus obras, lo es asimismo del ambiente. Obedece, frecuentemente, a determinismos circunstanciales o históricos, económicos y políticos. Modificado este ambiente, aireado y renovado por una fuerte corriente de opinión, proyectaría sus benéficas influencias sobre los individuos que a su alcance vivan. La revolución rusa ha realizado esa modificación. Ha limpiado de obstáculos el

camino y conjuntamente ha sembrado nuevas inquietudes en la conciencia colectiva.

¿Qué razones podrán alegarse en contra de nuestras afirmaciones? Ninguna. En cambio, a favor, si no pudieran encontrarse otras, el instinto de Conservación, la necesidad de vivir, lo serían más que suficientes. La revolución destruye, pero ha de destruir creando, si no la vida se haría imposible.

El impulso inicial de la revolución y el choque después, dieron al traste con el Estado, sus instituciones complementarias y sus elementos representativos, con la organización interna del país y con cuanto servía a sostener el régimen. Todo quedó derribado o maltrecho. Pero como aun cuando se destruyan las instituciones todas, la necesidad de vivir reclama sus imprescriptibles derechos, si no con la misma celeridad empleada en derribar, hay que ponerse inmediatamente a la tarea de construir.

Subvertidas las normas de la instrucción, en seguida se pensó en reorganizarlas. Suprimido el armatoste jurídico, se creó otro, aunque de clase, es decir: respondiendo al espíritu de quienes gobernaban. Anulado el Comercio, surgieron organismos que lo suplieran. Desorganizado el trabajo, todos ayudaron a encauzarlo, adaptándolo a las orientaciones que una sistematización más racional y científica de la tenida hasta hoy, ha preparado incesantemente. Expropiada la tierra al antiguo poseedor, se la considera propiedad nacional y a todos con igual derecho a ella, al cultivo y a sus productos.

¿Quién duda que nos hallamos ante una transformación de trascendentales alcances? ¿Quién duda que de esta labor se recogerán abundantes frutos? ¿Quién, que por la fuerza misma de los hechos camina Rusia hacia un futuro, superador del presente?

Dejemos algo a lo imprevisto. El grado de cultura a que hemos llegado, herencia de nuestros antepasados, que nos separa bastante del hombre primitivo, nos obliga a pensar en el mañana algo más racionalmente que el salvaje, ya que para él no había otras inquietudes, que las encerradas entre la salida y la puesta del Sol.

Y sin querer hipotecar el porvenir, ni escrutar sus designios, digamos que, como al conjuro de una varita mágica, de la transformación de las instituciones políticas y sociales, de la instrucción extensiva, del trabajo y de la propiedad privada de la tierra en colectiva, verificada en Rusia, surgirá un nuevo estado de cosas sobre las ruinas del antiguo, un concepto más humano del que hemos tenido hasta hoy de las relaciones entre los hombres; se abrirá cauce a un estado de civilización superior, a una modificación de muchos aspectos de la vida, a una estructura nueva de la sociedad. Nos hallamos, pues, en los albores de un Mundo prácticamente desconocido, en las vísperas de un mañana prometedor, en el atrio del Palacio de nuestras esperanzas.

FIN

MEMORIA AL COMITÉ DE LA CNT

Memoria que al Comité de la C. N. del T. presenta de su gestión en el II Congreso de la Tercera Internacional el delegado Ángel Pestaña

I

Una serie de noticias, a cual más confusas y contradictorias, empezaron a llegar de Rusia y circularon por toda Europa en las postrimerías del año 1917.

Nadie ignoraba ya que el zarismo había muerto en las jornadas de marzo del mismo año, pero por esta misma razón las noticias resultaban más impresionantes, pues como en ellas se hablaba de un nuevo movimiento revolucionario, podía dudarse si se trataba, en efecto, de un paso adelante dado por el pueblo ruso, o bien de un paso atrás.

¿Cómo extrañarse entonces de la duda y de la inquietud que sembraban tales noticias en cuantos habíamos respirado satisfechos al saber que el zarismo había pasado a mejor vida? Porque, asombrarse, nos preguntábamos todos: “¿Qué ocurre nuevamente en el intenso país de los zares, tierra de injusticias y de tiranía, pero también de gestos gallardos y sublimes?” Ocurre que el pueblo, cansado ya de sufrir la nueva tiranía, ha destruido el régimen que se le quería imponer.

A partir de este momento no cejamos en querer averiguar lo que en el país de las estepas interminables había sucedido. Pronto se encargaron de decírnoslo las agencias oficiales de todos los Gobiernos.

En Rusia, dijeron, se ha hecho un nuevo movimiento revolucionario sin precedentes en la historia. El régimen capitalista ha sido abatido definitivamente, implantando en su lugar el comunismo.

No necesitamos saber más. Lo dicho por las agencias oficiales y oficiales fue lo suficiente para que nos declaráramos defensores incondicionales de la revolución rusa. Al mismo tiempo la burguesía, percatada del peligro que se le venía encima, se declaró adversaria irreductible y la combatió a sangre y fuego.

La lucha se hizo empeñada entre defensores y adversarios de la revolución rusa. Amigos y enemigos nos apostrofamos de lo lindo.

Al decir de unos, causaba espanto y horror contemplar aquel espectáculo. No eran revolucionarios, sino verdaderos asesinos. El crimen, al asesinato, el robo, el incendio, el saqueo, el pillaje, todo cuanto puede ocurrírseles a una horda de salvajes para satisfacer sus odiosos instintos, había sido puesto en práctica por los que se habían apoderado del Gobierno y despojado de su autoridad a los mandarines del régimen de Kerensky.

Según los otros, nada más hermoso. El pueblo, cansado de sufrir una tiranía secular y odiosa, había tomado las armas y barrido, como un vendaval furioso barre un campo de hojas secas, lo que parecía tan bien arraigado que hubiera hecho creer tenía raíces que llegaban al centro de la tierra.

Las riquezas que antes pertenecían a la casta de privilegiados habían sido declaradas comunes.

Los palacios, desalojados sus antiguos habitantes, habíanse instalado en ellos los que hasta aquel momento habitaban infames zahurdas.

En las fábricas, los ingenieros y directores venían a ser considerados como un obrero más. La tiranía que habían ejercido hasta entonces pasaba a la historia. En vez de ser los representantes de un señor que se enriquecía sin preocuparse más que de gastar lo que ellos le ganaban, eran los representantes del interés común, del interés del pueblo.

La tierra, tantas veces regada con el sudor de la frente del campesino, y muchas, no sólo con el sudor, sino con la propia sangre, no era propiedad de nadie, se había convertido en la propiedad de todos.

Los privilegios de casta y de clase, que tan odiosos se hacían en aquel país, por lo insultantes, quedaban totalmente suprimidos. En lo que había sido vasto imperio, dominado por una casta privilegiada, no quedaban más que ciudadanos de un país libre.

Nos hallábamos, pues, ante un acontecimiento de extremada importancia, pero sin poder precisar su alcance, ya que no sólo habíamos de pensar en la distancia que nos separaba de Rusia, sino también en la lucha fratricida que asolaba los campos de Europa, impidiéndonos conocer el alcance de lo que en Rusia había pasado.

No obstante todas estas dificultades, consecuentes a nuestros principios revolucionarios, desde el primer momento, sin titubeos vergonzosos, sin conocer exactamente el alcance de la revolución, ignorando si sus tendencias se aproximaban a nuestro pensamiento, pero convencidos de que toda revolución destruye un eslabón de la cadena del pasado, acercándonos algo más a lo porvenir, nos pusimos incondicionalmente al lado de la revolución, y en la tribuna, en la prensa, con la palabra y con la pluma reivindicamos a nuestros hermanos de clase de los feroces ataques que les hacía blanco la burguesía.

Empeñados en este combate de ciegos, pues ni los que negaban la revolución sabían por qué negaban, ni los que la afirmábamos sabíamos por qué afirmábamos, vino a celebrar su primer Congreso, después de la reorganización en 1916, la “Confederación Nacional del Trabajo”.

La ocasión no podía ser más propicia. Pues aparte la simpatía que hacia la revolución rusa habían mostrado todas las organizaciones sindicales a la Confederación adheridas, nos hallábamos ante el hecho de la organización de la Tercera Internacional, muerta a mano airada en los apacibles y caliginosos días que vieron fenecer al mes de julio y ocupar su puesto al de agosto de 1914.

La Tercera Internacional, recién organizada, llamaba a su seno a todo el proletariado revolucionario del mundo.

¿Permanecería sorda la Confederación española al llamamiento amoroso de sus hermanos los rusos?

Pronto lo íbamos a saber.

Convocado el Congreso para los días 10 al 20 de diciembre de 1919, en el Teatro de la Comedia, de Madrid, se plantearía en él la cuestión, decidiéndose si permaneceríamos al margen del llamamiento, aunque asistiendo con nuestra simpatía a la revolución, o bien nos incorporaríamos definitivamente a ella.

La solución no se hacía esperar, y hasta podían augurarse sus resultados.

Sin una sola protesta, por unanimidad absoluta, interpretando los delegados allí reunidos el sentir de la clase trabajadora española, acordaron la adhesión a la Tercera Internacional de Moscú. Nuestra simpatía por la revolución la entregamos en aquel voto de adhesión, sin reticencia alguna, como la hermosa enamorada se entrega al hombre de sus amores.

Pero en ese mismo Congreso afirmamos nuestros principios, por una declaración unánimemente aceptada, y nos dijimos: comunistas libertarios.

También se planteó en el Congreso la necesidad de que camaradas debidamente autorizados fueran a Rusia para estudiar la situación del país, presentar nuestra adhesión y luego informar a los obreros españoles acerca de lo que había visto.

Terminadas las tareas del Congreso, y apenas de retorno el Comité Confederal a Barcelona, preocupóse activamente de cumplimentar los acuerdos tomados.

Lo esencial era designar la delegación, aun cuando no resultaba difícil encontrar compañeros que pudieran desempeñar tal cometido.

Entre los compañeros militantes conocidos hay dos que, por sus condiciones especiales de capacidad y cultura, y, sobre todo, por su ecuanimidad y preparación, eran los llamados a satisfacer plenamente los deseos del Congreso. Su designación por el Comité Confederal se hizo sin la menor observación. Sólo faltaba comunicárselo y que ellos aceptaran. Pero los compañeros Pedro Vallina, de Sevilla, y Eleuterio Quintanilla, de Gijón, que eran los indicados, por azares atendibles, declinaron el ofrecimiento y rogaron fueran sustituidos, ya que les era imposible acceder a lo que de ellos se demandaba. Era un contratiempo molesto que precisaba solventar.

Reunido el Comité, acordó dirigirse a los compañeros Eusebio Carbó, de Valencia, y Salvador Quemades, de Barcelona, ofreciéndoles la delegación a Rusia. Estos compañeros, después de varias consultas, aceptaron la designación. Sólo faltaban los preparativos del viaje, y éstos empezaron rápidamente.

Todas estas gestiones se realizaban en el crítico momento en que la represión se había desencadenado de nuevo sobre la organización sindical barcelonesa, lo que no fue obstáculo para que prosiguieran, sin sufrir interrupción, aunque con más lentitud, pues como los compañeros designados para ir a Rusia y a los del Comité la Policía les iba a la zaga, había que guardarse para no caer en sus garras.

Como parecía que la represión iba a ser cruenta y de duración indefinida, teniendo además que aguantar el lockout de la Patronal, y presintiendo que los deseos del Gobierno eran darnos la batalla en regla, reunióse el Comité Confederal y acordó, adelantándose quizá a futuros acontecimientos, recabar la solidaridad, proponiéndoles declarar el boicot a las mercancías españolas que llegaran a sus puertos y a sus fronteras de los obreros organizados de Portugal, Italia y Francia. También acordó que, como hacer tales gestiones por carta resultaría demasiado lento, era preferible delegar a tres compañeros que fueran a las naciones antedichas y, directamente, solicitaran lo que de sus organizaciones se deseaba.

Lo crítico de las circunstancias hacía se procurara hallar combinaciones que, sin abandonar lo de Rusia, se atendiera con preferencia a la gestión propuesta cerca de los países vecinos.

Para simplificar los inconvenientes, acordó el Comité que el compañero Carbó, designado para ir a Rusia, partiera a Italia, se entrevistara con la “Unione Sindacale” y las demás organizaciones, y una vez terminada su misión, Quemades partiría para unírsele en Italia y después continuarían el viaje a Rusia.

Un compañero que debía ir a Portugal estaba a punto de emprender el viaje, y yo, que fui delegado para ir a Francia, empecé los preparativos de marcha.

Mientras lo necesario para la partida de todos se activaba, recibió el Comité una carta de un compañero que trabajaba en el Havre (Francia), manifestando en la misma que tenía algunas probabilidades para llegar a Rusia, y si el Comité no tenía inconveniente el autorizarle para que en su nombre procurara conseguir mayores facilidades, él se comprometía, en cambio, a intentar el viaje a Rusia, y si lograba llegar, informaría a la Confederación de cuanto en aquel país ocurriera.

Como las probabilidades de llegar a Rusia no eran abundantes, considerando que los delegados de la Confederación no viajaban legalmente, y como yo debía partir de un momento a otro la capital francesa, se le contestó a dicho compañero comunicándole mi viaje, indicándole al mismo tiempo que se entendiera conmigo para lo que solicitaba, y el Comité, a su vez, me propuso si, en caso de que las probabilidades de que el compañero residente en el Havre nos hablaba fueran factibles, tendría inconveniente en ir a Rusia. Pensaban, con sumo acierto, que preferible era llegar a Moscú tres delegados en vez de dos, que no que no llegara ninguno.

Por mi parte no hay inconveniente, contesté, y por poco aceptables que sean esas probabilidades, intentaré lo posible para realizar el viaje que me proponéis.

Al efecto de estar prevenido a todas las eventualidades, el Comité me extendió una credencial para el Gobierno de los Soviets, indicándoles el objeto de mi viaje, y otra para el Comité de la Tercera internacional, dando cuenta de nuestra

adhesión y recomendándoles me dieran facilidades que me ayudaran a cumplir mi cometido.

En estas condiciones emprendí mi viaje a París.

Llegado que hube a la capital francesa, comencé las gestiones que a ella me habían llevado. Al mismo tiempo, para no desperdiciar ni un minuto, escribí al compañero del Havre, pidiéndole precisiones y diciéndole lo que el Comité me había propuesto. Su contestación no fue categórica ni precisa. No servía, pues, a mis necesidades.

En París yo debía entrevistarme con el Comité de la Confederación General del Trabajo, y también con los minoritarios. Al primero de éstos que visité fue a Pierre Monatte, que dirige el semanario sindicalista *La Vie Ouvrière*, el órgano de los sindicalistas de la izquierda.

Le expuse el objeto de mi ida a París, y al mismo tiempo el deseo de ir a Rusia, si podía lograr algún medio que me facilitara el viaje. Le expliqué lo del Havre y sus resultados negativos. El compañero Monatte me dijo que él acaso pudiera hacer algo en mi favor.

Efectivamente, dos días después, me hizo entrevistarse con una persona, la cual me manifestó “que si deseaba ir a Rusia, y en ello tenía empeño, existían probabilidades de lograrlo”.

Al mismo tiempo que comunicaba al Comité de la Confederación los resultados de las gestiones que realizaba para conseguir el boicot de las mercancías españolas, le puse al corriente de cuanto se relacionaba con el viaje a Rusia.

Ante la seguridad de lograrlo, manifestada por la persona a quien he mencionado, escribí al Comité pidiéndole indicaciones precisas de lo que debía hacer, pues mis trabajos cerca de las organizaciones francesas estaban a punto de terminar y quería saber si debía regresar a España o continuar adelante.

La respuesta del Comité no se hizo esperar. Y no sólo me aconsejaba continuar el viaje a Moscú, sino que, además, me decía: que habiendo fracasado el intento del compañero Carbó, por causas ajena a la voluntad de este compañero, esperara unos días en París, donde Quemades llegaría de un momento a otro, para marchar los dos a Rusia.

El tiempo de espera lo aproveché para lograr obtener un pasaporte que me permitiera viajar algo más legalmente.

En estos preparativos me sorprendió la Policía, y me tuvo detenido seis horas en la Jefatura.

Por una casualidad fortuita escapé el ir a la cárcel; pero, como medida de simple policía, se me daban cuatro días de tiempo para abandonar el territorio francés.

Aquella misma tarde llegó Quemades a París. Le conté lo ocurrido y le dije que yo ya tenía los papeles a punto para emprender el viaje cuanto antes; pero resultó que él no tenía ninguno y no le era posible, en el tiempo que a mí me habían concedido para abandonar la Francia, preparárselos.

Convinimos en que yo marchara, el día antes de terminar el plazo, a Suiza, donde él vendría a encontrarme siempre que

lograra obtener un pasaporte, y caso de no lograrlo, yo debía continuar el viaje de todas maneras.

Partí para Basilea el día señalado; escribí a Quemades, para saber el estado de su gestión, y como no pudiera lograr arreglarse los papeles, continué yo solo el viaje a Moscú.

La entrada en Alemania la obtuve gracias a unas estratagemas, pues, como estaba reciente el golpe de Estado de Von Kap, era difícilísimo obtener el visado del pasaporte.

Llegado a Berlín, tuve conocimiento de la convocatoria del II Congreso de la Tercera Internacional para el 15 de julio siguiente.

Entonces escribí al Comité, poniéndole en antecedentes de la convocatoria del Congreso y manifestándoles que mi opinión era de que a ese Congreso asistiera una delegación de la Confederación. Les pedía contestaran urgentemente si me autorizaban a tomar parte en el Congreso como delegado, o bien si querían designar a otros compañeros. Como mi viaje, en este caso, no tendría objetivo, ya que los compañeros nombrados podían desempeñar la misma misión, regresaría a España en cuanto recibiera su respuesta. La contestación fue afirmativa, en el sentido de asistir al Congreso como delegado de la Confederación.

Renuncio a relataros las vicisitudes que atravesé para lograr salir de Alemania. La lentitud, sobre todo, con que los preparativos se hacían, estuvieron a punto de hacerme desistir del viaje. La consideración de los gastos que se habían hecho para que la Confederación pudiera saber algo de lo que pasaba

en Rusia y la vergüenza de considerarme vencido, me empujaron a obstinarme en el propósito. Por fin, después de un mes de espera, abandoné Berlín, para dirigirme a Rusia; pero iba al azar, sin nada seguro, a la contingencia de cualquier obstáculo que pudiera atravesarse en el camino.

Embarqué en Sttein para Reval, sin saber si las autoridades de la capital de Estonia autorizarían penetráramos en su territorio.

El 24 de junio llegábamos a Reval, y gracias a las diligencias de la Embajada de Rusia en Estonia, se autorizó nuestro desembarque.

Al día siguiente partimos para Petrogrado, y, ¡por fin!, el 26, a las dos de la tarde, el tren que nos conducía entraba en territorio bolchevique.

Nuestra tenacidad triunfó de los obstáculos que a cada instante se interponían a nuestro paso.

El 27, a las ocho de la mañana, llegábamos a Petrogrado; al día siguiente emprendimos el viaje a Moscú, y el 28, a las once, también de la mañana, nos paseábamos por las calles de la capital, residencia del Gobierno de los Soviets.

He creído necesario relatar, aunque muy someramente, las circunstancias en que hice el viaje a Rusia, exponiendo de paso las causas que justifican tomara parte como delegado al Congreso de la Tercera Internacional, porque muchos compañeros se habían preguntado cómo era posible que, habiendo yo partido de España cuando no se sabía nada de tal

Congreso, representara en él a la Confederación Nacional. Podrían hasta creer que, por mi cuenta y riesgo, sin consultas a nadie, y obrando sólo por mi criterio personal, había ostentado dicha representación. Quienes me conocen bien, saben que nunca hubiera cometido tal acción, pero los que no me conocen tanto, pudiera bailarles tal idea en la cabeza, y por si ello fuera posible, he querido desvanecerla, relatando someramente los pormenores que ponen en claro la verdad.

Y como esta Memoria está destinada a todos en general, me ha parecido que éste era el sitio más apropiado para insertar esas aclaraciones, pues ellas disiparán suspicacias, si las hubo, restableciendo las cosas en su verdadero lugar y sitio.

||

Compañeros:

De regreso de mi viaje a Rusia, donde representé, con vuestra aquiescencia y conformidad, a la Confederación Nacional del Trabajo en el II Congreso que la Tercera Internacional había convocado en Moscú para los días 20 de julio-agosto de 1920, cúmpleme manifestaros la grata acogida que nuestra organización tuvo en las sesiones de aquel comicio, así como daros cuenta de mi actuación y conducta, en tanto que delegado, para que vosotros digáis, después de haber leído esta Memoria, si cumplí con aquellos deberes inherentes a la misión que en mí depositasteis al confiar me la representación de nuestro organismo confederal.

Con la mayor claridad posible, acompañados de cuantos elementos de prueba sean necesarios, testimonios que justifiquen mis palabras, expondré mi actuación y participación en los debates del Congreso; compromisos que en nombre de nuestro organismo contraje; alcance y significado de los mismos; documentos que suscribí; causas y razones que a ello me obligaron, sin olvidar hasta qué punto la Confederación queda comprometida por mi actuación; todo ello dentro de la más estricta imparcialidad, a fin de que el juicio que podáis

haceros de esta lectura se acerque lo más posible a la realidad misma de los hechos.

Debo advertidos que no expondré ningún juicio ni crítica personal, siempre que no lo exija la mayor claridad expositiva de un problema cualquiera, porque creo llegaréis así más fácilmente a la entraña de la labor del Congreso, ya que en cuanto aquí exponga sólo las ideas allí manifestadas ocuparán el sitio de honor.

Tampoco trataré en esta Memoria nada que tenga relación con el estado político, social y económico vigente en Rusia, pues no sería lugar apropiado para una exposición de tal índole.

Cuanto se trató en el Congreso y mi participación en el mismo como delegado: he aquí el límite de este trabajo.

Apreciaciones de cómo se manifestaron allí las ideas; actitud de cada una de las delegaciones; alcance y trascendencia de los acuerdos tomados; mi posición frente a unos y a otros, serán la base principal de mi exposición, pues de ello se derivan lógicamente todas las restantes conclusiones.

Reconozco lo difícil de la tarea que debo realizar, pero las necesidades informativas de nuestra organización así lo exigen, y a ellas debemos sacrificar toda otra conveniencia.

Reconozco también que mi actuación como delegado en el Congreso adolece de ciertas cuestiones de detalle, de aquella clarividencia que hubiera sido precisa al delegado para comprender el alcance de algunas de las cuestiones sometidas

a su examen, pero me remito a vuestra benevolencia, seguro que sabréis disculpar esas nimiedades en razón a las delicadas circunstancias de que me hallaba rodeado.

Puede ser que asomen, en la superficie de mis labios, algunos puntos de inconsecuencia, o, al menos, que por tal pueda tomarlos un escudriñador intransigente; si así fuera, apelo de nuevo a la benevolencia, convencido de que la intención que pudo guiar me a proceder de esa manera fuese sana y noble, y sólo circunstancias especiales y delicadísimas pudieron forzarme a ceder en aquello que yo consideraba intangible.

Mis actos todos en el Congreso; la actitud que desde el primer momento adopté; las ideas que expuse, y las discusiones mantenidas en las ideas expuestas por los demás, se inspiraron, todos, en los acuerdos tomados en nuestro Congreso del teatro de la Comedia, de Madrid, y si alguna contradicción existe entre lo hecho y dicho por mí en Moscú y los acuerdos del mencionado Congreso, no es hija de la mala voluntad; lo es de que mi comprensión no alcanzó a ver el fondo del problema, y nadie está obligado a hacer más de lo que sabe y puede.

Esas lagunas, esos vacíos, si los hay, unas y otros merecen disculpas, pues, aparte mi no muy extensa cultura, el contacto con la realidad, con la revolución, produjo en mí, como hubiera producido en cualquiera de vosotros, algo así como un desequilibrio momentáneo, hasta que la fuerza del razonamiento se impuso y volvió las aguas a su antiguo cauce.

Claro que no aspiro a una unanimidad absoluta que apruebe mi gestión; ello sería sumamente difícil, pues la esencia misma de nuestra organización rechaza tal supuesto; pero sí aspiro a que una mayoría la apruebe, siempre que cotejen y comparan mi actuación en el Congreso de Moscú con los acuerdos tomados en Madrid.

Fuera para mí grandemente doloroso pudiera alguno de mis compañeros demostrarme que no había respetado tales acuerdos, pues, en este caso, aunque una mayoría abrumadora aprobara mi gestión, la consideraría del todo infructuosa. Y, al revés, si los acuerdos han sido respetados, aun cuando la mayoría rechazara mi actuación, me consideraría satisfecho. No es alrededor de mayorías, que yo actúo y laboro, ya que éstas son vulnerables al tiempo y a los hombres: es alrededor de las ideas, pues éstas son eternas y rinden inteligencia y el saber de que sea capaz.

Reclamo, pues, de vosotros, compañeros del Comité, sereno y razonado estudio de cuanto a continuación escribo, porque tengo el convencimiento profundamente arraigado que, si en el examen y crítica la razón no se impone a las pasiones del momento, el juicio que emitáis será injusto y arbitrario. No creáis que pretendo con estas mis últimas palabras ofenderos ni herir vuestra susceptibilidad, pero sí deseo que os sustraigáis, en lo posible, a esas desrazonadas pasiones que de algún tiempo a a esta parte agitan nuestro campo, donde los partidarios y adversarios de la Tercera Internacional discuten y se apostrofan sin conocimiento de causa, pues si no os sustraéis a esa corriente impetuosa de pasiones, tengo la dolorosa convicción que no podréis apreciar el fondo y la

serenidad que ocultan mis palabras. La pasión es mala consejera, pésima consejera, cuando debe razonarse sobre el resbaladizo terreno de ideas más o menos cristalizadas.

Que cada uno de vosotros lea atentamente esta Memoria; que cada uno de vosotros emita su sincera opinión; que cada uno de vosotros diga lo que piensa acerca de la manera como he realizado el mandato que se me confió, y cuando todos vos otros, componentes del Comité, hayáis expuesto el juicio que os merece concurremos a la plaza pública, hablemos a nuestros compañeros, y tanto si hay unanimidad entre vosotros y yo, como si hay discrepancias, que sean ellos los que digan la última palabra. Vosotros me confiasteis el mandato en su nombre, yo os devuelvo esa confianza trazada en estas líneas; que ellos digan si vosotros estuvisteis acertados al designarme y yo cumplí el deseo que ellos acariciaban.

Todos laboramos por la misma causa; todos acariciamos un mismo ideal: nuestra emancipación; veamos si en el modo de lograr y conseguir esa emancipación deseada estamos también de acuerdo unos y otros.

Pero, lo repito, y ahora es para todos, juzguemos serenamente.

Debo recordaros, compañeros del Comité, antes de entrar a reseñar la labor del Congreso, la forma en que el mandato me fue otorgado. Es cuestión importantísima, pues habiendo yo partido de España cuando aún no se había convocado el Congreso, pudiera creer la organización que tomé parte en el mismo sin un mandato expreso del Comité Confederal. Toda

duda que cualquier compañero pudiera abrigar en esta cuestión sería altamente perjudicial para vosotros, para mí y para el problema que vamos a debatir.

No creo sea este lugar apropiado para relataros las incidencias del viaje, y por lo mismo, renuncio a ello; pero sí creo sea oportuno deciros que tardé cerca de tres meses en llegar a Rusia; tantas eran las dificultades que a cada momento obstaculizaban y se interponían en mi camino.

Recordaréis perfectamente que, al salir de Barcelona, la misión que llevaba a Rusia, en caso de poder realizar el viaje, se limitaba a estudiar la organización política, social y económica que en aquel país ha establecido el Gobierno de los Soviets, y, además, entregar personalmente nuestra adhesión a la Tercera Internacional.

Cuando hube llegado a Berlín, y tuve conocimiento del Congreso convocado para el día 15 de julio (aun cuando las sesiones empezaron el 20, la convocatoria era para el 15) en Moscú, os escribí exponiendo mi opinión de que la Confederación debía hallarse representada en el mismo.

Os decía que podíais designar a otros compañeros para tal delegación, si así lo creíais conveniente, o bien yo mismo podía cumplirla, siempre que me autorizarais para ello.

Vuestra contestación fue afirmativa en mi favor y os agradezco tal confianza.

Para nada hablamos del criterio que yo debiera sustentar en el Congreso, pues, tácitamente, a lo menos por mi parte,

quedaba admitido no poder ser otro que el expuesto y aprobado en el Congreso de la Confederación en Madrid. Si así no hubiese sido, yo no habría aceptado la delegación. Repugna a mi conciencia de hombre defender ideas que no siento, y como las acordadas en Madrid están de acuerdo con mi pensamiento, al haberme hecho indicaciones en otro sentido, surgiría la dualidad, y yo me hubiese inclinado por lo que en Madrid habíamos aceptado todos.

En este convencimiento continué el viaje a Rusia, y si iba contento porque palparía la verdad, una tristeza embargaba mi ánimo; que esa verdad fuese superior a mi capacidad asimilativa y no la comprendiera en toda su grandeza.

A medida que la distancia del término del viaje disminuía, se acrecentaban humanamente mis temores; ¡cuán pequeño me consideraba para comprender los acontecimientos que se ofrecerían a mis ojos! ¡Cómo hubiera deseado tener un cerebro de águila para penetrarlos en todos sus recónditos misterios y luego relatar a mis ansiosos compañeros cuanto había visto y cuanto había apreciado! No ha sido así: lamentémoslo todos. La voluntad, esa palanca poderosa, a pesar de que tenga un punto de apoyo, no basta a mover el mundo; me refiero al mundo de las ideas. Se necesita algo más que la voluntad, por muy poderosa que ésta sea; este algo más es la inteligencia. Pero...

Llegué a la frontera rusa el 26 de junio; el 27 a Petrogrado, desde donde partí para Moscú, llegando a esta población en la mañana del día siguiente.

En el mismo tren que yo viajaba, pero en su coche especial. hacía el viaje Zinovief, y enterado de ello, me invitó a pasar a su vagón, y hablamos largamente de la situación de España, que a decir verdad, le era casi completamente desconocida.

Sólo algunos vagos recuerdos y el nombre Barcelona unido a ellos.

Desde la estación, y en automóvil, nos dirigimos al domicilio social de la Tercera Internacional, donde debía celebrarse una reunión del Comité en pleno para tratar de la contestación que iba a darse a Cachin y Frosard, delegados del Partido Socialista francés, en su demanda de ingreso en la Tercera Internacional.

Como en la conversación sostenida por Zinovief en el viaje le había expuesto la misión que me llevaba a Rusia, fui invitado a formar parte en dicha reunión, lo que acepté gustoso.

III

Comenzó la reunión, y después de haber dado Zinovief, que presidía, conocimiento a los reunidos de la adhesión de la Confederación española, dio lectura de la contestación que a los delegados franceses daba el Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional. Era la contestación un tanto dura y no dejaba de tener demasiada acritud para ser dada a individuos que, aun reconociendo los errores y torpezas que habían cometido, y que su venida a Moscú podía ser el último y más grande acto de oportunismo, debió limarse un poco, pues a nada conduce, creo yo, la dureza y acritud en la expresión para quienes se confiesan vencidos.

Aceptó y aprobó el Comité la respuesta que había elaborado el Ejecutivo, y luego pasóse a discutir la segunda parte de la petición de los delegados franceses: su asistencia al Congreso en calidad de delegados consultivos.

Antes de empezar esta discusión, Zinovief propuso que la Confederación española fuera admitida como componente del Comité de la Tercera Internacional, aceptándose la propuesta.

Los criterios, en la petición de los delegados franceses, mostraronse bastante divididos y opuestos, y la discusión se hizo empeñada y reñidísima, pues mientras unos consideraban

que bastante beligerancia se les había concedido escuchándolos y dándolos una contestación, sin saber cuál sería la actitud que adoptarían en lo futuro, ya que su pasado tampoco los abonaba; otros eran partidarios de que la beligerancia que hasta entonces se les había otorgado no fuera regateada, pues si bien su conducta pasada no era garantía para lo porvenir, en cambio debía considerarse que su venida a Moscú no era la consecuencia de su voluntad personal, y aun cuando la hubiese sido, siempre hubiese parecido dudosa; era más bien la voluntad del proletariado francés de acercarse a la revolución, y a éste se le concedía la beligerancia. Verdad que los delegados que había enviado el Partido Socialista francés a Moscú no podían ser para la Tercera Internacional individuos de suma garantía, pero, así y todo, debía facilitárseles la aproximación, ya que su buen deseo explícitamente quedaba demostrado.

Entre los delegados que sostenían este último criterio me contaba yo, y así lo expuse, con las razones que nos parecieron más racionales.

Por fin la mayoría se inclinó por el último punto de vista, y los delegados del Partido Socialista francés fueron admitidos a participar del Congreso a título consultivo.

Como fuera temprano y sobrara tiempo, y a más de la Confederación habían concurrido otras delegaciones sindicales, recién llegados sus representantes a Moscú, el camarada Luzovsky, en nombre de la Confederación General del Trabajo rusa, planteó la cuestión de organizar una internacional sindical revolucionaria. Y, al efecto, como primer acto afirmativo que

demonstrara la voluntad de las organizaciones sindicales en Rusia presentes de llegar a la organización de dicha internacional, daría lectura a un documento que ya habían suscrito algunas organizaciones sindicales extranjeras. Pero como las delegaciones nuevas aumentaban y no tenían conocimiento del mismo, y acaso tuvieran alguna objeción que hacer, lo leería, advirtiendo que la aceptación del documento no enajenaba la actitud futura de cada una de las organizaciones adheridas a la Tercera Internacional hasta entonces, pues proponía también convocar a una conferencia internacional de organizaciones sindicales revolucionarias para, definitivamente, constituir la “Internacional Sindical Revolucionaria”, donde se sentarían las bases definitivas de dicho organismo.

El documento leído por Luzovsky es el siguiente:

A LOS SINDICATOS DE TODOS LOS PAÍSES

Los abajo firmantes, representantes de las organizaciones sindicales de Rusia, Italia, Bulgaria, Yugoslavia, Georgia, convocados por el Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional,

Considerando: Que la situación de todos los trabajadores después de la guerra imperialista exige una acción cada día más clara y energética sobre el terreno de la lucha de clases para destruir el sistema capitalista e instalar el comunismo;

Que esta acción debe ser llevada internacionalmente con la acción más estrecha de todos los trabajadores organizados, no por una categoría profesional, como antes, sino por industrias;

Que las reformas llamadas sociales, tales como la reducción de la jornada de trabajo, el aumento en los salarios, la reglamentación de trabajo, etcétera, aun facilitando en circunstancias determinadas la lucha de clases, son impotentes para resolver el problema social;

Que en la mayor parte de los países beligerantes, donde la mayoría de los Sindicatos son partidarios del neutralismo (apoliticismo), han pasado a ser durante los dolorosos años de la guerra los siervos del capitalismo imperialista, y han desempeñado un papel funesto, retardando la emancipación de los trabajadores;

Que es una necesidad de la clase obrera organizarse sindicalmente en una fuerte organización revolucionaria de clase, que al lado de la organización política del proletariado comunista internacional, y en relación estrecha con ella, pueda desplegar toda la fuerza para el triunfo de la Revolución social y de la República universal de los Soviets;

Que las clases poseedoras hacen el más grande esfuerzo para estrangular por todos los medios el movimiento libertador de los oprimidos

Que a la dictadura hay que oponer, como medio decisivo y transitorio, la dictadura del proletariado, la sola capaz de

quebrantar la resistencia de los explotadores y de asegurar y consolidar la conquista del Poder por el proletariado;

Que la Federación Internacional de Sindicatos de Amsterdam es incapaz, a causa de su programa y de su acción, de hacer triunfar los principios arriba mencionados y de asegurar la victoria a las masas proletarias en todos los países,

Deciden: Condenar toda táctica dirigida a hacer salir los elementos de vanguardia de las organizaciones sindicales existentes. Deben, por el contrario, ejercer una acción energética para eliminar de la dirección del movimiento sindical a los oportunistas que han colaborado y colaboran con la burguesía, aceptando la guerra, y que continúan sirviendo los intereses del capitalismo imperialista, participando en la Sociedad de las Naciones;

Sostener en el seno mismo de las organizaciones sindicales del mundo entero una propaganda metódica, creando en cada una de ellas un núcleo comunista, cuyo esfuerzo incesante acabará por imponer nuestro punto de vista;

Crear un Comité de acción y de lucha internacional para la transformación en este sentido del movimiento sindical. Este Comité funcionará como Consejo internacional provisional de los Sindicatos obreros, de acuerdo con el Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional, en las condiciones que serán establecidas por el Congreso. El Consejo se compondrá de representantes de todas las

organizaciones nacionales obreras adherentes. Un representante del Consejo internacional sindical será admitido en el Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional, y un representante de ésta formará parte del Consejo internacional provisional de los Sindicatos obreros.

Firman este documento –dijo Luzovsky–, hasta ahora: yo, por los trabajadores organizados rusos; D’Aragona, por la Confederacione Generale del Lavoro, de Italia; Chabline, por los Sindicatos búlgaros; Milkitch, por los yugoslavos; Mikadze, por los georgianos, y, como todos sabéis, una delegación obrera inglesa acaba de partir de retorno a su país, que vino a estudiar las condiciones de Rusia; les hablé de la proposición que aquí os acabo de hacer, y me dieron su firma en blanco para constituir ese Comité internacional. No obstante, no he querido hacerlo constar para evitar futuras eventualidades.

Ahora los delegados nuevamente aquí venidos, y que representan organizaciones sindicales, pueden exponer su criterio acerca de la proposición, ya aceptada por las representaciones de los países firmantes.

Varios delegados hicieron uso de la palabra, exponiendo su criterio. Cabe hacer notar que muchos delegados de los que fueron a Rusia a tomar parte en el Congreso, la mayoría, representaban a organizaciones sindicales, pero también a partidos comunistas. Que representáramos a organizaciones sindicales exclusivamente, apenas pasaríamos de media docena.

Entre los primeros que hablaron acerca del documento leído por Luzovsky, y que en realidad expusieron puntos de vista contrapuestos y diferentes, sólo cabe mencionar dos: Tanner, de los Comités de Fábrica de Inglaterra, y Souchy, de los sindicalistas federalistas alemanes.

Sostenía el primero que condenar categóricamente, como lo hacía el documento, el que en un país cualquiera los partidarios de la lucha de clases revolucionaria no pudieran escindir la organización cuando estuviesen convencidos de la imposibilidad de modificar lo ya existente, era una arbitrariedad, tan incomprendible, que no se le alcanzaba a él como los componentes de la Tercera Internacional, que conocían Inglaterra, por haberla habitado, y las Trades-Unions, por haber pertenecido, hicieran tal proposición al Congreso. Él también estaba de acuerdo en apurar todos los medios imaginables antes de llegar a la escisión, como lo probaba la actitud suya y la de sus amigos, creando los Comités de Fábrica, cuya misión era remover el fondo de las organizaciones sindicales inglesas, para ver de orientarlas en otros caminos que los seguidos hasta entonces, pero la experiencia desprendida del ensayo en realización estaba a punto de demostrarles la imposibilidad de conseguir lo que se habían propuesto.

Con estos antecedentes, dijo, muy dignos de tenerse en cuenta, pues la práctica los había revelado, aceptar aquella parte del documento sin modificarla, equivalía a condenar a perpetua esterilidad el esfuerzo abnegado de algunos miles de activos camaradas.

Y no solamente esta parte del documento era para él inaceptable; también lo era aquella donde se proponía, aunque veladamente, aceptar el principio de la dictadura las organizaciones obreras, pero confiando su aplicación, cuando este caso llegara, al Partido Comunista. Caso que la dictadura fuese necesaria, también podrían ejercerla las organizaciones obreras. Y lo que digo de la dictadura tiene su aplicación a la conquista del Poder y demás.

Lo restante del documento me parece aceptable, aun cuando debiera modificarse su redacción.

Souchy, de los sindicalistas alemanes, dijo que suscribía lo dicho por Tanner, en cuanto a la escisión en el seno de las organizaciones sindicales; pero respecto a la dictadura y a la conquista del Poder, la organización que a él lo había delegado no aceptaba tales principios. Aceptaban el comunismo, pero sin dictadura ni dictadores.

Cuando terminaron estos compañeros, hice a mi vez uso de la palabra.

Tres extremos de los que abarca el documento –dije– van a ser objeto de un examen tan rápido como concreto, ya que sobre ellos la organización que yo represento aquí ha tomado acuerdos concretos que se separan totalmente del punto de vista que en él se mantiene. Son éstos: el “apoliticismo”, la conquista del Poder y la dictadura del proletariado.

Como si mirara los acontecimientos vuelto de espalda a la historia, condena el documento el apoliticismo practicado

por algunas organizaciones sindicales. Y tan vuelto de espaldas está, que no ve, o no ha querido ver, que casi todos los organismos sindicales que han intervenido en la guerra, ayudando al imperialismo capitalista en la gran obra de destrucción, eran políticos, es decir, lo contrario de lo que afirma el documento. Una rápida enumeración demostrará cuanto digo.

En Alemania, Austria-Hungría, Serbia, Rumania, Bélgica, Inglaterra, las organizaciones sindicales eran políticas; hacían política de acuerdo con los partidos socialistas; ¿puede negarse su participación en la guerra?

Francia, Portugal, Estados Unidos y Repúblicas sudamericanas, las organizaciones sindicales eran apolíticas; ¿cuántas tomaron parte en la guerra? Francia es la única a la que tal reproche puede dirigírsele. Y si queremos hacer una concesión en este extremo, podríamos admitir, entre las organizaciones apolíticas que participaron en la catástrofe, a la “American of Labour Party”, cuyo líder, Gompers, se codea con los jefes de Estado de Europa, aun cuando debo decir que el apolitismo de la “American of Labour Party” es completamente platónico.

Por lo demás: ni Portugal, ni las Repúblicas sudamericanas, ni Italia, si exceptuamos a la Confederación del Lavoro, que aunque política no ha intervenido, que yo sepa, en sostener a los causantes de la catástrofe, pero tampoco los ha combatido; los países de organización apolítica, no sólo no han ayudado al

capitalismo guerrero, han hecho más: lo han combatido en la medida de sus fuerzas. Y para completar el cuadro diré que algunas organizaciones políticas sudamericanas, y otras de Europa, pero de países neutrales, y no quiero olvidar a España, manifestaron sus entusiasmos guerreros deseando el triunfo de tal o cual grupo de beligerantes.

¿Dónde está, pues, la lógica que ha servido a redactar ese párrafo del documento?

Los otros dos extremos son los que se refieren a la conquista del Poder y a la dictadura del proletariado. Pocas palabras bastarán a exponer lo que piensa la Confederación que yo represento sobre esas dos cuestiones.

En la segunda decena del mes de diciembre del año pasado celebró la Confederación su primer Congreso en Madrid, y, por unanimidad absoluta de los quinientos delegados presentes, acordó que su finalidad era la implantación del comunismo libertario.

¿Para qué hacer consideraciones acerca de la oposición entre lo que os acabo de manifestar y lo que el documento propone? Sería perder el tiempo, y no creo estemos aquí para eso.

Dos palabras más os diré sobre el párrafo en el que se preconiza la cooperación estrecha con el proletariado comunista político.

La Confederación acepta cooperar con cuantas organizaciones sean revolucionarias y vayan contra el régimen capitalista, pero se reserva el derecho de hacerlo cuándo y

cómo lo crea conveniente. Pues no creo que sobre el particular acepte nada que enajene su libertad de acción.

Varios otros oradores intervinieron en el debate, y como la discusión se prolongaba y el acuerdo no parecía por parte alguna, se propuso y fue aceptado que vistas las diferencias de apreciación que acerca del documento se habían manifestado, y como la preparación del Congreso requería no perder mucho tiempo en discusiones preliminares, nos reuniéramos todos los delegados que representábamos organizaciones sindicales con Luzovsky, aquel mismo día por la tarde, en una de las habitaciones del hotel donde nos hospedábamos y viéramos de modificar aquél o bien redactar otro documento, que llevando la conformidad de todos fuera presentado al Congreso para su aprobación. Además se proponía dar por terminada la reunión, como así se hizo.

A las siete de la tarde dio principio la reunión de delegados de organizaciones en el hotel.

Había delegaciones de Alemania, Italia, Yugoslavia, Francia, Holanda, Suecia, Inglaterra, España, Georgia, Bulgaria, Estados Unidos (I. W. W.) y no recuerdo si algún otro país, aparte Rusia representada por Luzovsky.

Como el recuerdo de la discusión de por la mañana estaba demasiado vivo en la mente de cada uno, la discusión se hizo en seguida interesante.

Las diferencias se acentuaron, agrupándose según la actitud que cada uno de los delegados había adoptado en la reunión de por la mañana.

El delegado de los sindicalistas alemanes y el de los Comités de Fábrica de Inglaterra, camaradas Souchy y Tanner, habían redactado un documento en contraposición al de Luzovsky, con cuyo texto estaba yo de acuerdo.

Apenas empezada la reunión solicitaron su lectura, pero la mayoría lo rechazó.

Este documento representaba el criterio que por la mañana había sustentado, exceptuando lo referente a la dictadura y conquista del Poder que para nada los mentaba, y, en cambio, se ocupaba preferentemente de convocar a una Conferencia Internacional a todas las organizaciones sindicales revolucionarias, para constituir la internacional sindical, y en ella discutir la línea de conducta que los Sindicatos debían adoptar en lo futuro.

La discusión, como ya he dicho, se generalizó en seguida, y una vez rechazada la proposición de los alemanes e ingleses, Luzovsky propuso se discutiera párrafo por párrafo y cada uno propusiera las enmiendas y modificaciones que estimara pertinentes, y donde no hubiera unanimidad se pasaría a votación y sería aceptado lo que acordara la mayoría.

Entonces pedí la palabra para definir claramente mi situación, pues era delicadísima, y por la votación que acababa de hacerse preveía lo que iba a resultar, como así fue.

Digo que mi situación era delicadísima, y no exagero. La de los otros que tampoco estaban de acuerdo con el documento no era igual. Sus organizaciones no estaban adheridas a la Tercera Internacional y, por tanto, podían negarse a suscribir el

documento. Yo, no. Desde el momento que la Confederación había tomado el acuerdo de adherirse y lo había hecho efectivo, yo quedaba sujeto a suscribir cuantos acuerdos tomara la mayoría, pues no hacerlo era equivalente a revocar el acuerdo de Madrid, y esto, en buena lógica, no podía hacerlo. ¿Quién era yo para revocar un acuerdo de un Congreso?

Así es que entre una adhesión que me ligaba a lo que acordase el organismo al que nos habíamos adherido, y un documento aprobado por la mayoría de componentes de este organismo, yo no tenía más que una solución: salvar mi responsabilidad, y diferir todas las resultantes del documento a la decisión que acordara la Confederación, después de mi regreso y de conocer el texto y alcance del mismo.

Obrando así, compañeros del Comité, creí cumplir con mi deber dejando a salvo los principios de la Confederación.

Y queriendo apurar todos los recursos, hasta los más inocentes, al firmar, en vez de poner: "Por la Confederación Nacional del Trabajo, Ángel Pestaña", puse: "de la" Confederación, etcétera, *etc*. Me pareció que escribiendo "de la" Confederación en vez de "por la" Confederación aminoraba el compromiso que para ésta representaba mi firma en el documento.

Hice como el aveSTRUZ, que ante el peligro esconde la cabeza, como si tal actitud aminorara sus efectos.

Así, pues, cuando la palabra me fue concedida dije lo siguiente: "Que ya sabían los delegados las manifestaciones

que había hecho en la reunión de la mañana, contrarias a la conquista del Poder político y a la dictadura del proletariado, agregando la salvedad, acerca de la cooperación con el proletariado comunista político. Que tales manifestaciones no eran ni exprimían un criterio personal, aun cuando en realidad yo estaba de acuerdo con ellos, sino el criterio de la Confederación Nacional española, aprobado por unanimidad en un Congreso. Ahora bien, si la mayoría de los presentes aceptaba el documento tal y cual Luzovsky lo había redactado, yo me hallaba ante una situación completamente anormal y difícil de resolver, ya que por un acuerdo del mismo Congreso donde se aceptaron principios contrarios a la conquista del Poder y a la dictadura, me veía obligado a suscribir ese documento, pues no hacerlo era revocar, por mi cuenta y riesgo, sin el consentimiento de la organización que lo había tomado, el acuerdo de adhesión a la Tercera Internacional. Pues como se adhiere a una organización se han de acatar los acuerdos que la mayoría tome o bien retirar la adhesión.

En consecuencia, manifesté: si la mayoría me impone aceptar el documento sin modificación alguna, lo firmaré, pero haciendo las salvedades siguientes: Todo cuanto se refiera a la conquista del Poder político, a la dictadura del proletariado y a la cooperación con el proletariado político comunista, queda a las resultantes de los acuerdos posteriores que la Confederación tome, una vez yo haya regresado a España, y tenga el Comité Confederal conocimiento de lo aquí acordado. Ello no quiere decir me niegue a la discusión de dicho documento, ni a cooperar para la organización de la I. S. R., mis reservas no van más allá de los extremos citados. Terminada de

hacer esta declaración empezó la discusión tal como Luzovsky había propuesto: párrafo por párrafo.

El primero y segundo pasaron sin discusión, no así el tercero.

En esto, aparte las observaciones que hicieron otros delegados, yo sostuve y amplié mis manifestaciones de por la mañana. Dije que nosotros éramos apolíticos y, no obstante, habíamos combatido la guerra con cuantos medios teníamos a nuestro alcance. Y resultaba paradójico firmáramos un documento que condenaba nuestra acción y nuestros principios.

Luzovsky contestó que, en parte, tenía razón, pero nada más que en parte. Pues ya decía el documento que “en la mayor parte de los países beligerantes”. Repliqué que ni aun así podía aceptarlo, pues estaba el caso de Portugal, de América del Sur, y, además, que si bien eran palabras que hablaban del pasado, sólo tomaban de él la experiencia, pero en cuanto a la acción se referían al porvenir y aquí nacía la dificultad.

Se acordó, por fin, variar la redacción del párrafo citado.¹¹

El cuarto originó larga y reñidísima discusión, pues éramos varios los delegados que sosteníamos el principio de la completa autonomía sindical.

11 Según he podido enterarme, Luzovski, cometiendo una deslealtad imperdonable, aun cuando merezca otro calificativo más duro, ha dado a la publicidad el documento tal como él lo había redactado y sin las modificaciones introducidas. Yo lo traía modificado, pero, al ser detenido en Italia, me lo “quitó” la policía con otros muchos documentos. Como hay algunas copias que corren por ahí, si algún día puedo proporcionarme una la publicaré en prueba de lo que afirmo.

Sin terminar la discusión sobre este párrafo se suspendió la reunión, pues era ya muy tarde.

He de advertir que las discusiones se hacen interminables por el número de traducciones que deben hacerse. Acordamos reunirnos al día siguiente para ver si llegábamos a un acuerdo.

A las once de la mañana del otro día empezamos la reunión, discutimos hasta media tarde; la suspendimos para comer y la reanudamos por la noche; la suspendimos para el día siguiente, y al día siguiente tampoco pudimos llegar a un acuerdo. Discutíamos no sólo sobre el párrafo cuarto; fueron objeto de discusión la dictadura, el Poder, las escisiones en las organizaciones sindicales, etc.

En resumidas cuentas: llevábamos tres días reuniéndonos y cada vez eran más hondas las diferencias. Entonces Luzovsky propuso suspender las reuniones y ver lo que se hacía, pues no era posible llegar a un acuerdo.

Deseosa de que los delegados conocieran algo de Rusia, la Tercera Internacional organizó una excursión por el Volga; y como para la apertura del Congreso faltaban varios días y ya se susurraba que acaso sufriera un aplazamiento que permitiera llegar a los delegados que se anunciaban, y, como algunos de los que representaban organizaciones sindicales manifestaron querer ser de la excursión, y la excursión se prestaba a conocer algo de la Rusia que nosotros no veíamos, me decidí a partir con ellos.

Al regreso fuimos convocados de nuevo para resolver la cuestión planteada por el documento.

Luzovsky manifestó que, siendo imposible entendernos, como plenamente había sido demostrado, habían tomado el acuerdo que sólo podrían intervenir, en el nuevo período de discusión que se abría, los delegados de las organizaciones sindicales ya adheridas y aceptadas en la Tercera Internacional.

Al reanudar las reuniones en la condición propuesta, la solución estaba prevista. La mayoría la formaban los primeros firmantes del documento.

Nos hallábamos presentes en este segundo período delegados de Rusia, Italia, Yugoslavia, Georgia, Bulgaria, Francia, España. Total, siete delegados; de ellos, cinco firmantes del documento.

Pregunté a Luzovsky si la modificación introducida en el párrafo tercero en el período anterior se mantenía o volvería a discutirse. Contestó que la modificación había sido aceptada y en las copias que se habían hecho de nuevo del documento, constaban. Por ese lado podía quedar tranquilo.

Reanudamos las reuniones, y exceptuando la enmienda a que os hago referencia, no quiso aceptarse ninguna otra.

Les hice ver el inconveniente que para nuestra organización representaba tal documento, ya que manteniéndole en su integridad como ellos hacían podían dar lugar a nuestra separación de la Tercera Internacional, cosa que sería lamentable y no beneficiosa para la causa de la revolución.

Contestóme Luzovsky que sobre la dictadura del proletariado y la conquista del Poder político, ellos no hacían ninguna concesión. Me convencí que era inútil toda persistencia.

Entonces, insistí de nuevo acerca de las reservas que había hecho sobre los tres extremos, y que ya conocéis.

Solicité se hicieran copias y se levantara acta de ellas.

Replicó Luzovsky que no había inconveniente en acceder a mi petición si desconfiaba de su palabra, y no lo creía necesario, además, puesto que tanto el documento como todos los trabajos que íbamos a emprender para organizar la Confederación internacional de sindicatos revolucionarios tenían carácter provisional; lo definitivo saldría en la Conferencia proyectada. Y que para salvar mi responsabilidad, si por parte de la Confederación había dudas, acerca de si yo había hecho o no las reservas a esas tres cuestiones, los delegados presentes podían testimoniar en mi favor.¹²

Me pareció incorrecto insistir y me di por satisfecho con sus palabras.

También sometió Luzovsky a nuestra discusión y aprobación el reglamento por el que se había de regir la próxima Conferencia internacional; texto de la convocatoria, fecha de la Conferencia y lugar de su celebración.

12 Son estos individuos los camaradas Luzovski, Rosmer, D'Aragona, Chabliny Milkitch, representando a Rusia, Francia, Italia, Bulgaria y Yugoslavia, respectivamente. Y también puede testimoniar el camarada Souchy, de Alemania, y Tannes, de Inglaterra.

Sobre el reglamento y fecha de la convocatoria la discusión fue breve, no así por el lugar y texto de la convocatoria.

El reglamento, como no tenía importancia, fue aprobado en seguida. En cuanto a la fecha, Luzovsky proponía el 15 de noviembre, pero como pareció demasiado próxima esa fecha se acordó el 1 de enero de 1921. En cuanto al lugar, Luzovsky proponía Rusia, yo propuse Italia o Suecia. Alegué que la Conferencia celebrada en Rusia no tendría eficacia alguna, pues la demasiada influencia del Partido Comunista ruso sería tan perjudicial a la Conferencia como lo es el manzanillo para el que se duerme a su sombra.

Luzovsky alegó la dificultad para ellos en salir de Rusia, ya que los Gobiernos de los otros países no les concedían pasaportes. Y también el peligro de que los Gobiernos de esos países no permitiesen su celebración. Este extremo quedó pendiente de resolución.

Otro tanto ocurrió con el texto de la convocatoria que se había de dirigir a las organizaciones sindicales del mundo.

Se decía, después de varias otras consideraciones sin gran importancia, que se invitaba a la Conferencia a las organizaciones sindicales nacionales, a las Federaciones nacionales e internacionales de oficio, Uniones locales y regionales que aceptaran la lucha de clases revolucionaria, la conquista del poder político y la dictadura del proletariado.

Manifesté mi disconformidad y dije que aquello era una segunda edición del documento, corregida y aumentada.

Que esa convocatoria cerraba el camino a muchas organizaciones que desearían venir, pero que no estaban del todo conformes con la dictadura y la conquista del Poder, y por lo tanto, la juzgaban un error.

Me parecía que una convocatoria así debía ser más amplia para que vinieran cuantos más mejor, y luego ya veríamos las que quedaban.

En estas discusiones nos hallábamos cuando los apremios para preparar la labor del Congreso, cuya fecha se acercaba, nos obligó a suspenderlas y diferirlas a la terminación del mismo.

El discutir los medios de organizar la Conferencia internacional sindical, no impedía que concurriéramos, además, a las reuniones del Comité de la Tercera Internacional, sólo que ahora estas reuniones se hacían más premiosas y más frecuentes, y nos obligaron a desatender una cuestión si no queríamos desatender a dos.

Después de la primera reunión del Comité de la Tercera internacional, donde discutimos lo referente a la contestación a dar a los delegados franceses y lo referente a los Sindicatos, continuamos abordando otros extremos. Algunos de gran trascendencia.

Uno de los primeros discutidos fue el relacionado con los diferentes partidos comunistas alemanes.

Sabido es que después de la escisión, aconsejada y sostenida desde Moscú, del Partido Socialista independiente, formando

los disidentes el Partido Comunista alemán, éste se fraccionó a su vez, constituyendo el Partido Comunista obrero alemán. Se diferenciaban el uno del otro, en que el primero aconsejaba la acción sindical y política, negándolas el segundo. Este último también tenía alguna veleidad de nacionalismo. La importancia de esta segunda escisión queda demostrada desde el momento que el mismo Lenin escribió un libro ("El Comunismo de izquierda. Enfermedad infantil") para combatirla.

Pero, no obstante, y debido a su importancia misma, en se guardaban ciertas atenciones al Partido Comunista obrero alemán, y si al partido oficial, reconocido por Rusia, se le hacía depositario de todas las cosas que tenían carácter oficial, con el otro se mantenían relaciones oficiosas, provocando esta dualidad de relaciones serios conflictos en Alemania.

A la sazón, se hallaba en Rusia Otto Ruler, que era el líder del Partido Comunista obrero alemán y trabajaba porque su partido fuera admitido al Congreso en las mismas condiciones que el Partido Comunista alemán, cuyos líderes lo eran por aquel entonces Paul Levi y Clara Zeiting (sic).

La solicitud de Otto provocó serios disgustos al Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional, pues éste, en su mayoría, se inclinaba por la admisión, a la que Radek, secretario de la Tercera Internacional, y algunos otros miembros eran opuestos. Pero aún no trascendía al seno del Comité. Hablaré de la solución que tuvo ese pleito a su debido tiempo.

En una de las primeras reuniones se discutió de política colonial, y dióse lectura de un manifiesto que todos los

delegados presentes al Congreso de la Tercera Internacional debíamos firmar, dirigido a los pueblos de Oriente, convocándolos a un Congreso en Baku para el 1 de septiembre. El tema del manifiesto se aprobó, tras ligerísimas correcciones de forma. No así la tesis que se presentaba y que también debía discutirse en el Congreso, acerca de la política colonial.

Conocido debe seros el criterio de Lenin y del Partido Comunista ruso sobre esta cuestión, criterio que participaba y sostenía la Tercera Internacional.

Cree ese criterio que en las Colonias los Partidos Comunistas deben aliarse en toda circunstancia a los Partidos Nacionalistas, para sacudir el yugo de la metrópoli.

La delegación italiana, más particularmente, combatió ese criterio. Y hubo que dar la reunión por terminada sin poder llegar a un acuerdo.

Tratamos en reuniones posteriores, aparte cuestiones de detalle, cómo se votaría y cuántos votos serían otorgados a cada delegación. Se propuso, y fue aceptado, que a los países de primera categoría se les concedieran diez votos; a los de segunda, siete; a los de tercera, cinco; a los de cuarta, tres; a los de quinta, dos, y a los restantes, uno. España, o sea, la Confederación, quedó incluida en la segunda categoría, concediéndosenos siete votos.

Abordóse, por fin, lo relacionado con los partidos políticos alemanes. Paul Levi había llegado, y era el momento de deslindar los campos.

El Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional había, por su parte, tomado una decisión definitiva en el asunto, y por ello se admitía a Otto, en representación del Partido Comunista obrero alemán, a las deliberaciones del Congreso en iguales condiciones que el otro partido.

Levi combatió esta decisión del Comité Ejecutivo y amenazó con retornarse a Berlín si el Pleno del Comité la ratificaba. La discusión de este extremo fue por demás empeñadísima, y, a pesar de los esfuerzos de Levi, el Pleno ratificó el acuerdo del Ejecutivo. Sólo votaron en contra Levi, Radek, Serrati y algún otro.

Y sin que se sepa la causa, Levi, que amenazó con partir, no lo hizo; en cambio, Otto, a quien se admitió al Congreso, regresó a Alemania antes de que comenzara.

Vino después lo referente a los idiomas oficiales de la Conferencia. Aceptóse el alemán y el francés. Los ingleses, cuya delegación era bastante numerosa, aun cuando representaban a pequeñas fracciones, propusieron que el inglés fuera también considerado como idioma oficial. Por mayoría de votos fue rechazada la propuesta.

En esta misma reunión nombróse el “Presidium”, o sea, la presidencia del Congreso.

El “Presidium” es un organismo altamente significativo de lo que puede ser un Congreso donde el “Presidium” se nombre. Yo lo ignoraba. Y como lo ignoraba, me parecía pueril el empeño de la delegación inglesa por forma parte del “Presidium”, pues fueron descartados de su composición, a

pesar de que los holandeses y otras delegaciones apoyaban su propuesta. Acostumbrado yo a nuestros Congresos, donde en cada sesión se nombra el presidente para la misma, y su misión se limita a encauzar las discusiones, conceder la palabra, poner a votación las proposiciones, etc., etc., y en la creencia de que allí también sería igual, no me parecía justificada la inquietud de los ingleses. Pero más tarde vi que tenían razón.

Os describiré brevemente lo que el “Presidium” representa en un Congreso, porque si no difícilmente podrían comprenderse ciertas cosas. Sabed por adelantado que el “Presidium” es el Congreso; lo demás, su caricatura, la del Congreso, quiero decir.

El “Presidium” o presidencia (lo llamaremos presidencia por ser más fácil para nosotros), puede componerse de tres, de cinco, de siete individuos o más, aun cuando un número mayor de esta cifra es difícil que la alcance.

Las atribuciones de esta presidencia son muy otras y hasta diferentes de las que tiene la presidencia de nuestros Congresos. La presidencia hace el reglamento del Congreso, lo preside, como es natural; cada proposición nueva que se hace, aparte las tesis, o temas propuestos por el Comité del organismo que celebre el Congreso, deben ser presentados por escrito y a la presidencia, la cual dictamina si debe o no discutirse la proposición. Si lo acepta puede introducir modificaciones, aun cuando el criterio del autor sea opuesto, y si no lo acepta, puede el autor apelar al Congreso; pero como la presidencia se nombra de forma que representa a la mayoría, es como si se pidiera peras al olmo.

La presidencia puede alterar el orden del día y el de las discusiones; presentar proposiciones a la deliberación del Congreso y contestar a cuanto le pregunten y hablar cuando lo crea pertinente. En una palabra, la presidencia, tiene la iniciativa del Congreso, puede proponer y disponer a su antojo, los delegados no hacen más que discutir...

La comparación más exacta que hallo es la de nuestro Parlamento, pero sin banco azul, puesto que el banco azul es la misma presidencia. Suprimamos al presidente del Congreso en nuestro Parlamento, y pongamos en su lugar los ocupantes del banco azul; ya tenéis organizado un Congreso con su “Presidium”. Sabido es que en nuestro Parlamento el Gobierno tiene la iniciativa de los proyectos a presentar del orden en la discusión y de aceptar o no las proposiciones que puedan hacérsele, y, además, señalar cuando un diputado puede hablar sobre una interpellación, es decir, que la iniciativa de los debates parlamentarios son de la competencia del Gobierno; pues bien, en un Congreso de esa clase, la iniciativa corresponde a la presidencia.

Por eso en el nombramiento de la presidencia radica la labor más importante, y si una fracción alcanza la mayoría en la presidencia, es la dueña del Congreso e impone sus ideas.

En todo Congreso hay siempre, pues tácitamente resulta así de las discusiones, una derecha, una izquierda y un centro, si se celebran los Congresos en la forma que lo hacemos nosotros; esto no tiene una máxima importancia, pues como la presidencia no tiene atribuciones extraordinarias, la mayoría se ha de conquistar con razones, o con sofismas que lo parezcan,

pero se hace a la luz del día y claramente en el salón de sesiones; pero con una presidencia como la detallada, la situación de cada grupo y el que se acepten o no sus puntos de vista, no está en la mayoría de los delegados, es la presidencia quien lo hace. Por eso la intriga y la situación excepcional de un grupo o fracción determinada, o el convencimiento que puede decidir las votaciones, es lo que le da entrada en la presidencia.

¿Comprendéis por qué dije que la presidencia es el Congreso y lo demás su caricatura?

Por mayoría de votos fueron elegidos para formar la presidencia: Lenin, por el Partido Comunista ruso; Zinovief, por la Tercera Internacional; Paul Levi, por el Partido Comunista alemán; Serrati, por el Partido Socialista italiano, y Rosmer, por el Comité de la Tercera Internacional de Francia.

Algunas otras cuestiones de menor cuantía y la comisión revisora de mandatos, que faltaban, quedaron acordados su nombramiento en una última reunión que se celebró al día siguiente; y dos días más tarde daba comienzo a sus tareas en el Congreso.

EL CONGRESO

La sesión de apertura tuvo lugar en Petrogrado, a donde nos trasladamos los delegados en dos trenes especiales.

Celebróse en el antiguo Palacio Tamide (la Duma en tiempos del zarismo), y fue un acto verdaderamente impresionante.

Abrió la sesión Zinovief, haciendo un discurso de salutación a los delegados que allí representábamos organizaciones y partidos, y saludó también a los perseguidos y encarcelados por propagar sus ideas en los países de régimen capitalista. Terminó exponiendo su deseo de que el próximo Congreso de la Tercera Internacional fuese celebrado en otro país, pero bajo un régimen soviético. Dijo, también, que en dicha sesión sólo harían uso de la palabra algunos oradores ya designados y terminaría con un discurso de Lenin.

Aprovechando la circunstancia de hallarnos reunidos en Petrogrado todas las delegaciones concurrentes al Congreso, organizáronse varios actos públicos, entre ellos un gran mitin monstruo en la plaza de Invierno, a la que tiene acceso la puerta principal del Palacio de Invierno, residencia en Petrogrado del ex zar.

A esta plaza condujo, en 1905, el famoso pope Gaponi aquella manifestación de hambrientos, que los guardias del Palacio fusilaban, tirando a mansalva, sobre mujeres, niños y ancianos.

Levantáronse varias tribunas, la principal delante de la misma puerta de Palacio, y las otras distribuidas en diferentes puntos de la plaza. En una de ellas hice uso de la palabra y prometí al pueblo ruso que nuestra organización haría lo posible para ayudarle en su lucha contra el capitalismo mundial coaligado contra la revolución.

Al día siguiente regresamos a Moscú, donde debían continuar las sesiones del Congreso.

Celebráronse éstas en uno de los edificios del Kremlin, en el que se encuentran las salas del trono. En la sala mayor, de San Andrés, allí nos instalamos.

Abierta la sesión, Zinovief pronunció un discurso recomendando a los delegados la mayor serenidad en el examen de los temas a discutir, ya que de ello resultarían beneficios altamente provechosos para la clase obrera mundial.

“No olvidemos –dijo– el ansia de reivindicaciones que se manifiesta en millones de pechos proletarios; procuremos satisfacer sus ansias de redención y de lucha, dado, en los dictámenes que se aprueben, formas prácticas a ese anhelo que se manifiesta por doquier.

Nuestra misión es buscar extremos armónicos que, atrayendo hacia sí mismos el espíritu revolucionario que palpita y vive en el proletariado mundial, conduzcan a éste a la derrota definitiva del mundo capitalista, implantando el comunismo y la dictadura del proletariado.

Después de hacer algunas observaciones aclaratorias acerca del reglamento del Congreso, que la presidencia había elaborado, y en el que, entre otros artículos, figuraba uno por el cual se limitaba el tiempo que cada orador podía hacer uso de la palabra a diez minutos, exceptuando al ponente que no tenía tiempo limitado, pasó a defender la tesis, de que era ponente: “Role du Parti Comuniste”, que podremos traducir: “Necesidad del Partido Comunista”.

Durante hora y media estuvo razonando sus puntos de vista, y que concretaremos a tres: necesidad de crear los partidos comunistas para hacer la revolución, conquistando el Poder; organizar el ejército rojo para garantizar sus conquistas e imponer la dictadura del proletariado a fin de mejor destruir a la burguesía.

Numerosos delegados pidieron hacer uso de la palabra sobre dicho tema; yo también me incluyo entre ellos.

Cuantos hablaron antes que yo, coincidieron en lo fundamental con Zinovief; sólo discrepaban en cuestiones de detalle. Vinieron a afirmar, aunque partiendo de puntos de vista diferentes, que sin partidos comunistas fuertemente organizados y disciplinados, sin ejércitos rojos, y sin conquista del poder y sin dictadura, no podía hacerse la revolución, ni mantener las conquistas que ésta hubiera alcanzado; ni organizar el comunismo; ni destruir la burguesía.

Llegó mi turno y subí a la tribuna para hacer uso de la palabra.

Dije que la situación de los delegados no acordes con cuanto allí se había expuesto, era extremadamente delicada y difícil, ya que toda crítica hecha a los puntos de vista sustentados por la Tercera Internacional podían interpretarla nuestros adversarios como signo evidente de división entre el elemento trabajador, al apreciar la revolución, y no dejarían de explotar estas diferencias de apreciación para insinuar entre los obreros la especie de que la revolución era un fracaso, ya que no todos apreciábamos de igual modo sus resultados.

Son estas contingencias –continué–, que todos debemos recordar en el debate que se ha planteado, pues olvidarlas equivaldría a generar diferencias nada provechosas para la causa que defendemos: la emancipación de las clases obreras.

La revolución ha proyectado un poderoso rayo de simpatía entre los obreros de todo el mundo, y será doloroso que por entregarnos aquí a discusiones más o menos partidistas destruyéramos la labor que la simpatía ha realizado.

Por eso, nuestras críticas deben limitarse a los extremos que no estén de acuerdo con nuestro pensar y, aun aquí, limitarlos lo más posible.

Por mi parte esta es la conducta que me he trazado y de ella no saldré, si un olvido involuntario de mi propio pensamiento no me lleva a ello.

Dicho esto, entraré en el tema que aquí se está discutiendo.

A creer a cuantos oradores me han precedido en el uso de la palabra, la revolución en Europa y en el mundo entero queda supeditada a la organización de los Partidos Comunistas en todos los países.

Se ha afirmado, pero eso sí, sin aportar pruebas que puedan convencer, a lo menos a mí, y si no pruebas, cuando menos hipótesis razonables, que sin Partidos Comunistas no hay revolución, no se destruirá el capitalismo, y las clases trabajadoras no conquistarán jamás el derecho de ser libres.

Afirmación gratuita y hasta algo fuera de lugar por sus pretensiones, ya que con ello se quiere negar la historia y la génesis de todos los movimientos revolucionarios que la humanidad ha realizado en el lento y penoso camino que recorre para acercarse a su dicha.

Se nos ha dicho: Mirad a Rusia: contemplad este bello espectáculo; el ejemplo, este ejemplo debéis admirar y en él hallaréis la confirmación práctica de nuestros razonamientos.

Y yo digo: ¿Qué debemos de mirar? ¿Cuál es la contemplación que nos proponéis? Aquí no vemos más que una revolución ya hecha y el ensayo de un sistema de organización social, cuyos resultados no son lo suficientemente claros para que sobre ellos hagamos deducciones.

Nos ponéis delante del acto consumado y nos decís: ¡he ahí el ejemplo! No es así, ni situándonos en tal extremo, como podremos juzgar las pretensiones de la Tercera Internacional.

Habéis olvidado algo muy esencial; lo más esencial para que vuestros razonamientos tuvieran la fuerza que pretendéis.

Habéis olvidado demostrarnos si fue el Partido Comunista el que hizo la revolución en Rusia.

Demostrandme que fuisteis vosotros, que fue vuestro partido el que hizo la revolución, y entonces creeré en cuanto habéis dicho y trabajado por lograr lo que proponéis.

La revolución, según mi criterio, camaradas delegados, no es, no puede ser, la obra de un partido. Un partido no hace una

revolución; un partido no va más allá de organizar un golpe de Estado y un golpe de Estado no es una revolución.

La revolución es la resultante de muchas causas cuya génesis la hallaremos en un mayor estado de cultura del pueblo, en el desnivel que se produce entre sus aspiraciones y la organización que rija y gobierne a este pueblo.

La revolución es la manifestación, más o menos violenta, de un estado de ánimo favorable a ese cambio en las normas que rigen la vida de un pueblo, y que, por una labor constante de varias generaciones que se han sucedido luchando por la aplicación de ese deseo, emerge de las sombras en un momento dado y barre, sin compasión, cuantos obstáculos se oponen a su fin.

La revolución es la idea que han adquirido las muchedumbres de un mejor estado social, y que no hallando cauces legales para manifestarse, por la oposición de las clases capitalistas, surge y se impone por la violencia.

La revolución es la consecuencia de un proceso evolutivo que se manifiesta en todas las clases de un país, pero particularmente en las menesterosas, por ser ellas las que más sufren en el régimen capitalista, y no hay partido alguno que pueda atribuirse el privilegio de ser él solo quien ha creado ese proceso.

La revolución es un producto natural, que germina después de haber sembrado muchas ideas; regado el campo con la sangre de muchos mártires; arrancado las plantas malas a costa de inmensos sacrificios, y ¿qué partido, si no quiere que

lo tomen en ridículo, podrá vanagloriarse de haber él solo sembrado de ideas el campo, regado y escardado? Ninguno; es decir, yo creo que ninguno; vosotros no sois de la misma opinión.

Decirnos que sin Partido Comunista no puede hacerse la revolución, y que sin ejército rojo no pueden conservarse sus conquistas, y que sin conquista del Poder no hay emancipación posible, y que sin dictadura no se destruye a la burguesía; es hacer afirmaciones, cuyas pruebas nadie puede aportar. Pues si serenamente examinamos lo sucedido en Rusia, no hallaremos de tales afirmaciones ninguna confirmación.

Vosotros no hicisteis solos la revolución en Rusia; cooperasteis a que se hiciera y fuisteis más afortunados para lograr Poder.

Al llegar aquí, como los diez minutos habían transcurrido, el presidente me lo indicó, y abandoné la tribuna.

Después de algunos oradores, que combatieron algunos de los extremos que yo había tratado, subió a la tribuna Trotsky y habló más de tres cuartos de hora, combatiendo lo que yo había dicho.

Pedí de nuevo la palabra; me dijeron que la lista de oradores estaba cerrada.

Sin terminar de discutir este tema se levantó la sesión.

No extrañéis que se discuta poco, o por lo menos no juzguéis que se ha discutido poco por lo que aquí pueda decirse; pensad

que cada discusión ha de traducirse, por lo menos, a cuatro idiomas y la contestación que se haga a ese discurso por idénticos trámites.

En la sesión siguiente, en la de la mañana, pues hubo día de tres sesiones, continuó la discusión del mismo tema. Zinovief, que habló de los últimos, empleó más de media hora para refutar lo que yo había dicho la noche anterior; insistí de nuevo pidiendo la palabra; se me contestó que el debate había terminado. Efectivamente, con unas actuaciones de la presidencia, se dio por terminado el debate y se levantó la sesión, dejando para por la tarde el nombramiento de una Comisión que estudiara algunas enmiendas de forma que se había propuesto y aceptado a la tesis de Zinovief.

En la de la tarde ocurrió un incidente, del que fui protagonista, y lo relato en confirmación de lo que dije acerca del papel que juega el “Presidium”.

Presidía Serrati, que dio por abierta la sesión manifestando que la presidencia se había reunido y acordado modificar el orden de la discusión.

Así como para el tema “Necesidad del Partido Comunista”, después de la exposición del ponente, se había entablado discusión general para conocer la opinión de los delegados, y luego nombrado una Comisión que recogiera las enmiendas aceptados por la mayoría, redactara de nuevo la tesis y se diera una última lectura para saber si había sido bien interpretado el deseo de los proponentes de las enmiendas, antes de someterlas a votación definitiva, en lo sucesivo, como las tesis

habían sido repartidas en un folleto impreso y todos los delegados las conocían, para abreviar la tarea, se nombrarían comisiones de once, quince y diecisiete individuos, que se reunirían para dar dictamen, después de haber oído al ponente, y tanto si había acuerdo como si no lo había, entre el ponente y la Comisión, se daría lectura al dictamen de comisión en el Congreso para aprobación definitiva, y por si había alguna enmienda que proponer.

Dijo también que cada delegación nacional tenía derecho a proponer un individuo de su seno para cada una de las comisiones dictaminadoras; eran siete, y una vez propuestos, la presidencia aceptaría los que creyera más capacitados para aprobar la tesis... Pedí la palabra y protesté de la decisión de la presidencia proponiendo esas comisiones dictaminadoras, pues equivalía a sustraer al Congreso la discusión de los temas. Pero lo que me parecía insólito y lo reputaba como una comedia, era que nosotros, los delegados, tuviéramos el derecho de proponer y la presidencia el de aceptar los que le parecieran más aptos. Porque yo entendía que éramos nosotros, los delegados, los que debíamos proponer y aceptar, pues para aceptar la proposición de la presidencia valía tanto que, prescindiendo de quienes nosotros propusiéramos, la designara ella directamente.

—No podemos hacerlo —contestó Serrati, algo mosqueado—, porque no los conocemos.

—Los conocerá la presidencia para escogerlos cuando nosotros los hayamos propuesto —repliqué, vivamente—. Porque lo que nos propone equivale a una fábrica de mayorías.

—Queda terminado el incidente —me contestó.

He de deciros también que esta actitud mía causó cierta perplejidad en los delegados, pues, sin duda, esas son costumbres viejas y aclimatadas en la mayoría de esos países y de esas organizaciones políticas.

Otra cosa que llamó mi atención es que no se levantaban actas; sí que había seis o siete secretarios, pero dijeron que tomaban nota de lo que se dijera para publicarlo más tarde.

Así que me pareció no un Congreso, sino una discusión académica, donde el recipiendario hace un discurso y otro académico le contesta.

Pues todo se limita a un tema propuesto por el Comité; desarrollado por un individuo que él designa; discusión general sobre ese tema: modificaciones que se introducen, y luego publicación del tema para conocimiento del partido.

El espíritu que vive en un Congreso: las diferentes facetas y apreciaciones que puedan hacer los delegados, todo eso pasa a mejor vida, cae en el vacío.

Dos palabras sobre las votaciones. Os dije que según la importancia de la colectividad representada se le había concedido determinado número de votos. Yo creí que en el Congreso se votaría por lo acordado. No fue así. Cada delegado tenía un voto. Se votaba por individuo, y no por representación. Nombráronse las Comisiones, y yo fui designado para formar parte de la que había de dictaminar sobre los Sindicatos. Como las Comisiones se reunían para

dictaminar y no había ningún dictamen, concurríamos a la sala, pero apenas si se discutía unos minutos y sobre cosas sin interés.

Además, una vez nombradas las Comisiones, creí ver que el Congreso había perdido todo su interés y se concentraban en lo que las Comisiones aprobaran.

Vino a sacarnos de ese sopor en que amenazábamos caer un hecho, cuya explicación no puedo dárosla, porque no la sé.

El tercero y cuarto día, al comenzar la sesión, Zinovief, que presidía, anunció que los camaradas Cachin y Frossard harían una declaración.

Cachin, el primero, subió a la tribuna, y después de reconocer que, efectivamente, en su pasada vida política había algunos desaciertos y no siempre habían estado a la altura que los acontecimientos reclamaban de ellos, se proponían hacer enmiendas, y que, de acuerdo con el Comité de la Tercera Internacional, aceptaban todas las condiciones que éste les imponía para el ingreso del Partido Socialista en la misma, y al día siguiente regresaban a Francia, a fin de cumplimentar los acuerdos contraídos.

Frossard, a su vez, ratificó lo dicho por Cachin, añadiendo que de buena fe, en lo sucesivo, laborarían al costado del proletariado revolucionario.

El asombro que produjeron estas declaraciones no es para descrito. Nadie, o muy pocos, se las esperaban. Además, que aquello era tomar al Congreso por el pito de un sereno. ¿Con

qué derecho se había pactado a sus espaldas con Cachin y Frossard, habiendo en el Congreso otros delegados de Francia?

Pidieron éstos la palabra; protestaron de lo pactado, pero como si no, Cachin y Frossard regresaron a Francia, y lo hecho, hecho estaba.

Las sesiones perdían todo interés. Las muchas traducciones hacían interminable la menor discusión.

Además, cuando se iba a traducir en una lengua, los que no la entendían abandonaban el salón; cuando se terminaba esta traducción y se había de hacer otra, era preciso aguardar a que vinieran los de aquel país, lo que ocasionaba una pérdida de tiempo incalculable. Y a cada traducción se repetía el mismo caso. Y sólo había una mujer para traducir a todos los idiomas: la Angelico Balabánoba.

Uno de los temas que apasionó un tanto al Congreso, deteniendo un algo su decaimiento, fue el que trataba de la actuación electoral de los Partidos Comunistas. Los partidarios de la abstención eran muchos, y sólo la disciplina y el que Lenin lo impusiera pudo triunfar de la corriente en contra que se manifestaba. Una de las delegaciones que se mostraron más irreductibles fue la holandesa. No quería ceder, y sólo el número la aplastó, a pesar de sus lógicos razonamientos.

En este tema, que tanta importancia tenía, intervino Souchy, el delegado de los sindicalistas alemanes, pronunciando un discurso importantísimo por el fondo y por la manera de abordar el problema antielectoral que imponía el Comité; pero a lo más recio de sus razonamientos, como habían transcurrido

los diez minutos, se le retiró el uso de la palabra; sin embargo, a sus contradictores se les dejó hablar el tiempo que les vino en gana.

Eso de los diez minutos era una ratera, y, según qué ratones, pasaban y repasaban y la trampa sin caer.

Otro de los temas que sacudió un tanto la monotonía, y que por los precedentes estaba llamado a dar juego, era el de la Política colonial.

Lenin, que era el ponente, mantuvo su punto de vista y Serrati combatió el criterio de Lenin. Manifestó que la delegación italiana se abstendría de tomar parte en la votación de aquel tema, pues él, como director del diario socialista de Milán, Avanti, había mantenido una campaña durante seis años contra ese mismo criterio que algunos socialistas italianos y muchos nacionalistas sostenían, y no quería con su voto, en un Congreso en Moscú, destruir lo que tanto tiempo le había costado edificar.

Pero Lenin mantuvo íntegramente su apreciación, y la mayoría del Congreso aprobó el criterio de Lenin.

La marcha del Congreso era desesperante, pues, aparte si hablaban Lenin o Trotsky, las discusiones transcurrían en medio de una indiferencia general, mientras que en las Comisiones se arreglaban todos los asuntos. Añadamos a esto que el cansancio de la Balabánoba se acentuaba cada día, y las traducciones las concretaba más y más, hasta no quedar apenas nada de lo que había dicho el orador.

Teniendo en cuenta esta dificultad de los idiomas y pensando que simplificar esta dificultad sería muy ventajoso, y acordándome del acuerdo tomado en Madrid por la Confederación, en un escrito propuse a la presidencia sometiera a la discusión del Congreso declarara para Congresos sucesivos el "Esperanto", como idioma auxiliar. Cuando presenté la proposición, me dijeron que lo discutirían y me darían la contestación de lo acordado sobre ella.

Cuando llevábamos ya catorce o quince días de sesión, la delegación inglesa se acrecentó con la llegada de nuevos delegados y entonces la presidencia propuso que, visto el número de delegados ingleses que tomaban parte en el Congreso, se suprimiera el francés como idioma oficial, reemplazándolo por el inglés. La propuesta fue aprobada.

A partir de este momento, se me hace más difícil seguir al día el Congreso, como hasta ahora; pues, contando siempre con el cansancio de la traductora, que iba en aumento, tardes hubo y sesiones enteras en las que no se hizo ni una sola traducción al francés.

En una de estas sesiones se discutieron las condiciones de ingreso de los Partidos Socialistas en la Tercera Internacional. Las condiciones que constaban en el folleto de que antes hemos hablado eran catorce.

La Comisión dictaminadora las aumentó a dieciséis. Y como después del dictamen aún se hicieron por algunos delegados objeciones acerca de algunos puntos, se acordó que la Comisión, que aceptaba algunas de las últimas enmiendas

presentadas, retirara el dictamen para nueva redacción, y una vez redactado diera lectura de él para la definitiva aprobación.

Que yo sepa, no volvió a leerse en ninguna, y pasarme desapercibido lo dudo bastante, pues no falté ni a una sola de las sesiones; comprenderéis por lo mismo cuál sería mi asombro al enterarme, apenas llegué a Berlín, de regreso, que las condiciones impuestas a los P. S. para ingresar en la III Internacional eran veintiuna.

Con la mano sobre la conciencia, debo deciros que el Congreso no las discutió. Si las discutió la Comisión dictaminadora, no lo sé, pero que en el Pleno del Congreso nada se habló de las veintiuna condiciones, puedo afirmarlo sin temor a equivocarme.

Otra de las sesiones bastante animada fue en la que se trató de la petición de ingreso en la III Internacional del P. S. independiente alemán.

En el último Congreso que este partido había celebrado, anterior al de la III Internacional, habíanse manifestado dos tendencias, aunque en el fondo sólo era una: adherir a Moscú; pero unos querían adherir imponiendo condiciones y los otros incondicionalmente. Los partidarios de adherir imponiendo condiciones habían obtenido la mayoría, pero tan exigua, que para evitar la escisión en el partido se acordó enviar a Moscú una delegación compuesta por dos individuos de cada tendencia para ver si era posible conciliar, de acuerdo con la III Internacional, los deseos de unos y de otros.

La sesión donde los cuatro delegados independientes debían hacer uso de la palabra prometía ser interesante, contando además que Levi, el delegado del P. C. alemán, no desperdiciaría la ocasión de combatir a sus antiguos compañeros de partido.

Y, efectivamente, las esperanzas no fueron defraudadas.

Detmann y Stoecker, que eran los partidarios de la adhesión sin condiciones, atacaban duramente a sus compañeros de partido, Crispier y Ledebourg, que sostenían el criterio de adhesión imponiendo condiciones. Y Paul Levi, desde la presidencia, iba dibujando a unos y a otros. Digo dibujando en el sentido de debilitar a los adversarios para quedarse con la mayor tajada.

La discusión fue movida y accidentada y de ella saqué el convencimiento que la escisión del P. S. alemán tardaría en producirse el tiempo que tardaran en regresar a Berlín los delegados que habían ido a Moscú. Esta convicción se había hecho aparte de la discusión habida en el Congreso por los trabajos que se realizan entre bastidores. El salón del Congreso era la escena donde se repetía el papel anteriormente aprendido.

En las diferentes votaciones que se habían suscitado, cuando se citaba a España, siempre contestaba absteniéndose, lo que llamó la atención a varios delegados, y hablaron manifestando su extrañeza.

Entonces subí a la tribuna e hice la declaración siguiente: "Que yo representaba a una organización sindical antipolítica, y

como cuantas discusiones se habían suscitado hasta el momento sólo incumbían a partidos políticos, me abstenia de votar, pues no quería, con mi voto, inclinar la resolución en ningún sentido, dado que yo no tenía compromiso en la ejecución de cuantos acuerdos se tomaran. Que no era una abstención en el sentido de no querer votar; era inhibirme en asuntos que para nada me incumbían, teniendo en cuenta el carácter de la organización por mí representada en el Congreso. Que votaría cuando se discutiera el tema referente a los Sindicatos y a alguna cuestión de detalle, pero en las otras me abstenia siempre."

Ya os dije que fui designado para formar parte de la Comisión dictaminadora acerca de los Sindicatos. No creo ocioso deciros que en ella era el único delegado que representara a una organización sindical; sin representar al mismo tiempo a un partido político.

El ponente era Radek, y acaso no os diga nada nuevo diciéndoos que Radek es un antisindicalista rabioso, rabioso.

Para él los Sindicatos, si no sirven a los Partidos Comunistas, no tienen razón de ser.

Su criterio acerca de los Sindicatos es el mismo de la ponencia, y que puede resumirse en pocas palabras.

Centralización absoluta; disciplina y cooperación con el Partido Comunista. Además, todos los cargos retribuidos, permanencias, secretarías, propaganda, comisiones de todas clases. Comités Nacionales de Federación de oficio o de toda la organización deben estar en manos de comunistas probados,

para evitar que los dirigentes de la organización pongan ésta al servicio de la burguesía imperialista de todos los países, como sucedió en 1914. Hay que evitar una nueva traición de los jefes del movimiento sindical.

Combatí este criterio en el seno de la Comisión dictaminadora. Dije que la falta de lo ocurrido en 1914 con las organizaciones sindicales de todos los países beligerantes no radicaba precisamente en los hombres que estaban al frente, sino en la constitución interna de esas mismas organizaciones, que permite, a causa del centralismo absorbente y de la burocracia, que destruye toda la iniciativa individual; el que muchedumbres considerables acepten lo que un hombre les dice sin oponer una idea propia ni un razonamiento.

Que si es cierto, como afirma la ciencia y numerosas pruebas vienen cada día a demostrarlo, que la función crea el órgano, si no se modifican los sistemas de organización, por muy comunistas que sean sus nuevos directores, después de un cierto tiempo caerán en los mismos vicios que se pretende combatir.

En consecuencia, yo proponía que no se limitara el dictamen a cambiar los hombres dejando las organizaciones tal cual estaban antes, sino que se cambien los hombres, pero también los métodos de organizar.

Me oyeron como quien oye llover y está bajo techado, e hicieron tanto caso de mis palabras como de las coplas de Calainos.

Allí no se iba a modificar ni a reformar; se iba a apoderarse de las secretarías y permanencias, para desde allí dirigir; lo demás no tenía importancia. Comprendí que perdía el tiempo y dejé de concurrir a las reuniones de la Comisión.

Vino, por fin, el día de discutir esta cuestión, y como los ingleses, el delegado de los sindicalistas alemanes y otros querían intervenir, la discusión prometía ser movida.

El dictamen de la Comisión era opuesto, en parte, al del ponente, pues, aunque no mucho, reclamaba la Comisión cierta autonomía para los Sindicatos, y Radek no quiso ceder.

Puesto a discusión el dictamen del ponente, invirtió más de una hora en su defensa.

La Comisión, que también había redactado otro dictamen y nombrado un ponente que lo defendiera, peroró casi una hora, defendiendo sus puntos de vista. Ya digo que la diferencia entre la Comisión y Radek era de forma, y no de fondo; pero como una y otro se mostraron irreductibles, he aquí por qué había dos dictámenes.

Cuando terminaron de hablar los ponentes, un número considerable de delegados pedimos la palabra.

Como la discusión amenazaba prolongarse, la presidencia dijo que, en vista de ser veintidós los inscritos para hablar sobre aquel tema, aun después de haber hablado dos ponentes, se había hecho una proposición en el sentido de nombrar tres camaradas por cada una de las dos tendencias manifestadas y cuando ellos hubieran terminado de hablar

someter a votación el dictamen de la ponencia y el de la Comisión.

Dijo también que en la misma proposición se designaba a los individuos que habían de intervenir en el debate y que la presidencia aceptaba, y proponía al Congreso aceptase, y, ¡cosa rara!, ni yo, ni Souchy, ni los sindicalistas alemanes, que en realidad éramos la verdadera oposición en el terreno de las organizaciones sindicales, no figurábamos en la propuesta y fuimos implacablemente excluidos.

Terminado de hablar los propuestos se puso a votación y la mayoría aceptó la tesis de Radek. No quise ni votar. ¡Para qué!

El Congreso se acercaba a su término.

Discutióse la relación de las juventudes socialistas con la Tercera Internacional. Y también algo relacionado con la organización de la mujer. Y en la última sesión el reglamento de la Tercera Internacional. Por cierto que el artículo 14 originó viva oposición por parte de la delegación inglesa.

En el artículo mencionado se dice lo siguiente, que fue lo que originó la actitud de los delegados ingleses, con la cooperación de otros, incluso la mía: "En los próximos Congresos mundiales de la Tercera Internacional, las organizaciones sindicales nacionales a ella adheridas estarán representadas en ellos por conducto de los delegados del Partido Comunista de su país."

Lo subrayado es mío, pues quiero llamar vuestra atención acerca de lo que lo citado representa para la Confederación en lo sucesivo.

La delegación inglesa solicitó se suprimiera esa parte del artículo, pues, decían, con ello se quita toda personalidad a las grandes organizaciones nacionales. Pero ni su protesta, ni la mía, ni la de otros valio.

Por mayoría quedó aprobada la proposición del Comité.

Como sabía que aquella era la última sesión del Congreso y mi proposición acerca del "Esperanto" había, sin duda, pasado al olvido, pues nada se me había contestado, insistí cerca de Zinovief para que se diera lectura de dicha proposición y el Congreso emitiera su opinión sobre la misma.

Me contestó que discutirlo no era posible. Podía dar lectura de mi proposición, añadiendo al final que invitaba al Comité de la Tercera Internacional emitiera dictamen o encargara una ponencia a fin de discutirla en el próximo Congreso.

Así lo hice y el Comité contestó que la estudiaría.

Con aquella sesión terminaban las del Congreso, y el próximo sábado, pues era jueves, se celebraría la de clausura en el gran teatro de la Opera, de Moscú. Antes de abandonar el salón, Luzovsky nos invitó a los mismos de antes, para que al día siguiente, viernes, y en aquella sala, nos reuniéramos, continuando la discusión interrumpida a fin de organizar la "Internacional Sindical revolucionaria".

En esta nueva etapa sólo nos hallábamos presentes delegados de Rusia, Francia, España, Bulgaria y Yugoslavia; los de Georgia e Italia habían retornao a sus países.

Luzovsky dio principio a la reunión, exponiendo la necesidad de activar los trabajos de preparación, para inmediatamente hacer el llamamiento al proletariado organizado del mundo, y éste se preparara a concurrir a la Conferencia sindical.

Hablé a mi vez y manifesté que después de la aprobación del artículo 14 del reglamento de la Tercera Internacional me parecía ocioso e inútil discutir ni siquiera organizar la Conferencia, pues, o bien se aceptaba el principio de autonomía absoluta de la I. S. R., o bien, dicho artículo 14, en el párrafo ya citado, establecía una incompatibilidad que no sabía si otras organizaciones allí representadas lo aceptarían, pero tenía la completa, la más firme seguridad que la Confederación que yo representaba no la suscribiría.

Las razones eran muchas, pero las más principales podían concretarse a dos: nuestra independencia frente a todos los partidos políticos, incluso las comunistas, que pudieran constituirse en España, y nuestra actuación exclusivamente antipolítica.

Que yo había hecho saber las características principales y más salientes de nuestra organización, y por ellas podían convencerse cuán lejos estábamos de lo que con tal artículo se pretendía.

Que nuestras luchas contra los partidos políticos son legendarias y uno de los más gloriosos blasones de nuestra actuación, pues con ella habíamos conseguido destruir la potencia de partidos cuya influencia entre las clases trabajadoras de España era innegable. Y aceptando las

resultantes de tal acuerdo, habríamos destruido una influencia política para fomentar otra, cuyas ventajas no veía por parte alguna. Después de lo aprobado, terminé, me parece sin finalidad continuar discutiendo.

Luzovsky contestó que yo exageraba un tanto la situación, pues, si bien debían reconocerse como justos algunos de mis argumentos, no eran del todo lógicos los que se referían a la continuación de los trabajos de organización de una I. S. R.

Hagamos estos trabajos –continuó–, convoquemos la Conferencia, planteemos allí todas estas cuestiones, démosles una solución, y con arreglo a ello obremos en lo sucesivo.

Respondí a Luzovsky que como mi intención, impugnando y discutiendo los acuerdos, no tenía un carácter excesivamente negativo, aceptaba sus puntos de vista; continuaría ayudando en los trabajos de organización de la Conferencia sindical; haría todos los posibles porque la Confederación concurriera a ella con una delegación lo más numerosa posible y con criterios discutidos acerca de cuanto debíamos acordar, definiendo así y sentando nuestra posición con la firmeza y seguridad requerida. Pero que no se hicieran ilusiones, pues si el criterio de la Confederación no variaba, difícil aceptara lo que de ella se quería.

Acto seguido de esta discusión, Luzovsky nos presentó al camarada Tomsky¹³, uno de los miembros del Comité Ejecutivo de la Confederación General del Trabajo rusa, que debía reemplazarle en aquella ocasión, pues él, Luzovsky, partía para

13 No confundirlo con Trotsky.

Suecia, Alemania y otros países, si los Gobiernos le autorizaban la entrada, delegado por su organización.

Como Tomsky había asistido a la reunión desde un principio, no fue preciso repetirlas, conociendo, por tanto, mi criterio. Después de señalar el orden del día de lo que habíamos de discutir el próximo lunes, pues el sábado se celebraba el mitin de clausura del Congreso y el domingo descansábamos, se dio por terminada esta reunión.

En la reunión del lunes nos ocupamos acerca del lugar donde la Conferencia debía celebrarse y del texto de la convocatoria. Tomsky se manifestó, desde el primer momento, bastante más conciliador que Luzovsky.

Sostenía también el criterio de que la Conferencia se celebrase en Moscú, y yo repetí mis anteriores manifestaciones y la proposición de que fueran Suecia o Italia los países donde se convocara. Propuse, además, que se lanzara la convocatoria sin designar ningún país; se consultara a las organizaciones de Italia y Suecia, y si aseguraban que los Gobiernos de sus países no pondrían inconveniente, un mes antes de la Conferencia, por lo menos, pues en un mes bien podía prepararse el viaje, para cualquier país que fuese, se designase la población de la Conferencia. Y sólo en el caso de que la contestación de esos dos países fuese negativa se convocara en Moscú. Esta proposición fue aceptada.

El texto de la convocatoria que, como dije en un principio, se limitaba a convocar a las organizaciones que aceptaran la conquista del Poder y la dictadura, y a la que Luzovsky no

quería admitir modificación, intransigencia que había costado la total separación de nuestros trabajos, de los sindicalistas alemanes, Comités de Fábrica de Inglaterra e I. W. W. Norteamérica, fue modificada en el sentido siguiente: "Se convoca a la Conferencia a cuantas organizaciones sindicales nacionales, Federaciones de oficio nacionales e internacionales, Uniones regionales y departamentales que acepten la conquista del Poder político por la clase trabajadora y la dictadura del proletariado, y también se convoca a las que, sin haber hecho declaración alguna expresa en ese sentido, practiquen la lucha de las clases revolucionaria."

Aprobada esta ampliación en la convocatoria de la Conferencia, propuse a Tomsky se hicieran gestiones para que los delegados de las organizaciones antes mencionadas y que no participaban de nuestros trabajos fueran invitados nuevamente. Aceptó y me encargó las realizará directamente, con autorización del Comité.

Cuando expuse a esos compañeros la ampliación hecha en la convocatoria y las nuevas corrientes conciliadoras, manifestadas por Tomsky, aceptaron volver a tomar parte en la preparación de la Conferencia.

Continuábamos trabajando en los preparativos de la misma cuando me avisaron de la llegada a Moscú del camarada Armando Borghi, secretario de "La Unione Sindacale Italiana".

Entrevistóse conmigo apenas llegado y me indicó la razón de su viaje. Me dijo que "La Unione Sindacale" se había también adherido a la Tercera Internacional, y por carta, hacía ya

muchos meses, habían comunicado a Moscú su adhesión. Que le extrañaba no figurara en ningún acto de los ejecutados por la Tercera Internacional, ni tampoco en las adhesiones al Congreso también de los trabajos preliminares que realizábamos para la el nombre de "La Unione Sindacale". Habiendo sido excluida convocatoria de la Conferencia sindical internacional.

Contesté que nada sabía de su adhesión a la Tercera Internacional, y, habiendo preguntado al Comité de la Tercera si tenía relaciones o sabía algo que "La Unione Sindacale", se me contestó siempre que nada sabían. En cuanto a incluirla en los trabajos de preparación de la Conferencia no podía haberse incluido, porque la Tercera nos había negado siempre que el organismo por él representado estuviera adherido a Moscú.

Más tarde supe que sí lo sabían, pero, por razones que ignoro, lo habían ocultado.

Presentóse al Comité de la Tercera Internacional y, después, al organizador de la Conferencia sindical.

De éste solicitó se excluyera a la Confederacione Generale del Lavoro, representado por D'Aragona, incluyendo en su lugar a "La Unione Sindacale".

Alegaba en su favor el carácter reformista y de colaboración de clases de la primera y la influencia preponderante en ella de los socialistas italianos de la derecha, y aportaba en defensa del reemplazo por "La Unione Sindacale" que esta última mantenía vivo el espíritu de clase, la colaboración con ningún

órgano representativo de la burguesía, y la defensa que desde el primer día había hecho de la revolución rusa.

Tomsky, y con él la mayoría, se negaron a acceder a la petición de Borghi. Entonces este camarada reclamó mi ayuda de manera decidida y energética, llegando hasta el rompimiento si era preciso.

Me puse a su disposición, pues aunque vagamente, tenía conocimiento de lo que habían hecho por la Confederación, y un deber de reciprocidad me obligaba a prestarle mi decidido concurso, que lo mismo le hubiera prestado aun sin mediar lo que ellos habían hecho por nosotros.

Le invité a que, de acuerdo, viéramos todas las soluciones que podían aceptarse antes de llegar a la ruptura definitiva. La máxima concesión que puedo hacer –dijo– es ser admitido a la organización de la Conferencia en igualdad de condiciones que la Confederación del Lavoro.

Por la exclusión de esta última y su reemplazo por "La Unione Sindacale", nos habíamos pronunciado nosotros, los alemanes, la I. W. W. de Norteamérica y los Comités de Fábrica de Inglaterra, y contra esa exclusión, Rusia, Francia, Bulgaria, Yugoslavia y Georgia.

Discutióse nuevamente esta cuestión del reemplazo de una organización por otra y yo planteé la cuestión en los términos precisos, y Tomsky, y con él la mayoría, rechazaron nuestra petición.

Para evitar el rompimiento, Borghi hizo la segunda proposición, y, discutida largamente, fue aceptada. El conflicto se había conjurado, en parte.

En la misma reunión propuse, que para dar aliento y satisfacción a los compañeros adherentes de "La Unione Sindacale", el Comité organizador de la I. S. R. hiciera la declaración siguiente: "El Comité organizador de la I. S. R. ve con suma simpatía la actitud enérgica frente a sus exploradores y el espíritu revolucionario de "La Unione Sindacale" italiana.

Esta proposición originó un vivísimo debate, y se levantó la reunión sin tomar acuerdo definitivo.

En la siguiente seguimos discutiéndola y Tomsky me rogó repetidamente la retirara. Y como yo no accediera a ello se levantó v solemnemente dijo: "En nombre del Partido Comunista ruso, y por razones de oportunidad política, no podemos aceptar esa proposición."

Consulté con Borghi y este compañero, para evitar nuevos entorpecimientos, me aconsejó la retirara, lo que hice. Pero no sin manifestar a Tomsky que el oportunismo político de su partido estaba mal medido en esta ocasión, pues la proposición que yo había hecho era mucho más oportunista y se lo demostré.

Con esa declaración, le dije, sólo se pretende llamar la atención del proletariado que integra la Confederación del Lavoro. El compañero Borghi nos ha probado aquí el reformismo de esa organización, y como no es presumible que con la declaración propuesta los obreros se decidan a

abandonar en masa la Confederacione, al ver que el Comité muestra sus simpatías por “La Unione Sindacale”, es muy lógico pretendan emularla. He aquí por qué mi proposición es de un oportunismo innegable, pero de oportunismo revolucionario. Si el del Partido Comunista ruso es otro oportunismo, entonces se justifica vuestra oposición.

Discutimos en aquella reunión, y en otras sucesivas, el medio más rápido de que la convocatoria para la Conferencia internacional sindical llegara a conocimiento de todas las organizaciones sindicales y también que surtiera el máximo de efectos.

Para lo primero se acordó que las estaciones radiográficas de Rusia la comunicaran a todos los países, y para lo segundo se propuso que cada delegado allí presente se encargara de convocar a las organizaciones de los países con quien tuvieran más afinidad y fueran más fronterizas.

A la Confederación se dio el mandato para que convocara a Portugal y países suramericanos, por la proximidad de frontera con el primero y la similitud de lengua los segundos.

Todos esos países, para los efectos del viaje, si hallaban dificultades, y para la convocatoria, formarían un conjunto con nosotros.

También se acordó que cada uno de los delegados allí presentes escribiéramos una carta, de esas que son tan pródigos en Rusia, a los obreros de los países a quienes debiéramos convocar, invitándoles a que hicieran acto de

presencia en la Conferencia, demostrando así su simpatía por la revolución rusa y su deseo de integrarse a la I. S. R.

Yo debía escribir una, dirigida a los obreros organizados de los países que debíamos convocar y que ya he mencionado. Estas cartas, una vez redactadas y traducidas al ruso, para que el Comité conociera el texto, se enviarían por radio, firmadas por él.

La primera que se redactó y se nos leyó fue la dirigida a los obreros ingleses. Se discutió sobre su contenido y se acordó introducir algunas modificaciones.

Todos trabajamos activamente para terminar cuanto antes y estábamos más o menos satisfechos, porque a través de tantas vicisitudes llegábamos al fin, manteniendo cierta cordialidad y armonía. Pero... siempre hay algún pero, la cosa se enredó y terminó de mala manera lo que no parecía destinado a tal apoteosis.

Como dije, se acordó introducir algunas modificaciones a la carta dirigida a los obreros ingleses. Además acordamos que, una vez redactada con las enmiendas, se haría una copia para cada delegación, y, a su vez, cada delegado firmaría las copias de los demás, y así, cada uno tendríamos una copia con todas las firmas.

En una última reunión dióse lectura definitiva a la carta inglesa y se aceptó. Como no había más que una copia se nos dijo que al día siguiente estarían todas y nos las enviarían al hotel para que las firmáramos.

En la reunión siguiente debía leerse la escrita por mí.

En efecto, al día siguiente, nos trajeron unas copias a firmar, pero en vez de las cartas a los ingleses, nos hallamos con el siguiente documento:

Que, traducido, dice:

"Nota del Comité Ejecutivo Provisional de la Internacional Industrial Roja, sobre la organización de la propaganda:

1.º Un Comité especial deberá ser organizado en cada país por el Partido Comunista, o por una organización industrial en cooperación con el Partido Comunista.

2.º El Comité se encargará de distribuir en todas las organizaciones de trabajadores, tanto Sindicatos como Uniones industriales, Federaciones y organizaciones sindicales, todas las circulares de las publicaciones de la Internacional industrial Roja.

3.º El Comité nombrará camaradas especialmente preparados para publicar nuevos periódicos profesionales o a utilizar los periódicos profesionales revolucionarios ya existentes, añadiéndoles suplementos que expresen el punto de vista de la Internacional Industrial Roja, y sosteniendo una propaganda enérgica contra la oficina de Sindicatos de Amsterdam.

4.º El Comité hará también una propaganda de crítica y de sueltos en los periódicos de los Sindicatos y polemizará en la prensa diaria.

5.º El Comité trabajará en estrecha cooperación con el Partido Comunista, siendo, no obstante, un órgano totalmente diferente y distinto del Partido Comunista.

6.º El Comité contribuirá a convocar conferencias nacionales y locales, donde se discuta sobre cuestiones de organización internacional y escogerá oradores para la propaganda de nuestra política y organización.

7.º El Comité será compuesto de camaradas preferentemente comunistas, pertenecientes a organizaciones industriales, o que se encuentren en relaciones próximas con estas últimas. Los miembros del Comité serán elegidos por una organización industrial, con la aprobación del Partido Comunista y de su Comité Ejecutivo.

8.º En los países donde el método arriba indicado no pueda adoptarse, el Comité enviará, o contribuirá a enviar, a los camaradas designados por conducto del Partido Comunista, de esos países, con el fin de crear una organización parecida; “considerando como tales a toda la América del Sur, Méjico, el Canadá, El África del Sur, la Australia y la Nueva Zelanda, en los que existe un movimiento sindical considerable y no hay ninguna organización comunista con ayuda de la cual podamos nosotros obrar.”

Leí dos o tres veces, muy atentamente, el documento y, después de reflexionar un instante, dije al portador: “Dile a

Tomsky que en pro de una armonía entre la Tercera Internacional y nosotros he hecho concesiones que pueden acarrearme serios disgustos cuando regrese a mi país, pero que mi buena fe tiene un límite, como también lo tienen las concesiones que puedo hacer, y con lo concedido hasta ahora había llegado al límite.

Que firmar este documento, dejando aparte la forma de presentarlo, que considero indecorosa, por no calificarla más gravemente, representaría una vergüenza que mis compañeros no me perdonarían jamás, ni yo mismo no me la perdonaría tampoco.

Casualmente, cuando nos presentaron las copias, el compañero Borghi se hallaba en mi habitación; le pregunté, cuando se hubo marchado el camarada que los trajo, cuál era su opinión y qué pensaba hacer.

Se atusó un tanto la perilla, me miró de soslayo y respondió: "El otro día pedí me arreglaran el pasaporte para regresar a Italia; voy en seguida a ver si lo está, y, en caso afirmativo; mañana mismo tomo el tren y me voy.

Efectivamente, al día siguiente, partía para Petrogrado de regreso para Milán.

Expuesta queda mi actuación como delegado y algunas de mis impresiones del Congreso; a vosotros, compañeros del Comité Confederal y a los componentes de la organización, toca decir si cumplí o no cumplí con mi deber.

Quiero en estas últimas páginas daros un resumen de la labor que hice al margen del Congreso, pero complementaria de mi misión. Tres o cuatro artículos publicados en la *Pravda*, tratando del espíritu combativo de nuestra organización, de sus características y persecuciones. También hablaba en uno de ellos de la participación de la mujer en nuestras luchas sociales.

Un informe que me pidió la Tercera Internacional, solicitando que tratara en él, lo más concretamente posible, la situación de cada una de las fuerzas sociales en España, sus métodos de lucha, adherentes, publicaciones, tiempo de actuación, etcétera, etc.

Os daré un resumen para ilustrar vuestro juicio y veáis si estuve en lo cierto.

Después de tratar someramente la intensidad de las luchas sociales en estos últimos tiempos y las persecuciones cada vez más violentas de que se nos hace objeto, y de detallar, someramente también, las condiciones económicas y políticas del obrero español, expongo la situación de las diferentes fuerzas sociales de la manera siguiente:

Partido Socialista: lo fundó hace unos treinta y cinco años su actual jefe, Pablo Iglesias. La residencia oficial la tiene en Madrid. Sus tendencias son francamente reformistas, habiendo permanecido fiel a la Segunda Internacional hasta el último momento.

Desde 1910 cuenta con representación parlamentaria; su minoría actual la componen cuatro diputados.

Tiene un órgano diario en la prensa, El Socialista, leído casi exclusivamente entre la clase trabajadora. A más del diario, que se publica en Madrid, cuenta con varios semanarios en provincias.

El número de afiliados en el partido es de unos cincuenta mil.

Su influencia se muestra más particularmente entre el proletariado de la capital de España, y en las regiones del Norte y Noroeste, Bilbao y su cuenca minera, y Asturias y su cuenca carbonífera, respectivamente.

Sigue en influencia la parte de Extremadura, y también tiene núcleos que le son adictos, aunque menos numerosos, en todas las regiones españolas.

Si bien, como he dicho al principio, es de tendencias marcadamente reformistas, existe en su seno una minoría bastante respetable que simpatiza más directamente que los otros con la revolución rusa y quisiera adherirse a la Tercera Internacional.

Unión General de Trabajadores: Es ésta, como su título indica, una organización sindical, pero afecta al Partido Socialista. Los componentes del Comité Central de la Unión General de Trabajadores y los del Partido son los mismos. No puede darse, pues, mayor compenetración.

Es marcadamente reformista también. Está adherida a la oficina de Sindicatos de Amsterdam; participó a la Conferencia de Washington y participa a las reuniones de la Conferencia del Trabajo en la Sociedad de las Naciones.

Su organización es centralista y por oficios, y no tiene órganos en la prensa. Pero dada la compenetración de que hablo más arriba, tanto El Socialista, a cuyo sostenimiento contribuyen los Sindicatos adheridos a la Unión, con subvenciones fijas y suscripciones voluntarias, como los semanarios socialistas de provincias, que también subvenciona, le sirven de expresión en su propaganda. Como publicación propia no tiene más que un Boletín trimestral, para el movimiento de los Sindicatos, altas y bajas y administración del Comité Central.

Su influencia se ejerce en las mismas zonas que la influencia del Partido Socialista y sus adherentes, según el último Congreso, son doscientos cincuenta mil.

Sufre, como toda organización sindical, momentos de crecimiento y de decrecimiento y, aunque fugazmente, ha contado en ciertas épocas mayor número de adherentes que en la actualidad y también de menos, notándose este último tiempo una tendencia al aumento.

Confederación Nacional del Trabajo: Reorganizada en 1916, tiene su domicilio social en Barcelona.

Representa esta entidad el espíritu revolucionario en España, en su forma combativa más extrema, predominando entre sus elementos orientadores los anarquistas.

Su principio organizativo es federalista, y tan buenos resultados ha obtenido del federalismo el proletariado de la Confederación que por nada ni por nadie se lo dejará arrebatar.

Su influencia se manifiesta más especialmente en Cataluña y Andalucía, esta última región eminentemente campesina.

Siguen en orden, por el número, Valencia y Aragón y seríamos ingratos si olvidáramos la región galaica, que sin ser muy numerosa es en cambio de viejas tradiciones revolucionarias.

Cuenta también con núcleos importantes en Asturias y Vizcaya. Sobre todo el de la primera región se distingue por su cultura y el segundo por su espíritu combativo.

La organización de sus Sindicatos es por zonas e industrias, sin Federaciones nacionales de oficio, las suprimió en su último Congreso; en cambio, siguiendo sus principios federalistas tiene Federaciones locales en cada población industrial y luego Confederaciones regionales que unen a las Federaciones locales de toda la región.

Como órganos en la prensa cuenta con dos diarios (actualmente suspendidos por la persecución del Gobierno), uno en Barcelona y otro en Valencia, titulados los dos *Solidaridad Obrera*, y cuatro semanarios en Zaragoza, Bilbao, La Coruña y Sevilla, respectivamente, alguno también suspendido por orden del Gobierno.

Después de su reorganización, ha celebrado un Congreso en la capital de España, Madrid, al que han concurrido quinientos delegados, representando a un millón de trabajadores.

En dicho Congreso se acordó por unanimidad la adhesión a la Tercera Internacional, pero manteniendo los principios de la Primera Internacional.

El número de trabajadores representados en el Congreso ya dije que se elevó a un millón, pero contando las fluctuaciones, el Comité se adhiere a la Tercera Internacional con un efectivo de ochocientos mil adherentes.

Partido Comunista: Antes de mi salida de España no existía el Partido Comunista. Estando en París supe que las Juventudes Socialistas se habían separado del Partido Socialista y constituido el Comunista. Sus efectivos los ignoro, aunque supongo no pasen de unos cuantos miles. Muy pocos.

Órgano en la prensa, ha empezado a publicar un semanario titulado *El Comunista*.

No deben olvidarse los anarquistas. Pues aparte la influencia que ejercen en la Confederación Nacional del Trabajo, cuentan con sus grupos de afinidad y su prensa propia, Tierra y Libertad, el semanario más antiguo de España, está también suspendido por no quererse someter a la censura y por la persecución que sufren los compañeros que lo redactan.

Supongo quisierais, compañeros del Comité Confederal, expusiera mi opinión acerca de nuestra actitud en lo sucesivo para con la Tercera Internacional; no lo he querido hacer aquí

por no involucrar lo que representa la actuación del delegado como tal y el juicio que pueda merecerle los resultados de esa misma actuación. Lo que pienso de la Tercera Internacional irá en trabajo separado y aparte.

Barcelona y cárcel, noviembre de 1921.

CONSIDERACIONES Y JUICIOS ACERCA DE LA TERCERA INTERNACIONAL

Segunda parte de la Memoria presentada al Comité de la
Confederación Nacional del Trabajo

La revolución de Octubre, según el calendario ruso, y de noviembre, según nuestro calendario, realizada en Rusia, en 1917, elevó al poder, entregándole la dirección del Estado nacido de la revolución, al Partido Comunista.

El Partido Comunista ruso, más conocido en el mundo entero por el apelativo de bolchevique, no existía como tal partido antes de la revolución de Noviembre.

Los bolcheviques o comunistas rusos eran una fracción del partido socialdemócrata ruso, que en nada se diferenciaba, en cuanto a su ideología y escuela social, del partido socialdemócrata alemán. La otra fracción del partido socialdemócrata ruso eran los mencheviques. Estas dos palabras: "menchevique", "bolchevique", no tienen otra significación en nuestra lengua que la de "mayoritarios" y "minoritarios", o también, derecha e izquierda del partido.

Los, hoy bolcheviques, o comunistas mayoritarios, fracción revolucionaria del Partido Socialista ruso, fueron mencheviques, minoritarios, hasta 1907, en que en una votación acerca de la táctica a seguir en el Partido, habida en un Congreso celebrado por esa época en Helsingfors, les dio la mayoría. A partir de esa fecha, los mencheviques o minoritarios pasaron a bolcheviques o mayoritarios, y los que hasta entonces habían sido mayoritarios, pero reformistas, ocuparon el lugar que sus adversarios dejaron vacante.

El que los llamados bolcheviques hasta el Congreso citado pasaran a ocupar el sitio de sus correligionarios en partido, pero adversarios en cuanto a procedimientos a seguir para lograr imponer el socialismo, y viceversa, no rompió la armonía entre las dos fracciones, ni los separó fundamentalmente; no hizo más que modificar la orientación general del Partido en sentido marcadamente revolucionario y de no colaboración con la burguesía, dedicándose, más bien, a una labor de crítica implacable y despiadada, y aun cuando pudo creerse otra cosa, la escisión en el seno del Partido socialista ruso no se produce; y si bien la fracción bolchevique, capitaneada por Lenin, impone su criterio revolucionario y dirige y orienta al partido, se mantiene la armonía en el mismo, conservando su unidad de acción política y de propaganda; y así continúan hasta marzo de 1917, primer período de la revolución.

Claro que al hablar de la unidad del partido nos referimos a la unidad material, al conjunto como organismo político, y hasta filosóficamente. Y en cuanto a principios, diferenciándose nada más que por la táctica.

Pero la pugna en el seno, del partido, no obstante la apariencia de unidad, llegó a límites insospechados, más que por las diferencias doctrinales y teóricas, por el carácter absorbente y dominador de los jefes que dirigían a cada uno de los grupos. Y si la unidad no se rompió débese, más que a la buena voluntad de cada fracción, o elemento director de la fracción, al peligro común que los envolvía, a la tiranía zarista, que para ellos se traducía en un común denominador.

Lo que el carácter impositivo y autocrático interno dividía y separaba, unía el peligro externo, que sobre todos igualmente pesaba. Viviendo y luchando en la sombra, fuera de toda ley y al margen de los códigos, expuestos al constante peligro de una detención y de deportación a Siberia, veíanse obligados con frecuencia a, prestarse mutuo apoyo, y ello era lo que sostenía, esa apariencia de unidad.

La revolución vino a echarla por tierra. Roto y destruido el dique de la tiranía, desbordadas y esparcidas sus aguas, sin tener amenazadora sobre su cabeza la espada del peligro, bolcheviques y mencheviques separáronse, y cada cual sigue la trayectoria más en armonía con el criterio y aspiraciones de su jefe. Pero esta separación no ha cambiado las denominaciones que cada fracción había tenido hasta entonces. Cada grupo lucha por imponer su credo, su punto de vista, pero siguen siendo bolcheviques y mencheviques.

El que pudiéramos llamar hilo umbilical que los unía vino a cortarlo definitivamente el golpe de Estado (no revolución, aunque el mundo crea otra cosa) del 11 de noviembre de 1917. La separación, que hasta aquel momento pudo considerarse como transitoria (pues hartas veces partidos o agrupaciones que se dividen vuelven luego a fundirse), hízose para bolcheviques y mencheviques definitiva. Los mencheviques, dispersos y cruelmente perseguidos por sus antiguos correligionarios, han muerto o se han ido fundiendo con elementos políticos afines, y los bolcheviques, dueños del poder, dirigentes y orientadores en la revolución, se constituyeron en partido, y de aquí su incorporación al mundo de las ideas con el nombre de Partido Comunista ruso.

*

Conocida por los datos sumarios que más arriba dejamos expuestos la génesis y evolución de los bolcheviques hasta convertirse en partido comunista, busquemos, aunque también sumariamente, los de la Tercera Internacional.

Ya dueños del poder los comunistas rusos, vivieron obsesionados por una idea fija: por una esperanza irrealizada; por un deseo mil veces confesado: la revolución en Alemania. ¡Alemania sovietizada!; he aquí su más grata ilusión. A conseguirlo dedicaron mayores esfuerzos que a organizar la vida económica de la Rusia revolucionaria. Pero el pueblo alemán no supo o no quiso comprenderlos.

Cansados de laborar y de insistir para lograr su propósito; convencidos de que el tiempo pasaba sin producirse la revolución en Alemania, mientras que Rusia se agotaba en estériles ensayos de comunismo estatal, pensaron buscar un medio que los pusiera en contacto con el proletariado mundial, para que éste, ejerciendo influencia decisiva en la política de sus respectivos países, obligara a los gobiernos a reconocer al Gobierno de los soviets y así, a la par que les permitiría a los rusos comunistas afianzar su poder, rompíase el círculo de fuego y de hambre con que se trataba de envolverlos. Ya que en el orden diplomático se les negaba beligerancia, querían conquistarla en el orden social.

Pero ¿cómo lograr ese reconocimiento? Era indiscutible que la revolución rusa había proyectado un poderoso rayo de simpatía sobre el proletariado de todo el mundo. Verdad que el bloqueo sobre Rusia, acordado unánimemente por todas las potencias europeas, se mantenía con firmeza imponderable; pero, a pesar de tantas medidas de rigor y de acordonamiento, sabían los bolcheviques que el mundo proletario tenía puestos en Rusia sus esperanzas y sus anhelos. Políticos hábiles y duchos, los gobernantes rusos conocían ese estado de ánimo favorable a cuanto quisieran intentar para servirse de esa simpatía; lo esencial era encontrar el medio apropiado, el órgano que recogiera las palpitaciones de la clase trabajadora.

Sabían también, pues, el bloque, de cuya inutilidad para lo que se le destinaba no han llegado a convencerse los promulgadores hasta muy tarde, que una parte del proletariado, la que políticamente había formado en sus mismas filas, nos referimos a los socialdemócratas de todos los países centroeuropeos, más especialmente, no estaba del todo de acuerdo con ellos. Defendía la revolución y la ensalzaba; lo que no quería reconocer eran los métodos de dictadura bolchevique. Conocedores en Moscú de esta situación, decidiéronse por dar un golpe de efecto. Hábiles en estas luchas de habilidades y de malabarismos políticos, no quisieron desperdiciar la ocasión. Cuanto más tiempo transcurra, pensaron, más difícil será para nosotros imponer nuestros métodos y nuestras teorías. Además, todo les era propicio. Cooperaba a su éxito, incluso, la estupidez gubernamental de Europa, con el aislamiento a que los tenía sujetos.

Aprovecharse de la simpatía que la revolución irradiaba sobre las clases trabajadoras, y acelerar la exasperación que éstos iban sintiendo contra sus gobiernos por el bloqueo y, la campaña mantenida contra Rusia, era el punto de partida; condensar de algún modo estos deseos, encauzarlos favorablemente había de ser la consecuencia. Y como ya en Europa se susurraba que la Segunda Internacional debiera acometer este empeño, pues a ella, como representante genuino de las clases trabajadoras, incumbía organizar la cruzada de la defensa de la revolución, los bolcheviques sintieron más de cerca el peligro de no poder lograr lo que ambicionaban. Sabían que la Segunda Internacional; mejor dicho, los elementos socialistas que la dirigían no aceptaban las teorías comunistas de los rusos, y no sólo no las aceptaban, sino que alguno de ellos, figura preeminente en el mundo de la sociología, Kaustky, las combatía encarnizadamente y sin tregua ni descanso. Así que, si la Segunda Internacional tomaba la iniciativa y se interponía entre el elemento obrero y el Partido Comunista ruso, éste, en vez de dirigir, acaso tuviese que ser dirigido, situación que no le convenía.

Ante el peligro, procedió rápidamente, y en los comienzos de 1918, valiéndose de sus estaciones radiográficas, lanzó la idea de convocar a un Congreso Internacional de las fuerzas socialistas y organizar la resistencia contra el régimen capitalista. Desde luego, y no parándose a considerar los resultados, anunciaron que la Segunda Internacional había muerto a mano airada en los primeros días de agosto de 1914. Dijeron, además, que la convocatoria de dicho Congreso no sólo perseguía el reunir en franca y cordial hermandad a toda la familia revolucionaria, sino que iba más lejos, que sus

aspiraciones miraban bastante más alto: Querían organizar una asociación internacional que acogiera en su seno, como madre afectiva y amorosa, a cuantos sintieran el escozor de la traición de la Segunda Internacional en 1914.

El golpe era oportuno y de mano maestra. La actitud adoptada al comienzo de la guerra, no respondiendo a lo que siempre se había prometido, o sea, de llegar a la insurrección antes que tolerar la guerra europea, y las vacilaciones ante la revolución rusa, no defendiéndola desde el primer momento como era su deber, habían socavado profundamente los cimientos de la Segunda Internacional, tanto, que se tambaleaba, como una persona ebria; el que Moscú propusiera organizar una nueva asociación internacional, haciendo caso omiso de la Segunda, le dio la puntilla. Sólo faltaba enterrarla. La virulencia de Kaustky, el hombre más representativo de la Segunda Internacional, combatiendo despiadadamente a Moscú, completaría la obra. Lanzando el llamamiento que el Partido Comunista ruso dirigía a los trabajadores del mundo, aunque más directamente a los organizados en Partidos políticos socialistas y en organizaciones sindicales, sólo faltaba saber cómo sería acogido y caso de serlo favorablemente faltaba a saber cuántas y cuáles serían las fuerzas que a él responderían. Confiaba Moscú en que el llamamiento fuera generosamente aceptado, más que por sus propios principios, por esa simpatía de que ya hemos hablado y que cada día se dilataba más extensamente. Era preciso esperar algún tiempo para conocer los resultados, y el Partido Comunista ruso esperó.

Por agentes rusos que tenían los comunistas en algunas naciones de Europa supieron el éxito enorme que había alcanzado la convocatoria del Congreso. Supieron, también, que las delegaciones extranjeras no serían numerosas, pues las dificultades del viaje se multiplicaban tan abundantemente como los panes y los peces de la parábola bíblica, pero que, espiritualmente, en pensamiento, podían contar con la adhesión unánime del proletariado mundial. Moscú no necesitaba más; el éxito colmaba con creces la intención que los había guiado; la ubérrima cosecha daría sus frutos; la Tercera Internacional había nacido. Sólo faltaba bautizarla, inscribirla en el registro de los seres vivos; de esto se encargaría el Congreso, fueran pocas o muchas las delegaciones que a él concurrieran.

Y, en efecto, cuando llegó el momento para formar para pasar lista de los presentes, vióse que las ausencias eran muchas. Eran muchas en cuanto al hecho material de hacer acto de presencia; en cuanto a lo moral eran pocas. Bulgaria, Inglaterra, Norteamérica y Suiza habían respondido al llamamiento; directamente la última, indirectamente las otras tres.

Sin embargo, y después de lamentar las ausencias involuntarias, reuniéronse los presentes; deliberaron, discutieron y acordaron dar por constituida la Tercera Internacional, declarando, como plataforma de su actuación futura, la incompatibilidad más absoluta con su homónima la Segunda Internacional, y que ni con ella, ni con los hombres que la representaban querían tener contacto alguno. Es más, afirmaron que toda organización revolucionaria, sin distinción

de escuela ni de doctrina, siempre que fuese revolucionaria, tendría grata acogida en su seno.

Cuando terminadas sus deliberaciones y tomados esos acuerdos los comunicaron a todos los países, desbordóse el entusiasmo que hasta entonces se había estado contenido en los pechos proletarios, y el camino de Rusia pudo compararse al que conducía a Roma en los primeros siglos del cristianismo. Quién en persona, quién en espíritu, hasta los que éramos un poco escépticos en aceptar todos los métodos de los comunistas rusos, dirigimos hacia Rusia nuestra mirada soñadora. Peregrinos eternos de un ideal, evocamos en nuestras plegarias la que parecía ser tierra fecunda de promisión.

La familia revolucionaria podía considerarse dichosa, pues tenía un hogar paternal donde todos los hijos tendrían cariñosa y grata acogida. ¿Para qué pedir más? El abrazo fraternal de los camaradas y la sonrisa amorosa de la revolución nos llamaban con insistencia comprensible, ¿cómo no acudir a sus incitantes promesas?

Moscú fue la nueva tierra santa. Las multitudes irredentas dirigían hacia Oriente nuevamente sus pasos, creyendo encontrar, creyendo hallar en él el principio de Justicia que los redimiera de toda esclavitud.

Además, se imponía organizar otra cruzada. Rusia, encerrada en un Inmenso sarcófago, pero no por lo grande menos asfixiante, en constante peligro de muerte, reclamaba la ayuda de sus hermanos. Venid, nos decía; ved lo que yo he hecho, lo

que ha logrado la revolución, y luego ayudadme a destruir ese cinturón de bayonetas y de silencio que me asesina y me mata. ¡Venid, venid todos, nos decía la Tercera Internacional, que todos cabéis y todos seréis bien acogidos!

Pronto se vio, sin embargo, a pesar de lo angustioso y desgarrador de tales llamamientos, que allí no cabíamos todos.

La Tercera Internacional, más que la heredera directa de todos los anhelos que palpitan en el seno de la gran familia proletaria, era el arma política de un partido determinado y dominante. Encerrado en estrechos límites de escuela y de partido, había que encogerse para entrar, agacharse. Y el que no se agachaba, no pasaba.

A visados los comunistas rusos del peligro, optaron por levantar un poco más la puerta para que todos pudieran pasar, bajándola otra vez cuando ya estuviesen dentro. Pero no prestándose muchos a este juego, optaron por desdoblar a la Tercera Internacional.

La dividirían, y así, las organizaciones sindicales, que fueron las que no se consideraron suficientemente al abrigo dentro de la Tercera Internacional, por su carácter excesivamente dogmático y partidista, podrían también estar bajo la égida del Partido Comunista ruso, y nació la Internacional Sindical Revolucionaria.

En la Memoria que presenté al Comité de la Confederación Nacional del Trabajo he dado un resumen bastante extenso y bastante explícito de todas las peripecias que sucedieron y de

cuantos obstáculos se hallaron para dar fin a la tarea de constituir la Internacional Sindical Revolucionaria.

Cuando a mí se me delegó para representaren el segundo Congreso de la Tercera Internacional a la Confederación Española, ignorábamos todos, incluso las organizaciones políticas y sindicales ya adheridas a la Tercera Internacional, que su comité dirigente tuviese la idea de crear un organismo aparte donde se agruparan las organizaciones sindicales. Podemos afirmar, en cambio, que al convocarse el Congreso, en Moscú, ya tenían el propósito, que sólo comunicaron en el último momento. ¿Por qué esta ocultación? No me lo preguntéis. Como ésta o parecida, aun cuando tuvieran relación con otras cuestiones, he visto y observado muchas durante mi estancia en Rusia. Todo se hace en el misterio; se habla casi siempre al oído y hasta con signos y claves convenidas; hay miradas furtivas y significativas; dásele a todo un color de carbonarismo o de logia masónica; parece que se conspira, que la vida pública y social es como eterna conspiración. Porque, vamos a ver, ¿no hubiera sido más práctico que simultáneamente a la convocatoria del Congreso se hubiera anunciado la idea de constituir la I. S.? El anuncio hubiera dado lugar a que cada delegado llevase a Moscú el criterio y el pensamiento de su organización respectiva. Acaso fuese esto lo que no se quería. No obstante, por lo que a mí me afecta, ya conocía el de mi organización, y esto era lo suficiente.

Ya en Moscú, y puesto al habla con los camaradas dirigentes de la Tercera Internacional, comprendí cuán equivocados estuvimos en el Congreso de Madrid al adherirnos a dicho

organismo. En el seno de la Tercera Internacional no cabían más que los partidos políticos socialistas, y éstos, a duras penas algunos, de ninguna manera todos. ¿Cuál sería entonces nuestra situación en su seno? De renuncia. Nosotros tendríamos que renunciar a continuar adheridos, a pesar de la simpatía que tuviéramos por la Rusia revolucionaria. Esta fue mi primera Impresión, que luego modifiqué en parte.

Puesto al habla con Lozovsky, el hombre representativo de la Confederación General del Trabajo rusa, presidente de su Comité Ejecutivo, al declararme este compañero que existía el propósito de organizar, en armonía y en buenas relaciones, pero completamente autónoma de la Tercera Internacional, una asociación de sindicatos revolucionarios, de los que fueran efectivamente revolucionarios y mantuvieran la lucha de clase apartada de todo colaboracionismo con la burguesía, rectifiqué mi primera impresión, y pensé que, sin desdoro de nuestra personalidad política, y sin claudicaciones de principios, podíamos continuar al lado de la internacional de Moscú y, por consiguiente, en contacto con el pueblo ruso.

Pero pronto iba a convencerme de que me había equivocado nuevamente. Todas mis bellas ilusiones iban a caer una a una, marchitas y muertas, como caen las hojas de la rosa cuando les falta la savia de la planta. La realidad, envenenando las dulces esperanzas, iba a destruir hasta el último resto que de ellas pudiera quedarme. Porque las palabras casi siempre son dulces aunque luego resulten engañosas; pero los hechos no se disfrazan nunca; se presentan siempre tal cual son. Apenas empezada la discusión de cómo, cuándo y de qué manera procederíamos para llegar a que la I. S. R. tuviera efectividad y

entrar triunfante en el círculo de la lucha, comprendí que mis ilusiones no tendrían realidad. Todos conocéis el famoso documento, y digo famoso no porque en realidad tenga ningún valor como pieza histórica, por condensar en sí un principio o una orientación, sino que lo digo por lo que acerca de él se ha discutido, ya que, en realidad no merecía el tiempo perdido en esa discusión; pues bien, yo dejando aparte ese documento, me percaté al instante de lo infructífero de nuestra tarea, visto el camino por donde se nos quería llevar.

Las palabras de Luzovsky: "Será un organismo en armonía y en buenas relaciones con la Tercera Internacional, pero será autónomo", me iban pareciendo una burla. Cada proposición que hacíamos los que de verdad deseábamos la autonomía efectiva de la I. S. R. en frente de la Tercera Internacional, motivaba una oposición oscura, invisible, pero firme y decisiva. Y cuando alegábamos en nuestro favor y en defensa de nuestra causa las concesiones que a ellos, a quienes nos combatían habíamos hecho, para que recíprocamente nos hicieran por su parte alguna, siempre e invariablemente obtuvimos la misma contestación: "no podemos acceder, la necesidad de defender a la revolución nos lo veda". Y si quintaesenciando las discusiones llegábamos a demostrar que nuestras proposiciones beneficiaban a la revolución, en sus relaciones con el proletariado europeo, más que las que ellos hacían, se nos contestaba que no habíamos comprendido aún la revolución. Es decir que a través de las discusiones pude cerciorarme, hasta evidenciarlo claramente, que no ya la I. S. R. no sería autónoma en el seno de la Tercera Internacional, sino que ni nosotros mismos, los que integrábamos el núcleo organizador, lo éramos desde el primer momento. Pero ¿cómo

confirmar esta evidencia, no para mí, pues yo ya estaba plenamente convencido, sino para los demás? ¿La casualidad o el ingenio no vendrían en mi ayuda para que triunfante y ufano agitase ante mis impugnadores el gallardete de la prueba? Era de esperar.

Perdida toda la esperanza de que la I. S. R. fuera un órgano completamente autónomo dentro de la Tercera Internacional, procuré inquirir cuáles eran las causas que se oponían a ello. Porque ¿qué razones fundamentales pudiera alegar la segunda no tolerando la autonomía de la primera, desde el momento que voluntariamente habíamos admitido que un miembro del Comité Ejecutivo de la una formara parte de la otra, y viceversa, para mantener las buenas relaciones y la armonía entre uno y otro organismo? Si un delegado de la Tercera Internacional era obligatoriamente miembro del Comité Ejecutivo de la I. R. S., ¿por qué oponerse a que ésta fuera autónoma en todo lo demás? Aceptada esta coparticipación en su funcionamiento, ¿qué se oponía a que la I. S. R. obrara con arreglo a su propia iniciativa y no aceptara la tutela de ningún otro organismo? La contestación a estas cuestiones era preciso buscarla fuera del Círculo en que se desarrollaba nuestra actuación. Ya que la negativa a toda concesión venia impuesta desde fuera.

Las discusiones que hasta entonces habíamos tenido en el seno de la Comisión organizadora de la I. S. R. habíanme ilustrado un tanto acerca de la conducta a seguir para alcanzar el resultado que yo me había propuesto, empero no lo suficiente para que pudiera obrar con toda seguridad. La prolongación de estas discusiones y sus esmirriadas

consecuencias llegaron a coincidir con las reuniones que el Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional celebró en la segunda mitad del mes de julio. El que yo, en representación de la Confederación Nacional del Trabajo, formara parte de los dos Comités, el organizador de la I. S. R. y el ejecutivo de la Tercera, dio lugar a que tomase parte activa en las deliberaciones de uno y otro. Esta dualidad de funciones y el que no pudiera concurrir a ninguna de las reuniones a que se nos convocababa me dio la clave de lo que antes no me era posible aclarar.

Los mismos hombres que imponían su criterio a la Tercera Internacional indicaban el que debía sostenerse en el interior de la I. S. R. Lo que a mí me había parecido un desdoble, un desglosamiento de matices distintos, una separación de funciones que específicamente tienen cada una su cometido bien determinado, no pasaba de ser una hábil maniobra política para mejor servir los intereses del señor. La autonomía, la iniciativa propia que parecía concederse a la I. S. R. era lo externo, la fachada, el escenario; en cuanto a lo interior, a lo interno propiamente dicho, a la obra y a los autores, éstos permanecían en la sombra, quedaban ocultos. Ahora yo estaba convencido de que la I. S. R. sería una prolongación de la Tercera Internacional, pero no una organización sindical autónoma.

¿Cómo se explica, pues, diréis vosotros, el que siendo los mismos individuos los que imponen la directiva a la Tercera Internacional y a la I. S. R. hubiera un individuo de cada Comité respectivo que integrara el otro? Si la cabeza que piensa para una y otra organización es la misma, parece inútil tal

precaución, justificada tan sólo ante el temor de una posible desviación. Aparentemente, sí; pero de la actuación de los comunistas rusos no juzguéis jamás por las apariencias. Estas os engañarán el noventa y nueve de veces por ciento.

La organización del Partido Comunista ruso es algo que no se ha estudiado bastante. Cuando se estudie se hallará explicación a lo que de otra manera no se explica.

Toda comisión o comité nombrado para desempeñar una función que el comité político del partido considere importante, lleva a su lado, va seguida, como el cuerpo de su sombra, por un hombre de confianza del partido. No importa que la comisión o comité sea de confianza también; a pesar de serlo, el hombre de confianza del partido indaga, inquierte, examina la labor de los nombrados, y aparte y por separado presenta su informe al Comité Ejecutivo del Partido para que lo examine y compare con el que la comisión o comité le ha presentado. Si hay diferencia, casi siempre se acepta, para la deliberación, el informe del hombre de confianza, si no choca con los intereses generales del partido, que el Comité quiere dejar siempre a salvo. Y se da el caso estupendo, de que un individuo nombrado hoy como hombre de confianza para vigilar a otros que cumplen una misión determinada, mañana, nombrado él, con otros, para otra misión, es a su vez vigilado por un individuo a quien vigiló ayer. Y si exceptuamos a un reducido número de individuos, que por su categoría y por ser, además, los que se imponen, están libres de tan inicuo procedimiento, os hallaréis ante una organización en la que el principal cometido es la desconfianza perpetua. Y tan aceptada está esta inmoralidad, que a los muchachos de las juventudes

comunistas rusas se les indicaba denunciasen a sus padres si éstos no eran comunistas. Con esto está todo dicho.

Fácil será que ahora comprendáis por qué siendo los mismos individuos los que imponen su criterio a la Tercera Internacional y a la I. S. R. hubiera, además, un miembro de cada comité que formara parte del otro; este individuo era el hombre de confianza. Los que en nombre de la Confederación General del Trabajo rusa compusieran el Comité Ejecutivo de la I. S. R., recibirían las instrucciones oficiales de la conducta que debían seguir; el otro las recibiría oficiosamente, y si aquellos no cumplían, informarían del incumplimiento y a los otros se les impondría el correctivo debido.

Mis observaciones terminaron por llevarme a la conclusión de que el Partido Comunista, la Tercera Internacional y la aún en pañales Internacional Sindical Revolucionaria eran una misma cosa. Algo así como la Trinidad cristiana: Padre, Hijo y Espíritu Santo; tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Partido Comunista ruso Tercera Internacional e Internacional Sindical Revolucionaria tres personas distintas y un solo criterio verdadero: política bolchevique.

La confirmación de que la política de los tres organismos la impone el comité político del Partido Comunista, puede hallarse aún sin examinar la norma que siguen cada uno de por sí, en el examen y conocimiento de los hombres que la dirigen y en la disciplina que a sus adherentes impone el partido. Y sépase, para mayor abundamiento de pruebas que el comité político del Partido Comunista ruso que es en puridad el verdadero cerebro del partido, el que impone la orientación

que debe seguirse, no es lo mismo que su Comité Ejecutivo. Este lo nombra el Congreso pan-ruso del Partido Comunista para que aplique las sanciones y acuerdos del Congreso y del partido y, a su vez, este Comité Ejecutivo nombra un comité político, que es el encargado de indicar cómo y de qué manera y en qué sentido deben orientarse las decisiones y acuerdos del Congreso pan-ruso comunista. Así que, mírese como se mire, el comité político es quien dirige toda la política del Partido Comunista ruso. Es, en lenguaje claro y preciso, una verdadera oligarquía.

De este Comité forma parte Zinovief, presidente de la Tercera Internacional y el hombre de absoluta confianza de Lenin, algo así como su segunda persona, pero la grotesca, no la espiritual; y Radek, el secretario de la Tercera por entonces es de los hombres visibles del comunismo ruso el que forma el número uno del escalafón para su ingreso en el comité político el día que se produzca una vacante.

Ahora bien: Zinovief es el ponente del tema "Necesidad de los Partidos Comunistas" y Lenin de la "Política que deben seguir esos partidos". Radek es el ponente del tema que afecta a los Sindicatos, porque y repito aquí lo que dije en la Memoria: "que Radek concibe el Sindicato como instrumento del partido" y no como órgano con iniciativa propia. En cuanto al aspecto de lucha él no hará ninguna concesión al sindicalismo y ofrece más garantías de seguridad al partido que cualquier otro. Lo lógico hubiera sido que el ponente en la cuestión de los Sindicatos lo fueran o Luzovsky o Tomsky; pero ni el uno ni el otro son de los que pueda confiárseles una misión sin ponerles detrás al hombre de confianza del partido.

Son abnegados, de confianza, comunistas probados, como se dice entre ellos, pero son aún de segunda fila, y en el asunto de los Sindicatos había que poner a un hombre de fuerza, y este hombre no podía serlo Tomsky ni Luzovsky, y por eso lo fue Radek. Aquellos eran y siguen siendo miembros del Comité Ejecutivo de la Confederación General del Trabajo ruso, secretario y presidente, y en buena lógica a ellos debió ser encomendado el desarrollo de la tesis; pero esto no convenía a la absoluta seguridad del partido, pues aunque Luzovsky, que tiene ambiciones de subir, sirve al partido por encima de todo, su contacto permanente con los Sindicatos pudiera atenuar un tanto el fervor partidista, y Tomsky, por su origen neo-anarquista, no ofrece la ciega seguridad exigida.

Otro detalle que nos confirmará en todo cuanto digo lo hallamos en el relevo de Radek de su cargo de secretario de la Tercera Internacional Digo también en la Memoria que el discutirse si debía ser admitido en igualdad de condiciones a las deliberaciones del Congreso a Otto Rhuler, delegado del Partido Comunista Obrero Alemán (K. A. P. D.), que a Paul Levi, delegado del Partido Comunista Alemán (K. P. D.), Radek, a pesar de que en una reunión del Comité Ejecutivo del Partido Comunista ruso, éste, por interés político, había votado la admisión de Otto Rhuler en igualdad de condiciones que Paul Levi; Radek, decimos, votó en contra, desobedeciendo la disciplina del partido a que se debía. Pues bien; este acto de Radek le costó ser relevado del cargo de secretario de la Tercera Internacional y alejado de Moscú. Le destinaron a formar parte de la Comisión extraordinaria que debería constituirse en Polonia si los bolcheviques hubiesen ganado la guerra.

Y debemos decir que, en conciencia, Radek no podía obrar de otro modo. Todos sabréis, o por lo menos debéis recordar, que firmada la paz de Brest Litovsk entre Rusia y Alemania, Radek fue a Berlin en calidad de agente diplomático de los soviets. Pensando Moscú que la revolución en Alemania era su propia salvación trató de impulsarla, y Radek traía esta misión. Ya en Berlín, cuando Radek vio las vacilaciones de los socialistas independientes para provocar el levantamiento, se asoció y dio impulso al grupo "Spartakus", que con la muerte de Liebnecht y Rosa Luxemburgo se transformó en Partido Comunista Alemán (K. P. D.). Y del que aun en el momento en que hablamos, era miembro Radek. ¿Hay, pues, nada más natural de que Radek votara en favor de su partido que él había creado en Alemania? No hacerlo así y votar en contra, aunque desobedeciendo el acuerdo del otro partido de que era miembro, del ruso, ¿no era para él un caso de conciencia? Y aun admitido esto, si el voto de Radek hubiera malogrado el acuerdo del Comité Ejecutivo del Partido Comunista ruso, aún hubiera podido esto lamentarse y tomar una medida disciplinaria. Pero, al no ser así, ya que sólo votaron contra la decisión de Moscú cuatro individuos, entre ellos Radek, y en favor votamos todos los demás, ¿cómo justificar una reprimenda tan rigurosa? ¿Por qué la política del partido había sido desobedecida?

Porque un miembro del partido se creyó en el caso de tener voluntad propia un solo instante. ¿Cómo esperar se conceda autonomía a las organizaciones cuando le es negada a los individuos, que al fin al cabo representan un peligro menor?

Por acuerdo del Comité Ejecutivo del Partido Comunista ruso y por el del Comité de la Tercera Internacional, Otto Rhuler

había sido admitido a que participara a las tareas del congreso con los mismos derechos que todos los demás delegados; pero Otto no tomó parte en dichas deliberaciones. ¿Por qué? En cambio Paul Levi, que al saber que había sido acordado que Otto interviera amenazara con regresar a Berlín y no intervenir, se quedó Y Otto tuvo que marcharse. ¿Por qué? No lo he podido averiguar; Pero esa coincidencia de hechos nos pone en conocimiento de lo que el Partido Comunista ruso pensaba del Congreso de la Tercera Internacional.

En las discusiones preliminares entre Otto y el Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional, Radek se oponía terminantemente a que aquél fuera admitido y como Otto afirmara que por encima del Ejecutivo está el pleno del Comité, y sobre éste el Congreso, Radek replicó vivamente que "el Congreso se lo tenía metido en el bolsillo".

Y por último, si ya no fueran suficientes las pruebas que llevo aportadas en demostración, de que tanto la Tercera Internacional como la Internacional Sindical Revolucionaria eran instrumento al servicio del Partido Comunista ruso y de su política, queda la actitud de Tomsky al hacer yo la proposición de que el Comité organizador de la I. S. R. acordara una declaración de simpatía en pro de la Unione Sindicale Italiana.

¿No os lo figuráis sus ruegos para que retirara la proposición y ante mi insistencia en mantenerla, alzándose mayestático y solemne, extendiendo un brazo en sentido horizontal y a la altura natural del hombro proclamar "que en nombre del Partido Comunista ruso no podía aceptar aquella proposición"? ¿Qué tenía que ver allí, el Partido Comunista ruso? ¿Por qué

oponerse a una proposición revolucionaria, pero oportunista, que tenía principalmente a intensificar la acción que por aquel entonces realizaba el proletariado italiano?

*

Si en cuanto a su organización ninguno de los dos organismos era autónomo, menos podrían serlo en cuanto a sus orientaciones y procedimientos.

Ya hemos esbozado, muy por encima ciertamente, la misión del comité político del Partido Comunista ruso. Conocida esta misión y conocidos los hombres que actuaban en él, a la par que en los dos organismos subalternos del partido, facilísimo nos será demostrar cómo este Comité, en nombre del partido, elabora, los proyectos y las proposiciones que ellas deben defender e imponer a la clase obrera de todo el mundo. En la labor del Congreso y en sus temas y tesis encontraremos la confirmación que deseamos.

Antes de celebrarse el Congreso de la Tercera Internacional, en una de las reuniones preparatorias celebradas al efecto, el comité político del partido, por intermedio del de la Tercera Internacional, nos hizo lectura de un manifiesto, proponiéndonos que si estábamos de acuerdo lo firmáramos por el que se convocaba a los pueblos de Asia a un Congreso asiático para los días primeros del próximo septiembre en Bakú. ¿Por qué y para qué convocar este Congreso en Bakú y a

primeros de septiembre? Hubiera sido más lógico celebrar un solo Congreso en vez de dos y reunirnos todos los delegados en una misma población. Empero esto no convenía al Partido Comunista ruso. El Congreso de Bakú al que se nos invitó a concurrir, si lo deseábamos, no se convocababa para ayudar a los pueblos asiáticos a sacudir el yugo de los pueblos blancos; se perseguía, y en parte se ha logrado, atemorizar a la rubia Alción. Fue una política de mercaderes lo que con aquel acto se hizo, y todos nosotros, unos por no verlo y otros porque el Comité lo proponía, y porque tanto se les daba a otros, sancionamos con nuestra firma aquel imprudente trato. Se quiso demostrar a Inglaterra que su seguridad en Asia estaba en manos de Moscú. Y efectivamente se demostró, pues el Congreso de Bakú fue un éxito; pero una vez logrado el objetivo, a los pueblos asiáticos se les ha abandonado a su propia suerte. Inglaterra comprendió el peligro; ha hecho concesiones a los soviets y aquí no ha pasado nada.

Después de esto viene lo referente a la política nacionalista. Para completar la labor de lanzar a los pueblos asiáticos contra las metrópolis que los aherrojan, es preciso ayudar a los partidos políticos y nacionalistas que mantienen vivo el recuerdo de su libertad y de su independencia y que trabajan por conseguir uno y otro. Que estos partidos fueran fuertes y agresivos convenía al Partido Comunista ruso, pues aparte el embarazo que ocasionaría a las naciones europeas que tienen colonias en Asia, significaba el que se atribuyera a Rusia esa agitación, y así podía condicionar el que se reconociera al Gobierno de los soviets. ¿En qué nos beneficiaba a nosotros, al resto de los trabajadores de Europa y del mundo? Bien está que si para sus combinaciones políticas el Partido Comunista

ruso necesitaba provocar disturbios en Asia, lo hiciese, lo interesante era saber si a la Tercera Internacional convenía en este caso seguir la misma política que seguía el partido. Los delegados demostraron que no; pero esta política se impuso, puesto que de no haberla aceptado, avalado con su solvencia de Tercera Internacional, no hubiera tenido esa aureola exterior, que lo que se quería hacer creer que el proletariado blanco iba en auxilio del proletariado amarillo. Ya sabían de antemano en Moscú que no se pondría en práctica el que los partidos comunistas se uniesen, aunque accidentalmente, con los partidos nacionalistas; pero con esa resolución amagaba a Inglaterra, y esto era lo que se pretendía. ¡Hubiera estado chusco ver en Italia, por ejemplo, a los comunistas del brazo de D'Anunzio y de los fascistas; en Francia a Cachin con León Daudet, y en España, cuando el Partido Comunista tenga jefe, a éste y a Cambó, el de la barretina, haciéndose carantoñas como si fueran dos tortolitos atolondrados y cursis! ¡Ni al "Noi de Tona" se le hubiese ocurrido nada tan grotesco!

En efecto, hubiese sido por demás chusco que los partidos socialistas, y con ellos todas las organizaciones sindicales, hubiesen contribuido a dar vida a esos partidos políticos nacionalistas cuyo fondo es de una mediocridad que asusta, aparte sus bien definidas características reaccionarias y conservadoras. La liberación de los pueblos que sufren o la intromisión en su desarrollo político y social de otros pueblos ¡muy justa!, ¡muy humana!, pero... sin contribuir a que sobre el yacente pedestal del que se ha destronado una tiranía: protectorado o colonización, se eleve otra: nacionalismo burgués y reaccionario.

Muy bien que el Gobierno de los soviets practicara esa política si le era precisa; pero, ¿por qué la habíamos de avalar, por ejemplo, nosotros los sindicalistas y anarquistas de la Confederación Nacional del Trabajo española?

Podríamos multiplicar las consideraciones en defensa de nuestra tesis, pero creemos ocioso molestar la atención sobre cuestiones que el simple sentido común basta a esclarecer y demostrar.

Nuestro propósito, que era el de demostrar cómo la dirección espiritual, si espiritualidad puede haber en esa política de tortuosidades y de ventajismos, queda sojuzgada a las necesidades del Partido Comunista ruso. Pero si dudas hubiera, si alguno más escéptico o más desconfiado que los otros no quiere creernos y pone en tela de juicio nuestras afirmaciones, le aconsejamos que no nos crea, que tenga por no dichas y por no escritas nuestras palabras, y sin prejuicios, sin ideas preconcebidas, olvidando si le es posible todos los antecedentes que hemos expuesto sobre la materia, lea las tesis o temas, como quiera, es igual, que se presentaron al II Congreso de la Tercera Internacional y juzgue por sí mismo, y verá cómo cuánto aquí hemos afirmado es cierto.

Porque no es un afán insincero de crítica el que nos empuja a escribir como lo hacemos; es más bien un ardiente amor por la verdad y por la justicia. Y si cada uno de los que han escrito sobre Rusia y su revolución hubiesen procurado hacer otro tanto, acaso aquel país no hubiese llegado donde ha llegado y el mundo hubiera obtenido resultados más prácticos de aquella revolución. ¡Todo se ha sacrificado al interés del

partido o a las conveniencias o simpatías personales! En lo posible, yo he procurado sustraerme a unas y a otras. Y porque no es un afán insincero habrá observado el lector que en mi pluma no hay acritud ni malevolencia, y que más bien si ésta debiera reflejar el fondo de nuestro pensamiento y de cuanto sentimos, iría dejando tras sí una estela de amargura y desencantos, que a no estar templados en las lides de la pugna social y a no reconocer que los hombres somos vulnerables a las circunstancias, y que pueden éstas con sus hechos desbordarnos, ¡quién sabe adónde nos hubiera conducido! Huracanes de esos que commueven los cimientos de la vida social prodúcense pocos y de tarde en tarde. ¿Qué dolor no causará el verlos malogrados por un estúpido interés partidista?

Pero... retengamos nuestra pluma que nos llevaría demasiado lejos.

Vamos a dar cima a este aspecto de la cuestión que tratamos con unas breves palabras que nos ilustrarán suficientemente de las intenciones y vacilaciones que la política rusa pretendió hacernos avalar en nuestra misión de delegado.

La primera refiérese a un documento que me fue presentado en los últimos días de nuestra presencia en, Moscú y que originó nuestra partida sin concluir la misión que nos hablamos impuesto. Y ya que hablamos del documento vamos a relatar un incidente ocurrido y que nunca hubiéramos hablado de él porque no lo juzgábamos de interés, si no se hubiese suscitado a su alrededor una polémica extremada en los medios sociales de algunas naciones europeas.

Teníamos que firmar todos los delegados que formábamos el comité organizador de la I. S. R. las copias de una carta, que iba dirigida a los obreros de habla inglesa invitándoles a que tomaran parte activa en deliberaciones de la futura conferencia sindical. Habíase acordado que fueran varias las copias para que, una vez firmadas, cada delegado guardáramos una como documento a conservar de nuestra gestión. La tarde en que las esperábamos las trajeron para firmarlas. Como no había reunión aquella tarde, cada delegado estaba en su habitación o se había ido a pasear. Yo estaba en mi habitación en compañía de Armando Borghi, de la Unione Sindacale Italiana, y de Souchy, de los sindicalistas alemanes.

Discutíamos sobre cuestiones sindicales cuando entró un muchacho dependiente de una de las oficinas de la C. G. del Trabajo rusa, trayendo a firmar las copias que esperábamos.

—Me nombró el primero, me levanté y tomé las copias para firmarlas. Leí la primera y, como estaba conforme con el acuerdo tomado y además las había firmado todas el delegado francés, firmé la primera, la segunda y ya iba a hacerlo con la tercera, cuando Souchy, que había cogido la segunda copia para leerla, pues la primera la leía Borghi, me dijo: "¿Pero has leído lo que acabas de firmar?" "Sí —le contesté—, he leído la primera copia y está conforme al acuerdo tomado." "Pero esto no es una copia de la carta a los obreros ingleses", me dijo. ¿Cómo que no?", repliqué. Y, efectivamente, no lo era. Me indigné por lo grosero de la maniobra. Al amparo de las copias que debíamos firmar y subrepticiamente se trató de hacernos firmar un documento que nos ataba totalmente a las directivas

del Partido Comunista (el documento íntegro en francés y traducido al español lo publiqué en la *Memoria*).

El alcance del documento en pocas palabras puede condensarse: nombramiento de un Comité extraordinario cuyos miembros deben ser propuestos por la organización nacional sindical de cada país y ratificados en él por el Partido Comunista del mismo país. Las atribuciones de este comité son ilimitadas. Fiscalización de la conducta del comité nombrado por los Sindicatos en su Congreso; orientación de esta organización según los planes de Moscú y, por último, convocar a Congresos locales, regionales o nacionales cuando según las directivas de Moscú se crea conveniente. Si después de esto aún hay quien crea en la autonomía de la I. S. R. dentro de la Tercera Internacional, no sé cómo hacerle comprender que está en un error.

Y para terminar relataré el último argumento que creo preciso esgrimir.

Cuando se trató en las reuniones preliminares de organización del Congreso acerca del número de votos que debió concederse a cada país, a la Confederación española se le concedieron siete votos. En la última reunión preliminar, antes de empezar el Congreso, se habló de la posible llegada de un delegado del Partido Comunista español. Ante esta eventualidad, se trató que si el delegado comunista español llegaba compartiría yo con él los votos que se me habían concedido. Contesté que antes de aceptar tal proposición renunciaba a los siete votos que se me habían concedido, pues yo no quería estar allí ni por favor ni a precario. Que el criterio

de la organización que yo representaba no podía estar mediatizado por un partido político, aunque éste se llamase comunista.

Mi protesta les hizo desistir de tal propósito y se ratificó el acuerdo anterior; y si el delegado comunista llegaba, tomaría parte en el Congreso a título consultivo y nada más.

Después de cuanto he dicho creo que toda duda acerca de la hegemonía del Partido Comunista ruso sobre las demás organizaciones (T. I. e I. S. R.) queda completamente desvanecida. Dénsele las vueltas que se quiera; si las fuerzas que integran un organismo y otro no se desvían de la trayectoria que ahora siguen, y si los partidos comunistas y los sindicatos todos obedecen las órdenes de Moscú, antes que nada y por encima de todo interés servían los intereses del Partido Comunista ruso; su política y sus orientaciones privarán a toda otra política y a toda otra orientación. Esto es concluyente y desafiamos a quien con razones pueda demostrarnos lo contrario.

Demostrando que el Partido Comunista ruso la Tercera Internacional y la Internacional Sindical Revolucionaria son una misma cosa, desdoblamiento de un solo organismo, persiguiendo una misma política, sólo nos falta demostrar cuál es el nexo que une al Partido Comunista, llave de esta bóveda, con la Revolución rusa. Queremos ver si efectivamente la Revolución y el Partido comunista, que se dice su mentor, representan idénticos e iguales principios y si su comunidad de aspiraciones se parecen tanto que puedan confundirse sin grave daño para ninguno de los dos.

Extremo delicado éste que vamos a tratar, máxime cuando nos hemos propuesto hacerlo en corto y reducido espacio, pues del conocimiento que de él se tenga depende cuanto pueda decirse acerca de la Revolución rusa.

En este laberinto de Ariadna en que entramos; en este tonel sin fondo de las Danaidas revolucionarias, se ha buscado mucho sin hallar la tierra firme o se ha ocultado el hallazgo; se han dado vueltas y vueltas insistentemente y podemos decir que ninguno de los que sobre esta materia han hablado o escrito, ha querido o sabido precisar la cuestión, y muy pocos se han aproximado al borde de la realidad de los hechos. Por desconocimiento o por cálculo ha podido obrarse así; pero sea por lo que fuere, la verdad es que así ha sido.

Los intereses en juego eran y son demasiado poderosos para que la pasión no cegara a los contendientes de uno y otro bando, empujándolos a confundir y a mezclar lo que nunca debió confundirse, lo que siempre debió permanecer separado.

La explicación de este confusionismo creemos hallarla en la pereza mental y en el eterno y *dolce far niente* característico a los pueblos y a los hombres.

¿Que un hombre comete una mala acción? Pues es un canalla o un granuja. ¿Que antes ha realizado diez buenas acciones? ¿Para qué tenerlas en cuenta? Habría que comparar entre sí y especificar el valor de las diez buenas acciones para saber si representaban uno superior al de la mala acción y considerar que, en buena lógica, no puede condenársele. ¡Ah!, pero esto de comparar requiere esfuerzo mental y... no está la

gente para eso. ¿Que nos perjudica (pues casi siempre el que se considere una acción buena o mala está más ligado al interés personal nuestro que al interés general y colectivo) la acción mala? ¡Pues es un canalla el que la ha cometido! Viceversa. ¿Que nos beneficia? ¿Quién dudará que es una buena acción? Así se razona y así se juzga. Es más simple, es más fácil y, sobre todo, no nos obliga a razonar y aquí está el *quid pro quo* de la cuestión.

¡Torpe humanidad que tan superficialmente juzgas y tan cándidamente razonas!

La Revolución rusa, por desgracia, para todos ha seguido esta corriente. ¿Que el Partido Comunista ruso se ha puesto al frente? ¡Duro con el Partido Comunista ruso! Separar el partido de la revolución y examinar en sus particularísimos aspectos, en sus ideas fundamentales, en sus principios y orientaciones, hubiera requerido pensar, y esto no es posible. Es más fácil englobarlos a los dos y defenderlos o calumniarlos como si fueran una misma cosa. La diatriba o la defensa en nada se han diferenciado. Han partido de un mismo principio; la conclusión a poca diferencia tenía que ser la misma.

Vamos a separarnos de ese camino. Y vamos a demostrar fundamentalmente que la Revolución rusa y el Partido Comunista son, en sus principios, actuación y finalidad, diametralmente opuestos. Su proceder, sobreponiéndose a todo sofisma, demostrará lo que afirmamos clara, rotunda y concretamente.

La Revolución rusa, apenas iniciado el episodio de la lucha en las calles y cuando aún éste no había terminado, proclamó y realizó la socialización de los medios de producción, tierras, fábricas, talleres, casas; todo, en fin, cuanto sirviera al sostenimiento material del individuo y de la colectividad quedaba socializado.

El Partido Comunista apenas le dejó el pueblo que ordenara y normalizara la vida económica, apoyándose en los miles de hombres que voluntaria y ciegamente se pusieron a su servicio, creyéndolo el partido político más sincero de cuantos habían intervenido en tan gran acontecimiento; cuando contó con una organización militar más o menos disciplinada, pero que le era adicta, decretó la nacionalización de los medios de producción. Tierras, fábricas, talleres, casas; todo cuanto puede servir a la vida económica de los pueblos, dejaba de pertenecer al común, a todos, al pueblo, para pasar a ser propiedad única e inalienable del Estado.

Socializó la revolución; nacionalizó el Partido Comunista, y si lo primero socializó y nacionalizó el segundo, ¿han seguido la misma trayectoria?

Cuando nazca el profesor de ciencias exactas capaz de demostrar que dos y tres no suman cinco, entonces creeré que "socializar" y "nacionalizar" son una misma cosa, que representan un mismo sistema de organización. Parten de un mismo acontecimiento: la revolución, pero apenas han roto la

cáscara del huevo donde se incubaron, imitan a los perdigones: cada uno sigue distinta dirección.

El pueblo que había hecho la revolución, apenas sacudida la tiranía secular de los zares y de la brutal y cruel nobleza rusa, proclamó el derecho de todos a todo. Tierras, fábricas, talleres, casas, calzado, todo, en fin, cuanto sirviera a producir y lo producido pertenecía equitativamente a todos; hombres y mujeres, niños y viejos, útiles e inútiles para el trabajo, todos tenían derecho a disfrutar del patrimonio común, aportando en cambio, para que el patrimonio no se agotara, aquello que sus fuerzas y su inteligencia le permitieran, realizaron el comunismo.

El Partido Comunista a quien los fusiles aún calientes de la batalla, concedieron el honor del sitio más alto y más visible, cuando se sintió fuerte y seguro de sus fuerzas, decretó un nuevo comunismo. Dijo al pueblo: "Vosotros no sabéis organizar la vida; el comunismo que habéis establecido es muy inocente; el nuevo comunismo que yo establezco es más práctico y os hará más felices. Acaso esta felicidad no esté muy próxima; pero la revolución requiere sacrificios. Al final de ellos está la dicha. En consecuencia: tierras, fábricas, talleres, casas, ropas, calzado; cuanto sirva a la producción y cuanto se produzca pasa a ser propiedad del Estado; vosotros no sabréis disponer de tantas riquezas.

El Estado organizará el trabajo en todas sus ramas y en todos sus aspectos; el Estado organizará la distribución empezando por un alfiler que una mujer necesite en su casa, para concluir por las grandes y más poderosas fuentes de producción que

nuestro país posea. El Estado es, a partir de este momento, el único propietario, el único patrono, el único burgués que hay en Rusia, y vosotros, todos sin excepción, trabajareis para él. El os pagará los salarios que de acuerdo fijemos, y cuando no haya acuerdo se pagarán los que él fije; él os venderá los productos que necesitéis al precio que crea debe venderlos, quedándose, como es natural, un margen de ganancias para atender a sus necesidades; él os dará instrucción, médicos, medicinas, comunicaciones, transportes, todo cuanto sirva, después de la comida y necesidades fisiológicas, a haceros la vida más agradable. Vosotros no tenéis que preocuparos de nada; nosotros nos ocuparemos de todo. Y al que no quiera someterse, por el bien de la revolución lo someteremos por la fuerza.

Cuando alguno de los partidarios incondicionales del Gobierno de los soviets me demuestre que lo hecho por el Partido Comunista ruso no es lo contrario al verdadero comunismo implantado por la Revolución, creeré y afirmaré que el Partido Comunista ruso y la Revolución rusa sea una misma e indistinta cosa. El comunismo hoy no existe en Rusia; salvo si se considera como tal la expropiación de todas las riquezas, tanto las naturales como las producidas por el Estado. En Rusia hay un solo y único amo, patrono, burgués o propietario: el ESTADO, y muchos millones de asalariados, desde el hombre de la más alta inteligencia hasta el gañán que guarda un rebaño, o el obrero que limpia y barre las calles. El Estado compra al obrero lo que éste ha producido y le paga por su trabajo no una cantidad que sirve a satisfacer sus necesidades, sino lo que representa con relación al valor para tal trabajo establecido. El Estado vende después al obrero, en

tanto que consumidor, lo que antes le ha comprado como productor, a los precios que estima beneficiosos para sus intereses; y el obrero no tiene más remedio que conformarse, ya que no halla dónde abastecerse si no es en los almacenes del Estado. El comunismo, pues, no se ve por parte alguna. Verdad que se han puesto en común las riquezas; pero tienen un amo: el Estado. En el régimen capitalista en que nosotros vivimos las riquezas tienen muchos amos; en el régimen que dicen comunista de Rusia tienen uno solo. Esta es la única diferencia, diferencia que se refiere a la propiedad de esas riquezas, pero no a la forma de producirlas ni de distribuirlas, que es donde está el verdadero comunismo.

En este segundo extremo tampoco han seguido una línea paralela el Partido Comunista y la Revolución rusa, ya que siguiéndola podían llegar un día a fundirse el uno en la otra. Las líneas seguidas son tan diametralmente opuestas que mientras el partido se dirige al Norte, la revolución va caminando hacia el Sur. Luego no son una misma cosa, es decir, no van de acuerdo.

Pongamos un tercero y último ejemplo.

La revolución destruyó en Rusia las tinieblas en que la dinastía odiosa de los Romanoff la habían mantenido durante centurias y centurias. Proclamó la máxima libertad del pensamiento para cuantos habían contribuido al triunfo de la revolución, negando esta libertad a sus ya caídos tiranos.

El Partido Comunista, una vez dueño del Poder decretó que quien no pensara en comunista, pero comunista según su comunismo, no tenía derecho a pensar.

En vano fue que sus amigos revolucionarios de la víspera reclamaran el derecho a pensar conquistado con la sangre de sus entusiastas amigos y compañeros; la contestación fue invariablemente la misma: si no pensáis como nosotros, sois contrarrevolucionarios. Verdad que fuisteis ayer nuestros aliados; hoy, si no pensáis como nosotros, dejáis de serlo. Y en nombre de la revolución os prohibimos terminantemente escribir o exponer lo que pensáis. Cuando la contrarrevolución haya terminado, entonces os concederemos el derecho a emitir vuestro pensamiento.

—Pero es que nosotros también vamos a combatir la contrarrevolución o ayudaros en vuestra obra —contestaron.

—¡Imposible aceptar vuestro ofrecimiento! No obstante, cuando os necesitemos os enviaremos al frente de batalla para que con el fusil defendáis la revolución. Si os negáis a ir, os detendremos por desertores y os fusilaremos.

La revolución rusa, con muy buen sentido declaró que todo proletario ruso, si no quería hacerse acreedor al dictado de traidor, debía defender la revolución con la palabra, con la pluma, con el fusil en último lugar y siempre que la necesidad lo exigiera. El Partido Comunista negó al proletariado ruso ese sacro derecho conferido por la revolución y no le permitió escribir ni hablar; pero, en cambio, le exigió ir al frente de batalla a morir por la revolución. Cuando se me haga ver que lo

dispuesto por la revolución y lo decretado por el Partido Comunista es idéntico y persigue un mismo fin, confesaré que son, el Partido y la Revolución, dos almas alojadas en un mismo cuerpo. Mientras tanto no llegue esta demostración, permitidme siga a caballo de mis dudas. Afirmado y expuesto mi criterio en tal aspecto haré una última advertencia.

No pretendo afirmar aquí que en Rusia debió procederse de ésta o de la otra manera ello no es necesario al fin que persigo en este trabajo; negaré o afirmaré cómo creo yo que debió procederse, en trabajos sucesivos y de más amplitud. Pero como para la resolución que pudiera tomar la Confederación sobre si permanecía en el seno de la "Internacional Sindical Roja", o más claro, en el seno de la Tercera Internacional, era preciso que demostrara cuáles son los lazos que unen al Partido Comunista, la Tercera Internacional y la Revolución rusa, me he visto obligado a demostrar que el Partido Comunista sustenta principios contrapuestos a los que afirmó y proclamó desde el primer momento la Revolución.

Establecida esta separación, lo demás cuesta poco. Ya que al principio demuestro cómo la Tercera Internacional es una prolongación del Partido Comunista, se comprenderá que la Tercera Internacional no representa ante el proletariado del mundo el espíritu de la Revolución y cuya deducción lógica es: que aceptando la Confederación Nacional del Trabajo cuanto la Tercera Internacional le imponga, va contra lo que tan denodadamente dice defender: la revolución. Y no hay otro dilema en este aspecto.

También digo, para evitar suspicacias y malentendidos que pudieran surgir, los cuales es casi seguro nos llevarían a polémicas en extremo violentas y nada beneficiosas para la causa que defendemos, que la Revolución, al obrar como obró, fue fiel a los principios que toda revolución incuba en su seno; a las ideas que la fecundan; a los gérmenes liberadores que en ella viven, arrastrando en pos de si a los pueblos al sacrificio de la propia existencia. Y que el Partido Comunista, al imponer sus métodos de organización y su ideología, ha sido también fiel y consecuente a los principios marxistas que informan toda su doctrina. No hay, pues, engaño ni mucho menos traición, como algunos de mis lectores pudieran creer, en la línea tan esencialmente contrapuesta que han seguido y siguen la Revolución rusa y el Partido Comunista que gobierna en Rusia.

No hay más que dos concepciones antagónicas en sus comienzos que no se han entendido nunca y, lo que es más, no se entenderán jamás: la concepción del HOMBRE, como dueño absoluto de su persona, y la concepción del ESTADO, como dueño absoluto del hombre desde que nace hasta que muere. Nótese que digo "sus comienzos" y que al decirlo me refiero exclusivamente al Estado, nacido de la revolución en Rusia, ya que desde Lenin al último de los teorizantes del marxismo proclaman que sólo quieren apoderarse del Estado para destruirlo; por eso digo desde sus comienzos, concretándose tan sólo a lo que a Rusia se refiere, pues al tratarse de otros Estados no hubiera dicho "desde sus comienzos", hubiera dicho desde siempre.

El Partido Comunista ha sido consecuente con sus doctrinas y si algún reproche se le puede dirigir, no es el del engaño ni el

de la traición, todo lo contrario; y más bien se le puede reprochar haber sacrificado a todo un pueblo y a la humanidad a la rigidez brutal de sus principios.

Combatimos la organización política y económica que han establecido en Rusia los dirigentes del Partido Comunista, pero guardamos para esos mismos hombres todos nuestros respetos personales, porque si no a todos, a muchos los creemos sinceros. Equivocados, sí; pero sinceros. Siempre nos ha gustado rendir homenaje al adversario leal, y en esta ocasión, y más cuando están tan lejos de nosotros que no pueden defenderse, no queremos desmentirnos a nosotros mismos. Además que no creemos preciso injuriar ni insultar a nadie cuando debemos combatirle en el terreno de las ideas.

Deshecho el equívoco tan cultivado, lo repetimos, por amigos y enemigos de la revolución rusa; demostrado que la revolución se dirigió a lograr un estado social donde el hombre alcanzara la máxima garantía en una vida de justicia y de bienestar; malogrado este pensamiento en parte, por salvar los intereses de un partido, tan sagrados como se quiera, pero siempre mucho menos que los de un pueblo, Y, en este caso casi pudiéramos decir de la humanidad, vamos a plantear el conflicto que más directamente nos afecta a la clase trabajadora española, finalidad que perseguimos en estas líneas.

Pleito importantísimo del que depende nuestra incorporación definitiva en la vida de luchas y actuaciones internacionales y a lo que podemos aportar todo el espíritu de nuestra gloriosa Confederación Nacional, que es mucho, acaso

mayor que el de poderosísimas organizaciones extranjeras que hace años funcionan normalmente. Y nuestro bagaje ideológico, que aunque no es grande es recio, como recias son las luchas que debe sostener hoy el proletariado en su camino por su completa manumisión.

Sí vamos a incorporarnos definitivamente a esa vasta conspiración tramada por los productores de todas las riquezas sociales contra los parásitos que a sus espaldas viven. Ni podemos los trabajadores españoles, ni queremos hacerlo, el permanecer alejados de esta gran corriente; deseamos saturarnos en sus alcalinas aguas; pero eso sí, queremos incorporarnos con absoluta libertad de acción y de pensamiento. Toda tutela nos sería perjudicial; sólo creemos útil y necesario el consejo, la advertencia, el razonamiento amigo que nos ayude en los instantes depresivos o en los momentos de luchas decisivas. Toda otra injerencia nos parecerá siempre un atentado a nuestra propia libertad, lo que rechazamos de antemano.

*

Creemos, pues, llegado el momento de plantear la cuestión en términos concretos: "¿Debe la Confederación Nacional del Trabajo continuar adherida a la Tercera Internacional, acatando su política, o bien, manteniendo en su totalidad el acuerdo del

Congreso del Teatro de la Comedia, recabar su libertad de acción y obrar como lo crea más conveniente".¹⁴

Para muchos la respuesta no es de dudar. Después de lo escrito por mí en las páginas que anteceden, parecerá debo aconsejar nuestra retirada; pues bien, no; según mi criterio debemos continuar adheridos a la Tercera Internacional, pero..., y aquí está lo grave, este criterio mío está sujeto a varias contingencias que debemos examinar serenamente.

La primera y principal, cuyo olvido nos hundirá en el cieno del descrédito, es nuestra ideología. Nosotros también somos comunistas. Bastante más comunistas que los comunistas de Moscú. Y no lo somos de ayer. Nuestro comunismo no conserva, como ese comunismo a la moda, de que todo el mundo se viste, como un gabán o un traje de corte exótico, el tibio calor del huevo donde se ha incubado. Es algo más antiguo y tiene una ejecutoria bastante más brillante que el comunismo nacido en el palacio de Smolny en noviembre de 1917. Todo un pasado de sacrificios sin límites y de víctimas, cuyos nombres se cuentan por miles, avala el comunismo que nosotros defendemos y amamos y que llevamos guardado en el fondo de nuestro corazón. No hemos aprendido tampoco a amar el comunismo desde las gradas de un Poder cualquiera; nuestro amor ha crecido al calor de los tormentos y se ha regado con las lágrimas de muchos ojos.

14 Nos parece necesario advertir que este folleto fue escrito en junio de 1921, y por tanto cuando aún no había sido llamado a conferenciar con los gobiernos burgueses el gobierno proletario de la Rusia revolucionaria. El peligro que entonces señalábamos para la revolución ha llegado a su máxima expresión en cuanto a la Tercera Internacional; si ésta permanece en Moscú nada tenemos que hacer en ella.

La cárcel, el destierro, la deportación nos han hecho amantes incansables de ese comunismo. A él dedicamos todos nuestros afectos, por él arrostramos todas las brutalidades que nos impone un régimen de excepciones; en él hemos encontrado el fin de las miserias y dolores humanos; por conocerlo mejor hemos estudiado, inquirido, escrutado, robando horas al descanso, al sueño y a la alegría: ¿Cómo no ser comunistas después de tantos desvelos? Pero eso sí, nuestro comunismo, que se vanagloria de haber ocupado la atención de pensadores de renombre universal, sentado sus reales en todas las cátedras donde el pensamiento se elabora sin que nadie haya podido negar el fundamento de sus razones, no puede ni debe ser confundido con el comunismo recién salido de las máquinas moscovitas. Somos comunistas libertarios; amamos el comunismo porque significa el fin o, por lo menos, la disminución en gran escala de la miseria fisiológica que sufrimos las clases eternamente desheredadas. Somos comunistas porque el comunismo representa la liberación del ser humano de la bestia del hambre y la miseria, precursora de la liberación total. Nos repugna el comunismo de cuartel; rechazamos esa igualdad que se mide, que se impone, que se decreta lo rechazamos porque conduce al hombre a la máxima degradación, a la relajación completa de sus órganos sensitivos, por lo que lo destruye, convirtiéndolo en un diente más del pequeño engranaje social. No queremos pues que en tanto que comunistas se nos confunda con los comunistas de última hora. Por eso nuestros principios comunistas libertarios deben entrar con nosotros en la Tercera Internacional y nada hemos de rectificar al acuerdo del Congreso del teatro de la Comedia de Madrid. Sigue en el orden de las contingencias, la

que tampoco podemos olvidar, la que se refiere a nuestra constitución orgánica.

La Confederación es federalista por esencia. Y si un día deja de ser federalista, habrá dejado de ser al mismo tiempo la Confederación.

Nuestra permanencia en la Tercera Internacional nada debe de modificar en ese aspecto. Es para nosotros intangible.

El centralismo que propaga e impone Moscú debe quedar al margen de nuestra organización.

Asimismo rechazamos que el Comité de la Tercera Internacional intervenga en el nombramiento de los compañeros que deben redactar nuestra prensa, pues nos creemos con capacidad suficiente para designarlos nosotros mismos. Esta nueva forma de censura nos parece tan odiosa, acaso más, que la censura impuesta a veces por nuestros eternos adversarios.

Queremos amplia libertad para exponer nuestro pensamiento, que si carece de galanuras de estilo desborda en cambio de verdades que sangran.

La censura impuesta por nuestros adversarios, si no es justa, puede tener algunas veces disculpa por la dureza de los ataques que les dirigimos, ¿pero qué disculpa hallará en su favor la censura de nuestros camaradas y aliados?

De acuerdo que nuestra prensa publique cuantos comunicados oficiales, documentos, circulares, a visos y

escritos la Tercera Internacional remita, pero que a la obligación de insertarlos vaya unida la libertad de criticarlos cuando no se ajusten a los acuerdos de los Congresos Internacionales obreros o atentan a la autonomía de las organizaciones sindicales de cada país, o bien pretendan hacer política en favor de un partido cualquiera.

No encontramos palabra bastante dura para calificar nuestra negativa a la pretensión de constituir un Comité cuyos miembros serían designados por el Partido Comunista de cada país, de acuerdo con el Comité Sindical, ratificado el nombramiento por el Comité de la "Internacional Sindical Revolucionaria", cuyas funciones vienen a ser las de una estrecha vigilancia e inspección de los actos del Comité Confederal. Este Comité de atribuciones extraoficiales, pero investido de toda la autoridad de Moscú, será encargado de informar a la I. S. R. de si se cumplen o no sus mandatos y órdenes. La confianza de la S. R. no estará, pues, en el Comité Confederal que nombren los Sindicatos de cada país, sino en ese Comité extraoficial integrado por incondicionales.

Actuar en un Comité Confederal y saberse vigilado, espiado, perseguido, no por la policía del régimen capitalista, ni por delegaciones mandadas por los Sindicatos que os concedieron su confianza, pero sí por una "guardia de comunistas", me parece tan repugnante que me da náuseas ocuparme de ello.

En el Comité Confederal reside la confianza de los Sindicatos; a él debe serle confiada la del Comité de la I. S. R. Indudablemente que si este último cree que el Comité Confederal no cumple, debe decirlo, pero dirigiéndose al

mismo Comité, y si no es atendido, entonces hacerlo directamente a los Sindicatos. Estos se encargarán de corregir los defectos que se les indiquen.

Ahora bien; si el Comité Confederal nombra de su seno, o de fuera de su seno, pero siempre de la organización, dos o tres individuos para que éstos se entiendan con Moscú, es competencia suya y bajo su responsabilidad queda cuanto esos individuos puedan hacer. Aun cuando yo creo que debe ser el Comité Confederal quien de sus componentes nombre una comisión o bien un individuo solo para las relaciones internacionales. Yo sentiré ser un poco duro en este extremo, y nadie se ofenda por mis palabras; no tienen otro valor que el de la sinceridad, pero esa especie de policía que Moscú quiere imponer a las organizaciones me parece repugnante. Y despreciable el individuo que acepte tan bajo papel. Y nuestra autonomía en el seno de la I. S. R., ¿podemos Olvidarla? De ningún modo. Si olvidamos la autonomía de nuestra Confederación olvidamos nuestra propia libertad. En la cárcel no hay ningún preso que sea libre. Podrá gozar de facultades que le permitan permanecer menos horas en la celda o en la aglomeración, ¿pero ser libre? ¡Qué ilusión! Y, entonces, ¿cómo compaginariámos nuestro deseo de trabajar por la libertad perteneciendo a un organismo esclavo? Nuestras ideas, nuestra actuación, todo ese pasado, venero inagotable de gestos sublimes, ¿iríamos a ponerlo a los pies de quien no conoce siquiera la situación política de este país ni las condiciones en que luchamos? Tan infantil me parece ocuparme de esto que hasta me sonríe al escribirlo. Y, no obstante, la realidad me dice que hay quien se atreve a borrarlo todo para prosternarse a los pies de la nueva idolatría.

Pueden hacerlo. Los que se humillan y arrodillan, seguramente nada o muy poco han hecho para que ese ayer de luchas homéricas y sublimes se haya enriquecido con alguna página gloriosa.

La autonomía de nuestra organización hemos de defenderla como la loba defiende a sus cachorros, a zarpazos, a mordiscos, con todas nuestras fuerzas; si la perdemos, si nos la quitan, si nos la arrebatan, es como si hubiéramos perdido la herramienta que debe forjar nuestra libertad individual. Aceptar compromisos después de discutirlos con la I. S. R., sí, ¿por qué no? La convivencia social no es otra cosa, en definitiva, que una serie de compromisos contraídos por quienes deben vivir en continuas relaciones, y si hoy no lo es, en parte tiende a serlo, debe serlo, mejor dicho; pero que se nos impongan leyes, que se nos obligue a obedecer aquello que no se nos ha llegado a consultar, no sé si mis compañeros, los adherentes a la Confederación Nacional, lo aceptarán; yo, desde ahora, digo firmemente que no.

Así como cuando aceptemos un compromiso cualquiera debemos ir hasta el fin para cumplirlo, así creo también que sólo debemos aceptar los que sean dables cumplir y cuya aplicación sea adecuada a las necesidades de nuestra lucha social.

Queremos integrarnos a una colectividad de iguales; no iremos a ninguna donde se nos considere esclavos.

Así, pues, nuestra autonomía a discutir cuanto afecte a la lucha social en España, la libertad de aplicar en la forma que lo

juzguemos más conveniente los acuerdos que se tomen en Moscú previa discusión, debe ser condición *sine qua non* de nuestra permanencia en la I. S. R.

Queda una última cuestión, para mí la más importante de todas. Es por ella que yo creo debemos permanecer en la I. S. R. mientras nuestros principios no sufran merma y si con ellos se nos tolera allí, cosa harto improbable. Pero no seamos nosotros los que rompamos, salvo si se nos imponen condiciones onerosas.

El proletariado ruso ha hecho una revolución y buenas o malas se ha dado unas instituciones; además está en lucha contra el capitalismo universal, y en esta lucha debemos acercarnos a él lo más posible, darle todo nuestro calor, toda nuestra energía, fundirnos con él, y él y nosotros seamos una misma cosa, que se sepa amparado, ayudado, sostenido; que piense que sus hermanos de infortunio, los que nunca tuvieron patria sino para regalarla con su sangre y luego otros hacer la cosecha; los que sufrieron y sufren hambre y sed de justicia le ayudan, le sostienen, le recomfortan; y ¿cómo podríamos llegar a él, comunicarle nuestro sentir, hacerle partícipe de nuestras simpatías, decirle que estamos a su lado mejor y más fácil que por conducto de la Tercera Internacional?

Yo creo que hoy por hoy es el único y más eficaz vehículo para que nos acerque con premura a nuestros hermanos los revolucionarios rusos.

Pero diréis: ¿Si la Tercera Internacional defiende principios e ideas antagónicos a los de la revolución, ayudando a la Tercera

Internacional combatimos a la revolución? Es esto cierto en parte. Si vamos a Moscú a creer en santa Dictadura y a poner nuestras posaderas al aire y a azotarlas para que se desencante la nueva Dulcinea marxista; si a todo cuanto se nos diga y proponga respondemos con gestos de aprobación y decimos que Alá es Dios y Mahoma su Profeta; e inclinamos hasta el suelo polvoriento en señal de sumisión nuestra frente de hombres convencidos, tenéis y os sobra razón. Si vamos a creer y a no discutir, a acatar sin acondicionar; si en vez del individuo que piensa vamos allí en catecúmeno que sólo ansía recibir el bautismo para gozar de las bienaventuranzas de la fe, ¿quién negará que la verdad está de vuestra parte? Si a cuanto se nos diga y proponga no nos atrevemos a oponer una razón ni a aventurar una palabra; si temblamos ante los pontífices como los esclavos de la antigua Roma temblaban ante sus tiranos; si vamos a Moscú y al hallarnos ante los que dirigen los destinos de aquel país imitamos a esos obreros ancianos, decrepitos por el trabajo y muertos moralmente para la humanidad, que cuando se presentan ante el burgués a solicitar algo les tiemblan las piernas, la lengua se les aturrulla y no articulan palabra; las manos parecen poseídas de súbita perlesía y sólo consiguen contenerlas a fuerza de dar vueltas a la gorra; que bajan los ojos al suelo y no se atreven a mirar cara a cara a quien vive de su sudor y explotándolo goza; y que después de grandes esfuerzos consigue exponer sus aspiraciones a fuerza de pronunciar monosílabos, pues una palabra completa, de una tirada, no le ha sido posible emitirla; si vamos así a Rusia, no cabe duda, la razón está con vosotros. Pero no es así como nosotros debemos ir a Moscú. No es en esclavo, en catecúmeno, en obrero decrepito y muerto que debemos presentarnos. Reconocer la inteligencia de aquellos hombres,

guardarles las consideraciones como amigos y maestros (a algunos, no a todos), discutir de igual a igual, aprender con lo que nos digan, pero enseñarles cosas que no saben, todo eso si lo acepto, lo creo necesario, y no haciéndolo así no vale la pena realicemos esfuerzos para cruzar tantos kilómetros como de ellos nos separan, ni que busquemos su relación y compañía.

Pero lo uno no quita lo otro. Y hasta me parece que es lo mejor. A un hombre se le respeta por lo que vale y se hace valer, por lo que sabe hacerse respetar. Al inferior o al que se considera como tal, o al que como tal se presenta, se le escucha con más o menos complacencia, se le dicen cuatro palabras para halagarle y luego se le despide dándole una palmadita al hombro; pero pensando para sí: "Pobre chico, muy bueno, muy simpático; ¡pero es tan poca cosa!", y una sonrisa de commiseración se dibuja en los labios del que se cree superior.

No es preciso tampoco ir en son de hombres que pretenden pasarse de listos, pues al fin quienes así obran suelen caer en las mismas estupideces que pretenden reconocer en los demás. A Moscú hemos de ir tal cual somos y debemos ser admitidos a esta condición. ¿Quién dudará que si mantenemos nuestros principios con firmeza no ejercerán éstos beneficiosa influencia sobre la I. S. R.? Y toda influencia que sobre este organismo se refleja será reflejada a su vez sobre la revolución.

Por una ley imperiosa que nada ni nadie puede torcer, el Partido Comunista ruso tiende a convertirse en el Partido de orden, en un Partido que gobierna. Y aun cuando gobierne un socialista; aun cuando admitamos que ha conquistado el Poder

para destruirlo más tarde, cuando el obrero se acostumbre a la nueva vida y de ello tenga nociones precisas que le permitan prescindir del Estado, como esta evolución no ha de realizarla sino a fuerza de tiempo, nuestro contacto y relación con la Tercera Internacional puede servir de estimulante para acelerarla, y además evitar que, mientras llegue, el Estado socialista no adquiera los vicios y defectos de los Estados burgueses y cuando creamos que debe desaparecer resulta que se afianza y gobierne un tirano.

Este peligro, que vive latente y puede generarse, si no lo ha hecho ya, debe ser neutralizado por la influencia de otras organizaciones. Y ¿quién mejor en este caso que la organización obrera de los otros países?

El obrero ruso se halla hoy en lucha con los países del régimen capitalista, y mientras que los combate, deja que sus gobernantes le organicen y ordenen como lo crean oportuno; la vigilancia que ha de montar en sus fronteras le impide volver los ojos para mirar lo que pasa en el interior. ¿Pero quién no nos dice que mañana, cuando convencidos los atacantes del exterior que no pueden lograr su ruina, lo abandonen y dejen en libertad, no tenga que batirse de nuevo contra aquellos a quienes confió la cosa pública? En esta circunstancia nuestra ayuda y nuestra cooperación pueden serle de gran utilidad.

Entre la revolución rusa y el proletariado de todos los países se interpone el Partido Comunista, y nosotros por ahora no tenemos otro medio de llegar al pueblo revolucionario que marchando de acuerdo con ese mismo Partido.

Conocidos que nos son sus defectos, sus opiniones y los fines que persigue, nos hallamos en condiciones ventajosas para luchar contra él, y cada concesión que le arranquemos será un estorbo más suprimido en el camino que la revolución ha de recorrer. Claro que si se encuentra otro medio de ponerse en contacto con el pueblo revolucionario prescindiendo de la Tercera Internacional, entonces mis razonamientos han perdido una gran parte de su eficacia y se hallan sujetos a revisión, pudiéndose optar por el otro medio que las circunstancias nos han puesto delante.

Yo estimo, de todos modos, que antes de abandonar la Tercera Internacional debemos asegurarnos el contacto con el pueblo ruso.

Si lo abandonamos a sus propios medios en la lucha contra el capitalismo europeo, que desea destruir todo vestigio de la revolución por el temor de contagio, y en la lucha con sus propios gobernantes, no lo dudéis, será vencido y la revolución en Europa se retardará algunos años más de los que acaso pueda tardar en llegar.

Meditad, reflexionad, pues a nosotros todos, camaradas y compañeros de la Confederación, toca decidir cuál debe ser nuestra actitud para lo sucesivo. Pero no olvidéis que la Rusia revolucionaria necesita: vuestra ayuda para traducir en realidades sus sueños de justicia y de libertad.

Barcelona y cárcel, marzo de 1922.



El autor

ÁNGEL PESTAÑA NÚÑEZ (Ponferrada, León, 14 de febrero de 1886–Begas, Barcelona, 11 de diciembre de 1937) fue un anarcosindicalista español nacido en Santo Tomás de Ollas, en el municipio de Ponferrada. Secretario general de la CNT en varias ocasiones, fue además fundador del Partido Sindicalista y diputado en cortes generales.

Proveniente de un estrato social humilde, pronto se quedaría huérfano, viéndose en la obligación de ganarse la vida a muy temprana edad. Ya con quince años empezaría a mostrar su carácter inconformista y su compromiso social, lo que le

llevaría a ser detenido durante su estancia en Sestao por su participación en una huelga en defensa de la jornada laboral de ocho horas, hablando de forma pública y espontánea: "No he recordado nunca lo que en la conferencia dije –escribe en sus memorias–, pero sí que al retirarme a dormir los serenos me detuvieron, me llevaron a uno de los calabozos de la cárcel de Sestao y me dieron una paliza brutal, hasta hacerme sangrar por la cabeza y producirme cardenales por todo el cuerpo".

Alto, seco de carnes, cenceño, honrado, de verbo cálido y convincente, Pestaña aprovechó su inteligencia natural y preclara para ver lo que otros no eran capaces. Ejerció toda su vida el periodismo combativo; fue escritor prolífico de ensayos sobre pensamiento político y sindical, autor de alguna novela y de al menos una obra de teatro: "La ciudad" (un drama moralizante en tres actos); viajó a Moscú y se atrevió a cuestionar el concepto de dictadura del proletariado frente a Lenin y Trotsky; compartió amistad con Indalecio Prieto; rechazó varias veces formar parte del Consejo de Ministros; fue tentado por José Antonio Primo de Rivera y se entrevistó con Albert Einstein cuando este visitó Barcelona el 27 de febrero de 1923, tras una conferencia en la Real Academia de Ciencias y Artes. Un periódico atribuyó una frase de Einstein a Pestaña, en la que el científico habría afirmado que él también era un revolucionario pero en el orden científico y que las cuestiones sociales también le preocupaban. Dicha versión fue desmentida por el propio Einstein en una entrevista concedida a Andrés Révesz y publicada en la edición del viernes 2 de marzo de 1923 del *ABC* de Madrid.

La represión la juzgaba "más bien hija de la estupidez que de la maldad" y aconsejó "leer al filósofo Spinoza, cuyas obras son fuente de muy oportunos consejos". Tras viajar por el norte de África (donde vivió cómodamente durante cinco años desempeñando el oficio de relojero en Argel, hasta que tuvo que emigrar definitivamente a Barcelona por el estallido de la Primera Guerra Mundial) y Francia (en donde, con anterioridad a su estancia en África, había montado varios negocios en las localidades de Montpellier y Sète; y en dónde a su vez había conocido a María Espés, su "compañera de fatigas"), Pestaña se estableció en 1914 en la Calle San Jerónimo del popular barrio del Raval de Barcelona y se convirtió en activista local, afiliándose al Ateneo Sindicalista. Participó en el congreso de la Confederación Nacional del Trabajo de 1918, siendo elegido por unanimidad como el jefe de Solidaridad Obrera. Bajo su dirección, la organización hizo una campaña muy ofensiva contra la fuerza local de la policía, acusando a su líder (el jefe de policía Manuel Bravo Portillo) de estar a sueldo de la Alemania imperial.

Ángel Pestaña escribió varias obras: *Lo que aprendí en la vida*, *Terrorismo en Barcelona*, *Setenta días en Rusia* (relato de su viaje a la URSS representando a la CNT en el II Congreso de la III Internacional), *Consideraciones y juicios acerca de la III Internacional*, *Por qué se constituyó el Partido Sindicalista*, etc.

En abril de 1919, después de que las protestas de La Canadiense sacudiesen Cataluña, fue arrestado y detenido y su organización prohibida.

Fue a la URSS en 1920, representando a la CNT en el II Congreso de La III Internacional y las sesiones preliminares de la Comintern, conociendo a Vladimir Lenin, León Trotsky, Grigory Zinoviev y otros líderes bolcheviques. A su llegada a Moscú mostró su disconformidad ante lo que vio y tras su vuelta escribió un elaborado y detallado informe en desacuerdo con el directorio bolchevique totalitario de la Revolución Rusa, al cual consideró contrario a los postulados anarquistas que él defendía: "Allí en realidad no se iba a discutir, sino a aprobar; no a contrastar opiniones, sino a acatar un dogma" –diría al respecto–. "No podía aceptar su dogmatismo intransigente y cerrado, su desprecio por la libertad del individuo y el sacrificio de la persona a la divinidad todopoderosa del Estado (...) Comprendí que aquella revolución podía ser, quizá, la revolución Rusa, pero no era ni podía ser la que nosotros preconizábamos" –le contaría años más tarde a su amigo y biógrafo Ángel María de Lera–. En diciembre, a su regreso de aquel congreso, sería detenido en Génova, siendo repatriado por el cónsul español desde la cárcel de Milán.

En sus libros "Setenta días en Rusia, lo que yo vi" y "Setenta días en Rusia, lo que yo pienso", reflexionaría con respecto a la "dictadura del proletariado": "He dicho que me repugnan las dictaduras porque creo que todo movimiento de transformación ha de dirigirse a conquistar más libertad para los pueblos y no una tiranía mayor".

Junto a su mentor Salvador Seguí, Pestaña se opuso a los actos terroristas defendidos y realizados por otros miembros de la CNT. En agosto de 1922, fue víctima de un intento de

asesinato mientras daba un discurso en Manresa, como parte de las medidas de represión violenta tomadas por las autoridades españolas. La indignación que causó a través de España la noticia de este hecho provocó la destitución de varios cargos gubernamentales, así como el fin a la legislación que había validado el asesinato de activistas sindicalistas.

Después de que Seguí cayese víctima de un asesinato, Pestaña siguió siendo la principal figura de la CNT moderada. Esta postura hizo que se opusiera, junto a Juan Peiró, a todos los intentos por parte de la FAI (fundada en 1927 durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera) de controlar la CNT.

Después de la proclamación de la Segunda República Española en 1931, el conflicto entre Pestaña y la FAI se profundizó: Pestaña inició la aplicación del Manifiesto de los Treinta, una condena clara de las tácticas de la FAI, con lo que consiguió ser expulsado de la CNT en agosto. Fundó el Partido Sindicalista en los meses finales de 1932.

Su partido se adhirió al Frente Popular, y Pestaña fue elegido para las Cortes Generales en una plataforma de frente en 1936, como uno de los dos representantes del partido (obtuvo un escaño por Cádiz). En octubre, con el inicio de la Guerra Civil, fue designado subcomisionado general para la guerra, pero tuvo que dimitir por motivos de salud en diciembre. Murió poco después, en 1937, en plena Guerra Civil y el partido se desintegró rápidamente. Antes de morir solicitó el reingreso a la CNT, volviendo a sus postulados anarquistas clásicos contrarios a la política gubernamental.